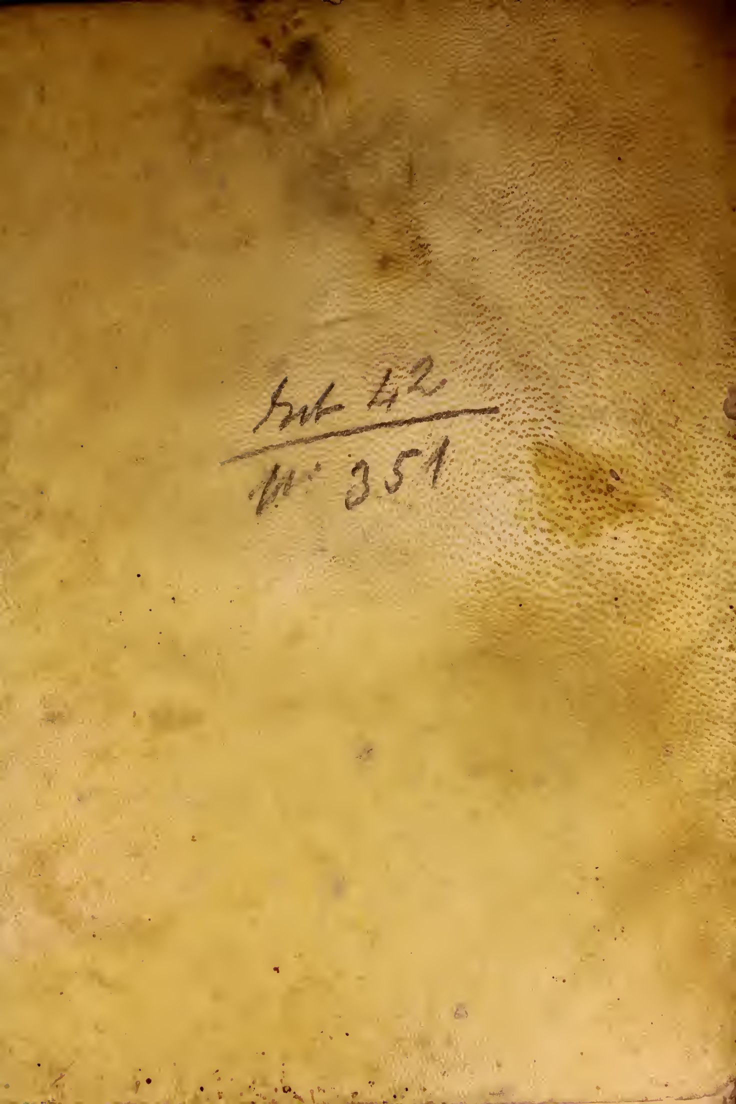

351

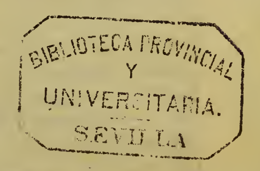
QUINTO CURCIO RUFO,

DE LA VIDA Y ACCIONES DE ALEXANDRO EL GRANDE,

TRADUCIDO DE LA LENGUA LATINA EN LA ESPAÑOLA

POR D. MATHEO IBAÑEZ DE SEGOVIA y Orellana, Marqués de Corpa, Caballero del Orden de Calatrava.





CON LICENCIA.

En Madrid: Por Don Antonio de Sancha.
Año de M.DCC.LXXXI.

BREVE NOTICIA
DE JUAN FREINSHEMIO,
Y QUINTO CURCIO,
Y JUICIO DE SU OBRA.

Escribió Quinto Curcio Rufo las Acciones de Alexandro en diez libros, de quienes nos ha defraudado la injuria del tiempo dos, el principio del sexto, y algunos lugares del ultimo. Y si bien no ha faltado alguno, que afirme los vió en Viena en la Bibliotheca de Wolphango Lacio, ninguno se persuade à su existencia. Esta pérdida la suplió primero Christoval Bruno, y no Quinciano Stoa, como han querido muchos de Arriano, Diodoro, Justino y otros Autores, que dexaron escrito de las Acciones de Alexandro, y ultimamente Juan Freinshemio, con tanta mayor extension, dulzura y elegancia, que hemos seguido antes en los dos primeros libros su Suplemento, que el de Bruno. Si bien en los demás lugares faltos nos servimos de él. Fue Freinshemio Alemán, nació en la ciudad de Ulma, en Sovabe, el año de 1608. Exercitóse en los Estudios de las Leyes en la Universidad de Marpug y de Guisen, de donde pasó à Strasburg. Incluyóse alli por medio de algunas Poesías, que compuso en la amistad de Mathias Berneggero, el qual le franqueó su numerosa Librería. Enriquecióse en ella de las copiosas noticias de que están llenos sus Escritos. Pasó despues à Francia, donde fue recibido entre los Intérpretes del Rey: permaneció en este empleo por espacio de tres años, al fin de los quales se volvió à Strasburg el de 1637. Movido poco despues de las grandes conveniencias que le ofreció la Universidad de Upsal en Suecia, porque fuese à servir la Cathedra de Eloqüencia, pasó à hacerlo;

lo; con cuya ocasion, gustó la Reyna Christina de Suecia de tenerle cerca de sí, señalandole dos mil escudos de renta.- Pero no pudiendo tolerar su débil complexion la rigurosa aspereza de los frios de aquel clima, se halló necesitado à dexar las honras y conveniencias que en él gozabá, y à volverse à su patria, nó sin gran disgusto de la Reyna, por la pérdida de un Varon tan erudito. El qual, demás de la perfeccion con que poseía las Lenguas Hebrea, Griega y Latina, usaba con la misma de todas las vulgares de la Europa. Estas grandes partes obligaron al Elector Palatino, deseoso de restablecer la Universidad de Heidelberg, à que le nombráse en ella por Profesor Honorario, con el titulo de Consejero Electoral; pero retiróse despues con su familia el año de 1656. y murió quatro despues, en edad de cinqüenta y dos. Hizo los Suplementos de Tito Livio, dispuestos en sesenta libros, los quales se imprimieron primero en Strasburg el año de 1654. y los de nuestro Autor, como hemos referido, ilustrandole con muy eruditas notas.

Por lo que mira à Quinto Curcio, es materia muy controvertida entre los Autores, si se debe entender de la memoria que hace Cicerón en una de sus Epistolas de un Curcio, ò del de quien habla Suetonio, como de un Rhetorico grande del tiempo de Tiberio, de quien mas largamente dice Tacito: *Que segun la opinion de algunos, fue hijo de un Gladiator: Que desde la edad juvenil siguió en Africa al Qüestor, à quien tocó aquella provincia; y que hallandose en Abrumeto al medio dia paseandose, pensativo, debaxo de unos soportales, se le apareció una sombra en forma de muger mayor que humana, de quien oyó esta voz: Tú eres Rufo, aquel, que vendrá à ser Proconsul en esta provincia:* (cuya noticia refiere tambien Plinio el Menor) *Que con este agüero, lleno el corazon de grandes esperanzas, se volvió à Roma, donde con la liberalidad de sus amigos, y con su ingenio altivo, alcanzó el oficio de Qüestor; y despues entre muchos Nobles competidores por voto del Principe la Pretura, cubriendo Tiberio la baxeza de su nacimiento con* es-

Lib. 1. ad Q. Fr. Epist. 2. Tac. l. 11.

Plin. lib. 7 Epist. 27. ad Suram.

estas palabras: A mí me parece, que Curcio Rufo es hijo de sí mismo: Que con esto, y con vivir despues muchos años siempre maligno adulador con los mayores, arrogante con los inferiores, y con los iguales insufrible, alcanzó el Imperio Consular, las Insignias Triumphales, y à lo ultimo el Gobierno de Africa, donde muriendo cumplió el pronostico fatal.

No pretendo detenerme en la averiguacion de los lugares de su libro quarto, donde habla de Tyro, ni en el del decimo, donde hace una digresion sobre la felicidad de su siglo, porque qualquiera los aplica segun es su sentir. Solo diré, que habiendo vivido largos años, le facilitaron estos pudiese ser el mismo de quien Suetonio y Tacito hablan, no habiendo corrido mas de 32. desde el ultimo año de Tiberio, hasta el primero de Vespasiano, tiempo en que le colocan los que se han desvelado en la averiguacion de su siglo. Pero tengo por ocioso referir la diversidad de opiniones que hay sobre esto, pudiendo verse juntas todas en Juan Gerardo Vosio y en Radero, Comentador de Quinto Curcio. Posible es, que fuese hijo de aquellos, que nombran Cicerón y Suetonio, y tambien, que no tubiese que vér con todos los precedentes, atendiendo, como repara muy juiciosamente Francisco de la Mote le Bailler, à que ni Quintiliano, ni alguno de los Antiguos hicieron la menor mencion de él, ni de su Historia, cosa tan estraña, en quien no dexó de nombrar Historiador alguno de consideracion en el libro decimo de sus Instituciones, escritas debaxo del Imperio de Domiciano, que no es dispensable igual silencio, sino presuponiendo, que no se habia aun publicado en su tiempo la Obra de Quinto Curcio.

Por lo que mira à su Historia, es sin duda, que puede consolarse Alexandro, de que si no tubo como Achiles un Homero por pregonero de sus alabanzas, (valiendonos de las mismas palabras à que le precisaron usáse sus zelos) logró entre los Latinos un Historiador de su vida como Quinto Curcio; porque verdaderamente es uno de los mayores que tubieron, y que por la excelencia de su estilo merece se le repute por mas antiguo que Tito Livio y Paterculo.

Pro-

Procede con grande juicio en abstenerse de las noticias del falso Calisthenes, (el verdadero, citado por Plutarco no existe) que dió à este Monarca un Nectanebo Magico por padre en lugar de Philipo, representandole con mas propiedad un Roldán, ò un Amadis, que un verdadero Conquistador. La distribucion, que hace Enrique Glareano de la Historia de Quinto Curcio en doce libros, restableciendo los dos primeros, y dividiendo los otros diez en lugar de los ocho ordinarios, no ha seguido persona alguna. Pero en qualquiera que se disponga, siempre será tenida por digna de su materia, y su Autor del Elogio, que insolentemente, y sin merecimiento alguno se atribuye un Aminciano, de haber en alguna manera igualado por su estilo las admirables Acciones de Alexandro.

No le han faltado (como ni tampoco à los demás) à Quinto Curcio las objeciones de algunos rigurosisimos Criticos. El mismo Glareano, que he citado, le culpa de haber puesto con muy mala Geographia el Ganges de la parte Meridional, de haber confundido el monte Tauro con el Caucaso, y de hacerse risible, tomando el Tarartez de Plinio por el Tanais; pero se le puede escusar con que estas ultimas equivocaciones no son suyas, y que como Autor Latino siguió à los Griegos, de quienes se valió para su Historia. Y con efecto Strabón advierte en el libro 15. de su Geographia, que los Macedones llamaron Caucaso lo que no era sino una parte del monte Tauro, por ministrar mas materia el uno, que el otro para las Fabulas, con quienes gustosos lisongeaban la ambicion de Alexandro, y la suya. Y en quanto al curso del Ganges, aunque sea cierto, el que hablando generalmente desciende del Septentrion al Mediodia; sin embargo Strabón añade, que halla opiniones, que le obligan à derrotas diferentes, y que en fin lleva todas sus aguas de la parte de Levante. Mascardo censura à Quinto Curcio en parte diversa; porque le parece, que es excesivo en el uso de las Sentencias, (en cuyo dictamen le sigue tambien el Padre Moyne en su Arte de Historia) y aunque se halla obligado à confesar, que todas las de este Autor son

Apud Photium sec. 131

Trat. 5. del Arte hist. c. 2. epist. 3.

muy hermosas è ingeniosas, le culpa de no haberlas usado siempre con juicio, sí algunas veces con desproporcion à la calidad de quien las dice, como lo pretende manifestar en la oracion de los Scythas à Alexandro, segun se lee en el libro 7. en que tambien concurre el Padre Rapin, Varon eruditisimo de nuestros tiempos, hijo de la Sagrada Religion de la Compañia de Jesus, y Francés de nacion, aunque alabandola de muy elegante y pulida. Si bien Francisco la Motte le Bailler, haciendose cargo de la objecion del primero, porque el segundo escribió mucho despues, dice, que la leyó muy repetidas veces respecto de esta imputacion; pero confiesa, que fue con bien diferentes ojos que Mascardo. Que dificilmente se persuade, à que el fin de ella sea solo el de agradar, pues tiene toda esta oracion por tan ajustada à la persona de los Embaxadores Scythas, que la expresan, asi por lo que mira à las Sentencias, como por lo que concierne à lo demás de sus partes, que en su dictamen pasa por una copia sacada del verdadero original de Ptolomeo, de Aristobulo, de Calisthenes, de Onesicrito, ò de otro de los que como ellos se hallaron presentes quando se pronunció, y tubo la curiosidad de insertarla en la Historia de este Monarca. Y à la verdad, dexando à una parte la propiedad con que refiere el presente de los Barbaros, de un par de bueyes, de un arado, de una taza, y de una flecha; el Proverbio Griego de las soledades de su patria, está admirablemente aplicado; y aquella pintura Scythica de la Fortuna sin pies, cuyas alas no se pueden detener, por mas que dá las manos, tiene inexprimibles gracias en su expresion. Pero aunque todo esto se proporcione prodigiosamente con los que las pronuncian, hallo, que es aun con mayor conformidad en el uso de las Sentencias, que Mascardo y Rapin censuran; y si alguna vez fue estimable el *Decorum* de los Latinos, ò lo que deben observar mas cuidadosamente los Rhetoricos, creo es à quien donde con mayor puntualidad ha guardado Quinto Curcio las leyes. Los que saben la licencia con que los Scythas, y los Tartaros usaban de las Fabulas en sus discursos; y que asi como los demás pueblos Orientales no hacian algunos, sin

Rapin Reflexiones sobre la Historia, fol. 271. de la impresion ultima de Amsterdam.

mez-

mezclarlos de parábolas, admirarán el juicio de este Historiador en la mas sentenciosa parte de la oracion de que hablamos, donde verisimilmente han hallado estos Autores tanta materia para reprehenderle. ¿*Ignoras* (dicen aquellos Embaxadores à Alexandro) *que los mas corpulentos arboles, los quales han necesitado de largo tiempo para su aumento, se pueden en un instante derribar, y arrancar de raíz? No es prudencia atender solo al fruto que producen, sin considerar su exaltacion, y el peligro de su caída. Advierte, que si quieres subir hasta lo mas encumbrado, podrá ser que te enredes entre las ultimas ramas, y caygas con ellas. El leon por grande y feroz que es, sirve tal vez de alimento à los menores paxaros; y el hierro, enmedio de su dureza, de ordinario se vé consumido por el orin; finalmente, nada hay en la naturaleza tan fuerte, que no pueda menoscabarse por lo mas débil, y al parecer menos vigoroso.* Estas son las sentenciosas expresiones de que se forma, las quales, en vez de ser reprehendidas de indecentes, como pronunciadas por los Scythas, se deben estimar sumamente, à causa del ayre que conservan de su patria, y de aquel raro modo de exprimir, sin mezcla alguna del Griego, ni del Latino.

La gran rigidéz con que el P. Rapin quiere al Historiador, que procura formar, por medio de sus reflexiones, le nota de otros defectos. Llegando à proponer la pureza de estilo, que se ha de observar en la Historia, el qual no debe tener nada de impropio, de estraño, de duro, de osado, ni de obscuro, en que pondera quanto excedió Herodoto à todos los Griegos, y Julio Cesar à todos los Latinos, dice de Curcio: Que por haber puesto tanto cuidado en lo pulido, perdió aquel grande y magestuoso ayre, que hace tan recomendables à Salustio, y à Tito Livio. Porque se ofrece muy florido en muchos lugares, como son al principio del libro 5. en el de la descripcion del rio Marcias, en el del suceso que refiere en el libro 4. de Abdalomyno, el qual pasó desde la humildad de Jardinero à la soberanía de Rey, el del sitio de Tyro, y el de la licenciosa vi-

Rapin fol. 233.

Cicer. de opt. gen orat. In sententia nihil absurdum, ab alienum, aut sub insulsum: in verbis nihil iniquitatum objectum, non aptum, durum, longè petitum.

Tab. Q. lib. 8.

vida de Alexandro, quando se dexó vencer de las delicias de Persia, despues de haberse mostrado invencible en los peligros de la guerra; el en que refiere los sentimientos de Sysigambis por la muerte de este Principe, y otros muchos, en quienes dice, que se reconoce una afectacion de elegancia impropria de la gravedad de la Historia, en la qual no es tolerable afectacion alguna. Si bien volviendo à notarle de lo mismo en el ultimo parrafo de sus Reflexiones, donde hace un juicio general de los Historiadores, dice, que aunque no se le puede dexar de culpar su demasiada pulidéz, tampoco escusarle la alabanza, que merece, por lo que se aventaja en el grato y natural modo de describir las costumbres, (cuyo perfecto caracter se perdió en los siglos que le sucedieron) y por la sinceridad con que procede en referir tan igualmente las virtudes de Alexandro, que sus vicios, sin dexarse llevar del merecimiento de su Heroe; pero que es culpable algunas veces en uno, y otro caso, por el poco juicio con que en el primero le describe, alabandole acciones, que no lo merecen, y por la falta de decoro y de discrecion con que refiere en el segundo otras, por infames, indignas de que ocupen lugar en la Historia; en cuya comprobacion dice asi: *No siempre tiene Curcio razon de ofrecer à Alexandro tan admirable; porque aunque de ordinario nos le manifiesta eligiendo el partido mas heroyco y mas arriesgado, nunca el mas prudente. El peligro siempre se halla sujeto à él. No son las Conquistas las que apetece, sino la gloria que le resulta de ellas. Pudo aprisionar à Dario, acometiendole de noche, y venciendo su flaqueza, enmedio de ser el Exército enemigo dobladamente mas numeroso que el suyo. Pero aquel gran Heroe, menos atento à vencer, que à dar motivos para la admiracion de su valor, acometió al Rey de Persia en mitad del dia, resuelto à perecer antes gloriosamente, que à vencer por medios astutos. Ofrecióle Dario despues de su rota dividir con él el Asia, proponiendole el casamiento de su hija; pero*

8. c.7. Non debet quisquam ubi maxima rerum momenta versantur sollicitus esse de verbis.

Tab. lib. 11. cap. 1. Ut Monilibus, & Margaritis, quæ sunt ornamenta fœminarum, deformantur viri: nec habitus Triumphalis, quo nihil augustius fœminarum decet. Rapin 304.

quiso antes Alexandro encaminarse à la gloria por el peligro, que llegarse à ver Señor de la mitad del Asia tan tranquilamente. Y asi no diò oídos à estas proposiciones, ni quiso nada sino es por medios extraordinarios, sobre cuyas acciones hace gran ponderacion su Historiador. ¿Pero enmedio de tanta gloria, no falta algo de razonable en ella? ¿No hace à su Heroe mas atrevido, que prudente, y mas arriesgado, que ambicioso? Hale juzgado en esto mas prodigioso sin duda; pero tambien nos ha dado motivo para dudar si es Romano, ò algun Historiador, que dexó pensionado para esto. Tanto importa à un Autor dirigirse en todo por la razon, con la qual debe siempre medir sus conceptos, y seguir antes la naturaleza de las cosas, que las hermosas idéas de su imaginacion.

Por lo que mira à los infames vicios que refiere de
Rapin 198. Alexandro, y de que le censura Rapin, lo hace con estas palabras, que traslado, tanto por lo que conducen à nuestro proposito, quanto por lo que pueden contribuir à la enseñanza de muchos: *Mi dictamen es, que aunque en la Historia no se puede referir nada que no sea verdad; tampoco decir todas las verdades, especialmente algunas, que miran à los Soberanos, con quienes es preciso dispensar tal vez, en cuya consideracion pudiera haber escusado Quinto Curcio las indecencias que refiere de Alexandro. Las Diademas son tan privilegiadas, como acreedoras de todos respetos; y asi debemos tratarlas decorosamente, sin dexarnos llevar de la libertad; podemos representar los vicios de sus Personas, pero sin tocar en nada que ofenda à su dignidad, ni que disminuya lo que es tan debido à su grandeza.*

En quanto à las oraciones de la Historia de Curcio,
Rapin 271. procede Rapin, no menos rigido Censor, que Mascardo; pues de mas de conformarse con él en lo que dice de la de los Scythas, añade, que la que supone hizo Dario antes de la batalla de Arbela en el libro 4. es muy estudiada, muy fina y muy larga. Que la que se ofrece al

fin

fin del libro 6. en voz de Philotas, acusado de haber conspirado contra Alexandro, y cercano à su muerte, es con expresion tan tranquila y tan dulce, como pudiera, si se halláse en una funcion de gran gusto: sobre lo qual concluye con que siempre será del sentir de Cicerón, el qual tratando de las oraciones de Thucidides, dice discretamente: *Tengolas por muy hermosas, pero si quisiera imitarlas no podria, ni quisiera aunque pudiese.*

Cicer. declar. orat. De Thucidide orationes quam interposuit laudare soleo: sed imitari neque possim si velim neque velim si possim.

Pero enmedio de venerar los reparos de Varon tan erudito, no me detendré tanto à estrañar estos, ni los que miran à la Geographia y à la Rhetorica, quanto à culpar antes à Quinto Curcio, con le Bailler, por lo que toca à la Moral, en que verdaderamente no se le puede escusar; porque despues de haber reconocido en mas de un lugar como Alexandro, se sirvió del Eunucho Bagoas para lo mismo, que le hizo tan poderoso en la gracia de Dario, sin detener mucho la consideracion en el valimiento de Ephestion, pues no le fue tan ignominiosa, ni tan culpable como algunos han querido, es digno de estrañeza que no reparáse en decir, que todas las inclinaciones de Alexandro fueron naturales, y permitidas. Hacelo quando habiendo representado la muerte de este Principe, examina despues sus virtudes y sus vicios, usando de estos propios terminos: *¿Quál fue su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Quál el afecto à sus soldados? ¿Y quál su continencia con las mugeres?* Como si aquella pasion infame que tubo por Bagoas no fuese contra la naturaleza, quando mucho tiempo antes, enmedio de las tinieblas del Paganismo, Phocydides observó en uno de sus versos, que los brutos mismos aborrecian este genero de ayuntamiento? ¿Y quando Platón, por infamado que estubo de esta torpeza, reconoció despues en el libro 8. de sus Leyes, que antes del mismo siglo de Layo, este exemplo de los brutos ocasionó, que se llamáse el amor de varon, pecado contra la natura? Verdaderamente, que el yerro de Quinto

Lib. 6. y Lib. 10.

 Cur-

Curcio no se puede paliar por mas que se alegue la licencia grande de los Gentiles, asi Griegos, como Latinos sobre esta materia.

Lo que con razon merece alabarse en Curcio es la cordura y atencion con que procede en la credulidad de los prodigios, en que le hace superior à los Griegos Francisco la Morte le Bailler, enmedio de que confiesa lo retenidos que son en darla à ellos.

No es necesaria mayor prueba, que la que ofrece describiendo una, ò dos fuentes milagrosas, que brotaron luego que Alexandro campó cerca del rio Oxo. Arriano dice, que la una de aceyte, y la otra de agua clara, sin parecerle que ocasionaria el menor escrupulo à la credulidad de sus Lectores. Quinto Curcio en el libro 7 no habla de la fuente de aceyte; refiere sí, que abandonando unos pozos, se halló una en la Tienda del Rey, y que habiendose descubierto tarde, se dispuso corriese la voz de que habia sido nueva, gustando el mismo Alexandro se creyese gracia del Cielo, y don del Dios. En mayor prueba de la circunspeccion con que trató siempre este Historiador los casos, que pueden causar estrañeza, pondré aqui los terminos de que se vale para la narracion de aquel perro, que se dexó cortar los miembros uno à uno en el Reyno de Sophista, antes que soltar, y dexar la presa del leon: *Confieso* (dice) *que refiero mas de lo que creo, pero como no me obligo à asegurar lo que dudo, tampoco à dexar de decir lo que he sabido.*

Tambien es digno de advertirse el lugar del mismo libro, donde refiere, que en la enfermedad de Ptolomeo, mostró una serpiente à Alexandro en lo mas profundo de un sueño la yerva, que habia de sanarle. Con semejantes protestas, y moderacion, la qual acredita el juicio del Escritor, y que no pretende la credulidad de los Lectores, se puede referir qualquier suceso.

No se ofrece en toda esta obra mas carta que la que su Autor refiere de Alexandro à Dario, sin que tenga

otra

otra digresion que la del libro 10. de quien he tocado algo, la qual mira à la felicidad del Pueblo Romano, reunido en el tiempo que Quinto Curcio escribia debaxo de un gran Emperador, tomando ocasion para hablar de esto de las divisiones que hubo entre los Macedones, despues de la muerte de quien los habia constituido Monarcas del Mundo. Porque no se debe tener por digresion el discurso del modo de vivir de los Indios con la descripcion de sus Tierras, que se vé en el libro 8. por no haber en ella nada, que no sea del proposito que tomó el Historiador, no pudiendo tratar bien de los sucesos de Alexandro en la India, sin dar una sumaria noticia de lo que era aquella provincia. Con que no restando otro reparo substancial, que expresar en este juicio, le pondrémos fin, advirtiendo, que enmedio de lo referido, ninguno entre los Historiadores Latinos ha logrado, segun el sentir de le Bailler, mas universal aprobacion y aplauso, que Quinto Curcio; porque aunque unos celebran el estilo de Tito Libio, y otros el de Tacito, todos convienen en que mirado el conjunto de su Historia, excede à las demás Latinas. El sentir de Justo Lipsio, repetido por mí en otra parte, es de que los Principes no deben tener otra lectura mas ordinaria que ella, y que harán bien de traerla siempre entre las manos. Y à la verdad son, demás de las grandes utilidades que hallarán en ella los Principes para el alma, considerables los provechos que sacarán para la agilidad, disposicion y sanidad del cuerpo; à cuyo proposito es muy digna de este lugar la noticia que se ofrece en la Historia de los Emperadores, de un Lorenzo de Medicis, al qual le deleytó tanto cierto tratado de Conrado Tercero del nombre, que creyó haber debido su salud al gusto que recibió de aquella diversion. Pero es aun mas vulgar la que refiere Antonio Panormitano, y repite sin muchos el Padre Siguenza en uno de sus eloqüentes y eruditos libros de la Vida de San Geronymo, y de la Historia de su Religion, el qual tratando de Curcio, dice: Que hallandose el sabio Rey de Ara-

Just. Lyps. in notis ad lib. 1. Polit.

Aragon Don Alonso gravado de una enfermedad, para cuya curacion no habian bastado todos los remedios de sus Medicos, buscó algun divertimiento en la Hirtoria que examinamos, y que le encontró con tan gran satisfaccion y felicidad, que se halló enteramente aliviado, protestando en presencia de muchos vasallos, y criados suyos, que de ninguna suerte estimaria tanto à Hypocrates, ni à Avicena como à Quinto Curcio, à quien se confesaba deudor de su salud.

Anton Panor. de rebus gestis Alph.

Contentome con referir semejantes sucesos, sin pretender abogar por su certidumbre, y lo quedaré mucho mas, si ellos, y todo lo contenido en este trabajo cede en deleyte, y utilidad de los Lectores.

PRO-

PROLOGO

AL LECTOR.

EL universal aplauso que han merecido las traducciones, que en este siglo se han hecho en la Lengua Francesa, por la aplicacion y felicidad con que se han dedicado sus mas eruditas plumas à ilustrarla, reduciendo à ella los mas doctos Escritores Griegos y Latinos, dió ocasion en cierta conferencia literaria, à que se controvirtiese si podrian lograr igual, ò superior acierto las que en nuestra Lengua Española se hiciesen de los mismos originales Griegos y Latinos. Abogaba tibiamente à favor de esta la comun experiencia de las pocas à quienes en ella se les puede conferir dignamente; pues sacadas las que hizo Alonso de Palencia de Plutarco, y otros, las quales, enmedio de haberse escrito en tiempo, que aun no habia llegado la lengua à verse en la hermosura y ornato, con que hoy se halla enriquecida, mantienen sin embargo tan gran nervio, y eloqüencia, que sin hacerla desapacibles su ancianidad, pueden servir de modelo seguro à todos los que las emprehendieren; la del P. Fray Luis de Granada del libro de la Imitacion de Christo del P. Kempis, impresa en Madrid el año de 1567. las del P. Ribadeneyra de las Meditaciones, Soliloquios y Confesiones de San Agustin. Las de la Tragedia Latina de Lucio Anneo Seneca, que intitula las Troyanas, y la de Pomponio Mela por Don Joseph Antonio Gonzalez de Salas. La de los libros de Beneficios de Seneca por Fray Gaspar Ruiz Montiano, con quien no es comparable la de Don Pedro Fernandez Navarrete. La del Panegyrico de Plinio à Trajano por el Jurisconsulto Don Francisco de Barreda. La del Opusculo, que debaxo del titulo de Gobierno de los Principes, corre por de Santo Thomás, y con no pocos valedores esta opinion contra tantos como se oponen à ella por Don Alonso Ordoñez de Seyxas y Tobar, que tambien traduxo con no menor acierto la Poëtica de Aristoteles. La de

Ta-

Tacito por Don Carlos Coloma, justamente celebrada de los que alcanzan à conocer sus primores, y à diferenciar las crecidas ventajas con que excede à tantas como se han hecho de este Autor, unas medianamente razonables, y otras sumamente infelices. La de la Capa de Tertuliano por Don Estevan de Ubani, la de la Apologia, y de otros tratados del mismo Autor, por el P. Fray Pedro Manero, dignas de las mayores alabanzas, por el gran acierto con que exprimen la viveza y valentia de sus conceptos, enmedio de las ingeniosas obscuridades, (segun las llama Lactancio) y de las estudiadas tinieblas (segun San Agustin) que se ofrecen en aquel Africano, ocasionadas de las figuras Griegas que usó en estilo Latino; las que hizo Don Francisco de Quevedo, peregrino ingenio de nuestro siglo del Lyrico Poëta Griego Anacreonte, que no imprimió, y cuyo original pára en mi poder con muy eruditas notas; y la que corre de la vida de Marco Bruto, sacada del texto Griego de Plutarco, que tan siniestramente han publicado algunos, fue de la traduccion Francesa del Señor Amiot, como se reconoce de los primorosos aciertos de aquella, y de los continuados defectos, que en esta notan sus mismos Franceses, y entre otros el Señor de Hedoville; el qual, con ocasion de ponderar la destreza cón que traduxo del Griego Mr. le Fevre la vida de Teseo del mismo Plutarco, añade, que por la impropiedad, rudeza y obscuridad de las de Amiot, se debe desear saque Fevre las demás. Pero hizo el año de 1666. el Abad Tallement, con tan grande acierto, que logra el primer credito este trabajo; y otras cuyo número dificilmente llegará al de las referidas. Todas las demás que corren en nuestra lengua, haciendo considerable ofensa à los Autores que traducen, mas las sirven de descredito y ultrage, que de lustracion y adorno.

Este desengaño, y el de la inaplicacion que generalmente se experimenta hoy en España à las buenas letras, hizo negar à casi todos los concurrentes, que pudiesen ser las superiores, y desconfiar à muchos de que llegasen à igualarlas. Movida, pues, mi cortedad, aunque tan excesivamente inferior à la suficiencia de aquellos, del credito de nuestra

len-

lengua, venciendo à esfuerzos del natural amor à ella los estorvos que la ofrecia la medrosa desconfianza del proprio conocimiento, y fiando de la laboriosidad y el estudio, lo que no debia esperar de mi ingenio, resolvi reducir à ella algun Historiador Latino, que fuese obgeto digno de mi empresa. Y siendo uno de los mas celebrados entre los antiguos Quinto Curcio, por la hermosa variedad de su materia, por la forma y el todo de sus circunstancias, y quien hoy corre con mayor credito traducido en la Lengua Francesa por el Señor de Bougelas, habiendo comprado este al precio inestimable de los años, los aciertos, que le confieren; pues si creemos al que publicó este trabajo, pasaron de treinta los que gastó en él; plazo, que aun en menor número, y en materia de mayor conseqüencia le juzgó Tacito en el tratado de las Acciones de su suegro Agricola por uno de considerables de la vida humana, me pareció hacer eleccion de este, para que à vista del cotejo se pudiese decidir mejor la suscitada controversia, atribuyendo los desaciertos en que mi traduccion la fuere desigual à defecto de mi suficiencia, y los primores, en que (por acaso) la fuere superior à la fertilidad de nuestra lengua, cuyas excelsas ventajas à la Francesa son tan notorias à todos los que con desinteresado ánimo las han juzgado, que solo ellas pudieran haberme alentado à esperar lo que de menos poderosa causa no debia prometerme: dictamen, en que purgandome de las sospechas de apasionado por mi propria lengua, me ha confirmado con el suyo un Erudito moderno y estrangero, el qual, en la Genealogia, que escribe de la casa de Austria, llegando à tratar de la Magestad del Rey Don Phelipe IV. nuestro Señor, y à ponderar su Religion, su piedad y su reverencia à la Santa Sede, produce en mayor credito de ella una carta que escribió de su propria Real mano à la Santidad de Alexandro VII. en respuesta de un Breve, en que le participa de su asuncion al Pontificado, y antes de hacerlo dice: *Ofreceriala en Lengua Latina, si enmedio de ser la Española hija suya, no excediese aun à su misma madre en la gravedad de su caracter, en la posesion de su laconica frase, en la magestad de sus palabras, y en lo exquisito de sus peregrinos y vi-*

Quid si per quindecim annos, grande mortalis ævi spatium.

Addo, & aliud testimonium quod ex proprio Majestatis suæ calamo Brebi Apostolico Pa-

vivaces conceptos. Con el fin, pues, propuesto, he aplicado en esta traduccion todo el cuidado que he juzgado capáz de su logro, poniendole en la observacion de las leyes, que nos prescriben los aciertos de las que corren mas celebradas, sin estrecharme à la rigurosa severidad con que algunos quieren, que sea la version tan fiel y puntual, que no se mude una sylaba ni coma; pues como advirtió San Geronymo: *De la manera que no es injuria de la sentencia, sino adorno suyo cercenarla lo superfluo; tampoco infidelidad sino aliño añadirla para perfecionarla*: Tampoco me he adelantado à usar de la relaxada licencia del Paraphrasis; *porque esta no solo es interpretacion de la letra,* (segun el sentir de Quintiliano) *sino una libre y arbitraria declaracion de sentidos, expresada con abundancia de palabras:* He tenido por regla el seguro medio que entre estos dos viciosos extremos siguió Ciceron, traduciendo las oraciones contrarias de Eschines y Demosthenes, que fue *el trasladar la viveza de la sentencia, y convertir en magestad Latina la pompa Griega, copiando* (como él dice) *la imagen; no los colores, pesando, y no numerando las palabras, y atendiendo al valor antes que al número. Porque como enseña San Geronymo, el que traduce no ha de mirar à la material significacion de la voz, sino à la correspondencia que tiene en el Idioma, en cuya lengua traduce*; precepto, de cuya observancia se hallan tan lexos todas las traducciones que hoy publican los nuestros, que no solo faltan à la debida proporcion y equivalencia de las voces, dexandose llevar de las estrañas, que muchas veces, ò no tienen en la propria la misma viveza, ò están recibidas en diverso sentido y significacion, sino tambien de las frases y dialecto de la lengua que traducen; de que nace, que teniendole cada una distinto, quedan tan asperas, desabridas, obscuras, y en muchos lugares expresados los conceptos en muy contrario sentido al que se ofrece en los originales, que mas parecen abortos de estrangeras plumas, que partos de naturales ingenios.

Papæ, Alexandri VII. viventis etiam ab eodem propria manu consignato responsivo exivit Daho, & illo eodem idiomate in quo scriptum fuit. Darem Latinæ si latinitatis filia, ut est Hispanica lingua inscriptionis gravitate Laconicæ Phrasis, Possessione sententiarum, in verborum majestate, ac peregrinorum, vivatiumque conceptuum varietate matrem ipsam non vinceret Fr. Didacus de Lequiles in Augustissima Domo Austriaca D. mist. Colos. pag. 34.

Quintil. lib. 10 cap. 5.

Cicer. in Præfat. ad duas orat. contr Hier Epist ad Suinam.

No he puesto menor diligencia en examinar gran parte de los muchos exemplares que hay de nuestro Autor: entre quienes sigo ordinariamente los que publicó el P. Radero, y despues de él Juan Freinshemio, como mas correctos. Tampoco he omiti-

ti-

tido la de reconocer cüidadosamente las traducciones que se ofrecen en la Lengua Italiana y Francesa, y entre otras la que en aquella publicó Thomás Porcacho en Milán el año de 1528. con algunas notas, cuyo estilo tiene igual falta de pureza, que de aliño, y la que he referido corre con tan merecido credito en Francia de Mr. de Bougelas, al principio de la qual se ofrecen los dos primeros libros, que suplió à Curcio Freinshemio, si bien no traducido por él, sino por Mr. de Rier, à cuya imitacion le he seguido, asi porque en el todo de la obra se pueda hacer mejor el cotejo, como por las ventajas de este suplemento al antiguo, el qual no dexó de valerme en algunos lugares, que júzgo mejorados en él.

Quise exornar esta obra con algunas notas; pero considerando, que para los Eruditos eran superfluas, asi por no necesitarlas, como porque aun quando las apeteciesen, no pudiendo yo adelantar nada à lo mucho con que han enriquecido à este Autor el P. Radero, el mismo Freinshemio, Blancardo Loccenio Erasmo, Hutenio, Glareano, Hæningero, Accidalio, Francisco Medio, Tito Popma, y sin otros ultimamente Phelipo Carolo, el P. Michaël Pellier, de la Compañia de Jesus, para el uso del Serenisimo Delphin, en ellos hallarian quanto deseasen, desistí de tan poco fructuoso material trabajo.

Lo que sí me ha parecido preciso, es dar alguna noticia de quien fue Curcio, y un juicio de su obra, deducido de los Autores, que pudieron hacerle con mas acierto, ò de alguna parte, ò del todo de su historia, en que seguiré muchas veces la finisima Critica de Juan Gerardo Vosio, y de Francisco la Motte le Bailler, Olandés el uno, y Francés el otro.

Faltame por advertir, que no pretendo abrogarme, ni la gloria, ni la osadia de haber sido el primero en emprehender este trabajo en nuestro Idioma, que ya sé que el año de 1518. le dió à la luz pública en Sevilla Pedro Cándido de Zimbre, y que tambien lo hizo el de 1534. el Licenciado Gabriél de Castañeda. Del primero debo la noticia à la doctisima Bibliotheca Hispana, que para segura norma y acertado modelo de todos los que las formaren, (segun el sentir de los primeros Criticos de la Europa) y entre otros de Morovio, eruditisimo Ale-

 mán,

mán, en el juicio que hace de todas las Bibliothecas, dexó escrita nuestro eruditisimo Don Nicolas Antonio, Varon verdaderamente grande, por sus copiosisimas letras, y exemplares virtudes, y merecedor de mas felíz siglo. Pero por grande que ha sido el cuidado que he puesto en descubrirle, no lo he podido conseguir, por cuya causa tampoco decir el que merece. Don Nicolás Antonio duda si fue Español, ò Estrangero; y dice, que facilmente se persuadirá à que se le equivocás: con Pedro Cándido de Zimbre, Maestro que fue de Breves de Nicolao V. aunque este nunca tubo comercio alguno con la Lengua Española, que traduxo sí del Griego en Latin à Apiano Alexandrino.

La Traduccion de Castañeda he visto con merito capáz de que se me permita decir de ella, que aun quando se hubiese valido este Autor de exemplares menos corrompidos, que los que él mismo confiesa tubo, y manifiesta la obra; y aun quando guardáse las leyes de una severa Traduccion, ò produxese las utilidades que suelen dar de sí los Paraphasis, y de que está tan lexos, que solo se reconoce en ella una indistinta mezcla de ambas cosas, vende à tan caro precio las noticias que ofrece, que no siendo este menos que el de una considerable porcion de paciencia, apenas hay aun en los que por falta de inteligencia de la Lengua Latina no tienen otro recurso en donde buscarlas, quien se halle con fuerzas para tolerar la molestia de su narracion, queriendo antes carecer de aquellas, que pasar por semejante fatiga. Si bien no se le puede dexar de estimar el buen zelo que tubo de comunicar esta Historia, tal qual esté, à los que se hallaban imposibilitados de lograrla por otro medio; asi como ni tampoco dexarse de admitir con la benigna gratitud que espero el que me ha movido en mayor credito y desempeño de nuestra Lengua, aunque enteramente no consiga el fin propuesto. VALE.

TA-

TABLA
DE LOS CAPITULOS
QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

LIBRO PRIMERO.

Cap.

LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

Cap.

LIBRO QUINTO.

Cap.

LIBRO SEXTO.

LIBRO SEPTIMO.

Cap.

LIBRO NONO.

LI-

LIBRO DECIMO.

LI-

LIBRO PRIMERO DEL SUPLEMENTO A QUINTOCURCIO

POR JUAN FREINSHEMIO.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO DE ALEXANDRO, y prodigios que le precedieron y sucedieron.

MUchos Historiadores Griegos escribieron la vida y acciones de Alexandro, que despues de haber conquistado el Imperio de los Persas, le transfirió à la Grecia. La mayor parte de ellos fueron testigos de tantas gloriosas acciones como obró, compañeros unos de sus victorias, è instrumentos otros de sus designios, à quienes se añadieron los que llevó el deseo de su gloria, y el de que triunfáse su nombre despues de su muerte; dexando por este medio à los siglos futuros el retrato de su valor, y la memoria de sus acciones. Pero enmedio de que fueron grandes, la natural inclinacion que tubieron los Griegos à las fabulas, ocasionó, que muchos de ellos escribiesen aventuras, que tienen mas proporcion con los prodigios, que similitud con la verdad: y asi, no hallo que merezcan mayor credito otros, que Aristobulo y Ptolomeo, que reynó despues de Alexandro; porque muerto este Principe, y faltando la ocasion para el temor, sin el qual, y la lisonja, que son los que de ordi-

Justinus 16. 6. 17.

Arrian. en su Pref.

nario pervierten la verdad de la Historia, no tenian impedimento para la libertad de decirla; no siendo creible que Ptolomeo quisiese deslucir la dignidad Real con fabulas y fingimientos. Hallaronse ambos presentes, no solo à muchos de los sucesos que refieren, sino concurrieron tambien à ellos; con que pudieron escribir con mas verdad que otros; por cuya causa, siempre que los hallamos conformes, los preferiremos à los demás Autores, eligiendo, quando no lo están, entre la abundancia de tan diversas noticias, las que mas se acercan à lo verosimil, despues de haber cotejado exactamente las unas con las otras. Hemos observado tambien, que despues del siglo de Alexandro, todos los Griegos que tubieron algun amor à la verdad, y de mas reciente memoria Diodoro Siculo, siguieron el mismo camino; porque los Romanos que se aplicaron à la Historia, contentos con escribir las admirables acciones de un Pueblo victorioso, qual era el suyo, despreciaron siempre las de las Naciones estrañas, teniendo este por trabajo mas util y provechoso à sus ciudadanos. Pero asi como juzgo loable su intento, espero sea acepto el que he puesto en representar à mi Patria una imagen de este Rey, que por sí solo conquistó en el corto tiempo de su vida mayores dominios que otros Principes que la gozaron mas dilatada. De que se podrá reconocer no es el acaso quien gobierna los sucesos del Mundo, sino la fortuna, que de ordinario se proporciona con el talento de los hombres, y que no tiene larga duracion la felicidad, quando no la acompaña la virtud. Juz-
Diodoro 17. 1. go, pues, que en Alexandro concurrieron todas las prendas de
Velejus 5. 66. talento y fortuna que se pueden desear en un Principe, que
Oros. 3. 12. ha de llegar à tan alto grado de autoridad y poder. Los de
Arrian. 25. 34. Macedonia creen descender de Hercules y Olimpias, madre
Pausan. *lib.* 1. de Alexandro; deduce del Grande Achiles el origen de su san-
Jul. Ces. gre y casa. No le faltaron desde su infancia, ni estímulos ni exemplos para aspirar à la gloria, maestros que le enseñasen la virtud, ni exercicios que le adquiriesen experiencias; porque el Rey Philipo su padre puso por medio de las contínuas guerras en reputacion el nombre de los Macedones, despreciable antes, y los hizo formidables à los demás Pueblos

de

de la Grecia, à quienes reduxo debaxo de su obediencia ; con que no solo echó los fundamentos para la obra, que se perficionó despues de su muerte, sino que muriendo con el designio de pasar la guerra à Persia, dexó crecido número de levas que habia hecho, considerable porcion de dinero, tropas dispuestas, y todo genero de municiones, habiendo ya penetrado por medio de Parmenion el Asia. Murió pues en esta sazon, como si lo hubiese hecho, con el fin de dexar à su hijo tan grandes fuerzas para la guerra, y la gloria de los triunfos, que su espiritu se habia ideado; por lo qual se dixo, murió por artificio de la fortuna, la qual quiso (por decirlo asi) dar solo à Alexandro obediencia perpétua: y asi la admiracion que causó este Principe, obligó à dudar muy desde los principios de sus acciones, si sería mas justo tener por divino el nacimiento de tan grande Varon, y creerle antes hijo de Jupiter, que descendiente de este Dios por los Eacidas, y por Hercules. Lo cierto es, que quando pasó à Libia à visitar el Templo de Hammon, quiso le llamasen hijo suyo, como dirémos despues; *y que muchos creyeron, que Jupiter tomó la forma de aquella serpiente, que se vió entrar en la camara y lecho de su madre, y que le procreó: que los sueños divinos, y las respuestas de los Oráculos testificaron este origen; y que quando Philipo envió à Delphos à consultar à aquel Dios, le advirtió el Oráculo veneráse con especialidad à Jupiter Hammon. No faltan Autores que desprecian por fabulosa esta noticia, asegurando, que no sin motivo se habló de la madre de Alexandro, como de una adúltera: Que Nectanebo, Rey de Egypto, arrojado de su Reyno, no pasó, como se creyó, à Ethiopia, sino à Macedonia, esperanzado en el socorro de Philipo contra el poder de los Persas: Que rindió à Olimpias à sus engañosas caricias por la fuerza de sus encantamientos, y que manchó el lecho de su huesped; de cuya afrenta no quedó sin las sospechas Philipo, las quales acreditó su divorcio, habiendo sido ellas principal causa para él: Que el dia que Philipo llevó à su Palacio à Cleopatra, Attalo, tio de la Novia, tubo osadia de dar en rostro à Alexandro con la afrenta è infamia de su nacimiento; y que el mismo Rey le declaró no ha*

Curt. 7. 1. 3.

Curt. 10. 5. 33.

Curt. 4. 6. 30. Lucian. *en el Dialogo de los muertos.* Sil. *lib* 13. Vict. *en Galerio.* Dionysio Chrysost. *dis.* 4. Sydon *en el* 2. *y* 9. *de sus versos.* Plut. *cap* 7. Just. 11. *y* 16. Solin. *cap.* 14. Euseb. *dis.* 1. Ant. Ottotrising 2. 23. Cedren. Glicas. Just. 11. 4. Texcita, *en la Histor. de los Persas,* 1. 32. Liv. 26. 19. 6.

 bia

bia nacido de él: Que la voz del adulterio de Olimpias, no solo se dilató à nosotros, sino tambien à todas las Provincias, que este Principe reduxo debaxo de su dominio: Que la serpiente trahe su origen de las antiguas fabulas, para encubrir la infamia de esta Princesa: Y que los Mesenios publicaron lo mismo de Aristomones, y los Sicyonenses de Aristodemo. La misma voz se divulgó de Scipion el Primero, que destruyó à Carthago; y el nacimiento de Augusto no dexó de tenerse tambien por milagroso y divino. ¿Y qué dirémos, por lo que mira à Rómulo, Padre y Fundador de Roma, quando no ha habido Nacion, por baxa y despreciable que sea, que no haya atribuido à algun Dios, ò algun hombre procreado de él su origen, y nacimiento? En quanto à la fuga de Nectanebo, no se conforma con el tiempo; pues quando fue vencido por Ocho, y echado de su Reyno, se hallaba ya Alexandro en edad de seis años: no siendo menos falso, ni menos ridículo lo que se dice de Jupiter, cuya fabula confirmó por tal la misma Olimpias; porque asegurada despues de la muerte de su marido, y burlandose de la vanidad de su hijo, que la procuraba persuadir habia nacido de Jupiter, le pidió por medio de una carta, *no la pusiese mal con Juno, ni la expusiese à la indignacion de esta Diosa, pues no habia cometido contra ella culpa, por quien mereciesse su castigo. Y que en ocasion de pasar al Asia amonestó à Alexandro se acordáse de su origen, para no executar accion que fuese indigna de su padre.* Mas en lo que uniformemente convienen los Autores es, en que entre la concepcion y nacimiento de este Principe, fue seguro anuncio de que habia de nacer de esta Princesa tan admirable Héroe la diversidad, y crecido número de prodigios y presagios que acaecieron. Ofreciósele en un sueño à Philipo, cubierto el vientre de Olimpias de un anillo, en que estaba grabado un Leon, cuya memoria conservó la Ciudad de Alexandria, edificada en Egypto, y por largo tiempo el nombre de Leontopolis. Aristrando, uno de los mas célebres Adivinos de su tiempo, que acompañó despues à Alexandro, y fue de quien se valió para sus sacrificios, declaró: *Que este sueño denotaba el valor, y virtud del Infante, que habia de nacer.* La mis-

Sili. 1. 9. Agel. 7. 1. Val. Max. 1. 2. 2. Quint. 2. 4. Sueton. *en la vida de Augusto, c.* 94. Liv. *en el Pref.* Plut. *cap.* 3.

Agel. 13. 4.

Plut. *cap.* 3. Solin. *cap* 14. Plut. *cap.* 3.

Plut. *cap.* 2. Ephor. *en* Tert. *del alma, cap.* 46. Steph. 5. Alex. Cust. *en Perieget.* 254. Cic. *de Divinat.* 1. 23. *y de la nat. de los Dioses,* 2. 27. Soli. *c.* 43. Val. Max. 8. 14. Zonaras. Hierro *contra Helvid.* Plut. *cap.* 4.

misma noche que Olimpias parió, fue abrasado, y reducido à cenizas el Templo consagrado à Diana en Epheso, uno de los mas célebres de toda el Asia, è introducido el fuego por el furor de un malvado hombre, que puesto à qüestion de tormento, confesó: *No haber tenido otro motivo para aquella malvada accion, que el hacer perpétuo y memorable su nombre.* Pero los Magos y Adivinos, que se hallaban entonces en Epheso, *sintieron este incendio, no solo por la pérdida del Templo, sino por creerle cierto presagio de alguna considerable ruina; de cuyos desconsolados temores llenaron toda la Ciudad, diciendo, se encendia en alguna parte antorcha, cuyo incendio abrasaría todo el Oriente.* Al tiempo que nació Alexandro sujetó Philipo à Potidea, Colonia de los Athenienses: supo quedó vencedor en los Juegos Olímpicos, donde habia enviado quatro carros, y por un Correo, despachado por Parmenion, à quien habia enviado à Ilyria, de victoria mas importante, pues le avisaba haber roto y deshecho los Macedones à los Barbaros en una gran batalla. En la celebridad de tan felices sucesos le halló el del parto de Olimpias, del qual predixeron los Magos y Adivinos: *Sería invencible Príncipe Infante que habia nacido entre tantas palmas y victorias.* Y es fama, que Philipo, medroso de las grandes prosperidades que à un tiempo experimentaba, rogó à la Diosa Nemesis: *Permitiese, que con alguna mediana calamidad pudiese satisfacer los obsequios y sumisiones, que al parecer le hacia la fortuna.* Tambien se refiere, que en la Ciudad de Pelle se mantuvieron por espacio de un dia sobre la casa en que la Reyna parió, el que dió à luz à Alexandro, dos Aguilas, y que fue presagio de que poseería los dos Imperios de Europa y Asia: interpretacion facil de hacer despues de visto el suceso. Algunos Autores añaden: *Tembló la tierra el dia del nacimiento de este Principe, en el qual se oyeron grandes truenos, y vieron caer muchos rayos.* Nació, segun el sentir de sus mas exactos Escritores, al principio de la olimpiada ciento y seis, siendo Pretor en Athenas Elipenses, el sexto dia de Junio, à quienes los Macedones llamaron Loo, tiempo en que el Pueblo Romano (de cuya fundacion corrian cerca de quatrocientos años) se exercitaba en las guer-

Just. 12. 16. 6.

Plut. *en la consolac. à Apol. c. 9. y en las Apopht.*

Mela 2. 3.

Serv. *sobre Virg.* Georg. 4. 278.

Ant. Buntig. *en su Chronol.*

Capel. *en su Historia Sagrada.*

Plut. *cap.* 4.

Demonsth. *en la Orac. de la Corte.*

Agel. 17. 21.

Histor. mes. 2. 4.

Agel. 9. 3.

guerras de sus vecinos, haciendose por medio de las victorias que cada dia obtenia, mas considerable y glorioso, para avasallar todo el Orbe à su obediencia.

CAPITULO II.

SU EDUCACION, LOS EXERCICIOS de su juventud, y la disposicion de su cuerpo.

VIendose Philipo con un hijo, de cuyos aumentos le obligaban à concebir grandes esperanzas presagios tan felices, empleó todo su cuidado en su mejor educacion, para que le halláse la Corona digno de ella, y el Cetro capáz de regirle; conociendo, como tan prudente y atento al bien de sus Dominios, no habia adelantado nada con todo lo obrado y emprendido, si para despues de su muerte dexaba à Macedonia un Principe negligente, è incapáz de reynar y vencer; y que aun su reputacion peligraria en la duracion, si la flaqueza de su sucesor malograba la disposicion de los grandes progresos à que habia dado principio. Conservanse cartas suyas, llenas de utilidad y prudencia, escritas à Aristoteles, el qual se hallaba entonces con Platón en Athenas; y una de ellas contiene estas, ò semejantes expresiones: *Philipo à Aristoteles, salud. Hagoos saber, me ha nacido un hijo, de cuyo beneficio no he dado tantas gracias à los Dioses porque me le hayan concedido, quanto porque haya sido en vuestro tiempo. Espero que por medio de vuestros preceptos y cuidado en su educacion, saldrá de vuestra escuela digno discipulo vuestro, no indigno hijo mio, y capáz de sucederme en tan gran Reyno; porque juzgo por mejor no tener hijos, que dexarlos para deslustre, y ultrage de la sangre y de los predecesores.* No se engañó Philipo; porque Alexandro logró con tan fructuoso aprovechamiento la doctrina de este gran Varon, que pudo con ella poner
Cur. 3. 6. 1. Just. 12 6. 10. en execucion las esclarecidas acciones, que despues obró. Nom-
Arrian. 4. 2. 12. braronsele en sus mas tiernos años por Ayos à Leonidas, pa-
Curc. 8. 2. 8. riente de Olimpias, y à Lysimacho de Acarnania. Eligiósele
una

una Ama de buen temperamento y costumbres, llamada Helanica, hija de Dropis, y de las mejores familias de Macedonia. Correspondió tan felizmente al cuidado el suceso, que aun en la infancia empezó Alexandro à dar muestras de quanto se experimentó despues en su persona; porque desde entonces se le advirtieron tan ventajosas fuerzas en el cuerpo, como generosidades en el ánimo, superiores à la edad en que se hallaba, è iguales à las que se deben desear en un natural heroyco. Era hermoso y agradable: despreciaba todos los adornos, que pueden añadir gracia y hermosura al cuerpo, diciendo: *Que el cuidado del aliño y de la compostura, solo era permitido à las mugeres, las quales no tenian otros medios para hacerse recomendables; y que él la habria conseguido, si llegáse à poseer la virtud.* Tenia los miembros bien proporcionados, y el cuerpo robusto y fornido, y mas vigoroso en la realidad que en la apariencia, por ser de mediana estatura: las carnes blancas, aunque las mexillas y el pecho gratamente roxos: los cabellos rubios y ensortijados, y la nariz aguileña: los ojos de diversas colores, negro el diestro, y azul el siniestro; pero con tan oculta virtud, que ninguno los miraba sin reverencia y temor. Era admirable la ligereza del cuerpo, la qual hacia mas agil, como tan necesaria, la freqüencia con que le exercitaba; disputando algunas veces el premio de la carrera con los mas ligeros de los suyos. La paciencia con que sufria los trabajos fue tan grande, que excedió à la crudelidad, y por esta virtud pudo conservarse con sus armas en las mayores calamidades y peligros. Purgóse de tal suerte con la continuacion de sus exercicios y temperamento cálido de los malos humores, que de ordinario se engendran entre cuero y carne, que esparcia de sí un grato olor, de que participaban sus vestidos: causa à que atribuyen algunos su propension al vino, y à la cólera. Conservanse retratos y estatuas suyas de los mayores Artifices, por haber prohibido con gran cuidado, debaxo de graves penas, que ninguno le retratáse sin orden suya, para que no perdiese su rostro nada de la gracia y vigor que mantenia, por mano de Pintores y Escultores comunes. Y asi, en medio de haber florecido grandes Artifices en este tiempo, solo

Cumen. *en el Panegyr. de Constantin. cap.* 17.
Eliano *en la Historia ult.* 12. 14.
Arrian. 7. 5. 18.
Solin. 14.
Curc. 3.
Solin. *c.* 14.
Plut. *cap.* 3.
Tzetzes Glycus.
Elian. *Hist. ult* 11. 14.
Plut. *de la Difer de la amistad, y la lisonja, y de la Tranquilidad del Alma, c.* 20.
Arrian. 7. *c.* 18.
Plut. *en el Banquete.*
Apuley. 1. *de Hoid.*
Horat. *ep.* 2. 1.
Himer. en Phocio.
Plin. 7. 37. 6. 55. 10. 25. 37. 37.
Cic. *en las Epistolas familiares.* 3. 12.
Hieron. à Letar.

Ape-

Hincma. *epist* 8 1. Plut. *en Pyrr. cap.* 14. *y en Alexandro, cap.* 5. *en el tratado de la Fortuna* 2. 5. *y en Pompeyo, c.* 6.

Apeles le retrató de consentimiento y voluntad suya; y solo Pyrgoteles le grabó sobre piedras; y solo Lisippo y Polycletes le estamparon en medallas. Refierese, que tomó de tal suerte el defecto de atravesar la vista de su Ayo Leonidas, que le fue imposible perderle despues. Confieso, que puede mucho la educacion; pero que atribuyo esto mas al natural de aquel Principe, que à la costumbre que tomó; porque en alguna manera tienen los movimientos del cuerpo cierta propension, que les obliga à seguir el ardor è impetuosidad del espiritu. Tan lexos estubieron sus succesores de reputarla por imperfeccion, que no pudiendo en el valor ni en la virtud, pusieron gran cuidado en imitar esta, la de inclinar, como él lo hacía, el cuello

Tzetzes *Chil.* 8. 200. y 11. 36. 8. Vict. *en Caracalla, Historia mes.* 10. 23.

ácia el lado siniestro de la espalda, y la de tener la vista firme, y la voz hueca. Lo cierto es, que hubo entre ellos muchos, cuya larga vida no mereció se comparáse con la infancia de este Principe; porque à la verdad, en toda ella, ni dixo ni obró baxeza alguna; antes, por el contrario, sus palabras y acciones fueron iguales, y muchas veces superiores à su fortuna; pues aunque gustaba de la alabanza, no indiferentemente en todas, sí solo en las loables; creyendo, que la que se daba à las baxas, ni era de honor ni de gloria, y que la de la victoria se debia

Plut. *cap.* 6. *de la fortuna de Alexandro.* 1. 13. *y en las Apoth. cap.* 36.

proporcionar siempre con los enemigos que se vencian. Y asi, quando algunos le dixeron, que pues era tan agil y diestro en la carrera, concurriese con los que disputaban el premio de los Juegos Olímpicos, siguiendo el exemplo de aquel Rey, que tubo su nombre, para que se dilatáse por medio de esta accion por toda la Grecia la estimacion y gloria del suyo, respondió: *Yo lo hiciera, si tubiese Reyes por competidores y contrarios.*

Herodot. 5. 22.

Siempre que su padre Philipo obtenia alguna señalada victoria, ò ganaba alguna Plaza de reputacion, monstraba entre los regocijos públicos conocido sentimiento, el qual le obligó cierto dia à que prorrumpiese entre los niños de su edad, diciendoles: *Que su padre no les dexaba que hacer, ni à él, ni à ellos, quando pudiesen tomar las armas.* Tanto sentia le disminuyese su gloria lo que aumentaba las guerras y riquezas del Imperio; siendo en él mas poderosa la pasion al honor que à los tesoros.

Marcelin. 16. 16.

Dormia naturalmente poco, y valiase de artificio para dormir me-

menos. Si tenia algun cuidado de conseqüencia, que necesitáse de larga consideracion, sacaba el brazo fuera del lecho, y se impedia el sueño con el ruido de una bola de plata, que dexaba caer sobre una vacía. Tubo desde su infancia gran respeto à los Dioses. Cierto dia, en que se les hacia un sacrificio, echó tan gran cantidad de incienso, que Leonidas su Ayo, varon severo, y enemigo de la profusion, disgustandose de la de Alexandro, le dixo: *Quando conquistes los Lugares donde se trae el incienso, podrás quemar tan gran porcion*; pero habiendo pacificado despues Alexandro la Arabia, la qual le produce, y acordandose de las palabras de Leonidas, le envió de aquella Provincia gran cantidad de perfumes, con orden de que le dixesen de su parte: *No fuese otra vez tan escaso en honrar à los Dioses; pues veía por experiencia con quan dobladas creces remuneraban las ofrendas, que se les hacian.* Dió bien aprisa muestras de su gran valor, y de las considerables proezas, que emprehenderia. Hallabase en este tiempo por Rey de la Persia Artagerges Ocho, contra quien se habian conspirado, y hecho guerra Artabases y Menapo, ambos Satrapas, acompañados de Memnon Rhodio, famoso y esclarecido Capitan; pero quedando vencidos por las fuerzas de aquel Principe, abandonaron el Asia, y se ampararon de Philipo. Aunque no tenia entonces Alexandro siete años, recibia singular gusto de conversar con ellos, y de hacerles preguntas, en nada pueriles, sobre el estado de los negocios de Persia. Informabase con especialidad *de los fundamentos, en que se afirmaba la grandeza, y poder Real de los Persas: ¿Qué armas usaban? Si los Pueblos eran valerosos? Si generosos los caballos? Quántas jornadas habia de Susa à Macedonia? Quál era el genio del Rey? Quáles sus exercicios y sus divertimientos? Y en qué estimacion tenia la virtud?* Habiendo perdonado despues Ocho, (por intercesion de Mentor, hermano de Memnon, y con quien Artabases habia casado su hermana) à los desterrados, y enviadoselos à pedir à Philipo, causó tan grande admiracion Alexandro à los Embaxadores del Rey de Persia, por las muestras excelentes que les dió de su natural heroyco, en edad tan tierna, que no pudiendo contenerse uno de ellos, dixo: *Este niño es un*

Plut. *cap.* 44. *en las Apoth. cap.* 37. Plin. 12. 14. 17.

Diod. 16. 53. Curc. 6. 4. 25.

Plut. *cap.* 7.

Diod. 16. 53.

Plut. *de la fort. de Alexandro* 2. 24.

un grande Rey, y el nuestro un Principe rico. Pero aunque parece debió todas estas prodigiosas calidades à la excelencia de su natural, no fue menos deudor por ellas à su admirable educacion; porque su padre experimentando en sí quan util le habia sido la compañia de Epaminondas, y que habia obrado mas con la eloqüencia, que con las armas, puso gran cuidado en que su hijo se ilustráse desde su infancia con el estudio de las buenas letras: y asi obligó con Reales recompensas à Aristoteles, Philosopho de grande reputacion, à que enseñáse à Alexandro los primeros rudimentos, à cuyo empleo se dedicó gustoso aquel gran Varon, como quien sabía quanto importa que un Principe, cuyas sienes ha de ceñir la Corona, esté bien educado, y que no puede haber sabiduría donde falta el desprecio de las cosas pequeñas, sin el qual es imposible ascender à las grandes. Aplicaronsele despues muchos maestros, y los de mayor credito, en lo que se le pretendia enseñar; con que no solo enriqueció è ilustró el ánimo de las mejores ciencias, sino adornó y agilitó el cuerpo con su destreza en todos los exercicios que pueden servir à la guerra, y acostumbrarle à sufrir las fatigas de ella. Aun quando parecia que estaba sin hacer nada, no dexaba de obrar algo; porque divirtiendose, ò en jugar à la pelota ò en danzar, no abstraía tanto el espiritu, quanto disponia el cuerpo à empleos mas importantes.

Diod. 16.96. Quint. 1. 1. 20. Hiero. à Lætan. Erasm. *lib.* 2. *de Ratione concion.* Dexipp. *en Cedreno* Plut. *cap.* 70. Athen. 1. 15. 19. Diod. *orat.* 2. *Suidas* V.

CAPITULO III.

SU INCLINACION A LAS CIENCIAS: credito de Aristoteles su maestro.

HAllandose Alexandro en edad algo mas crecida, y con capacidad proporcionada y dispuesta para estudios mas sérios, le llevaron desde Mitylene, donde estaba, à Aristoteles, el qual no se apartó de su lado hasta que habiendo succedido en el Reyno por muerte del Rey su padre, hizo la jornada de Asia. Aprendió en este tiempo quanto podia enseñarle tan docto maestro y famoso Philosopho. Mostró tanto mayor deseo de alcanzar el conocimiento de los secretos de la naturaleza, quan-

Laert. *in Arist.* Dionys. *de Domesib.* Plin. 8. 16. 5.

quanto eran grandes las esperanzas que habia concebido de hacerse algun dia Señor del Mundo; y asi contribuyó à la especulacion de las cosas naturales, con expensas de liberal y Real ánimo. Dispuso que asi en el Asia, como en la Grecia y en las demás partes, donde con mayor aplicacion se dedicaban à este estudio, obedeciesen à Aristoteles todos los que buscaban su vida en la caza y en la pesca, à fin de que pudiese reconocer con mas certidumbre y facilidad la naturaleza de los animales; para cuya grande empresa es constante que recibió Aristoteles ochocientos talentos, y que fue tan grande la inclinacion de este Principe à tan admirable ciencia, que hizo por sí los gastos, y aplicó todo su cuidado, en medio de tener como por cierto que no llegaria à ver el fruto de ella. Hallaronse cien años despues ciervos, à quienes habia hecho poner collares de oro, para que conociese la posteridad quanto credito se debia dar à los que escribieron de la larga vida de los animales. Fue erudito en las sublimes disciplinas, à quienes llaman Acromaticas, como lo acredita una de sus cartas, en la qual se quexa de Aristoteles, *por haberlas disminuido mucha estimacion, haciendolas públicas*; y no menos la respuesta de Aristoteles, pues le satisface diciendo, que aunque las habia dado al público, era lo mismo que si no lo hubiese hecho, no habiendo quien pudiese entenderlas, hallandose sin la noticia de lo que contenian. En cuya conseqüencia, quando Alexandro le pidió sus libros de Rhetórica, le prohibió los franqueáse à otro alguno, que no fuese él, por desear exceder à los demás, no menos que en el poder y grandeza, en las buenas Artes, y no llevar bien que participásen de la gloria los inferiores. Tambien manifiestan sus cartas que supo Medicina, y que la aprendió de Aristoteles, hijo de un Medico descendiente de Esculapio. Pero aplicóse con tan grande utilidad à esta parte de la Philosophía, que enseña à gobernarse à sí, y à los demás, que se tubo por cierto debió la ruina del Imperio de los Persas, mas que sus armas y riquezas, à su generosidad, prudencia, templanza y justicia. Solia decir muchas veces: *Que se hallaba con no menor obligacion à Aristoteles, que à Philipo; porque si al uno debia el beneficio de vivir; reconocia al otro el de vivir bien.* Sin embargo

Athen. 9. 13.

Plin. 8. 22. 15.

Plut. cap. 12. Agell. 20. 4. Zonaras.

Arist. cap. 1. Rhet. de Alex.

Plut. cap. 13. Laert. in Arist.

Plut. cap. 13.

go se creyó, aunque sin razon, que enmedio de la grande ambicion, de que tenia apoderado el corazon, le inflamó mas en ella la estimacion que reconoció en Aristoteles al honor, y à la gloria, à quienes colocaba en el número de los mas apreciables bienes; y que persuadido Alexandro de esta opinion, que le lisonjeaba el genio, hizo naciese la guerra de la guerra para dilatar sus Dominios è Imperio, queriendo que todo el Mundo le estimáse por Dios. Tubo Aristoteles la recompensa y premio, que merecia por la educacion de Alexandro, no solo mientras reynó, en las grandes mercedes y honras que recibió, sino en tiempo de Philipo, logrando que por su atencion se reparásen las ruinas de su Patria. Habianse declarado por enemigos de Philipo los Olynthios, vecinos de Macedonia, y no inferiores à ella en poder, por llevar mal el acrecentamiento de un Reyno debaxo de Rey tan prudente, y que solo miraba à la ruina y servidumbre de sus vecinos: consideracion que hizo mas odiosa la guerra, y por conseqüencia mas cruel la victoria. Y asi Philipo habiendo tomado la ciudad de Olytho, la mandó arrasar, vender los habitadores, y que se executáse el mismo rigor en todas las ciudades, que dependian de ella. Stagira, patria de Aristoteles, tubo parte en este infortunio, participando de la desolacion que las otras; pero reparóla éste à permision y expensas de Philipo, y la dió leyes, que observó despues. De esta suerte restableció el talento de un hombre solo, una ciudad abrasada y destruida, y à quien no pudo librar antes de su ruina el esfuerzo de tan grandes Capitanes, ni el poder de un Estado floreciente. Déxase conocer bastantemente la estimacion grande de Philipo à Aristoteles, en las repetidas persuasiones, con que pedia à Alexandro se aplicáse cuydadosamente à los sabios preceptos de tan docto maestro, para no incurrir en vicio, cuya afrenta y arrepentimiento le sirviese de castigo. Y asi le tubo siempre Alexandro particular veneracion, y pidió su parecer en los negocios de mayor consideracion è importancia. Escribiale con gran freqüencia, solicitando saber de él, no solo lo mas oculto de las ciencias, sino tambien las mas seguras reglas para la mejor direccion de su vida, y costumbres. A cuyo fin le dice Aristoteles en una carta, que lo que juzga por mas pro-

Eth. 4. 7.

Zamos. *Analect. antiqu. Daciæ*, *cap.* 11.

Elian. *Hist. div.* 12. 54. Tzetzes *Chil.* 7. 140. Dion. *Chysost. orat.* 2. f. Laert. *in Arist.* Plin. 7. 29. 3. Val. Max. 6. 5. 5.

Plut. *cap.* 50. *adver. Colotem.*

Plut. *advers. Colot. c.* 50. Laertius.

Plut. *Apoch. cap.* 33.

Casaub. *in Athen.* 14. 22

proporcionado al logro de su felicidad y de la de sus vasallos, es: *Que tenga siempre presente no se le habia concedido tan considerable poder para que fuese inutil à los hombres, sino para que le empleáse en mayor beneficio suyo: que procuráse reprimir los impetus de la ira, à que naturalmente estaba sujeto; pues no habiendo quien pudiese serle igual, era tan escusado, como indigno de su grandeza, irritarse con los inferiores.* Pero luego que empezó à apoderarse de su ánimo el orgullo, tambien él à despreciarle; mayormente quando persuadido, que por muerte de Callistenes se habia hecho enemigo suyo, y que contra los preceptos de su sabiduría, y como por especie de venganza, se complacia de contradecirle y de convencerle en sus disputas, con pretexto de despreciar las grandezas y la ambicion. A lo menos se refiere, que poco antes de su muerte, justificando Casandro à su padre de los delitos que se le imputaban, exclamó diciendo: *Que venía armado de las invenciones y de los artificios de Aristoteles, para desvanecer con falsos y sofisticos argumentos, justos y legitimos cargos*; y que à uno y à otro amenazó con graves castigos, *si averiguaba ser cierto lo que habia referido*; hablandole en lo demás con semblante tan indignado y colérico, que mucho tiempo despues de su muerte, Casandro, que fue el que le succedió, hallandose en Delphos y viendo un retrato de Alexandro, y acordandose del peligro en que habia estado, se conturbó y estremeció. Esto fue causa de que se creyese fue Aristoteles autor del veneno, à cuya violencia se atribuyó la muerte de Alexandro, y que por disposicion suya se traxo de Babilonia en la uña de un caballo. Fue tambien este Principe primoroso en la música, à que se aplicó con particular aficion; pero habiendole dicho su padre un dia, *¿que si no se corria de cantar tambien?* la dexó como exercicio menos decente à la Magestad Real. Por este tiempo, advirtiendole su maestro de música, *que tocáse cierta cuerda*: *¿qué importa,* (le respondió) *que la toque poniendo un dedo sobre otro?* A qué el músico le satisfizo, diciendo: *Que para quien habia de ser Rey importaba poco; pero mucho para quien solicitaba ser perfecto tañedor de instrumentos.* Gustaba de que los tonos tubiesen vigor y espiritu, y por el contrario oía con tan gran disgusto los de-

Melanch. *in Chron.*

Elian. *Histor. divers.* 12. 54.

Rutgersius *variar. lect.* 1. 6.

Plut. *cap.* 13. *y* 94.

Plut. *de el adelantamiento de la virtud, cap.* 10. *y de la alabanza de si mismo, c.* 19.

Plut. 126.

Curt. 10. 10. 16.

Plut. *en Pericles. cap.* 1.

Grego. *lib.* 9.

Elian. *Hist. var.* 3. 52.

Dion. Chrys. *orat.* 2.

Suidas *en la vida de Thimoteo* Dio, *orat.* 1. Eras. *Adag. á Dorio ad Phrygium.*

delicados y femeniles, como miraba quanto previerte y corrompe las costumbres; por cuya causa hizo particular estimacion de Thimoteo, cuyo credito en este genero de música, à quien llaman Phrigia, era grande; porque acomodandola à su genio, le arrebataba de suerte, que como inflamado el ánimo de espiritu divino, ò como si estubiese cercano yá el enemigo, corria à tomar las armas. Tubo tambien por maestro de la eloqüencia à Anaximenes, natural de Lampsico, cuya ciudad le debió su conservacion, quando Alexandro determinó arruinarla, porque seguia el partido de los Persas; pues viendo que Anaximenes salia, y teniendo por cierto era à interceder por su perdon, antes de oírle palabra alguna, *le juró por los Dioses de los Griegos, no le concedería nada de lo que le pidiese.* Pero Anaximenes, usando de su destreza, le rogó arruináse y destruyése à Lampsico; con que el Rey se halló precisado del juramento, ò antes del discreto primor de su maestro, à conceder el perdon de sus yerros à los Lampsicos. Despreció à los comediantes, como à gente opuesta à su generoso genio, y nacida solo para la corrupcion de las costumbres. Lo mismo hizo de los que contendian à golpes de puño, enmedio de ser muy estimados entonces en la Grecia, y sin duda por su ociosidad, y porque se conservaban mas para los divertimientos y espectáculos del pueblo, que para las necesidades de la patria. Favoreció todas las demás Artes, y aun aquellas à quienes no se aplicó. De esta suerte todos los que eran primorosos en alguna, iban à presentarle de las partes mas remotas las obras de su ingenio y de su mano, y à recibir del mas liberal Rey del Orbe, y cuyo magnánimo corazon correspondia à su fortuna, considerables beneficios. Enviaba de ordinario crecidas dádivas à los que estaban ausentes, y se señalaban en la virtud, ò en alguna ciencia. Por lo qual florecieron en su tiempo tantos, y tan grandes Varones y excelentes Artifices, que apenas se hallará siglo de igual abundancia en todo genero de ciencias y facultades; siendo cierto, que las costumbres y los ingenios de los súbditos, se hacen y forman de ordinario al exemplo de sus Reyes, y que casi todos los accidentes y mudanzas que sobrevienen à los Reynos, resultan de la gloria ò infamia de los Principes que los rigen.

Plut. *de la fortuna de Alexandro*, 2. 4. Pausan. *6.* Val. Max. 7. 3. 4.

Suidas V. Ath. *pr. l.* 3. Dion. Chrys. *orat.* 2. Plut. *cap. 6.*

Plut. *de la fortuna de Alexandro*, *orat.* 2.

Schoner, *c.* 1. Algebræ.

Quint. 2. 20. 5. *Vitruv. Pref. Lib.* 2.

Lucian. *pro imagin.* Laert. *in Xenocrate.*

Plut. *adversus Colot. c.* 50. *& in Phocione, c.* 120. *& de fort. Alex.* 1. 14. *&* 2. 1. *&* 4.

CA-

CAPITULO IV.

LA ESTIMACION QUE ALEXANDRO hizo de Homero: su desprecio à los deleytes; y la destreza con que domó el caballo Bucéfalo.

ESTimó à Homero sobre todas las cosas de la antigüedad, creyendo que solo él habia acertado à describir con perfeccion aquella sábia Politica, à cuyos preceptos deben los Imperios su subsistencia. Fue tan grande su inclinacion à este Poëta, que se llamaba el enamorado de Homero: traíale siempre consigo, sin dexarle aun en la cama: haciale poner debaxo de su almohada con la espada, y le llamaba: *Su Arte Militar y la mejor provision que podia hacer para la guerra*; juzgando à Achiles por felíz en haber tenido tan gran Varon, que celebráse sus virtudes. Habiendo mandado guardar un cofrecillo, que se halló entre los despojos de Damasco, cuya obra y materia era de inestimable precio, preguntandole sus Validos: *¿A qué le destinaba?* Les respondió: *Tengole dedicado para guardar las Obras de Homero, que son las mas preciosas, que Ingenio humano puede hacer.* Y asi consiguió, que la correctisima ediccion del Poëta, que con tan gran cuidado habia hecho perfeccionar, se llamáse: *La de Narthesio, del cofrecillo de olores y perfumes*, por haberlos guardado en él los Persas. Trayendole cierto dia uno de sus vasallos una noticia de gusto, al llegar à él, manifestando en la fatiga el ansia de darsela, y en el semblante su alegria y satisfaccion: *¿Qué noticia* (le dixo) *me puedes traer, que sea digna de tanto regocijo, si no es la de haber resucitado Homero?* Porque habiendo llegado yá al ultimo grado de felicidad, creía no le faltaba para el colmo de su gloria, sino un Varon capáz de que la celebráse. Llegó à tener tan presentes las Obras de Homero, con la continuada leccion, que ninguno las usó con mas facilidad, ni las penetró con mas acierto. Pero entre todos los versos de este Poëta, de ninguno hizo mayor aprecio, que de aquel en que alaba à Agamenón de diestro

Dion. Chrys. *tota or.* 2. Plut. *cap.* 13. *y de la fortuna de Alexandro*, 1. 4. Vopisc. *pro probi.* Cic. *pro Archia cap* 10. Plut. *cap.* 44.

Strab. *lib.* 13. Plut. *cap.* 13. Plin. 7. 29.

Luc. *Dialog. mort.*

Plut. *de fort. Alex.* 1. 13. Hom. *Illiad.* 3. 179.

tro

tro Soldado y esclarecido Capitan. Finalmente, las tubo por el mas poderoso atractivo de la virtud, y por el mejor maestro de sus costumbres. Con tan admirables calidades, y con tan prodigiosa disciplina mantubo gloriosamente la grandeza y elevacion de su fortuna, sin dexarse llevar del orgullo, ni de la libertad, à que los mas Principes se rinden, siendo de ordinario por quienes se gobiernan, y con quienes se aconsejan. No se diferenciaba de los demás hombres en los adornos exteriores, por sér de opinion, que los Principes debian exceder mas à súbditos en la virtud, que no en la gala y pompa de los vestidos. Era ayroso y gallardo, humano, cortés y familiar; pero tan sin menoscabo de su respeto, que nunca pisó el riesgo del desprecio. Fue inclinado al vino, aunque no sin moderacion; porque si tenia lugar, empleaba el tiempo en la mesa mas en discurrir, que en beber con exceso. Aborreció de tal suerte el vicio de la sensualidad, que llegó à temer su madre fuese incapáz de dexar succesion; pero con especialidad el del adulterio, que prohibió con severas leyes. Permaneció por algun tiempo en la observancia de tan admirables costumbres; por medio de las quales se grangeó el credito de gran Rey, hasta que dexandose vencer de la excesiva prosperidad de su fortuna, fue perdiendo poco à poco esta moderacion. Manifestó su valor y destreza en domar el caballo Bucéfalo, (llamado asi por tener la marca de una cabeza de buey) no sin grande admiracion de su padre y de los demás que se hallaron presentes. Eran entonces los mas celebrados caballos los de Thesalia; y si bien los habia muy generosos en otras partes, ninguno entre todos fue tan estimable, por la fuerza y hermosura, como el Bucéfalo: por lo qual Philonico, natural de Pharsalia, juzgandole digno de tan gran Principe como Philipo, se le envió, pidiendole diez y seis talentos por él. Pero habiendo salido al campo para experimentarle, y no pudiendo conseguirlo ninguno de los Caballerizos, ni de los Picadores del Rey, por enarbolarse con unos y arrojar à otros, llegaban yá à desecharle como à inutil è indomable. Entonces Alexandro, suspirando, dixo: ¡*Que malogren estos tan generoso caballo, por su poca destreza y valor*! Y lo repitió tantas veces, que oyendolo su padre, y reprehendiendole por lo que desacredi-

Curt. 3.6.19. Athen. 10. 10. Plut. *Apophet. c.* 36.

Schol. Aristoph. *in nubibus.*

Plin. 8.42. Just. 7.6.8. Plin. 3.42. Plut. *cap.* 9.

ditaba à los mas diestros Picadores de su Reyno, como si por ventura le pudiese domar él, le respondió: *Que lo haría, si se lo permitiese.* *¿Y qué perdereis*, (le preguntó el Rey) *si no lo conseguis?* *Perderé* (respondió) *el precio del caballo.* Quedando, pues, capitulado, no sin gran risa de los presentes, que si ganaba le daría su padre el caballo; y si perdía pagaría Alexandro la cantidad que pedian por él: habiendole tomado por la rienda, le puso contra los rayos del Sol, para que no pudiese vér su sombra, por haber advertido que ésta le espantaba y hacía mas furioso. Pero no logrando, ni aun con aquella diligencia, que se aquietáse, le alhagó, y levantando poco à poco la vestidura, le montó de un brinco, permaneciendo aún corajudo. Mas enfurecido entonces, empezó à abalanzarse: sacudió la cervíz, sin querer sujetarse al freno; è hizo quanto pudo para arrojar al ginete, y partir con impetuosa carrera. Sacóle Alexandro à un espacioso y cómmodo llano, para correrle libremente, y soltandole en él las riendas, y arrimandole los azicates, le dexó lo hiciesse, hasta que cansado, queriendo pararse, le apretó mas, sin permitirselo, hasta que reconoció habia yá perdido la fogocidad con la fatiga y trabajo; por cuyo medio le domó, amansó y reduxo à estado de que fuese de servicio. No pudo Philipo contener las lagrimas de gusto al vér aquel triunfo de Alexandro, à quien, besandole, le dixo, al apearse del caballo: *Era la Macedonia muy pequeña para valor tan generoso.* Conservó despues el Bucéfalo la misma fiereza con todos, sin dexarse montar de otro, que de Alexandro, à quien despues de haberle servido para obtener inumerables victorias, y sacadole de muchos peligros, fue muerto en la batalla contra Poro. Juzgaron los mas célebres Artifices éste por suceso, digno de que ilustráse sus obras, describiendole: y asi permanecen aún dos estatuas de Alexandro, domando el caballo; las quales hicieron, en competencia, Praxiteles y Phidias, y aunque hay Auctores que ponen en duda sean de este Principe, no faltan otros que las crean suyas.

Cur. 6. 5. 18. 8. 14. 34.
Blondus, *lib.* 1. *Romæ instauratæ Merulæ Cosmogr. in Regionis Urbis sexta. Ant. Lafrerus sequanus formis æneis excudit.*
Bern. Gamucci, *lib.* 3. *de la Antichit. di Rom.*
Rosin. *antiq.* 1. 6.

C CA-

CAPITULO V.

DEXALE SU PADRE, EN SU AUSENCIA, el Gobierno de Macedonia: lo que hace en este tiempo: Guerras de Philipo: Rota de los Illirios por Alexandro: Philipo declarado General de los Griegos.

Plut. *cap.*14. ESTAS prodigiosas experiencias hicieron concebir à Philipo tan gran concepto del talento y prendas de Alexandro, que enmedio de no pasar su edad de diez y seis años, fió de su cuidado el Reyno de Macedonia, en el qual le dexó con absoluto poder quando pasó al Sitio de Vizancio. Noticiosos de ello Paul.Diac. *de Gestis Longob.* 5. 40. algunos de los Medarores, Pueblos de Tracia, sujetos à Macedonia, y juzgando no podia ofrecerseles ocasion mas oportuna para la solevacion, que mucho antes meditaban, la pusieron en execucion; pero Alexandro, gozoso de la que se le ofrecia, para hacer ostentacion de su valor, marchó prontamente con los Capitanes, que le habia dexado su padre contra ellos; y despues de haber vencido, y arrojado de la ciudad à los rebeldes, hizo donacion de ella, para que la habitasen, à los Estrangeros; los quales, en reconocimiento de aquel beneficio, y en obsequio Steph. V. de su nombre, la llamaron Andrinopolis. Fue de gran regocijo para Philipo este suceso; mas temiendo, del ardimiento del Joven, no emprendiese, con daño suyo, acciones de mayor consideracion, que lo que permitian sus fuerzas, le llamó cerca de sí, para que en su escuela aprendiese à moderar con la prudencia ardor tan violento, empleandole en sujetar las Provincias del Just. 9. 1. 8. Chersoneso: Y reconociendo la dilacion del Sitio de Vizancio, respecto de su gran fortaleza, y del valor con que defendian los habitadores su libertad, al tiempo mismo que entendió que los Griegos y los Barbaros, à quienes era sospechosa su grandeza, enviaban socorro à esta ciudad, desconfiado de la victoria, pro- Just. 9. 2. Oros. 3. 13. curó retirarse con menor descredito de su gloria, y menos pérdida de sus Tropas. Era en aquel tiempo Rey de los Getas, Pueblos de la Scythia, Atheas, el qual, oprimido de la guerra que

que le hacian los Istrios, habia pedido socorro à Philipo, esperanzandole en que le adoptaría è instituiría por su heredero, si remediaba el contratiempo que padecian sus intereses; pero habiendo muerto el Capitan General de sus enemigos, y hallandose libre del temor de la guerra, despachó à los Embaxadores de Macedonia, sin cumplir lo que habia ofrecido, negando la necesidad de sus socorros, por suponer bastantes sus fuerzas para defenderse de sus enemigos, y declarando la adopcion de Philipo por nula, respecto de hallarse con hijo que le succediese en el Reyno: con que deseoso este Principe de tomar satisfaccion del desacato de aquel Barbaro, habiendo abandonado el Sitio de Vizancio, convirtió sus armas contra la Scythia, donde trabada la batalla, aunque fue mayor el número de los enemigos, obtubieron los Macedones la victoria por la destreza de Philipo. Reduxose la presa à gran cantidad de ganado y caballos, y à muchas mugeres mozas, à quienes hicieron cautivas; porque los Getas, despreciando las riquezas, solo procuraban el sustento ordinario, estimando la pobreza como uno de los mayores bienes de la vida humana. Volviendo, pues, Philipo de la Scythia con su Exército, cargado de estos despojos, al pasar por las tierras de los Trivallos, halló ocupados por ellos todos los caminos, y à estos resueltos à no darle paso, si no los hacia partícipes del botin. Hallabanse tambien en su mismo Exército algunos soldados mercenarios Griegos, los quales llevaban muy mal no tener parte en los frutos de la victoria, habiendola tenido en los peligros de la batalla; de que se ocasionó una sedicion, que les obligó à llegar à las manos. Fue cruel y sangriento el combate, grande el número de los muertos de una y otra parte: el mismo Rey quedó herido en el muslo, y muerto debaxo de él su caballo del proprio golpe; tanta fue la violencia de la flecha. Acudió Alexandro, primero que otro alguno, al socorro de su padre, à quien halló postrado en el suelo, y cubriendole con el escudo, dió muerte à algunos de los que venian à cargarle, y puso en fuga à los demás. Asi aseguró la piedad del hijo la vida del padre, habiendose ausentado con tanta mayor presteza los que la oprimian, quanto creyeron la habia perdido; con que puede decirse, debió la vida al peligro de la misma herida, y

Ott. *Frising.* 2. 24. Johann. Magnus, *Hist. Goth.* 3. 10. Æchines *contra Ctesiphontem.*

Curt. 8. 1. 24.

el no morir, à la fama de su muerte. Este inopinado accidente fue causa de que se malográse el botin. Dexó cojo à Philipo la herida, que en él recibió, y ayrandose algunas veces de ello, una, entre otras, le representó el Joven con palabras dignas de que se conserven en la memoria de los siglos: *Que no debia sentir el defecto que le ocasionaba la herida, pues cada paso que diese, sería testimonio de su valor y virtud.* Pudiera yá Philipo conceder algun reposo al ánimo, satisfecho con la crecida gloria y poder, que habia adquirido à costa de tantas heridas y peligros, si su inmoderada ambicion se lo permitiese; porque los Macedones, tributarios antes de los Illirios, no solo quedaban Señores de los pueblos vecinos, sino de los mas distantes. Habia sujetado à los Triballos, y reducido à su obediencia à Thracia; tenia promptos à sus ordenes muchos pueblos de la Grecia, y los demás, ò sujetos por el temor, ù obligados por sus beneficios y liberalidades. Daocho, Gineas, Trasydeo, Eudico y Simon, le habian conquistado à los Thesalos: Cercidas, Hieronymo y Eucalpidas, à los Arcades: Myrtis, Teledamo y Mnaseas, à los Argivos: Euxistheo, Cleotimo, Aristechmo, à los Eleenos: Neon y Trasiloco habian llevado à su partido à los Mesenios: Aristrato y Demarato, à los Sycionios: Preodoto, Helixo y Perilao, à los Megarenses: Hipparco, Clitarcho y Sosistrato, à los Eubeenses: Euthicrates y Lasthenes le habian entregado à Olyntho, sin que entre todos estos Capitanes hubiese alguno, que no fuese de los mas ilustres en su patria, ni entre tantas ciudades otra, sino Sparta, que conservâse gloriosamente su antigua disciplina, y se hubiese librado de tan comun traycion. Pero aspirando Philipo al Imperio universal de la Grecia, no dexaba de reconocer que las fuerzas de los Athenienses atrasaban sus empresas; y que aunque no le faltaba contra ellos quien favoreciese sus designios, el pueblo, cuya autoridad y poder era muy considerable en aquella República, se oponia vigorosamente al aumento de los Macedones por las persuasiones de Demosthenes, el qual les representaba en muchas y várias conferencias que tenian, tratando de esto, como de ordinario sucede, entre Potencias vecinas, que Philipo era artificioso y atrevido, y que no bien habria logrado su dominio, quando se

Plut. *de la fort. de Alexandro* 1. 13. Demosth. *de Corona.* Curt. 10. 2. 23.

Demosth. *de Cor.* Plut. Demosth. *c.* 24.

Demosth. *de Falsa legation.* Diodor. *lib.* 16. 54. Pausan. *lib.* 7.

se olvidaria de la fidelidad y estimacion que les ofrecia. Aumentaba el encono de este Principe el socorro que dieron à Vizancio en una Armada, compuesta de ciento y veinte velas, y el que, à su imitacion, le grangearon de los de Chio y Rhodas, los quales le quitaron tomáse aquella ciudad. Deseoso, pues, de satisfacerse de estos agravios, mientras se discurria de la herida, que recibió en el reencuentro con los Triballos, disponia secretamente todo lo necesario para acometer de improviso à los Athenienses; con cuyo intento conservaba su Exército debaxo del pretexto de que los pueblos de Illiria, naturalmente feroces y poco acostumbrados à la servidumbre, intentaban sacudir el yugo. Sin embargo envió à Alexandro contra aquellos Barbaros, à quienes habiendo roto, y puesto en fuga, dió al Mundo con aquella victoria tan grande esperanza de su valor y fortuna, como la concibió él de sí para juzgarse yá igual à su padre, y capáz de executar sin él las mayores empresas. Pasaronse en estas operaciones dos años; al fin de los quales, hallandose Philipo con todas las prevenciones dispuestas, y juzgando el tiempo por oportuno, para executar lo que tenia premeditado, introduxo algo antes de la Primavera su Exército en la Grecia, con intento de aprovecharse de la mas favorable ocasion, que se le ofreciese, habiendo unido à él todas las Tropas de los Aliados del Peloponeso, por haberle elegido los Amphictyones por General de toda la Grecia, para reprimir el atrevimiento de los Locrenses, que habitaban la ciudad de Amphisa; los quales, en menosprecio de la autoridad de los Amphictyones, ocupaban las tierras de Cyrrhe, consagradas à Apolo, despues de haber estos herido al Cabo, que se envió contra ellos, y muerto algunos de sus Tropas. Tenia entonces Philipo alianza con los Athenienses; pero mal seguros en su fé, y temiendo, que à precio del menor interés que se le ofreciese, romperia facilmente ésta, y su palabra, le despacharon Embaxadores, pidiendole por medio de ellos, que les conserváse el Tratado, ò que à lo menos suspendiese el hacerles actos de hostilidad, antes de haber pasado la Primavera, en cuyo tiempo procuraría el pueblo de Athenas discurrir en algun medio, que ajustáse sus diferencias. Enviaron tambien à persuadir à los Thebanos se uniesen con ellos,

Demosth. *de Corona*. Diodor. 16. 78.

Curc. 8. 1. 25.

Eschin. *contra Ctesiph.*

pa-

para la defensa de la Grecia, contra el comun enemigo; pero mantubolos Philipo en su devocion, por medio de los que seguian alli su partido, y estaban declaradamente finos por él; entre quienes se señalaban Tiniolao, Theogiton y Anetas, cuya autoridad era grande con los ciudadanos. Finalmente, persuadiendose à que vencidos los Locrenses, y sus Aliados, y no quedandole sino solos los Athenienses, con facilidad los sujetaría: encaminó con la mayor presteza su Exército à Phocida: apoderóse de Elatea, que mandaba igualmente en las fronteras de los Thebanos, que en las de los Athenienses, y puso en ella guarnicion, fortificandola con intento de hacerla Sitio de la guerra; cuya noticia, habiendo llegado de noche à Athenas, causó en la ciudad tan universal asombro, que juntandose el pueblo, luego que amaneció, ninguno tubo aliento de responder al Pregon público, el qual contenia: *Que si habia quien discurriese algun consejo saludable à la Patria le propusiese alli.* Solo Demosthenes, habiendo representado lo que juzgó por mas conveniente al Estado presente, persuadió à la Junta, à que, sin mas dilacion, *saliese la Armada y el Exército*: *que se despachasen Embaxadores à todos los pueblos de la Grecia, y especialmente à los Thebanos.* Siguióse su parecer, y dióse el mando de las Tropas à Chares y à Lisicles; y envióse al mismo Demosthenes con Embaxada à los Thebanos. Bien prevenido tenia esto Philipo, y que si se uniesen ambos pueblos, le sería peligrosa la guerra; porque la ciudad de Athenas florecia entonces tan igualmente en autoridad, como en riquezas; y el poder y credito de los Thebanos se hallaba en gran reputacion, conservandose reciente la memoria de la batalla de Leuctrica; con cuya victoria se apoderaron del dominio de la Grecia, que mantenian los Lacedemonios; por lo qual despachó Philipo à asegurar de su afecto à sus Aliados, y à desvanecer las pretensiones de sus enemigos à Amynthas y Clearcho, Macedones ambos, y con ellos cierto Vizantino, llamado Pithon, de cuya eloqüencia hacia gran confianza. Este, pues, es fama, que en la Junta de los Boecianos habló en estos, ò semejantes terminos.

Demosth. *de Coron.*

Plut. Demosth. *cap.* 24.

Diodor. 16. 86.

Probus Epaminond.

Plut. Demosth. *cap.* 24. Diodor. 16. 86.

CA-

CAPITUO VI.

ORACION DE PITHON, ENVIADO por Philipo à la Junta de los Boecianos.

» SI se mantubiese quieto Philipo en Macedonia, y ocupá- » se el Exército de los Athenienses à Elathea, aunque no » tubieseis alianza con él, no dudo que entonces deseariais con » anhelo ésta, y su amistad; porque à la verdad, ¿à quién no » preferirá un Rey tan poderoso, y que por sus esclarecidas ac- » ciones se ha grangeado el considerable credito y estimacion, » que obtiene à una República orgullosa, y que el dia de hoy » subsiste, mas en virtud de su reputacion, que de sus fuerzas? » Pero como este Principe, que ocupa, por decirlo asi, el za- » guan de vuestra casa con su Exército victorioso, es vuestro » Amigo y vuestro Aliado, y los Athenienses nunca han dexa- » do de ocasionaros disgustos, sería haceros grande agravio per- » suadiros à su Alianza, en desprecio de tan esclarecido Princi- *Just. lib. 5. 3. 5.* » pe. Aquel pueblo el mas sobervio de todos los del Orbe, pre- » sume, que solo en él se hallan la sabiduría y la prudencia; » creyendo, que todos los demás, y con especialidad los de *Plut. Alc. cap. 4.* » Beocia, (contra quienes mas se enderezan sus insultos entre to- » dos) son pueblos groseros, rudos è incapaces de diferenciar lo » útil, de lo honesto: de que nace, que teniendoos por suma- » mente ineptos, os persuadan à la eleccion de los Amigos y de » los Enemigos; proporcionandola mas con su antojo, que con » vuestros intereses, fiados en la ostentosa pompa de sus pala- » bras, en que consiste toda su fuerza. ¿Pero quién habrá de me- » diana razon, que no prefiera las obras à las palabras, especial- » mente en la guerra, donde es tan necesaria la execucion del » brazo, como inutil la facilidad de la lengua? Pues aunque se » juzguen tan poderosos y fuertes por su eloqüencia, como se » lisonjean, podrán siempre mas la fortuna y el valor de Phili- » po, asegurado en sus fuerzas y en las de sus Aliados. Siendo » cierto, que no me resolveré à decir, si la solicitud de los Athe- » nienses se funda mas en imprudencia, que en flaqueza; ¿por

» qué

Liv. 21. 10. 1. „ qué, mirada ésta à verdadera luz, no se reduce à deciros: Recibid, Thebanos, sobre vosotros el rayo que amenaza à Africa, y haced la guerra, para que gocemos nosotros de la Paz, „ contra un Principe formidable, vuestro Amigo y vuestro Aliado? Exponed vuestras personas y vuestros bienes, para impedir tome Philipo satisfaccion de los agravios que le hemos hecho. ¿Son, por ventura, pretensiones estas de hombres, que „ conservan sano el juicio, ò de quien juzga, que los demás „ tienen algun uso de él? Los que no perdieron la menor ocasion de oprimiros: los que en quanto les fue posible, os persiguieron con injurias, con ultrages, con sus fuerzas y sus armas; y finalmente, los que creyeron, que en vuestra ruina „ consistia su felicidad, se atreven à pediros ahora, que elijais „ antes perecer con ellos, que triunfar con Philipo. Pero este esclarecido Principe, que fue vuestro huesped y vuestro alumno, criado con la doctrina de Epaminondas, aquel Capitan „ ilustre, aquel Varon venerable y santo: aprendió, à exemplo de sus costumbres, el amor y afecto à vuestra ciudad; en „ cuyo credito tomó, en la guerra de los Phocenses, satisfaccion „ de las injurias, que os hicieron, y de los sacrilegos insultos, „ que cometieron contra Apolo, quando en odio vuestro enviaron los Athenienses sus impios socorros, vengando despues de „ los Locrenses, à instancia y solicitud de los Amphictyones, „ las ofensas que hicieron al mismo Dios. Este, pues, viene „ aqui el dia de hoy à mirar por vuestros intereses, y à no apartarse de este cuidado, mientras no quedeis asegurados de aquella orgullosa ciudad, zelosa siempre de vuestra gloria, y siempre enemiga vuestra. Si para el logro de este designio quereis „ contribuir con vuestro consejo y fuerzas, su voluntad es, que „ tengais parte, antes en el seguro botin, que en una peligrosa „ guerra; ò que quando la vuestra fuere de preferir el reposo, „ le concedais solo el paso, pues él se basta à sí para vengar las „ comunes injurias, sin que por esto dexeis de participar igualmente de los frutos y bienes de la victoria, de quien la mayor parte de los ganados, de las municiones y de los esclavos, „ será vuestra; atendiendoos, como à mas vecinos, y à que con „ ella podais reparar las pérdidas de las guerras de los Phocenses.

Just. 7. 5. 3.

Plut. Demosth. *cap.* 24.

Just. 8. 1. 11.

Demosth. *de Coron.*

„ En fin, considerad si es mas de vuestro interés admitir tan ven-
„ tajoso partido, ò el vér abrasadas vuestras casas, enagenadas
„ por fuerza vuestras ciudades, y perdidos, como lo han desea-
„ do en Athenas, todos vuestros bienes, teniendo presente, que
„ el candor de vuestra sinceridad se convierte en peligrosa ira,
„ quando sin el menor motivo se mira como sospechosa, y que
„ quanto tubo antes de grande su benevolencia, es tanto mas
„ violento el deseo de la venganza, quando se vé despreciada.
„ No juzgueis que pretendo, por medio de estas razones, ofen-
„ deros con la ingratitud que no temo, ni tampoco que solicíto
„ infundiros el temor, que tengo por escusado; pues solo se di-
„ rigen à acordaros los beneficios à que os hallais obligados à
„ Philipo, y à los que os es él deudor, para que unos y otros os
„ amonesten lo que debeis executar; y adviertan, que las alian-
„ zas en tanto son firmes y permanentes, en quanto es recíproco
„ el interés de mantenerlas; y juntamente à persuadiros, que si
„ reconoceis haber sido mayores los que él ha obrado à favor
„ vuestro, que los que vosotros habeis executado en obsequio
„ suyo, procureis remunerar con igual afecto su cariño. Tiene
„ él por el mayor premio de sus fatigas haber socorrido la Gre-
„ cia, y haber hecho guerra à los Barbaros en gloria y seguri-
„ dad de ella; y ojalá hubiese permitido el furor de los Athe-
„ nienses, que continuáse contra ellos su industria y valor, que
„ à buen seguro, que las armas, que precisamente se emplean
„ hoy en reprimir facciones sediciosas y malbadas, se hallarían
„ triunfantes en el Asia. Pudiera, sin la menor duda, haber con- Demosth. *de Haloneso. Literæ Philip. ad Athe. apud Demosth.*
„ seguido la amistad de los Athenienses, à no juzgarla por in-
„ digna de sí, y de ignominioso y perjudicialisimo exemplo el
„ hacerse tributario, y como esclavo de un Demosthenes, y de
„ otros muchos, à cuyo arbitrio, no de otra suerte que el mar,
„ al impulso de los vientos, se mueven los espiritus de la mu-
„ chedumbre. Y à la verdad, si proporcionasen con el honor y
„ gloria la recompensa y el premio, no hay duda que se ha-
„ rian gratuitamente plausibles; pero los que están acostumbra-
„ dos à vender el honor, dificilmente se habitúan à hacer dis-
„ tincion entre lo útil y lo dañoso, entre la justicia y la injusti-
„ cia; pues se mueven por el interés, y no por el amor de la

„ virtud y de la patria, ni por el respeto de los Dioses y de los
„ hombres, en cuya conseqüencia no debeis esperar de ánimos
„ tan viles nada honesto, util, ni decoroso; pues mal atenderán
„ à vuestros intereses, debiendoles tan poco reparo los de su pa-
„ tria. Desean precipitaros en iguales calamidades à aquellas de
„ quienes ha poco que os preservó el valor y proteccion de los
„ Macedones, ò sumergiros en otras tanto mayores, quanto os
„ será mas formidable enemigo Philipo, que lo fueron Philo-
„ meles y Onomarcho; porque en las Repúblicas, donde el go-
„ bierno está prescripto à cierto tiempo, y como de prestado,
„ las empresas, por grande que sea el Capitan, y el conato con
„ que las intente, no padecen menores atrasos de la emulacion
„ de los ciudadanos, que del esfuerzo de los enemigos: donde
Demosth. *de Cor.* „ por el contrario, ningunos las ordenes de los Reyes en las
„ Monarquias, en quienes depende unicamente todo su gobier-
„ no de su voluntad y providencia, y de quanta importancia sea
„ esto en las disposiciones de la guerra, no lo ignorais vosotros.
„ Tampoco podeis dudar, que no se reduce solo à un Héroe el
„ poder y fuerzas de los Macedones; pues vemos que renace
„ Philipo en la persona de Alexandro, el qual ha dado tan ad-
„ mirables muestras de su valor y talento, que seguramente se
„ puede esperar sea con el tiempo igual à los mas ilustres Capi-
„ tanes. No sucede asi à los Athenienses, entre cuya crecida
„ muchedumbre, hallandose dividido el arbitrio de hacer la
„ guerra ò la paz, qualquiera, segun es su osadía, persuade lo
„ que mejor le está, obrandose todo, mas con una ciega pasion,
„ que con el consejo y la prudencia. Persuaden alli los malos,
„ ordenan los ignorantes: hacese la guerra con menos ardor del
„ con que se emprende; y rompense las alianzas con la misma
„ facilidad que se ajustan: tienenla con Philipo, y sus acciones
„ acreditan la observancia con que la mantienen; pues no con-
„ tentos con haber roto su fé, procuran que se dilate à otros este
„ pernicioso contagio. Pero por lo que mira à vosotros, (¡ò va-
„ lerosos Thebanos!) vuestra generosa constancia, la qual os
„ ilustra, no menos que lo que con tan gran esfuerzo, como for-
„ tuna, habeis obrado, me persuade facilmente à que preferireis
„ la amistad de un Rey, cuyos beneficios à favor vuestro os son
„ no-

„ notorios à una ciudad enemiga y émula de vuestra gloria.
„ Finalmente, el Grande Hercules, exterminador de los malos
„ y de los delinqüentes, y à quien vosotros adorais con la vene-
„ racion debida à un Dios, nacido en vuestra ciudad, nunca po-
„ drá tener à bien derrameis su sangre en impia è injusta guerra.
„ Por lo que mira à las demás alianzas, podreis informaros de
„ los que la tienen con Philipo, si se hallan con motivo alguno
„ para arrepentirse de ella.

CAPITULO VII.

ORACION DE DEMOSTHENES, ENVIADO por los Athenienses, recitada en la misma Junta.

„ PEro Demosthenes, habiendo solicitado permiso para ha-
„ blar, no ignoraba (dixo) que estos mercenarios de Phi-
„ lipo nunca quedarian satisfechos de sus alabanzas, ni de nues-
„ tras injurias; porque los que se hallan destituidos de todo ge-
„ nero de honestidad, no acostumbran atender à lo que dicen y
„ hacen, sino à vér cumplido lo que con ansia desean. Pero ase-
„ gurado yo (¡ò generosos Thebanos!) en vuestra comprehen-
„ sion, me prometo queden sus esperanzas burladas, y que lle-
„ ven al Rey Philipo una respuesta, digna de vuestra virtud, y
„ de la disciplina de los Griegos. Atended con madura conside-
„ racion à lo que debeis executar en beneficio de los intereses de
„ vuestra patria; cuyo cuidado me ha traido à esta Junta, en
„ la qual espero mostraros con sólidas razones, y no con la al-
„ hagüeña persuasion de las palabras, à quienes temen se rinda
„ vuestra voluntad, se trata el dia de hoy enteramente del esta-
„ do de vuestra fortuna; à cuyo fin en nada pondré mayor estu-
„ dio, que en evitar el parecer eloqüente, y de cuyo rezelo
„ pueden asegurarse los Macedones. Porque quanto las causas à
„ quienes falta la razon y la justicia, se hallan necesitadas de va-
„ lerse del socorro de la eloqüencia para que las supla; tanto
„ agenas de usar de la hermosura de las palabras aquellas, cuyo
„ interés consiste en que descubra desnuda su verdad quien por

„ ellas aboga. No me detendré à averiguar si las calidades na-
„ turales de Philipo se conforman con el retrato que aqui se
„ acaba de hacer de ellas. Convengo con él, y con que sea elo-
„ qüente y grato en sus festines: prendas, que quanto algunos
„ le ponderan, tanto confiesan la corta solidéz de su gloria. Lo
„ que sí me deberá siempre toda admiracion, será el haberse
„ atrevido sus Ministros à prorrumpir ante vuestra presencia en
„ los baldones, con que han ofendido nuestra ciudad, quando
„ de ellos toca tan igual parte à los Thebanos, como à los Athe-
„ nienses. Ponderan los desordenes del Estado Popular; pero
„ aunque los conocemos, y nos lastimamos de ordinario de ellos,
„ los preferimos al dominio Real. Han discurrido, como si en
„ los círculos y en los festines solicitásen, por medio de la adu-
„ lacion, la gracia de los Macedones, y no pasasen oficios de
„ Embaxadores con un pueblo libre. Siempre han sido notorios
„ los pertinaces odios, que asi los Reyes, como todos sus escla-
„ vos, han tenido à las Naciones libres; pero estos los han mos-
„ trado con mayor imprudencia, que juicio. Por cuya causa nos
„ hallamos (¡ò generosos Thebanos!) obligados à aplicar los
„ mayores esfuerzos para mantener nuestras leyes y nuestros pri-
„ vilegios. Nadie duda, quanto se debe desear, que los que se
„ hallan constituidos en la administracion del gobierno de la Re-
„ pública, atiendan con gloriosa emulacion à sus intereses y au-
„ mentos, à premeditar con cuidadosa vigilancia las mas con-
„ venientes resoluciones, ò à lo menos à que ninguno prefiera à
„ la utilidad pública sus intereses particulares, dexandose sobor-
„ nar de las dádivas, y llevar del exemplo de estos Embaxado-
„ res, para vender traydoramente, como ellos, su patria à Phi-
„ lipo. Pero ¿quál será en el Mundo el pueblo, ni quál la per-
„ sona, que haya gozado nunca en él de felicidad cumplida,
„ quando el que mas satisfecho vive de su fortuna, solo la reco-
„ noce el bien de haberle sido menos adversa? No negamos que
„ hay entre nosotros infieles y traydores ciudadanos; ni tampo-
„ co vosotros (¡ò Thebanos!) negareis, que los habeis tenido,
„ y teneis; porque à no ser esto asi, ¿cómo era posible, que
„ Philipo conspirase en Elatea contra nuestra libertad y nuestro
„ reposo, y que no hiciese harto en asegurar de nosotros su Rey-
„ no

„ no de Macedonia? Mas sin embargo nos hallamos con mucho
„ mas crecido número de fieles prudentes y zelosos ciudadanos,
„ y de incomparable poder y autoridad á la de aquellas pestes
„ de la República. ¿Quereis una prueba? ¿Quereis un testimo-
„ nio de esto? ¿Qué mejor, que el de conservar nuestra liber-
„ tad, y no ser esclavos de Philipo, como tú de Pithon, quisis-
„ te que lo fuesen los Vizantinos; y como tú, Daocho, y tam-
„ bien tú, Thrasidéo, has hecho que los Thesalos lo sean, ha-
„ biendolos vendido al Rey? No ignorais vosotros, (¡ò The- *Plut. cap.24.*
„ banos!) que Thesalia vive hoy oprimida de la servidumbre
„ de Philipo; cuya miseria è infortunio tenemos por cierto, que
„ nos la acompañais à sentir igualmente. Tambien Vizancio
„ hubiera experimentado semejante infelicidad à la que padece
„ Olyntho, si hubiesen tenido logro los designios de Pithon, y
„ no la hubiesemos librado del golpe que la amenazaba; porque
„ aquel Santo y venerable Protector de la Grecia tenia resuel- *Demosth. de Coron.*
„ to oprimir esta ciudad, especial confederada nuestra; para
„ cuya ruina son notorios los aprestos que se disponian. Veis
„ aqui sobre lo que se funda la sabiduría de tan gran Principe,
„ el qual cree es todo uno el talento, que la astucia y el artifi-
„ cio, y que el perjuro es arte y ciencia; y asi usa de la perfi-
„ dia, como de una virtud heroyca: ò si no, diganos, ¿por
„ qué otros medios ha adquirido tan grande y tan formidable
„ poder? ¿Si por ventura no fueron los engaños, las asechan-
„ zas y las trayciones con los que tomó à los Griegos? ¿Si no
„ venció à los Barbaros mas con el oro, que con el hierro? Y
„ finalmente, ¿si con la misma facilidad que concede à qual-
„ quiera su fé, no la rompe? Mas sin embargo le atribuyen es-
„ tos Embaxadores el nombre glorioso de Protector de la Gre-
„ cia, llamandonos perturbadores de ella; ¡y qué no se aver-
„ guencen estos Ministros de imputarnos antes tan falsamente las
„ infames acciones que han cometido, que mostraros los verda-
„ deros delitos de que están visiblemente convencidos! Si algu-
„ no de vosotros (¡ò Partidarios de Philipo!) fuese acusado,
„ ò de haberse sobornado, ò de haber cometido alguna tray-
„ cion, interés vuestro fuera encubrirle, negarle y procurar li-
„ braros de los castigos que por él mereciais; pero acusando
„ vo-

„ vosotros el dia de hoy à los demás, vosotros mismos os conde-
„ nais: cuya accion, si la habeis hecho sin prevenir el fin, os
„ desearia mas considerados y prudentes; si con designio preme-
„ ditado y sabiendo lo que haciais, que tubieseis à lo menos mas
„ honra. En nada se acredita mas mi inocencia, y la de los que
„ conmigo acusan, que en su misma deposicion, por la qual
„ confiesan, que no hemos admitido dádiva alguna de Philipo;
„ porque si nosotros se la hubiesemos pedido, ¿es creible de un
„ Rey tan liberal, que nos enviáse con las manos vacías, como
„ pretendeis persuadir? ¿Y que habiendo juzgado por util el
„ ganaros y corromperos, que no tendria tambien por conve-
„ niente llevarnos à sí; y que para conseguirlo no escusaria con-
„ cedernos quanto le hubiesemos pedido? Pero vosotros mismos
„ habeis advertido à los Thebanos, que no sigan el consejo de
„ los que abandonan el bien de la patria. Verdaderamente, (¡ò
„ generosos Thebanos!) que desde luego depondria la aversion
„ con que los miro, si qual lo dicen lo sintiesen. Conformome
„ con su advertencia, y desde ahora os exorto, os amonesto y
„ os ruego, que abraceis inmediatamente en beneficio de vues-
„ tra salud, y de la de toda la Grecia lo que os proponen. Si
„ asi lo hiciereis, no padecereis, que se os vendan vuestros ga-
„ nados, que vuestras heredades se conviertan en prisiones vues-
„ tras, ni la ignominia de obedecer à los Peonienses y à los Tri-
„ ballos entre los demás esclavos de Philipo. Pero lo que ellos
„ pretenden, es, que aprecieis los premios de la servidumbre, y
„ abandoneis vuestras mugeres, vuestros hijos y vuestros pa-
„ dres, la libertad, la reputacion, la fé; y finalmente, quanto
„ tienen los Griegos por santo y venerable. Todo lo qual es sin
„ duda, Thebanos, que perdereis, si no os unis con nosotros,
„ para que juntos resistamos los engaños y violencias de Phili-
„ po; porque si os persuadis à que estais seguros al cuidado y
„ trabajo de otros, temo que os engañais. Y si no, decidme,
„ ¿quién se persuadirá à que si Philipo queda vencedor, ni los
„ Thebanos, ni pueblo alguno de la Grecia podrá conservar su
„ libertad; no habiendo quien se asegure en la fé y palabra de
„ este Principe, sino los que de conocido gustan de perecer:
„ donde, por el contrario, si nos es favorable la fortuna, y ob-

„ te-

„ tenemos la victoria, considerad, os ruego, lo que podreis esperar de un pueblo, à quien abandonasteis, viendole en el peligro de perder, no menos que su salud y su decoro? Sea „ qual fuere el partido que vosotros elijais, los Athenienses estamos resueltos à exponernos à todo, y à no perder la libertad „ antes que las vidas. Y aunque para conservarla juzgamos por „ suficientes nuestras fuerzas, si gustáreis de unir à ellas las vuestras, obtendremos ambos la gloria de triunfar de un enemigo, „ à quien qualquiera de los dos pudiera vencer separadamente. „ No ignoramos nuestras fuerzas y poder los Athenienses, cuyos progresos empezamos à experimentar muy en los principios de nuestro nacimiento; y si entonces hubiese animado „ una misma causa y un impulso à los Griegos, à buen seguro, „ que dariamos hoy la ley, y que hubieramos evitado que se „ hubiese estendido daño tan pernicioso. Con este conocimiento, „ pues, hemos hecho por largo tiempo la guerra contra él, no „ por Amphipolis, ò por Haloneso, como han juzgado algunos, sino por la salud y libertad de la Grecia, hasta que abandonados de todos, y acometidos de algunos nos vimos obligados à hacer una Paz mas necesaria, que gloriosa. Pero ya ahora, (como lo creo) asi Minerva, Protectora de nuestra ciudad, como Apolo, Pithio, Dios de nuestra patria, y todos „ los demás Dioses de la Grecia, han abierto los ojos à favor „ nuestro, y excitan el valor de todos los que les tributan sus „ adoraciones à la venganza de la libertad, que nuestros padres „ nos dexaron. A lo menos tengo por cierto que Hercules no „ puede haber oído sin indignacion los discursos de estos Embaxadores, y el que le hagan Progenitor suyo. Porque ¿cómo „ ha de ser posible, que este Dios quiera declarar por uno de „ sus descendientes à un Principe impío y sacrílego? que siendo „ Griego reconozca à un Macedon? y que habiendo sido enemigo y exterminador de la tyrania, pase, porque se haga creíble, que un tyrano deduzga de él su origen, quando las acciones mas ilustres de Hercules, y que le inmortalizaron, son „ totalmente opuestas à las que ha obrado Philipo? El qual tiene à la Grecia sujeta à un dominio injusto, habiendo establecido generalmente en todas las ciudades tyranos particulares,

Demosth. *de Corona Plut.* Alcib. *cap.* 4.

Curc. 5. 5. 8.

Demost. Philip. 4.

Dinarc. *contr. Demosth.*

„ à

„ à Philistides en Oreo, à Hipparco en Heretria y à Thaurosthenes en Chalcide. Finalmente, los Eubenses, los Acheos, „ los Corinthios, los Megarenses, los Leucadios y los Corcirios, „ se han declarado por nosotros, favoreciendo nuestros desig- „ nios. Los demás solo esperan el suceso, que hasta aqui ha sido „ el único, y mas poderoso apoyo del poder de Macedonia. Pe- „ ro luego que empiece à deshacerse, por sí mismo caerá; por- „ que los Thesalos, de quienes se compone hoy la mayor y me- „ jor parte de la caballeria de Philipo, no acostumbran subsistir „ por largo tiempo en un partido; y los *Illirios* y todos los de- „ más Barbaros, vecinos de la Macedonia, pueblos naturalmen- „ te sobervios è irritados el dia de hoy con la nueva servidumbre „ à que están reducidos, acabarán la guerra por nosotros, si los „ principios de ella son poco favorables à Philipo. Trabajemos, „ pues, igualmente con la industria y con el valor en una em- „ presa tan gloriosa; y deponed, mientras dure, todas las ene- „ mistades, que nacen ordinariamente de ligeras causas entre Es- „ tados vecinos; las quales convertirá en benevolencia y amis- „ tad el gusto público, que producen los buenos sucesos: ò re- „ servad, à lo menos, quizá en daño y deslustre de unos y otros, „ vuestras pasiones para quando sin otro recelo y perjuicio de „ los intereses públicos podais libremente satisfacerlas. Si quereis „ aseguraros de los artificiosos engaños de Philipo, cerrad vues- „ tros oídos à sus promesas, y vuestras manos à sus dádivas: pre- „ ferid à los mayores bienes el de vuestra libertad, haciendo „ mayor precio de ella, como el mas estimable, y quedarán va- „ nas è inutiles sus fraudes, sus dobleces y sus larguezas; y „ quanto hasta aqui engrandecido su poder por las discordias de „ Griegos, tanto mas abatido en lo venidero por su union. „ En cuyo caso podrá ser que su osadía y temeridad os facilite „ su prision, con la qual no hay que recelar de los demás; por- „ que si aquel ambicioso espiritu aspira à la gloria y al Impe- „ rio, los que hoy se hallan debaxo de su dominio, solo desean „ el reposo: si no es yá que temais à Alexandro, cuyos Parti- „ darios os tienen en tan baxo concepto, que os juzgan capaces „ de que os amedrente aun el nombre solo de un niño.

Demosth. *de Coron.* Plut. Demost. *cap.* 24. Demosth. *en la Carta de Philip.*

Just. 1. 6. 8. Demost. *contr. Arist.*

Demosthen. *Olynth* 2. Plut. *cap.* 19.

CA-

CAPITULO VIII.

LOS THEBANOS SE DECLARAN CONTRA Philipo y se unen con los Athenienses: sujeta Philipo toda la Grecia, y muestrase benigno con los Athenienses: toma la ciudad de Thebas, y tratala rigurosamente: su designio de llevar la guerra à Persia.

¿QUién creyera que los Thebanos, que acababan de oír con tan grande atencion y afecto à los Embaxadores de Philipo, mudasen de dictamen con tal brevedad? Tan grande fue su transformacion, que declararon à Philipo por enemigo, si no salia de sus Fronteras y de las de sus Aliados, que echaron de su ciudad à todos los que favorecian su Partido, y recibieron al mismo tiempo Tropas de los Athenienses. Pero Philipo, mas irritado que medroso, de verse abandonado, contra lo que esperaba de ellos, ni desistió de su empresa. En fin, despues de dos combates de pequeña consideracion, y cuyo suceso no ocasionó à los Athenienses arrepentimiento en la resolucion que habian tomado, camparon unos y otros con todas sus fuerzas cerca de Cheronea, en la Beocia. Animaba à los Griegos la gloria de sus antepasados, y el amor de la libertad. Fiabase Philipo en sus Tropas, à cuyo esfuerzo habia debido tantas victorias, y en su persona, en quien reconocia no menor socorro, por las grandes ventajas que hacia à los demás Capitanes en el Arte y disciplina Militar, habiendo faltado entonces los mas ilustres de la Grecia. Mandaba en Thebas Theagenes, en quien ni concurria la experiencia, que convenia à aquella constitucion, ni el desinterés, que era necesario para resistir los sobornos è inteligencias de Philipo; con cuyas experiencias, y valor no eran comparables las de todos los Capitanes Athenienses. Sin embargo, las fuerzas que veía convertidas contra sí este Principe de dos pueblos tan poderosos, y cuyo designio y autoridad seguian los Corinthios, y otros muchos, le obligaban à temer el lance de una batalla, à cuyo riesgo exponia toda la gloria y fortuna,

Plut. Demosth. cap. 25.

Just. 9. 4. 5. Dem. de Cor.

Diod. 16. 86.

Dinarch. contr. Demosth.

Strab. l. 9.

que en tantas habia adquirido. Ni los Thebanos se hallaban muy
lexos de oír con agrado proposiciones de paz. Pero el ardor de
los Athenienses los apartó de esta disposicion, reduciendolos à
Æsch. *contra Oresiph.* que librasen al lance de una batalla sola la libertad de toda la
Plut. *en Demosth. c.* 25. Grecia. Por otra parte Alexandro, no pudiendo moderar el ar-
Dio *pr. orat.* 2. dor de su espiritu, estimulaba à su padre à que no perdiese tan
prodigiosa ocasion, como la que se le ofrecia, para el mayor
acrecentamiento de su gloria. Con que habiendo, por ultimo,
conseguido que se peleáse, fue él quien primero cargó en los
enemigos. Combatióse por largo tiempo con grande ardor, en
cuyo espacio permaneció dudosa la victoria, hasta que este Jo-
ven, à quien su padre habia dado el mando de una de las alas
del Exército, compuesta de Tropas escogidas, habiendo acome-
Plut. *cap.* 14. tido vivamente la Corte sagrada de los Thebanos, en quien esta-
ban los soldados mas ventajosos de sus Milicias, la obligó à des-
amparar su puesto, y abrió el camino à la victoria. De otra par-
te los Athenienses, debilitados de fuerzas con el calor y las heri-
das, y perdidos de ánimo con la rota de sus Aliados, no pudie-
Curt. 8.1.23. ron resistir largo tiempo el esfuerzo de los Macedones. Con que
Arrian. 7. 2. 13. de esta suerte decidió sola una batalla la libertad de toda la Gre-
cia. Quedaron sobre el campo de los Athenienses mas de mil
Diodor. 16. 87. hombres muertos, y prisioneros dos mil: Y de el de los Aliados
Paus. *lib.* 7. muertos y prisioneros muchos. Despues de cuyo suceso envió
Philipo à decir à los Athenienses con su hijo Alexandro: *Que*
Just. 9.4.5. *los admitia à su gracia, y se la hacia de la paz*: *Que daba*
Plut. *Apoph. c.* 30. *graciosamente libertad à los prisioneros, y permitia que enter-*
rasen sus difuntos. Porque deseando pasar à la expedicion de la
Paus. *lib.* 1. Persia, procuraba ganar el afecto y fidelidad de los Griegos, por
medio de la blandura y clemencia; sí bien les quitó el dominio
en las Islas y en el Mar. Mostróse mas severo y riguroso con los
Thebanos, no pudiendo olvidar el riesgo à que habia expuesto
sus intereses su repentina mudanza, ni la ingratitud con que ha-
bian correspondido à sus considerables beneficios, abandonando-
Paus. *lib.* 9. le por seguir el partido de los Athenienses. Y asi, luego que to-
Diodor. 16. 88. mó su ciudad y puso guarnicion de Macedones, hizo cortar la
cabeza à los que le fueron contrarios; y que saliesen de ella to-
dos los demás: y restituyó à los que por haber seguido su parti-

do

do se hallaban desterrados, haciendoles merced de los Cargos y
Magistrados. Con la fama y grandeza de esta victoria rindió to- Just. 9. 4. 6.
dos los demás pueblos, que habian tomado las armas contra él,
à unos por medio de ellas, y à otros por el de muy ventajosas
alianzas à favor suyo; sin que entre todos los Griegos quedasen Elian. 6. 1. 8.
exemptos de su dominio, mas que los Lacedemonios y los Arca-
des. Habiendo, pues, congregado una Junta en Corintho de to-
da la Grecia, manifestó en ella: *Quan preciso era pasar la guer-* Just. 9. 5. 3.
ra à Persia, y reprimir el insoportable orgullo con que los Bar- Arrian. 1. 1. 3.
baros se suponian yá Señores de todo el Mundo; porque de no ha- Diodor. 17. 3. 16. 90.
cerlo, y no resistirle prontamente, quedarian para siempre es- Just. 9. 5.
*clavos suyos: Que yá no se trataba de que los Griegos hiciesen
la paz ò la guerra, sino de saber si querian mas pasarla à los
dominios del enemigo, que esperarla en los suyos: Que no solo con-
venia vengar las antiguas ofensas, sino librar las ciudades de
la Grecia, situadas en el Asia, de la servidumbre de los Bar-
baros, y borrar la ignominia, que resultaba à los Griegos de
ella: Que esta empresa se haria con tanta mayor facilidad,
quanto hallandose en paz toda la Grecia, se podian emplear to-
das sus fuerzas en una guerra de la otra parte del Mar; con
quien se lograria tambien el beneficio de asegurar su tranquilidad
domestica, empleandose en ella los que la alteraban, por la ocio-
sidad y el reposo à que se entregaban. Y ultimamente, que nom-
brasen el Capitan de quien habian de fiar el cuidado de ella, y
dispusiesen los medios con que se habia de hacer.* Nadie ignoraba
que debia pedirse esto à favor de la República; pero reconocien-
do todos no era ocasion oportuna de solicitar con palabras la li-
bertad que habian perdido con las armas, fue nombrado Phili-
po con aclamaciones de regocijo de comun consentimiento por Curt. 3. 10. 5.
General de toda la Grecia, para que pasáse al Asia à librar el
Mundo de la servidumbre de los Persas. Confirieronse los me-
dios con que cada pueblo podria contribuir, y se pusieron por
escrito los soldados, el dinero y el trigo, que habian de dar. Just. 9. 5. 6.
Hecho el cómputo, halló que se le ofrecieron à Philipo para
esta expedicion ducientos mil infantes y quince mil caballos,
sin que se comprehendiesen en este número los Macedones y los
Barbaros, que estaban sujetos à ellos.

CAPITULO IX.

DISCORDIAS EN LA CASA DE PHILIPO: resuelve éste dar muerte à Alexandro, el qual se halla necesitado à retirarse con su madre Olimpias: muerte de Philipo, en que son sospechosos Olimpias y Alexandro: crueldades de Olimpias.

SIendo general propension de las felicidades humanas, que ninguna dexe de padecer el contratiempo de algun infortunio, mal pudieron librarse de él las prosperidades de Philipo; cuyas exteriores dichas turbaron los disgustos domésticos, que le sobrevinieron. Concitaba (como dexamos dicho) cada dia mas contra sí la altivéz y sobervia de Olimpias el desagrado de su esposo; à cuya causa atribuyen algunos su repudio. Pero por lo que reconozco en los Historiadores, hallo, que permaneciendo su matrimonio, y sin que precediese novedad alguna, se casó Philipo con Cleopatra. Lo cierto es, que no parece creible que Alexandro quisiese asistir à las bodas de la madrastra (à haber precedido) en desdoro y desprecio de su propria madre, à quien amaba ternisimamente, y de cuya ignominia le tocaba tanta parte; y mucho menos quando añaden, que Philipo la repudió, por sospechas de algun desliz poco decente à su honestidad y decoro. Lo cierto es, que Alexandro asistió à sus bodas, y que por cierto disgusto, que sobrevino en uno de los festejos, ausentó de la Corte à su madre. Attalo, tio de Cleopatra, no pudiendo disimular sus esperanzas, se dexó decir entre los desmanes de un banquete: *Que debian pedir los Macedones à los Dioses concediese muy en breve à Philipo succesor legitimo del nuevo matrimonio.* Irritado Alexandro, naturalmente colérico, de este agravio, prorrumpió asi: *Mal hombre, ¿por ventura me imaginas bastardo?* Y acompañando à estas palabras la demostracion de darle en la cabeza con la copa que tenia en la mano, correspondió tambien Attalo con otra igual, de que se originaron aun mayores disgustos; porque irritado Philipo, que estaba en otra mesa, de que se turbáse la celebridad y regocijo de

(Margin notes: 1. 1. 16. Plut. cap. 14. Just. 9. 5. 9. Versio Arriani 3. 1. 14. Curt. 5. 1. 22. — Plut. cap 15. Just. 9. 7. 3. — Ath. pr. l. 13.)

de aquel dia, corrió con la espada desnuda contra Alexandro, à quien sin duda hubiera muerto, si el impedimento que le causaba la herida, que hemos referido recibió, la cólera y el vino, no le hubiesen estorbado llegar à él con mas presteza. Cayó al tiempo de seguirle, con que dió lugar à sus amigos, absortos de caso tan inopinado, para que se pusiesen por medio y aplacasen la colérica indignacion del padre: sí bien no fue menos dificil templar à Alexandro, el qual se tenia por muy ofendido; y aunque se le representó el respeto, que como à Rey y padre le debia, no pudo abstenerse de decir à los Macedones, burlandose de Philipo: *Que llevaban muy buena guia, que los conduxese al Asia, no habiendo aun podido pasar de una mesa à otra sin caer.* Pero no teniendose por seguro él, ni su madre, se acogieron al Rey de Illiria; y en Epiro, donde reynaba el hermano de Olimpias, la dexó. Habiendo vuelto despues ambos à Macedonia por interposicion de Demaratho, Corinthio, Olimpias, muger de genio caprichoso y dificil de reducir à lo razonable, no cesaba de persuadir à Alexandro, bastantemente ambicioso por sí, *à que ganáse quantos amigos pudiese, por medio de los beneficios, por el de la blandura y agrado, y à que se asegurase del odio de su padre con la alianza de los mas poderosos.* El mismo Philipo le habia aconsejado en otras ocasiones, que grangeáse el afecto del pueblo con la afabilidad, prohibiendole lo hiciese con las dádivas. Y en una de sus cartas afeandole éstas, le advierte: *No se fie del que adquiriese por ellas, pues se hallaria engañado, si pensaba, que semejantes medios, los quales eran proprios de sus Ministros y criados, podian ser decentes à la grandeza y soberanía de un Rey.* Pero como por otra parte solia decir muchas veces, que no habia nada inaccesible al dinero, y para confirmarlo, se valia de él igualmente, que de las armas, es de creer, que el fin del consejo no miraba tanto à la enseñanza de Alexandro, en lo mas conveniente, quanto à abstraerle de que se valiese contra él de sus proprios artificios, como lo temia. Reprehendióle tambien por haber solicitado la hija de Pexodoro, destinada para Arideo, diciendole: *Que era degenerar de su sangre, y manifestarse indigno de su fortuna, desear por suegro à un Cario Barbaro, y vasallo de otro Barba-*

Plut. *cap.* 15. *y en las Apoph. c.* 33.

Plut. *Apoph. cap.* 31. Cicer. *en los Ofic.* 2. 15.

Val. Max. 7. 2. 8.

Diod. 16. 55. Plut. *Apoph. cap.* 31. Demosth. *de Cor.*

Plut. *cap.* 16. Athen. *pr. l.* 13. Steph. 5.

ba-

baro. Pero sin embargo, nunca Philipo observó lo que persuadia; pues à precio de asegurar sus intereses, ni reparó en la ba-
Elian. *Histor. divers.* 13. 36. xeza de los nacimientos, ni dificultó casarse con mugeres de lo mas interior de la Barbaridad en el País de los Illirios y de los
Jornand. *de rebus Gestis, cap.* 10. Getas; aunque es verdad, que tenia yá hijos de muchas de sus mugeres y concubinas quando lo hizo. Y porque Alexandro lle-
Johann. Magnus 3. 11. vaba con sumo disgusto el tener tantos hermanos, su padre le
Plut. *Apopht. cap.* 34. solia decir con agrado y blandura: *Que pues tenia tantos competidores al Imperio, obrâse de suerte que los excediese en valor y la virtud, para que creyese el Mundo debia la Corona mas à sus meritos, que à su padre y à su nacimiento.* Pero como la misma materia ocasionaba de ordinario nuevos disgustos, y la quiebra pasada no quedó bien soldada, llegaron estos al ultimo rompimiento, y con especialidad por parte de Olimpias, cuyo violento espiritu estimulaba à la venganza el sobervio y temeroso capricho de su sexo. Habia solicitado con Alexandro, su hermano, hiciese guerra à Philipo; pero este astuto Principe, temiendo
Just. 9. 7. 7. verse precisado à tomar las armas en tiempo tan poco oportuno, aunque se hallaba mas poderoso, se previno de este riesgo, asegurandose del Rey de Epiro, por medio del casamiento que ajustó entre él y Cleopatra, hermana de Alexandro. Juntaron-
Diod. 16. 93. se todos los Principes de los pueblos vecinos y los Embaxadores de las ciudades Griegas, à la celebridad de estas bodas en Egas, cuya ciudad eligió Philipo para los regocijos, como en presagio de lo que despues habia de suceder, siendo este lugar en donde se acostumbraban enterrar los Reyes de Macedonia. Refierese
Plin. 4. 10 3. Athen. 4. 14. tambien, que quando consultó al Oráculo de Apolo sobre la
Tacit. 1. 54. 5. Pausan. *lib.* 8. guerra de Persia, le fue respondido: *Estaba proximo su fin*;
Arrian. 1. 3. 25. pero que interpretando la inteligencia de tan dudosa respuesta (como lo son todas las de los Oráculos) à favor suyo, y en ruina de los Barbaros, se lisonjeaba con ella. Precedieron à la muerte de este Principe otros muchos prodigios, cuya declaracion fue impenetrable à todos, hasta que la hizo notoria el suceso. Habia entre los soldados de su guarda uno, llamado Pausanias, à cuya graduacion le habia ascendido Philipo por desagraviarle de las injurias que recibió de Attalo; el qual, viendole embriagado en un festin, le expuso al nefando antojo de los convidados.

So-

Solicitando, pues, Pausanias, con el castigo de Attalo, la satisfaccion de esta ignominia, y no atreviendose Philipo à darsele à un Capitan, cuyo valor y experiencia en la guerra habia acreditado tan en beneficio suyo, y à quien, habiendole hecho su Valido, habia enviado delante al Asia con Parmenion y Aminthas, para valerse de él en la Expedicion de la Persia, le pareció darle este empleo, creyendo que con él quedaria gustoso; à cuyo fin le aumentó el sueldo, y procuró suavizar con honrosas caricias, pidiendole cediese en beneficio de los intereses y necesidades del Estado sus particulares agravios. Pero haciendo mayor impresion en este Joven la injuria pasada, que los favores presentes, convirtió todo el rencor, que conservaba al autor del ultrage, contra Rey tan remiso en el castigo de él. Creyóse, no sin alguna verisimilitud, que comunico su designio con los enemigos de Attalo, y con los malcontentos de Philipo; pero lo cierto es, que fue notorio el que Olimpias coronó al parricida con una corona de oro, que halló pendiente de una horca, à cuya demostracion se añadieron otras, que confirmaron las causas de este atentado, y del orden que se guardó en su execucion. No bien habia desplegado su luz el dia, destinado para los ultimos Juegos, cuya magnificencia se esperaba fuese, segun se habia prometido, superior à los expectáculos de los dias precedentes, quando concurrió gran muchedumbre de pueblo al teatro para verlos. Entre las preciosas alhajas, que servian à su adorno, y por cuyo medio suelen los Principes de crecida opulencia y poder, mal satisfechos de la grandeza de su fortuna, (por decirlo asi) burlarse de sus riquezas, se ofrecian doce Estatuas de los Dioses, en quienes la excelencia del arte competia con lo precioso de la materia, y despues de ellas otra en nada inferior, que representaba à Philipo; pero bien apriesa pagó con su merecido castigo el desprecio que hacia de su condicion mortal; pues quando ensobervecido con la prosperidad de tan favorables sucesos, pretendia igualarse con los Dioses, le cortó la muerte el hilo de la vida, antes que pudiese gozar del honor que pretendia usurparles. Advirtiendo cuidadoso Pausanias el modo de su entrada en el teatro, y reconociendo iba solo, por haber hecho pasar delante à todos los que le acompañaban, y mandado à

Diod. 16.92. Just. 9. 5. 8.

Plut. 17.

Just. 9.7.10.

Diod. 16.93.

sus

sus Guardas se quedasen detras de él, por acreditar la seguridad con que le tenia la amistad en que se hallaba con todos, le atravesó por el corazon un puñal, à cuyo violento golpe cayó en tierra muerto. Tal fue el fin del mayor Rey de los de aquel tiempo; à cuyo gran talento y valor debió el Reyno de Macedonia le elevâse desde el mas abatido y despreciable estado al mas poderoso y formidable: sujetó todos los Barbaros, que circundaban sus Fronteras: reduxo la Grecia debaxo de su obediencia, y puso en terror su nombre al Imperio de los Persas. Para cuya conquista se juntaban ya debaxo de sus Vanderas los Griegos Auxiliares, habiendo pasado al Asia sus Capitanes; pero faltó muy à los principios de sus generosos intentos, y quando su valor se prometia considerables frutos de sus victorias. Tan expuestas estan siempre las mayores empresas à un momentáneo fatal accidente, y à que se burle de esta suerte la fortuna (como suele de ordinario) de las esperanzas de los mayores Heroes. Luego que Olimpias supo la muerte del Rey, obligó à Cleopatra, sobrina de Attalo, à que se ahogâse ella misma, habiendo hecho pocos dias antes de la muerte de Philipo quemar al hijo que tubo de él. Exercitó tambien sus iras en los afectos y parientes de esta Princesa, y estendió su venganza à quanto le puede dilatar el impetuoso furor de una muger zelosa.

Just. 9.7.12. Diod. 17.2. Paus. lib. 8.

CAPITULO X.

ALTERACIONES Y DISCORDIAS en el ingreso de Alexandro à la Corona: su valor y resolucion: habla al pueblo, y manda castigar à los cómplices en la muerte de su padre.

Plut. cap. 17.

PEro Alexandro, en cuya ausencia habia cometido su madre crueldades tan indignas, se mostró entre las tempestuosas borrascas, que se le ofrecian à los principios del gobierno, como iris que las serenó; porque los Griegos, à quienes habia sujetado Philipo, concebian ya esperanzas de su libertad; los Barbaros tumultuaban; las vecindades de Macedonia, y la misma Macedonia empezaba à turbarse: Attalo, que mandaba un

Exér-

Exército considerable, tenia ganado el afecto de los Soldados, Diod. 17. 2. Curt. 6. 9. 17.
y la Alianza de los primeros Señores de Macedonia; los quales le habian prometido la hermana de Philotas, siendo natural viviese ofendido de los considerables agravios que habia experimentado de Alexandro y de Olimpias, los quales le constituian enemigo de ambos. Por otra parte Aminthas, hijo de Perdicas, 1. 11. 15. Plut. *de la fortuna de Alexand.* 1. 3.
hermano de Philipo, y à quien Philipo habia casado con Cina, aspiraba à la succesion de su padre, por muerte de Alexandro. La mayor parte del pueblo aborrecia la tyranía de Olympias, y los que solo pretendian mudanzas y novedades, se inclinaban à una ù otra parte, segun los empeñaba su afecto ò interés. Ni faltaban algunos que dixesen: *Era preciso dar à Alexandro, hijo de Europa, la Corona: que primero Aminthas, y despues Philipo habian usurpado tyranicamente al legitimo succesor del Reyno.* Pero el Exército componiendose de varias Naciones, tambien de diversas inclinaciones, segun era el valor y la esperanza de los Capitanes. Por el contrario, la muerte inopinada Arrian. 1. 5. 6.
de Philipo, no habia dado tiempo à Alexandro para que se previniese contra tantos movimientos, como se suscitaban por todas partes. Y si bien se atendia à su generosidad natural, no dexaba Just. 11. 1. 1.
de perjudicarle su corta edad, por no persuadirse à que un Principe de veinte y cinco años se atreviese à echar sobre sí el peso Just. 11. 1. 19.
de tan grande Imperio, ni à que en caso de hacerlo tubiese fuerzas bastantes para mantenerle. A que se añadia la falta con que Arrian. 1. 1. 7. 7. 5. 17. Suidas V. Alex. Plut. *de la fortuna de Alexandro* 1. 3.
se hallaba de dinero: eficacisimo medio para allanar las mayores dificultades, y mas poderoso y fuerte que las mismas armas: y que como tal se habian valido de él y de sus crecidas riquezas los Persas para grangear à favor suyo los pueblos de la Grecia. Hasta los Piratas Toscanos se ocupaban en robar los lugares marítimos de Macedonia, para que no faltase circunstancia alguna al colmo de tan considerables contratiempos. Finalmente, Alexandro habiendo juntado à sus mas confidentes para conferir el pronto remedio que pedian, fueron algunos de dictamen de que se abandonáse por entonces la Grecia, y se procuráse aquietar por medios suaves los Barbaros, que empezaban à alterarse; pues sosegadas las reboluciones de adentro, se lograria con mayor facilidad el que lo quedasen tambien todas las de afuera. Pe- Just. 11. 2. 7. Arrian. 1. 3. 18. Diod. 17. 4.

F ro

Strab. lib. 5. ro no admitiendo su gran valor remedios tan tibios, los quales juzgaba que argüían flaqueza de animo, declaró su dictamen,
Plut. c. 18. diciendo: *Que si al principio de su gobierno le empezaban à despreciar, lo harian siempre, porque el credito que se grangea un Principe con las primeras acciones de su Reynado, le conserva en*
Just. 11.1.5. *todo el progreso de su vida: Que la repentina muerte de su padre habia sido tan inesperada de él, como de los rebeldes, con quienes se conseguiria facilmente quanto se pretendiese, hallandose aun temerosos, y sin saber à qué resolverse: Que la lentitud y retardacion de los Macedones podria dar ocasion à que se declarasen por Autores y Cabezas de varias rebeliones muchos, à quienes sin duda se juntarian los que se mantenian dudosos sobre el partido que habian de elegir. Y que asi tenia por mas seguro ponerse en manos de la fortuna, en ocasion donde era mas necesaria la diligencia, que la fuerza. Porque si no mostramos* (decia) *contra algunos firmeza y valor, ¿qué suceso podrémos esperar, quando habiendo reconocido nuestra flaqueza, unidos todos, de comun consentimiento nos acometen?* Oró despues al pueblo, à quien habiendo ponderado con iguales razones la importancia de su resolucion, y proporcionadolas al estado presente, le ofreció:
Diod. 17. 2. *Obrar de suerte, que esperaba confesasen bien aprisa, asi los*
Just. 11. 1. 10. *ciudadanos, como los enemigos, que con la muerte de su padre solo habia mudado el Reyno la persona y el nombre del Rey que perdió, y no la acertada administracion de su gobierno, ni la gloria con que florecia, por la prudencia y valor con que la habia adquirido y conservado. Que aunque algunos habian tomado con la mudanza presente ocasion para turbar la seguridad y el sosiego público, esperaba recuperar bien aprisa uno y otro con su castigo. Para cuyo fin solicitaba de los Macedones, que le concediesen solo los mesmos corazones y brazos, que habian empezado en servicio de su padre por tan dilatado espacio de años, con tan gran gloria suya, como fruto de sus victorias. Y que tenia*
Just. 11.1.8. *por seguro, de la prontitud que mostraban à la execucion de sus ordenes, que podria remunerarla, aliviandolos de todas las cargas que padecian, dexandoles sola la de servir en la guerra.* Favoreció la fortuna la resolucion de el nuevo Rey, disponiendo correspondiese el suceso à la felicidad con que le habia espera-

ra-

rado, y al esfuerzo que habia prometido, y aplicado para conseguirle; porque prevenido contra las astucias con que Aminthas intentaba perderle, las descubrió, se desembarazó de las de Attalo y de su persona por medio de Acateo y Parmenion; y finalmente, de todos aquellos à quienes acusaba la voz comun de haber contribuido à la muerte de Philipo, sin que entre todos exceptuáse de ella à otro, que à Alexandro Lincestes, por haberle asistido en su asumpcion à la Corona, y haber sido el que primero le saludó Rey, persuadido à que por medio de la severidad con que procedia en venganza de la muerte de Philipo, aseguraba el Trono y la vida, y conseguia el desvanecer la voz que corria de haber sido cómplice en la muerte de su padre. A cuya sospecha dieron ocasion los continuos disgustos y quexas, que tubieron Philipo y Alexandro, y tambien à que se dixese habia acriminado los agravios de Pausanias para obligarle à cometer aquella maldad, animandole à su execucion con un verso de cierta tragedia: *En donde Nedea amenaza à sus competidoras, à que Jason, y à los que la habian casado con él, de comprehenderlos en una misma ruina.* Por lo qual hizo quanto pudo por eximirse de la nota de este delito, atribuyendosele à los Persas en una respuesta que dió à cierta carta de Dario, donde le acusa *de haber comprado à precio de oro Asesinos, que executasen la muerte de su padre.* Finalmente, para librarse mejor de ella resolvió poco antes de su muerte fabricar un magnífico Templo en honor de Philipo; à cuya execucion atendieron poco sus succesores, por mas que lo dexó encargado en su testamento, y prevenida entre otras muchas cosas la disposicion y el orden que se habia de guardar en ella.

Diod. 17. 2. 5. Curt. 7. 1. 3. Arrian. 1. 8. 2. Curt. 7. 1. 6. Just. 11. 2. 2. Plut. c. 17. Arrian. 2. 3. 18. Curt. 4. 1. 12. Diod. 18. 4.

CAPITULO XI.

ENTRA EN THESALIA, Y REDUCELA à su obediencia: nombranle los Griegos por su General, cuya Junta hace se tenga en Corintho: visita al Philosopho Diogenes: su expedicion en la Thesalia; y anuncios de su grandeza.

COnociendo Alexandro quanto le importaba para pasar à execucion los designios à que le estimulaba su espiritu conservar el dominio de la Grecia, que su padre habia adquirido, movió, con la mayor presteza que pudo, su Exército ácia Thesalia, por donde rompió improvisamente. Algunos Thesalos, habiendo levantado el ánimo y las esperanzas à novedades, se habian apoderado de los pasos del Tempe, y cerrado el camino por donde se viene de Macedonia; cuyas dos Regiones dividen la una de la otra los dos famosos montes Olympo y Osa. Pása el rio Peneo por sus vegas; cuya prodigiosa amenidad hace tan hermosa y grata esta Region, que ha merecido solemnes sacrificios. Corre à la sombra de deliciosas florestas, que guarnecen de una y otra parte sus riberas; y aunque bastantemente ruidosa su corriente, el harmonioso canto de los paxaros, que en crecido número pueblan continuamente aquellos arboles, impide que se perciba. Ofrecese una senda estrecha, cuya latitud es de cinco mil pasos, por la qual apenas puede pasar un caballo cargado, y cuya entrada son bastantes à resistir à qualquiera que la intente diez hombres armados. Pero Alexandro, habiendo tomado el camino por donde se creía que eran las rocas mas inaccesibles, y hecholas cortar por el lado del monte Osa en forma de escalones, entró por él. Quedaron tan amedrentados todos los habitadores de su presteza y diligencia, que sin haber persona alguna que se le opusiese, le entregaron à un tiempo los Dominios de toda aquella Region, los Lugares y rentas, segun las condiciones con que los gozaba Philipo; sí bien concedió à la ciudad de Phithia quedáse libre de todas cargas, por ser patria de Achiles, de quien se creía descendiente, y à cuyo Héroe decia

Maxim. Tyr *orat.* 38.
Plin. 4. 8.
Liv. 44. 6. 5.
Polyæn. 4. 3. 23.
Just. 11. 3. 2.
Philostr. *in Heroïcis.*

cia habia elegido por camarada y guia para la expedicion de la Persia. De Thesalia pasó à los Thermopilas, à la Junta que entonces se tenia en ellas de toda la Grecia, à quien llamaban Pylaica; y despues de haberle declarado por Decreto de los Amphyctiones por General de los Griegos, en lugar de su padre, confirmó à los de Ambracia la libertad que habian recuperado poco antes, echando de su ciudad una Guarnicion de Macedones, y les aseguró se la hubiera concedido voluntariamente, aunque no la hubiesen adquirido. Habiendo despues dado orden para que se acercáse su Exército à Thebas, y vencido el orgullo y pertinacia de los Beocianos y Athenienses, los quales se oponian con mas especialidad à sus empresas, dió orden à los Diputados de los Griegos, para que pasasen à verle à Corintho, donde, habiendose confirmado de comun consentimiento el Decreto de los Amphyctiones, quedó reconocido por General de todos los Griegos, en lugar de Philipo, y resueltas las Tropas, que habian de pasar à hacer la guerra à Persia. Hallabase en Craneo, arrabal de Corintho, donde habia un bosque de cipreses, Diogenes, Philosopho Cynico; el qual, prefiriendo à las riquezas el reposo y la libertad del ánimo, habia elegido una pobreza voluntaria. Deseando Alexandro tratarle, salió à pasearse cierto dia al bosque, donde habiendo visto à este Philosopho, y permitidole pidiese quanto gustáse, con la seguridad de que se lo concederia, *le suplicó solo se apartáse un poco, y no le quitáse el Sol.* Cuya inesperada respuesta, asi como le fue de gusto, tambien de admiracion, al experimentar en el desengaño de aquel Philosopho el desprecio que hacia de su elevada fortuna, en la qual no tubo que apetecer. Y asi, es fama, que dixo à los que se hallaban con él: *Que à no ser Alexandro, quisiera ser Diogenes.* La grandeza de ánimo de este Principe, y su superior talento no dexaban de manifestarle los peligros à que por sus desordenadas pasiones se precipitan y pierden los hombres; pero tenianle tan preocupado la ambicion y el deseo de reynar, que no le daba lugar à que reconociese con utilidad propria quanto mas cómodo es carecer de lo superfluo, que gozar de lo necesario. Pasó del Peloponeso à Delphos, à consultar à Apolo sobre el suceso de la guerra que emprehendia; pero habien-

Plin. 35.9.3.
Liv. 31. 32. 3. 33. 21. 4.
Diod. 17. 4.
Diod. 17. 3.
Diod. 17. 4.
Just. 11. 2. 4.
Arrian. 1. 1. 2.
Pausan. *l.* 2.
Plut. *cap.*22. *& ad pr. in doct. cap.* 7.
Diod. or. 4.
Senec. *de Benef* 5. 4. 6.
Laert. *in Diog.*
Juven. 14. 309.
Arrian. 7. 1. 6.
Val. Max. 4. 3. f.
Plut. *c.* 22.

biendole enviado à decir la Sacerdotisa, que no era permitido hacerlo hasta que pasasen algunos dias, se fue à ella, y la sacó por fuerza para el Templo, en cuyo camino, viendo que la obstinacion del Rey habia derogado la costumbre, exclamó con estas voces: *Invencible eres, hijo mio.* Alexandro la detubo, diciendola: *Que él admitia por anuncio sus palabras, y que no*
Diod. 17. 93. *pretendia inquirir mas del Oráculo.* Reducidas con esta felicidad à sosiego aquellas inquietudes, volvió à su Reyno, donde se aplicó con suma actividad à vengar el desprecio que se hacia de Macedonia. Finalmente, teniendo prontos todos sus aprestos, partió de Amphipolis al principio de la Primavera, para hacer
Arrian. 1. 1. 5. la guerra à los pueblos libres de la Thracia; y llegó en diez dias cerca del monte Emo. Habiase apoderado crecido número de Thraces de la cumbre de la montaña para impedir el paso, y cerrado su campo con carros, en forma de trincheras y terraplenes, para resistir à los enemigos, si llegasen à acometerles. Alexandro, reconociendo el designio y destreza del enemigo, or-
Polyæn. 4. 3. 11. denó à su gente se abriese para hacer paso à los carros, luego que intentasen abanzarlos, y que se postrasen en tierra y se cubriesen con sus escudos, uniendose los unos con los otros, à manera de galapagos, en caso de que los disparasen repentinamente. Con cuya diligencia quedó frustrada la astucia de los enemigos; porque la mayor parte de aquellos carros pasó por el lugar que les hicieron, abriendose, sin ocasionar tampoco daño alguno el peso de los que pasaban por encima de los soldados que estaban en tierra, respecto de evitarle sus escudos, ayudados de la velocidad con que corrian. A cuyo próvido reparo se debió quedáse solo en amago el aparato de tan peligrosa tem-
Arrian. 1. 1. 13. pestad. Entonces los Macedones, libres del temor en que se habian visto, testificando à gritos su regocijo, marcharon contra los Barbaros; y los flecheros, partiendo del ala derecha, cargaron con las saetas sobre los que estaban mas abanzados. No se puso en duda la victoria luego que la gente de Alexandro pudo combatir à pie firme: rechazaron facilmente un enemigo, que à modo de decir, se hallaba desnudo ò ligeramente armado. Pero lo mismo que ocasionó la pérdida de los Barbaros, les facilitó mucho su fuga; porque libres del peso de las armas, pudieron

salvarse mas comodamente por ciertos lugares desconocidos à los enemigos. Murieron mil y quinientos, librando à los demás la fuga. Tomóse infinito número de niños y mugeres; y la presa, respecto de la calidad de los lugares, fue de bastante consideracion. Abierto de esta suerte el paso del monte Emo, penetró el Exército por lo mas interior de la Thracia. Ofrecióse en aquel territorio un bosque consagrado à Bacho, de gran veneracion en todos tiempos. Sacrificando en él Alexandro, segun el estilo de los Barbaros, y habiendo derramado alguna porcion de vino sobre el Altar, salió una gran llama de él, que discurriendo por la altura del Templo, se levantó desde ella hasta el Cielo; prodigio que se tubo por anuncio de que la gloria de este Principe no tendria otros límites que la extension del universo, y en cuya confirmacion se refirió otro. Tiene la Thracia, llamada Odrysa, un monte con el nombre de Libethre, y una ciudad del mismo, à quien hizo famosa el nacimiento de Orpheo. Vino, pues, à ella el Rey à asegurarse de lo que le decian los que le afirmaban haber visto sudar la Estatua de este Héroe, sumamente venerada alli. Este prodigio puso à todos en alguna inquietud; pero Aristandro les aseguró del recelo, declarando, que miraba al Rey, y que era testimonio de que costaria algun dia à los Poëtas, hijos de las Musas, sudor y desvelo, representar sus gloriosas acciones. Quando Alexandro baxó à las tierras de los Triballos, pueblos fuertes y valerosos, que habitan de la otra parte del monte Emo, Syrmo su Rey se habia retirado à Pauce, Isla de la Istria, noticioso mucho tiempo antes de la expedicion de Alexandro. Defendióse alli por medio de aquel rio quanto no le permitieron lo hiciese por el de las armas, la edad y el sexo. Hallabase Alexandro con muy pocos baxeles, demás de que le era muy dificil llegarse à esta Isla, por estar impenetrable la orilla, y fortificada de las rocas. El enemigo, que estaba fuerte, resistia con pequeño trabajo la entrada: Por tanto se retiraron los Macedones, sin haber hecho fruto alguno, contentos con la victoria que habian obtenido algunos dias antes de los Triballos, en cuya batalla dexaron muertos mas de tres mil de su Exército, sin otra pérdida que la de cinqüenta hombres de sus Tropas.

Suet. Aug. 49. 7.

Tzetzes Chil. 7. 91. Plut. *c.* 22.

Arrian. 1. 1. 17. Strab. *lib.* 7.

Arrian. 1. 1. 28.

Plut. *c.* 19. Arrian. 1. 1. 25.

CA-

CAPITUO XII.

SU VIAGE A LAS TIERRAS DE LOS GETAS: recibe Embaxadores de Alemania: escusa hacerles guerra: los Principes de Illiria se sublevan contra él: veese en peligro, del qual se libra por medio de una estratagema.

Joan Mag. Hist. Gotth. 3. 12.

DEspues de haber acometido vanamente Alexandro al Rey Syrmo, volvió sus armas contra los Getas, que habian puesto en batalla de la otra parte del rio quatro mil caballos y diez mil infantes. A cuya empresa le movió, no tanto el interés de la guerra, quanto el deseo de la gloria, y el de poder blasonar de haber pasado el mas caudaloso rio de la Europa, à pesar de las Naciones de mayor valor, que embarazaban su tránsito. Hizo, pues, poner en los baxeles que tenia quanta caballeria pudo caber en ellos: en barcas su infanteria, de que tenia gran número; y que el resto pasáse en odres. Habiendolo hecho los Macedones de noche, y embarazando los crecidos trigos que habia en la ribera, adonde llegaron, el que pudiesen descubrirlos, absortos los Getas de su inopinado acometimiento, apenas pudieron reparar la primera carga de la caballeria; y asi luego que llegó Nicanor con el Batallon de los Macedones, à quien llamaban Phalange, compuesto de ocho mil infantes, se pusieron en fuga, tomando el camino de la ciudad, distante del rio quatro millas. Poco despues de haber llegado Alexandro, conduxeron precipitadamente sus mugeres y sus hijos; y habiendo cargado sus caballos de lo que pudieron llevar, dexaron todo lo demás para el vencedor. El Rey mandó que los comboyasen Meleagro y Philipo, y despues de haber hecho arrasar la ciudad, y consagrar Altares sobre la ribera à Jupiter, à Hercules, y al mismo Istro, por haberle sido propicio en el tránsito, hizo el mismo dia volver à pasar su Exército de la otra parte, habiendo obtenido esta victoria sin la costa de alguna sangre. Llegaronle despues los Embaxadores de los pueblos vecinos, y del Rey Syrmo con grandes presentes, compuestos de lo mas estimable que go-

Arrian. 1. 1. 29.

Strab. lib. 7.

Arrian. 1. 1. 35.

gozaban; asi como tambien los de los Alemanes, que habitan desde las fuentes del Istro, hasta las tierras que miran al golfo Adriatico, porque Istro tiene su nacimiento en Alemania, cuyos moradores le llaman Danubio. Alexandro, habiendo admirado el extraordinario vigor de sus cuerpos, les preguntó: *¿Qual era lo que mas temian del Mundo?* creyendo que ponderasen su formidable poder, y confesasen su temor; pero ellos, bien lexos de hacerlo, le respondieron: *Que solo temian cayese el Cielo sobre ellos; aunque no por esto dexaban de hacer considerable estimacion de los grandes Héroes.* Admirado el Rey de su respuesta, que no esperaba, quedó algun rato enmudecido; y habiendo dicho que los Alemanes eran pueblos sobervios, hizo à ruego suyo, alianza con ellos: concedió la paz al Rey Syrmo, y à los demás pueblos; y contento con la gloria que habia adquirido en esta expedicion, volvió todos sus pensamientos à la guerra de Persia, donde esperaba con menor trabajo y riesgo conseguir mayor fruto de sus fatigas. Para cuya empresa le avivaron mas los zelos de Alexandro, su tio; el qual, habiendose retirado de la guerra de Italia, *quexandose de la desigualdad que habia entre su fortuna, y la de su sobrino, se dexó decir, que él habia combatido en Italia con hombres; pero que el Rey de Macedonia solo habia peleado con mugeres.* Para asegurar Alexandro mas la Thracia, sacó de ella à todos los Principes y Señores que le parecieron capaces de alterarla por su credito y valor, y los llevó consigo, debaxo del pretexto de honrarlos y de tenerlos por sus camaradas en la expedicion de la Persia, quitando por este medio todas las cabezas à los sediciosos, è imposibilitandoles sin ellos de que intentasen novedades. Volviendose à Macedonia por las tierras de los Agrianos y de los Peonienses, le llegó noticia de los movimientos de Illiria. Habiendose usurpado cierto carbonero, llamado Bardilis desde las humildades de esta baxeza, el titulo de Rey, y constituidose dueño de muchas Naciones en esta comarca, causó grandes hostilidades à los Macedones, hasta que vencido en una batalla por Philipo, y derrotado enteramente en otra, que repitió con mayores esfuerzos, quedó reducido por ultimo debaxo de la obediencia del vencedor. Muerto algunos años despues este Principe en edad

Tacit. Germ. 1. 4.

Arrian. 1. 1. 37.

Liv. 9. 19. 11.

Agel. 17. 21.

Front. *strat.* 2. 11. 3.

Just. 11. 5. 3.

Arrian. 1. 2. 1.

Hellad. *apud Photium.*

Dod. 16. 4. 22.

Just. 7. 6. 7.

Lucian. *in Macrob.*

Arrian. 1. 1. 2. de noventa, su hijo llamado Clito, juzgando haber llegado el tiempo de recuperar su libertad, mientras Alexandro se ocupaba en una guerra de la otra parte de Istria contra Naciones tan poderosas, obligó à sus pueblos à que tomasen las armas, è hizo alianza con Glacias, Rey de los Illirios, llamados Saulancios. Los Autariates, que es otra Nacion, habian resuelto acometer en el camino à los Macedones, pero Langaro, Rey de los Agrianos, el qual era amigo de Alexandro, le pidió permiso para reprimir aquellos pueblos, ofreciendo suscitarles en sus mismas tierras tan peligrosas inquietudes, que esperaba obligarles à que dexasen bien aprisa las que causaban à los Macedones. Estimó el Rey el afecto de este juvenil Principe, y se le remuneró con muchas mercedes, ofreciendo casarle con Cyna, su hermana, à quien habia tenido su padre en una muger de Illiria, y dado en
1. 10. 4. matrimonio à Aminthas. Cumplió Agriano su palabra à Ale-
Arrian. 1. 2. 3. xandro, executando lo que le habia prometido; pero sobreviniendole al mismo tiempo una enfermedad, de que murió poco despues, le privó del premio ofrecido. Reducidos de esta suerte los Autarianos al cumplimiento de su obligacion, sin la costa del combate, que no fue necesario, se pasó à Pelion, ciu-
Liv. 31. 40. 1. dad de Desarecia, sobre el rio Eordaico. Mostraron los enemigos alguna apariencia de querer combatir, porque salieron de sus guarniciones con ímpetu capáz de llegar prontamente à las manos; pero antes que lo pudiesen hacer, se retiraron, apoderandose de los bosques, de los caminos y de los lugares que tu-
Arrian. 1. 2. 6. bieron por mas seguros. Ofrecióseles à los Macedones en esto el horroroso espectáculo de tres jovenes y tres doncellas postradas en tierra, y muertas con tres carneros negros, cuya sangre y cuerpos estaban mezclados confusamente. Habianlos sacrificado los Barbaros à los Dioses con sacrilega devocion, para que inspirasen valor en su gente quando combatiese; pero el Dios, vengador de esta maldad, les infundió cobardia, en vez del esfuerzo que solicitaban. El Rey, habiendolos retirado hasta su ciudad, resolvió embarazarles la salida, para cuyo fin dispusó se hiciese un muro por de fuera; mas habiendo sobrevenido la mañana siguiente Glaucias con grandes Tropas de Taulancios, le quitó la esperanza de tomar esta ciudad, obligandole à procurar

rar los medios de retirarse seguramente: En el interin, reconociendo Alexandro el peligro que corria Philotas, enviado al forrage con las bestias de el Campo, y una Escolta de caballeria, por haber sabido que Glaucias se habia apoderado de algunas colinas que circundaban la Campaña, y que atendia à no malograr ocasion alguna que se la ofreciese; habiendo dexado en el Campo una parte del Exército contra las surtidas de los sitiados, partió prontamente con el resto de sus Tropas; y despues de haber amedrentado à los Illirios, libró à los suyos del riesgo; pero no pudo evitar los grandes embarazos que en su marcha encontró; porque de una parte el rio, y de otra las rocas, estrechaban el camino, de suerte que apenas podian marchar en muchos lugares de frente quatro hombres armados: à que se añadia el haber prevenido Clito y Glaucias en las montañas Compañias de Ballesteros y de Honderos, con un grueso de gente bien armada. Sin embargo el Rey, que habia puesto delante de las alas de su Phalange doscientos caballeros, les ordenó que levantasen sus lanzas, que poco despues las baxasen ácia los enemigos, como si pretendiesen cargarlos, y que luego volviesen tan aprisa al uno como al otro lado. Mientras mantenia con esta estratagema suspensos los enemigos, atendia à su Phalange, à quien unas veces hacia abanzar aceleradamente, otras la volvia à juntar en un cuerpo; y ultimamente, habiendola ordenado en forma triangular, hizo que acometiese contra los Illirios, que estaban à mano siniestra. Quedaron tan absortos de la prontitud, y destreza de los Macedones, que abandonaron las montañas, de que estaban apoderados, y huyeron ácia la ciudad. Habian quedado pocos en la cumbre de la montaña, por donde el Exército de los Macedones subió; desalojólos de ella Alexandro, y tomó el lugar de los Agrianos y de los Ballesteros para dar desde él algun socorro à la Phalange, à quien habia mandado pasáse al rio. Advertidos de esto los enemigos, tomaron luego el camino ácia las montañas, para acometer la Retaguardia, con la qual habia de pasar Alexandro, quando lo hubiesen hecho de la otra parte del rio, los que estaban bien armados; pero el Rey, sin alterarse de verlos venir, sostubo valerosamente sus acometimientos; y habiendo dado al mismo tiempo la Phalange un gran

 gri-

grito, como en señal de volver à pasar el rio para socorrer à su Principe, infundió miedo y pavor en el enemigo. Por otra parte el Rey, anteviendo lo que podria suceder, habia dado orden à los primeros que pasaron, para que se pusiesen en batalla luego que se viesen de la otra parte, y estendiesen quanto les fuese posible el ala izquierda, que estaba cerca del rio, y de los enemigos, à fin de que pareciese mas numerosa de lo que era. A cuya providencia debieron, que los Taulantos, creyendo que todo el Exército cargaba sobre ellos, se retirasen por algun espacio, y que aprovechandose dél Alexandro, encamináse prontamente los suyos ácia el rio, donde no hubo bien llegado, quando le pasó de los primeros; pero porque los enemigos, que volvieron à su puesto, oprimian à los ultimos, que le pasaban, los esparció por medio de algunas máquinas, que hizo enderezar de la otra parte del rio, con las quales se podian arrojar piedras de lexos, disparandoles tambien los que habian entrado en el rio dardos, desde en medio de las aguas. Tres dias despues de haberse retirado Alexandro, le vinieron à dar noticia de que qual si se hubiese puesto en fuga, los enemigos, libres de la inquietud y del temor, discurrian por una y otra parte, sin orden y sin recelo alguno, que su Campo estaba sin Trincheras, sin Terraplenes, sin Cuerpo de Guardia, y sin Centinelas: con cuyo aviso, habiendo llevado consigo los Ballesteros, los Agrianos, y las Tropas de Macedonia, mandadas por Perdicas y Ceno, pasó de noche el rio, y marchó con diligencia ácia los enemigos, despues de haber dado orden à lo restante de su Exército para que le siguiese; pero sin esperar à tenerle junto, envió delante su gente armada à la ligera, y él mismo con los demás la siguió inmediatamente para acometer à los enemigos desarmados, y medio dormidos. Hizo grande estrago en ellos, tomó muchos prisioneros, y siguiólos hasta los montes Taulancios. Salvóse Clito de esta rota, y acogióse à la ciudad de Pelion, à quien poco despues, ò porque desconfiáse de su fortaleza, ò de el valor de su gente, la hizo poner fuego, y se encaminó, como en destierro, à las tierras de los Taulancios.

CA-

CAPITULO XIII.

ALTERANSE LOS GRIEGOS CON LA FALSA noticia de su muerte: diligencias de Demosthenes contra Alexandro: toma y destruccion de la ciudad de Thebas.

EN tanto, la noticia que se esparció por toda la Grecia de la muerte de Alexandro y de su derrota, en las tierras de Just. 11. 2. 8. los Triballos, volvió à suscitar el ánimo y las esperanzas de los enemigos de Macedonia: siendo cierto que las mayores infelicidades que sobrevienen en los humanos sucesos, proceden de la firmeza con que nos persuadimos, en lo que deseamos, à la mas ligera noticia que se nos ofrece, como si la imprudente y pertináz credulidad añadiese fuerza à la verdad, ò pudiese convertir en ella lo falso. Ni faltó quien asegurâse se habia hallado à Arrian. 1. 3. 1. la muerte de el Rey, mostrando para grangear mas credito à lo Plut. *cap.* 19. que decia, las heridas que habia sacado de el combate. Esta voz recibida y divulgada en Thebas con gusto, dió principio à la fatalidad ultima de aquella ciudad; porque algunos de los que Philipo desterró, como hemos referido, alentados con ella, y siguiendo por cabezas à Phenix y à Prothites, dieron muerte à los Capitanes Macedones, que mandaban en Cadmea, ciudadela de esta ciudad, los quales salieron sin el menor recelo de lo que les esperaba; y concurriendo en impetuoso tumulto los ciudadanos, debaxo de el especioso pretexto de poner en libertad la patria, sitiaron la Guarnicion, y la cerraron con un doble Terraplén y Foso, para que no les pudiesen entrar viveres, ni socorro. Despacharon despues Embaxadores à las ciudades Grie- Diod. 17. 8. gas, pidiendoles: *No abandonasen à un pueblo, que se esforza-* Arrian. 1. 3. 10. *ba à recobrar la libertad, que tan indignamente se le habia usur-* Dinarch. *contra Demosth.* *pado.* Y Demosthenes, movido de el antiguo odio que tenia Diod. 17. 8. contra los Macedones, persuadió al pueblo de Athenas à que enviâse socorro à los Thebanos; Plut. *Demosth. c.* 32. & *in. X. orat.* 8. 9. pero no lo consiguió, porque los Athenienses, amedrentados con la presurosa vuelta de Alexandro, tubieron por mas conveniente reservar su resolucion hasta des-

despues del suceso y disposicion de la fortuna. Sin embargo, Demosthenes no dexó por su parte de socorrer à los Thebanos, à quienes envió cantidad de armas; las quales sirvieron à los que Philipo habia despojado de sus bienes contra la Guarnicion de la ciudadela de Cadmea. Por otra parte los Peloponeses se habian juntado en crecido número en el Isthmo; y aunque Antipatro, à quien habia dexado Alexandro por Gobernador de Macedonia en su ausencia, les envió à pedir no contraviniesen à la comun resolucion de toda la Grecia, con los que eran declarados enemigos de Alexandro, no dexaron de tener algunas conferencias con los Embaxadores de los Thebanos; pero aunque los soldados estaban compadecidos de su calamidad, Astilo, su General, Arcade de nacion, interpuso dilaciones, no tanto por lo dificil de la empresa, quanto porque esperaba satisfacer su codicia, vendiendo sus socorros à precio proporcionado à la necesidad en que se hallaban de ellos los Thebanos. Pediales diez talentos; y no pudiendo darselos, compraron por medio de ellos, los que seguian la faccion de los Macedones, el que no les asistiese en perjuicio suyo, dexando asi burladas las esperanzas que los Thebanos habian puesto en los Arcades. Sin embargo, la diligencia de Demosthenes, ayudada de el dinero, consiguió que las demás Tropas de el Peloponeso no pasasen à declararse contra ellos; para cuyo fin, y el de suscitar por todas partes nuevos estorvos à Alexandro, se decia le habian enviado los Persas trescientos talentos. Advertido de todo este Principe, hizo marchar su Exército con la mayor diligencia: le hizo pasar cerca de Eordea, de Elimiotis, y de las rocas Stympheas y Paryeas; y siete dias despues de haber partido de Pelion, llegó à Pellene, en la Thesalia, de donde en seis se puso en la Beocia, y luego en Onchesto, seis millas distante de Thebas. En tanto, los Thebanos, enteramente ignorantes de esto, hacian sus prevenciones con mas valor que prudencia, y tanto mas lexos de persuadirse à que viniese Alexandro, quanto à lo sumo le hacian entonces à él, y à sus Tropas en Pyles, creyendo sería el otro Alexandro, hijo de Europa, que mandaba un Exército. Campó el Rey cerca de el Templo de Yolas, delante de la puerta Pretide, con resolucion de darles tiempo para su arrepentimiento; pero en vez de ma-

Dinarch. *contra Demosth.* Diod. 17. 8.

Plut. *in X. orat.* 11. 2. Dinarch. *contra Demosth.* Just. 11. 2. 7.

Arrian. 1. 3. 5. Pausan. *l.* 9. Arrian. 1. 3. 5.

Pausan. *l.* 9.

Arrian. 1. 3. 8.

manifestarle, y solicitar su clemencia, hicieron luego una salida contra los Cuerpos de Guardia de los Macedones; dieron à algunos, echaron à otros de su puesto, y se alargaron hasta el Campo; pero fueron rechazados por algunas Tropas armadas à la ligera, que envió el Rey contra ellos. La mañana siguiente, queriendo Alexandro socorrer à los suyos, que estaban encerrados en la ciudadela, hizo acercar su Exército à las puertas por donde se vá à Attica, en cuyo parage esperó la reduccion de los Thebanos, à quienes ofreció el perdon, si arrepentidos le solicitaban; pero faltando la autoridad y poder en la ciudad à los que deseaban la paz, por habersela usurpado los que se restituyeron à ella de sus destierros, y fueron llamados, los quales desesperando de la clemencia de el Rey, si los Macedones se apoderaban de Thebas, quisieron quedar antes sepultados entre las ruínas de su patria, que comprar al precio de sus vidas su conservacion y permanencia: à cuya resolucion induxeron à algunos Grandes de Beocia, que llevaron à su partido. Pero en lo Plut. *cap.*19.
que mas acabaron de manifestar su ceguedad è imprudencia, fue en la respuesta que dieron à Alexandro, quando habiendoles pe- Diod. 17. 9.
dido *los autores de aquella rebolucion, para que con el castigo de dos personas, quedáse purgado el delito de la ciudad*, tubieron atrevimiento de pedirle à Philotas y Antipatro, sus mayores favorecidos, y à publicar: *Que todos los que quisiesen defender la* Arrian. 1. 3. 11.
libertad de la Grecia con el gran Rey, y los Thebanos, contra el Polyæn. 4. 3. 12.
Tyrano de los Griegos, acudiesen à Thebas. Sin embargo no Sabell. *ex*
fue acometida por orden de Alexandro, sino que (como dice Plut. *cap.*19.
Ptolemeo, porque algunos lo refieren de otra suerte) Perdicas, Diod. 17. 11.
que defendia aquel lugar del Campo, que miraba à la Trinchera con que los enemigos habian cerrado la ciudadela, los atacó sin esperar la señal; de suerte, que habiendo forzado sus defensas, llegó à las manos con ellos, y su exemplo obligó à Amynthas, que no estaba lexos de él, à que hiciese lo mesmo con la gente que mandaba: y al mismo tiempo Alexandro, que temia à los suyos, hizo marchar todas sus Tropas; *y habiendo ordenado* Arrian. 1. 3.
do à los soldados armados à la ligera, que diesen y acudiesen al 13.
socorro de sus compañeros, quedó en lo largo de la Trinchera. El combate fue porfiado y sangriento. Perdicas, queriendo entrar

trar

trar dentro de la Trinchera, fue herido, y se hallaron precisados à sacarle de la refriega, donde murió gran número de Ballesteros Cretenses, con Eurybotas su Capitan; lo qual fue causa de que los Thebanos apretasen de mas cerca à los Macedones, que amedrentados huían ácia Alexandro. Pero al punto que este Principe vió venir en desorden, y desvandados à los enemigos, empezó à acometerlos en batalla con su Phalange; y mudandose la fortuna del combate, los obligó inmediatamente à huir con tan gran precipitacion, que aun no se acordaron de cerrar las puertas por donde habian entrado en la ciudad; con que dieron lugar para que en el interin hiciesen una salida à los barrios, que estaban sujetos à ella, los que se hallaban en la ciudadela. De esta suerte fue tomada la mas noble de las ciudades de la Grecia en el mismo dia que se puso el Sitio. Executó en ella el furor de los vencedores todo genero de crueldades, dando indiferentemente muerte, asi à hombres, como à mugeres, sin perdonar aun à los niños; pero esta inhumanidad procedió mas del odio que habia concitado en los Phocenses, en los Platenses, Orchomenios y Thespienses, la vecindad y el poder de los Thebanos, que la indignacion de los Macedones; pues no pasaron estos de los límites que prescribe el derecho de la guerra. Finalmente, habiendo cesado la mortandad, despues de haberla padecido mas de seis mil, se tomaron los prisioneros, y se vendieron hasta en número de treinta y seis mil personas libres. Clitarcho refiere, que importó quatrocientos y quarenta talentos todo el botin; aunque otros afirman, que esta cantidad se sacó solo de la venta de los prisioneros. Alexandro dió por recibidos los cien talentos, que los Thesalos debian à los Thebanos. Fueron pocos los que dexaron de cooperar à esta guerra, y solo ellos, los Sacerdotes y los que habian manifestado su afecto al Rey y à Philipo, los que se libraron de la servidumbre, entre cuyo número se hizo lugar Timoclea, por medio de la varonil accion que obró en honor de su credito, y con que vinculó à la posteridad plausible y gloriosa su memoria. Cierto Capitan de caballos de las Tropas de Thracia, que militaban en el Exército de Alexandro, despues de haber violado la honestidad de esta muger, la procuró obligar con amenazas à que le declaráse dón-

Diod. 17. 13. Arrian. 1. 3. 17. Plut. *de la virtud de las mugeres*. 48. Diod. 17. 14. Athen. *lib*. 4. Diod. 17. 14. Grotius *de Jure bel.* 3. 8. 5. *ex Quintil.* Plut. *cap*. 20. Elian. *Hist. divers*. 13. 7. Arrian. 3. 1. 26. Polyæn. *Strateg.* 8. 39.

de

de habia ocultado sus riquezas. Ella, mas afligida por la pérdida de su honor, que por la de éstas, tomando ocasion de la codicia del Barbaro para la satisfacion de su agravio, le mostró un pozo, è hizo creer, que dentro de él tenia todas sus joyas y alhajas. Acercandose el Barbaro à él, y mirando su profundidad con la aplicacion à que le estimulaba su codicia, quando mas descuidado le reconoció, le arrojó dentro, de un empellon, donde viendo que hacía esfuerzos para volver à salir, le cargó de tan gran número de piedras, que le dexó muerto. Los soldados de la Compañia del Capitan difunto prendieron à Timoclea, y la llevaron ante la presencia del Rey, para que la mandáse dar el castigo que juzgaban merecia. Habiendola preguntado el Rey, ¿quién era, y la culpa que habia cometido? *Soy hermana*, respondió ella con voz entera, y semblante resuelto y seguro: *Soy hermana de aquel General de los Thebanos, llamado Theagenes, que murió defendiendo la libertad de la Grecia. He muerto à un ladron por vengar la injuria que hizo à mi honestidad. Si gustas de que satisfaga con mi castigo esta accion, advierte, que à quien hace aprecio del pundonor, estima en muy poco la vida, habiendole perdido; y que por mas que se me acelere la muerte, me parecerá que llega tarde, si logro la fortuna de padecerla en obsequio de mi honor, y de mi patria.* Habiendo oído Alexandro à Timoclea, la concedió la razon que habia tenido para executar la muerte, declarando, que no permitia se violáse la pureza de las mugeres libres; y despues de haber alabado su accion, la dió libertad, concediendola tambien, en atencion suya, à todos sus parientes, y permiso para que se retirasen donde quisiesen. Perdonó tambien à todos los descendientes del Pindaro, en memoria de aquel Poëta, que alabó en sus versos à Alexandro su abuelo, prohibiendo que se quemáse su casa; porque no solo apreció la virtud presente, sino respetó tambien la memoria de los Grandes Varones, honrando con beneficio de su descendencia, en cuya prueba, despues de haber vencido à Dario, hizo merced de una parte de su botin à los Crotoniates, en gratificacion del socorro que dieron à Salamyna, enviando una Galera, debaxo del mando de Phayllo, quando la guerra de Xerxes; en cuya ocasion tubieron por inevitable

Plut. *cap.* 20. *y de la virtud de las mugeres, c.* 46.

Arrian. 1. 3. 26. Ælian. *Hist. var.* 13. 7. Dion. Chrys. *orat.* 4.

Tzetzes Chil. 7. 139. Plut. *cap.* 63.

Herodot. 8. 47.

Plut. *in Aristid.* c. 25. su ruína todas las demás Colonias de la Grecia, honrando tambien con grandes dádivas à los Platenses, por haber dado sus antepasados sus tierras à los Griegos que se hallaron en la batalla contra Mardonio.

CAPITULO XIV.

PRESAGIOS DE LA RUINA DE ESTA ciudad: Alexandro concede la paz à los Athenienses por pasar la guerra à los Persas.

FUeron muchos los presagios que declararon la desolacion y ruína de los Thebanos; porque tres meses antes que Alexandro llegáse à ella, se vió en el Templo de Ceres, llamado Thesmophoros, una tela de araña negra, la qual se habia manifestado blanca, en ocasion de la batalla de Levetres, à cuya victoria debió la ciudad de Thebas la grandeza y felicidad à que se elevó. Pocos dias antes de la llegada de los Macedones cayeron las Estatuas que estaban en la gran plaza de esta ciudad, oyendose un horrible bramido, que arrojó de sí el lago que está cercano à Oncheste; y la fuente de Dirce manó sangre, en vez de agua: prodigios todos sin duda bastantes à amedrentar aquellos obstinados animos, si su presuncion y sobervia no los empeñáse nuevamente à ser instrumentos de la entera destruccion de un pueblo destinado à este sangriento infortunio; porque confiados los Thebanos en la gloria y reputacion de sus predecesores, cuyas costumbres y disciplina habian perdido ellos, y prometiendose la mesma fortuna, aunque sin iguales virtudes, la apresuraron, exponiendose sin ningun recelo con poco mas de diez mil hombres contra un Exército compuesto de treinta mil Infantes, y tres mil Caballos, toda gente veterana, y que habia obtenido tan grandes victorias. Luego que Alexandro se apoderó de Thebas, confirió en la Junta de los Aliados el castigo que se debia dar à aquella ciudad. Componiase ésta de gran número de Phocenses y Beocianos, à quienes las antiguas discordias, que habian tenido con Thebas, no podian dexar de persuadir à su entera ruina, sin la qual no les pa-

Marginal notes: Diod. 17. 10. Paus. *lib.* 9. — Diod. 17. Jul. *in Ces.* — Arrian. 1. 3. 26. 1. 13. 24. Just. 11. 3. 8.

parecia quedaba satisfecho su odio, ni seguros ellos, si Thebas subsistía. Determinóse, pues, que se demoliesen los muros y los edificios, y que se repartiesen sus tierras entre los vencedores, à voluntad del Rey. De esta suerte, aquella ilustre ciudad, que en un solo dia (por decirlo asi) llegó, en medio de la Grecia, al ultimo colmo de felicidad y grandeza, y que podia vanagloriarse de haber producido, no solamente esclarecidos Varones, sino tambien Dioses, pereció en otro, despues de haber florecido por espacio de casi ochocientos años, habiendo corrido tantos desde el Oráculo de los cuervos; porque expelidos antiguamente los de Beocia por los Thraces y por los Pelagianos, tubieron por respuesta del Oráculo: *Que pasados quatro siglos volverian à su patria, y que durante éstos, permaneciesen en el lugar donde viesen unos cuervos blancos.* Habiendo arribado à Thesalia, cerca de la ciudad de Arne, tomaron asiento donde vieron unos cuervos blancos que los muchachos habian hecho con hieso. Fue, pues, arruinada la ciudad de Thebas à son de flauta, como lo habia sido Athenas por Lisandro, sesenta años antes. Sin embargo, mandó Alexandro que se preservasen los Templos y los demás lugares sagrados, poniendo gran cuidado, en que ni de el descuido, ni de la codicia les resultáse daño alguno. A cuya reverencia le obligaba, de mas de el gran respeto que tenia à los Dioses, el haber participado poco antes de la tempestad que sobrevino à algunos soldados, intentando robar el Templo de los Fabirores, à la entrada de la ciudad; los quales quedaron consumidos por los rayos que arrojó sobre ellos. Tampoco permitió se llegasen à las Estatuas erigidas à los Dioses y à los hombres ilustres en los lugares públicos, debaxo de cuyas vestiduras se refiere que muchos habitadores ocultaron, mientras duró el despojo, sus riquezas, y que éstas se hallaron veinte años despues quando Casandro, hijo de Antipatro, reedificó à Thebas, mas que por la compasion à que movian los fugitivos de esta ciudad (como creen algunos) por obscurecer en alguna manera con esta accion la gloria de Alexandro, à quien aborreció siempre; pero aunque reparó las murallas de esta ciudad, no reestableció, ni las costumbres, ni la antigua fortuna. Con que no solo no quedó en estado de florecer, como antes; pero ni aun asegurada

Diod. 17.14. Plut. *cap.* 20.

Just. 11.4.4. Æschin. *contra Ctesip.* Dinarch. *contra Demosth.* Agatarch. *apud Photium.*

Diod. 19.51. Strab. *lib.* 9. Cœlius *lect. ant.* 17. 11. *Tzetzes Chil.* 7.139.

Plut. Lys. *c.* 28. Suid. *ex Polyb.* 5.10 10. Paus. *lib.* 9.

Plin. 34. 8. 15. Athen. 1. 15. EumiiGræc. Diod. 19.53. Paus. *lib.* 9.

Plut. *en la vida de Demetrio.* c. 53.

de

[Strab. *lib.* 9. Emmii Græc. Agathar. *ap. Phot.*] de la variedad de infortunios que padeció, y sin que pudiese nunca hasta nuestros tiempos pasar, ni en la forma, ni en la apariencia, de una mediana ciudad. Tambien se refiere que Alexandro se arrepintió despues de haberla arruinado; porque reconoció, [Plut. *c.* 21.] que con su desolacion habia arrancado un ojo à la Grecia. A [Arrian. 4. 2. 13.] lo m nos es, sin duda, que atribuyó la muerte de Clito, y la [Athen. 10. 9.] pertinacia, y desaliento con que reusaron los Macedones conti- [Diod. 17. 15. Arrian. 1. 4. 29.] nuar la conquista de la India, à castigo de Bacho, por haberle destruido su patria; asi como tambien à él otros la muete de es- [Plut. *en la vida de Phocion*, c. 21.] te Principe, procedida de un exceso en el vino. Executado esto, envió à decir à los Athenienses: *Que le entregasen los Oradores que continuamente los persuadian y alentaban à conspirar contra los Macedones; porque de no hacerlo, experimentaria su atrevimiento igual castigo al que se habia executado en los Thebanos.* Habiendo Phocion, de quien hacia gran veneracion el pueblo por la integridad de su vida, manifestado: *Que no era justo irritar à un Principe mozo, y vencedor, y exortado à los que* [Plut. *en la vida de Demosth.* c. 33.] *reparaban en el peligro, à que en generosa imitacion de las hijas de Lee, y de Hyacintha, debian sacrificar sus vidas por la conservacion de su patria*: Demosthenes, à quien con especialidad pedia Alexandro, se levantó, y dixo: *Que se engañaban si creian preservarse del peligro que amenazaba à todos, con la rendicion de algunos: y que tubiesen por cierto, que los Macedones pedian astutos, con especialidad aquellos, cuyo valor y virtud les eran contrarios y odiosos, para poder, ausentes los protectores de la libertad pública, entrar en la ciudad desamparada de todo socorro, no de otra suerte que los lobos en un rebaño de ganado,* [Æschin. *cont. Ctesiph.*] *quando está sin perros que le guarden.* Mal podia esperar Demosthenes de su proceder con los Macedones gracia alguna de ellos. Persuadió despues de la muerte de Philipo, que se edificáse una Capilla en honor de Pausanias, que se diesen gracias [Just. 11. 3. 4. Suidas.] à los Dioses, y que se executáse todo quanto se acostumbra en [Plut. *en la vida de Demosth.* c. 32.] un regocijo público. Llamó à Alexandro unas veces niño, y otras Margites, para denotar que era un Principe sin juicio, ni [Erasm. *adag. in Margites.*] gobierno, y ganado por el oro de los Persas fue acha encendida, [Curt. 6. 9. 17.] ò trompeta de todas las guerras, que los Griegos emprehendieron [Diod. *orat* 38.] contra Alexandro y contra Philipo, solicitando descubiertamen-

te

te à Attalo, el mayor enemigo de Alexandro, para que le declaráse la guerra; à cuyo fin le prometió la alianza y el socorro de los Athenienses. Por otra parte no le habia ofendido con menores deservicios y ultrages la ciudad de Athenas; pues hizo derribar todas las Estatuas de Philipo, y que la materia de ellas sirviese à empleos viles y bajos; asi como el pueblo, el qual mudable, y poco atento à lo venidero, cometió con el desafuero que suele, à persuasion de algunos sediciosos, todas las indignidades de que es capáz. Pero entre quanto obraron los Athenienses con desprecio y sobervia, nada llegó à sentir tanto Alexandro, como el afecto que mostraron à los Thebanos, habiendo admitido en su ciudad à todos los que pudieron salvarse de las ruinas de su patria, contra orden expresa suya, y testificado con gran dolor de su pérdida, que en mayor credito de la tristeza pública transfirieron la solemnidad de las fiestas, que todos los años celebran con particular devocion en honor de Bacho. Sin embargo, ocupando todo su ánimo el deseo de la guerra de Persia, tubo por mejor perdonar à los Griegos los agravios que le habian hecho, que continuar en la venganza; por lo qual, habiendole pedido Demades, de quien hizo gran estimacion Philipo, en nombre de la ciudad perdon, se le concedió, con calidad, que Demosthenes, Licurgo, y todos los demás que habia pedido, fuesen retenidos, y solo saliese desterrado Caridemo; el qual, habiendose pasado à los Persas, les fue por algunos años de considerable provecho, hasta que por ultimo dió ocasion su demasiada libertad à Dario, para que le mandáse quitar la vida. Abandonaron tambien otros Athenienses de consideracion la ciudad, por el odio que tenian al Rey, y se retiraron à los Estados enemigos, donde no dieron poco que hacer à los Macedones. Concluidas estas cosas, no quedó en la Grecia quien se atreviese à fiar en sus fuerzas, viendo la ruina de los Thebanos, cuyos soldados, armados de pesadas armas, estaban en tan gran reputacion hasta entonces, ni quien aseguráse las fortificaciones de ciudad alguna, habiendo experimentado la pérdida de Leucadia, cuyos habitadores sobervios por la situacion de su ciudad, y por la cantidad de viveres, de que habian hecho provision para tolerar un largo Sitio, rindió el Rey por hambre; porque despues de

Æschin. *contr. Ctesiph.* Paus. *lib. 9.* Plut. *c. 19. y en la vida de Camilo, c. 31.* Diod. 17. 35. Plut. *Demosth.* c. 37. Plut. *in X. orat.* 7. 28. 9. Demosthen. *epist.* 3. Arrian. 1. 13. 31. Just. 11. 4. 12. Dinarch. *contra Demosth.* Curt. 3. 2. 10. Diod. 17. 25. Curt. 3. 13. 15. Diod. *or.* 64. Frontin. 3. 4. 5.

de haberse apoderado de todas las plazas cercanas, dexó que se retirasen los habitadores à Leucadia, cuya multitud aumentandose mas cada dia, consumió tan grandes provisiones. En esta sazon le llegaron Embaxadores del Peloponeso à dar la enhorabuena de las victorias que habia obtenido de los Barbaros, y de haber castigado la insolencia y temeridad de algunos Griegos.
Arrian. 1.3. 27. Los Arcades, que habian empezado à hacer algunos movimientos por dar socorro à los Thebanos, le aseguraron *haber condenado à muerte à los que habian sido autores de aquel desvario.* Los Eleos le representaron, *que habiendo entendido eran gratos à Alexandro los que estaban desterrados, los habian restituido en obsequio suyo.* Y los Etolos se disculparon con que no era mucho, que entre tan grandes alteraciones como habia padecido la
Plut. *de Monarch.* c. 2. Senec. *de Benef.* 1. 13. Grecia, hubiesen incurrido ellos en alguna. Pero los Megarenses provocaron à risa al Rey, y à los que le asistian con tan nuevo genero de honor, como el que manifestaron, diciendole: *Que en credito y remuneracion del afecto que tenia à los Griegos, y de los crecidos beneficios que reconocian à su grandeza, le habian concedido por orden del pueblo el derecho de ciudadano en Megara;* demostracion, que admitió gustoso Alexandro quando supo *que solo se habia hecho con Hercules.* Manifestó à todos los demás el anhelo con que deseaba el reposo y conservacion de la Grecia, y que esperando que en adelante se abstendria de fomentar novedades y perturbaciones, les perdonaba los delitos pasa-
Demosth. Alexander. fœdere. Paus. *lib.* 7. Capell. *in Histor. Sacra, & exotica.* Homeri *Scholia.* dos; pero hallandose poco seguro de los Spartanos, restituyó à Messena los hijos de Philias, que estaban desterrados. Dió à Cheron, à Pellene, ciudad de los Acheos, y puso personas de su confianza en Sicyone y en las demás ciudades del Peloponeso, que observasen mas inmediatamente el proceder y los intentos de los Lacedemonios. Empleó en la perfeccion de tan considerables disposiciones pocos meses, en los quales puso fin à una guerra tan formidable, con menos trabajo, que el que pudiera haber costado otra de muy inferior conseqüencia, confesando haber debido esta victoria à su diligencia; pues preguntandole, ¿cómo pudo sujetar la Grecia? Respondió: *Que no dexando nada para el dia siguiente.*

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

NOTICIA DEL DOMINIO DE LOS PERSAS hasta el tiempo de Alexandro: Despreciante los Persas, y poco despues le temen: Disponense à la guerra: Singularidades del monte Ida: Diversas hazañas de Alexandro.

HALLABASE por este tiempo Rey de los Persas Dario, elevado al Trono poco antes de la muerte de Philipo, Diod. 17. 17. Diod. 17. 5.
por la destreza y disposicion de cierto Eunucho, llamado Bagoas; el qual, muerto Ocho y Arses su hijo, y extinguida toda la estirpe Real, no pudiendo asegurar en sí la Corona, procuró ponerla en quien obligado de tan considerable beneficio, se le remunerase, dandole estimacion y manejo en el gobierno. Ni el concepto que tenian de Dario los pueblos repugnaba la colacion de esta fortuna, ni su parentesco en la Casa Real atrasaba el lógro de ella; porque Ostanes, tio de Ocho, era padre de Arsanes, y Arsanes de Codmano, cuyo nombre tubo Dario, mientras fue persona privada, hasta que colocado en el Trono de Cyro, le mudó en el de Dario, siguiendo el estilo de los Persas. Su presteza militar, su valor y virtud habian dado largas experiencias para que se tubiese de él el apreciable concepto en que estaba, habiendo vencido en un desafio al mas esforzado de los enemigos, que retó al que lo fuese de el partido contrario, mientras Ocho hacia la guerra à los Caducios. Fue, segun el orden de los Reyes desde Cyro, Fundador de este Imperio el decimo; porque Ocho succedió à Artaxerxes su padre; Artaxerxes à Dario, à quien Artaxerxes, hijo de Xerxes, dexó el Reyno, y Xerxes le recibió de Dario su padre. Dario fue hijo de Hystaspes, el qual extinguida en Cambises la Casa de Cyro, empuñó el Cetro, quitandosele à los Magos, por me-

Arrian. 2. 3. 18. Curt. 6. 3. 12. Strab. *fin. lib.* Scalig. *de Emmendat. tempor.* l. 6. Curt. 4. 1. 10. Just. 10. 3. 3. Diod. 17. 6. Sleidan. *lib.* 1. *de* 4. *Monarch.* Schaliger. *l.* 6. *de Emmendat tempor.* Schubert *lib.* 2. *de Scrupulis Chronol.* Herod. 3 70. Just. 1. 9. 19.

medio de una conspiracion de siete Grandes Señores de la Persia. Permaneció glorioso el Imperio de los Persas en el reynado de estos Principes casi por el espacio de ducientos y treinta años, en quanto aquella Nacion, que en sus valerosos principios ignoraba las delicias, combatia por la libertad, por la gloria y por el poder. Pero despues que empezó à despreciarla, creyendo haber alcanzado la recompensa de su virtud, tambien à perder el vigor y las fuerzas, conservandose mas que por ellas, por el credito de su poder, que le habian adquirido sus antecesores, y poniendo toda su esperanza en la grandeza de sus riquezas con quienes no experimentó mas felices sucesos contra los Griegos, que con sus armas. Por ultimo, viendo quan inutiles eran los medios de el oro, solos contra la fuerza de Alexandro, y que hallandose destituidos de todos los socorros estraños, debian oponerse por sí à poder tan formidable, les precisó la necesidad à hacer algunos esfuerzos; los quales fueron tambien inutiles, pues teniendolos tan abatidos sus delicias y flaqueza, no pudieron oponerse al ímpetu de su decadente fortuna; pero como de la manera que es poderosa la necesidad à despertar el espiritu y valor, lo es tambien la abundancia y riquezas à originar la viciosa superfluidad y la afeminada flaqueza, luego que supieron la muerte de Philipo, cuya felicidad y disposiciones los habia tenido amedrentados, empezaron à perder el temor, y à despreciar el nombre y la juventud de Alexandro, juzgando se tendria por felíz, si le dexaban pasar libremente por las murallas de Pelle. Mas quando se dilató à ellos la fama de su valor y de sus victorias, no dexó de causarles cuidado este juvenil Principe, à quien habian despreciado antes; pues pasaron à hacer con la mayor aplicacion todas las prevenciones que pedia tan dilatada y cruel guerra. Habian reconocido en las batallas antecedentes, quan inutiles eran para resistir à los Europeos los soldados Asiáticos; y asi despacharon à la Grecia personas que alistasen cinqüenta mil hombres, de la mas vigorosa juventud, con orden de que los mandáse Memnon Rhodio, cuya fidelidad y valor habian experimentado en muchas ocasiones, dandosela tambien para que se apoderáse de Cyrico, y que desde alli pasáse à largas jornadas por la parte de Phrigia, que confina con Troas, y lle-

Xenoph. *l.* 1. Arrian. 5. 1. 19. Plut. *en la vida de Agesil.* cap. 24. *y en la vida de Artaxerxes*, cap. 30. Diod. 17. 7. Æschin. *contra Ctesiph.* Curt. 5. 11. 5. Curt. 3. 2. 9. Diod. 17. 7.

llegáse al monte Ida; el qual acredita bien en lo natural de su sitio el nombre que tiene, que es el que imponian los Antiguos à todos los lugares à quienes hace umbrosos la espesura de los arboles. Descuellase este monte con elevacion mayor que todos los demás que miran ácia el Helesponto, en el qual se ofrece una caberna, à quien han grangeado gran veneracion y credito las fabulas; las quales refieren fue en ella donde Paris reconoció la hermosura de las tres Diosas, y pronunció el juicio que hizo de ella, quando expuesto por orden de su padre subió al monte Ida. A que añaden, que este monte fue patria de los Ideos Dactilos, los quales debieron à la instruccion de Cibelle ser los primeros que descubrieron el uso de el hierro, y manifestaron al Mundo este metal, por quien no sin razon se puede dudar, si fue mayor el beneficio, que para alivio de su preciso trabajo hallaron en él los hombres, que el perjuicio que padecen sus vidas de los vehementes instrumentos que de él forma su mismo furor. Refierese tambien otra maravilla de este monte, qual es: *Que los vientos que corren en la parte inferior de él, quando se acerca la canícula, son tan impetuosos, como tranquilo el ayre en su cumbre, que aun siendo muy de noche se vé allí el Sol, no en forma de globo, sino esparcido en amplisima latitud, que despues de haber abrasado una y otra parte del monte, como dividido en muchas porciones de fuego, se vá uniendo poco à poco, que quando el dia se acerca no queda de mas tamaño, que el que pueden contener dos yugadas de tierra; y que poco despues vuelve à tomar su forma ordinaria, y à seguir su regular curso.* Tengo por cierto, que se manifiesta este falso milagro quando la imagen, aunque imperfecta, del Sol, levantandose se estiende por el ayre, que está estrechado con el hielo de la noche, y no agitado de los vientos, hasta que disipandose por la fuerza del calor, dexa vér libremente aquel Astro en su estado ordinario; porque luego que se serena el ayre, penetran facilmente los rayos, embarazando el hacerlo con tanta actividad mientras está constreñido, y que como recibidos en un espejo los estiende y dilata con aumento de luz. Corre el territorio de Cysico sobre las faldas del monte Ida ácia la Propontide; cuya ciudad está fundada en medio de una mediana Isla, que confina con la

Pausan. l. 10.
Diod. 17. 7.
Apollod. l. 2.
Diod. 17. 7.
Plin. 34. 14.
Diod. 17. 7.
Lucret. 5. 662.
Mela 1. 18.
Plin. 2. 11. 3.

Tierra-firme por medio de dos puentes. No pasó á esta empresa Alexandro hasta algo despues, hallandose en la Mar mientras esta jornada de Memnon; el qual, aunque acometió inopinadamente à Cysico, se defendieron, y le rechazaron con tan gran valor los habitadores, que habiendo podido tomar la ciudad, se contentó con robar solo el territorio, en que hizo considerable
Strab. *lib.* 13. presa. No se descuidaban tampoco por su parte los Capitanes Macedones; porque Parmenion tomó la ciudad de Grynio en la Eolia, y reduxo à servidumbre à todos los habitadores; y habiendo pasado el Gayco, puso Sitio à Pinate, ciudad rica è importante por los dos Puertos que tiene para recibir Tropas de la Europa; pero la llegada de Memnon le obligó à que le levantá-
Diod. 17. 16. se. Calas, que hacia la guerra en Troas con corto número de Macedones y Tropas mercenarias, presentó la batalla à los Persas, sí bien, reconociendo la inferioridad de éstas al crecido número de los enemigos, se retiró à Rheteo.

CAPITULO II.

MANIFIESTA ALEXANDRO, QUE ES PRECISO hacer guerra à los Persas.

EN tanto, Alexandro, habiendo vuelto à Macedonia, despues de haber proveído lo que convenia en las cosas de la Grecia, tubo consejo con sus mas familiares, para conferir lo que se debia executar, y huir antes de dár principio à una guer-
Diod. 17. 16. ra de esta conseqüencia. Antipatro y Parmenion, que por sus años y autoridad eran mas atendidos, le representaron: *Que no debia exponer con su persona el bien universal de todos à la incertidumbre de la fortuna, sino esperar à que tubiese succesion; con la qual, asegurada la paz y la esperanza del Estado, podria loablemente solicitar su acrecentamiento.* Y à la verdad, no
1. 9. 29. habia quedado persona alguna de la sangre de Philipo, que fue-
Comment. in Curt. 10. 7. 2. se digna de la Corona; porque los hijos de Cleopatra eran muertos por orden de Olympias, y Arideo desautorizaria el Trono por su poco talento y juicio, y por el mal credito de su madre. Pero el Rey, que llevaba con impaciencia el reposo, y solo ape-

apetecia la guerra, y el honor que esperaba adquirir de la victoria. „ Verdaderamente, (les dice) que vosotros, como Varones „ buenos y amantes de la patria, os desvelais justamente por el bien „ de ella. Que la empresa sea ardua, ¿ quién podrá negarlo ? Ni „ tampoco, que si despues de haber dado principio à ella la condena el suceso, no habrá arrepentimiento que sea suficiente à „ reparar su yerro. Por tanto, antes de desplegar las velas, de- „ bemos premeditar si nos estará mejor empeñarnos en esta jor- „ nada, ò quedarnos en el Puerto; porque entregados una vez „ à los vientos y à las hondas, yá nuestro curso depende de su „ arbitrio è inconstancia; por lo qual no llevo mal que vuestro „ dictamen se oponga al mio; antes, por el contrario, estimo „ vuestra libertad, y os ruego la conserveis, y voteis con ella en „ quanto os propusiere; siendo cierto, que ningunos Ministros „ son mas merecedores del título de amigos de su Rey, como „ los que anteponen en lo que le representan à su benevolencia „ y gracia su interés y gloria; y que no aconsejan, sino enga- „ ñan, los que persuaden lo que por sí no obrarian. Por lo que „ mira à mis intereses, haciendoos partícipes de mis designios, „ debo aseguraros, que nada me parece puede ser de mayor per- „ juicio à su prosperidad, como la lentitud y retardacion. ¿ Será „ justo, que despues de haber reprimido los Barbaros, vecinos „ de Macedonia, y sosegado todas las inquietudes de los Grie- „ gos, dexemos perder en la ociosidad y el reposo un Exército „ tan formidable; ò será mas razon, que pase à las opulentas „ tierras del Asia, poseídas en otro tiempo de su esperanza, y „ esperadas el dia de hoy de su anhelo à gozar en el despojo de „ los Persas el premio de los trabajos, que por tan dilatado tiem- Zosimus, l. 1. „ po ha tolerado en el reynado de mi padre, y tres años despues „ en el mio ? El dominio de Dario está aun en sus principios, y Curt. 6. 4. „ la muerte de Bagoas, à quien debe la Corona, dá bastante oca- 10. Diod. 17. 5. „ sion à los suyos para que le tengan por ingrato y cruél; vicios „ ambos suficientes à entibiar el amor y la obediencia de los va- „ sallos mas leales à sus Principes, y á concitar contra ellos su „ odio. ¿ Mantendrémonos por ventura en sosiego, dando tiem- „ po à que Dario establezca enteramente sus fuerzas y su poder, „ y à que despues de haber compuesto las cosas internas de su

 „ Rey-

„ Reyno, dirija sus armas contra Macedonia? Son grandes las „ recompensas que logra la diligencia y la prontitud, de quie- „ nes gozarán nuestros enemigos si permanecemos quietos; y „ no menores las conseqüencias, que resultan de las primeras im- „ presiones, que en semejantes ocasiones se hacen en los ánimos, „ y éstas las logra à favor suyo quien se anticipa. Porque à la „ verdad, no se adquiere en la quietud la honra, ni el credito „ de esforzados y valerosos; antes, por el contrario, se tiene por „ mas fuerte el que hace la guerra, que el que se halla obligado „ à sufrirla. Pero ¿con quánto riesgo de mi reputacion y de mi „ gloria burlaré yo la esperanza de los que en la juventud que „ me hallo, me han juzgado por digno del honor, que no al- „ canzó mi padre, en medio de sus grandes virtudes, y del me- „ recido credito, que logró por ellas, sino poco tiempo antes

Diod.17.16. „ de su muerte? Siendo cierto, que la Junta de los Griegos no „ nos ha concedido el mando, para que entregados en Macedo- „ nia al reposo y à los deleytes, nos olvidemos de las antiguas „ y nuevas injurias, que ha padecido la Grecia, sino para que „ castigando el atrevimiento y desprecio de haberlas causado, „ quede con la mas cumplida satisfaccion. ¿Qué diré de las Na- „ ciones Griegas, que derramadas por el Asia, padecen la ser- „ vidumbre insoportable de los Barbaros, que los oprimen? No „ os repetiré la ternura de los ruegos, ni la eficacia de las razo- „ nes con que Delio Ephesio ha abogado en su causa, pues no

Plut. *contra Coloten.* cap. 10. „ podeis dexar de tenerlos presentes. Luego que vieron nuestras „ banderas, atropellando valerosamente por todos los peligros, „ las siguieron y se expusieron à ellos à favor de sus protectores „ contra sus iniquos è inhumanos Señores; pero ¿cómo olvidan- „ do nuestro valor y la flaqueza de nuestros enemigos, detene- „ mos la consideracion à estos socorros contra pueblos tan afemi- „ nados, que de vencerlos será mayor la afrenta, que la gloria „ que nos resulte, si con lentitud lo hacemos? Habiendo pa-

Plut. *en la vida de Agesilao*, cap. 8 *y en las siguientes.* „ sado al Asia en tiempo de nuestros padres corto número de „ Lacedemonios, fue vana la resistencia que le hizo considera- „ ble número de enemigos. No pudieron evitar estos, que en- „ tráse à sangre y fuego por Phrigia, por Libia y por Paphla- „ gonia; pues siempre que intentaron oponerse à su esfuerzo,

„ que-

„ quedaron deshechos, y tomando aquellos à su salvo en su sangre y en sus vidas la satisfacion que deseaban, hasta que por „ ultimo, llamado Agesilao, por los tumultos que se levantaron „ en la Grecia, les dió tiempo para que se recobrasen de el terror en que habian quedado. Algunos años antes, retirandose „ de lo mas interior de la Persia cerca de diez mil Griegos, sin „ provisiones y sin Capitanes, abrieron por medio de los filos de „ su azero camino para volverse à su patria entre naciones tan „ enemigas; y aunque en diferentes reencuentros procuró estorvarselo aquel numeroso Exército, con que el Rey de Persia „ acababa de disputar el Reyno contra Cyro su hermano, y de „ quedar vencedor, en todos le desordenaron y pusieron en fuga. Pues ¿cómo nosotros, à quienes obedece toda la Grecia, „ sujeta por tantas victorias, como las que habemos obtenido, „ habiendo triunfado en varias batallas de sus mas célebres pueblos, de quien se compone gran parte de nuestras Tropas, tememos al Asia, quando no ha podido evitar las considerables „ pérdidas que la ha ocasionado la menor parte de los que hemos vencido?„ Hicieron tan grandes impresiones estas razones, y otras, que añadió à los de su Consejo, que se conformaron todos con su dictamen, y con especialidad Parmenion; el qual, en medio de haber insistido mas en que se difiriese la guerra, fue quien con mayor eficacia persuadió à Alexandro à que diese brevemente principio à ella. Con que atendiendose solo à esta expedicion, hizo un sacrificio à Jupiter Olympo, cerca de la ciudad de Dio en Macedonia, dispuesto por Archelao, que reynó despues de Perdicas, hijo de Alexandro: mandó, que se hiciesen por nueve dias los Juegos Scenicos en honor de las nueve Musas; y celebrados estos, tubo un espléndido banquete en tienda dispuesta magnificamente para este fin, con mesa de cien cubiertos, en que comió con sus camaradas, con sus Capitanes y con los Embaxadores de las ciudades. Ordenó tambien, que se distribuyesen por todo el Exército víctimas, y que se hiciesen quantos regocijos pudiesen contener à la celebridad de aquel dia, destinado al regocijo público, y fuesen felices auspicios de la guerra que se emprehendia.

Xenoph. *en la Retirada de los diez mil Griegos*, lib 2. *y en los siguient.*

Plut. *en la vida de Alexandro, cap.* 88.

Diod. 7 16. Arrian. 1. 4. 1. Just. 11. 5. 6. Diod. 17. 16.

CA-

CAPITULO III.

PASA A PERSIA CON SU EXERCITO: DEXA à Antipatro por Gobernador en Macedonia: Dá todo su patrimonio, sin reservar para sí mas que la esperanza: Llega en veinte dias à las riberas de el Helesponto: Descripcion de las tierras cercanas à él.

Arrian. 1. 4. 3. Plut. *cap.* 23. *y de la fortuna de Alexand.* 1. 3. Just. 11. 6. 2. Polib. 12. 10. Liv. 9. 19. 4. *y* 42. 51. 11. Frontin. 4. 2. 4. Paneg. *de Constant.* Diod. 17. 17.

DIspuestas enteramente sus Tropas, pasó Alexandro al Asia al principio de la Primavera con un Exército, mas considerable por el valor que por el número. Conducia Parmenion treinta mil Infantes, entre quienes habia trece mil Macedones, cinco mil soldados mercenarios, componiendose el resto de los que habian enviado los Aliados para esta guerra. Los Illirios, los Thraces y los Triballos seguian estas Tropas hasta en número de cinco mil hombres, y sin ellos mil Flecheros Agrianos. Philotas gobernaba la Caballeria, compuesta de mil y ochocientos Caballos, y Calas la de Thesalia; de la Grecia solo habian venido seiscientos Caballos, cuyo mando dió Alexandro à Erigio, à cuya frente estaba Casandro con novecientos Corredores Thraces y Peonienses. No dificultó Alexandro acometer con este Exército, sin mas viveres que los precisos para veinte dias, contra multitud infinita de Barbaros, fiandose en el valor de su gente, acostumbrada à obtener victorias, con quienes se mostraban por su esfuerzo y experiencias invencibles à todo genero de

Curt. 6. 9. 21. Plut. *cap.* 23. *y de la fortuna de Alexandro* 1. 3. 2. 24. Curt. 3. 2. 13. 3. 3. 27. Arrian. 14. 3. Diod. 17. 17. Curt. *lib.* 5. 1. 39.

enemigos, por grandes y numerosos que fuesen; pero ordenó antes à Antipatro, à quien dexó gobernando à Macedonia con doce mil Infantes, y mil y quinientos Caballos, que hiciese levas en la Europa para renovar sus Tropas, y tener siempre gente pronta, que reparáse las pérdidas que podian causar en su Exército los combates ò las enfermedades. Antes de desembarcarse distribuyó entre sus camaradas quanto podia darles, sin perjuicio de su gloria, y de la Magestad del Imperio, y solo reservó para sí la esperanza, como lo dió à entender, escusandose Perdicas de admitir las mercedes que le hizo; pues pregun-

tan-

tandole éste: *¿Qué dexaba para sí, si lo daba todo?* Le respondió: Que la *esperanza*; à que Perdicas le replicó inmediatamente: *Que tambien tendrian parte en ella, pues peleaban debaxo de sus banderas;* pero fueron pocos los que le imitaron, y de ellos ninguno. Preguntandole, *¿dónde tenia sus tesoros?* Respondió con razon: *Que en sus amigos.* Y à la verdad no era desacordada la distribucion que hacia de sus riquezas, pues librando al riesgo sus mas considerables intereses, las adquiria con ventajosas creces, si quedaba vencedor, y si vencido, enagenado tambien de aquellas. Con estas magnanimas liberalidades aumentó el valor de los suyos, tubo mas pronta y dispuesta su obediencia, y se concilió su amor, à cuyo impulso solicitaban con el mayor anhelo la grandeza de su fortuna; pero desapropiado de las tierras, de las heredades y de las rentas, cuyos productos no eran cobrables en algun tiempo, se halló muy cercano à quedar reducido à la ultima necesidad, no habiendo separado mas que alguna porcion de dinero para los gastos de la guerra, la qual por corta se administró mejor. Porque muerto Philipo, solo se hallaron en su erario quinientos talentos de plata en moneda, que era el valor de sus deudas, y alguna corta porcion de vasos de oro y de plata; pues aunque es cierto, que debió el Reyno de Macedonia à este Principe la grandeza y el poder en que estaba, y que se descubrieron en su tiempo ciertas minas de oro cerca de la ciudad de Crenides, à quienes hizo llamar de su nombre Philippicas, las quales le valian todos los años mil talentos, tambien lo es, que consumió su erario, asi por su liberalidad, como por las contínuas guerras que mantubo, y por los considerables gastos que hizo para reestablecer y reparar la Macedonia, la qual se hallaba en suma pobreza al principio de su Reynado, y él nada rico por sí; pues se refiere, que aun ocupando el Trono, siempre que iba à acostarse hacia poner debaxo de la almohada una copa de oro, que tenia de el peso de casi cinqüenta dragmas. Su hijo, pues, en medio de haber aumentado los empeños de su padre, con el que nuevamente hizo de ochocientos talentos, de quienes apenas le habia quedado la decima parte, mantubo la guerra contra el Rey de Persia, debaxo de cuya cabecera le ponian mientras

Just. 11. 5. 5.
Plut. cap. 23. y de la fortuna de Alexand. 1. 24.
Marc. 25. 14.
Arrian. 7. 2. 15.
Curt. 10. 2. 24.
Plut. c. 2. 3. y de la fortuna de Alexand. 1. 3. y 2. 24.
Diod. 16. 8.
Athen. 4. 14. y 6. 4.
Athen. 12. 2.

tras dormia cinco mil talentos de oro, y debaxo de cuyos pies
Arrian. 7. 2. 15. tres mil de plata. Refierese, que Alexandro partió à son de la
Plut. *cap.* 23. flauta de Timotheo, con sumo gusto de todos sus soldados, los
y de la fortuna de Alexand. 1. 3. *y* 2. 24. quales se prometian, como en seguro botin, las riquezas de los
Barbaros, contra quienes marchaban; y asi, habiendo entrado
en Strymon por un lago donde estaban sus baxeles, à quien los
Himer. *ap. Phot.* naturales llaman Cercinite, del nombre de una montaña vecina, pasó primero à Amphipoli, y de alli à la entrada de el
Strymon, à quien habiendo atravesado, tomó à vista del mon-
Just. 11. 5. 8. te el camino que vá à Abdera y à Maronea, con ánimo de se-
Arrian. 1. 4. 3. guir siempre la ribera para socorrer sus baxeles, que se andaban
Arrian. 2. 15. tierra à tierra, por si los Persas, hallandose Señores de el Mar,
Just. 11. 6. 2. intentasen acometerlos. A la verdad, la Armada de Alexandro
era inferior à la de los enemigos, los quales la tenian muy numerosa de baxeles de Chypre y de Phenicia, y con la ventaja,
Oros. 3. 16. Otto. Frising. 2. 25. que les daba su grande experiencia en las cosas marítimas; porque aunque Macedonia habia poco antes procurado apoderarse
de el dominio de el Mar, nunca pudo aumentar sus velas, respecto de la escaséz y reserva con que se las ministraban los Aliados, no habiendola contribuido los Athenienses mas que con
veinte, à persuasion de sus Oradores; los quales les representa-
Diod. 17. 23. ron, *se aseguraban asi del riesgo de que se convirtiesen contra*
Plut. *in X. orat.* 8. 9. *y* 9. 1. *ellos mismos*. De estos lugares se encaminó al rio Hebro, y habiendole pasado sin dificultad, entró en Petica, region de la
Thracia, de donde despues de haber pasado otro rio, à quien
Arrian. 1. 4. 4. llaman Melane, llegó à los veinte dias de haber partido de Macedonia à la ciudad de Seston, que mira al Helesponto, y cuya fundacion es en los ultimos terminos de la Tierra-firme, donde separa un estrecho de Mar à Asia de Europa; porque la Macedonia, unida à Thracia, tocára con Asia por medio de dos puentes, que se estienden ácia el Oriente, si el Mar no la dividiese. Está el Helesponto al lado derecho, y mas adelante el Bosphoro de Thracia, el qual separa à Bisancio de Chalcedonia la Propontide, comprehendida en estos estrechos; empieza à dilatarse hasta Bitinia, y despues la Phrygia y la Lydia à mayor distancia del Mar. Descubrense, corriendo mas adelante, regiones de admirable fertilidad, à quienes habitan pueblos

blos ricos. Ocupan las que miran à la Thracia, y à la Grecia los Helespontos, y las mas distantes los Troyanos, bien conocidos por sus infortunios. Debaxo de ellos se estienden à lo largo de las fronteras de la Lydia, la Eolia, y la Jonia; luego la Caria, que unida à la Dorida, y cercada la mayor parte del Mar, tiene por de dentro no menor circuito. Ofrecense, no distantes de estas tierras, Islas famosas, Lesbos, Chio, Samos, Rhodas y otras muchas, à quienes hicieron célebres los monumentos de los Griegos; cuyas Colonias, enviadas antiguamente de la Grecia, y de quienes se conservaban algunas aun entonces, se habian apoderado, y mantenido dueños de aquellas tierras, hasta que habiendolas sujetado los Reyes de Persia, y sus Satrapas, quedó convertida en servidumbre su antigua libertad. Luego que Alexandro llegó à Sesto, envió la mayor parte de sus Tropas à Abydo, de la otra parte de la ribera, debaxo del mando de Parmenion; y habiendolas reformado con sesenta baxeles de guerra, y otros muchos de carga, pasó con el resto à Eleunte, consagrado à Protesilao, cuyo sepulcro está debaxo de un pequeño collado de hermosos olmos, y de tan estraña particularidad como la que se observa en las hojas que brotan sus ramos; pues conservando su verdor todas, solo le pierden, y caen marchitas luego que nacen las que miran à la parte de Troya, como en memoria de la funesta aventura de este Héroe, que pasó à el Asia con los Griegos en lo mas florido de su edad, y fue la primera víctima de los Troyanos. Hizole Alexandro sacrificios funerales, y pidióle: *Permitiese su entrada con mas felices auspicios, que los que él habia tenido en la suya.* Pasó de alli con cinqüenta naos largas à Sigeo, y vió aquel Puerto, à quien hizo célebre la flota, que arribó al de los Griegos, en ocasion de la guerra de Troya. Sulcando ya por medio de las hondas del Helesponto, siendo él mismo Piloto de la nao, que le conducia, sacrificó al Toro, à Neptuno, y à las Nereidas, y arrojó al Mar, como por ofrenda à los Dioses Marinos, el vaso de oro con que habia sacrificado. Luego que arribó al Puerto, disparó un dardo à la ribera, y saltó à tierra el primero, *poniendo à los Dioses por testigos de que no pretendia apoderarse del Asia, sino por medio de una justa guerra.* Erigió despues Altares en honor de

Arrian. 1. 4. 4. Curt. 7. 1. 2. 2. 4. 13. Arrian. 1. 4. 6 Herodot. 9. 115. Pausan. *l.* 1. y 3. *Philostrat. Heroïca.*

Arrian. 1. 4. 6.

Diodor. 17. 17. Arrian. 1. 4. 7. Plin. 5. 30. 7. Mela 1. 18. Herod. 7. 54. Diodor. 17. 17. Arrian. 1. 4. 8. Just. 11. 5. 10.

Jupiter defensor, de Minerva, y de Hercules; ordenando tambien que se levantasen en el lugar donde habia descendido à tierra, y en el estrecho de donde se habia apartado de la Europa.

CAPITULO IV.

HONRA EL SEPULCRO DE ACHILES: Su marcha al Asia: Toma gran número de ciudades: Consejo de los Satrapas: Orgullo de Dario.

Strab. l. 13 Plut. c. 24 y de la Fort. de Alexandro l. 14. Ælian. Hist. Varia 9. 38.

DE esta suerte tomó su marcha por los campos, donde aun se conservaban vestigios de la antigua ciudad de Troya. Observando atentamente en ellos las memorias de tan heroycas obras, le ofreció uno de sus habitadores la lyra de Paris; à cuya promesa respondió con desprecio, *manifestando el poco caso que hacia de un flaco, vil instrumento de delicias, y la estimacion con que admitia la lyra de Achiles, con cuya harmoniosa cadencia hacia resonar las alabanzas de los grandes Héroes con la misma mano que obraba las ilustres acciones con que los excedia.*

Plut. c. 24. Arrian 1. 4. 10.

Fue tan grande el aprecio que mostró de Achiles, de quien se gloriaba descender, que corrió desnudo con todos sus favorecidos al rededor de su sepulcro, le ungió, y puso una corona. A cuya imitacion coronó tambien Ephestion el sepulcro de Patroclo, por acreditar que lograba en la gracia de Alexandro el mismo lugar, que en el de Achiles, fue una, *la felicidad de haber logrado, mientras vivió, un fiel y verdadero amigo, y despues de su muerte tan excelente Poëta, que celebráse sus esclarecidas acciones.* Hizo tambien sacrificios à los demás Héroes, cuyos sepulcros vió en esta comarca. Sacrificó à Priamo en el Altar de Jupiter Hercio, ya fuese por aplacar sus Manes, habiendole muerto Pyrrho, hijo de Achiles, ò ya por el parentesco, que creia tener con los Troyanos, por el casamiento de Neoptolomeo con Andromache, viuda de Hector. Finalmente, hizo con particular devocion sacrificio à Minerva, en cuyo Templo colgó sus armas, y tomó otras; las quales fue fama, *que se conservaban desde el tiempo de la guerra de Troya. Hacialas llevar à sus Armeros delante de su persona, como dadiva divina, para sujetar el*

Cicer. por el Poeta Archias c. 14. y en la Epistol. lib. 5. 12. Vopiscus pro Probo. Ælian. Hist. Var. 12. 7. Just. 11. 5. 12. Arrian. 1. 4. 9 Just. 17. 3 6 Strab. lib. 13 Comment. in Curt. 3. 7. 3. Plut. c. 25. Arrian. 1. 4. 2 8. y 13. Diod. 17. 18. y 21.

el Asia, y se refiere, *que se las puso quando combatió cerca del Granico contra los Satapras.* Porque demás de preciarse de tener siempre las mejores, y de poner gran cuidado en su aseo, fue mayor el que le debió la conservacion de éstas. Usaba de un pequeño escudo resplandeciente: de un morrion executado por Theophilo, y aunque de hierro, de tan gran primor, que se equivocaba con la mas fina plata. Adornabanle crecidas plumas de hermosura blanca, dispuestas en forma de penacho: la cota era de una tela reducida à muchas dobleces: el collar de hierro, pero cubierto de riquisima variedad de piedras: y la espada de un temple sin igual, cuyo precio aumentaba su ligereza, y facilidad para el manejo; sobre cuyas armas solia ponerse cierto genero de hábito militar, à quien en aquel tiempo llamaban Sayo Siciliano. Pero de muchas de ellas no usó hasta algunos años despues; porque la cota de que se ha hecho memoria, se halló entre los despojos de la batalla que presentó à Dario cerca de la ciudad de Isto, y la espada fue dadiva del Rey de los Citreos, asi como de los Rhodios la cota de armas, que Helicon famoso, y celebrado Artifice entre los Antiguos, hizo con incomparable artificio. Hame parecido referir aqui tales menudencias, en imitacion de los antiguos Historiadores, los quales no desdeñaron hacerlas lugar en sus historias, pareciendoles no dexan de producir algun fruto, ni de servir en cierta manera de satisfacion, reducir a la memoria las palabras, y acciones de los Principes, las quales no deben omitirse, por ligeras que sean. Lo cierto es, que en los siguientes se conservaron por muchos años con gran veneracion las armas de Alexandro; y que las respetó de tal suerte el tiempo, que un General de los Romanos, despues de haber sujetado los Reynos, y las Regiones del Ponto, tubo por el mayor ornamento de su triunfo la cota de armas de este Principe; y que otro, habiendo hecho fabricar una puente sobre el Mar, à imitacion de Dario, y de Xerges, hizo gran vanidad de adornarse de la cota de Alexandro. Del Templo de Minerva tomó el camino à Arisbas, donde estaban acampados los Macedones, que habia enviado delante, debaxo del mando de Parmenion. El dia siguiente, habiendo pasado à vista de Percote, y de Lampsico, siguió la ribera del

Plut. c. 25.

Plut. c. 60.

Appian. de Bellis Mithridaticis.

Diod. l. 59. Zonaras tom. 2.

Arrian. 1. 5. 16 2. 2. 23.

Arrian. 1. 5. 16

Strab. l. 13.

rio Praccio, cuyo nacimiento tiene en el monte Ida, desde donde corre entre las tierras de Lampsico, y de Abydo, y desde alli, torciendo algo ácia el Septentrion, desciende à la Propontide. De esta suerte, habiendo dexado atrás à Hermoto, pasó
Arrian. 1. 5. 17. à Colonas, ciudad de los Lampsacenos, situada à bastante distancia de la Mar; y despues de haber recibido todas estas ciudades debaxo de su obediencia, y perdonado à los Lampsacenos, despachó à Panegoro para que recibiese la ciudad de los Priapenos, cuyos habitadores estaban prontos à entregarla. En tanto, Amynthas, hijo de Arabeo, pasó à reconocer el campo con quatro Compañias de Caballos, entre las quales iba una de los Apolloniares, que mandaba Socrates, por haberse entendido, que los enemigos se hallaban cerca, y con intento de llegar à las manos. Persuadiales
Curt. 3. 4. 5. Memnon, Capitan entre ellos del primer credito en el arte militar, *à que se retirasen despues de haber talado, y destruido los*
Diodor. 17. 18. *campos, y dexadolos en estado de que no pudiesen aprovecharse de*
Arrian. 1. 5. 19. *sus frutos los enemigos; à que pusiesen fuego en las ciudades, y*
2. 3. 3. *villas, y à que por todas partes quedáse árida, y desierta la tierra; con cuyo fin les representaba la falta de viveres con que se hallaba el Exército de Macedonia, su imposibilidad de mantenerse un mes sino de robos y pillages; y que si se les quitaban las ocasiones de hacerlos, se retirarian à muy breve tiempo, logrando ellos por medio de tan corta pérdida la libertad de toda el Asia. Que aunque no podia negar, que este remedio era riguroso, tampoco que siendo tan inminente, y considerable el peligro de que estaban amenazados, pedia la prudencia se tolerasen los menores daños à precio de evitar los mayores; no de otra suerte, que lo hace el diestro Medico, quando reconociendo en un cuerpo humano el riesgo de que se dilate à todo él, desde la parte infecta, el daño,*
Comm. in Curt. 5. 9. 3. *le procura atajar por medio del hierro. Que esta resolucion no era nueva en los Persas, pues la habia practicado el Rey Dario en*
Strab. l. 13. *su tiempo, talando los mismos campos y ciudades con el fin de imposibilitar la retirada à los Scythas, intentando la misma empresa. Que considerasen el evidente peligro à que exponian el todo de sus cosas, presentando la batalla; porque arrojados los Persas de aquella Region, quedaria inmediatamente Alexandro dueño de todo, y si vencedores ellos, sin aumento, ni ganancia alguna.*

Que

Que temiesen la Phalange Macedonica, contra cuyo formidable esfuerzo sería inutil la resistencia de su Infanteria, aunque tan superior à ella en el número. Que à esto se les llegaban crecidas ventajas, que para la victoria les daba la presencia de su Rey, à cuya vista son doblados los alientos con que animados de la esperanza, è inflamados del honor y de la gloria combaten los soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallaban destituidos los Persas, sin la asistencia de Dario; y finalmente que no pudiendo ponerse en duda ser mas conveniente hacer la guerra en dominios estraños, que en los proprios, lograrian esta ventaja, si admitiendo su consejo la pasaban à Macedonia. No fue grato este dictamen à los demás Capitanes, los quales decian: *Que quanto era conveniente à los intereses de Memnon Rhodio, el qual aseguraba con la duracion de la guerra los grandes cargos, honores, y rentas de que le habia colmado el Rey, de tanta mas ignominia y riesgo à los Persas, abandonar los pueblos que se habian fiado de ellos, y contravenir à las ordenes que tenian del Rey.* El qual, sabida la partida de Alexandro de Macedonia, escribió à todos sus Gobernadores, y Capitanes, ordenandoles, que à azotes acordasen à aquel hijo de Philipo su edad y estado: le pusiesen en mayor desprecio de su temeridad una vestidura de color de púrpura, y en castigo de ella en prisiones con una cadena al cuello: que echasen à pique todos sus baxeles y marineros; y que retirasen à los mas interiores lugares del Mar Rojo sus soldados. Tan ciego y seguro del futuro suceso le tenia su soberVia, y tan olvidado de su naturaleza, y de la instabilidad de las cosas humanas, blasonando arrogante descender de Jupiter mas que por el origen, y nombre de los Persas, que deduce de la antigua fabula de Perseo hijo suyo, por la grandeza y poder en que se hallaba, con el qual presumia igualarse. Habia escrito poco antes à los Athenienses con no menor orgullo y jactancia, manifestandoles el disgusto con que estaba de que hubiesen preferido la amistad de los Macedones à la suya, y destituyendolos de la esperanza de sus socorros, y asistencias, por mas que las solicitasen.

Arrian. 1. 5. 19. Comm. *in Curt.* 3. 6. 3. Arrian. 1. 5. 19. 2. 5. 10. Arrian. 1. 5. 20. Diodor. 17. 18. Comm. *in Curt.* 3. 5. 12. Herod. 7. 150. Plat. *in Alcibiade.* Æschines *contra Ctesiph.*

CAPITULO V.

ARDID DE ALEXANDRO PARA GANAR A Memnon, Capitan de los Persas: Falso prodigio con que anima à sus soldados: Pasa el Granico: Rompe à los Persas; y premia à los suyos, asi muertos, como vivos.

COntinuando en el interin Alexandro su marcha, llegó à unas tierras, de que el Rey de Persia habia hecho merced à Memnon. Luego que lo supo dió orden para que no se hiciese daño alguno en las casas, en los habitadores, ni en los frutos, que aun se conservaban en los campos; procurando por medio de esta artificiosa blandura poner en sospecha à aquel
Polyæn. 4. 3. 15. Capitan con los enemigos, entre quienes era el unico que mere-
Curt. 3. 1. 12. cia este nombre, y à quien como tal deseaba llevarle à sí. Admirados algunos de los suyos de que usáse de esta benignidad
Themisth. *orat. 9.* con el mayor enemigo de los Macedones, le dixeron: *Que ofrecian no causarle hostilidad alguna de las que lleva consigo la guerra, mientras no le tubiesen en su poder; pero que haciendole pri-*
Strab. *l.* 13. *sionero, le habian de dar muerte.* Bien lexos de conformarse Alexandro con ellos, les respondió: *Que mas conveniente sería obligarle con beneficios, y hacer de un enemigo un amigo, que sabria serlo con la misma virtud, y valor que mostraba entonces à fa-*
Plut. *c.* 25. Arrian. 1. 5. 2. *vor de los Persas.* Llegando à los campos de Adrastea, por quienes pasa con suma rapidéz el Granico, le traxeron algunos soldados, de los que habia enviado con Hegeloco à reconocer el
Plut. *c.* 24. campo, noticia de que estaban los Persas en forma de batalla de la otra parte del rio. Detubose algun tiempo para conferir con sus Capitanes el modo de pasarle; y habiendolos junta-
Curt. 4. 9. 22. Plut. *c.* 24. do, fue la mayor parte de sentir: *Que era muy temeraria empresa la de intentar pasar un rio tan rápido, y profundo, cuya ribera hacian igualmente impenetrable sus caudalosas hondas, que el formidable Exército que se ofrecia à su oposito, compuesto de numerosa Caballeria, è Infanteria.* Ni faltaron algunos que advirtieron: *Estaban en el mes Decio, que corresponde al de Junio*; *el qual entre los Athenienses habia sido siempre infeliz à quantos em-*

emprehendieron en él algun designio. Aunque despreciaba Alexandro el peligro, no le dexó de dar algun cuidado esta superstición, sabiendo la poderosa impresion, que hace un vano escrupulo de religion en genios rudos è ignorantes; y asi, deseoso de asegurar aquellos amedrentados ánimos, dió orden para que de alli adelante se llamáse este infausto mes como el precedente Artemisio, y à Aristandro; el qual sacrificaba entonces, para que *formáse, con cierto licor, en la mano con que habia de tomar las entrañas de la víctima, letras al rebés, que declarasen concedian los Dioses à Alexandro la victoria, para que impresas estas en el higado caliente de la víctima, se pudiesen leer al derecho.* Executado asi, y divulgado por el Exército este prodigio, fueron tan grandes los alientos, y esperanzas que cobraron todos, que decian à gritos, no tenian que temer, habiendo reconocido tan visibles testimonios de la proteccion de los Dioses. Persuadida asi la gente de Alexandro con este ardid à la felicidad del futuro suceso, se apresuraban à obtener la victoria, que creian ya suya. Y si bien procuró Parmenion, que difiriese el Rey el tránsito al dia siguiente, por haberse pasado la mayor parte de aquel, tubo por mejor no malograr el ardor que reconocia en sus Tropas, à quienes hizo pasar inmediatamente, *respondiendo à Parmenion, que se sonrojarian las hondas del Helesponto, si despues de haberlas sulcado, los detenian las aguas de tan corto arroyo.* Pasaron, pues, con el Rey, à pesar de su rapidéz, trece Compañias de Caballeria; si bien antes de tomar tierra firme, y de poner en ordenanza la gente, que mientras el tránsito la habia perdido, y apretó vivamente por todas partes la Caballeria de los Persas. Los quales, despreciado el consejo de Memnon, por haber declarado Arsitas, Satrapa de la Phrigia, no se consentiria se quemáse la menor cabaña de la jurisdiccion de su gobierno; y seguido este de todos, resolvieron pelear, con cuyo fin se habian acampado en la ribera del Granico con cien mil Infantes, y veinte mil Caballos, teniendo por cierto les serviria de trinchera este rio, y que por su medio cerrarian con su facilidad el paso à Alexandro, dexando burlados los intentos de su entrada en el Asia; y asi luego que tubieron noticia de su venida, dispusieron su Caba-

Scaliger. de Emendat. tempor. l. 1.

Front. Stratag. 1. 11. 14.

Plut. c. 25. Arrian. 1. 5. 3. Diod. 17. 19.

2. 4. 24. Arrian. 1. 4. 20.

Diod. 17. 19. Just. 11. 6. 10. Plut. c. 24. Diod. 17. 19. Arrian. 1. 5. 15.

balleria, en que consistian sus mayores fuerzas en esta orden. Memnon con sus hijos, y Arsanes Persa, se oponian al ala derecha de los Macedones, en la qual estaba el Rey, porque la siniestra la habia encomendado à Parmenion. Arsites se hallaba por la misma parte que Memnon con la Caballeria auxiliar de los Paphlagones, Spitridates, hierno de el Rey, en la retaguardia; el Satrapa de la Phrigia y Jonia, acompañado de Rhesaces su hermano, mandaba la Caballeria de los Hircanos. Dos mil Medicos y Bactrianos seguian à Rheomithres en el Batallon de la parte diestra. Pharnaces, hermano de la Reyna, Arbupales, Artaxerxes nieto de Dario, y Bythrobarzanes, Gobernador de Capadocia, tenian el mando de la batalla; asi como Niphates, Pennates, con Arsaces y Athycias el de la Caballeria de várias Naciones. Estas Tropas, pues, que por el número, y por la calidad del lugar eran las mas fuertes, apretaban reciamente al enemigo; el combate y el peligro eran grandes, y especialmente por la parte en que estaba el Rey, contra quien cargaban todos, respecto de señalarse mas en las armas, en las acciones, y en las ordenes que daba. Tocóle por la falta de el arnés un dardo en el mayor ardor del combate, aunque no le penetró; pero acometido al mismo tiempo por Rhesaces y por Spithridates, ambos de los mas valerosos Capitanes enemigos, se halló en peligro de perder la vida. Porque despues de haber roto la lanza en las Coracas de Spithridates, metiendo mano à la espada, un hermano de este Capitan descargó tan gran golpe de cimitarra, que le derribó la cimera del morrion, y una parte de el penacho, penetrando el corte hasta los cabellos; y sin duda hubiera asegundado otro, à que se disponia por la rotura de el morrion, que descubria parte de la cabeza de Alexandro, à no haberlo embarazado Clito; el qual, viendo el peligro en que se hallaba el Rey, partió colérico, y de un golpe de hacha derribó el brazo, y la cimitarra de aquel barbaro, à cuyo tiempo cayó muerto à manos de Alexandro Spithridates. Sin embargo no descaecieron en el esfuerzo los Persas, hasta que huyó la Caballeria, atemorizada con la pérdida de sus Capitanes, y con la cercania de la Phalange de los Macedones, la qual habia pasado ya el rio.

Diod. 17. 20. y 21. Arrian. 1. 4. 18. Diod. 17. 19. Arrian. 1. 4. 18. 1. 5. 15. 2. 2. 3. 37. Diodor. 17. 21.

Arrian. 1. 5. 10. Plut. c. 25.

Diod. 17. 20. Arrian. 1. 5. 20. Plut. c. 25.

Curt. 8. 1. 41. Arrian. 4. 2. 8. Diod. 17. 21. Plut. c. 26.

No

No fue mas feliz la resistencia que hizo su Infanteria, porque asegurada en la Caballeria, à quien juzgaba por suficiente para que triunfáse de los enemigos, atendia, mas que al peligro, al robo y à la presa; con que embargados de la turbacion y del susto à que los reduxo tan inesperado suceso, sirvieron al Exército de Alexandro mas que de opósito, de mortandad y estrago. Con todo las Tropas estrangeras, que mandaba Omares, paradas de una eminencia, se defendieron esforzadamente, no habiendo podido rendirlas, ni reducirlas à admitir condiciones algunas. Por lo qual costó mas sangre, y pérdida à los Macedones este combate, que el de la Caballeria. En el qual el mismo Rey, que estaba à la frente de los suyos, se vió en tan gran peligro, como el de caer muerto debaxo de él su caballo de una estocada, que le atravesó de parte à parte. Finalmente, irritado Alexandro de que se le disputáse por tan dilatado espacio la victoria, los cercó con la Caballeria, y con la Phalange, è hizo en ellos tan gran destrozo, que solo se libraron de él dos mil, que se rindieron. Murieron de los enemigos entre todos veinte mil Infantes, y dos mil Caballos, reduciendose al mismo número el de los prisioneros, de quienes se salvaron pocos; y de los Capitanes, por medio de la fuga solo Memnon, Arsaces, Rheomithres, y Atizias; todos los demás rindieron gloriosamente la vida al rigor de las heridas; y Arsitas, luego que llegó à Phrigia, avergonzado, y arrepentido de haber sido causa de este estrago, se dió con sus proprias manos muerte. De la parte de Alexandro fueron pocos los que quedaron en este combate, porque de la Infanteria no pasaron de treinta, y de la Caballeria de setenta y cinco; aunque los mas esforzados de sus Tropas. Para que conociese, pues, el Mundo, que en una y otra fortuna premiaba la virtud y el valor con los honores y mercedes, que le son debidos, enriqueció à los suyos con el despojo de los Persas: ordenó se hiciesen magníficos funerales à los muertos: que se enterrasen con sus armas, y con los demás ornamentos militares; y dió por libres à sus padres, y à sus hijos de todo género de tributos. Hizo curar los heridos con particular cuidado: visitábalos de tienda en tienda,

Arrian. 1. 5. 25.
Plut. c. 26.
Arrian. 1. 5. 24.
Diod. 16. 21.
Plut. c. 26.
Arrian. 1. 1. 17.
Arrian. 1. 5. 25.
Just. 11. 6. 13.
Diod. 17. 21.
Arrian. 1. 5. 17.

sin defraudar de esta honra aun al mas desvalido: consolaba à unos con mercedes, y honraba à otros con alabanzas y ofertas; cuya humanidad, y clemencia le grangeó la obediencia y el amor de todos, y que con generoso reconocimiento expusiesen en lo venidero, à porfia, sus vidas en obsequio y servicio de un Rey, cuya atencion, y desvelo no permitia, que viviesen los suyos necesitados, ni que muertos quedasen sin honra. Hizola muy particular à la memoria de veinte y cinco soldados de à caballo, los quales combatiendo valerosamente en un pues-
Val. Max. 8. 11. 1. 2. 13. Plut. c. 26. Arrian. 1. 5. 26. to desigual, fueron oprimidos de la muchedumbre de los Persas, mandando se perpetuáse en estatuas de bronce, sin permitir fuesen de otra mano, que de la de Lysipo, el mas primoroso artífice que entonces se conocia, las quales se fixaron en Dio ciudad de Macedonia, de donde muchos años despues las trasladó à Roma Quinto Metello, habiendo arruinado aquel
Liv. 44. 7. 2. Vell. 1. 11. 4. Plin. 34. 8. 20. Arrian. 1. 5. 13. Reyno. Debióse la mayor gloria de esta victoria al Rey, el qual ordenó con gran destreza sus Tropas, à quienes, observado el terreno, las conduxo torcidas por el rio, para que no pudiesen cargar en ellas los Persas luego que tomasen tierra; y reconociendolas turbadas y perdidas de ánimo, las infundió nuevos espíritus al aliento de las persuasiones con que
Polyæn. 4. 3. 16. 4. 3. 8. Diod. 17. 21. les exortó *à que acometiesen à los enemigos con el mismo valor de que habian dado tantas experiencias hasta entonces.* Ni obró menos que en los suyos el eficáz esfuerzo de su espíritu y de su voz, en los enemigos la diestra valentia de su brazo, à cuya vibrada lanza rindieron muchos la vida, y muchos à los acerados cortes de su espada; siendo los primeros que abrieron el camino à la fuga, los que lo fueron à acometerle. Su resolucion, quanto antes pareció arrojada y temeraria, tanto la acreditó despues el suceso de advertida y conveniente; porque habiendo de combatir los suyos contra un
Diod. 17. 21. enemigo nuevo, y tan ventajoso en el número, quiso contrapesar esta desigualdad, fortaleciendolos con la poderosa arma de la desesperacion, para que cerrandoles el rio el camino de la fuga, fuese la victoria el único recurso à la esperanza de
Liv. 9. 19. 4. su remedio. Señalaronse tambien este dia, con gran gloria suya,
Diod. 16. 4. 17. 21. los Thesalos, en quienes consistia toda la fuerza de la Caballeria,

ria, sin que de los demás faltáse alguno al cumplimiento de su obligacion; sí bien con grandes ventajas la Caballeria, à quien se debió enteramente la victoria, habiendo retrocedido la Infanteria. Por lo que miraba à los enemigos, mandó tambien Alexandro dar sepultura à los Señores mas principales entre los Persas, y à todos los Griegos que servian à sueldo suyo; pero que los prisioneros pasasen à Macedonia, por haber contravenido à Arrian. l. 1. 29. la comun resolucion de los Griegos, empleando sus armas en servicio de los Barbaros contra su patria, cuyo orden exceptuó à Plut. *en las Apopth.* cap. 40. los Thebanos, à quienes llevó, mas que el proprio gusto, la necesidad de verse sin tierras en que hacer asiento y retirada, por la pérdida y destruccion de su ciudad. Executado esto, envió al Templo de Minerva, en Athenas, trescientos escudos que hizo escoger de los despojos de la batalla, con esta inscripcion: *Alexandro, hijo de Philipo, y todos los Griegos, excepto los Lacedemonios, han obtenido este triunfo de los Barbaros del Asia.* Arrian. l. 1. 30. Plut. *cap.* 26. En cuya accion miró à asegurar para otras ocasiones el afecto de los Griegos, haciendoles partícipes de esta glória, y à castigar à los Lacedemonios, excluyendolos de el honor de ella, por el atrevimiento y desacato de separarse de el cuerpo de la Grecia. Ni le permitió el amor y atencion que tubo à su madre siempre, dexáse de darla parte de la presa, de quien la envió casi todos los vasos de oro y plata, todos los paños de púrpura, y quanto le pareció digno de su persona. Curt. 10. 5. Plut. *cap.* 26.

CAPITULO VI.

SU ACCION DE GRACIAS A LA DIOSA Minerva: Recibe muchos pueblos debaxo de su obediencia, sin imponerles nuevos tributos: Entregasele la ciudad de Sardis: Descubre las solicitudes de Demosthenes contra su persona: Procura ganar à Phocion: Toma à Epheso, donde forma República, y hace lo mismo en las demás ciudades: Su grande estimacion à Apeles.

HAbiendo vuelto Alexandro despues de esta batalla à Troya, dió gracias à la Diosa de haberle favorecido en Strab. *lib.* 13. 1. 4. 5. guerra tan peligrosa con la felicidad de sus presagios, y forta-

Diod.17.17. lecido con el resguardo y defensa de sus armas. Lo cierto es, que quando pasó el Helesponto, y llegó à Troya, como hemos referido, halló una estatua à caballo de Ariobarzanes, Satrapa antiguo de Persia, derribada, y que atribuyendo Aristrando à mysterioso prodigio lo que pudo ser casual accidente, predixo de él à Alexandro muy ilustre victoria de un combate de Caballeria; *mayormente si peleaba no lexos de la Phrygia, y que moriria à sus manos un gran Cabo de los enemigos.* Y que no fue contrario al anuncio del Adivino el suceso; antes bien confir-
2. 5. 16. macion de él la muerte de Spithridates. En cuyo reconocimien-
Strab. *lib.*13. to dispuso con gran cuidado las ofrendas y presentes para aquel Templo, è hizo à Troya ciudad, aunque entonces solo conservaba la apariencia de una corta villa; pero para que correspondiese à este authorizado título la sumptuosidad y magnificencia de sus edificios, fió este cuidado de personas de su confianza, à
Diod. 18. 4. cuyo fin la dió por libre de todo genero de tributos. Y advirtiendo la cortedad de el Templo de la Diosa y de su culto, resolvió, en reverencia de la santidad del lugar, que se labráse uno de la magnitud y ostentacion que pedia. Cuyos intentos atrasaron por entonces los de sus grandes empresas, è imposibilitó despues su muerte, y el descuido de sus succesores. Abrió, pues, esta victoria tan enteramente el paso à Alexandro para el mayor progreso de sus conquistas en toda el Asia, por la parte
1. 10. 22. de el Euphrates, y del monte Tauro, que absortos los pueblos
Strab. *l.* 13. de tan inopinado suceso, habiendo perdido todas sus Tropas, y enteramente sus Capitanes, no discurrian ya otro recurso, para la esperanza de su remedio, que la benignidad del vencedor, procurando merecersela con la prontitud de su rendimiento y
Arrian. 1. 6. obediencia. Hizo merced à Calas, que conducia à los Thesalos, del gobierno de la Phrygia, à quien dexó Arsites sin defensa con su voluntaria muerte. Descendió la mayor parte de los que habitaban las montañas, y se entregó con quanto poseía al Rey;
1. 1. 5. 8. el qual los admitió à su proteccion, y volvió à enviar à sus casas: perdonó à los Zelitas, por estar asegurado, de que à pesar suyo, les obligaron los Persas à tomar las armas contra él, sin pretender de todos estos pueblos mas tributo, que el que solian pagar à Dario, cuyo estilo observó tan inviolablemente con las de-

demás Naciones del Asia, à quienes reduxo, como quien sabía quanto mas expuesto está siempre al odio el dominio estraño, por suave que sea, que el natural, y que es intolerable quando se aumentan con nuevas imposiciones las antiguas cargas. Cuyo conocimiento le obligó à responder à los que le persuadian podia imponer mayores tributos en tan vasto Imperio: *Que no tenia por buen jardinero al que arrancaba de raíz las plantas, cuyas hojas solo se debian cortar*. Luego que supo que los Persas tenian Guarnicion en Dascyleo, envió à Parmenion; al qual, retirada ésta con la noticia de la llegada de los Macedones, le recibieron en ella sin la menor dificultad sus habitadores. Tomó Alexandro la vuelta de Sardis, capital de todas las demás ciudades, à quienes los Reyes de Persia habian puesto debaxo de la jurisdicion de los Gobernadores de las provincias vecinas al Mar. Hallandose distante de ella setenta estadios Mithrenes, de quien Dario habia fiado la ciudadela, le salió à recibir con los principales de la ciudad, y compró à precio de el dinero, que en aquella se guardaba, y entregó la libertad de una y otra. Habiendolos admitido benignamente, pasó ácia el rio Hermo, que dista de Sardis casi veinte estadios, donde acampado envió luego à Amyntas, hijo de Andromene, à que se apoderáse de una fortaleza, situada sobre una montaña, cuya entrada era por todas partes dificil, y capáz de que resistiesen facilmente los que la ocupaban las mayores fuerzas, aun quando no se halláse tan bien asegurada, como lo estaba, de una prodigiosa muralla, y de tres fortificaciones. Regocijandose, pues, el Rey de la felicidad de su fortuna, y de habersele reducido sin la costa del dilatado Sitio, que temía, resolvió, entre las grandezas que ideaba su magnanimidad, hacer labrar en este lugar un Templo à Jupiter Olimpo; y discurriendo en su mas conveniente situacion, sobrevino tan recia tempestad, que llenando de agua gran parte de la fortaleza en que tubieron antiguamente su palacio los Reyes de Lidia, quedó persuadido à que habian manifestado con lo misterioso de este suceso los Dioses, era voluntad suya que la situacion del Templo fuese en aquel lugar. Hizo despues merced del gobierno de la fortaleza, con algunas Tropas de Argivos, à Pausanias, uno de sus mas favorecidos; y en-

Curt. 6. 3. 10.

Hyppol. à Collibus Princeps, c. 33. *ex Maxim. Tyrio.*

Arrian. 1. 6. 2.

Plut. *cap.* 27.
Pausan. *l.* 3.
Arrian. 1. 6. 3.

Diod. 17. 21.
Arrian. 1. 6. 4.

envió el resto de las de los Aliados con Calas y Alexandro, hijo de Europa, al gobierno de Memnon. Puso à Asandro, hijo de Philotas, en la Lidia, con Jurisdicion que se estendia hasta las Fronteras de el gobierno de Spithridates; y dió toda la Caballeria, que creyó necesaria, con algunas Compañias armadas ligeramente. Conservó à los Lidios sus leyes y privilegios; y reconociendo la veneracion de los de Sardis à Diana, à quien llamaban *Coloenes*, concedió al Templo el derecho de el Asylo.
Strab. *l.* 13. Tacit. 3. 63. 4. Curt. 5. 8. 9. Curt. *lib.* 5. 1. 44. Arrian. 3. 3 17. Diod. 17. 64. Hizo considerables honras à Mithrenes, à quien por entonces dexó cerca de su persona con grande estimacion y esperanza de que le llevase à los demás su exemplo, à cuyo fin le dió despues el gobierno de Armenia. Habiendo hallado en la fortaleza de Sardis ciertos papeles, de quienes constaban las excesivas sumas que habian empleado los Satrapas para obligar à los Griegos à que tomasen las armas contra los Macedones, vió tambien en ellos las porciones de plata y oro que habian enviado à Demosthenes, cuyas cartas estaban entre ellos. Pero tubo por mas conveniente disimular esta quexa, que pudiera hacer contra los Athenienses hallandose en paz con ellos, y procurar con la mayor presteza y diligencia asegurar à Athenas su obediencia, contra la eloqüencia de Demosthenes, por recelar turbarse con sus alteraciones la quietud de toda la Grecia. Ninguno le pareció mas proporcionado al lógro de este intento, que Phocion, cuya inculpable vida era sin igual, y cuya virtud hacía honrosa su pobreza. Estimabale de suerte, no solo por lo necesario que le juzgaba en su servicio, sino por lo que se grangeaba la integridad y rectitud de sus costumbres, que en medio de haber quedado tan sobervio, despues de la rota de Dario, que no se dignaba de poner en las cartas que escribia la palabra *Salud*, concedió algunas veces esta honra à Antipatro y à Phocion. Hizole Alexandro merced de cien talentos, y la de que eligiese una de estas quatro ciudades de el Asia, Chio, Elea, Alilasa y Gergetho, entre quienes ponen algunos à Patara, en lugar de la ultima. Pero no admitió alguna de estas honras su moderacion, contentandose solo, porque no pareciese que sobervio hacia menos aprecio del que debia à la generosidad de tan gran Principe: *Con pedirle la libertad de Echecratides Sophista, de Anthenedoro*

Plut. *en la vida de Demosth. c.* 28.

Plut. *en la vida de Phocion, c.* 22.

Ælian. *Hist. var.* 1. 25.

Plut. *en la vida de Phocion, c.* 24. Ælian. 1. 25.

ro Imbrio, de Demarato y Sparton Rhodios; los quales quedaron prisioneros en la ciudadela de Sardis. Pero esto no acaeció sino despues. Tomó entonces la vuelta de Epheso, à quien habia desamparado la Guarnicion à la fama de la rota de los Persas, retirandose à dos galeras de Ephesios, y con ellos Aminthas, hijo de Antiocho; el qual se ausentó de Macedonia sin mas causa Arrian. 1. 6. 6.
que la de temer al Rey, y creer le tubiese igual aborrecimiento al que le profesaba él, midiendo por su genio el de el Principe. Curt. 3. 11. 18.
Al quarto dia de haber partido Alexandro de Sardis hizo su entrada en Epheso: restituyó à ella à los que se hallaban desterrados por la authoridad de pocos: hizo donacion de la ciudad Arrian. 1. 6. 7.
al pueblo, y reduxo su gobierno al de República. Gozoso el pueblo de la libertad, que por tan dilatado tiempo habia deseado, pidió se castigasen à los que llevaron allí à Memnon; à los que robaron el Templo de Diana; à los que quitaron la estatua de Philipo; y que se derribáse el monumento que se erigió en la plaza à Heropitho, como à libertador de la ciudad. En cuya execucion sacaron violentamente del Templo, donde se habian acogido, à Pelagon, à Sirphax su hermano y à sus primos; los quales murieron apedreados, y sin duda se hubiera estendido à mas el furor de la multitud, à no haberlo prohibido Alexandro, y mandadoles remitiesen al olvido sus quexas y venganzas; escusando por este medio à los mas poderosos y ricos de la ciudad los desacatos y peligros, que hubieran padecido su authoridad y bienes, estando expuestos, con el pretexto de un delito cierto ò supuesto, al desenfrenado odio y avaricia del pueblo. Habiendo despachado en tanto los Magnetes y Trallianos, Embaxadores al Rey, ofreciendole su obediencia, dió orden à Parme- 2. 7. 9.
nion para que pasáse con cinco mil Infantes y doscientos Caballos à admitirlos, y à Alcimale para que partiese con iguales Tropas à los contornos de las ciudades de Eolia y Ionia, que estaban en la obediencia de los Persas: mandó à uno y à otro, que depuestos de aquellos gobiernos, los pocos que le tenian, estableciese el estado popular en todas; por haber reconocido, Plin. 35. 10. 25. 1. 2. 13.
que sin mas causa, que la de asegurarse del recelo en que los puso la inclinacion que le mostraban aquellos, habian puesto en ellos tyranos, que los mantubiesen en opresion y servidumbre.

De-

Detubose algunos dias Alexandro en Epheso para desahogar el ánimo de las contínuas fatigas à que lo aplicaba: era en él su mayor divertimiento asistir de ordinario al obrador de Apeles,
Ælian. *Hist. var.* 12. 34. à quien solo permitió le retratáse, por el gran primor con que lo hacía. Llegó à merecerle tan singular afecto este insigne Pintor, que viendole el Rey rendido à la hermosura de Pancasta, natural de Larisa (ciudad de las mejores de Thesalia) una de sus primeras Concubinas, y entre todas, à quien con mayor fineza amaba Alexandro, no menos que por su estremada belleza, por haber sido el primer empleo de su cariño, desistió de su amor,
Plin. 35. 10. 25. entregandosela. Aunque es fama, que habiendo tratado Alexandro, mientras estubo en la oficina de Apeles, de aquel Arte, con tan corto conocimiento, que se vió precisado éste à interrumpirle con cierto donayre picante, no me he de persuadir à que faltáse al decoro y veneracion que debia à la grandeza de tal
Ælian. *Hist. var.* 2. 3. Rey, un Pintor tan poco inadvertido como Apeles; fuera de que habiendo aprendido Alexandro en su juventud las Artes Liberales, y no pudiendo dexar de tener bastante noticia de aquella, no es creible que lo que dixese acerca de él, fuese tan desacertado, que obligáse à Apeles à aquel desacato. Siendo, sin duda,
Plu. *de Anim. tranq.* c. 21. mas verisimil lo que refieren otros; y es, haberle sucedido esto con cierto Sacerdote de los que asistian al Templo consagrado à Diana en aquella ciudad, y llamaban Megabizos, à quien afir-
Ælian. *Hist. var.* 2. 2. Strab. *lib.* 14. Quintil. 5. 12. Plin. 35. 10. 34. y 35. 11. 14. man, dixo: *Que asi como hasta entonces su silencio, y el oro y la púrpura, que le habian grangeado credito con los ignorantes, luego que le oyeron sus desaciertos el desprecio que por ellos merecia, aun de los mismos aprendices.* Reedificaban entonces los Ephesios con grande aplicacion y dispendio el famoso Templo de Diana, en quien hizo considerable estrago la boracidad del fuego, que (como dexamos dicho) introduxo en él el frenético furor de Herostrato. Favoreció Alexandro su zelo, contribuyendo con quanto pudo à su prosecucion y brevedad; para la qual le aplicó los tributos que antes pagaban à los Persas, y confirmó el derecho del Asylo; el qual supo habian conservado antiguamente Bacho y Hercules: y concedió à este lugar un
Laërt. *in Xenoph.* 1. 1. 24. Arrian. 1. 6. 7. estadio mas de circuito para su extension. Habiendo algunos años despues reducido enteramente à su obediencia el Asia, soli-

licitó de los Ephesios pusiesen, acabado el Templo, en la inscripcion de él su nombre, ofreciendo pagaria en remuneracion de este honor todos los gastos que habian hecho en su reedificacion, y que se obligaria à contribuir al Artifice con quanto fuese necesario para este efecto. Hallabanse bien lexos los Ephesios de complacerle en tal intento; sí bien, considerando el peligro à que se exponian de negarselo sin alguna escusa decente, recurrió la destreza del Embaxador que eligieron para responderle, de el medio de la lisonja, sabiendo quan poderosa era en este Principe, y la facilidad con que se dexaba llevar de ella. Y asi le representó: *Quan impropio sería de la soberanía y divinidad en que se hallaba, que ofreciese à los Dioses, con quienes se igualaba, lo que reverentes les consagraban solos los hombres, por la suma distancia que reconocian de su naturaleza mortal à la divina de aquellos.* Tal fue la contienda que excitó entre tan gran Rey, y esta ciudad el deseo de gloria; sí bien la obtubieron los Ephesios, desestimando la reintegracion de tan considerables sumas, à precio de lograrla, y de no enagenar la inscripcion de este Templo; cuyos crecidos gastos en su reedificacion, se pueden colegir de la suma à que les llegó solo una pintura que le dedicaron, pues pagaron por ella veinte talentos de oro. Representaba à Alexandro con un rayo en la mano, en cuya execucion usó Apeles de tan inimitable artificio, que solo empleó en ella quatro colores, para que con esta singularidad saliese mas digna de la admiracion de los primeros Artifices en aquella profesion.

Tacit. 3. 61. 3. Paus. lib. 7. Strab. lib. 14.

Plin. 35. 10. 35.

CAPITULO VII.

ORDENASELE EN SUEÑOS, QUE EDIFIQUE una ciudad à los Smyrnos: Intenta cortar el Isthmo, que está entre Clasomene y Theos: Junta à Clasomene con la Tierra-firme: Sitia, y toma à Mileto, y concede libertad à los habitadores: Prodigio acaecido en el Templo, intentando robarle unos soldados: Inclinacion de un Delphin à un niño.

ADvirtiendo Alexandro en un sueño restituyese à los Smyrnos à su antiguo explendor, lo hizo por este mismo tiempo, despues de haber habitado estos de villa en villa por espacio de quatrocientos años, desde la destrucion de la antigua Smyrna por las armas de los Lydios, hasta entonces, que dispuso su nueva fundacion, casi à veinte estadios de el lugar donde estaba situada la antigua ciudad. Solia divertirse con el exercicio de la caza, quando la gravedad de los negocios le permitia algunas treguas. Rendido, pues, cierto dia de la fatiga de ella, y embargado de el sueño à las faldas de el monte Pago, le pareció que la Diosa Nemesis, cuyo Templo estaba à corta distancia de allí, *le ordenaba edificáse una ciudad en el mismo lugar, y la diese por habitadores à los Smyrnos.* Confirmó esta declaracion la respuesta, que consultandole, dió el Oráculo de Apolo Clario à los Smyrnos, à quienes ofreció: *Tendria feliz suceso la mudanza de su habitacion.* Con que se levantaron por orden del Rey los cimientos para la nueva ciudad, de cuya ultima perfeccion se llevó Antigono la gloria, habiendo pasado, por merced de Alexandro, algunos años despues al gobierno de Lydia, Phrygia y de otras Regiones vecinas. Habitan los Clamenios el golfo de Smyrna, ácia la parte en que estrechandose mas la tierra, queda à manera de Peninsula, uniendo al continente las tierras que corren casi sesenta estadios al Mar. Ofrecese en la opuesta ribera del Isthmo Theos, que mira de frente à los Clasimenios, y à lo ultimo de la Peninsula la ciudad de Erythra, bien célebre aun en este tiempo, por la singular virtud

Strab. *lib.* 14. Plut. *c.* 39.
Paus. *lib.* 7.
Strab. *lib.* 14. Curt. 4. 4. 35.
Arrian. 1. 8. 17. Plin. 5. 29. 21. Strab *lib.* 14. Paus. *lib.* 7.

tud de aquellas ilustres mugeres, que predixeron los futuros sucesos. Descubre por todas partes el Mar la elevada eminencia de el monte de Minas, cercano à esta ciudad; el qual, mirando à la Isla de Chio, y declinando poco à poco, termína en un llano à corta distancia de la situacion de los Claromenios. Habiendo observado Alexandro la naturaleza y disposicion de este parage, resolvió cortarle, y separarle de la Tierra-firme, para cerrar à Erythra y Minas con el Mar, y unir uno y otro golfo. Refiere se fue esta la unica ocasion en que no correspondió el suceso à los intentos de este Principe, y que quiso manifestar en ella la fortuna, que habiendole favorecido en todos los demás designios, no era gloria suya que Alexandro emprehendiese lo que por inutil è infructuoso no se la pudiese dar dignamente: fuera de que estaba recibido, como punto de Religion, no ser concedido à algun mortal mudar la forma y disposicion que dió la naturaleza à la tierra, confirmandolos en este concepto el continuado malógro con que quedaron siempre burlados semejantes intentos. Sin embargo, juntó à Claremonia con la Tierra firme, por medio de un dique de dos estadios, que antiguamente habian pasado à una Isla, temerosos de los Persas; pero llevandole la atencion mayores empresas, dexó al cuidado de los Gobernadores que puso en aquellos lugares, la perfeccion de este trabajo; y despues de haber hecho grandes y sumptuosos sacrificios en honor de la Diosa, y exercitado sus Tropas, tomó al dia siguiente la vuelta de Mileto, llevando consigo la Caballeria de los Traces, y quatro Compañias de Caballos de sus mas favorecidos, entre quienes iba la Real con su Infanteria, movido de la esperanza que Hegesistrato, Capitan de la guarnicion, le habia dado de que se le entregaria la ciudad, aunque por entonces le salió vana, respecto de que habiendo entendido no estaba lexos la Armada de los Persas, mudaron de resolucion sus habitadores, animandose à conservarla en la devocion de Dario. Hallabase bien abastecida de víveres, y de todo lo necesario para resistir un Sitio, por medio del considerable número de gente de guerra que tenia, por haber dexado Memnon, quando se retiró à ella, despues de la batalla, muchos de los suyos, y fortificado la guarnicion. Habiendo llegado allí Alexandro con su

Ælian. *Hist. var.* 5. 27.
Plin. 5. 29. 21.
Pausan. *l.* 2.
Herod. 1. 174.
Plin. 4. 4. 4.
Plin. 5. 29. 22.
Arrian. 1. 6. 11. 2. 6. 25.
Arrian. 1. 6. 2.
Diod. 17. 22.
Arrian. 1. 6. 12.

 Exér-

Exército en ordenanza, y sin algun estruendo, tomó la ciudad que ellos llamaban de fuera, y habian desamparado los habitadores y los soldados, retirandose à la de dentro, por no dividir sus fuerzas, esperanzados en la brevedad de el socorro; pero habiendo arribado la Armada de los Lacedemonios, mandada por Nicanor, el qual se apoderó inmediatamente de la Isla de Lades, que está sobre Mileto, quedó burlada su esperanza, mayormente quando pasando debaxo del Promontorio de Micale entró en el mismo puerto de los Milesios. No la hizo resistencia alguna la de los Barbaros, enmedio de hallarse superior à la de Nicanor en el número de la gente y de los baxeles, pues se componia de quatrocientos, y aquella solo de ciento y sesenta. Destituidos, pues, los Milesios de la esperanza del socorro à vista de aquel desengaño, despacharon à Glaucippo, persona de la primera suposicion en la ciudad, para que en nombre suyo pidiese à Alexandro permitiese que la ciudad y puerto de Mileto fuesen comunes à Macedones y Persas; pero solo pudo conseguir de el Rey la aspera respuesta, *de que no habia pasado al Asia para esperar los Dominios que le quisiesen dár, sino para hacer distribucion de ellos à su arbitrio; y que asi se resolviesen, ò à fiar de él el mejor logro de su fortuna, ò à disponerse à disputarle con las armas el dia siguiente.* Habiendo elegido lo ultimo, resistieron valerosamente los primeros asaltos de los Macedones, de quienes quedaron muertos algunos, y entre ellos dos hijos de Helanica, Ama que habia sido de Alexandro, y hermana de Clito; el qual libró (como dexamos dicho) al Rey, con gran gloria suya, del peligro que corria su vida; pero encendidos estos de la cólera y del despique, habiendo apretado con sus máquinas, y derribado gran parte de las murallas de la ciudad, se disponian à entrarla, à tiempo que reconociendo los enemigos en el puerto los baxeles de los Macedones, y teniendose por perdidos, se arrojó al Mar una parte de ellos sobre sus escudos, para pasar à nado à una pequeña Isla cercana à la ciudad; cuyo intento les salió vano, asi à ellos, como à los demás, que apoderados de las barcas, procuraban librarse en ellas, por haberlos cogido los enemigos à la entrada del puerto. Tomada asi esta ciudad, envió Alexandro contra los

Herod. 6. 7. Strab. *lib* 14. — Arrian. 1. 6. 22. — Senec. *epist.* 53. 10. — Arrian. 1. 6. 10. — Curt. 8. 2. 8. Arrian. 4. 2. 12. — 2. 8. 4. — Arrian. 1. 6. 23.

los que se habian amparado de la Isla, para qué no gozasen largo tiempo de la seguridad que en ella habian buscado ciertos baxeles, en quienes hizo llevar escalas con que pudiesen subir los soldados por entre las rotas orillas de aquella Isla, como por las murallas de qualquiera ciudad enemiga; sí bien, habiendo reconocido la resolucion en que estaban los mercenarios Griegos, que se habian retirado à ella, de defenderse hasta el ultimo trance, enmedio de no pasar de trescientos, compadecido y obligado del generoso valor con que se exponian à perder sus vidas en defensa de los que se habian valido de ellos, los perdonó, y mandó sirviesen debaxó de sus banderas. Reduxo à estado de ser- Diod. 17. 22.
vidumbre à todos los Barbaros que se hallaron en Mileto, en cuyo honor concedió libertad à los Milesios que habian queda- Strab. *lib.* 14. Plin. 5. 29.
do en la ciudad, atento à la gloria que mereció en lo antiguo, 15.
no menos que por la opulencia y grandeza con que floreció, Senec. *consol. ad Hel-*
por haber enviado à los Mares vecinos mas de setenta Colonias, *viam.* 6. 14.
y haberla ilustrado sus ciudadanos con los crecidos premios que Lucian. *de gymnasiis.*
obtubieron en los combates sagrados que estilaban los Griegos, reputando este genero de victorias por las mas honrosas que podia alcanzar la virtud. Pero burlandose Alexandro al vér tantas Plut. *Apoph.* c. 37.
Estatuas, preguntó: *¿Que adonde tubieron las manos y los brazos aquellos grandes Varones, que representaban, quando toleraron impusiesen los Persas sobre sus cervices el yugo de la servidumbre?* Porque como este esclarecido Principe, llevado de su natural inclinacion al manejo de las armas, aplicaba todo su esfuerzo à el uso de la guerra, le parecia cosa indigna, que debiendo emplearse el valor, la agilidad y fuerzas en ella, le malograsen exercitandole en la diversion y regocijo de el ocioso 1. 5. 29.
vulgo. Entrando en el interin à saco la ciudad la gente de guer- Strab. *lib.* 14.
ra, respecto de haberla tomado por interpresa, llegaron al Tem- Val. Max. 1. 1. 5. *ext.*
plo de Ceres ciertos soldados, à quienes, intentando robarle, de- Lactantius
xó repentinamente ciegos el activo resplandor de una llama que 2. 8.
salió de lo mas interior de el Templo. Halló tambien Alexan- Athen. 2. 6.
dro en esta ciudad algunos monumentos de sus predecesores, y entre ellos una fuente, à quien llaman los Milesios de Achiles, cuyas aguas se mantienen saladas en su nacimiento, y dilatadas en arroyos; se vuelven dulces. Refierese, que Achiles se lavó en

ella

ella despues de haber roto à Strambelo, hijo de Telámon, que pasaba en socorro de los Lesbios. Tenian los Milesios un Oráculo de Apolo Didymeo, no menos célebre que por la opulencia de sus riquezas, por el credito que le habian grangeado sus respuestas. En él, pues, es fama, que consultando Seleuco, cuyo poder y riquezas fueron grandes despues de Alexandro, sobre su vuelta à Macedonia, le fue respondido: *Que habiendo pedido licencia à Europa, abrazáse à Asia.* Coronó todos estos prodigios la singularidad de uno, que justamente llevó la admiracion de el Rey, à cuyo curioso ingenio era grato el hallazgo, y conocimiento de qualquier maravilla. Este fue, haber descubierto en la ciudad de Yuso, situada en una Isla cerca de Mileto, cierto Niño, à cuya inclinacion estaba tan sujeto un Delphin, que distinguiendo con particular instinto su voz, iba à él siempre que le llamaba, y recibiendole en sus espaldas le llevaba à donde le ordenaba; de que infiriendo Alexandro era grato este Niño al Dios Neptuno, le hizo gran Sacerdote suyo.

Parth. *in* Erot. Com- *mentar.* *in* Curt. 5. 7. 28.

Appian. Syriac. *sub fin.*

Strab. *lib.* 14.

Plin. 9. 8. 10.

CAPITULO VIII.

OBLIGA ALEXANDRO A LOS BAXELES enemigos à que se retiren: Licencia su Armada, y las razones que tiene para ello: Entra en Caria, donde toma muchas ciudades: Restablece à la Princesa Ada con su Reyno, con cuya accion adquiere el afecto de los pueblos.

DE esta suerte se hizo Señor de Mileto, en medio de ocupar todavia el Mar la considerable Armada de los Persas; los quales confiados en la multitud de sus baxeles, y en su marítima experiencia, en que hacian grandes ventajas à los enemigos, procuraban al combate à los Lacedemonios, presentandose con gran arrogancia delante de el puerto de la ciudad, donde hizo entrar à aquellos baxeles el Rey; el qual envió à Philotas con la Caballeria, y tres Cohortes de Infanteria al Promontorio de Micale, para que se opusiese à los de los enemigos, que estaban ancorados allí, estorváse el desembarco, y el que se pro-

Arrian. 1. 6. 25.

proveyesen de agua, leña y lo demás, de que necesitasen; cuya providencia puso en tan gran conflicto à los Barbaros, dexandolos en el mismo lugar, como sitiados è imposibilitados de saltar en tierra, y de hacer las provisiones necesarias, que se hallaron precisados, habiendo tenido consejo sobre ello, à tomar la vuelta de Samos, de donde bien abastecidos de víveres, volvieron à presentarse en batalla delante del puerto de Mileto. En tanto, 2. 7. 17.
habiendo reconocido cinco baxeles de Persas en un puerto, situado entre aquella corta Isla, (de quien hicimos poco ha memoria) y el lugar dònde la Armada de los Macedones se hallaba ancorada, muchos baxeles enemigos, y discurriendo estaria ausente, y divertida en otro empleo la mayor parte de la gente de Mar, por cuyo descuido les sería facil apoderarse de ellos, hallandolos vacíos, partieron à velas llenas à ellos, como si tubiesen segura la presa. Pero habiendo el Rey introducido con la mayor presteza en diez galeras toda la gente que se halló mas pronta, la mandó que se presentáse con ellas delante de los enemigos; y sí bien los Persas atemorizados del número de estos vasos, y de cosa tan inesperada, como la de verse acometidos de los mismos, à quienes creyeron descuidados, y como à tales rendidos, se pusieron en fuga, no dexaron de apresarles los Macedones, uno de los baxeles en que iban los Jacios, librandose por mas veleros, entre el resto de la Armada, los demás; los quales se retiraron à Mileto, sin haber executado nada de quanto habian intentado. Advertido, pues, Alexandro de el peligro Diod. 17. 23.
en que vió su Armada, y de el poco fruto que podia sacar de Arrian. 1. 6. 31. 2. 9. 1.
ella, siendo tan inferior à la de los enemigos, y los considerables gastos, que era preciso hiciese para mantenerla, resolvió volverla à enviar, y quedarse solo con algunos baxeles para conducir las máquinas de que usaba en los Sitios de las ciudades. No fue de este dictamen Parmenion, el qual teniendo por mas conveniente llegar à medir las fuerzas con el enemigo en un combate naval, representó al Rey: *Serían considerables las conse-* Arrian. 1. 6. 16.
qüencias que se seguirian à sus armas, si quedaban vencedores en él los Macedones; y por el contrario, de cortisima importancia las que lograrian los Persas, si los vencian; pues se quedaban tan Señores de el Mar, como antes lo estaban, y sin poder ade-

lan-

lantar por esto nada en tierra, respecto de la resistencia que hallarian en las Tropas Macedonas, que defendian las riberas, mucho mas esforzadas que las suyas. A cuyo fin, y el de inclinar al Rey à aquella resolucion, le ofreció ser el primero que, exponiendo al peligro su persona, lo executáse con los baxeles que le diese. Ni la autoridad de Parmenion, ni las razones en que se fundaba su parecer, confirmado por el felíz presagio, que pocos dias antes se habia advertido en la detencion de una Aguila à espaldas de el Exército sobre la orilla de el Mar, fueron bastantes para que se reduxese à él Alexandro; el qual, bien lexos de hacerlo, manifestó: *Quanto se engañaba Parmenion en persuadirse, pudiese nunca ser conveniente oponerse con tan corto número de baxeles, compuesto de gente inexperta, à la considerable Armada de los enemigos, asistida de prácticos soldados: Que aunque se hallaba bien asegurado del valor de los suyos, no era bastante por sí solo este à dar la victoria en las batallas marítimas, en quienes tenia mas parte para evitar los riesgos, ò convertirlos en beneficio proprio la variedad de los vientos y de las ondas, que la destreza de los Pilotos, y la diligencia de los Marineros: Que la forma y disposicion de los enemigos ofrecia considerables ventajas à los Persas, contra quienes quedarian vanos è inutiles los esfuerzos de los Macedones, respecto de ser tan facil à los Barbaros librarse de ellos sin riesgo, como alcanzar sin gran fatiga la victoria. En cuyo caso se les seguirian muy infelices conseqüencias; porque siendo natural à los hombres, prometerse en todas las cosas igual suceso à la esperanza, ò el temor que concibieron al intentarlas, lo eran tambien, que toda el Asia, viendo en los principios de la guerra perdidos à sus enemigos, recuperáse sus desmayados alientos. Y para que no se dude, que este es comun sentir de toda el Asia, ¿quién me podrá asegurar* (decia) *que los Griegos me guardarán su fé, si llegan à persuadirse à que hemos perdido aquella felicidad, que si confesamos verdad, solo respetan en nosotros? No dudo de quan favorable consideracion sea à mi fortuna el haberse manifestado detrás de mi Armada esa Aguila, que admito por presagio de felíz suceso; pero este mismo dichoso anuncio nos manifiesta, que* 2. II. I. *la victoria que obtubieremos de la Armada enemiga, será desde*

tier-

tierra; porque ese pajaro que nos predixo la victoria, no se detubo sobre los baxeles, sí sobre la ribera, mostrandonos tan igualmente el suceso de la batalla, como el lugar en que habiamos de darla: fuera de que si reducimos à nuestra obediencia, como hemos empezado, las ciudades marítimas, se disminuirá por sí misma bien aprisa la Armada de los Persas; no teniendo nuevos socorros, víveres, ni puertos à donde surgir; cuyas conveniencias, si faltan à los enemigos por de vuestra disposicion y valor, quedarán, aunque hoy se hallen mas poderosos en el Mar, deshechos, y proxima à cumplirse la prediccion de aquella lámina de bronce, que poco ha arrojó de sí, inundandose una fuente de Lydia, y en quien hallamos grabados ciertos caractéres, que declaran quan cercano está el fin de el Imperio de los Persas. Licenció, pues, su Armada, y dexó à sus Capitanes el cargo de sujetar el Ponto, y sus comarcas; y siguiendo su intento, pasó en persona à Caria, donde supo se habia retirado considerable número de enemigos. Esperanzólos la ciudad de Halicarnaso por la fortaleza de su situacion, y de dos buenas ciudades, en que podrian sus murallas detener, qual poderosa trinchera, el impetuoso torrente con que venía Alexandro. Pero aun mas se fundaba su confianza en el credito de Memnon, cuya vigilancia y cuidado disponia con próvido acuerdo quanto juzgó necesario para la vigorosa resistencia de un largo Sitio, por haberle dado Dario algunos dias el gobierno de toda la Costa del Mar, y de la Armada. Fue causa de esto, el que habiendo reconocido Memnon no bastaban, ni las considerables ventajas que hacía en la disciplina militar à todos los Capitanes de la Persia, ni las experiencias que habia dado de su felicidad, para que purgadas las sospechas en que ponia à los Persas, mirarle como à Griego, y como à quien se hizo un tiempo tan gran lugar en la Corte de Macedonia, perdiendo el recelo con que vivian, de que pudiese algun dia tener inteligencia en ella, correspondiesen à sus grandes merecimientos las mercedes de el Rey, le envió à sus hijos y muger, mas que por solicitarlos à su abrigo el resguardo con que pretextó esta accion, por asegurar su confianza por medio de estas prendas. Habiendo, pues, entrado Alexandro en Caria, reduxo en breve espacio todas las ciudades que

Arrian. 1. 6. 31.
Plut. cap. 27.
Appian. de Bell. Mithri.
Just. 38. 7. 2.
Curt. 6. 3. 3. y 10. 10. 3.
Vitruv. 2. 8.
Strab. lib. 14.
Diod. 17. 23.
Arrian. 1. 7. 2.
1. 2. 22.
Comment. in Curt. 3. 13. 4.
Arrian. 1. 7. 1.
Diod. 17. 23.

es-

estaban entre Mileto y Halicarnaso, por habitar la mayor parte de ellas los Griegos, à quienes acostumbraba conceder sus leyes
Strab. l. 14. y privilegios, protestandoles habia pasado al Asia, solo por ponerla en libertad; pero bien aprisa grangeó en los Barbaros no menor afecto la urbanidad con que trató à Ada, Princesa de la Real sangre; la qual, pasando por aquella comarca el Rey, le visitó, y pidió la admitiese debaxo de su proteccion, y la restableciese en su Reyno. Tubo Hecatomno, Rey de Caria, tres hijos, y dos hijas: el mayor llamado Mausoleo, casó con Artemisa; y la menor, con su hermano Hidrieo. Artemisa, pues hermana, y muger de Mausoleo, le habia succedido en el Reyno, siguiendo la costumbre de él, donde es permitido à los
Tacit. 2. 3. 5. hermanos casarse con las hermanas, para que igualmente gocen
Strab. l. 14. del dominio. Pero muerta ésta del excesivo dolor de haber perdido à su marido Hidrieo, que la succedió, y murió sin hijos, dexó el Imperio à Ada, à quien se le usurpó Pexodoro, que era el unico que habia quedado de los hijos de Hecatomno; y aunque con la muerte de éste debiera haber recuperado la Corona, no se lo permitió Orontabates, Gran Señor de la Persia,
Arrian. 1. 7. 26. à quien habia elegido por yerno suyo Pexodoro, con el fin de asegurarse mejor por medio de sus fuerzas en la posesion de un Reyno, que violentamente habia usurpado, por haberse apoderado de él luego que murió el suegro, presuponiendo, que le
Plut. cap. 38. pertenecia como dote de su muger. Habiendo, pues, quexadose Ada à Alexandro de aquel agravio, y dadole la fortaleza de Alindes, consiguió de él permiso para que le llamáse hijo suyo, y que la ofreciese concurrir à su reestablecimiento al Trono, como se lo cumplió despues de haber tomado à Halicarnaso, haciendo que la obedeciese y reconociese la Caria por su Reyna.
Arrian. 1. 7. 26. Con cuya generosa accion, la qual divulgó la fama por toda aquella comarca, grangeó la inclinacion y obediencia de muchas ciudades, facilitando ésta el poseer la mayor parte de ellas parientes ò confederados de Ada; los quales enviaron luego al pun-
Strab. l. 14. Diod. 17. 24. Plut. cap. 38. en las Apoph. cap. 37. to al Rey, por medio de sus Embaxadores, Coronas de oro, protestandole: *Quedarian gustosos debaxo de su proteccion y poder, para executar con la mayor fidelidad sus ordenes.* Mientras pasaba esto, disponia cuidadosamente Ada deliciosas viandas, pri-
mo-

morosos dulces, y quantos generos de regalos comestibles pudo discurrir; los quales envió à Alexandro con los Cocineros y Reposteros mas excelentes que allí se conocian, creyendo le sería grato obsequio divertirle à su vuelta de las fatigas de la guerra, con las delicias de el Asia; pero aquel prudente Principe, no ignorando quan poco oportunos son, à quien se ocupa en tan generosos empleos, el desordenado apetito à los manjares, y el vicioso trato de las mugeres, agradeciendo su afecto, la mandó decir: *Que Leonidas, su Ayo, le dió en uno de sus documentos, que le debió en su juventud, mejores Cocineros, que los que ella le enviaba; advirtiendole, que el mejor medio para comer con gusto, era madrugar y andar; y el de cenar con apetito, hacer una moderada comida.*

y en el tratado: Que no se puede vivir dulcemente, siguiendo á Epicuro, cap. 40.

CAPITULO IX.

PONE SITIO A ALICARNASO: INTENTA en vano apoderarse de la ciudad de Minda: Salida de los de Halicarnaso, para estorvar sus trabajos: Temeridad de los soldados, de que se origina un gran combate: Talento y moderacion de Memnon, Capitan de los Persas.

REducida de esta suerte casi toda la Caria à la obediencia de Alexandro, la resistía Halicarnaso, capital del Reyno, confiado en la fuerte guarnicion con que se hallaba: por lo qual, persuadido el Rey à que aquel Sitio duraria algun tiempo, hizo traher sus baxeles, vituallas, y las máquinas que eran necesarias para atacarla: con cuyo fin dispuso su Infanteria à cinco estádios de la ciudad. Batiendo poco despues las murallas, cerca de la puerta que vá à Mylasa, hicieron los sitiados una repentina salida, que resistieron vigorosamente los Macedones; los quales, habiendo muerto à algunos, hicieron volver sin gran dificultad à los demás. Pocos dias despues, esperando Alexandro tomar por inteligencia à Minda, pasó à ella de noche con una parte de sus Tropas: mas viendo que ninguno de la ciudad se declaraba à favorecer su intento, y que no cor-

Diod. 17. 24. 2. 8. 6. Arrian. 1. 7. 1.

respondia el suceso à lo que le habia ofrecido, hizo acercar sus soldados de pesadas armas, à quienes dió orden para que minasen el muro, por no haber trahido escalas, ni máquinas, respecto de no llevar intento de ponerla sitio; pero aunque derribaron una torre, no abrieron brecha para poder entrar en la ciudad, respecto de haber caido de tal suerte, que sus ruinas resguardaban aquella parte de la muralla, que cubria estando en pie: A que se llegaba la valerosa resistencia con que se defendian los sitiados; mayormente habiendoles llegado al mismo tiempo el socorro, que de Halicarnaso les envió Memnon, noticioso del peligro en que se hallaba aquella ciudad, que acabó de imposibilitar los intentos de los Macedones. Vuelto Alexandro al campo, delante de Halicarnaso, determinó inmediatamente hacer llenar un foso de treinta codos de largo, y de quince de profundidad; el qual habian ahondado los enemigos delante de la ciudad: para cuyo fin, y el de que pudiesen conducir los soldados sin ningun peligro la tierra, y lo que era necesario à llenarle, mandó disponer tres Tortugas. Finalmente, estandolo, hizo el Rey acercar las torres y máquinas para batir las murallas; y habiendo abierto con ellas una brecha razonable, hicieron los Macedones grandes esfuerzos por entrar en la ciudad, aunque con poco fruto, respecto de la valerosa oposicion con que animados de la presencia de sus Cabos, y del crecido número de gente con que se hallaban los sitiados, à quienes era facil el remudarse, à proporcion de ellos, los resistieron. Por lo qual se empleó todo aquel dia en diversos combates; à cuya fatiga, juzgando Memnon rendidos à los enemigos, por haber advertido en sus guardas mas negligencia de la que acostumbraban, salió de la ciudad de noche con buen número de sus Tropas, y puso fuego en los trabajos y en las máquinas. Acudiendo prestamente los Macedones à apagarle, y procurando impedirselo animosamente los enemigos, se trabó un combate bastantemente sangriento; porque aunque los Macedones eran superiores à los enemigos, en el valor y en la tolerancia de los peligros, inferiorisimos en el número y en el aparato de los Persas, à cuyas flechas, y todo genero de tiros, arrojados desde las murallas por las máquinas, estaban expuestos, sin poder vengarse de

Diod 17.24. Vitruv. 10. 20. y 21.

Arrian 1.7. 8.

de las heridas que recibian, en quanto no les era permitido pelear à distancia de la ciudad. Era en tanto horrible el clamor de una y otra parte: animaban unos à su gente, è injuriaban otros à sus enemigos; llegandose à esto los gemidos de los heridos y de los que morian: los quales, entre las tinieblas de la noche, lo llenaban todo de espanto y horror, que aumentaba la voceria, confusa de la muchedumbre, la qual, mientras los demás combatian, se ocupaba en reparar los muros que habian roto las máquinas. Finalmente, prevaleciendo el valor de los Macedones, obligó à los enemigos à que se retirasen dentro de sus murallas, despues de haber muerto cerca de setenta, entre quienes fue uno Neoptolomeo (el qual se habia amparado de Dario con Aminthas su hermano) sin mas pérdida que la de seis hombres, aunque los heridos fueron cerca de trescientos, respecto de que habiendo sido el combate de noche, no podian preservarse de los tiros, que no veían, y que recibian acaso. Algunos dias despues dió bien ligero accidente ocasion para un reencuentro considerable; el qual empezó por dos soldados de las Tropas que Perdicas tenia à su cargo. Alojaban ambos juntos; y cierto dia, despues de haber bebido, introducida conversacion, para quien tomaron sus valerosas acciones por asunto, como de ordinario sucede entre soldados de espiritu, pasaron à disputar qual de ellos excedia al otro en fuerzas y valor, y à concluirla, diciendo uno à su compañero: *¿Para qué reducimos à palabras tan gloriosa disputa? Hoy no se trata aqui de averiguar qual es la mejor lengua, sino qual es el mejor brazo. La ocasion no puede ser mas oportuna: ella decidirá mejor nuestra diferencia, y si es mayor tu valor, que el mio.* Encendidos, no menos que de la emulacion de el vino, tomaron sus armas, y partieron juntos à las murallas de la parte de la ciudadela de Milasa. Commovidos de su temeridad salieron de la ciudad algunos, à quienes, bien lexos de huir aquellos arrojados mozos, esperaron con espada en mano, disparando dardos contra los que se retiraban. Mal pudiera su osadia mantenerse por sí sola, sin el castigo à que se habia expuesto, ni resistir largo espacio combate, en quien era tan ventajoso el número de los enemigos, como el lugar desde donde peleaban, si reconociendo primero algunos de

Diod.17.25. Arrian. 1.7. 9.

Arrian. 1.7. 13. Diod.17.25.

Cesar, de Bell. Gall. 5. 44. Arrian. 1.7. 10.

sus

sus compañeros el peligro, y despues otros, no los hubiesen socorrido; à cuyo exemplo hacian lo mismo los de la ciudad, saliendo de ella à proporcion de los que veían acudir de parte de
Diod.17.25. los Macedones. Eran tan varios los sucesos, como las fuerzas; las quales, superiores unas veces, è inferiores otras, dexaban ya vencedores à los Macedones, y ya à los enemigos, hasta que acercandose Alexandro con los que le asistian, atemorizados los enemigos de su presencia, se retiraron luego al punto à la ciu-
Arrian. 1. 7. 25. dad, adonde estubieron muy proximos à entrar los Macedones, siguiendolos, respecto del descuido y corta defensa que habian dexado por aquella parte, habiendo llevado à todos à las murallas la curiosidad de aquel suceso. Habian derribado dos torres con sus muros las violentas baterias de los Arietes Macedones; y la tercera, movida ya y abierta, quedaba incapáz de resistir à los Minadores; pero no pudieron aprovecharse de la oportunidad, que por este medio se les ofrecia para entrar en la ciudad, por pelearse tumultuariamente, y no estar junto, ni en orden de batalla el Exército. Y sí bien los Griegos los daban por rotos, y afirmaban, que como tales les habian cedido la
Just. 6. 6. 9. victoria, sin querer enviar por los muertos, para enterrarlos; tubo Alexandro por mejor pedir los suyos, y hacer treguas con
Diod.17.25. el enemigo, que dexarlos abandonados, y sin sepultura; pero hallandose allí Ephialtes y Trasibulo, Athenienses, en servicio de los Persas, con mas odio à los Macedones, que atencion à la piedad comun, lo contradixeron, alegando, que por ser los mayores enemigos que tenia la Persia, no se los debian conceder; sí bien fue de contrario sentir Memnon, el qual les representó: *Quan indigno era de su estilo, y de las costumbres de los Griegos negar la sepultura à los enemigos, que habian vencido; pues las fuerzas y las armas solo se debian esgrimir contra los que tenian à la vista vivos, y se les resistian, sin que se estendiesen sus iras à exercitar su rigor con baldones y ultrages en los que por muertos se hallaban tan incapaces de ofenderlos, como de merecerselas.* Tal fue el sentir de Memnon, cuya moderacion resplandeció entre las demás virtudes que ilustraban su persona, acreditada en todas las acciones de su vida, en cuyo curso nunca tubo por licito à ningun hombre de obligaciones ven-

cer

cer à su enemigo con las injustas armas del agravio y la injuria, que ofrece la ceguedad de la pasion, sino con las generosas, que ministra la razon, en el valor, la fuerza y la prudencia. *Plus. en las Apophth. c. 11.* *Y asi se refiere, que advirtiendo hablaba con desprecio de Alexandro uno de sus soldados, le dió con la lanza, diciendole, que no le pagaba su sueldo para que dixese mal de Alexandro, sino para que peleáse bien contra él.*

CAPITULO X.

OTRA SALIDA DE LOS DE HALICARNASO: Son rechazados: Ponen fuego à su ciudad: Abandonanla, y retiranse à dos ciudadelas, à quienes toma, poco despues Alexandro.

ATentos, quanto les era posible, los sitiados à su seguridad, trabajaban en el interin en levantar por de dentro otra muralla de ladrillo, que pudiese suplir la falta de la que les habian derribado; si bien no era en linea recta, como aquella, sino en la misma forma que tiene la Luna quando está en creciente, la qual concluida en breve, respecto del crecido número de gente, que trabajaba en ella, empezó al dia siguiente à padecer las baterias enemigas, por haberle parecido à Alexandro, tendria, quanto mas reciente, tanto mayor facilidad de arruinarla. Mientras se ocupaban en esto los Macedones, hicieron los sitiados otra salida de la ciudad, sin lograr con ella mas fruto, que el de quemarles algunos reparos, que los cubrian, y parte de nna torre de madera, por haber estorbado Philotas, y Helanico, à cuyo cuidado estaba el de las máquinas, pasáse adelante la llama: y mucho mas Alexandro, que habiendo acudido al peligro, atemorizó de suerte á los enemigos su presencia, que dexando el fuego, y aun algunos sus mismas armas, volvieron con precipitada fuga à la ciudad; desde donde, mejorados de lugar, y favorecidos de él, se defendieron mas facilmente; fuera de que estando el muro hecho en la forma y disposicion que dexamos dicho, podian desde él cargar de flechas à los enemigos, no so-

Arrian. 1. 7. 14. 2. 10, 4.

Arrian. 1. 7. 14.

2. 10. 1.

solo de frente, sino tambien de flanco, y por qualquier parte donde acometiesen. Sin embargo, viendose cada dia mas apretados, y discurriendo que Alexandro no se retiraria, sin haberse apoderado de la ciudad, tubieron consejo los Capita-
Diod. 17. 26. nes Persas sobre lo que debian resolver. Hallavase alli Ephialtes, à quien se le igualaban pocos en lo vigoroso de el cuerpo, y en lo esforzado de el ánimo. Este, pues, habiendo ponderado las penalidades y trabajos de un dilatado sitio, les manifestó: *No debian esperar à que consumidas lentamente sus fuerzas, les precisáse la necesidad à rendir la ciudad à discrecion del vencedor, sino hacer mientras las tenian una salida con los mas escogidos soldados, que estaban entonces à sueldo suyo, y llegar à las manos con el enemigo: Que esta resolucion, aunque à los primeros visos parecia temeraria, esperaba los desengañáse con su execucion el suceso; pues hallandose bien agenos de ella los enemigos, y conseqüentemente desprevenidos, podrian deshacerlos sin gran dificultad.* No se opuso Memnon al sentir de Ephialtes; porque sí bien, no acostumbraba preferir las resoluciones arriesgadas à los consejos prudentes y seguros, hallandose destituidos de socorro, y con el riesgo tan inevitable, como proximo, le pareció era aquel uno de los casos en quienes se debia librar al suceso el desengaño de lo que en tan gran peligro podia obrar un Capitan, à quien parece movia superior inspiracion à hacer experiencia de los ultimos recursos. Por tanto, habiendo escogido Ephialtes dos mil hombres de las Tropas mercenarias, hizo disponer mil achas encendidas, y les ordenó estubiesen prontos y armados desde el amanecer para tomar sus
Arrian. 1. 7. 16. ordenes. Ocupabase en el interin Alexandro, desde que empezó à rayar el dia, en hacer acercar sus máquinas al nuevo muro de ladrillo; à cuyo tiempo, abierta inopinadamente una puerta de la ciudad por orden de Ephialtes, y dividida en dos porciones su gente, mandó à una de ellas saliese con achas encendidas en la mano, à quien, habiendolo hecho, siguió inmediatamente con el resto, en forma de batalla, para em-
Diod. 17. 26. barazar à los enemigos apagasen el fuego de las máquinas. Entendido Alexandro de todo, ordenó prontamente à los suyos en batalla: dispuso el socorro que era necesario enviar à una

y

y otra parte, compuesto de soldados escogidos y algunas Tropas, que fuesen à extinguir el fuego; y partió él mismo contra Ephialtes, el qual, dexando por su fortaleza y valor muertos, à los acerados filos de su espada, quantos le hacian rostro, animaba à los suyos con la voz, con las acciones, y aun mas con su exemplo. No trabajaban poco en el interin à los enemigos los sitiados, desde una torre de cien codos de altura, que habian hecho sobre sus murallas, de donde los cargaban facilmente por medio de sus máquinas, de saëtas y piedras, à cuyo tiempo saliendo improvisamente por otra parte de la ciudad, llamada Triphylon, un trozo de gente, à orden de Memnon, ocasionó tan gran tumulto en el campo de los Macedones, que el mismo Rey se halló en duda de lo que debia hacer. Pero su grandeza de ánimo, la destreza con que proporcionaba à los peligros sus ordenes, y la prontitud con que la fortuna le favorecia con sus socorros, quando mas necesitado estaba de ellos, vencia los mayores riesgos. Por lo qual fueron rechazados, no sin gran mortandad, los que pusieron fuego à las máquinas de la gente que las guardaba, y de la que envió el Rey en su socorro; y reparados por la parte que habia cargado Memnon los esfuerzos con que los acometia por Ptolomeo, hijo de Philipo, Capitan de las Guardias de Corps, asistido de las Cohortes de Timandro, de Addeo, y de su propria Compañia, quedaron por ultimo gloriosamente vencedores los Macedones, aunque con pérdida de Ptolomeo, Addeo y Clenarco, Capitanes de los Ballesteros, y de cerca de quarenta hombres de su gente; habiendo puesto en tan precipitada fuga à los enemigos, preocupados del miedo y de el pavor, que llegando en desordenado y confuso tropel à la puente, que habian hecho para pasar el foso, muchos, solicitando salvarse, rendida ésta al grave peso, se precipitaron con ella. A vista de cuyo suceso se arrojaron los demás, que habian quedado detrás, al foso, donde fueron ahogados, unos por su misma gente, y muertos otros à los tiros de los dardos, que disparaban sobre ellos los Macedones desde arriba, sin muchos, que habiendose librado de este tumulto, pasaron la muerte à las mismas puertas de su ciudad, respecto de que,

Arrian. 1. 7. 16.

Diod. 17. 26.

Arrian. 1. 5. 12. 1. 7. 18.

no menos atemorizados los de dentro, las cerraron aceleradamente, abandonando gran parte de los suyos, recelosos de que à vueltas de ellos entrasen confusamente dentro los enemigos. En tanto, Ephialtes, no menos formidable con la desesperacion, que con la esperanza, combatia tan valerosamente contra las Tropas de el Rey, que hubiera puesto en duda la victoria, si los soldados viejos de Macedonia, reconociendo el peligro de los suyos, no hubiesen acudido à ellos. Manteniandse estos en el campo, esentos de las cargas y exercicios de la guerra, y sin pelear, hasta que lo pedia la ultima necesidad, aunque no por esto dexaban de tirar sueldo como los demás, y de participar de los premios y provechos de la milicia, habiendo merecido esta honra por medio de las ilustres acciones que habian obrado en servicio de Alexandro y de los Reyes sus antecesores. Partieron, pues, estos con presteza, al mismo tiempo, ácia el primer Esquadron, à quien mandaba Atharias, luego que vieron, que atemorizada su gente de el peligro, retrocedia, y que procuraba algun lugar donde retirarse: restablecieron el combate, è hicieron que los demás recobrasen sus perdidos alientos; dandoles en rostro con su flaqueza y desmayo; cuya emulacion, entre unos y otros, esforzó à todos, mudandose bien aprisa el semblante y la fortuna del suceso. Quedaron muertos en esta refriega Ephialtes, y sus mas valerosos soldados, los demás bolvieron rechazados à la ciudad, donde entraron en su seguimiento muchos Macedones, en cuya ocasion la pudieran haber tomado por fuerza, si no hubiese mandado el Rey inmediatamente tocar à retirarse, ya fuese porque quiso conservarla, ò ya porque estando en su ultima declinacion el dia, temiese la noche, y las emboscadas, que, aprovechandose de su obscuridad, podian disponerle en lugares ocultos y desconocidos. Consumidas en este combate las mejores fuerzas de los sitiados, confirió Memnon, en consejo, que tubo con Orontobates y los demás Capitanes, lo que debia executar. La resolucion de él fue quemar aquella noche la torre de madera, el arsenal en que estaban las armas, è introducir fuego à las casas mas cercanas à la muralla. Executóse asi, y prendiendo luego las llamas

Diod. 17. 27. | Curt. 5. 2. 8. 1. 36. | Diod. 17. 27. | Arrian. 1. 7. 20. | 2. 8. 21. | Arrian. 1. 7. 21.

mas

mas de el arsenal y de la torre, impelidas del viento, se aumentó y dilató por todas partes el incendio: à cuyo tiempo hicieron pasar los Capitanes la mejor parte de los habitadores y de la gente de guerra à una fortaleza, situada en cierta Isla, y el resto à otra ciudadela, llamada Salmacide, cuyo nombre tomó de una célebre fuente cercana à ella; y la muchedumbre, con lo mas precioso de la ciudad, à la Isla de Cos. En tanto, Alexandro, habiendo sabido por los transfugas, y reconocido por sí mismo lo que se habia executado en Halicarnaso, mandó à los suyos, enmedio de ser de noche, entrasen dentro, y pasasen à cuchillo à todos los que hallasen empleados en ponerla fuego, y perdonasen à los que se les rindiesen. Observando, el dia siguiente las dos fortalezas de quienes los Persas y los soldados mercenarios se habian amparado, y juzgando costaria algunos dias su rendicion, y que ni ésta, ni la capital de aquel pueblo merecian su detencion, y que consumiese el tiempo, que podia emplear con mayor fruto en otras empresas, hizo arrasar la ciudad, y dexó al cuidado de Ptolomeo la toma de aquellas fortalezas, cercadas todas de fosos, y de murallas, y el de la seguridad de la Caria, con tres mil hombres estrangeros, y doscientos caballos. Correspondió Ptolomeo à la confianza del Rey con felicidad; porque juntas despues sus Tropas con las de Asander, Gobernador de la Lydia, deshizo à Orontobates en batalla, y tomaron los Macedones las dos fortalezas, en cuyo sitio les obstinó la cólera, y el despique de la misma dilacion. En tanto, el Rey, volviendo el ánimo à Phrigia y à las Provincias cercanas, envió á Parmenion à Sardis con las Compañias de Caballos de sus favorecidos, las Tropas de Caballeria auxiliares y los Thesalos, (cuyo mando tenia Alexandro Lincestes) con intento de entrar en Phrigia, y de tener prestos los víveres en el País enemigo, para el Exército que habia de seguirles; à cuyo fin hizo llevar consigo carretas, y todo lo necesario, para conducir las provisiones. Habiendo entendido poco despues, que muchos Macedones, los quales se habian casado poco antes de esta expedicion, llevaban con impaciéncia el carecer de la vista y compañia de sus mugeres, dió orden para que los conduxesen Cenon y Meleagro, à quienes por la misma razon

Vitruv. 2. 8. Diod. 17. 27.
Arrian. 1. 7. 23.
Diod. 17. 27.
Arrian. 1. 7. 25.
Arrian. 1. 6. 5.
Curt. 3. 7. 4.
Arrian. 2. 1. 32.
Strab. l. 14.
Arrian. 1. 7. 29.
2. 11. 10 1. 11. 15.
Diod. 7. 27.
Arrian. 1. 7. 29.

sería no menos apacible, que à los demás, la jornada; con cuya benigna accion aumentó el amor de la gente de guerra, obligandola à que experimentando, la atendia, (y no negaba el consuelo de que pudiese tal vez dar vuelta à su patria) se expusiese con mayor prontitud à los peligros de mas distantes empresas. Mandó tambien à los Cabos, que en el interin que estaban en Macedonia, hiciesen las mas numerosas levas de Infanteria y de Caballeria, que les fuese posible, y que la traxesen al principio de la primavera con los que habian de volver. Y reconociendo, que su Exército se empezaba à corromper con las viciosas delicias de el Asia, cuyas torpezas tenian contaminados à muchos de su Campo, hizo que se descubriesen cuidadosamente todos los que se hallaban manchados de tan abominable vicio; y que separados de los demás estos impúdicos, fuesen llevados à una corta Isla de el Golfo de Ceramico; la qual participó tambien de su infamia, quedando, en memoria de su destierro, con el nombre Plin. 5. 31. 11. de Cinedopolis.

CAPITULO XI.

HONRA ALEXANDRO UNA ESTATUA DE Theodecto: Manda castigar à Lincestes, que con pira contra él: Presagio con que descubre esta traycion: Trata bien à los Judios: Adora el nombre de el verdadero Dios: Vé en Jerusalen los libros de los Profetas: Hace ofrendas en el Templo.

1. 8. 14. Arrian. 1. 7. 30. EXecutado esto, y perseverando en el intento de reducir debaxo de su obediencia toda la parte de el Mar, para que la Armada de los enemigos quedáse inutil, se apoderó de Hiparnes; la qual le entregaron los soldados mercenarios, que estaban en la ciudadela. Despues de lo qual se encaminó à Lycia, donde habiendo hecho alianza con los Thelmisenses, y pasado el Xanto, recibió en su proteccion la ciudad, que tiene Diodor. 17. 27. el nombre de el rio Pinata y Patara, que son las mejores de esta comarca, sin otras muchas plazas de corta consideracion; Arrian. 1. 7. 31. y reconociendo que las cosas estaban con bastante tranquilidad,

dad, pasó à Milias, porcion de la gran Phrigia, à quien los Reyes de Persia habian aplicado à Lycia. Mientras las recibió en su obediencia, vinieron à solicitar su amistad los Embaxadores de los Phaselitas, y le presentaron una corona de oro; à cuyo tiempo llegaron con el mismo intento otros de la baxa Lycia: por lo qual envió delante algunos de sus Capitanes, para que se entregasen de las plazas de los Phaselitas, y de los Lycios; y pocos dias despues pasó en persona à Phaselis. Tenian sitiada entonces una plaza fuerte en las tierras de su dominio, que habian fundado y fortificado los Pisidas; los quales incomodaban de la otra parte los pueblos vecinos. Tomóse facilmente con la llegada de Alexandro; el qual por no permitirle el rigor del invierno, y la impenetrable aspereza de los caminos que continuáse su marcha, se detubo algunos dias con los Phaselitas, dando en ellos à su espíritu y à su Exército parte del reposo que necesitaban sus continuadas fatigas. Habiendo tenido uno de ellos festin con sus favorecidos, salió despues de cenar à la plaza de aquella ciudad, en la qual habian eregido sus habitadores una estatua à Teodecto, danzó al rededor de ella, y la adornó de muchas coronas de flores, en memoria de la afectuosa amistad que contraxo con él quando oía la doctrina de Aristóteles; pero le interrumpió estos regocijos la noticia, que estando en ellos le llegó de Parmenion; el qual le participaba: *Que habiendo hecho prisionero à un Persa llamado Asisines, habia averiguado que pasaba, aunque con pretexto de buscar à Aticies, con orden secreta de Dario, para que solicitáse verse con Alexandro Lincestes, y le ofreciese, en nombre suyo, el Reyno de Macedonia y mil talentos, porque cumpliese lo que tenian tratado y resuelto.* Habiase conferido entre él y el tranfuga Amintas, el cruel atentado de dár muerte al Rey, tomando à su cuidado la execucion de ella: Y sí bien se le perdonó este delito, procurando obligarle à la enmienda con crecidas honras, por las quales debiera hallarse con sumo reconocimiento al Rey, preocupado su ánimo del ardiente deseo de reynar, juzgaba le era todo permitido, à precio de abrir camino para el Trono. Habiendose, pues, propuesto esto en el Consejo, los mas zelosos criados del Rey *le culparon, no solo la facilidad*

Plut. c. 28. Arrian. 1. 7. 31.
Plut. c. 28.
Suidas.
Arrian. 1. 8. 4.
Arrian. 1. 8. 1.
1. 9. 18.
Arrian. 1. 8. 4.

de

de haber perdonado tan grave delito, sino la de haberle colmado de honras y mercedes, y la de haberle dado el gobierno de su
2. 9. 25. *mas escogida Caballeria. ¿ Quál será* (decian) *en lo venidero leal, si demàs del perdon se confieren: en vez del severo castigo que merece el parricidio, como premios de él, el favor, los mas autorizados cargos y mejores gobiernos? Que era preciso enmendar con prontitud lo que con excesiva clemencia se habia errado; para que no pudiendo entender el delinqüente, que estaba descubierto su delito, se evitáse el riesgo de que introduxese novedades en*
1. 7. 31. *los ligeros ánimos de Thesalia. Y que asi, no se debia despreciar aquel peligro, por ser el mas grave que podia ofrecerse, ni malograr los presagios de los Dioses, los quales advertian visiblemente al Rey se guardáse de trayciones.* Aludiendo al prodigio que le acaeció mientras se halló al sitio de Halicarnaso, de cuya dilatada y penosa fatiga, rendido cierto dia, à la mitad de él, al sueño, sobrevino alli una Garza, (ave bastantemente conocida en los presagios) la qual permaneció por largo espacio, bolando con gran estrépito al rededor de su cabecera, inclinandose ya à una y ya à otra parte de su lecho, y cantando con mas vigor, y confusion de la que acostum-
Ælian. *Hist. anim.* 10.34. bra. No despertó enteramente al ruido Alexandro; sí bien,
Arrian. 1. 8. 5. insistiendo en él y en sus tornos la Garza, la apartó con la mano; pero en vez de irritarse con aquella accion, tomó asiento en su misma cabeza, repitiendo, aun con mayor sonido, su canto, sin cesar en él, ni querer separarse de ella, por mas que la despedia de sí el Rey, hasta que despertó del todo; cuyo prodigio atribuyó Aristandro: *A que corria riesgo la vida del Rey, por traycion de alguno de sus valídos; pero que ésta se descubriria: manifestando lo inferia asi de la propriedad de aquella ave, la qual es naturalmente inclinada à los hombres,*
Diod. 17.32. *y entre todas la mas parlera.* En esta consideracion, pues, y en la de conformar con la declaracion del Adivino, lo què se le avisaba de Asisines, à que coadjubaba tambien la prevencion, que en sus cartas le hacía su madre, para que no se fiáse de él, teniendo por cierto el delito, envió verbalmente, con per-
2. 9. 25. sona de toda fidelidad, à Parmenion orden de lo que habia de executàr, no habiendo querido fuese por escrito, respec-
to

to del riesgo que pudiera tener de ser descubierta, hallandose Lincestes en Phrigia con Parmenion. Fue Amphotero, hermano de Cratero, de quien se valió; el qual, vestido à la moda Phrigia, pasó secretamente à verse con Parmenion, llevando en su compañia por guia algunos Pergenses, prácticos del camino. Puso luego en prision à Lincestes Parmenion, cuya muerte, sí bien se difirió, atendiendo à la decencia y decoro de su casa, se le dió tres años despues, asi como à Philotas, y à los demás delinqüentes del proprio delito. No fue sola esta experiencia la que tubo para poder conocer estaba al cuidado de los Dioses la seguridad de su vida, pues sin ella se le ofreció otra, habiendo partido de Phaselis, en credito de su proteccion. Habia enviado por las montañas à la ciudad de los Pergesios una parte de su Exército, à quien siguió, conduciendo lo restante de él, por una estrecha senda entre el monte Climax, y el Mar de Pamphilia, quando está en tranquilidad, que es pocas veces en el Invierno. Temiendo, pues, mas que otro algun peligro, el de la tardanza, hacía pasar su Exército por aquel trabajoso parage con la misma prontitud y ardor, que por el camino mas cómodo y seguro; pero embraveciendo el Mar, el viento de Medio-dia, que corria entonces, inundó con sus aguas la ribera y el camino, acumulandolas las crecidas lluvias, que, como suele quando corre, ocasionó. Con todo, habiendo llegado alli Alexandro, se levantó inmediatamente el de Septentrion; el qual, serenando el Cielo, facilitó que volviesen las aguas al Mar, y que quedáse desembarazado de ellas el camino à los Macedones; sí bien necesitaron de todo un dia para pasar por aquellos desconocidos pantanos, cuyas aguas llegaban à cubrir el medio cuerpo de los soldados. Tal era la confianza con que despreciando Alexandro los peligros, se arrojaba à ellos; la qual, aunque se debe atribuir à efecto de su generoso valor, no se puede dexar de confesar le fortalecian en ella los repetidos prodigios y presagios, de quienes pudo conocer le tenia destinado el Cielo para tan gloriosas y considerables empresas; pues sin otras se refiere, que antes de salir de Macedonia se le ofreció en sueños un hombre, cuyo respetuoso

Comm. *in Curt.* 7. 1. 8.
Arrian. 1. 8. 8.

Strab. *l.* 14.
Curt. 5. 3. 22. 6. 3. 16.
Artem. *in Senec. Suas.* 1.
Arrian. 1. 8. 8
Eust. in Dionys. *v.* 855. *&* 865.
Appian. *l.* 2. *de Bell. Civil.*
Joseph *antiquit. l.* 2. extremo.
Plut. *c.* 27. *&* 28.
Strab. *l.* 14.

Jos. 11. 8. Schickar. *in proœm. Tarich. Regum Persiæ.*

y

y venerable aspecto era superior al de los demás mortales, el qual le intimó: *Le siguiese al Asia, à arruinar y destruir à los Persas;* y que esgrimiendo sus armas contra Phenicia cierto Sacerdote de los Judios, que llevaba delante de sí, à quien
Zonaras *tom.* 1. le fue revelada la vision, le hizo memoria de ella. Habia in-
Tacit. *H.* 5. 2. 1. timado, mientras tenia puesto sitio à Tyro, à los Reyes y
Jos. 11. 8. pueblos vecinos, se le rindiesen, y mandando hiciesen levas; negaronse à esto, y à aceptar su amistad los Judios, que habitaban en Jerusalen, célebre, y famosa ciudad, con pretexto de la alianza que tenian con Dario. Irritado el Rey de su orgulloso desprecio, hizo marchar sus Tropas à la Judea, à cuyo camino, temerosos de su indignacion, le salieron à encontrar los moradores de Jerusalen, para solicitar su clemencia, llevando consigo à sus mugeres y à sus hijos, por obligarle mas à que los perdonáse. Iban primero los Sacerdotes revestidos de ropas de lino, à quienes seguia el pueblo, vestido de blanco, cuya confusa muchedumbre conducia Jadmo, Sumo Sacerdote, entonces, revestido de los ornamentos Pontificales. Admirado el Rey de tan magestuosa pompa, se arrojó del caballo al tiempo de acercarsele, adelantandose solo à recibirla; y despues de haber adorado con profunda reverencia el nombre de Dios, grabado en una lámina de oro de la mitra del Sumo Sacerdote, le saludó y trató respetuosamente. Dexó esta inesperada accion tan absortos à los que le acompañaban, como regocijados à los Judios; los quales, convertido en esperanza su temor, y prometiendose, no solo el perdon que solicitaban, sino hacerse tambien en breve dueños de su gracia, le rodearon, mezclando entre loores y regocijos sus votos. No sucedió asi à los Señares Syrios, que émulos y declarados enemigos suyos, los seguian, esperando satisfacer con su castigo sus antiguos odios, pues quedaron igualmente admirados, que confusos, sin acertar à distinguir si era verdad, ilusion, ò sueño lo que veian. Aun à los mismos Macedones causó tan gran estrecheza esta novedad, que acercandose Parmenion à Alexandro, se tomó la licencia de preguntarle: ¿ *Por qué hacía aquella honra à Religion tan estraña, admitiendo à su gracia nacion tan vil, con agravio*
con-

considerable de su grandeza? Pero dexandole satisfecho con la participacion del sueño que habia tenido, entró en la ciudad, y en el prodigioso Templo de Jerusalen, donde sacrificó à Dios, en la misma forma que lo hacian los Judios, y le consagró ofrendas. Vió los Libros Sagrados de aquel pueblo, entre cuyas profecias declaraba distintamente una; se rendiría à los Macedones la ciudad de Tyro, y que serían sojuzgados los Persas por un Griego. Y creyendo era él por quien se debia entender ésta, concedió à los Judios permiso para que pudiesen vivir en sus leyes y costumbres, dentro y fuera de la ciudad; y para que, pues no labraban las tierras sino de siete en siete años, solo contribuyesen con los tributos quando las cultivasen. Admirado, con razon, de la natural fertilidad de aquellas tierras (las quales, entre la grande abundancia de frutos con que exceden à las demás pingües, son las unicas que producen el aceyte de balsamo) dexó por Gobernador de aquellas regiones à Andromacho, à quien despues de haber rendido à Tyro y Gaza, dieron cruel muerte los Samaritanos perpetuos enemigos de los Judios; cuyo suceso, aunque sobrevino fuera del tiempo de que se trata, se toca por ofrecerle la ocasion.

Cædren. Glycus. Sulpic. Sev. *lib.* 2. Jesaiæ 11. Daniel. 8. 21. Cædrenus. Plin. 12. 25. Curt. 4. 8. 9. Jos. 11. 8.

CAPITULO XII.

ROMPE A LOS BARBAROS QUE PRETENDEN atajarle los pasos: Resuelve Memnon pasar la guerra à Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposicion en los Aliados de los Macedones; pero en tan felices principios muere de peste.

HAbiendo pasado Alexandro el estrecho inmediato al Mar de Pamphilia, y partido de Perges, le salieron al camino con embaxada de los Aspendios, los primeros Señores de la ciudad, en cuyo nombre le ofrecieron cinqüenta talentos para la paga de los soldados y los caballos con que servian al Rey de los Persas, porque no les pusiese guarnicion. Tomó desde allí la marcha ácia los Sidetas, que habitan cerca de el rio Melas, y deducen su origen de los Cumeos de Eolia, si bien, Barbaros

Arrian. 1. 8. 9. Pausan. *l.* 8.

en

en el idioma, habiendo perdido el Griego, no ya por el transcurso del tiempo, como acontece, sí por haber olvidado sus
Arrian. l. 8. 10. antecesores (como decian) inmediatamente à su llegada à aquellas tierras su lengua natural, y usado de otra tan estraña, como
Suidas. mo inaudita. Luego que se apoderó de Side, capital de Pamphilia, tomó el camino de Hilio, cuya natural fortaleza, aumentada con la guarnicion de soldados estrangeros, le obligó à
Arrian. l. 8. 11. que diese la vuelta à la ciudad de los Aspendios, commovido de la noticia que tubo de haberse sublevado; los quales, atemorizados del acelerado arribo de los Macedones, abandonadas sus casas, se retiraron à la ciudadela. Con lo qual, apoderado Alexandro de la ciudad, à quien halló desierta, alojó al pie de la ciudadela, desde donde obligó à los sitiados, por medio de las crueles baterias de sus diestros Ingenieros, à que se le rindiesen, con las mismas condiciones con que se le habian entregado an-
Vitruv. 10. 19. tes. Nada podia ser de mayor perjuicio à la prosecucion dichosa de las empresas de este Principe, que el que se la interrumpiese
Arrian. l. 8. 13. el dilatado Sitio de alguna plaza fuerte; sí bien, para asegurarse de su inquietud, hizo que se le entregasen los mas principales ciudadanos: que exhibiesen doblada porcion de dinero, que la que habian dado antes: que estubiesen à orden de el Gobernador que les nombró: que contribuyesen à los Macedones con el tributo annual; y que compareciesen en juicio à litigar el derecho que tenian à las tierras, de quienes habian despojado à los vecinos, y à satisfacer el cargo que se les hacía de esta usurpacion. Lo qual concluido, volvió à tomar su marcha ácia la ciu-
Strab. lib. 14. dad de los Pergensios, de donde se encaminó à Phrigia. Hallabase necesitado à pasar, para llegar à ella, por ciertos estrechos que hay entre dos montes cerca de Thelmiso, ciudad de los Pisidas, tan inmediatos el uno al otro, que casi es indistinta la separacion que los forma, ofreciendo en disposicion de puertas sus extremidades; las quales, sobre su natural aspereza, les hacía mas impenetrables el haberse apoderado de ellas crecido número
Arrian. l. 8. 15. de Barbaros armados, para resistir su entrada. Reconociendolo asi el Rey, y previniendo lo que sucedió despues, dió orden de que alojasen sus Tropas inmediatamente à ella. A vista de cuya detencion, teniendose por seguros los Thelmisienses, por atri-

atribuirla à medroso efecto del peligro, y pareciendoles lo quedaban aquellos lugares con medianas fuerzas, se retiró la mayor parte de ellos à la ciudad: de cuya oportuna ocasion, aprovechandose el Rey, hizo luego marchar sus Flecheros y Honderos, y los mas ligeros que se hallaron entre su gente de pesadas armas, contra los Barbaros, à quienes habiendo echado de allí, pasó à formar su Campo delante de la ciudad. Dió en él audiencia à los Embaxadores de los Selgencios; los quales le ofrecieron, en odio antiguo de los Thelmisienses, sus vecinos, aunque unos y otros deducen de un mismo pueblo su origen, su alianza y socorros. Admitiólos con benigna gratitud; y pareciendole no malograr el Sitio de una plaza, encaminó su Exército à la ciudad de Salago, fuerte por la naturaleza de su situacion, y no menos por el vigoroso presidio de jovenes que la defendia; pues aunque todos los Pisidas son belicosos y valientes, están tenidos en mayor credito de tales los Salgalasenses. Por lo qual, enmedio de haberles llegado Tropas de Telmiso, con quien tenian confederacion, haciendo mas confianza de su gente que de sus murallas, la pusieron en batalla sobre un monte cercano, desde donde favorecidos de la ventaja del sitio, se opusieron con felicidad à las Tropas ligeras que habia enviado delante Alexandro: sí bien, los Agrianos, animados de la asistencia de la Phalange de Macedonia, ya cercana, y de la presencia del Rey, à quien vieron delante de sus banderas, los apretaron vigorosamente. Trabajaron sin duda considerablemente en llegarle à penetrar, à pesar de la oposicion del monte; pero hallándose una vez en la cumbre de él, les fue facil, por la llanura è igualdad del terreno, desalojar la muchedumbre que la ocupaba. En cuya refriega quedaron de la parte de los Macedones muertos Cleandro, y mas de veinte soldados, y de la de los Barbaros pasaron de quinientos, habiendose salvado los demás por medio de la fuga; pero el Rey siguiendolos, asistido de las Tropas de pesadas armas, con la mayor presteza que le fue posible, se apoderó con igual esfuerzo de su ciudad, desde donde, despues de haber intimado la guerra à todas las plazas fuertes de Pisidia, rindió unas con la fuerza de sus armas, y otras con algunas condiciones que las concedió. Luego que ocupó à Thelmiso la hi-

Strab. *lib.* 14. Arrian. l. 8. 19.

Strab. *lib.* 14. Arrian. l. 8. 24.

 zo

zo arrasar, en castigo de la tenacidad de sus moradores: quitó la libertad al pueblo; y algunos años despues la dió à Celene,
Strab. *lib.* 14. con otras ciudades de Pisidia. Despues de lo qual, y de haber reducido y pacificado aquellas rudas y barbaras Naciones, tomó
Plin. 5. 29. 6. la vuelta de Phrigia por la parte donde se ofrece el lago Asca-
Arrian. 1. 8 25. nio, cuyas aguas tienen la virtud de congelarse en sal por sí
Arrian. 2. 1. 1. mismas, escusando à los naturales la diligencia de buscarla. Mientras pasaba esto, discurriendo Memnon en transferir la guerra à Macedonia y Grecia, para estorvar con alguna diversion el presuroso curso de las empresas de Alexandro; cuyas triunfantes armas se acercaban ya al Asia, habia juntado todas sus fuerzas; de quienes habiendo librado con él todas sus esperanzas, Dario, obligado de el valor y destreza conque mantu-
2. 9. Diod. 17. 29. bo el prolixo Sitio de Halicarnaso, oponiendose à los vigorosos esfuerzos del vencedor, le habia dado el mando absoluto, con muy considerables sumas de oro para los gastos de la guerra. Teniendo, pues, dispuesta su gente en el mayor número que le fue posible, y embarcada en trescientos baxeles, se hizo al Mar con esta Armada, despues de haber premeditado y prevenido quanto pudiera ser favorable y contrario à tan considerable em-
Arist. *lib.* 2. presa. Apoderóse de todos los lugares que se hallaban con corta guarnicion, entre quienes era uno Lampsico, y cargó en las Islas, à quienes no podian socorrer los Macedones, por estar, aunque de una y otra parte dueños de la Tierra-firme, faltos de baxeles con que hacerlo. Favoreció mucho los intentos de este ilustre General la desunion que habia en todas; porque sí bien
2. 6. 26. mantenia la mayor parte el partido de Alexandro, à quien reconocian su libertad, habia muchos, que habiendo debido su grandeza al dominio de los Persas, posponiendo à sus privados intereses la conservacion y libertad de la República, y el que fuesen comun el poder y mando, deseaban, à precio de recupe-
Curt. 4. 5. 15. rarle, vér restituidos al dominio à sus antiguos dueños. Con es-
Arrian. 3. 1. 7. te fin admitieron Athenagoras y Apolonides en la Isla de Chio, donde tenian la primera suposicion, à Memnon, despues de haber hecho partícipes de su intento à Phisino y Megario que se-
Arrian. 2. 1. 1. guian su partido. Teniendola, pues, Memnon al de Dario, la puso guarnicion; y habiendo dexado el gobierno de la ciudad

à

à Polonides, y à los de su faccion, pasó à Lesbos, à Antisa, à Pyrrha y à Eresa, de quienes se apoderó facilmente. Restituyó al Tyrano Aristonico à Methymnea, y reduxó toda la Isla, excepto Mitylene, à quien por mas que la apretó con largo y vigoroso Sitio no pudo rendir; porque habiendo cercado la ciudad por todas partes, y el puerto con baxeles, por quantos lugares le parecieron oportunos à embarazarla el socorro, le sobrevino la muerte, ocasionada de la peste, con tan considerable daño de los Persas, como malógro de las grandes esperanzas que habia concebido Dario de su elevado talento, de su valerosa resolucion y de sus largas experiencias. Hallandose proximo à rendir su espiritu, nombró en su cargo à Pharnabaces, hijo de su hermana, y de Artabazo, para que le exerciese en el interin que le proveía Dario, con noticia de su fallecimiento. Pharnabaces, habiendo dividido entre él y Antophrates, General de la Armada, los distintos cargos de aquel Sitio, reduxo à tan grande aprieto à los sitiados, que se hallaron obligados à rendirse, con las condiciones de que saliese libre la guarnicion: de que derribasen las columnas en que estaban grabados los artículos de la Alianza que habian ajustado con Alexandro; y de que hecho el juramento de fidelidad à Dario, restituirían à su ciudad la mitad de los desterrados. A cuyos tratados no correspondieron los Persas con la observancia que debian, por haber introducido guarnicion en la ciudad, (cuyo gobierno dieron à Licomenes Rhodio, asi como el dominio à Diogenes, uno de los desterrados, en premio de haber mantenido su partido) por haberse apoderado de toda la plata, oro y riquezas de los particulares, y por haber impuesto en la ciudad tributo general.

Diod. 17. 29. Curt. 4. 5. 19.

Arr. 2. 1. 3. cont. Diodor. 17. 29.

1. 2. 24. Arrian. 2. 1. 4.

QUIN-

QUINTO CURCIO.

LIBRO TERCERO.

DE LA VIDA Y ACCIONES DE ALEXANDRO EL GRANDE.

CAPITULO PRIMERO.

APODERASE ALEXANDRO DE LA ciudad y ciudadela de Celene: Entra en la capital de Phrigia, donde habiendo cortado el nudo Gordio, resuelve pasar en busca de Dario.

HAbiendo en tanto despachado Alexandro al Peloponeso à Cleandro con porcion de dinero, porque hiciese levas de gente; y dado las ordenes convenientes para las disposiciones de Lycia y de Pamphilia, partió à acampar delante de los muros de Celene; por medio de cuya ciudad pasaba en aquel tiempo el rio Marcyas; à quien hicieron célebre las fabulosas ficciones de los Griegos. Deduce su origen de la elevada cumbre de un monte, desde donde descendiendo con ruidoso ímpetu à una roca, dilata por lo llano sus purisimas aguas, regando con ellas los campos cercanos, y conservando-las

las siempre sin mezcla de otras. Su color, semejante al del Mar, quando se ofrece en serenidad, dió ocasion à los Poëtas para fingir: *Que las Ninfas, enamoradas del rio, hacian su morada en aquella roca.* Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas y su impetuoso raudal, le muda en el de Lyco. Habiendo abandonado sus habitadores la ciudad, entró en ella el Rey, de donde pasó à acometer la fortaleza, à que se habian retirado, enviando delante un Haraldo para que les notificáse se rindiesen; y que de no hacerlo, no esperasen gracia alguna. Pusieron los sitiados al Haraldo sobre una torre de crecida magnitud; y habiendo hecho que reconociese su altura, le encargaron dixese à Alexandro: *Nó habia llegado à conocer lo que era aquella fortaleza como ellos, que sabiendo quan impenetrable era, estaban resueltos à exponerse à todo lance, y à perecer, antes que faltar à la constante fidelidad que debian à su dueño.* Pero viendose acometidos, y que la necesidad los estrechaba cada dia mas, pidieron tregua de sesenta dias, ofreciendo rendirse, si cumplidos estos no les habia llegado socorro, como lo executaron el dia señalado, por haberles faltado. Llegaron despues Embaxadores de Athenas, pidiendole les concediese los ciudadanos que les hicieron prisioneros en la jornada del Granico. A que respondió: *Que despacharia, no solo estos, sino tambien à sus ciudades à los demás Griegos, luego que pusiese fin à la guerra de Persia.* Deseaba con impaciencia acercarse à Dario; y teniendo noticia de que aun no habia pasado el Euphrates, juntas sus Tropas con resolucion de hacer la guerra con todas sus fuerzas, sin exceptuar algunas de empresa tan peligrosa, dispuso su marcha por Phrygia, cuyas poblaciones se componen mas de villas, que de ciudades, y cuya capital es Gordio, antigua y famosa Corte del Rey Midas, situada sobre la ribera del rio Sangario, à igual distancia del Mar Pontico, que de el de Cilicia. Creese es este el mas angosto parage de toda el Asia, en el qual, estrechando ambos Mares, por una y otra parte la tierra, queda à manera de puente, uniendo con la Tierra-firme esta provincia; à quien circundandola casi enteramente las aguas, la dexan en forma de Isla, sin que se ofrezca entre los dos Ma-

res

res mas que esta corta porcion de tierra que los divida. Habiendose apoderado el Rey de la ciudad, entró en el Templo de Jupiter, donde vió el Carro de Gordio, padre de Mydas, el qual solo se diferenciaba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se componian de repetidos nudos, tan mezclados y unidos entre sí los unos con los otros, que no se les podian descubrir los cabos. Supo de los habitadores: *Estaba prometido por anuncio del Oráculo el Imperio de el Asia à quien acertase à desatar aquella inexplicable union.* Con cuya noticia, inflamado Alexandro del deseo de que se cumpliese en él la prediccion, se aplicó à procurarlo. Hallabanse presentes muchos Phrygios y Macedones, tan temerosos los unos de que le desatáse, como cuidadosos los otros del peligro à que se exponia si no lo consiguiese, cuyo recelo aumentaba en estos la impenetrable dificultad que ofrecia el industrioso artificio de los nudos, en quienes no se podia descubrir, ni el principio, ni el fin de ellos. Con todo, hallandose ya empeñado el Rey en aquel intento, y teniendo por infausto presagio no lograrle, habiendo hecho algunos esfuerzos inutiles: *Poco importa* (dixo) *el modo de desatarle.* Y cortando de una cuchillada todas las correas, ò burló la prediccion de el Oráculo, ò la cumplió. Resuelto, pues, à dar la batalla à Dario en qualquiera parte donde le halláse, y deseando asegurar las plazas que dexaba atrás, dió à Amphotero el gobierno de la Armada que estaba à la parte del Helesponto, y à Hegeloco el mando de las demás Tropas, con orden de echar las guarniciones enemigas de Lesbos, de Chio y de Coo, para cuyos gastos les libró quinientos talentos, è igual cantidad à Antipatro, y à los que habia dexado en defensa de las ciudades de la Grecia, ordenando à los Aliados, que en cumplimiento de los Tratados contribuyesen con cierto número de baxeles para la seguridad del Helesponto. No tenia aun noticia de la muerte de Memnon, cuyo Capitan era entre todos los de Dario quien unicamente le daba cuidado, por conocer no podian hacerle oposicion los demás faltando él. Habia llegado ya hasta la ciudad de Ancyra, donde habiendo hecho la reseña de su Exército, entró en Paphlagonia, frontera de los Enetos, y de quienes, segun el sentir de algunos, traen los Venecianos su ori-

origen, cuya region, habiendole dado la obediencia, y en seguridad de ella rehenes, logró quedar exenta de tributos, como lo estubo en tiempo de los Persas. Puso en ella à Cales por Gobernador; y llevando consigo las reclutas que acababan de llegar de Macedonia, se encaminó à Capadocia.

CAPITULO II.

PASA MUESTRA EL EXERCITO DE LOS Persas, y Charidemo, Atheniense, es condenado à muerte, por haber dicho, aunque con orden de Dario, libremente su sentir.

EN el interin Dario, habiendo tenido noticia de la muerte de Memnon, y recibido con ella el sentimiento que merecia pérdida tan considerable, sin fiar de otro alguno sus esperanzas, resolvió mandar por sí su Exército, por hallarse poco satisfecho de sus Cabos, habiendo experimentado el descuido de muchos, y la infelicidad de todos. Formó su Campo en lo llano de Babylonia, y para animar mas à su gente, quiso ver juntas todas sus fuerzas, à cuyo fin, siguiendo el exemplo de Xerxes, dispuso una circunvalacion que pudiese contener diez mil hombres en batalla, donde pasaron muestra sus Tropas. Tardaron en entrar en este distrito, segun estaban alistadas, desde que salió el Sol, hasta que puesto le succedió la noche; y de él se fueron dilatando por las campañas de Mesopotamia, donde se vió una innumerable multitud de Infanteria y de Caballeria; la qual parecia aun mayor de lo que era. Componiase la Infanteria de doscientos y cinqüenta mil hombres, entre quienes habia setenta mil Persas, cinqüenta mil Medos, diez mil Barcanos, armados de achas de dos cortes, y de abreviados escudos, casi à manera de rodelas: quarenta mil Armenios, è igual número de Berbices, armados de picas ò palos, endurecidos al fuego: ocho mil hombres del Mar Caspio, y dos mil de las regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil Griegos, jovenes valerosos todos, à quienes tenia à sueldo suyo Dario; no habiendo permitido el tiempo se juntasen los Bactrianos, los Sogdia-

dianos, y los Indios y los demás pueblos que habitan ácia el Mar Roxo, cuyos nombres aun le eran desconocidos. La Caballeria consistia en treinta mil Caballos Persas, diez mil Medos, y dos mil Barcanos, armados no de otra suerte, que la Infanteria: siete mil Armenios, casi el mismo número de los Hircanos, tan buenos soldados como los puede haber en aquellos pueblos: dos mil Berbices, doscientos del Mar Caspio, y quatro mil que se recogieron de diversas partes, con quien hacian en todos mas de sesenta mil Caballos: finalmente, de nada estaba menos falto que de muchedumbre de soldados; y sí bien, gozoso de verla le lisonjeaban con ella à porfia sus Satrapas la esperanza, y conforme à su natural adulacion, volviendose ácia Charidemo, Atheniense, varon de gran práctica è inteligencia en la Milicia, y declarado enemigo de Alexandro, por haberle hecho desterrar de Athenas, le preguntó: *¿Si le parecian bastantes fuerzas aquellas para triunfar de su enemigo?* Charidemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna, ni con el peligro que corre quien aja en algo la vanidad y sobervia de los Poderosos, le dió esta: *Posible es, Señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito ahora, de nada servirá decirtela despues. Ese sobervio aparato de guerra: ese portentoso número de hombres, con cuyas levas dexas agotado el Oriente, compuesto todo de pompa y magnificencia, tal, que aun la imaginacion no pudo prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable à tus vecinos; pues todo consiste en oro y púrpura. No empero al espantoso Exército de los Macedones; el qual, despreciando tan vana, como inutil ostentacion, solo aplica su cuidadosa vigilancia à formar con destreza sus Batallones, y à resguardarse lo mejor que les es posible, cubriendose con sus escudos y picas. Su Phalange es un Cuerpo de Infanteria, que combate à pie firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres, y las armas son como una impenetrable aya. Hallandose tan diestros y prontos à las ordenes de sus Cabos, que à la menor señal los verás seguir sus banderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los exercicios y empleos militares. Atienden cuidadosos à lo que se les ordena; y quando conviene volver à una y otra parte, doblar los puestos,*

y

y hacer frente à todas, *lo saben executar los soldados con no menor destreza que los mismos Capitanes*: *Y para que te desengañes del corto aprecio que les debe el oro y la plata*, *sabe*, *que esta disciplina no la han aprendido en otra escuela que la de la pobreza*, *y que se mantienen aun hoy en ella. Si les molesta la hambre*, *qualquier mantenimiento los satisface*: *si la fatiga del trabajo los rinde*, *en la tierra hallan su lecho*, *sin que jamás los coja el dia sino en pie. ¿Crees*, *por ventura*, *tú*, *que la Caballeria de Thesalia*, *la de los Acarnanes*, *y la de los Etolos*, *pueblos invencibles y fortalecidos de todo genero de armas*, *pueden resistirse à tiros de honda*, *y à palos*, *endurecidos al fuego sus puntas? Son precisas para su oposito iguales fuerzas à las suyas; las quales se han de solicitar en sus mismas tierras. Envia allá todo ese oro*, *y esa inutil plata*, *y las hallarás.* Era Dario de natural blando y moderado; pero como de ordinario pervierte el mejor la prosperidad, disgustado de la verdad, mandó llevar al suplicio à Charidemo, sin atender al zelo con que aquel ingenuo varon le aconsejó lo mejor que supo y entendió, ni à la indemnidad que debia guardarle, habiendole admitido à su proteccion. Pero Charidemo, no cediendo aun entonces de su natural libertad, con voz mas entera: *Espero* (le dice) *que muy en breve satisfaga mi muerte el mismo contra quien te he dado tan saludable consejo*, *disponiendote las penas que mereces por haberle despreciado; y que tú*, *en quien la soberanía y el poder ha ocasionado tan repentina mudanza*, *sirvas de exemplo*, *que acredite à la posteridad quan inutiles son en los hombres las mas excelentes prendas con que los adornó la naturaleza*, *quando ciegos à los resplandores de su fortuna*, *dexandose llevar de su prosperidad*, *se precipitan à los mayores riesgos.* Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenian la orden. De lo qual, aunque tarde, se arrepintió el Rey; y reconociendo ser verdad lo que le habia dicho, le mandó dar sepultura.

CAPITULO III.

POMPA DE LOS REYES DE PERSIA, quando salen à campaña: descripcion de las Tropas de Alexandro.

ORdenó despues à Thimondas, hijo de Mentor, joven activo è intrépido, que se entregáse de todos los soldados estrangeros que servian debaxo del mando de Pharnabazo, con intento de valerse de ellos en esta guerra, por ser en quienes mas esperaba; y proveyó en Pharnabazo el puesto que Memnon tenia. Pero demás de la fatiga en que le ponia el peligroso estado de su Imperio, le afligian no menos las imagines, que se le ofrecian en sueños, de la infelicidad que le amenazaba; ò ya fuesen efecto de la misma congoja, ò ya infausto presagio del futuro suceso. Pareciale que veía los Reales de los Macedones llenos de grandes resplandores de fuego; que poco despues se le acercaba Alexandro, en el mismo trage en que le saludaron à él Rey los Persas, quando llegó al Trono; y que habiendose paseado à caballo por la ciudad de Babylonia, improvisamente desaparecieron à un tiempo él, y el caballo. Fueron varios los juicios de los Adivinos sobre su verdadera interpretacion. *Tenian unos por felíz agüero, que el Rey hubiese visto abrasarse el Real de los Macedones, y à Alexandro depuestas sus Reales vestiduras à la moda Persiana, y en trage de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama de el Campo de los Macedones; la qual atribuían à anuncio del explendor de la futura gloria de Alexandro: y su aparicion en el mismo trage con que se halló Dario quando le reconocieron por su Rey, à seguro testimonio de que poseería el Imperio del Asia.* En cuya comprobacion hicieron (como de ordinario sucede à los que temen) memoria de todos los antiguos presagios que lo habian prevenido, y entre otros de el de los Chaldéos; los quales, *luego que mudó Dario en el principio de su Reynado la bayna de su cimitarra, y la puso al uso Griego, pronosticaron de aquella novedad en las armas, que el Imperio de los Persas pasaria à aque-*

aquellos, cuyo estilo habia infelizmente imitado. Sin embargo, asegurado el Rey de su sueño, por dar mayor credito à la favorable interpretacion de los primeros, ordenó que se esparciese por el pueblo, y que se adelantasen sus Tropas ácia el Euphrates. Era costumbre antigua de los Persas no poner en marcha su Exército hasta haber descubierto sus rayos el Sol, con cuyas resplandecientes luces ilustrado el dia, se daba la señal por medio de una trompeta en la Tienda Real, donde expuesta sobre ella la imagen del Sol, colocada entre cristales, marchaba en esta orden. Llevaban primero sobre unas andas de plata el fuego que llamaban Sagrado, à quien seguian los Magos, cantando hymnos al estilo de su patria, acompañados de trescientos y sesenta y cinco jovenes, en correspondiencia de los dias de el año, vestidos de ropas de púrpura. Despues un carro, consagrado à Jupiter, conducido de dos caballos blancos, y tras él uno de extraordinaria grandeza, à quien llamaban del Sol; y los que los seguian, con vestiduras blancas, y una baqueta de oro en la mano. No lexos diez carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata, seguidos de un cuerpo de Caballeria, compuesta de doce Naciones, diferentes en armas y en costumbres, y éste de diez mil, de los que llaman los Persas inmortales; los quales, adornados de collares de oro, ropas de tela de oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedrería, excedian en sumptuosidad à todos los demás Barbaros. A treinta pasos de distancia iban quince mil primos de el Rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mugeriles, sobresalia mas en la profanidad de estos, que en la hermosura de sus armas. Llevaban poco despues de ellos, los que llamaban Doryphoros, la Real vestidura, delante del carro del Rey, en quien se ofrecia con la magestuosa pompa que pudiera en un Trono. Hermoseaban y enriquecian este carro imagenes de Dioses de oro y plata, en medio de cuyo yugo, cubierto todo de pedrería, sobresalian dos Estatuas de un codo de altura, que representaban à Nino y à Belo, entre quienes se interponia una Agúila de oro en el ademán y accion de desplegar las alas para tomar su buelo. Nada empero igualaba à la magnificencia del Rey. Adornaba su persona un sayo de púrpura, quaxado de plata,

sobre quien llevaba una dilatada ropa resplandeciente con el oro y la pedrería de que estaba quaxada, y sobrepuestos en ella dos Alcones de oro, reclinados el uno sobre el otro, dandose entre sí con los picos. Ceñiala femenilmente una vanda, de quien pendia su cimitarra, cuya bayna cubria preciosa pedrería; y la Tiara azul, insignia Real, à quien llaman Cidaris los Persas, que llevaba en la cabeza, una faxa de púrpura, mezclada de blanco. Ocupaban sus lados doscientos parientes suyos, de los mas cercanos, seguidos de diez mil hombres, con picas guarnecidas de plata y de oro las puntas; y de retaguardia treinta mil Infantes. Despues de los quales llevaban à la mano quatrocientos caballos del Rey. A distancia de un estadio iba Sisigambis, madre de Dario, en un ostentoso carro, asi como en otro su muger, y detrás todas las Damas de ambas Reynas à caballo. Seguianlas quince grandes carros, à quienes llamaban Armanakes, y en quienes iban los hijos del Rey, las personas à cuyo cuidado estaba su educacion, y gran cantidad de Eunuchos; los quales lograban estimacion entre aquellos pueblos. Procedian luego con Real aparato trescientas y sesenta Concubinas, seguidas de seiscientos machos, y trescientos camellos, que llevaban la plata del Rey, con escolta de Ballesteros. Despues las Princesas, y las mugeres de los que exercian los puestos de la Corona, y de los mayores Señores de la Corte: luego gran muchedumbre de aguadores, leñadores y mozos del Exército: y à lo ultimo algunas Compañias armadas ligeramente, con sus Capitanes; los quales cuidaban de reunir las Tropas, y de hacer que anduviesen. Tal era el Exército de Dario, bien diverso en todo de los Macedones, en el qual se veían hombres y caballos resplandecientes, no con el oro, ni con los sumptuosos adornos y variedad de colores, que aliñaban el trage, sino con el bruñido acero y pulido bronce: Tropas siempre prontas à marchar, à acampar y à combatir; ni cargadas del bagage, ni embarazadas de gente inutil: obedientes, no solo à la señal, sino al menor ademán de sus Cabos: abastecidas siempre de víveres, y siempre dispuestas à alojar en qualesquier parages: por lo qual no le faltaron el dia del combate soldados à Alexandro, sí à Dario; el qual, habiendose empeñado inconsiderablemente en ciertos lu-

ga-

gares estrechos, no pudo pelear, enmedio de la innumerable muchedumbre con que dió principio à la batalla, sino con igual número al corto, que en su enemigo habia despreciado.

CAPITULO IV.

APODERASE ALEXANDRO EN MUY BUENA coyuntura del paso de la Cilicia, que habia abandonado Arsanes, Capitan de Dario.

EN tanto, Alexandro, despues de haber dado el Gobierno de Capadocia à Abistamenes, se encaminó ácia Cilicia, à cuya region (llamada el Campo de Cyro, por haber acampado en él aquel Principe, quando marchó à Lydia contra Creso) llegó. Dista de allí solo cinqüenta estadios el paso de Cilicia; el qual es un estrecho, à quien sus habitadores llaman Pyles, y cuya natural situacion parece imita las fortificaciones que le labra el artificio de los hombres. Teniendo presente Arsanes, Gobernador de la Provincia, el consejo que dió Memnon al principio de la guerra, aunque sin proporcionarle con la constitucion presente, resolvió, como lo hizo, arruinar la Cilicia, abrasando y destruyendo quanto pudiera servir al uso de los hombres, para que no se aprovechasen los enemigos de aquellas tierras, cuya conservacion tenia por dificil; como si no le hubiera sido mas conveniente ocupar con poderosas Tropas el estrecho y la cumbre de la montaña, que predomina el camino por donde los Macedones entraron, desde la qual podia, sin la menor pérdida, embarazar el paso, ò deshacerlos, que retirarse, dexando tan corta porcion de gente à las entradas, despues de haber executado por sí la destruccion, que debiera haber impedido al enemigo, y dado con ella ocasion à las moderadas Tropas que quedaban, para que creyendose vencidas, se retirasen tambien, (como lo hicieron) sin esperar al enemigo; de quien menores fuerzas que las de Arsanes habrian bastado à defender aquel puesto, respecto de la constitucion de Cilicia; la qual, cerrada con una dilatada cadena de rudos è inaccesibles montes, que descollandose por aquella parte del Mar, à ma-

manera de arco, ò de media Luna, se estienden en punta hasta la otra de la ribera, tiene detrás de ellos en los mas retirados lugares tres pasos sumamente estrechos, y cuya entrada es tan dificil, como imposible llegar à Cilicia, sino por alguno de ellos. Saliendo ácia el Mar se ofrecen à la falda de ellos prodigiosas vegas, à quienes riegan infinitos arroyos, y dos rios, Pyramo èl uno, y Cydno el otro, célebres ambos; sí bien éste no tanto por lo caudaloso de sus aguas, quanto por la hermosura de ellas; las quales, descendiendo con suavidad apacible de su origen à llano y limpio suelo, se difunden por él sumamente frias, respecto de la frescura que las participa la sombra de sus riberas, sin que interrumpa, ni altere nunca el torrente de otro rio su tranquilo curso y pureza. Habia consumido el tiempo en aquella region muchos monumentos, que fueron célebre asunto de los Poëtas; sí bien no dexaban de ofrecer en ella los lugares, en que estubieron situadas las ciudades de Lyrneso y Thebe, la caberna de Thyphon, el famoso bosque de Corycio, donde se coge el azafran, y otros, de quienes solo ha quedado la fama que tubieron en lo antiguo. Entró, pues, Alexandro por este paso, que ellos llaman Pyle; y despues de haber reconocido la situacion de los lugares, se refiere, dixo: *Que jamás habia admirado tanto como entonces su buena fortuna*, *confesando*, *pudieran haberle deshecho facilmente à tiros de piedras*. Porque de mas de ser este un desfiladero, por donde apenas podian marchar de frente quatro hombres armados, correspondia la eminencia de la montaña al camino; el qual, no solo era estrecho, sino tambien roto en muchos lugares, por los golpes del impetuoso torrente que se precipita de los montes. Sin embargo, hizo que se adelantáse la Caballeria ligera de los Thraces à reconocer aquellos estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada, y envió una Tropa de Ballesteros, para que se apoderáse de la cumbre del monte, con orden de que llevasen la flecha sobre el arco, no ya en forma de marcha, sino de combate. Con esta orden hizo pasar todo su Exército hasta la ciudad de Tarso, donde llegó al mismo tiempo que los Persas empezaban à encender el fuego, para que no pudiese aprovecharse el enemigo de la presa de tan opulenta ciudad. Pero sobreviniendo Parmenion, à qui-

quien el Rey habia enviado à toda diligencia con algunas Tropas de Infanteria à embarazar el incendio, y viendo que los Barbaros se habian puesto en fuga à la fama de su venida, se entró en ella.

CAPITULO V.

SOBREVINO A ALEXANDRO UNA ENFERMEdad de cuidado, por haberse bañado fuera de tiempo en el rio Cydno.

Corre por en medio de la ciudad de Tarso el rio Cydno, de quien acabamos de hacer memoria, cuyos calores se igualan à los crecidos que pueden padecerse en las mas ardientes regiones. Habiendo llegado Alexandro à ella en lo mas riguroso de el verano y del dia, cubierto de sudor y polvo, y deseando refrigerar en la hermosa claridad y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolvió bañarse en ellas, sin reparar en el peligro à que se exponia, hallandose en tan opuesta disposicion à semejante intento: con cuyo fin, y el de acreditar con los suyos, en la moderacion de sus adornos, su modestia; no reusó desnudarse à vista de todo su Exército; pero no bien hubo entrado en el rio, quando embargandole recio frio, le arrebató casi todo el natural calor, dexandole tan privado de sentidos, que retirandole à su tienda, tubieron por cercano el fin de su vida los suyos. La confusion y el clamor que ocasionó este accidente en todo el Campo, fue qual pudiera si hubiese muerto; deshechos en lágrimas, se lamentaban *de que se les malográse en lo mejor de sus prosperidades y de sus conquistas, el mayor Rey que vió el Mundo, no en el riguroso furor de una batalla, ù de un asalto, sino en la apacible serenidad de un rio. Ponderaban que Dario se hallaba cerca, y victorioso, aun antes de ver al enemigo, y precisados ellos à volver fugitivos, por donde habian ido triunfantes. Que estando tan igualmente destruido todo el pais, asi para ellos, como para los enemigos; y habiendo de penetrar tantos y tan dilatados desier-*

tos, bastaba la hambre por sí sola à deshacerlos, aun quando faltáse quien los oprimiese: ¿ Quién será (decian) *el que nos conduzga en la fuga, en que pudiera librarse toda la esperanza de nuestro remedio? ¿Quién el que se atreva à succeder à Alexandro? Y quando seamos tan felices, que lleguemos al Helesponto, ¿ quién nos facilitará embarcaciones en que le pasemos? Y convertida su compasion, por lo que miraba à la persona del Rey, y olvidados ya de su infelicidad, prorrumpian en lamentables gemidos, quexandose de que se les quitáse y arrebatáse de entre las manos, en la flor de su juventud, y en el mayor vigor de espíritu, à su Rey y à su camarada.* Sin embargo, cobrando Alexandro espíritu, y volviendo poco à poco en sí, conoció à los que le rodeaban, y dió muestras de que se habia disminuido la fuerza de la enfermedad, solo en que empezaba à sentirla. Era empero mayor la dolencia que le afligia el ànimo, que la que le oprimia el cuerpo; porque sabiendo llegaria Dario dentro de cinco dias, no cesaba de lamentarse de su destino, por haberle entregado atado de pies y manos à su enemigo, usurpandole tan ilustre victoria, y reduciendole à poner fin à su vida en una tienda, con muerte tan indigna de su persona, como agena de la gloria que se habia prometido. Sobre lo qual, habiendo hecho entrar alli à sus confidentes y à sus Medicos, les dixo: *Bien reconoceis, ò amigos, el estado à que me veo reducido; en el qual parece que oygo el estruendo de las armas enemigas, y que me veo ya provocado de el mismo contra quien he traido la guerra. Sin duda alguna Dario se aconsejó con mi fortuna, quando me escribió cartas tan sobervias como las que recibí; pero en vano si es permitido curarme por mi dictamen, segun el qual no pide el estado de mis intereses remedios lentos, ni Medicos tímidos y tardos, pues importandome mas una muerte pronta, que una larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir, quanto disposicion para poder pelear.* Esta impaciente temeridad del Rey puso en cuidado à todos, y obligó à algunos à suplicarle, que no aumentáse con la precipitacion el peligro: que se pusiese en manos de los Medicos; los quales, no sin razon, procedian remisos en la aplicacion de remedios extraordinarios, habiendo

do solicitado Dario corromper la fidelidad de sus domesticos, y publicado, que daria mil talentos à quien quitáse la vida à Alexandro: à vista de lo qual, no se persuadian hubiese quien temerariamente se atreviese à intentar alguno que pudiese hacerle sospechoso.

CAPITULO VI.

RECUPERA SU SALUD POR MEDIO DE PHILIPO, docto y fiel Medico, à quien todo el Exército da grandes gracias.

HAllabase entre los grandes Medicos, que siguieron al Rey desde Macedonia, uno llamado Philipo, natural de Arcania, el qual le habia servido desde sus tiernos años, y le amaba como à su Rey, y como à quien habia criado. Este, pues, emprehendió curarle con remedio, que no siendo violento, esperaba de él pronto y favorable efecto. Y si bien, ninguno asistió à él, le abrazó quien mas debia temerle, que era el Rey; el qual, no teniendo otro anhelo, que el de hallarse al combate, cuya victoria le parecia aseguraba como pudiese asistir en él à la frente de los suyos, posponia los mayores riesgos à precio de lograrlo, llevando no sin grande impaciencia, la dilacion de tres dias, que eran necesarios para preparar el medicamento. Hallóle entre estos desabrimientos una carta de Parmenion (cuya fidelidad à su persona tenia bien acreditada), en la qual le pedia; *No fiáse su salud de Philipo, por haberle corrompido Dario, ofreciendole mil talentos, y à su hermana por muger suya.* Facilmente se dexa entender la conturbacion y perplexidad en que le dexaria su contenido: revolvia en su ánimo quanto le representaba el temor y la esperanza. *¿Tomaré yo* (decia entre sí) *medicina, cuyo veneno quitandome la vida, dé ocasion à que se atribuya à arrojo mio mi muerte? ¿Infamaré à mi Medico, ò me dexaré oprimir en una tienda? Pero no; quiero antes morir à manos de agena maldad, que à las de mi propria desconfianza.* Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar de nadie el contenido de la carta,

que ocultó debaxo de la almohada; y subsistiendo dos dias en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su cámara el Medico con la medicina, tomó el Rey con una mano la carta, y con otra la bebida; y habiendo pasado ésta, sin mostrar el menor recelo, dió aquella à Philipo para que la leyese, sin quitar mientras lo hacía los ojos de él, por si podia descubrir en su rostro algunas señas de lo que ocultaba el ánimo; pero habiendola leido Philipo, manifestó mas indignacion que miedo; y arrojandola, dixo al Rey: *Aunque siempre, Señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como hoy, que en tu salud consiste la justificacion del parricidio, de que se me acusa, y en su averiguacion la seguridad de la mia. La unica merced que te pido, es, que deponiendo el cuidado que pueden haberte ocasionado los vanos avisos que te han dado tus criados, sin duda con mas zelo, que discrecion y oportunidad, des reposo al ánimo, y lugar à la medicina para que pueda obrar.* Asegurado, gustoso, y esperanzado el Rey con tan constante aseveracion: *Bien creo, ò Philipo,* (le dixo) *que aunque os fuese permitido hacer eleccion entre todas las pruebas de mi confianza, de la que con mayor testimonio os certificáse de ella, escusarais la presente: Ninguna empero podias hallar que mas os aseguráse de ella, pues habeis visto, que despreciando la noticia que tube, en descredito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida que me habeis dado, de cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en él interesais, como lo que à mí me importa.* Y dicho esto, le dió, en testimonio de su confianza, su mano derecha. Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento à obrar, causó en él tan rigurosos accidentes, que confirmaban de cierta la noticia de Parmenion; porque perdída la voz, le sobrevino tan terrible síncope, que casi le faltaron los pulsos, y à todos la esperanza de su vida; pero Philipo, sin omitir nada de quanto éra conseqüente à su oficio, y podia contribuir à su alivio, reconociendo que volvia algo en sí, le procuró divertir con quanto pudiera serle grato, hablandole unas veces de su madre y hermanas, y otras de la gloriosa victoria, que para coronar sus triunfos se le ofrecia tan inmediata. Finalmente, habien-

biendose dilatado, y esparcido el medicamento por todas las venas y partes del cuerpo, empezó primero el espíritu y despues el cuerpo à recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, quanto al tercer dia se dexó ver de su Exército; el qual no miraba con mas gusto al mismo Alexandro, que à Philipo, à quien todos llegaban, qual pudieran à algun Dios, à darle gracias por haberles asegurado la vida de su Principe: porque si bien era natural en aquellos pueblos el amoroso respeto con que atendian à sus Reyes, tanto mas excesivo el que se concilió Alexandro en ellos, quanto experimentando, que aun sus mas temerarias resoluciones las convertia en mayor felicidad y gloria suya la fortuna: no acababan de persuadirse à que dexáse de ser sin especial asistencia de los Dioses nada de quanto intentaba; pero lo que aumentaba mas glorioso explendor à sus acciones, y mayor admiracion con ellas, eran las considerables empresas que habia obtenido en tan tiernos años: su grande aplicacion à todos los exercicios que podían facilitarle la agilidad del cuerpo: su modestia en el vestirse, sin diferencia de los demás; y su pronta y proporcionada disposicion à todo genero de empleos militares; prendas que aunque parecen de cortisima consideracion en las cosas de la guerra, son de suma importancia entre los soldados, en quienes por ellas (ò ya las debiese à la naturaleza, ò ya al arte) se grangeó tan grande amor, como respeto.

CAPITULO VII.

VIENDOSE ALEXANDRO SANO, RESUELVE acometer á Dario: Manda dar muerte à Sisene por sospechar de él alguna conspiracion, à que dió motivo su negligencia.

Habiendo tenido noticia Dario de la enfermedad de Alexandro, se adelantó con la mayor presteza que le fue posible, y permitia tan considerable Exército, como el suyo, ácia el Euphrates; si bien no le pudieron pasar sus Tropas en medio de cinco dias, en medio de este fin, y de haber hecho

cho levantar puentes para la prisa que daba por ganar à Cicilia. En tanto, Alexandro, recuperadas sus fuerzas, se encaminó à la ciudad del Sol; y habiendola tomado, puso guarnicion en la fortaleza, y condenó la ciudad en doscientos talentos, por haber seguido la faccion de Dario. Y cumplidos los votos que habia hecho por su salud, permitió por algunos dias juegos en honor de Esculapio y de Minerva, queriendo mostrar con estos regocijos el desprecio que hacía de los Barbaros. Asistiendo à ellos, le llegaron noticias de Alicarnaso, de haber deshecho los suyos à los Persas, y de quedar reducidos à su obediencia los Mindios y Caunios, con otros muchos pueblos de aquella parte. Concluidos los juegos, levantó su Campo; y habiendo pasado el rio Piramo, por una puente que mandó hacer, llegó à la ciudad de Malon, en quien se aloxó una parte del Exército, y lo restante en Castabalo, donde le salió al encuentro Parmenion, à quien habia enviado para que reconociese la tierra y el camino, que vá à Ison. Habialo executado asi Parmenion, apoderandose de algunos lugares estrechos, en quienes puestas algunas tropas para su defensa, tomó aquella ciudad, abandonada de sus habitadores; y penetrando por lo mas interior del pais, echó de las montañas à los que se habian fortificado en ellas: despues de lo qual, y de haber asegurado los pasos, volvia à participarselo; con que estandolo el Rey de que los tenia libres, se entró con su Exército en Ison, donde se confirió, sobre si se habian de esperar alli las reclutas, que venian à grandes jornadas de Macedonia, ò pasar adelante. Parmenion fue de dictamen, *de que no podia haber elegido lugar mas cómodo para dár la batalla que aquel, respecto de que no permitiendo por su estrechéz gran número de gente, quedaban iguales las fuerzas de ambos Reyes; por cuya suma inferioridad en las suyas, debian evitar quanto les fuese posible las campañas y llanuras, en quienes se hallarian cercados por todas partes, y oprimidos de la crecida muchedumbre de los Barbaros, de quienes debian temer quedar vencidos, no ya por su valor, sino por el proprio cansancio, no hallandose como ellos con sobrada gente para remudar la que estubiese fatigada.* Cuyas razones, persuadiendo

fa-

facilmente à todos, quedó resuelto, se esperáse à Dario en aquellas montañas. Hallabase en el Exército de el Rey un Persa, llamado Sisene, el qual enviado en tiempo de Philipo por el Gobernador de Egypto à Macedonia, quedó tan obligado de las honras y beneficios que se le hicieron, que dexó su propria patria por quedar en aquel Reyno, desde donde siguió à Alexandro al Asia, logrando ser uno de los primeros en su confianza. Este, pues, habiendo recibido por medio de cierto soldado Cretense una carta cerrada, con sello que no conocia, la qual era de Nabarzanes, Satrapa de Dario, en que le persuadia: *Obráse alguna accion, digna de su ilustre nacimiento, y de la grandeza de su valor para hacerse por ella el lugar que merecia en la gracia del Rey*: Solicitó muchas veces en cumplimiento de su fidelidad è inocencia, ocasion de mostrarsela à Alexandro; pero hallandose en todas ocupado en las disposiciones de la guerra, lo difirió, esperando alguna mas oportuna: cuya retardacion fue causa de que se le tubiese por complice en la pretendida traycion; porque habiendo dado con ella lugar à que llegáse la carta à manos de Alexandro, leida por él, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenó, para examinar la fidelidad de Sisenes, que se le volviese cautelosamente; pero dexando éste pasar muchos dias, acabó con su descuido de confirmar la sospecha; por la qual fue muerto à manos de los soldados Cretenses en el mismo Exército, y sin duda con orden de Alexandro.

CAPITULO VIII.

CONSEJO Y RESOLUCION DE DARIO ANTES de la batalla: Consternacion del Exército de los Persas, y presagio de su rota.

HAbia llegado ya al Campo Thimondas con los soldados Griegos, que le entregó Pharnabaces, en quienes tenia puesta Dario toda su esperanza. Procuraba en quanto podia esta gente persuadirle à que retrocediese y volviese à to-

tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, ò que à lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiese aquellas innumerables Tropas, y no expusiese à un rebés de la fortuna todas sus fuerzas. No asèntia tan mal Dario à este dictamen, como los principales de su Corte, los quales, suponiendo como decian: *Que aquella infiel y venal nacion le proponia dividiese sus Tropas, no con otro fin, que el de poder mas facilmente, hallandose éstas separadas, entregar al enemigo las que estaban à su cargo: le proponian, por mas seguro, que los embistiese con todo el Exército, y dexáse con su mortandad un exemplo memorable del castigo de su traycion.* Pero Dario, con cuyo blando natural y piadosa intencion no se conformaba esta violencia, bien lexos de convenir con su dictamen, les manifestó: *No incurria nunca en accion tan indigna de sí, como la de tratar de aquella suerte à los que estaban à sueldo suyo, y le habian seguido debaxo de su fe; porque haciendolo, ¿ quiénes serán* (decia) *los estrangeros, que quieran fiarse de ella, acordandose de que hemos teñido nuestras manos en la sangre de tantos y tan valerosos soldados? Que jamás habia visto fuese la vida precio de un consejo poco conveniente; pues si el darle traxese semejante peligro, nadie se atreveria à expresar su dictamen: y ultimamente, que aun ellos mismos, estando en consejo, se hallaban entre sí discordes en los votos, no teniendose siempre por mas zelosos los que eran del mejor.* En cuya confirmacion envió à decir à los Griegos: *Quedaba agradecido à su afectuosa demostracion; pero que no se conformaba con retroceder, asi porque era entregar de conocido su Reyno al enemigo, como porque consistiendo en la reputacion el todo de la guerra, no era facil persuadir al Mundo dexaba de ser fuga el hacerlo: Que aun menos razon habia para pensar en dilatar la guerra, hallandose con el invierno tan proximo, y sin los viveres, que necesitaba tan numeroso Exército en un pais, à quien tenian igualmente asolado los suyos, que los enemigos; ni en dividir sus Tropas, violando la costumbre de sus predecesores; los quales expusieron siempre à una batalla sola todas sus fuerzas: Que aquel Rey, terror poco antes de el Mundo, cuya orgullosa sobervia, fue insufrible, apenas*

nas tubo aviso de su venida , quando convirtiendo en cordura su temeridad , se abrigó en las concabidades de las montañas, no de otra suerte que de las breñas los animales medrosos , al menor ruido de los pasageros ; entreteniendo y engañando la esperanza de sus soldados con su fingida dolencia ; pero que no por esto dilataria el combate , pues le acometeria en las mismas grutas donde vilmente se habia refugiado. Palabras à la verdad magníficas, si hubiesen correspondido à verificarlas los efectos. Habiendo , pues , enviado à Damasco su plata y sus mas preciosas alhajas , debaxo de una ligera escolta, marchó ácia la Cilicia con el grueso de su Exército , en cuyo seguimiento , segun el estilo de aquella nacion , iban su madre y su muger con las Princesas , y su tierno hijo. Refierese , que en una misma noche llegaron , Alexandro à aquel estrecho paso de Siria , y Dario al otro , à quien llaman Pilas Amanicas. No pusieron duda los Persas en la fuga de los Macedones , hallando abandonada la ciudad de Iso , en cuya creencia los confirmó el haber encontrado algunos soldados, à quienes no permitieron seguir el Exército sus heridas y emfermedades. Mandó Dario à persuasion de los Grandes de su Corte , naturalmenre crueles è inhumanos , que los cortasen las orejas y las manos , y que los pasasen por todo su Campo , para que reconociendo bien sus fuerzas , pudiesen dar entera noticia de ellas à Alexandro. Levantados , pues , sus reales , pasó el rio Pinaro para cargar por las espaldas en los que él creia fugitivos ; pero habiendo llegado al Campo de los Macedones aquellos míseros soldados , y dadole noticia de que se encaminaba Dario à toda diligencia ácia ellos , no acababan de darles credito : por lo qual , envió el Rey espias para que desde las regiones marítimas reconociesen si venia él en persona, ò solo alguno de sus Generales con alguna parte de sus Tropas , con quienes era posible que se hubiesen equivocado aquellos soldados , teniendolas por todo el Exército ; pero volviendo éstas , se empezó à descubrir una multitud espantosa de hombres y tan crecidos fuegos por la campaña , que no parecia sino un incendio toda ella , respecto de la dilatadisima extension que ocupaba , asi el Exército , por su copiosi-

sima numerosidad y mala ordenanza, como el bagage, quando acampaba. Habiendo ordenado Alexandro su Campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido que saliese alguno fuera de él, le fortificó de fosos y palizadas con increible gusto, al ver se le cumplia el deseo que habia tenido de combatir en aquellos lugares estrechos, si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas donde es tanto lo que se aventura, no dexó de convertirse en cuidado su seguridad. Temia por una parte, no sin razon, à la misma fortuna, à quien siempre habia reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenia tantas experiencias, quantos eran los mismos beneficios que de ella habia recibido; considerandose en vispera de quedar ò el mas triunfante, ò el mas infeliz Principe de el Mundo. Alentabale empero por otra parte el creer mayores los premios, que los peligros, y que si la victoria era incierta, segura una honrada y gloriosa muerte. Y assi, despues de haber dado orden à sus soldados para que se previniesen, y estubiesen prontos à la tercera vigilia de la noche, subió à la cumbre de un monte donde haciendo encender grandes fuegos, sacrificó segun el estilo de su patria à los Dioses defensores de aquellos lugares. Habia dado por tres veces la señal la trompeta, y sus Tropas dispuestas ya à marchar, teniendo orden de apresurar el paso, llegaron al romper del dia à los puestos que habian de ocupar. En tanto, sabiendo por los corredores, que Dario no estaba mas distante de alli, que lo de treinta estadios, hizó el Rey alto: y habiendose armado, puso sus Tropas en orden de batalla. Casi al mismo tiempo tubo Dario por los amedrantados paisanos noticia de la marcha de Alexandro; la qual, quanto le fue à él increible, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle, quando los seguia como à fugitivos, tanto de considerable terror à su Exército, cuya disposion era mas de marcha, que de combate. Toman, pues, arrebatada y desordenadamente las armas, aumentando el pavor la misma precipitacion de los que se aceleraban à ellas. Suben unos à la eminencia del monte para reconocer las Tropas del enemigo, y enfrenan otros sus caballos, siendo tal el desorden en que habia puesto la confusion, que apenas se hallaba quien man-

mandáse. Habia resuelto Dario desde el principio ocupar la cumbre de un monte con alguna porcion de su Exército, y poner ácia aquella parte del Mar, que cubria el ala derecha de su Exército, algunas Tropas para coger en medio al enemigo, y que de todas partes fuese oprimido; y enviado veinte mil hombres, y algnnas Compañias de Flecheros, con orden de que pasásen el rio Pindaro, que estaba en medio de ambos Exércitos, y se opusiesen à los Macedones, ò quando no pudiesen conseguirlo, se retirasen à los montes, y disponiendo alguna emboscada, cargasen al enemigo por las espaldas; pero mas poderosa la fortuna que toda la providencia de este Principe, se burló de sus órdenes, imposibilitando en unos con el miedo su execucion, y haciendola inutil en otros; porque en llegando à debilitarse los miembros que sustentan el cuerpo, es preciso que éste se rinda, y caiga oprimido de su mssmo peso.

CAPITULO IX.

FUERZAS Y COMPARACION DE UNO Y OTRO Exército.

EL orden y disposicion de el Exército de Dario era en esta forma. Tenia el ala derecha Nabarzanes con la Caballeria y veinte mil hombres, entre Flecheros y Honderos, en la qual estaba Thimondas con treinta mil Infantes mercenarios de Grecia, la flor sin duda de el Exército, y en nada inferiores à la Phalange Macedonica. Gobernaba la siniestra Aristomenes, natural de Thesalia, con veinte mil Barbaros, en cuyo socorro los seguian las naciones mas belicosas. Iba el Rey en la misma ala, en la qual habia de pelear, rodeado de su guardia ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de un cuerpo de quarenta mil Infantes, à quien seguia la Caballeria de los Hircanos y de los Medos, y à ésta la de los demás pueblos, mezclados indeferentemente en el ala derecha y siniestra de el Exército, cuya abanguardia ocupaban seis mil hombres, entre Honderos y Flecheros.

ros. Finalmente, no habia espacio en la estrechez de aquellos lugares donde se pudiese alojar, que no le ocupasen las Tropas de su Exército, cuyas dos alas se estendian, una hasta la montaña y otra hasta el mar, en medio de quienes estaban la madre y muger de Dario, con crecido número de mugeres. Tal era la disposicion de el Exército de los Persas, à cuyo apósito plantó Alexandro à la frente de el suyo, la Phalange, en que consistía la mayor fuerza de los Macedones: al ala derecha à Nicanor, hijo de Parmenion, reforzado de Cenon, de Perdicas y de Meleagro, con Ptolomeo y Amintas, todos à la frente de las Tropas que mandaban: y à la siniestra, que miraba ácia el Mar, à Parmenion y à Cratero, con orden que obedeciese à aquel. Distribuyó en las dos alas la Caballeria: puso en la derecha la de los Macedones y Thesalos; y en la siniestra la de el Peloponeso, y delante algunas Compañias de Honderos y Flecheros fortificados de la Caballeria ligera de los Thraces y Cretenses. Opuso à las Tropas, que Dario habia enviado sobre el monte, à los Agrianos, recien llegados de la Grecia, encargando à Parmenion se estendiese ácia el Mar lo mas que pudiese, para que quedasen apartados de las rocas, de que se habian apoderado los Barbaros; si bien estos, no teniendo ánimo para acometer à los que iban à ellos, ni para cargar por las espaldas à los que pasaban delante, amedrentados solo de ver à los Honderos, se pusieron en fuga, lo qual aseguró à Alexandro el flanco de su Exército por donde temió siempre recibir algun daño de lo alto. Marchaban solo treinta y dos soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez de el lugar el que se dilatasen mas; aunque poco despues se fueron estendiendo sus Batallones, y tubieron espacio bastante para aumentar las filas de la Infanteria, y para que la Caballeria ocupáse las alas de el Exército.

CA-

CAPITULO X.

ORACION DE ALEXANDRO A SUS SOLDADOS.

HAllabanse ya los dos Exércitos à vista el uno de el otro, aunque à mayor distancia que de un tiro de saëta, quando empezaron primero à sentirse por su desordenada marcha y descompasados gritos, los Persas, à quienes correspondieron inmediatamente los Macedones con los suyos, excesivos en el estruendo, aunque ellos inferiores en el número, respecto de que rebatiendo en aquellos montes, y resonando en aquellas espaciosas selvas, multiplicaban éstas, como de ordinario las sucede con todas las que reciben su sonido, volviendolas con mayor ruido y estruendo. Marchaba Alexandro à la frente de su Exército, à cuyos soldados hacía señas con la mano, para que caminasen à moderado paso, y no se fatigasen de suerte que les faltáse el aliento en la primera fuga; y puesto à caballo, y recorriendo sus Esquadrones, esforzaba con diverso estilo à todos, proporcionando al genio y espíritu de cada nacion las palabras, que mas pudieran persuadirlos. » Acordaba à los Macedones las innumerables batallas que habian » obtenido en tantas guerras de la Europa, para sojuzgar el » Asia y las ultimas partes del Oriente, à quienes los habian » llevado mas que su persuasion, su proprio gusto y antiguo » valor: Que siendo los libertadores de el Mundo, y habien» do dilatado sus victorias mas allá de los limites, que pres» cribieron Hercules y Bacho, no solo debian imponer el yu» go à los Persas, sino à todos los demás pueblos del Mundo. » Que los Bactrianos y los Indos obedecerian à los Macedo» nes; y que lo que entonces veian era de cortisima con» sideracion, respecto de el todo de que los haria señores so» la una victoria: Que no siempre habian de permanecer entre » las rocas de Illiria y de Thracia, haciendo una guerra este» ril è ingrata; pues esperaba fuesen los despojos de todo el » Oriente premio de su valor y de sus fatigas: y que ape» nas necesitarian de sacar la espada contra aquella muchedum» bre fluctuante ya en su miedo, à quien podrian derribar solo

à

los golpes de sus escudos. " Sobre cuyas persuasiones invocaba à su padre Philipo vencedor de los Athenienses, representando à los suyos: ,, La Beocia poca antes sujeta, y la ,, mas célebre de sus ciudades destruida y arruinada por los fun- ,, damentos: mostrandoles unas veces la jornada del Granico, ,, y otras el considerable número de ciudades que habia gana- ,, do, ò por fuerza, ò por convenio; y finalmente, la gran ,, cantidad de provincias que dexaban sujetas à su obedien- ,, cia. " Pasando despues ácia los Griegos, les hacía memoria: ,, De como aquellos pueblos eran sus antiguos enemigos, ,, y de quienes habia recibido la Grecia tan considerables da- ,, ños, como primero Dario, y despues Xerxes, con insopor- ,, table orgullo, les habian impuesto, en mayor prueba de ,, una infame servidumbre, tributos hasta en la tierra y en ,, el agua: Que este ultimo inundó su patria, tanto de hom- ,, bres, como de animales, agotando los rios, y consumiendo ,, quanto la naturaleza produce para el alimento de los hom- ,, bres; y ultimamente, que habian saqueado sus ciudades, que- ,, mando los Templos de los Dioses, y violado todo género ,, de lugares, asi divinos como humanos. " Enderezandose despues ácia los Illirios y Thraces, gente acostumbrada à vivir de la rapiña, los hacia: ,, Que contemplasen el Exército de ,, los enemigos resplandeciente todo con el oro y la púrpu- ,, ra, y menos cargado de armas para el combate, que de ,, materia para la presa y el despojo; persuadiendoles à que, ,, pues eran hombres, fuesen à ellos, y arrebatasen de aque- ,, llas mugeres quantos adornos se ofrecian en ellas, y per- ,, mutasen sus montañas, cubiertas siempre de nieves, y ye- ,, los por aquellas hermosas llanuras, y ricas campañas de la ,, Persia.

CAPITULO XI.

BATALLA SANGRIENTA, EN QUE MUEREN de parte de los Persas cien mil Infantes, y diez mil Caballos, entregandose à la fuga el resto del Exército: Queda Alexandro Señor del Campo; en que hace una considerable presa.

HAbiendo llegado à tiro de saëta, cargó furiosamente la Caballeria de los Persas en el ala izquierda del enemigo, con la qual deseaba Dario combatir, por saber que la mayor fuerza de el Exército de los Macedones consistia en su Phalange. Empezabase tambien à embestir el ala derecha de Alexandro; el qual al punto que lo reconoció, dexados sobre la montaña solo dos Esquadrones, pasó los demás con la mayor diligencia à lo mas peligroso del combate; y destacando de sus Esquadras la Caballeria de los Thesalos, dió orden à quien los mandaba, que conduciendolos secretamente por detras de sus Batallones, se juntáse con Parmenion, y executáse sus ordenes. Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los Persas, se defendian valerosamente: pero estando tan juntos los unos con los otros, ò no podian expedir sus armas, ò si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el ayre unas con otras, è impidiendo su violencia, caian en tierra sin hacer efecto alguno, ò era tan debil el golpe, como corto, ò ninguno el daño que causaban. Con que hallandose precisados à combatir tan de cerca, echaron todos mano à las espadas, con quienes fue grande el estrago; porque estaban tan inmediatos ambos Exércitos, que se tiraban cuerpo à cuerpo, hiriendose unos à otros en los rostros. No era permitido entonces, ni al cobarde, ni al perezoso, que dexáse de obrar, pues peleando à pie firme, y cuerpo à cuerpo, como en un combate singular, no podian dexar su puesto si no hacian otro con la muerte de su enemigo; y entonces adelantando solo un paso, fatigados y cansados, encontraban otro contrario de refresco, sin ser concedido à los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudie-

diese retirar de la batalla, respecto de tener por la frente el enemigo, y à los suyos por las espaldas; que ambos se lo impedian igualmente. Cumplió por su parte Alexandro à un tiempo con las obligaciones de soldado y de Capitan, procurando con ardiente anhelo lograr la gloria de dar por su mano muerte à Dario; el qual, descubriendose de todas partes sobre un carro, era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos para su defensa, como en los enemigos para su muerte. Entonces Oxatres, su hermano, viendo quan vivamente le apretaba Alexandro, se puso delante de su carro con la Caballeria que mandaba, señalandose entre todos tan igualmente su valor, como su gallarda disposicion y resplandecientes armas, y no menos su ferocidad contra todos, y su piedad con poquisimos, pues combatiendo contra los que obstinadamente le resistian, dió muerte à muchos, y obligó à otros à que se pusiesen en fuga. Animados empero los Macedones con la presencia de su Rey, y encorajados unos y otros rompieron aquel Esquadron, haciendo en él tan cruel estrago, que en brevisimo espacio se llenó todo de horror y de sangre. Veianse al rededor del carro de Dario muchos grandes Señores y Capitanes, postrados en aquel suelo sobre sus proprios rostros, en la misma postura que combatiendo à vista de su Rey habian caido, traspasados todos sus cuerpos de las heridas; entre quienes se reconocian Atizyes, Rheomithres y Sabaces, Gobernador de Egypto, los quales habian mandado en otras ocasiones grandes Exércitos, rodeados de innumerable Infanteria y Caballeria de menor grado, amontonados los unos sobre los otros. De la parte de los Macedones fueron pocos los muertos, y estos de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entre quienes salió herido ligeramente Menandro de una cuchillada en el muslo derecho. En tanto, los caballos que conducian el carro de Dario, oprimidos de los crecidos golpes que recibian, y enfurecidos del dolor de sus heridas, empezaron à enarbolarse, y à sacudir el yugo con tal violencia, que corrió gran riesgo de ser bolcado el Principe; el qual temiendo caer en manos del enemigo, se arrojó à tierra, y puso en uno de los caballos que le seguian, des-

despojandose ignominiosamente de todas las insignias Reales, para evitar pudiesen descubrirse por ellas en la fuga. Encomendaronse à ella inmediatamente todos, y arrojando las armas, que habian tomado antes para su defensa, se salvaron como pudieron. Tan amedrentados los tenia el miedo, que desconfiaban hasta de sus mismos reparos y socorros. La Caballeria, que Parmenion habia destacado, seguia à toda diligencia à los fugitivos, que desde la frente habian ido à dar à aquel lugar. Y sí bien apretaban vigorosamente los Barbaros en el ala derecha à la Caballeria de los Tesalos, habiendo desvaratado uno de sus Esquadrones, haciendo estos un caracol, volvieron valerosamente à la carga, y hallando à los Persas en el desorden que los tenia la confianza de la victoria, los rompieron, è hicieron en ellos considerable mortandad, respecto de que siendo tan dificil à los caballos, como à los ginetes Persas, revolver à una y otra parte, por la gran pesadéz con que iban armados, y fácil à los Tesalos el manejar por su destreza y ligereza los suyos à todas manos, les ganaban la gurupa, los daban muerte, ò los hacian prisioneros. Alexandro, noticioso de tan felíz suceso, no habiendose atrevido antes à seguir à los Barbaros, viendose por todas partes victorioso, fue inmediatamente con la mayor presteza en su seguimiento. No llevaba consigo mas de mil caballos, y sin embargo era grande el estrago que hacía en los enemigos. ¿Pero quién en el calor de una victoria, ni en el desmayo de una derrota puede numerar los hombres? Auyentaba de sí, qual pudiera à un rebaño de ganado, à aquella desordenada turba, à quien el mismo pavor, que la precipitaba à la fuga, le era de estorvo à la misma fuga. Sin embargo, los Griegos, que iban à sueldo de Dario debaxo del mando de Amintas, uno de los Capitanes de Alexandro antes, y entonces del partido contrario, separados de los demás, se habian retirado, no como fugitivos, sino haciendo honrosa resistencia. No asi los Barbaros, los quales, tomando bien diversas derrotas, siguieron unos el camino derecho de Persia, y ganaron otros los bosques, las montañas y las grutas, habiendo sido pocos los que volvieron al Campo. De esta suerte quedó dueño de él el vencedor; y habiendole saqueado los soldados, le hallaron lleno de riquezas, de cantidad de oro y de

plata, mas para la ostentacion de una vana magnificencia, que para los gastos de una guerra: y cargando mayor porcion de la que podian llevar, dexaban cubiertos los caminos de lo menos estimable, que su abaricia habia despreciado. Llegaban ya ácia donde se hallaban las mugeres, à quienes arrebataban con tanta mayor violencia sus joyas y sus adornos, quanto es esto lo que ellas mas apetecen, sin que perdonasen à su honestidad y decoro, violado por su desenfrenada libiandad y apetito. No se oían en todo el Campo sino clamores, llantos y gemidos, segun era la infelicidad à que cada uno se hallaba reducido, no habiendo quedado ningun genero de daño, ni de vituperio, que no practicáse indistintamente en todo sexo y edad la desenfrenada crueldad y violencia. Nada empero acreditó tanto el vano y debil poder de la fortuna, como ver, que los mismos que habian dispuesto la Tienda de Dario con el mayor aparato y superfluidad que pudo prevenirse, guardasen pocas horas despues todas aquellas riquezas, como para su antiguo dueño, para Alexandro; siendo lo que unicamente perdonaron los soldados, por ser costumbre recibir al vencedor en la Tienda del vencido. En el interin la madre, y la muger de Dario, hechas prisioneras, se llevaban los ojos y los corazones de todos, venerable aquella por su edad, y por la magestad de su persona, y ésta por su hermosura; la qual, enmedio de todas sus aflicciones, no habia padecido mudanza, ni perdido nada de su belleza. Traía en los brazos à su hijo, cuya tierna edad no pasaba de seis años, nacido en la esperanza de aquella gran fortuna que su padre acababa de perder. Veíanse tambien dos adultas Princesas, recostadas sobre el regazo de su anciana abuela, deshechas en lagrimas, y consumidas de la congoja, lamentando, no tanto su proprio infortunio y miseria, quanto el de aquella. Rodeabalas crecido número de Señoras, las quales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura y belleza, rasgadas sus vestiduras, y mesandose los cabellos, llamaban à aquellas Princesas, quanto antes con proprio título, entonces con improprio nombre, *sus Reynas, y sus Señoras*. Olvidando, en fin, su propria miseria, solo procuraban saber de Dario, ácia qué parte habia combatido; y quál habia sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por

pri-

prisioneras, como él viviese; pero aquel infelíz Principe, mudando de rato en rato de caballos, le habia alhojado à crecida distancia la fuga. Murieron en esta batalla de parte de los Persas cien mil Infantes, y diez mil Caballos; de la de Alexandro solo quedaron quinientos y quatro heridos, y muertos treinta y dos Infantes, y ciento y cinqüenta Caballos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran victoria.

CAPITULO XII.

CONSUELA CON REAL GENEROSIDAD à la madre, y muger de Dario, y à las demás Princesas en la pérdida del Rey, à quien creían muerto.

CAnsado el Rey de seguir à Dario, viendo que la noche se acercaba, y que no le podia hallar, se volvió al Campo de los enemigos, à quien su gente acababa de robar, y mandó disponer un convite à los Grandes de su Corte, no embarazandole asistiese à él su herida, respecto de ser muy superficial; pero no bien se hubieron sentado à la mesa, quando oyeron en la Tienda inmediata tan espantoso ruido, mezclados de tales gemidos, que llenando de pavor toda la Campaña, obligaron à los que hacian guarda delante del alhojamiento del Rey à que corriesen à las armas, temiendo aquel rumor principio de mayor tumulto. Causaban este estruendoso alboroto la madre, y muger de Dario, y las demás Señoras prisioneras; las quales teniendo à su Principe por muerto, le lloraban à su barbara usanza con crecidos sollozos y lamentables suspiros. Hallandose cierto Eunucho delante de la Tienda de Dario vió su manto en manos de un soldado, que acaso se encontró poco despues de habersele quitado el Rey por no ser conocido, como dexamos dicho; y creyendo le habia recogido por muerte suya, las aseguró por noticia cierta lo que fue errado juicio suyo. Refierese, que noticioso Alexandro de la ocasion de su ternura, compadecido igualmente de ella, que de la desgracia de Dario, prorrumpió en lagrimas, y que mandó à Mithrenes, el qual entre-

gó la ciudad de Sardeo, y sabía la lengua Persica, que pasáse à consolarlas; pero que considerando podria renovar su indignacion, y dolor la vista de aquel traydor, envió à Leonato, uno de los primeros Señores de su Corte, con orden de que las asegurase vivia el Principe, à quien lloraban por muerto. Leonato, habiendo llevado consigo algunos soldados, se encaminó à la Tienda de aquellas Princesas, à cuyos criados mandó las avisasen estaba allí de parte de su Rey; pero estos, discurriendo al vér hombres armados, que era llegado el fin de sus Reynas, corren dentro, diciendo en altas y tristes voces: *Que aquella gente venía à darlas muerte.* En cúyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelices Princesas à que resolverse, ni atreviendose à responderle, dexaban à la discrecion del vencedor lo que quisiese obrar. Finalmente, Leonato, despues de haber esperado largo tiempo, viendo que nadie parecia, dexó sus soldados à la puerta, y entró en la Tienda, atemorizando mas el verle entrar sin que alguno le conduxese. Postradas, pues, à sus pies, le piden: *Que antes que las quite la vida, las permita sepultar el cuerpo de Dario à usanza de su patria, ofreciendose à morir gustosas, habiendo cumplido con aquella ultima obligacion, que debian à su Rey.* Asegurólas Leonato de su recelo, haciendolas saber: *Era vivo Dario, y que su Rey estaba tan lexos de ocasionarlas el menor disgusto, como pronto à atenderlas, y tratarlas con la decencia y decoro, que correspondia à su grandeza y soberania.* Con lo qual Sisigambis, volviendo à recobrar el perdido aliento, permitió que Leonato la ayudáse à levantar. El dia siguiente, haciendo Alexandro enterrar à sus difuntos soldados, concedió el mismo honor à los cadáveres de los mas ilustres Persas, y à la madre de Dario permiso para que pudiese mandarlo hacer conforme à su estilo con todos los que gustáse; pero aquella prudente Princesa, admitiendo el favor del Rey, solo se valió de él para dar sepultura à algunos de sus mas inmediatos parientes, con la moderacion que pedia el estado presente de su fortuna, y sin el ostentoso aparato que estilan los Persas en semejantes casos, por prevenir no sería bien visto de los enemigos, que excediese de la templanza con que ellos habian hecho aquella funcion. Habiendo, pues, cumplido

do Alexandro con todas aquellas obligaciones de piedad, envió à avisar à las Reynas, que pasaba à visitarlas; y haciendo retirar à todos los que le acompañaban, entró en la Tienda con solo Ephestion. Era valido suyo, y habiendose criado juntos, tan dueño de su confianza y de su afecto, que no habia persona que se atreviese à hablarle con la libertad que él; sí bien lo hacía con tal cordura, que mas parecia permision del Rey, que licencia suya. Eran de una misma edad; pero de tanto mejor disposicion y gentileza Ephestion, que teniendole por el Rey aquellas Princesas, le saludaron y reverenciaron como à tal. Advertidas empero de su equivocacion por algunos Eunuchos cautivos, se arrojó Sisigambis à los pies de Alexandro, dando por disculpa de su yerro, *el ser la vez primera que le veía*. A cuyo tiempo, levantandola el Rey, y tratandola con el título de madre suya, la dixo: *Que no le habia padecido, por ser Ephestion otro Alexandro*. Verdaderamente, que si hubiese conservado este Principe, hasta el fin de su vida, igual moderacion de ánimo à la que usó entonces, avasallando el orgullo y la cólera, de cuyos vicios predominado, tiñó indignamente enmedio de los festines sus manos en la sangre de sus mas fieles amigos, y dió precipitada muerte à aquellos grandes varones, à quienes debia parte de sus victorias, que le reputaría aun por mas felíz y glorioso de lo que se mostró quando despues de haber sojuzgado con tan esclarecidas victorias todas las naciones, que se dilatan desde el Helesponto hasta el Occeano, imitó el triunfo de Bacho. No habiendo empero preocupado aun entonces su espiritu la fortuna, respecto de estar en sus principios, usó de ella con moderacion y prudencia, hasta que creciendo despues, y faltandole fuerzas para soportar su grandeza, quedó oprimido de ella. Lo cierto es, que en aquellos primeros años excedió en benignidad y continencia à todos sus predecesores. Vivió con las hijas de Dario, Princesas de admirable hermosura, como si hubiesen sido sus hermanas, estando tan lexos de hacer experiencia de la honestidad de la Reyna, cuya belleza era la mayor que entonces se conocia, que puso sumo cuidado en evitar quanto fuese de su desagrado. Finalmente la atencion, benignidad y decoro con que las trató fue tal, que de quantas conveniencias
te-

tenian antes, ninguna pudieron echar menos entonces, sino la confianza; la qual nunca se tiene del enemigo, por humano y cortés que sea su tratamiento. Hizo tambien que se entregasen à las Señoras todas sus joyas, su recamara y bagaje; à cuyas urbanas demostraciones reconocida Sisigambis: *Mereces, Señor,* (le dixo) *que nosotras hagamos por tí los mismos votos que haciamos por nuestro Dario, pues experimento, que no solo le excedes en la felicidad, sino tambien en la justicia, y en las demás virtudes. Tú me llamas madre, y me honras con el título de Reyna, quando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu Imperio, que aun la memoria de mi pasada felicidad no basta à hacerme desabrido el estado de mi presente fortuna; porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando à tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor, que fuera tan indigno de tí.* Animólas el Rey en su afliccion, y tomando en brazos al hijo de Dario, sin estrañarle aquel tierno Infante, le echó los suyos, dexando al Rey tan suspenso de su constancia, que vuelto despues à Ephestion: *Quanto me holgára* (le dixo) *de que Dario tubiese alguna parte de esta docilidad.* Despues de lo qual, y de haber salido de la Tienda, y consagrado tres Altares en la ribera del rio Pinaro, uno à Jupiter, otro à Hercules, y otro à Minerva, pasó à Siria, enviando delante à Parmenion à Damasco, donde estaba el tesoro de Dario.

CAPITULO XIII.

ENTREGA EL GOBARNADOR DE DAMASCO à Parmenion los tesoros de Dario, è infinita Nobleza.

CONtinuando Parmenion su marcha à Damasco, supo en el camino que iba delante de él uno de los Satrapas del Rey, y temiendo, respecto de la poca gente que llevaba, que le acometiese, resolvió esperar mayor refuerzo. En cuyo interin le llevaron los Corredores cierto hombre llamado Mardo, à quien encontraron, el qual dió à Parmenion unas cartas, que el Gober-

bernador de Damasco escribia à Alexandro, añadiendo de palabra: *Que su Señor pondría en manos del Rey toda la plata, y los muebles de Darío.* Abriólas Parmenion para asegurarse mas de él, y viendo pedia en ellas à Alexandro, *le enviase prontamente uno de sus Capitánes con alguna gente*, volvió à despachar à Mardo, el qual escapandose de las guardas que llevaba, llegó à Damasco antes del dia. Puso este accidente en cuidado à Parmenion, el qual, temiendo alguna emboscada no se atrevia à aventurarse sin guia por aquel desconocido país. Con todo, fiandose en la buena fortuna de su dueño, hizo buscar algunos paysanos, que mostraron el camino, y pusieron al quarto dia en la ciudad: cuyo Gobernador, recelando no se hubiese dado credito à sus cartas, habiendo mostrado à los suyos no se tenia por seguro en aquella plaza; hizo al romper del dia poner en la puerta falsa todo el dinero del Rey, à quien los Persas llaman Gaza, y lo mas precioso que tenia à su cuidado; y afectando en lo exterior, que huía para poner en salvo aquel tesoro, se disponia à entregarle al enemigo. Saliendo, pues, de la ciudad, le seguian millares de hombres y de mugeres, las quales movian à compasion à todos, sino à aquel, en quien se habian fiado: pues por lograr mayor recompensa llevaba à los enemigos una presa, que no ignoraba era mas preciosa que todo el oro del Mundo, pues se componia de las mugeres, y los hijos de los Satrapas de Dario, y de los mayores Señores de la Persia, entre quienes se hallaban los Embaxadores de las ciudades Griegas, cuya guarda habia dexado Dario, como en fortaleza segura, al cuidado de este traydor. Llaman los Persas Gambas à los Ganapanes, que llevan à cuestas todo genero de carga; estos, pues, no pudiendo tolerar el frio que ocasionaban las grandes nieves, que repentinamente sobrevinieron, echando mano de aquellas preciosas ropas de oro y púrpura, que llevaban con la plata del Rey, se las pusieron, sin que se atreviese alguno à embarazarselo, para que no faltáse en el lamentable estado de la fortuna de Dario la ignominiosa circunstancia, de que tubiese osadia la parte mas vil del vulgo à profanar los adornos de su Real Persona. Pareció aquella turba à Parmenion grueso capáz de no despreciarlo; y asi, habiendo puesto en orden de batalla

à su gente, y animandola con breves palabras, como pudiera, si hubiese de combatir, la mandó que se abanzáse à galope, y que con acelerado ímpetu cargásc en ella; pero no les dieron lugar à que lo hiciesen los que conducian aquellas cargas; pues atemorizados à vista suya, las arrojaron, y se entregaron à la fuga, haciendo lo mismo los soldados que iban de escolta, à quienes afectó imitar el mismo Gobernador, mostrandose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traycion. Veíanse riquezas inmensas en aquel campo esparcidas por una y otra parte: todo el oro y plata destinado para la paga de tan numeroso Exército: las sobervias recamaras de aquellos grandes Señores y Señoras: vasos de oro: frenos de lo mismo: Tiendas magníficas y carros, abandonados por quienes los conducian; espectáculo à la verdad lastimoso y suficiente à compadecer à los mismos que se cebaban en la presa, si bastáse el mas lastimoso à detener el ímpetu de una desenfrenada avaricia; porque quanto por espacio de muchos siglos habian atesorado en continuada prosperidad tantos Reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veía expuesto allí al peligro, cuyos ricos despojos arrebataban unos de entre las breñas, y otros de en medio del lodo y de los cenagales, no habiendo manos para robar tan copioso botin. Habian ya dado alcance los que partieron en seguimiento de los que se anticiparon à la fuga, entre quienes hicieron prisioneras infinitas mugeres, las quales traían en brazos à sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas Princesas, hijas del Rey Ocho, antecesor de Dario, reducidas por la instabilidad de la fortuna desde la elevada grandeza del padre, al abatido estado de una gran pobreza, que acabó de hacer mas infelíz este ultimo rebés de la fortuna. Hallabanse en aquella Tropa la misma viuda de Ocho: la hija de Oxathres, hermano de Dario: la muger de Artabazo, una de las mayores Señoras del Reyno: y su hijo Ilioneo: la muger è hijas de Pharnabazo, General de todas las demás Costas: tres hijas de Mentor: la muger y el hijo del esclarecido Capitan Memnon, sin que apenas hubiese casa ilustre en toda la Persia, que no tubiese parte en esta calamidad, de quien no se libraron algunos de los mas ilustres Lacedemonios y Athenienses, pues fueron tambien prisioneros de estos Aristogiton, Dropides
è

è Iphicrates; y de los Lacedemonios Pausippo, Onomastotides, Monimo y Calicratides. La plata que se halló en moneda importó dos mil y sesenta talentos; y la labrada quinientos: sin la qual, y los prisioneros, que dexamos referidos, lo quedaron tambien treinta mil personas, habiendose tomado siete mil bestias cargadas de bagaje. No permitiendo empero los Dioses quedáse sin castigo el autor de tan considerable desolacion, dispusieron fuese el precio de ella su vida, la qual rindió sus ultimos alientos à los acerados filos de la espada de uno de los cómplices, que conservando aun (à lo que juzgo) algun respeto à la Magestad del Principe, aunque reducido à tan lastimoso estado, habiendo cortado la cabeza à aquel traydor, la llevó à Dario, à quien enmedio de su infortunio no dexó de serle de algun consuelo, vér castigada aquella maldad, y experimentar, que no todos sus vasallos habian olvidado la fidelidad y veneracion que le debian.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

RESPONDE ALEXANDRO CON REAL magnanimidad à las orgullosas cartas de Dario: Dá el Reyno de los Sidonios à Abdolomino, descendiente de Reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazon: Muerte de Amintas, que habia dexado el partido de Alexandro, à mano de los Persas: y muchos Capitanes de Dario, en muchos lugares, à las de los Macedones.

Dario, que poco antes se habia visto con un Exército tan numeroso y florido, habiendo salido à la batalla elevado en un carro, mas en apariencia de triunfo, que en disposicion de combate, huía por aquellas campañas, quando antes cubiertas de infinito número de sus Tropas,

tanto entonces desiertas y solas. Caminó à bien acelerado paso aquel infelíz Principe toda la noche con cortisimo acompañamiento, respecto de no haber tomado todos la misma derrota, y de no poderlo hacer los que le seguian, por la freqüencia con que remudaba caballos. Llegó, en fin, à Unca, donde fue recibido de quatro mil Griegos, con quienes se encaminó ácia el Euphrates, creyendo que solo tendria por suyo lo que con la presteza ocupáse primero. En el interin, habiendo hecho Parmenion entrar todo el botin en Damasco, tubo orden del Rey para que se entregáse de él, y pusiese en custodia à los prisioneros, y noticia de haberle hecho merced del gobierno de Siria, à quien llaman Cele. No bien reducidos los Sirios, enmedio de tantas rotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero escarmentados del castigo que se hizo en ellos, se contubieron en su deber. Rindióse tambien la Isla de Arado; y sí bien Straton, Rey entonces, conservaba aun las ciudades marítimas, y otros muchos lugares distantes del Mar, los entregó despues à Alexandro; el qual habiendole admitido debaxo de su fé, marchó ácia la ciudad de Maratho. Recibió en ella una carta de Dario, escrita con tan soberbios terminos, que quedó bien ofendido de ellos; pero aun mas, de que usando en ella del título de Rey, no se le pusiese. Deciale, mas con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide: *Que le restituyése à su madre, à su muger y à sus hijos, por cuyo rescate le entregaria quanto dinero bastáse à satisfacer à toda Macedonia; y que por lo que miraba al Reyno le disputarian, si gustáse, cuerpo à cuerpo, en igual combate. Pero que si se hallaba aun capáz de admitir consejo, le persuadia se contentáse con el de sus antecesores, sin insultar agenos dominios, en cuyo caso admitiria por lo venidero su amistad y alianza, la qual conservaria con inviolable fé.* Respondióle Alexandro en estos terminos. El Rey Alexandro à Dario. *Dario, Rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo à los Griegos que habitaban las riberas del Helesponto, y arruinó con todo genero de hostilidades à los Jonios, antiguas Colonias nuestras; y habiendo pasado el Mar con un poderoso Exército, introduxo la guerra en lo mas interior de Macedonia y de la Grecia.*

cia. A cuyo exemplo pasó despues de él Xerxes con espantosa multitud de Barbaros à presentarnos la guerra; y habiendo quedado vencido en una batalla naval, y precisado à retirarse, como lo hizo, dexó à Mardonio en la Grecia, para que saqueáse nuestras ciudades, y desoláse nuestras campañas. ¿Y quién ignora, que Philipo, mi padre, fue asesinado por los que sobornaron con largas promesas los vuestros? Porque los Persas emprenden guerras impías, y hallandose con las armas en la mano, en vez de esgrimirlas con generoso espiritu contra los enemigos, venciendolos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio, que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, que sin embargo de hallaros con tan poderoso Exército, habeis ofrecido à un asesino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yo quien hace la guerra, sino quien solo se defiende, y la justificacion de los Dioses quien mira por la causa à quien asiste ésta, han favorecido mis armas, concediendome el que haya reducido gran parte del Asia à mi obediencia, y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y sí bien no debia concederos nada de quanto me pedis, por haber faltado à todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que si venis de la manera à que está obligado quien pide, os entregaré sin rescate alguno à vuestra madre, à vuestra muger, y à vuestros hijos, para que conozcais, que asi como sé vencer, tambien obligar à los vencidos. Y si acaso recelais poneros en mis manos, os concederé salvo conduto, para que lo podais hacer seguramente: Pero no puedo dexar de advertiros, que quando me escribais otra vez, os acordeis de que escribis à un Rey, y Rey vuestro. Despachó con esta carta à Tersippo, y tomó él la vuelta de Phenicia, donde habiendo admitido à su obediencia la ciudad de Byblos, pasó despues à la de Sydon, célebre por su antigüedad, y por la fama de sus Fundadores. Habiendose rendido al Rey Straton, mas que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitadores, respecto de seguir el partido de Dario, quedó privado del Reyno, el qual, confiriendole Ephestion, por el permiso que tenia del Rey, para hacerle el mas digno de los Sidonios, à dos esclarecidos jovenes hermanos, en cuya casa posaba, se escusaron de admitirle, dando por razon, no podian

 con-

condescender à ello, sin contravenir à las leyes de aquel Reyno, las quales ordenaban, que ninguno pudiese ocupar el Trono que no fuese de la Real sangre. Admirado Ephestion de aquella heroyca moderacion con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres por medio del hierro, y del fuego, exclamó en altas voces: *¡O generosas almas! ¡O magnanimos corazones! Vosotros sois los primeros que con loable desengaño habeis conocido quanto mas glorioso es reusar un Reyno, que poseerle. Dadme empero alguno de la Estirpe Real, en quien viva siempre presente, quando se halle colocado en el Trono, la memoria de que os deba la Corona que le ciñereis.* Reconociendo entonces ellos la desmesurada ambicion con que muchos grandes Señores de aquel Reyno aspiraban al Trono, y las serviles indignidades, con que à precio de conseguirlo obsequiaban à los favorecidos de Alexandro, le declararon: *Era, entre quantos conocian, el mas merecedor de la Corona Abdolomino, descendiente, aunque remoto, de la Real Estirpe, y à quien la suma pobreza le precisaba à mantener la vida de el jornal que adquiria con su trabajo en un jardin fuera de la ciudad.* Habiale reducido, como à otros muchos, su gran bondad, à aquella miseria, en la qual, atento à su trabajo, no habia oido el estruendo de las armas, que tenian alterada toda el Asia. Y asi, tomando aquellos dos jovenes hermanos las insignias y ornamentos Reales, partieron en busca de Abdolomino, à quien hallaron arrancando las viciosas yervas de su jardin. Habiendole saludado ambos, le dixo uno de ellos: *Depon esos inmundos andrajos para adornarte de estas Reales vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envejecido: ten Real ánimo, y acredita tu constancia y virtud en igual grado à la elevada fortuna de que te ha hecho merecedor. No empero olvides, quando ocupando el Real Trono te veas árbitro Soberano de la vida y muerte de todos tus ciudadanos, el estado en que te hemos hallado; ni que tu honrada y virtuosa pobreza es la que hoy se corona.* Pareció à Abdolomino sueño lo que le pasaba; y asi les preguntó: *¿Si no se avergonzaban de burlarse de él?* Cuya incredulidad y tardanza en executar lo que le ordenaban les obligó, bien à pesar suyo, à labarle, asearle y ponerle una vestidura de púrpura, recama-

da

da de oro. Despues de lo qual, y de haberle asegurado, debaxo de grandes juramentos, no se burlaban de él, le conduxeron à palacio. Dilatóse al punto por toda la ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad; la qual, quanto à unos fue grata, tanto à otros de considerable disgusto, y con especialidad à los Grandes y poderosos, cuya indignacion prorrumpió ante los Validos de Alexandro en grandes baldones y ultrages de su baxeza y miseria. Ordenó el Rey le llevasen à su presencia; y habiendole advertido por algun rato con bastante cuidado, le dixo: *Aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble è ilustre origen, deseo saber ¿quál ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad y miseria? Permitan los Dioses, Señor*, (le respondió) *que pueda llevar con tan grande ánimo y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de quanto me ha faltado.* Habiendo hecho el Rey por esta respuesta el alto concepto que merecia la virtud de aquel varon, no solo le concedió los bienes muebles de Straton, sino gran parte de la presa de los Persas, acrecentando su Estado con una de las Regiones vecinas. Mientras pasaba esto, llegó à Tripol Amintas (que, como hemos referido, habia dexado el partido de Alexandro) con quatro mil Griegos, que le sirvieron despues de la derrota. Habiendose embarcado en aquel puerto pasó à Chipre, donde juzgando, por el estado presente de las cosas, sería tan dueño de quanto se apoderáse, como pudiera si con justo título lo poseyese, determinó asaltar à Egypto, y declarado enemigo de ambos Reyes, estar pronto á executar lo que con la mudanza y variedad de los accidentes reconociese ser mas conforme à sus intereses. Con cuyo fin, y el de animar à los soldados, esperanzandolos en el interés de tan rica conquista, les hizo saber: *Habia muerto Sabaces, Gobernador de Egypto, en la batalla*: *lo atenuadas que se hallaban las guarniciones de los Persas; los quales estaban sin Cabo*: *y que habiendo aborrecido siempre los Egypcios à los Gobernadores, los recibirian à ellos antes como autores de su libertad, que como à enemigos*: *Que la necesidad les precisaba à intentarlo todo; y que habiendo malogrado la fortuna sus primeras esperanzas, debian fiar mas de las futuras, que de las presentes.* A cuyas persua-

suasiones movidos, declararon à una voz: *Todos estaban prontos à executar lo que dispusiese.* Y asi, teniendo Amintas por mas conveniente valerse de aquel ardor, que dar tiempo à que se resfriáse, entró en el puerto de Pelusa, como si le hubiese enviado delante Dario; y habiendo tomado la ciudad, hizo pasar sus Tropas hasta Memphis. Los Egypcios, pueblo ligero, y mas facil à alterarse, que à obrar accion alguna de consideracion, movidos à la fama de su venida, saliendo de sus ciudades y villas, conspiraron generalmente todos, para echar de los Presidios las guarniciones de los Persas; los quales, aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdida del todo la esperanza de poder defender à Egypto. Pero habiendolos roto Amintas en batalla, y obligadoles à que se retirasen dentro de la misma ciudad de Memphis, puso sitio à ésta, y envió sus Tropas à forragear por aquellas campañas, como si se hallasen abandonadas, y no tubiesen enemigo de quien temer. Mazares, aunque reconoció à su gente perdida de ánimo despues de aquella infelíz rota, manifestandoles que los enemigos, ciegos con el felíz suceso de la victoria, se habian entregado enteramente al descuido, y esparcido por todas partes, los esforzó quanto le fue posible à que hiciesen una salida, y à que en ella procurasen resarcir la reciente pérdida. Correspondió à la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepcion de alguno fueron muertos todos con su Capitan; quedando por este medio vengados ambos Reyes, de quien habia sido tan infiel al que le habia amparado, como traydor al que como à su dueño debia guardar lealtad; y él con el castigo que merecia de uno, y otro. Los Satrapas de Dario, que quedaron de la jornada de Iso, habiendo juntado toda la gente que se libró con ellos, y alistado alguna juventud en la Paphlagonia y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lydia, de quien era Gobernador Antigono, Capitan de Alexandro; à quien, enmedio de haber enviado al Rey algunas Tropas de sus mismas guarniciones, le dieron tan poco cuidado los Barbaros, que no escusó presentarles la batalla; en la qual no se mostró menos favorable, que en las demás, la fortuna, pues en tres combates que tubieron en diversos lugares, quedaron rotos enteramente los Persas; à cuyo tiempo derrotó

la

la Armada de los Macedones, que venía de Grecia, à Aristodemo, enviado de Ario, para que recuperáse la costa del Helesponto, y echó à pique sus baxeles. Con todo, por otra parte Pharnabazo, General de los Persas, habiendo recogido el dinero que pudo de los Mylesios, y puesto guarnicion en la ciudad de Chio, pasó con cien Naves ácia la Isla de Andro, y de allí à Syphno; y habiendolas asegurado, las condenó à una cantidad de dinero. Esta cruel guerra, encendida por dos Reyes, los mayores de la Europa, y del Asia, para apurar qual de ellos quedaria Señor del Universo, dilató sus llamas hasta Grecia y Creta; porque Agis, Rey de los Lacedemonios, habiendo vuelto à juntar ocho mil Griegos, que fugitivos de la Cilicia se habian retirado à su patria, hacía guerra à Antipatro, Gobernador de Macedonia; y los Cretenses, siguiendo indiferentemente unos un partido, y otros otro, se hallaban cargados de guarniciones, ò Macedonas ò Spartanas: sí bien, habiendo inclinado los ojos la fortuna à sola una querella, de cuyo suceso pendia la decision de todas las diferencias del resto del Mundo, los demás movimientos fueron de cortisima consideracion.

CAPITULO II.

PONE ALEXANDRO SITIO A LOS TYRIOS, por no haberle querido admitir.

SUjeta enteramente Syria y Phenicia al poder de los Macedones, sin que de toda ésta les quedáse otra ciudad, que no lo estubiese, que Tyro, plantó el Rey su Campo en cierto lugar, à quien separa de aquella solo un corto brazo de Mar. Parecióles à sus habitadores, que hallandose aquella ciudad tan poderosa, y celebrada por la primera de ambas Provincias, sería mas conforme à su reputacion solicitar la alianza de Alexandro, que sujetarse à su Imperio. Con cuyo fin despacharon Embaxadores que le presentasen una Corona de oro, y llevasen en gran abundancia víveres, y todo genero de refresco. Admitió con gratitud el Rey aquella demostracion; y habiendo tratado con gran benignidad à los Embaxadores, les dió à entender: *Deseaba,*

ba , en cumplimiento del precepto del Oráculo , hacer sacrificio à Hercules , à quien con mas especialidad que à los demás Dioses veneraban los Tyrios , y de quien los Reyes de Macedonia creían descender. Respondieronle : *Que en cierto lugar , llamado la Antigua Tyro , fuera de la ciudad , habia otro Templo consagrado à Hercules , donde le podria hacer.* No pudiendo Alexandro reprimir su indignacion, enmedio de su natural blandura, les dixo colérico : *Que si por hallarse en una Isla despreciaban su Exército , esperaba mostrarles bien à prisa , que estaban en Tierra-firme , y entrar à pesar suyo à fuego y sangre en su ciudad.* Despachados con esta respuesta los Embaxadores , no bastó , ni ella , ni las persuasiones con que procuraron sus Aliados reducirlos à que abriesen las puertas à aquel Conquistador , à quien se le habian sujetado Siria y Phenicia , para que dexasen sus ciudadanos resolverse à tolerar el Sitio , fiados en la fortaleza de su situacion , entre cuya ciudad , y la Tierra-firme , se interpone un estrecho de Mar de quatro estadios de latitud ; el qual , expuesto al viento africano, que de ordinario levanta allí terribles tormentas , era el mayor obstáculo al intento que los Macedones tenian de juntar la Isla à la Tierra-firme , respecto de que no pudiendo llevar à ella sin gran dificultad , aun estando el Mar en tranquilidad y bonanza , material alguno , parecia tanto mas imposible estando en borrasca , quanto entonces aun los reunidos quedan reducidos à estrago por los repetidos embates del refluxo, sin que pueda haber máquina , por firme que sea , à quien no destruyan las aguas que se introducen por las junturas de lo labrado , è inunden y abran las crecidisimas olas que levanta la impetuosa violencia del viento. A cuya gran dificultad se añadia la de estar rodeados los muros y las torres por todas partes del Mar, sumamente profundo allí, por cuya causa le sería imposible arrimar las escalas , ni batirlas , si éstas y los instrumentos para hacerlo no se asestaban à alguna distancia sobre las mismas naos; impidiendo tambien el muro que salia de ácia el Mar, que à pie firme se pudiese atacar de cerca ; no sirviendo de menor atraso la falta de baxeles con que estaba el Rey , y la facilidad con que podrian desde la ciudad rechazarlos , (aun quando los tubiese) si se llegasen à ella à tiros de flechas , no pudiendo

ha-

hacer efecto alguno las máquinas que se armasen sobre èllas, respecto de la agitacion de las ondas. A cuyas impenetrables dificultades se llegó cierto accidente, que aumentó la confianza de los Tyrios, è inflamó mas sus animos à la defensa. Este fue, haber enviado los Carthaginenses Embaxadores à Tyro para hacer, à la manera de su patria, el sacrificio, que repetian todos los años, en reconocimiento de haber fundado à Carthago los Tyrios, à quienes honraban como à Padres suyos. Estos, pues, esforzandolos à la vigorosa resistencia de aquel Sitio, les ofrecieron pronto socorro, siendoles facil darsele, hallandose entonces Carthago Señora del Mar. Conque resueltos à defenderse hasta el ultimo trance, se distribuyeron por las torres y los muros las máquinas è instrumentos de guerra, se armó la juventud, y se les señalaron sus Tiendas à los Ingenieros, de que habia grande abundancia en la ciudad, donde no se oía sino el estruendo y las disposiciones para la guerra. Hallabanse algunos garfios de hierro, à quienes llamaban Arpagones, asi como Cuervos à ciertos instrumentos, hechos para asir las máquinas de los enemigos; sin infinita diversidad de armas defensivas y ofensivas. Introducido empero el hierro en muchas fraguas para forjar las armas, se refiere, que al encenderlas el fuego, se veían correr por debaxo de las llamas arroyos de sangre, cuyo prodigio interpretaron los Tyrios à favor suyo; asi como Aristandro, el mas docto de los Adivinos, que entonces se hallaban, à presagio de la ruina de la ciudad, quando absorto y suspenso el Rey del que habia acaecido en su Exército, partiendo un pan, de quien brotaron algunas gotas de sangre, le aseguró del cuidado, declarando: *Que si la sangre corriese por defuera, sería infausto agüero para los Macedones; pero que saliendo de él, lo era para la ciudad, contra quien intentaban poner Sitio.* Sin embargo, considerando Alexandro, que su Armada se hallaba distante de allí, y lo que podria atrasar las demás empresas la dilacion de aquel Sitio, les ofreció la paz, por medio de Enviados, à quienes contra el derecho de las gentes, dieron muerte, y arrojaron desde los muros al Mar. A vista de cuya sangrienta ignominia, no teniendo lugar la duda en la determinacion del Sitio, se dedicó Alexandro con el mayor ardor à él. Siendo empero preciso hacer antes el

X mue-

muelle que habia de unir la ciudad à la Tierra-firme, desalentaba tanto à los soldados, el ver la profundidad del agua, que pareciendoles imposible llenarle, sino milagrosamente: *¿Qué desmesuradas piedras*, (decian) *ni qué crecidos arboles bastarán à conseguir lo que apenas podrán acabar infinitas legiones de gente? Y que estando alli el Mar en contínua alteracion, quanto mas se estrecháse el paso entre la Tierra firme, y la Isla, tanto mas furiosas serían las borrascas.* Con todo, Alexandro, conociendo el genio de sus soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus animos à aquella empresa, les hizo creer: *Se le habia aparecido en sueños Hercules, y que estendiendole la mano, y abriendole las puertas, le introducia en la ciudad. Despues de lo qual, y de haber ponderado la cruel atrocidad que habian cometido en sus Enviados los enemigos, el desacato con que habian violado el derecho de las gentes, y como era aquella ciudad, la que unicamente se habia atrevido à interrumpir el curso de sus victorias, ordenó à los Capitanes, esforzasen à sus soldados, y evitasen los corrillos y murmullos.* Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposicion las cosas, dió principio à la obra, para quien se aprovecharon de las piedras, que aun se conservan entre las ruinas de la antigua ciudad de Tyro, y de las maderas que ministró el monte Lybano, de quien cortaron quantas fueron necesarias para la fábrica de navios y torres. Llegaba ya la obra à una considerable altura, sí bien no igualaba con el agua, y quanto mas iba desviandose el muelle de la ribera ácia el Mar, tanto mas se hundia por la inmensa profundidad; de cuya oportunidad se aprovechaban los Tyrios para arrimarse en sus chalupas, y escarnecer y burlar à los Macedones, à quienes decian: *Veían, no sin gran gusto, à aquellos Conquistadores, tan celebrados en el Mundo, llevar à sus hombros, no de otra suerte que las bestias, los materiales para la fábrica, preguntandoles en mayor ignominia suya, ¿si por ventura era Alexandro mas poderoso que Neptuno?* Sí bien, estos ultrages solo servian de mas estímulo para la presteza de los soldados, los quales consiguieron por ultimo, à fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliese ya fuera del agua, y que poco à poco se fuese estendiendo y aumentando por todas partes hasta tocar con la

ciu-

ciudad. Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entonces se la habia ocultado el Mar, iban con esquifes à reconocer el muelle, no enteramente perficionado, y cercandole molestaban à los que se ocupaban en hacerle. Herian, sin daño suyo, à muchos de los Macedones, los quales no pudiendo estorvar que se acercasen y retirasen à sus esquifes libremente, se hallaron precisados à suspender la obra por acudir à su defensa. Reconociendo esto Alexandro, dió orden para que con diversos reparos se evitáse el daño de los obreros, y se levantasen dos torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiese desde ellas embarazar à los enemigos el que se acercasen. Los quales, armando por otra parte sus esquifes, y arrimandolos à la ribera, en parte donde no podian ser vistos de los enemigos, desembarcaron su gente, y dieron muerte à algunos soldados que conducian la piedra; asi como tambien en el monte Lybano los villanos Arabes, à cerca de treinta de los Macedones, que hallaron por allí desordenados, sin otros à quienes hicieron prisioneros.

CAPITULO III.

HACEN CELEBRE Y FAMOSO EL SITIO de Tyro, los dudosos acontecimientos de la guerra.

EStas pérdidas, sí bien ligeras, y el deseo de que no se juzgáse podia ser solo el Sitio de una ciudad, asunto capáz à ocupar todo su cuidado, sin darle lugar à otras empresas, obligaron à Alexandro à que dexandole al de Cratero, y de Perdicas, se encamináse con un Exército volante à Arabia. Habiendo elegido los Tyrios, mientras estaba ausente, la mayor nao que tenian, y llenado su popa de arena y piedras, para que levantáse la proa; bien carenada de betun y azufre, la echaron al Mar, desde donde, surcando à velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle, à cuyo tiempo pegaron fuego à la proa, y se pasaron à las chalupas que habian llevado para este efecto. Encendióse inmediatamente el baxel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir à evitar el estrago los Macedones, prendieron en las torres, y en las demás obras que estaban sobre

el muelle. En cuyo interin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que habian pasado à ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo, y quanto les pareció capáz de alimentar el fuego, el qual corriendo hasta lo alto de las torres con suma boracidad, hizo considerable estrago en los que halló en ellas, de los quales perecieron unos miserablemente à su rigor, y se precipitaron, depuestas y abandonadas sus armas, otros al Mar, donde viendolos nadar los Tyrios, y queriendolos antes cautivos, que muertos, los herian y maltrataban con saëtas y palos, hasta que imposibilitados de defenderse los metian en sus esquifes. No fue solo el fuego causa de tan considerable estrago, tambien tubo gran parte en él la deshecha borrasca que sobrevino, à cuya recia impetuosidad, impelidas las ondas, azotaban en aquella reciente fábrica, con tan cruel violencia, que desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron à caer las piedras, y la mitad de la obra. Con que roto aquel cúmulo de ellas, sobre quien se reunia la tierra, se precipitó à lo profundo del Mar todo el reciente edificio, sin que halláse Alexandro, quando volvió de Arabia, algun vestigio de él; à cuyo tiempo se atribuía (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) unos à otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con mas razon quexarse todos de la furiosa crueldad del Mar. Habiendo dado principio el Rey à otro nuevo muelle, quiso, que asi como el antecedente estaba de lado contra el viento, le miráse de frente éste, à quien defendian las demás obras, las quales quedaban como ocultas debaxo de él, y que tubiese mayor extension, que preserváse las torres (fabricadas en medio) de los tiros de las flechas. Arrojaban, pues, con este fin à el Mar arboles enteros, cargados de sus ramas, à quienes cubrian de piedras, sobre las quales plantaban otros, y sobre éstos un suelo de tierra y piedras que los cubria, y à él nuevos arboles, continuando de esta suerte aquella estraña fábrica, hasta que aumentada quedó trabada, y tan firmemente unida, como pudiera si se hubiese fundado sobre sólidos cimientos. No se descuidaban por su parte los sitiados, los quales hacian quanto les era posible por embarazar la prosecucion de el trabajo; à que les ayudaban no poco algunos, que nadando entre dos

aguas,

aguas, llegaban al muelle, sin ser sentidos de los enemigos; y tirando ácia sí à gran fuerza con garfios de las ramas, que salian por fuera de la obra, llevaban éstas tras sí quanto tenian encima, y dexaban arruinada gran parte de ella. Con que no siendo dificil desviar los troncos sobre quienes cargaba el peso, aligerados yá, llegando à faltar aquel fundamento, y sucediendo lo mismo à lo demás, quedaba enteramente arruinado todo. Por lo qual, hallandose Alexandro disgustado, y dudoso en la resolucion de continuar, ò levantar el Sitio, le llegó de Chipre una Armada, y Cleandro con las Tropas Griegas, que habia poco antes pasado por el Mar al Asia, que unos y otros baxeles componian una de ciento y ochenta velas. Dividióla en dos alas, y embarcandose en la galera Real tomó la derecha, y dió la siniestra à Pnytagoras, Rey de Chipre, y à Cratero. No se atrevieron los Tyrios, aunque tan poderosos en el Mar, à presentar la batalla: opusieronse sí solo al enemigo, con sus galeras abrigadas de sus muros. Pero no por esto dexó el Rey de acometerlas, y echarlas à pique todas, y de arrimarse el dia siguiente con su Armada à los muros, à quienes batió por todas partes con las máquinas, y con los Arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas, y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero, para poderse defender desde él, si se arruináse aquel. Sin embargo, cercados por todas partes, respecto de llegar ya, enmedio de los embarazos que pusieron, el muelle à tiro de saëta, y de rodearle los muros la Armada enemiga, eran à un mismo tiempo trabajados, asi por Mar, como por tierra. A que se llegaba la disposicion en que habian ordenado sus galeras de quatro ordenes los Macedones, los quales, uniendo unas con otras sus proas, habian cubierto todo el espacio que se interponian entre las popas de maderos trabados y unidos con tal firmeza, que servian de puentes, sobre quienes se plantaban los soldados. Dispuestas en esta forma las galeras, bogaron à fuerza de remos ácia la ciudad, cargando desde cubierto à los que defendian la muralla, respecto de servir las proas de parapeto. Mediada la noche ordenó se estendiesen en esta forma al rededor de las murallas, con ánimo de dar un asalto general; à vista de lo qual, desesperados ya los Tyrios, y sin saber que hacerse, se em-

empezó à cubrir repentinamente el Cielo de nubes, que usurpaban aun aquella corta luz, que suelen permitir, enmedio de su obscuridad, las tinieblas. Alterado el Mar se empezó poco à poco à embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia del viento, horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las galeras unas con otras, que rotos los cables y maderos, que los unian, y precipitados al fondo, arrastraban tras sí con espantoso fracaso los hombres; no siendo posible gobernar las galeras, unidas unas con otras, en tan furiosa tormenta; en la qual, el soldado embarazaba al marinero, el marinero al soldado: y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el mas experimentado y diestro obedecia al menos experto, porque los Patronos, acostumbrados à mandar siempre, despavoridos entonces con el miedo de la muerte, solo atendian à obedecer. Sin embargo, cedió por ultimo el Mar à los constantes esfuerzos de los remeros, los quales parecia le arrebataban à viva fuerza las galeras, que por ultimo, aunque muy maltratadas, tomaron la ribera. Arribaron en el mismo dia à Tyro treinta Embaxadores de Carthago, mas para dar esfuerzo, que socorro à los Tyrios, con quienes se escusaron de no traherle, respecto de estar los Carthaginenses en guerras dentro de su misma patria, en quien se hallaban precisados à pelear, no menos que por la conservacion de su Reyno, por la defensa de sus vidas. Siendo cierto que los Siracusanos, los quales saqueaban y robaban entonces con poderoso Exército toda el Africa, se habian acampado muy cerca de los muros de Carthago: no perdiendo empero los Tyrios el ánimo, enmedio de ver frustradas sus mayores esperanzas, enviaron sus mugeres, y sus tiernos hijos à Carthago, esperando aseguradas sus mas queridas prendas, poder con mayor firmeza y constancia resistir los infortunios que les sobreviniesen. Con todo, refiriendo en Junta General cierto ciudadano: *Como se le habia aparecido en sueños Apolo, à quien adoraban con especial culto, y mostrado, que abandonaba la ciudad, y que el muelle de los Macedones, quedando en seco, se habia convertido en bosque;* preocupados del miedo (enmedio de no ser el autor de gran fé) inclinados à creer lo peor, aprisionaron la estatua de Apolo con una cadena de oro, la qual clavaron en el

Al-

Altar de Hercules, à quien estaba dedicada la ciudad, juzgando detenerle por medio suyo. Habian llevado allí desde Siracusa los Carthaginenses (tan cuidadosos siempre de exornar è ilustrar à Tyro con las presas y despojos de las ciudades, que habian adquirido, como à la misma ciudad de Carthago) aquel simulacro, à quien colocaron en el mismo lugar donde reconocian su origen. Proponian algunos, que se reestableciese un sacrificio, desusado ya, despues de muchos siglos, y que no sé que pudiese ser acepto à los Dioses. Reduciase este à consagrar à Saturno un niño de la primera nobleza, cuya sacrilega costumbre recibida de sus Fundadores, y observada en Carthago hasta su destruccion, es sin duda que se habria renovado entonces allí, y cometido supersticion tan bestial, como opuesta à la naturaleza, à no haberlo embarazado la madurez y prudencia de los que por mas ancianos conservaban en Tyro la primera autoridad. Hallandose, pues, los Tyrios en aquel conflicto, en el qual suele mostrarse la necesidad mas industriosa que el arte, dispusieron, de más de los instrumentos ordinarios, cierto genero de invenciones, con que poder defenderse, y ofender à los enemigos. Contra quienes para incomodar las galeras que se acercaban à los muros, unian ancoradas de quatro brazos, ozes, y manos de hierro à grandes vigas, las quales (dispuestas sus máquinas en forma de arcos) ponian en lugar de flechas, y las disparaban à los enemigos; cuyos maderos quebrantaban à unos, y cuyas ancoras y ozes, las quales, clavadas en ellos, quedaban pendientes, despedazaban à otros, causando considerable daño en las galeras. No contenta con estos su industria, pasó à hacer ciertos escudos de alhambre, los quales introducidos en la fragua, los sacaban de ella hechos asqua; y llenandolos de arena, ò de lodo hirviendo, los arrojaban prontamente desde la muralla à los enemigos, à quienes era tanto mas sensible este genero de tormento, quando pasandoles la arena ardiendo la cota, y penetrandoles hasta la carne los abrasaba, sin que pudiesen echarla de sí; hallandose precisados, para conseguirlo, à arrojar las armas, y à rasgar sus vestidos: en cuyo caso quedaban mas expuestos à los golpes de los enemigos, los quales con las ancoras, con las ozes, y con las manos de hierro, clavadas à las vigas, arrebataban à sí à muchos de ellos.

CA-

CAPITULO IV.

APODERASE POR ULTIMO ALEXANDRO de Tyro, en quien hace considerable estrago su Exército.

DIsgustado Alexandro de que la vigorosa resistencia de un Sitio le dilatáse su tránsito à Egypto, interrumpiendolo infelizmente el acelerado curso con que habia corrido toda el Asia, y malograndole la prosecucion dichosa de mayores empresas, resolvió abandonar el Sitio. Contrapesando empero con el descredito de partirse, sin haber conseguido designio en que se habia empeñado, la corta probabilidad, que veía de adelantarle, y haciendo mayor impresion que otras consideraciones en su ánimo el reparo de su reputacion, la qual habia contribuido aun mas que sus armas al acrecentamiento de su gloria, y de no dexar en Tyro un testimonio de su mengua, y de que podia ser vencido, resolvió hacer el ultimo esfuerzo con mayor número de navios, en quienes puso lo mas escogido de sus Tropas. Mientras se disponia à su execucion, se dexó ver acaso sobre las aguas una Ballena de extraordinaria magnitud, la qual, acercándose al muelle de los Macedones, y batiendo en él las alas, y levantando aquella formidable corpulencia, se dexó ver mejor de ambos Exércitos. Despues de lo qual, sumergiendose desde lo alto del muelle al Mar, y ocultandose unas veces en él, y saliendo otras casi todo fuera del agua, se volvió à dexar ver por ultimo no lexos de las murallas de la ciudad, cuyo expectáculo fue de tan igual regocijo à los Tyrios, como à los Macedones. Decian estos: *Les habia descubierto la Ballena el camino por donde habian de dirigir su obra; y aquellos, que indignado Neptuno de la temeridad de Alexandro, habia enviado à aquel monstruo por mensagero de su venganza, la qual esperaban lograr bien aprisa, con la ruina de todo aquel trabajo.* Lo cierto es, que los dexó tan gustosos aquel presagio, que le celebraron toda la noche con festines y banquetes, de quienes salieron tan embriagados, que al descubrirse el Sol, embarcandose

en sus baxeles, à quienes habian coronado de guirnaldas de flores, anticipaban los regocijos de esta victoria; en tan gran confianza los dexó aquel agüero. En el interin el Rey habia ordenado su Armada delante de la obra que miraba à Egypto, y dexado solo treinta baxeles al opósito de el puerto de Sidon, de los quales tomaron dos los Tyrios, cuya presa ocasionó gran terror en los demás, hasta que oyendo Alexandro los gritos de los suyos, hizo volver su Armada ácia la parte del ruido, donde, como la mas ligera, llegó primero que las otras la Real, compuesta de cinco ordenes de remos. Luego que la vieron los Tyrios enviaron dos galeras suyas à que la embistiesen: bogaba la Real contra una de ellas, à quien tomó, sin embargo de haber recibido un gran golpe del choque de su espolón; y sí bien la que habia quedado libre se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordando una de las galeras del Rey de tres ordenes de remos, fue tan terrible el choque que descargó en ella, que arrojó al Patron de lo alto de la popa al Mar: à cuyo tiempo, sobreviniendo muchas galeras Macedonas, y el mismo Rey, recuperada, no sin gran trabajo, la galera que se les habia tomado, se retiraron los Tyrios ácia la ciudad con toda su Armada. Siguiólos el Rey, y aunque no pudo entrar en el puerto, respecto de impedirselo las inumerables flechas que le arrojaban desde los muros, apresó, ò echó à pique casi todos los baxeles. Pasado esto, concedió Alexandro à sus Tropas dos dias de descanso: despues de los quales, y de haber hecho que su Armada, y las máquinas se acercasen al muro, subió à una torre de suma altura, con tan grande y generoso ánimo, como peligro de su persona, respecto de que reconociendole inmediatamente por sus Reales Insignias, y por la riqueza de sus armas, fue el blanco de todas las flechas de los enemigos. Desde ella obró acciones dignas de sí, y de que las advirtiesen todos: dió muerte à lanzadas à muchos que defendian la muralla; y acercandose mas à ésta, derribó dentro de la ciudad à cuchilladas à unos, y precipitado al Mar à golpes de su escudo à otros, respecto de llegar casi al mismo muro la torre desde donde combatia. Ya sus principales defensas, desmoronadas à los repetidos è impetuosos golpes de los Arietes, caían en tierra: ya la Arma-

da habia ganado el puerto; y ya los Macedones estaban apoderados de las torres que desampararon los enemigos; los quales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huían unos à los Templos, implorando el socorro de los Dioses, y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte, arrojandose otros sobre los mismos enemigos, resueltos à vender à buen precio sus vidas: la mayor parte empero, subiendose à los techos, arrojaba en los enemigos piedras, y quanto hallaban para ofenderlos. Mandó el Rey: *Que preservados los que se habian refugiado à los Templos, fuesen todos los demás muertos, y sus casas abrasadas.* Cuya orden, enmedio de haberse publicado, no bastó à obligar à ninguno de quantos trahian armas à que se rindiese à recurrir à los Templos; los quales llenaba crecido número de mugeres y de niños unicamente, asi como ocupaban los umbrales de sus casas los mas ancianos, esperando la hora de sacrificar sus vidas al furor de los soldados. Sí bien los Sidonios que se hallaban en el Exército de Alexandro, y habian entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad que suponian tener con los Tyrios, por creer igualmente que su ciudad de Sidón, la de Tyro, fundacion de Agenor, libraron à muchos, à quienes embarcaron ocultamente en sus baxeles, y los pasaron à Sidón, por cuyo oficioso engaño se preservaron de la saña de el vencedor hasta quince mil; pudiendose inferir quál sería la mortandad y el estrago de haberse hallado dentro de las murallas de la ciudad seis mil despedazados. Enmedio de el qual, no habiendose templado aun la indignacion de el Rey, ofreció à los vencedores un expectáculo horrible y cruél, aun à sus mismos ojos. Componiase éste de dos mil hombres, à quienes, habiendo satisfecho, y apuradoseles la rabia con la mortandad hecha en los enemigos, hizo ahorcar, y fixar à orillas de el Mar. Perdonó empero à los Embaxadores de los Carthaginenses, aunque declarandoles la guerra, que por entonces difería, respecto de la ocurrencia presente de las cosas. De esta suerte se hizo Alexandro dueño de la ciudad de Tyro, despues de siete meses de Sitio. Su antiguo origen, y las freqüentes variedades de su fortuna, la han hecho célebre à la posteridad.

Fun-

Fundóla Agenor, y fue por largo tiempo, no solo Señora del Már vecino, sino de todos los demás que penetraron sus proas. Y si hemos de dar credito à la fama, los Tyrios fueron los primeros que inventaron las letras, ò que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda es, que sus colonias se dilataron casi por todo el universo, à Carthago en Africa, à Thebas en la Beocia, y à Cadiz en las riberas de el Occeano; y que, ò por haber tenido, como creo, tan grande jurisdicion en el Mar, y navegado con tanta freqüencia por tan desconocidas tierras à las demás naciones, eligieron lugares cónmodos para que pudiese poblar una parte de su lozana juventud, muy aumentada entonces; ò como algunos quieren porque trabajados los habitadores de los recios temblores de tierra, à que esta isla se halla sujeta, se vieron precisados à buscar por medio de las armas nuevas tierras y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruinas, goza el dia de hoy de la felicidad de una dilatada paz, con cuyo beneficio vuelven à florecer los estados, y de el mas seguro reposo, debaxo de la proteccion dichosa del Imperio Romano.

CAPITULO V.

ESCRIBE DARIO A ALEXANDRO CON MAS urbanos terminos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia: Presentan los Griegos à Alexandro una corona de oro: Reduce debaxo de su obediencia muchas Provincias por medio de sus Capitanes.

CAsi al mismo tiempo recibió Alexandro otra carta de Dario, en que ya le trataba como à Rey: *Ofreciale en casamiento à su hija Statira, y en dote quanto se contiene entre el Helesponto y el rio Halis, sin reservar mas, que las tierras que miran al Oriente. Pediale, que en caso de no querer admitir estos ofrecimientos, se acordáse de la instabilidad de la fortuna, y de que quanto mas colmados sè hallan de felicidad los hombres, tanto mas expuestos están à la embi-*

 dia,

dia, que concita ésta contra ellos. Representábale quanto temia, que no de otra suerte que los pajaros, à quienes los elevaba su natural ligereza à las nubes, se dexáse llevar del viento de una desmesurada y loca ambicion, à que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles, no habiendo accion mas dificil que la de saberse gobernar en la edad que tenia, con la gran fortuna que gozaba. Que advirtiese, que enmedio de las pérdidas recibidas, le quedaban aun fragmentos de su naufragio; que no siempre habia de hallarse encerrado y oprimido entre las rocas; pues era preciso que alguna vez saliese à espacioso campo, donde no podia dexar de avergonzar à Alexandro el corto número de sus soldados. Que aun tenia que pasar el Euphrates, el Tigris, el Arages y el Hidaspes, cuyos rios eran como antemurales de su Imperio. Y que aun quando los pasáse felizmente, debia considerar el tiempo que consumiria en penetrar la Media, la Hircania, la Bactria y los Indos del Oceano: el que le costaria sujetar à los Sogdianos y á los Arachosios, pueblos, cuyos nombres apenas eran conocidos, y à tantas naciones, confinantes con el Caucaso y con el Tanais. En cuyas vastas provincias (necesitando aun para pasar seguramente por ellas de largos años) se envejeceria en solo hacerlo. Y ultimamente, que dexáse de llamarle, porque si iba à él, sería para ruina suya. Respondiole Alexandro: *Que no podia dexar de estrañar ofreciese lo que no tenia, y que dividiese (como pudiera si lo poseyese) lo que enteramente habia perdido; pues le prometia la Lydia, la Jonia, la Eolia y toda la costa de el Helesponto, habiendo sido premios de sus victorias; quando por vencedor debia él darle la ley, y recibirla Dario como vencido: Que si solo él ignoraba qual de los dos era el dueño, se lo enseñaria en una batalla: Que quando pasó el Mar no limitó sus empresas à la Licia ò à la Lydia, cuyas conquistas serian à la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato; pues se dilataban à Persepolis, y à reducir debaxo de su obediencia la Bactria, la Ecbatana, y los ultimos terminos del Oriente: Que tuviese por cierto, que à qualquiera parte donde huyése, le habia de seguir; y que asi no pensáse acobardar con sus rios à quien habia sulcado tan dilatados Mares.* Esta fue la sustancia

cia de lo que ambos Reyes se escribieron. En tanto los Rhodios, franqueando las puertas de su ciudad a los vencedores, se la entregaron à Alexandro; el qual habia dado antes el gobierno de la Silicia à Socrates, y à Philotas el de todas aquellas tierras, que se ofrecen en los contornos de Tyro. Dexó Parmenion à Andrómaco el de Siria, llamada Cele, por seguir al Rey; el qual, habiendo ordenado à Ephestion, General de la Armada, costeáse por la Phenicia, tomó con todas sus Tropas la vuelta de la ciudad de Gaza. Hallandose proximo el dia que los Griegos tienen destinado para la solemnidad de los juegos Isthmios, à quienes concurre indecible muchedumbre del pueblo, determinaron en él los Griegos, naturalmente lisonjeros è inclinados à acomodarse al tiempo: *Enviar doce Embaxadores al Rey, con una corona de oro, en testimonio y reconocimiento de las gloriosas victorias que habia obtenido en beneficio de la salud y libertad de la Grecia*: siendo asi, que habiendo dado poco antes oidos à cierto vago rumor, estubieron pendientes del suceso de la guerra, para no separarse de la parte, à que viesen se inclinaba la fortuna. No solo rendia el Rey à su obediencia las ciudades que la rehusaban, sino tambien sus Gobernadores, esclarecidos Capitanes, hacian por su parte admirables progresos. Apoderose Calas de Paphlagonia; y Balacro, despues de haber roto à Idarmo, Satrapa de Dario, de la ciudad de Mileto: reduxeron Amphotero y Hegeloco con una Armada de ciento y sesenta velas à la obediencia de Alexandro todas las Islas que están entre Achaya y el Asia; y se apoderaron de Tenedos, donde fueron llamados de sus habitadores. Resolvieron hacer lo mismo de Chio; pero habiendo preso Pharnabazo, Pretor de Dario, à los principales de la faccion de los Macedones, dexó la ciudad, aunque sin la guarnicion que necesitaba, al cuidado de Apolonides y de Athanagoras que seguia su partido. No por esto desistieron del Sitio los Capitanes de Alexandro, fiados mas en el afecto de los habitadores, que en sus proprias fuerzas; cuya confianza no les salió vana, pues habiendose movido cierto disgusto entre Apolonides y los Capitanes de la guarnicion, les facilitó el desorden que causó, el que se apoderasen de la

ciu-

ciudad. En la qual, habiendo derribado las puertas los que tenian inteligencia con los Macedones, hicieron entrar à Amphotero y à Hegelo con sus Tropas; y juntandose à ellos, despues de haber muerto la guarnicion, se apoderaron de Pharnabazo, de Apolonides y de Athanagoras, y los entregaron à los vencedores: asi como tambien doce galeras de tres ordenes, con sus remos y soldados: treinta navios, con algunos vasos de corsarios, y tres mil Griegos, que estaban à sueldo de los Persas. Reclutaronse con los soldados las Compañias; y habiendo castigado los pyratas, pusieron en las galeras del Rey à todos los forzados. Sobreviniendo acaso alli, à la primer vigilia de la noche, Aristonico, tyrano de Methimneos, se presentó ignorante de lo que pasaba en Chio, con algunas fragatas, à la boca del puerto, è hizo saber à las guardas: *Iba à ver à Pharnabazo.* Respondieronle éstas: *Estaba recogido, y que por entonces no lo podia hacer; pero que pues era amigo suyo entráse en el puerto, y que el dia siguiente le veria.* Executólo asi Aristonico, à quien siguieron diez vergantines de pyratas; pero apenas lo hubieron hecho, quando cerraron las guardas el puerto, y los hicieron à todos prisioneros, sin que pudiese alguno ponerse en defensa. Pasaron desde alli los Macedones à Mitilene, à quien Cares Atheniense habia tomado poco antes, hallandose en ella con dos mil Persas; pero no siendo bastantes fuerzas estas para mantener un Sitio, rindió la ciudad, capitulando habian de salir libres, y se retiró à Imbros; los vencedores perdonaron á los ciudadanos.

CAPITULO VI.

MIENTRAS DARIO SE DISPONE PARA la guerra, toma Alexandro la ciudad de Gaza, y castiga gravemente à Batis su Gobernador.

HAbiendo perdido Dario las esperanzas de la paz, que habia creido alcanzar por medio de sus cartas, y de sus Embaxadores, volvió à juntar todas sus fuerzas, y se dispuso para la guerra; con cuyo fin ordenó à sus Capitanes hicie-

ciesen la masa del Exército en Babylonia; y à Beso, Satrapa de la Bactra, que alistado el mayor número de gente que le fuese posible, la conduxese allí. Tienen los Bactrianos entre todas aquellas naciones el primer credito de soldados, y demás Barbaros; asi por no haber participado de la delicadez de los Persas, como porque en imitacion de los Scythas vecinos suyos, pueblos sumamente belicosos, y que solo viven de las rapiñas, se hallaban siempre en armas. Llevando empero mal Beso la superioridad de otro, dió sobrada ocasion para que el Rey quedáse poco seguro de su fidelidad, levantando el ánimo á las esperanzas del Reyno, à que no podia dexar de aspirar, sino por medio de alguna traycion. En tanto, Alexandro hacía todas las diligencias posibles por saber el parage à que se habia encaminado Dario, aunque sin ningun fruto, respecto de la inviolable observancia con que los Persas conservan ocultas las resoluciones de sus Principes, cuyo secreto no son poderosas à romperle, ni las mayores promesas, ni las mas rigurosas amenazas, y cuya infraccion se castiga por antigua ley del Reyno con graves penas. Por lo qual, entre ellos se tiene por incapaz de que se le fie cosa de importancia al que no sabe callar; por contravenir à lo que parece quiso la naturaleza fuese lo mas facil de observar en el hombre. Alexandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del enemigo, puso Sitio à Gaza, en quien se hallaba por Gobernador Batis, Cabo de tan gran valor, como fidelidad à su Rey; el qual con cortisimas fuerzas defendia una plaza, que necesitaba de considerable presidio. El Rey, despues de haber reconocido su situacion, ordenó que se hiciesen secretamente unos conductos debaxo de tierra, à que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por alli el Mar vecino gran cantidad de arena; mezclada con tierra, sin piedras ni peñascos, que dificultasen el ahondar, y que estos fuesen por parte que no pudiesen ser advertidos del enemigo; con cuyo fin hizo acercar las máquinas ácia la ciudad, como para asaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino, el transporte de las torres, cuyas ruedas encallandose en aquellos crecidos arenales, donde ni podian dar vuelta, ni caminar

sin

sin grandes bayvenes, ocasionaban que se rompiesen los entablados, y que quedasen heridos en este ataque muchos soldados, sin poderse defender; no costandoles menos trabajo el retirar sus máquinas, que el que les tubo el conducirlas. Por lo qual, habiendo mandado el Rey tocar á retirar, ordenó el dia siguiente à sus soldados, que cercasen la ciudad; antes de lo qual, sacrificando al amanecer à los Dioses, segun el estilo de su patria, è implorando su socorro, un cuervo, que acaso volaba sobre el altar, dexó caer en la cabeza de Alexandro un terron, que inmediatamente se deshizo todo, y pasandose luego à la torre mas proxima, en la qual dada toda de betun y de azufre, se embardunó de suerte las alas de uno y otro, que fue facil el cogerle. Pareció el caso à todos digno de consultarle con los Adivinos, y no menos à Alexandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenia el primer credito entre los Adivinos, respondió: *Que tomaria Alexandro la plaza, pero que corria riesgo de ser herido; y que asi, le aconsejaba dexáse pasar aquel dia, sin intentar nada.* Por lo qual el Rey, aunque llevaba con gran impaciencia atrasáse una ciudad sola su tránsito à Egypto, tubo por bien conformarse con el Adivino, y ordenar, que se retirasen sus Tropas: à vista de lo qual, cobrando mayor ánimo los sitiados, hicieron una salida para cargar al enemigo por las espaldas, juzgando aprovecharse de la ocasion, si bien no mantuvieron la escaramuza tan vigorosamente como la habian empezado, porque al punto que vieron les hacian rostro los Macedones, empezaron à aflojar. Habian llegado ya los gritos de los combatientes à oidos de Alexandro, el qual, despreciando el peligro de que estaba amenazado, habiendose armado de su coraza, à instancia de sus valídos, contra lo que acostumbraba, partió aceleradamente à ponerse à la frente de sus banderas. Apenas fue descubierto, quando cierto Arabe, soldado de Dario, emprendió una accion de mayor osadia, que la que correspondia à su nacimiento, éste, habiendo ocultado un puñal debaxo de su escudo; y arrojandose à los pies del Rey, como si se le rindiese, despues de haberle hecho levantar, y dado orden para

que

que fuese recibido en sus Tropas, pasando el barbaro diestramente el puñal à la mano derecha, le tiró à la cabeza del Rey, de cuyo golpe pudo librarse torciendola algo; pero no el barbaro de la prontidud con que castigó su desacato, cortanle de una cuchillada la mano, que le habia errado; creyendo haberse preservado por este medio del peligro de que estaba amenazado. Siendo empero, à lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se verificó poco despues la prediccion de el sueño; pues combatiendo entre los primeros, fue herido de una flecha, que pasandole el arnés, le penetró la espalda, de donde sacandosela Philipo su Medico, arrojó gran cantidad de sangre, no sin admiracion de todos, respecto de no poder reconocer, por impedirlo las corazas, la parte por donde habia entrado la saëta. El Rey sin alterarse, ni mudar de semblante, mandó que se restáñase la sangre, y que se le bendáse la llaga: y de esta suerte, ò disimulando el dolor, ò venciendole, se mantubo por largo espacio delante de sus Esquadrones; pero volviendo à correr, con mayor abundancia la sangre, que en virtud de la curacion se le habia detenido, y empezandosele à inflamar la llaga, que hasta entonces no le habia ocasionado grandes dolores, por no haber llegado à enfriarse la sangre, no pudiendo ya mantenerse en pie, le retiraron los suyos à su Real. Con cüya accion, teniendole Batis por muerto, se retiró como victorioso y triunfante à la ciudad. Mas el Rey, sin esperar à asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar una plataforma, que igualáse con las murallas, y que con repetidas minas procurasen arruinarlas. Aumentaron tambien los sitiados por su parte nuevas fortificaciones en el muro antiguo, si bien no llegando à igualar con las torres, que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la ciudad, eran desde ella bastantemente molestados de las saëtas y flechas enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibian con las minas, las quales derribando el muro, facilitaron con sus ruinas la entrada à los soldados. Hallóse de los primeros en el asalto el Rey, à quien adelantandose inadvertidamente, le alcanzó una pedrada en la pierna, que se la dexó bastantemente lastimada; si bien afirmandose en su dardo, en me-

dio de no tener aun cerrada la otra herida, no dexó de combatir de los primeros, colerico de haber recibido en este Sitio dos. Cargado Batis de heridas, despues de haber hecho una gloriosa resistencia, quedó abandonado de los suyos; mas no por esto dexó de mantenerse con el mismo valor, que mostró desde el principio, y de conservar sus armas, teñidas todas en su sangre y en la de sus enemigos, hasta que oprimido de todas partes, y sin querer rendirse, le tomaron en brazos, y se lo llevaron al Rey. El qual, olvidado de la generosa magnanimidad, con que habia aplaudido hasta alli, aun en sus enemigos, su valor è ilustres acciones, y preocupado de la ira y del deseo de la venganza, con semblante de alegria indigno de sí: *Morirás*, ò *Batis* (le dice) *no como lo has deseado, porque antes has de padecer quantos tormentos puede inventar contra un prisionero la mas cruel venganza.* Pero él, mirando al Rey con tan constante, como ayrado semblante, no dió respuesta alguna à sus amenazas, de que mas indignado el Rey, à grandes voces: *Mirad* (les dice à los suyos) *la arrogancia y obstinacion con que calla. ¿ Habeis por ventura visto, que haya inclinado la rodilla, ni hecho alguna demostracion de rendido? Pero yo venceré tan tenaz silencio, ò quando no pueda, le interrumpiré con su llanto y con sus gemidos.* Finalmente, pasando à rabia la ira, y empezando à convertir con la nueva fortuna en barbaras y estrañas sus lòables y antiguas costumbres, le mandó (conservando aun algunos vitales alientos) ahugerear los talones, por donde introducidas unas correas, fue amarrado à un carro, y arrastrado por unos caballos al rededor de la ciudad, con tan gran gusto, como vanagloria del Rey, por imitar en aquel cruel castigo à Achiles, de quien se suponia descendiente. Quedaron en aquel combate, entre Arabes y Persas, cerca de diez mil, cuya victoria compraron à precio de no poca sangre los Macedones; y cuyo Sitio fue célebre, no tanto por la defensa de la plaza, quanto por las heridas del Rey, el qual deseando sumamente pasar à Egypto, despachó à Amintas à Macedonia con diez galeras, para que hiciesen levas de soldados; porque si bien habia obtenido tan considerables victorias, y logra-

grado felizmente quanto habia intentado, no dexandosele de consumir sus fuerzas, fiaba mas de los soldados de su nacion, que de los que levantaba en los dominios que acababa de conquistar.

CAPITULO VII.

PASA ALEXANDRO A VISITAR EL TEMPLO de Jupiter Hamnon, à cuyo Oráculo hace várias preguntas.

LOs Egypcios, à quienes habia muchos años que les era molesta la grandeza de los Persas, por su avaricia y orgullo, à la fama de la venida de Alexandro, empezaron à sacudir el yugo, que les tenian impuesto, no siendo estraño, que entonces lo hiciesen, quando habian recibido poco antes à brazos abiertos los transfugas y al traydor Aminthas. Y creyendo pasaria el Rey por Pelusio, concurrió en él gran muchedumbre de pueblo; pero tomando otro camino, llegó à los siete dias de haber partido de Gaza, à aquella comarca de Egypto, llamada el dia de hoy el Campo de Alexandro, de donde habiendo enviado casi toda la Infanteria ácia Pelusio, se embarcó en el Nilo con lo mejor de sus Tropas. Quedaron los Persas tan atemorizados con el levantamiento de los de Egypto, que no le esperaron. Aun no habia llegado à Memphis, quando Mázaces, Gobernador de aquella ciudad, habiendo pasado el rio Orio, le entregó ochocientos talentos y todos los muebles de Dario. Pasó de Memphis por el mismo rio à las ultimas partes de Egypto, y despues de haber dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las antiguas costumbres de aquellos pueblos, resolvió visitar el Oráculo de Hamnon. Era esta una jornada sumamente trabajosa, aun à quien la hiciese con menos Tropas, y sin el mucho aparato que llevaba Alexandro, por la gran sequedad, que padece aquella region, tan poco favorecida del Cielo, como de la tierra. Componese toda de esterilisimos arenales, los quales, heridos de los rayos del Sol, de suma actividad y eficacia

 alli

alli, quedan tan abrasados, que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el ardor con quienes se lucha en este camino, tambien causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que hundiendose à cada paso en ella los pies, no se sacan sin gran trabajo. Representaban los Egypcios todas estas dificultades à Alexandro, aumentandoselas aun mas de lo que eran; pero él inflamado del ardiente deseo de visitar el Templo de Jupiter, à quien creia, ò queria que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza à que en lo humano se habia elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que le acompañasen, y descendió por el rio à la laguna Mareotis, donde le llevaron los Embaxadores de los Cyrenenses algunos presentes, pidiendole la paz, y que se sirviese de entrar en sus ciudades: admitiólos, y habiendo hecho alianza con ellos, prosigió su camino. Pareciendoles tolerables la primera y segunda jornada, por no haber entrado aun en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra esteril y seca; pero quando se hallaron en sus vastas campañas, cubiertas de montes excesivos de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso pielago) la vista ácia todas partes por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se les ofrecia, en quien se descubriese arbol, ni señal alguna del menor cultivo; hasta la misma agua, que llevaban los camellos en odres, se habia consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegabase à esto el intentisimo ardor del Sol, que lo abrasaba todo, y de quien partícipe el ayre, no permitia aun la respiracion, sin la fatiga de alguna congoja. Enmedio, pues, de este conflicto, ò acaso por especial favor de los Dioses, improvisamente se cubrió el Cielo de nubes, que dilatandose por todo él, ocultaron el Sol, con gran beneficio y alivio del Exército, aunque falto de agua: si bien, habiendo descargado crecida llubia, hicieron todos provision, hallandose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas, las recibian como caian en ellas. Quatro dias gastaron en pasar aquellos desiertos, y lle-

llegar al sitio del Oráculo, en cuyas cercanias vieron gran cantidad de cuerbos, que volaban delante de las primeras vanderas del Exército, abatiendose unas veces, quando éste caminaba à paso lento, y adelantandose otras, como para servirle de guia, hasta que llegó al Templo del Dios. Donde es digno de admiracion, que constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques, que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del Sol: rieganlos y fecundanlos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del ayre, que en él es todo el año continuada primavera. Los que le habitan, por la parte que mira al Oriente, confinan con la Ethiopia; y los que le pueblan por la que está al Medio-dia, con los Arabes, llamados *Trogloditas*, cuyas tierras se estienden al Mar Roxo. A la parte del Occidente moran otros Ethiopes, llamados *Scenitos*, y à la del Septentrion de los *Nasamones*, gente acostumbrada à insultar con correrias las costas de la gran Syria, y enriquecerse con las presas que en ellas hacen, respecto de que teniendolas sitiadas, y gran conocimiento de todas las plazas, se apoderan facilmente, quando el Mar se retira, de las embarcaciones que quedan en seco. Los moradores de este impenetrable territorio, llamados Hammonios, habitan en cabañas, separadas unas de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres ordenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio, que fue de los antiguos Reyes: en la segunda, los quartos de sus mugeres, de sus hijos y de sus concubinas: y tambien el Oráculo del Dios: y en la ultima, los Archeros, y las demás guardas del Rey. Ofrecese otra floresta de Hamnon, en medio de la qual corre una fuente, *à cuya agua llaman del Sol.* Está al amanecer tibia, y fria à medio dia, desde cuyo extremo, pasa à calentarse à proporcion del curso de la tarde, hasta que llega à media noche à herbir, y desde ésta empieza à disminuir su calor, conforme se vá acercando el dia, en cuya alternacion continúa siempre. No observa el simulacro del Dios, que adoran en este Templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar à los demás Dioses; componen-

nense de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la de un carnero. Llevan à él los Sacerdotes quando le consultan un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata, pendientes de ambos lados. Siguelos grande acompañamiento de mugeres y de doncellas, cantando ciertas canciones groseras à su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio à Jupiter, y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que solicitan. Habiendose adelantado el Rey al Templo, *le llamó su hijo el mas antiguo de los Sacerdotes, asegurandole, le concedia este honor Jupiter su padre.* Respondiole Alexandro, olvidado de su naturaleza: *Que le admitia y reconocia por tal; y pasando á preguntarle si le tenia destinado para dueño del Universo.* Tan preocupado el Sacerdote de la lisonja, como el Rey de la vanidad, le aseguró, *que sí.* Solicitando despues saber de él: *Si habian quedado castigados todos los que fueron cómplices de la muerte de su padre?* Mostrando escandalizarse el Sacerdote, le dixo: *Que su padre era inmortal, y que todos los asesinos de Philipo habian satisfecho las penas de su delito; añadiendo, que permaneceria invencible hasta que se pasáse à ocupar el lugar que tenia destinado entre los Dioses.* Habiendo concluido con su sacrificio, hecho magníficas ofrendas al Dios, y considerables mercedes à los Sacerdotes, permitió que consultasen tambien al Oráculo los primeros Señores de su Corte, los quales solo se contentaron con preguntarle: *¿ Si les aconsejaba hiciesen honores divinos à su Rey?* A que respondió el Sacerdote: *Sería muy acepto à Jupiter venerasen como à Dios à Principe tan invencible.* Verdaderamente, que aun à quien hubiere juzgado mas favorable del Oráculo, no puede dexar por falsas imposturas todas estas respuestas; ni de reconocer, quanto mas indignos quedan los hombres de la gloria à que aspiran, quando enagenados de sí con la prosperidad que gozan, la procuran con semejante anhelo y locura, como le sucedió à Alexandro: el qual, pensando hacer mas glorioso su nombre, con la divinidad del título de hijo de Jupiter, no solo permitió se lo llamasen, sino lo mandó con orden expresa, obscureciendo la fama que le habian grangeado sus escla-

recidas empresas, por los mismos medios con quienes creyó acrecentarla. Los Macedones, que aunque sujetos por largo curso de años à Monarchico Imperio, mantenian alguna apariencia mas de libertad, que los otros pueblos, en vez de oponerse à aquel delirio, asintieron à él con mayor indiscrecion de la que convenia à la reputacion de su Principe y suya. De esto empero tratarémos en su lugar, por concluir aqui lo que nos resta.

CAPITULO VIII.

FUNDACION DE ALEXANDRIA EN Egypto, y diversas expediciones de Alexandro.

HAbiendo llegado Alexandro, de vuelta del Templo de Jupiter Hamnon, à las lagunas *Mareotides*, cercanas à la Isla de Pharo, y observado la situacion del lugar, resolvió dar principio en aquella Isla à la fábrica de una ciudad; pero pareciendole muy corta para la grandeza, que deseaba tubiese, eligió el sitio donde yace hoy Alexandria, la qual tomó el nombre de su fundador. Abrazó todo el espacio, que hay entre las lagunas y el Mar, y dexando delineada una muralla de ochenta stadios, y al cuidado de los suyos su fábrica, partió para Memphis. El deseo con que se hallaba (aunque loable, poco oportuno y menos razonable) de ver à Egypto y à Ethiopia, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, el famoso palacio de Memnon y de Tython, le llevaron casi de la otra parte de los terminos de el Sol; pero no permitiendole tan inutiles jornadas las disposiciones de la proxima guerra, la qual era preciso fuese mas cruel y sangrienta, que lo habia sido hasta alli, dió el gobierno de Egypto à Eschilo Rhodio y à Peucestes Macedon, con quatro mil hombres de guerra para que los pusiesen de guarnicion en las plazas, y dexó treinta galeras en Polemon para defender las entradas de el Nilo. Nombró poco despues à Apolonio por Gobernador de la parte de Africa,

ca,

ca , que está contigua à Egypto , y à Cleomenes para que cobràse los tributos de aquellas dos provincias : y habiendo ordenado à las ciudades cercanas , que pasasen à habitar à Alexandria, la llenó en breve tiempo de infinita muchedumbre de pueblo. Refierese : *Que al tiempo que se disponia el diseño de las murallas que se habian de hacer , sobrevino gran cantidad de pajaros , los quales se comieron todo el engrudo que se habia prevenido para él*, cuyo accidente , aunque atribuyeron muchos à infeliz presagio para la ciudad , le declararon por muy favorable los Adivinos , asegurando : *Denotaba, que vendrian à socorrerse à ella de todas partes , y que alimentaria muchas provincias y naciones.* Mientras el Rey hacía su jornada por el rio , deseoso de seguirle Hector , hijo de Parmenion , el qual se hallaba en lo mejor de su juventud, y muy en la gracia de Alexandro , se entró en un baxel , que llevando mas carga de la que debiera , se fue à pique con todos los que iban en él. Disputó aquel joven por largo espacio su vida con las ondas , por el gran estorvo que le eran los vestidos , habiendosele enredado , para que pudiese nadar; con todo ganó à esfuerzos de su industria y pujanza la ribera ; pero llegando à ella muy desfallecido , y queriendo recuperar el aliento , que el temor y el peligro le habian , no sin gran violencia , embargado , no habiendo alli persona alguna que pudiese socorrerle , por haberse librado los demás en la ribera contraria , rindió por ultimo el espíritu. Sintió el Rey su pérdida con el extremo que acreditaron sus demostraciones , y las magníficas exequias que mandó hacerle , luego que fue descubierto su cuerpo : cuyo disgusto aumentó la noticia de la muerte de Andromacho , Gobernador de Siria , à quien los Samaritanos quemaron vivo ; de cuya maldad , irritado Alexandro , partió contra ellos à toda diligencia ; pero habiendole entregado los cómplices luego que llegó , y hecho que se executáse en ellos el castigo que merecian , proveyó en Memnon aquel gobierno. Expuso tambien los Tyranos , y entre otros los de Methynes, Aristhonico y Chrisolao, al furor de los pueblos , à quienes habian oprimido y muerto , despues de haber executado en ellos todo género de tormen-

mentos, en venganza de los ultrajes, que les hicieron. Dió despues audiencia à los Embaxadores de Athenas, de Rhodas y de Chio. Manifestaronle los Athenienses su regocijo por la victoria que habia obtenido, pidiendole diese permiso para que los prisioneros Griegos volviesen à sus ciudades, y quexaronse los Rhodios de sus guarniciones. Condescendió à los ruegos de todos, y atendiendo à la fidelidad con que se habian señalado en servicio suyo los de Mitilene, les volvió los rehenes, aumentó sus límites, y les hizo merced de grandes tierras. Aseguró con las mayores demostraciones de honra y gratitud à los Reyes de Chipre, la que le mereció la fineza de haber preferido su amistad à la de Dario, y la de haberle socorrido con su Armada en el Sitio de Tyro. Despues de lo qual, envió à Amphotero con una Esquadra, en socorro de la Isla de Creta y de las muchas plazas que tenian sitiadas los Persas y algunos pyratas, ordenandole, se aplicáse primero à limpiar el Mar de los corsarios, que aprovechandose de la oportunidad, que les ofrecia el empeño y guerra de ambos Reyes, infestaban aquellas costas. Executado esto, ofreció un vaso de treinta piezas de oro à Hercules Tyrio, y partiendo en seguimiento de Dario, tomó su marcha àcia el Euphrates.

CAPITULO IX.

LLEGA DARIO A ARBELA, Y BIEN à pesar suyo pasa Alexandro el Euphrates y el Tygris.

NOticioso Dario de la partida de su enemigo de Egypto à Africa, se hallaba dudoso en la resolucion de mantenerse en la comarca de Mesopotamia, ò de pasar en persona à las provincias mas retiradas de su Reyno, para animar à la guerra à aquellos distantes pueblos, à quienes con corto fruto solicitaban sus Capitanes. Asegurado empero por personas dignas de credito, de que la determinacion de Alexandro era de seguirle con todas sus fuerzas á qualquier lugar donde se encamináse; y conociendo lo importante de la empresa, y el

valor de su enemigo, dió orden para que se juntasen en Babilonia todas las Tropas que esperaba. Estabanlo ya los Bactrianos, los Escythas y los Judios, con otras naciones que no se habian hallado en la ultima batalla; si bien componiendose su Exercito de tanto mayor número, que el que tubo en Cilicia, faltaban à muchos armas, por quienes se hacian las mas vivas diligencias. La gente de à caballo iba toda cubierta de planchas de hierro unas sobre otras, y enjaezados de lo mismo sus caballos, asi como prevenidos de espada y rodela los que hasta entonces no habian llevado mas armas que los dardos. Distribuyeronse muchas cuerdas de caballos entre la Infanteria, para que los domasen, y se aumentáse con ellas la Caballeria, mucho mas crecida que antes. Llevaba doscientos carros armados de hoces, en quienes tenian puesta toda su confianza aquellas naciones, y asegurado el mayor terror del enemigo. Salian de lo alto del timon cierto género de lanzas de hierro en punta, y por ambas partes de él tres cortantes espadas, fixadas en el yugo; asi como entre los rayos de las ruedas muchos dardos, cuyas puntas salian fuera, y en el cerco muchas hoces, ácia arriba unas y ácia abaxo otras, para que quando oprimidos partiesen los caballos, ocasionasen considerable estrago en quanto encontrasen. Con tal Exército, ordenado en esta forma partió de Babilonia. Tenia el Tygris à la mano derecha, à la siniestra el Euphrates, y todas las campañas de Mesopotamia, cubiertas de sus Tropas. Habiendo, pues, pasado el Tygris, noticioso de que el enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar à Satropates, Coronel de la Caballeria, con mil caballos escogidos, y dió seis mil à Maceo Gobernador de la provincia, para que embarazáse el paso del rio, y asoláse y quemáse todo el territorio por donde habia de pasar Alexandro, à quien creyendo sin mas prevenciones para la subsistencia de su Exército que las que robaba, esperaba vencerle por medio de la hambre, en que se engañaba, por lo bien abastecido que se hallaba de todo genero de viveres, que asi por tierra, como por el Tygris le llevaban. Llegó pues, à la villa de Arbela, à quien hizo célebre despues su ruina, y habiendo dexado en ella la mayor parte de las municiones y del bagaje,

je, mandó hacer un puente sobre el rio Lyco, por quien pasó su Exército en cinco dias, como lo habia hecho antes por el Euphrates. Despues de lo qual, y de haberse alexado casi ochenta estadios, acampó à la orilla del rio Bumado, cuyo terreno no podia ser mas cónmodo, asi para ordenar en batalla su Exército, como para las escaramuzas de la Caballeria, y para poder descubrir por todas partes los movimientos del enemigo, por no ofrecerse en todo él breña, ni matorral alguno que lo embarazáse; habiendo hecho allanar è igualar lo que no lo estaba. No acavaba Alexandro de dar credito à los que le aseguraban lo numeroso de aquellas Tropas, hasta que empezó de lexos à divisarlas, por parecerle imposible que le hubiesen quedado tantas, quantas bastasen á formar aquel numerosisimo Exército, despues de una rota tan considerable como la que habia tenido; pero despreciando con su invencible valor à quien cedian los mayores peligros aquella chusma, mal convalecida de su miedo, llegó en once dias de marcha à alhojar sobre el Euphrates, donde habiendo mandado levantar puentes, hizo que pasáse primero su Caballeria, à quien siguió su Phalange, sin que se atreviese à estorbarselo Maceo, enmedio de haberle enviado Dario antes con seis mil Caballos para que lo hiciese. Habiendo, pues, permitido algunos dias à sus soldados, no tanto para que en ellos se entregasen al reposo, quanto para que recuperasen sus alientos, partió en seguimiento de Dario, recelando no se retiráse à lo mas remoto de su Reyno, y le obligáse à seguirle por la esterilidad de aquellos desiertos, en quienes era preciso le faltáse quanto necesitaba para mantener su Exército. Llegó, pues, en quatro dias al Tygris, à quien pasó junto à Arbela, en cuyo territorio permanecia aun por la otra parte del rio el humo del incendio que habia introducido Maceo, con tan universal ruina, como la pudiera causar el mismo enemigo. Era tan sumamente espeso, que impidiendo el que se viese el camino, puso à Alexandro en recelo de que fuese prevencion para alguna emboscada, cuya sospecha le obligó à hacer alto; pero habiendole asegurado sus Corredores, no tenia que temer: envió à reconocer el vado del rio, cuyas aguas llegaban à la entrada à los hijares de los caballos, y hasta los cuellos, enmedio de él. Es el mas rápido è impetuoso

 de

de todos los rios del Oriente, asi por hacer mas caudalosa y violenta su corriente los raudales de otros. como por las muchas piedras que tiene; causa por la qual le pusieron los Persas el nombre de Tygris, en cuya lengua significa la flecha. Habiendo, pues, dispuesto la Infanteria en medio de dos alas de Caballeria, llegaron hasta la orilla del agua, sin gran dificultad, llevando las armas en las cabezas. Pasó Alexandro à pie entre la Infanteria, y fue el que primero ganó la orilla contraria, desde donde no pudiendo valerse de la voz, por el riesgo de no ser entendido, les mostraba con la mano el vado à los soldados; los quales, asi por las piedras en que resbalaban, como por la impetuosidad de la corriente, que los arrevataba, apenas podian sostenerse sin gran trabajo. Mayor empero era el de los que conducián sus bagajes, pues no bastando à valerse à sí, libres de todo embarazo, y pudiendo hacerlo menos con aquel estorvo, los impelía lo rápido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar arrojando las cargas; las quales fluctuando por una y otra parte del rio, eran causa de que muchos cayesen, y de que solicitando cada uno recobrar lo que reconocia suyo, fuese aun mayor la fatiga, y el peligro que entre sí se ocasionaban unos y otros, que el que les causaba el rio. Mandabales el Rey en altas voces, que salvasen solo las armas, y abandonasen lo demás; pero ni su consejo, ni sus ordenes podian percibir: tan grande era el ruido, tanto el alboroto. Pasaron, finalmente, por donde el rio con menos rápido curso descubre el vado, sin otra pérdida, que la de un poco de vagaje, siendo cierto, que si entonces hubiesen cargado en aquel Exército los enemigos, le habrian derrotado enteramente; pero la continuada felicidad del Rey, separó de alli à los enemigos, defraudandoles los triunfos de tan considerable victoria, para que pudiese pasar aquel rio con la misma dicha que habia pasado el Granico, à vista de innumerable muchedumbre de Infanteria y de Caballeria que le esperaba en la ribera; y vencido crecido número de enemigos en las rocas de Cilicia, la qual pudo disculpar la osadía con que se arrojaban à los peligros, y hacer, que asegurados de la continuada prosperidad que experimentaban, se atribuyese mas que à temeridad, à confianza su excesivo ardor. Maceo empero, que,

co-

como queda dicho, pudiera haberlos roto con facilidad, si al tiempo que pasaban desordenadamente el rio, hubiese cargado en ellos, contento con enviar delante mil Caballos, contra cuyo corto número, reconocido y despreciado por el Rey, despachó à toda diligencia à Ariston, Coronel de la Caballeria Peoniana, para que los acometiese, no llegó hasta que se habian puesto en marcha. Fue sin duda famoso aquel combate, en que se señaló con ilustres acciones el valor de Ariston, el qual enderezandose al Satrapa que mandaba la Caballeria de los Persas, le pasó la lanza por el gaznate, siguiendole como à fugitivo por en medio de los enemigos, le derribó del caballo; y habiendole cortado, à pesar de su resistencia, la cabeza, y vuelto à unirse con las demás Tropas, la ofreció con gran gloria suya à los pies del Rey.

CAPITULO X.

AMEDRENTA Y TURBA A LOS SOLDADOS de Alexandro un eclypse de Luna; pero él los asegura y esfuerza por medio de los Adivinos de Egypto: Pone en fuga à los Persas que asolaban y destruían por todas partes: Muere la muger de Dario, prisionera, de la tristeza; y llora Alexandro su desgracia: Sospechas, sentimiento y votos de Dario.

HAbiendo acampado el Rey allí dos dias, ordenó al siguiente estubiesen prontos todos à la marcha; pero empezando la Luna, à la primer vigilia de la noche, hallandose el Cielo claro y sereno, à perder el explendor de su natural belleza, y à manifestarse poco despues manchada, y como teñida en sangre, quedando por ultimo cubierta, y obscurecida del todo su luz, causó en el Exército tan religiosa conmocion aquel improviso accidente, (sobreviniendo en ocasion de estar para darse tan sangrienta batalla, y cuyo suceso tenia à todos en bastante cuidado) que pasando à desmesurado pavor, prorrumpian los soldados, preocupados de él, en altas y desconsoladas voces, diciendo: „Que el Cielo les manifestaba con señales visibles su ira, „y que contra la voluntad de los Dioses, y à pesar de la suya, „los

„ los llevaban à los ultimos terminos de la tierra: Que los rios „ se oponian à su tránsito: Que los Astros les negaban su acos- „ tumbrada luz, y que no veían sino desiertos y soledades; y „ ultimamente, que por complacer la ambicion de un hombre „ solo, derramaban tantos su sangre; y hombre tal, que dedig- „ nando su patria, negaba à su padre, y pretendia se le venerá- „ se como à Dios. „ Pasaron estas murmuraciones à una declarada sedicion; de la qual noticioso Alexandro, cuya grandeza de ánimo no era capáz de alterarla ningun accidente, hizo llamar á su presencia à los Cabos de su Exército, y à los Adivinos Egypcios; los quales tenian el primer credito en la facultad Astrologica: y habiendo ido à ella, los mandó que declarasen el juicio que hacian de aquel eclypse. No ignorando estos, que los cuerpos celestes tienen sus reboluciones y sus periodos, y que el eclypse de la Luna le ocasiona la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella, y el Sol, la obscurece, reservando en sí este conocimiento, se contentaron con declarar al vulgo: *Que el Sol denotaba à los Griegos, y la Luna à los Persas; y que ningun eclypse de ésta dexó nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad.* En cuya confirmacion alegaron muchos exemplos antiguos de los Reyes de Persia, à quienes con semejantes señales anunciaron los Dioses el infeliz suceso de sus combates. Con lo qual, no habiendo medio mas eficáz para refrenar la barbaridad popular, la qual por desenfrenada è inconstante que se halle, si llega à estar tocada de alguna vana sombra de religion, obedece mejor à los Adivinos, que à sus Generales. Luego que se divulgó la respuesta de los Egypcios entre las Tropas, recuperaron su esperanza y su valor. De cuya favorable disposicion, valiendose el Rey, movió à la segunda vigilia los Reales. Tenia à mano derecha el Tygris, y à la izquierda las montañas, à quienes llaman Gordiannas; y habiendole llevado sus Corredores al romper del dia noticia, de que se acercaba el Exército de Dario, ordenado el suyo, se puso à la frente de él. Sí bien se averiguó despues, eran solo mil Caballos que iban al descubierto, à quienes tubieron por cuerpo de Exército, como de ordinario sucede à los que van à reconocer el Campo; los quales, no pudiendo descubrir nada cierto, aseguran como tal lo que les representa su mie-

miedo. Asegurando empero el Rey del número de aquella Caballeria, cargó en ella, y la obligó à retirar: dió muerte à algunos que iban mal montados: hizo prisioneros à otros; y poco despues, que se adelantasen algunos Caballos, asi para que adquiriesen noticias del enemigo, como para que estinguiesen el fuego que habian introducido en las villas los Barbaros; los quales huyendo, le dexaron puesto en los techos de las casas, y en el trigo que tenian recogido en las campañas: si bien, no habiendole dado tiempo para que prehendiese, y causado solo el daño en la parte à que le aplicaron, pudieron aprovecharse luego que le extinguieron del trigo, y de casi todo lo demás que hallaron, en gran abundancia. Esta desolacion del enemigo sirvió à los soldados de mayor incentivo, para que le siguiesen, y se apresurasen à evitar la destruccion y estrago, que à vista suya hacia el fuego, que introducia en quanto se le ofrecia. Si bien en aquella ocasion hizo la necesidad quanto podia haber obrado la razon; porque Maceo, que antes de verse seguido de los enemigos, quemaba y destruía à su beneplacito las villas, contento entonces con asegurar su vida, dexó enteras muchas à los vencedores. En tanto, el Rey, noticioso de que Dario estaba de la otra parte, à tan corta distancia como la de cinqüenta estadios, y cogiendole este aviso en parage bien abastecido, se detubo allí quatro dias. Despues de los quales, llegando à sus manos ciertas cartas de Dario, por medio de quienes solicitaba de los soldados Griegos le diesen muerte; y estando tan asegurado de la fidelidad de estos, como de la lealtad de los Macedones, se halló dudoso en si resolveria leerlas en Junta plena, ò no. Consultandolo empero con Parmenion, le disuadió de ello, representandole: *Quan peligroso era hacer partícipes à los soldados de semejantes intentos, pues para cometer una maldad, bastaba qualquiera, no habiendo alguna de quien no fuese capáz la avaricia.* Conforme con tan prudente dictamen, hizo marchar su Exército; en cuyo camino se le ofreció uno de los Eunuchos que se hallaban en servicio de la muger de Dario; el qual le llevaba la noticia de dexarla tan en el ultimo peligro de su vida, que aseguraba sería muy posible la hubiese ya perdido. Habian postrado à aquella infelíz Princesa la fatiga del prolixo y penoso

ca-

camino, y los continuos y considerables disgustos del ánimo, de suerte, que desfallecida à su rigor, cayó en los brazos de su suegra, y de sus hijas, rindiendo poco despues el espiritu; de que casi al mismo tiempo tubo aviso Alexandro. El qual, no menos sentido que si se le hubiese muerto su madre, deshecho en lagrimas, como pudiera hacerlo Dario, pasó à la Tienda de Sisigambis, à quien halló junto al cuerpo de la nuera difunta. Allí fue donde se renovó su dolor, al ver aquella venerable Princesa postrada por tierra, lamentando en aquella ultima infelicidad todas las demás que le renovaba; y à las hijas de Dario, en la flor de su juvenil edad, recostadas sobre su regazo, acompañandola à sentir con igual ternura tan sensible pérdida; en la qual le eran de considerable alivio, aunque no esperasen de ella en su dolor todo el que necesitaban. Tenia delante de sus ojos à su nieto, cuya tierna edad movia à tanta mayor compasion, quanto siendo el mas lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad, era quien menos la sentia. Derramaba Alexandro en medio de los suyos copiosisimas lagrimas, y se hallaba mas necesitado de recibirle, que de ministrar algun consuelo. Pasó todo el dia sin probar alimento alguno, y dispuso que se le hiciesen à aquella Princesa las Reales y sumptuosas Exequias que acostumbran los Persas en semejantes casos. Por cuya heroyca accion merece, aun hoy, los loores que son debidos à su gloriosa memoria, y que vinculada à los venideros siglos la de benignidad y moderacion tan generosa, se celebre en ellos con repetidas aclamaciones. Vióla solo en ocasion de visitar à su suegra, quando quedaron ambas prisioneras; y entonces su peregrina hermosura, mas que de incentivo à sus menos decorosos deseos, sirvió de credito à su loable continencia, y de explendor à su gloria. Aprovechandose uno de los Eunuchos de la Reyna, llamado Tyriotes, de la ocasion que le facilitó el desorden y confusion en que habia puesto à todos aquella lastima, tubo forma de salir por cierta salida, con quien no se guardaba el cuidado que con las demás, respecto de no estar de la parte que miraba al enemigo, y de llegar al Campo de Dario. Fue allí recibido de las Guardas, desde donde, rasgadas sus vestiduras, y anegado en su llanto, pasó à la Tienda del Rey; el qual no bien le hubo visto, quando

com-

combatido de tan crecidos, como varios temores, aun no acabando de resolverse à lo que mas debia recelar, le dixo: „ Bien infiero, amigo, de la tristeza de tu semblante, y de lo desmedido de tus acciones, que vienes à darme noticia de algun considerable infortunio. Ruegote empero, que sin que te detenga la afliccion en que me vés, me le refieras sin disfráz, ni embarazo; porque habiendo aprendido ya en la escuela de mis desdichas à ser infelíz, podrá ser que (como suele à los que lo son) me sirva de algun consuelo saber hasta donde llega la adversidad de mi suerte. ¿ Vienes acaso à darme (como sospecho, y no acabo de acertar à pronunciar temeroso) algun desacato, cometido en las prendas que mas adoro, el qual habrá sido para ellas, y será para mí mas sensible, que los mayores tormentos del Mundo? Tan contrario à eso es, Señor, (le respondió Tyriotes) que entre todos los obsequios, que tributan à sus Soberanos los vasallos, no ha habido alguno de que no haya usado con ellas el Vencedor; pero la Reyna, tu esposa, acaba de rendir à la Parca los ultimos alientos de su vida. „ No bien lo hubo articulado, quando no se oían por todo el Campo sino lastimosos gemidos, y espantosos y estraños gritos; y quando persuadido Dario à que sin duda habria muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad y decoro, traspasado del dolor, y fuera de sí, prorrumpió con desmedidos gritos en estas voces: „ ¿ En qué te he ofendido, Alexandro, ò qué agravio he ocasionado à los tuyos, para que tomes de mí tan cruel venganza? Tú me aborreces: tú me persigues, sin haberte dado la menor causa para ello. Pero aun quando te la hubiese ofrecido, ¿ es bastante alguna, para que, profanando el sagrado de las mugeres, hayas faltado al respeto que se les debe? „ Aseguróle Tyriotes con repetidos juramentos, poniendo à los Dioses de su patria por testigos, *de que la habia atendido Alexandro con la veneracion que debia à su decoro y su soberanía, y llorado su muerte con gran ternura, y con tan vivas demostraciones de dolor, como pudiera él, siendo su esposo.* Pero aumentando aquel enamorado infelíz Principe con esta noticia à las sospechas de la ofensa de Alexandro los zelos del agravio de su esposa, no pudiendo persuadirse à que tan tiernos y

excesivos sentimientos por una cautiva, dexasen de proceder do recíprocos cariños, habiendo despedido à todos los que se hallaban con él, y quedado solo con el Eunucho, le dixo, no vertiendo ya lagrimas; exhalando sí suspiros: *Advierte, ò Tyriotes, que ya no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad, te la harán declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte à tanto rigor, te ruego, que si acaso te ha quedado algun amor, algun respeto à tu Reyna, me digas si Alexandro, como mozo, y como vencedor, ha intentado lo que deseo saber, y mi honra, y mi vergüenza no me permiten decir.* Ofreciendose Tyriotes voluntariamente à los tormentos, en credito de su verdad, le volvió à asegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente à los Dioses por testigos, *de que no habia procedido accion menos loable y decorosa.* Con lo qual, dando por ultimo credito à las aseveraciones del Eunucho, se cubrió el rostro, y restituido al llanto permaneció en él por largo espacio; despues del qual, existiendo las lagrimas, y levantando la ropa sobre la cabeza, y al Cielo las manos, hizo esta deprecacion: *Dioses protectores de la Corona de los Persas, ruegoos, que os digneis de reestablecerme en mi Trono: Y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos, ni mi infelíz destino, os sirvais de que el Imperio del Asia no recaiga en otro dueño, que en el que sabe ser tan justo enemigo, como benigno y moderado vencedor.*

CAPITULO XI.

PIDE DARIO TERCERA VEZ LA PAZ SIN fruto, y niegasela tambien Alexandro, persuadiendole à que se rinda, ò haga la guerra.

AUnque Dario habia procurado, sin ningun fruto, por dos ocasiones la paz, y desengañado de ella, vuelto sus pensamientos à la guerra, vencido y obligado de la benignidad del enemigo, le envió diez de sus mas inmediatos y autorizados parientes para que tercera vez la solicitasen, y le propusiesen nuevas condiciones que la facilitasen. Convocó Alexandro su Conse-

sejo, y habiendo hecho entrar en él al mas anciano de los Embaxadores, dixo éste asi: » No le precisan à Dario, Señor, ni » la fuerza, ni la necesidad à que solicíte la paz, y sin embar» go te la pide hoy tercera vez, obligado de tu justificacion y » clemencia. Has tratado hasta aqui à su madre, à su muger y » à sus hijos con tan grande urbanidad, que no ha sentido su » cautiverio, solo sí su ausencia. Has mirado por el honor de sus » hijas con no menor atencion y decoro, que si fueses su padre, » y has honrado à su madre con el título de Reyna, conservan» dola en la misma ostentacion y grandeza que mantenia antes » de su desgracia: Reconozco en tu rostro igual tristeza, à la » que dexamos en el de Dario, quando nos partimos de su pre» sencia; sí bien con la diferencia de que aquel llora à su esposa » muerta, y tú à tu enemiga difunta, cuyas exequias han in» terrumpido el curso de tus progresos. ¿Qué hay, pues, que » admirar, que quien se halla obligado de generosidad tanta, so» licíte la paz de un Principe, à quien se la reconoce con tan col» mados beneficios? ¿Y sobre qué es la guerra, quando faltan» do los odios y la enemistad, cesa el motivo para ella? Dexa» bate antes todas las Provincias que se dilatan hasta el rio Halis, » y terminan en la Lydia; hoy empero te ofrece en matrimonio » à su hija con quantos Dominios contienen el Helesponto y el » Euphrates, hallandose pronto à entregarte en mayor testimo» nio y seguridad de su fé y amistad la amada prenda de su hi» jo Ocho, como le vuelvas à su madre, y à sus dos hijas, por » cuyo rescate te pide admitas treinta mil talentos de oro. Si no » tubieses tan acreditada tu prudencia y moderacion, no me atre» viera à decirte, debes en la coyuntura presente, no solo conce» der la paz, sino desearla. Advierte lo que dexas atrás, lo que » falta por conquistar; y que es tan grave, como peligroso pe» so, el de un gran Imperio, è inconsiderado arrojo emprehen» der mas de lo que se puede conservar. Reconocelo en la cre» cida grandeza de esos navios, cuya desproporcion impide el » que se rijan y gobiernen. Y qué sé yo, si la misma excesiva » grandeza de Dario ha sido principal causa de sus considerables » pérdidas, por lo dificil que es el acertar à mantenerla; pues » hay cosas tanto mas faciles de adquirir, que de conservar,

„ quanto tienen mayor prontitud nuestras manos à robar, que
„ disposicion nuestra cordura à retener. Aun la misma muerte
„ de la muger de Dario puede servir de advertencia y persua-
„ sion à tu templanza, pues te ha defraudado su pérdida las oca-
„ siones de que se exercite la generosa virtud de tu clemencia. „
Oído el Embaxador lo hizo Alexandro salir de su Tienda, y deseando saber el dictamen de los de su consejo, les ordenó se le propusiesen. Permaneciendo empero todos por largo espacio sin atreverse à manifestarle, por no haber podido descubrir la voluntad del Rey, interrumpiendo Parmenion aquel silencio, representó: „ Que desde Damasco habia votado se admitiese el
„ rescate de aquellos prisioneros, asi porque sería considerable
„ la porcion que se sacaria de ellos, como porque faltando la
„ ocasion para el cuidado de su guarda, se ocuparian en mas dig-
„ no empleo de su valor los soldados que se malograban en aquel.
„ Y que entonces se volvia à confirmar en el mismo sentir, con
„ tanta mayor firmeza, quanto reconocia no debia ponerse el
„ Rey en marcha, sin haberse desembarazado primero del peno-
„ so estorvo que causaban al Exército una anciana Reyna, y dos
„ juveniles Princesas, y admitido los treinta mil talentos de oro,
„ que se le ofrecian. Que considerase, que sin sacar la espada
„ quedaba por medio de un tratado dueño de los mas prodigio-
„ sos Reynos de el Mundo, y tanto mas glorioso, quanto nin-
„ gun Principe antes de él llegó à poseer toda aquella vasta ex-
„ tension, que contienen el Istro, y el Euphrates; despues de
„ cuya posesion juzgaba le sería mas conveniente restituirse à
„ Macedonia, que alargarse à la Bactria y à la India. „ Quedó tan disgustado Alexandro del voto de Parmenion, que no bien le hubo acabado, quando prorrumpió diciendo: „ Tam-
„ bien yo preferiria el oro à la gloria, si fuese Parmenion; pero
„ hallandome Alexandro, no puede tener lugar el recelo de que
„ llegue à estado de pobre; pues si nó me engaño soy Rey, y
„ no mercader, ni tengo nada que vender, y mucho menos mi
„ fortuna. Si se juzga por conveniente que los prisioneros se res-
„ tituyan, mucho mas loable y honroso será hacerlo sin rescate
„ alguno, que entregarlos por el vil precio del dinero. „ Y volviendo inmediatamente à hacer entrar al Embaxador, le dió es-

ta

ta respuesta: ,, Direis à vuestro Dueño, que los agradecimien-
,, tos son superfluos entre los que se hacen guerra, y que si yo
,, he usado de alguna clemencia y urbanidad con los suyos, lo
,, he hecho por lo que me debo à mí, y no por afecto alguno
,, que le tenga à él. Mi genio no es de oprimir à los afligidos;
,, ni pueden ser empleo de mi valor prisioneros, y mugeres; pe-
,, leo solo con los que se hallan con las armas en las manos, y
,, están en estado de defenderse. Si Dario hubiese solicitado de
,, mí la paz por los medios que corresponden à una sincera inten-
,, cion y segura fé, podria ser que me detubiese à pensar lo que
,, en tal caso debia obrar; pero no habiendo cesado de solicitar
,, por medio de sus cartas, y de sus ofertas y dádivas con mis
,, soldados, que me fuesen traydores, y con mis validos que
,, me diesen muerte, estoy resuelto à buscarle à todo trance, no
,, ya como à enemigo, sino como à atosigador y asesino. Por
,, lo que mira à las condiciones, que me proponeis, son tales,
,, que si las admitiese, quedaria él mas vencedor que yo. De-
,, cis, que me ofrece quanto está de la otra parte del Euphrates;
,, pero deseo me digais, ¿quién es hoy dueño de esto? Parece
,, que aun me juzgais de esta otra, y respecto de este error, que
,, no he pasado los límites del gran dote que me ofrece, y que
,, tanto ponderais: quando con sus armas me desapropie de la
,, posesion de estos dominios, entonces confesaré dádiva suya,
,, lo que hoy reconozco trofeo de mi valor. Con la misma libera-
,, lidad me promete una de sus hijas en dote, como si ignoráse
,, yo, la tenia destinada para empleo de alguno de sus vasallos,
,, à cuya excesiva honra, y à la que me hace en preferirme para
,, hierno suyo, parangonandome con Maceo, no puedo dexar
,, de vivir reconocido. Volved, y decid à Dario, que quanto ha
,, perdido, y conserva ha de ser el premio de una batalla, con
,, cuyo suceso decidirá la fortuna nuestras contiendas, declaran-
,, dole à él, ò à mí por dueño de ambos Reynos. Que no me
,, ha traido al Asia la codicia de los presentes, sino la magná-
,, nima generosidad con que acostumbro hacerlos; y que si de-
,, puesta la vana sobervia con que pretende igualarseme, se con-
,, tiene en los límites de la inferioridad, podrá ser que le permi-
,, ta lo que me pide; pero que advierta, en caso de repugnarla
,, usa-

» ufano y altivo, que asi como no pueden ilustrar el Mundo sin » considerable ruina suya dos Soles, tampoco regir sin igual » riesgo dos dueños tan vastos Reynos, como son los de ambos. » Y que en esta atencion elija, ò rendirse hoy, ò combatir ma- » ñana, sin prometerse mejor suceso, que los que ha experi- » mentado hasta aqui. » Oída por el Embaxador su resolucion, le dió las gracias, porque hallandose en ánimo de continuar la guerra, no le entretubiese con la esperanza de la paz, y le pidió por favor, le permitiese volver quanto antes à participar à su Rey su determinacion, para que se dispusiese al combate. Habiendoselo concedido, y llegado à la presencia de Dario, le hizo sabidor de la prontitud con que le presentaria la batalla à Alexandro.

CAPITULO XII.

ATEMORIZANSE LOS MACEDONES VIENDO en batalla el Exército de los Persas; pero por ultimo, llegando à ellos, toman alegres las armas.

INformado Dario por sus Embaxadores de la resolucion de su enemigo, envió à Maceo con tres mil Caballos para que se apoderáse de los pasos, donde habian de llegar los enemigos. Alexandro, habiendo hecho las ultimas honras à la muger de Dario, y dexado en su Campo aquel gravoso acompañamiento con algunas cortas Tropas, partió en busca del enemigo, llevando dispuesta su Infanteria en dos cuerpos, y cubierta por ambas partes de la Caballeria, à quien seguia el bagaje. Deseoso de saber de Dario, hizo adelantar à Menidas con la Caballeria de los Scithas, para que solicitáse inquirir noticias del paraje en que se hallaba; pero habiendo sabido en el camino, que Maceo estaba à corta distancia, y no atreviendose à pasar mas adelante, se volvió sin mas aviso, que el de que habia oido crecido estruendo de hombres, y ruidoso relincho de caballos; habiendole sucedido lo mismo à Maceo, pues luego que descubrió de lexos à los Corredores de Menidas, retrocedió, para hacer partícipe de la marcha del enemigo à Dario, el qual, deseando dar la bata-

lla

lla en campo raso, mandó à su gente tomáse las armas, y la ordenó en forma de batalla. Ocupaba la punta del ala izquierda la Caballeria de Susa, con los Dahos, los Arachosios, y algunos Bactrianos, que hacian en todos casi seis mil Caballos. Marchaban despues cien carros armados de hoces, y tras ellos Bezo à la frente de tres mil Caballos Bactrianos, y de dos mil Masagetas, que cerraban estas Tropas: seguialas la Infanteria, compuesta de muchas naciones, alistada cada una debaxo de sus banderas. Conducian Ariobarzanes y Orobates à los Persas con los Mardos y Sogdianos en dos cuerpos separados, que mandaba el Principe Orsines, descendiente de los siete Persas, y de Cyro, el mas esclarecido de sus Reyes. Seguianlos muchos pueblos, apenas conocidos de lo restante del Exército, y Phradates despues con las Bandas Caspianas y cinqüenta carros de guerra; despues los Indos y todas las demás naciones vecinas del Mar Roxo, que servian mas para aparente terror, que para seguro socorro. Iban despues otros cinqüenta carros armados de hoces con las Tropas estrangeras, y los Armenios de la Baxa Armenia, seguidos de los Babilonios, de los Belites, de los habitadores de los montes Coseores, y de los Gortuas, pueblos de la Eubea, los quales aunque militaron antiguamente debaxo de las banderas de los Medos, habian degenerado ya enteramente de la virtud de sus antecesores. Juntáronseles los Phrigios, los Cataones: y finalmente, cerraban todas aquellas Tropas los que habitaban las tierras que posehen el dia de hoy los Parthos que pasaron de la Scythia. Esta era la ordenanza del ala izquierda. En la derecha estaban por una parte los Armenios de la Mayor Armenia con los Caducios, luego los Capadoces, los Syrios y los Medos, que llevaban tambien cinqüenta carros armados de hoces, llegando à componerse todo el Exército de quarenta y cinco mil Caballos, y doscientos mil Infantes, los quales, dispuestos en esta orden, se adelantaron diez estadios, y habiendoles mandado hacer alto, pasaron toda la noche con las armas en la mano: en cuyo interin, fue tan estraño el pavor que improvisamente se difundió por todo el Campo de Alexandro, sin haberse podido saber la ocasion, que preocupados todos de un oculto horror, empezaron à temblar. Veíanse en el ayre resplandores, semejantes à las exalaciones ardien-

dientes, que en las noches del estio levanta el calor, las quales, dilatandose à bastante distancia del Exército de Dario, los tubieron por fuegos de su Campo; creyendo, que por negligencia habian caido en sus cuerpos de Guarda. Siendo cierto, que si Maceo, que guardaba el paso, los hubiese cargado à este tiempo, los habria derrotado; pero manteniendose sin hacer el menor movimiento sobre una eminencia que habia ocupado, se contentó con que no le acometiesen. Reconociendo Alexandro el desmayo de sus Tropas, mandó hacer alto, que dexasen las armas; y habiendolas asegurado de que hallandose el enemigo à bastante distancia, faltaba el motivo para su desasosiego, que se entregasen al reposo; con lo qual, restituidos por ultimo à sus primeros alientos, volvieron à tomar animosos las armas; si bien Alexandro tubo por mas conveniente, que llegar à esgrimirlas con el enemigo, acampar por entonces en aquel lugar, y atrincherarse bien en él. El dia siguiente, Maceo, que estaba alhojado con alguna Caballeria escogida sobre una altura, desde donde se veía el Campo de los Macedones, ò ya fuese miedo, ò ya haber ido solo à descubrirle, se volvió ácia Dario. Ocuparon inmediatamente los Macedones aquel puesto, que les era de gran comodidad, por descubrir desde él, muy à gusto suyo, el campo de batalla, y observar la ordenanza del enemigo; pero la niebla que levantaba por todas partes la humedad de los montes, aunque no impedia la vista del Exército, sí el que se pudiesen reconocer distintamente los Esquadrones, los Batallones, y su ordenanza. Habia inundado toda la llanura aquella espantosa y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdia aun à los que cogia mas distantes. Entonces el Rey, empezando à perder algo de su acostumbrada seguridad, tan natural à su gran corazon, pesaba con el de Parmenion su dictamen, si bien tarde; porque hallandose tan adelantadas las cosas, no era ya tiempo de premeditar, sino de vencer, ò de morir; conturvabale el crecido número de enemigos tan excesivamente superior al de sus Tropas; si bien, haciendo mayor impresion que él en su ánimo la experiencia de las continuadas y prodigiosas acciones que habia obrado, y de las innumerables naciones que habia vencido con aquel corto Exército, prevalecia en él al desaliento

la

lá esperanza. Y asi, receloso de que no se aumentáse con la tardanza la desesperacion de los suyos, resolvió presentar luego la batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desasosiego, hizo que se pusiese la Caballeria mercenaria de los Peonienses delante de su Phalange, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos cubiertos de la Caballeria. Ya habia disipado la hermosa luz del Sol aquella niebla, y descubierto distantemente toda la ordenanza del Campo enemigo, quando los Macedones, ò impelidos de su animosidad, ò disgustados de la dilacion, à guisa de combatientes, levantaron el grito, à que correspondieron los Persas con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos las selvas y los valles circunvecinos. No era posible contener à los Macedones, los quales impacientes de llegar à las manos con los enemigos, se arrojaban al combate; pero teniendo el Rey por mas conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandó hacer en ella algunas trincheras, las quales acabadas se retiró à su Tienda, desde donde descubria sin ningun estorvo todo el Exército del enemigo.

CAPITULO XIII.

OPONESE ALEXANDRO AL VOTO de Parmenion y de Pelipercon, que era de que se combatiese de noche; y despues de haberse entregado por algun rato al reposo, aníma à los suyos al combate.

REpresentabanle entonces à Alexandro sus mismos ojos con bien distintas señas la gravedad del peligro en que se habia empeñado: los Cabos, que por una y otra parte rodeaban los Esquadrones, animando las Tropas, y dando orden à todo: el ruido de los soldados y de los Capitanes: el sonido de las trompetas; y el resplandor, que qual naturales y activas luces despedian las armas; eran cosas, que aunque de ninguna importancia en sí todas, le tenian en contínuo desasosiego el espiritu, ya conturbado, vacilante y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo qual, ò no sabiendo à qué resolverse, ò deseando

do saber el ánimo y dictamen de los suyos, juntó su consejo, para que en él se confiriese lo que mas convenia determinar. El voto de Parmenion, cuyas largas experiencias y consumado talento le habian grangeado el primer credito entre todos los demás Generales, fue de que aquella empresa se llevàse mas por los terminos de un oportuno improviso acometimiento, que por los regulares de un combate descubierto. ›› Representaba, que quanto sería facil romper à aquella numerosisima muchedumbre, ›› compuesta de tantas naciones, cuyas costumbres, genios y lenguages eran sumamente distintos, acometiendola desprevenida ›› entre la obscuridad de la noche y la quietud del profundo sueño; en quien les impediria el mismo pavor, aumentado en sus ›› tinieblas, la reunion y ordenanza; tanto mas aventurado y ›› peligroso el suceso, si el combate fuese de dia, à cuya claridad podrian atemorizar à los Macedones los feroces aspectos de ›› los Scithas y Bactrianos, sus erizadas barbas y dilatados cabellos, y la grosera y disforme estatura de sus cuerpos: accidentes todos, que si bien no aumentan las fuerzas, ni menos la ›› ocasion para el temor, suelen hacer aun mayor impresion en ›› los animos de los soldados, que las que con mas razon pueden ›› causarle. Que debia considerarse el conocido riesgo à que se ›› exponia su corto Exército por la facilidad con que le oprimiria ›› por todas partes tan inmensa muchedumbre; y que no era lo ›› mismo haber peleado entre las inaccesibles rocas è impenetrables lugares de Cilicia, que haber de hacerlo en campaña rasa ›› y descubierta. ›› Conformes los votos de los mas Generales con este, fue tanto lo que se inclinó à él Pelipercon, que protestó en el suyo *pendia de su execucion la victoria.* Pero el Rey, vuelto à él, y mirandole con sañudo semblante, porque pudiendo haber escarmentado de la aspereza con que habia tratado à Parmenion, le repetia nuevo motivo para su desagrado: *Vosotros me persuadis* (les dice) *à que use de las mismas cautelas y ardides de que se valen los ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la supercheria y el engaño. Hallome empero tanto mas lexos de permitir, que la ausencia de Dario, la ventaja del sitio, ni el lógro de una victoria debida al favor de la noche, desdoren y desminuyan mi gloria, quanto mi voluntad; y ultima re-*

solucion es, de combatir en medio del dia, para poder en el menos dichoso suceso quexarme antes de mi desgracia, que avergonzarme en el mas felíz con la misma victoria. Fuera de que estoy cierto, de que los Barbaros se mantienen à todas horas con las armas en la mano, y con tan gran vigilancia, que no es facil acometerlos desprevenidos; por lo qual os mando, que os dispongais para la batalla. Despues de cuyos generosos estímulos, les permitió algun tiempo para el reposo. Dario empero juzgando que el enemigo executaría lo que Parmenion habia persuadido, ordenó estubiesen prontos los Cabos, que gran parte del Exército se mantubiese con las armas, y que se doblasen las guardas. Y recorriendo en persona, asistido de los principales Cabos, su Campo, (de quien despedian los crecidos fuegos, que en él habia grandes resplandores) visitaba sus Tropas, puestas ya en arma, invocando al Sol, à quien llaman Mithres, y al fuego eterno y sagrado, para que inspirasen en sus soldados los valerosos alientos que correspondian à su antigua gloria, y à la generosa virtud de sus predecesores. Decia: *Que (en quanto era permitido à la cortedad humana, penetrar los presagios del Cielo, las reservadas y selectas disposiciones de los Dioses) se dexaba conocer los tenian propicios, habiendo experimentado poco antes el repentino pavor de los Macedones, los quales vagando por diversas partes de su Campo, habian arrojado las armas. Que esperaba tomasen los Dioses tutelares del Imperio de los Persas, venganza de aquellos desatinados, cuyo Cabo lo era aun mas que ellos: pues no de otra suerte, que las fieras, dexandose llevar de la codicia de la presa, se arrojaba incauto al peligro que le tenian dispuesto.* No era menor la vigilancia y desvelo con que se hallaban los Macedones, los quales permanecieron tambien en arma toda la noche; el mismo Alexandro, no habiendo llegado nunca à verse tan sobresaltado, hizo llamar à Aristandro; por cuyo medio recurrió à los Dioses con votos y ruegos. Revestido, pues, aquel Sacerdote de una ropa blanca, con la verbena en la mano, y cubierta la cabeza, procedia delante del Rey, pidiendo con él socorro à Jupiter, à Minerva, y à la Victoria. Cuyo sacrificio concluido con las precisas ceremonias, se retiró el Rey à su Tienda à procurar algun reposo en lo que le quedaba de la noche;

pero asaltandole unas veces el cuidado de si cargaria con todas sus fuerzas desde lo alto de la colina en el ala derecha del enemigo, ò si le acometeria por la frente; y otras, el de si lo haria por el ala izquierda, no pudo conseguirlo hasta que quedó por ultimo rendido de las fatigas del ánimo à un profundo sueño. Habia ya desplegado el dia enteramente su luz, y con ella aumentadose el desasosiego de los Cabos, que se hallaban à la entrada de la Tienda de Alexandro, los quales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la estrañeza con la memoria de lo que habian experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en quienes el mismo Rey era el primero que los llamaba, y que reprehendia à los negligentes y perezosos; no pudiendo en aquella hacer juicio seguro para la causa de él, y de entregarse con tal sosiego al sueño, al tiempo que estaba para darse batalla, de cuyo suceso pendia el todo de sus intereses. Sin embargo, no atreviendose ninguna de sus guardas à entrar dentro, y acercandose la hora del combate, para el qual, ni los soldados se podian armar, ni poner en ordenanza, sin que se lo mandáse, habiendo esperado Parmenion largo espacio, dió orden à los soldados para que comiesen; y reconociendo no admitia mayor dilacion la urgencia, entró en su camara, donde le llamó muchas veces; pero no bastando todas para que despertase, se vió precisado à mecerle, y à decirle à grandes voces: *Advierte*, *Señor*, *que ya está muy adelantado el dia*: *el enemigo en batalla*: *que marcha ácia nosotros*; *y que tu gente espera aun tus ordenes*. *¿Dónde está tu invencible valor? ¿Y dónde aquella cuidadosa vigilancia*, *con que solias despertar à tus guardas*? A cuyos desmedidos gritos, habiendo vuelto Alexandro con sereno semblante, y asegurado à Parmenion, *no se habria entregado con tanta quietud al reposo*, *à no haberse asegurado de la inquietud que le alteraba*, mandó tocar al arma. No cesando empero Parmenion de admirar la tranquila serenidad del Rey, y su descuido: *No le estrañes*, (le dixo) *pues quanto te confieso me tenia cuidadoso la desolacion que antes hacia Dario en todo*, *tanto mas sosegado hoy*, *habiendo resuelto presentarme la batalla*: *à vista de lo qual*, *¿qué puedo temer*, *logrando cumplidos mis deseos? Y*: : : *pero yo me declararé mas à su tiempo*.

po. Ponganse en tanto todos debaxo de sus banderas, que yo os seguiré, y pasaré à daros mis ordenes. No acostumbraba armarse, sino raras veces, y estas mas à ruego de los suyos, que à persuasiones del temor, y à intimaciones del peligro. Hizolo empero entonces; y habiendo salido fuera de la Tienda, y causado tan gran regocijo en los soldados su presencia, y el gusto y resolucion que mostró, que teniendolo por felíz agüéro de la victoria, la suponian como segura. Hizo derribar las trincheras: sacó fuera sus Tropas, y las puso en batalla. Tomó la gente de à caballo de la Compañia del Rey, cuyo Capitan era Clito, la punta del ala derecha, con los Esquadrones de Philotas, à cuya parte estaban todos los cuerpos de Caballeria, cerrando con el ultimo Meleagro. Iba despues la Phalange, y tras ella Argiraspiles, debaxo del mando de Nicanor, hijo de Parmenion, seguido de las Tropas de Ceno: despues los Orestes y los Lincestes, pueblos belicosos; y à lo ultimo Pelipercon, que conducia en ausencia de Amintas, su Coronel, las banderas estrangeras. Entre cuyas Tropas estaban los Balacros, nuevos Aliados, à quienes mandaba Philago. Este era el orden que guardaba el ala derecha de Alexandro. A la izquierda estaba la Caballeria del Peloponeso, conducida por Cratero con la de los Archeos, Locrenses y Maleonenses; y por ultima banda la gente de armas de Thesalia, mandada por Philipo. La Infanteria iba cubierta de la Caballeria; pero para impedir que fuese oprimida de la muchedumbre tenia otra segunda linea, donde estaba un poderoso cuerpo de reserva, y en las alas Caballeria, no de frente, sino de flanco, para hacer rostro de aquella parte, si los acometiesen por detrás. En esta segunda linea estaban los Agrianos, que mandaba Attalo, con los Archeros de Creta. Y para que de todas partes quedáse bien resguardada la ordenanza, hizo que los ultimos Esquadrones volviesen las espaldas à los primeros. Allí estaban los Illirios, los estrangeros mercenarios y los Thraces, armados à la ligera; y por ultimo, en tal orden aquel Exército, que los ultimos podian, para evitar la carga torcer los rostros, y hacer frente ácia todos lados, no estando la banguardia mas fortificada, que los flancos, ni los flancos, que la retaguardia. Dispuestas asi las cosas, ordenó: *Que si los Barbaros disparasen estre-*

pi-

pitosamente sus carros armados de hoces, manteniendose en ordenanza, se abriesen para dexarlos pasar, con cuya prevencion no podrian, dandoles lugar para que lo hiciesen, causar daño alguno; pero que si por el contrario fuesen à ellos sin ruido, que entonces diesen grandes gritos para espantar los caballos, y los hiriesen por una y otra parte. Mandó tambien à los que tenian las alas, que las estendiesen quanto les fuese posible, aunque sin enflaquecer mucho el cuerpo de batalla, para evitar que los cogiese en medio la muchedumbre. Dexó el bagaje y los prisioneros, entre quienes estaban la madre y las hijas de Dario, en una eminencia no distante del Campo de batalla, con cortas guardas. Mandaba el ala izquierda, segun lo hacia siempre, Parmenion, y el Rey la derecha. Aun no estaban à tiro de saëta, quando cierto fugitivo del Campo de Dario, llamado Bion, llegó à toda diligencia à participar à Alexandro: *Como Dario habia hecho ocultar en el territorio por donde esperaba pasáse su Caballeria gran cantidad de abrojos de hierro, y poner al mismo tiempo ciertas señales para que evitáse llegar à él la suya.* Asegurado el Rey de la noticia, hizo partícipes de ella à sus Capitanes, à quienes mandó, que pasando de uno en uno à sus soldados, respecto de no permitir entonces hacerlo de otra suerte, asi el crecido número de gente, como el gran ruido que causaban ambos Exércitos, los advirtiesen se apartasen del lugar donde reconociesen aquellas señales.

CAPITULO XIV.

ORACION DE ALEXANDRO A LOS GRIEGOS, y de Dario à los Persas.

EN tanto Alexandro, puesto à caballo, y recorriendo por una y otra parte de su Exército sus Esquadrones, animaba con su esforzada presencia, y con la eficacia de sus razones à sus Capitanes y à los que tenia mas inmediatos à su persona, representandoles: *Que despues de haber corrido tantas y tan dilatadas regiones, y vencido tan considerables peligros con la esperanza de la victoria, la qual les obligaba nuevamente à es-*

gri-

grimir sus áceros en aquella batalla, no les quedaba otro que vencer, logrados con ella sus triunfos. Que el Granico y los montes de Cilicia, por quienes su invencible valor les habia abierto el paso de Syria y Egypto, de quienes se habian apoderado con inesperada presteza, eran eficaces estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el lógro de la victoria. Que no pensasen que habian de pelear con enemigos nuevos, sino con los que habiendo librado en la ultima rota por medio de ignominiosa fuga sus vidas, volvian forzados à exponerlas al mismo peligro. Que habia tres dias que rendidos, no menos que al peso de sus armas, à la opresion del miedo, permanecian en aquel puesto, sin que en ellos los hubiesen remudado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperacion en que se hallaban, que el ver abrasaban ellos mismos sus ciudades y asolaban sus campos, confesando que quanto dexaban atrás era de sus enemigos. Que los vanos y rumbosos nombres de aquellas desconocidas naciones, de quienes se componia gran parte de su Exército, pudieran causar terror à otros, que ignorasen de quan corta importancia es para los que pelean, saber quienes eran los que llamaban Scytas, y quienes Caducios. No empero para los Macedones, los quales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, quanto sabian que la fama de las naciones belicosas se estendia à las demás siempre, y que aquellas miserables, arrebatadas à violento impulso de sus cabernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputacion y credito de los Macedones, la qual les habia grangeado su generoso valor y gloriosas Conquistas, era tan notoria al Mundo, que apenas habria en él lugar, por retirado que fuese, à quien no hubiese llegado su noticia. Que considerasen las desordenadas Esquadras de aquella confusa turba, entre quienes se hallaban unos sin mas armas, que la de algun dardo, y que la de alguna honda otros; siendo pocos los que las tenian justas y cumplidas; por lo qual, aunque era mas numeroso en hombres el Exército enemigo, muy superior en soldados el suyo. Que no les pedia peleasen valerosamente, si no los estimulaba primero à hacerlo su exemplo. Que les ofrecia combatir à la frente de sus banderas, esperando ilustrar su persona de tantos

or-

ornamentos, quantas fuesen las heridas que recibiese. Que no ignoraban era el único que dexaba de participar del comun botin del Exército, y que todos los frutos de la victoria los empleaba en beneficio suyo, y conservacion de su amor. Y ultimamente, que à no estar asegurado de que hallaba con tan valerosos soldados, les habria representado, quan imposibilitados se hallaban de recurrir à la fuga; porque despues de haber penetrado tan dilatadas provincias, y dexado atrás tantos y tan caudalosos rios, y tan inaccesibles montes, estaban incapaces de retroceder, y de volver à su patria, si no abrian el camino para ella con las puntas de sus espadas. De esta suerte animó à los Cabos y soldados que tenia cerca de sí. En tanto Dario llevaba el ala izquierda de su Exército, rodeado de su Nobleza y de la flor de su Caballeria è Infanteria, burlandose del corto número de enemigos, y creyendo, que estando estendidas las alas de su Exército, se hallaria desguarnecido el cuerpo de batalla; si bien desde el carro en que estaba, volviendo los ojos y las manos ácia todos los que le rodeaban, los habló en esta substancia: „ Nosotros, que poco „ ha eramos Señores de todas aquellas tierras que baña el Helesponto de una parte, y que contiene el Occeano de otra, nos „ hallamos reducidos y necesitados à pelear hoy, no ya por la „ gloria, sino por la vida, y lo que mas es que la vida, por la „ libertad. Este es el dia fatal que ha de establecer ò arruinar el „ mayor Imperio que vió jamás el Mundo. En el Granico solo „ combatimos con la menor parte de nuestras fuerzas: despues de „ la pérdida que tubimos en la Cilicia, nos podia servir la Siria de retirada: teniamos aun el Tygris y el Euphrates, poderosos baluartes ambos de este Reyno; pero ya hemos llegado „ à estado tal, que si perdemos el terreno que pisamos, no nos „ queda donde huir. La dilacion de la guerra ha consumido „ quanto dexamos atrás. No tienen ya las ciudades habitadores, „ ni labradores los campos: hasta vuestras mugeres y vuestros „ hijos nos vienen siguiendo, que será otra tanta presa para el „ enemigo, si no libramos prendas tan amadas por medio de una „ honrosa victoria. Por lo que à mí toca, he procurado cumplir „ con quanto he juzgado de mi obligacion: he juntado tan numeroso Exército, que apenas estas vastas y dilatadas campa-

„ ñas

„ ñas son capaces à contenerle en sí: hele proveido de armas y „ de caballos: he dispuesto que no falten municiones y basti„ mento à tan considerable muchedumbre; y he elegido final„ mente lugar capáz de ponerla en orden de batalla. Lo demás „ pende de vosotros: tened ánimo: hacedle de quedar vencedo„ res, burlandoos del credito y reputacion de los enemigos: ar„ ma bien débil para soldados de generosos espiritus; y estad „ ciertos, que lo que habeis tenido por virtud y valentia en ellos, „ solo es una precipitada temeridad, que no bien ha exhalado el „ ardor de su bizarria, quando se apaga y consume, no de otra „ suerte que se debilitan y descaecen los animales luego que han „ vertido su veneno. Estas llanuras nos muestran el corto núme„ ro que nos ocultaron los montes de Cilicia. Mirad quan dis„ tantemente se reconocen sus ordenanzas: reparad en la exten„ sion de sus alas, y advertid en lo desamparado de su cuerpo „ de batalla: partid, pues, contra aquellos à quienes han pues„ to en retaguardia de espaldas à nosotros, como en anuncio de „ que nos las vuelven disponiendose à la fuga. Por los Dioses, „ que aun sin que usemos de los carros armados de hoces, bastan „ solo las uñas de los caballos, para desbaratarlos y romperlos. „ Con cuya victoria, si la obtenemos, quedará todo por noso„ tros, y concluida la batalla, sin recurso alguno los enemigos „ à la fuga, por hallarse encerrados entre el Tygris y el Euphra„ tes. A que se añade, que aun lo que antes contribuyó à hacer„ los vencedores, convertido en mayor gravamen y perjuicio su„ yo, será medio de que hoy queden vencidos; porque hallan„ donos con un Exército ligero y facil de mover, y teniendo „ ellos el suyo tan cargado de la presa, embarazado de nuestros „ despojos, le podremos deshacer facilmente, logrando à un tiem„ po la causa y el fruto de la victoria; pero si acaso pudiere en „ alguno de vosotros hacer mayor impresion, que la eficacia de „ estas razones, el credito de aquella gente, advierta, que hoy „ existen las armas de los Macedones, no sus personas; porque „ habiendose derramado tanta sangre de ambas partes, por corta „ que haya sido la que se ha vertido de la suya, es mas conside„ rable siempre la menor pérdida en un corto Exército, que la „ mas crecida en uno poderoso. Y Alexandro, por invencible

» que parezca à los cobardes, no es mas que un hombre solo; y
» si quereis creerme, un desatinado, y à quien hasta aqui ha
» hecho mas dichoso nuestro pavor, que su virtud; pero no pu-
» diendo tener larga subsistencia la prospera fortuna, donde no
» interviene à conservarla la razon y la prudencia, por mas que
» se haya declarado ésta à favor suyo, no dudeis, que desabri-
» da y cansada de su continuada temeridad, le desampare y aban-
» done. Fuera de que sus favores son tan poco seguros, y tan
» instables, y expuestas à repetidas variedades y mudanzas las fe-
» licidades humanas, que podemos esperar las padezcan las suyas.
» ¿Y qué sabemos si los Dioses han permitido que el Imperio de
» los Persas, à quien han elevado al mayor cúmulo de gloria por
» espacio de doscientos y treinta años, padezca ahora este gol-
» pe, no para destruirle, sino para comoverle, y acordarnos
» por este medio la instabilidad de las cosas humanas, de que
» tan olvidados vivimos en las grandes prosperidades? No ha
» muchos años, que por nuestro gusto, hicimos guerra à los Grie-
» gos en sus dominios: hoy, que nos la han traido à los nues-
» tros, es preciso que los arrojemos de ellos. De lo qual podeis
» reconocer quan reciprocamente estamos expuestos todos à las
» mudanzas y rebeses de la fortuna; y que es imposible, que ni
» los Persas, ni los Griegos lleguen à conseguir la Monarquia,
» à que aspiran dos tan poderosos concurrentes; pero aun quan-
» do no nos alentase la esperanza, nos debe obligar la necesidad,
» à que no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, haga-
» mos el ultimo esfuerzo para nuestra defensa. Mi madre, mis
» dos hijas, y mi hijo Ocho, esperanza de este Imperio, lloran
» su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi casa: aquellos
» Grandes Señores, en cuyas venas purpuréa Real sangre, que
» los ilustra: aquellos esclarecidos Capitanes, algo menos que
» Reyes, unos y otros se ven esclavos, y la mayor parte de mí
» mismo no está en mí, y si la que me ha quedado no se asegurá-
» se en vosotros, quedaria enteramente cautivo. Ea, pues, va-
» lerosos soldados, librad à mi madre, y à mis hijos de las pri-
» siones, ya que mi esposa, (¡ay de mí!) la he perdido en
» ellas. Recobradme aquellas caras prendas, por quienes no re-
» huso perder la vida. Suponed que juntas todas, despues de ha-

» ber

„ ber implorado el socorro de los Dioses patrios, recurren à vues-
„ tra fidelidad pidiendoos vuestra compasion y socorro, y que
„ os intiman las libreis de tan infeliz miseria. ¿Creeis por ven-
„ tura, que su dolor le ocasiona la sujecion con que viven al ar-
„ bitrio y gracia del enemigo, y el verse esclavas de quienes no
„ se dignarian ser Reynas? Pero ya veo à los enemigos que se
„ adelantan, y quanto mas se acercan, tanto mayor es lo que se
„ me ofrece que deciros, para infundir mas corage en vuestros
„ animos. Ruegoos, pues, por nuestros Dioses tutelares, por el
„ fuego eterno, que vá delante de nosotros en esos Altares; por
„ el explendor del Sol que nace en los confines de mi Reyno; y
„ por la inmortal memoria de Cyro, el qual habiendo conquis-
„ tado este Imperio de los Medos, y de los Lydios, fue el pri-
„ mero que le transfirió à los Persas, libreis del ultimo, y eter-
„ no ultrage, el nombre, y la nacion de los Persas. Marchad,
„ pues, alegres, y confiados en la victoria, para que aumentada
„ con los triunfos de ella la gloria que os dexaron vuestros pre-
„ decesores, pase à vuestros descendientes. De vuestro valor
„ pende el dia de hoy vuestra libertad, vuestra salud y toda la
„ esperanza, y el remedio de la patria. El medio de evitar la
„ muerte, es despreciarla; el que la teme, la encuentra. Por lo
„ que mira à mi persona, aunque me veis en este carro, no es-
„ toy en él tanto por observar la costumbre de este Reyno,
„ quanto por dexarme ver mejor de todos; haced lo que en mí
„ viereis, y seguid el exemplo que os diere, que es quanto os
„ pido.

CAPITULO XV.

DESCRIPCION DE LA SANGRIENTA BATALLA que se dieron los dos Exércitos cerca de Arbela. Vencedor Alexandro sigue à Dario vencido y roto.

Deseoso Alexandro de evitar los lugares de las emboscadas, que Bion le habia mostrado, y de encontrar à Dario, que llevaba el ala izquierda de su batalla, salia siempre ácia la mano derecha, cuya diligencia hacia tambien Dario por llegar

à él, habiendo ordenado à Beso, que cargáse en el ala derecha de Alexandro con la Caballeria de los Masagetas. Tenia delante de sí sus carros armados de hoces, à quienes hizo partir contra los enemigos, luego que se les dió la señal: soltaronlos à toda rienda los que los gobernaban, para que con la celeridad füese mayor el daño que hiciesen en ellos, no dandoles lugar à que pudiesen evitarle. Quedaban muertos unos al violento impulso de las lanzas que salian del timon, y despedazados otros al de las hoces, que pendian de una y otra parte de los carros, cuyo estrago obligó à los Macedones à que cediendo à él se retirasen, no ya con ordenanza, sino qual pudieran en declarada rota, con precipitosa fuga. Advirtiendola Maceo, aumentó su terror, cargando tambien en ellos, y enviando mil Caballos à saquear los alhojamientos de los enemigos, à cuya diligencia esperaba que reconociendo sus prisioneros, à quienes tenian en el mismo quartel, cercana su gente, rotas las prisiones se librasen. Si bien previniendo el fin Parmenion, que mandaba el ala izquierda, participó con la mayor presteza que pudo al Rey por medio de Polydamas el peligro en que estaba, y lo que gustaba hiciese. Pero habiendole oido Alexandro: *Id* (le respondió) *y decid à Parmenion, que si ganamos la victoria, no solo recuperarémos lo que es nuestro, sino quedarémos tambien dueños de quanto posee el enemigo, que no enflaquezca el cuerpo de la batalla, ni cuide del bagaje, sino de pelear con el ardor que debe hacerlo por la gloria de Alexandro y de Philipo.* En el interin los Barbaros saquearon el Campo, dieron muerte à muchos de las guardas; y los prisioneros, rotas sus prisiones, y armados de quanto encontraban, cogiendo à los Macedones enmedio, cargaban en ellos, y persuadidos à que habria sido igualmente feliz el suceso en lo demás del Campo, y que victoriosos los Persas se entregaban ya à la presa, participaron à Sisigambis, habia obtenido Dario la batalla, hecho considerable mortandad en los enemigos, y apoderadose del bagaje; pero conservandose aquella prudente Princesa, por mas que procuraron alegrarla los prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron, y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hacerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar à la fortuna con su anticipa-

do

do regocijo, apenas acertaban à distinguir qual era lo que mas deseaba. En tanto Amintas, General de la Caballeria de los Macedones, habiendo procurado con algunas Tropas, aunque cortas, recuperar el bagaje, ò ya fuese por arbitrio proprio, ò ya por orden de Alexandro, no pudiendo tolerar el furor de los Caducios, y de los Scythas, apenas intentó el combate, quando se vió precisado à retirarse ácia el Rey, sin otro fruto, que el de haber sido antes testigo de la pérdida del bagaje, que recuperador de él. Con cuyo suceso, disgustado Alexandro, ya se arrepentia de su primera orden, aunque temiendo justamente no divirtiese à los soldados del combate, el deseo de cobrar su bagaje, envió à toda diligencia à Arietes, Capitan de los Piqueros, à quienes llamaban *Sarisophores*, contra los Scythas. En cuyo interin los carros, que habian roto las primeras filas, llegaron hasta la Phalange; pero los Macedones abriendo con grande animosidad su batallon, y dividiendole en dos, como se les habia ordenado, los cogieron enmedio, donde, cruzadas las picas, herian por una y otra parte los caballos; y cercando despues los carros, derrivaban à los que iban en ellos. Fue tan grande el estrago, que no se veían sino cuerpos muertos; los caballos amedrentados, y doloridos de las heridas, no se dexaban regir, y precipitados de la violencia del castigo con que se les procuraba obligar à ello, volcaban carreteros y carros, y los heridos, sin poderse detener por su pabor, ni adelantarse por su debilidad, arrastraban tras sí à los muertos. Con todo, algunos carros que pudieron llegar hasta la retaguardia, hicieron gran destrozo en los miserables que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por una y otra parte, no bastaron à obligarlos à que depusiesen las armas mientras permaneciendo calientes las heridas no llegaban à sentir la actividad de los dolores, hasta que desangrados del todo, espiraban en sus mismos puestos. A cuyo tiempo, habiendo muerto Aretes al Capitan de los Scythas, que robaban el bagaje, fue grande el terror que infundió en ellos esta pérdida. Si bien el esfuerzo de los Bactrianos, à quienes Dario envió para abrigarlos, mejoró bien aprisa el combate, porque derribando del primer choque à algunos Macedones, y haciendo huir à otros, que se retiraron ácia donde

de estaba el Rey, fue tan grande el regocijo con que celebraron los Persas este suceso, que levantando el grito, no de otra suerte que si se hallasen vencedores, cargaron à gran furia en el enemigo, à quien creían enteramente deshecho. Pero advirtiendo Alexandro aquel desorden, habiendo reprehendido y confortado à los medrosos, rehizo por sí solo el combate, y obligó à los suyos à que recuperados sus alientos à los esfuerzos de su persuasion, volviesen à la carga. Y reconociendo disminuida el ala izquierda de los Persas, por faltar de ella los Bactrianos, à quienes habia llevado à los aloxamientos la codicia de la presa, asaltó aquellas filas, las rompió è hizo en ellas considerable estrago. A cuyo tiempo, creyendo cogerle enmedio, mientras combatia, le acometieron por las espaldas; y es sin duda, que le hubieran puesto en gran peligro, si la Caballeria de los Agrianos, sobreviniendo alli à toda diligencia, no hubiese cargado en los Barbaros que le habian embestido, y los hubiesen obligado à volver contra ellos: en cuya ocasion fue mucho mayor el número de los muertos de la parte de los Persas; aunque de una y otra igual el de los heridos. Tenia Alexandro al enemigo por la frente, y por las espaldas; si bien à los que le acometian por estas daban bien que hacer los Agrianos y los Bactrianos, aunque vueltos ya del robo no podian recobrar sus filas. Habia muchas Tropas que separadas de su grueso, peleaban donde se les ofrecia hacerlo. Ambos Reyes, à cortisima distancia ya el uno del otro, inflamaban à los suyos al combate: Dario en un carro, y à caballo Alexandro, rodeados ambos de sus mas escogidas Tropas, las quales atentas solo à librar à sus Reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlas sin las suyas, à cuyo precio, y el de morir à su vista, se tenian por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban mas inmediatos à sus personas, por ser alli donde de una y otra parte anhelaban todos à obtener la gloria de dar por su mano muerte al Rey enemigo. Pero fuese ilusion, ò hecho cierto, es sin duda, que los que se hallaban al lado de Alexandro aseguraron haber visto volar apacible à un Aguila sobre su cabeza, sin que la alteráse ni espantáse el ruido de las armas, ni los gemidos de los que morian, que permaneció por largo espacio al rededor de su caballo, como suspendida en

el

el ayre; y que mostrando Aristandro revestido de una ropa blanca, con un ramo de laurel que tenia en la mano, como seguro anuncio de la victoria, à los soldados que combatian, aquel pajaro los infundió tan grande ánimo y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados, volvieron entonces à la carga con increible ardor y gusto. Fue empero mayor, quando traspasado de una lanzada el que conducia el carro de Dario, è iba sentado delante de su persona, le tubieron, asi ellos, como los Persas, por el Rey. Con cuya persuasion fueron tan espantosos sus gritos y lamentos, que pusieron en desorden todo el Exército, aunque hasta entonces combatia con igual esfuerzo que el de el enemigo. Los parientes de Dario, que estaban à mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban à la derecha le recibieron enmedio. Refierese, que habiendo sacado aquel Principe su cimitarra, estubo en duda si evitaria la ignominia de la fuga con una honrosa muerte; y que reconociendo desde su carro que aun mantenian los suyos el combate, tubo por indigna accion la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza y la desesperacion, empezaron los Persas à retroceder poco à poco, y à desamparar sus filas. Alexandro, habiendo mudado caballo, despues de haber fatigado muchos, no cesaba de dar muerte à los que le resistian, y à los que huían. Finalmente no siendo ya combate aquel, sino destrozo y mortandad, se vió necesitado Dario à volver su carro, y à entregarse como los demás à la fuga. Cargaban los vencedores por las espaldas à los fugitivos, pero impidiendoles la vista una espesisima nube de polvo que levantaba el crecido tropel de los caballos, procedian con errantes pasos, como pudieran en la mas obscura noche, sin poder unirse por otro medio, que por el del sonido de alguna voz conocida, que se oía; asi como de rato en rato el estallido de los azotes, con que castigaban los caballos que conducian los carros, seña única que habia quedado à los fugitivos.

CAPITULO XVI.

VEESE ALEXANDRO EN PELIGRO, y librale de él su gran valor. Obtienen finalmente los Macedones una cumplida victoria, y obligan al resto de los Persas à que se libre por medio de la fuga con muy considerable pérdida de gente.

MAnteniase empero con variedad de sucesos, asi de una, como de otra parte, el ala izquierda que mandaba Parmenion; porque habiendo cargado ácia alli Maceo con toda su Caballeria, y cogido à los Macedones por el flanco, los empezó á estrechar tan reciamente por todas partes con la multitud de sus Tropas, que se vió necesitado Parmenion à enviar à decir à Alexandro à toda diligencia *el estado en que se hallaba, y que si prontamente no le socorria, le sería imposible evitar la fuga de su gente.* Aunque se habia alexado à alguna considerable distancia el Rey, en seguimiento de los fugitivos, le obligó aquella desabrida noticia, à que atendiendo antes al peligro de los suyos, que à la prosecucion de sus triunfos, volviese en su socorro, no sin gran irritacion de que le malográse aquel accidente la victoria, y de que hubiese tenido mas fortuna Dario en huir, que él en seguirle. Si bien habiendo sabido en el interin, Maceo, el rompimiento de Dario, quedó tan aturdido de su infelicidad, que en medio de la ventaja, con que combatia, empezó à descaecer del ardor con que apretaba al enemigo, ya desordenado. No podia Parmenion penetrar la ocasion de aquel repentino desaliento, aunque aprovechandose, como diestro Capitan de él, hizo cargar alli la Caballeria de los Thesalos, à quienes les dixo: *¿No veis como aquellos, que poco ha nos resistian con tan grande ferocidad, se retiran preocupados de un repentino pavor? No es otra la ocasion, que haber ganado nuestro Rey la victoria para sí, y para nosotros. Los Persas se hallan rotos, y toda la campaña cubierta de sus cadáveres, ¿qué esperais despues? ¿Detieneos acaso el no juzgaros con bastante espiritu para cargar en los que huyen?* Con cuya exortacion, persuadidos à lo que

que les decia, y convirtiendo en esperanzas y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas à los caballos, y acometieron con increible furia al enemigo, que si hasta entonces se habia retirado con moderado paso, ya lo hacia con bien acelerado movimiento, y sin que faltáse à confirmar su fuga, sino el volver las espaldas. Sin embargo Parmenion, ignorando el suceso que habia tenido el Rey en el ala derecha, y no resolviendose à seguirlos, dió tiempo à que se pudiese librar Maceo: el qual habiendo pasado el Tygris por destraviado y seguro camino, entró en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz Exército. Dario, acompañado de pocos, llegó al rio Lico, y habiendole pasado, se halló dudoso en si romperia el puente, respecto de seguirle el enemigo; pero considerando, que haciendolo dexaba expuestos à merced suya infinitos millares de los suyos, que aun no habian llegado, lo escusó, protestando al partirse: *Queria antes dar paso à los que iban en su alcance, que negarsele à los que se salvaban;* y despues de haber corrido dilatadisima porcion de tierra, llegó à Arbela. ¿Qué entendimiento empero, ni qué palabras serán suficientes à comprehender y expresar la inmensa variedad de accidentes, con que se burlaba de unos y otros la fortuna? Tan diversos generos de muertes, la rota y fuga de los vencidos, el estrago y horror de tan sangrienta batalla, en la qual, ò ya se mire à lo general, ò ya à lo particular de ella, no parece sino que quiso reducir al suceso de un dia quantos accidentes puede producir un siglo. Huían unos por los caminos mas cortos y mas faciles que hallaban, y ganaban otros los bosques y los senderos mas desconocidos à los vencedores. Qué era ver la Caballeria è Infanteria, armados unos, desarmados otros, sanos, enfermos y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en desorden y confusion espantosa. Los que no podian seguir, por el impedimento de sus heridas à los demás, quedaban abandonados de sus compañeros con lagrimas y lamentos recíprocos; pero cediendo en estos la piedad al miedo, convertian en seguridad propria el cuidado ageno. Con todo, nada los atormentaba mas que la sed, que les ocasionaban las heridas, y la fatiga. Veíase infinidad de gente abalanzada à aquellos arroyos beber con ansia sin igual de sus turbias aguas,

las quales mezcladas en muchos de gran porcion de tierra, que pasaba entre ellas, los dexaban tan hinchados, impedidos, y embargados sus miembros, que sobreviniendo el enemigo, no podia moverlos sin nuevas heridas. Algunos, à quienes no permitia el aprieto y multitud, que cargaba en ellos, llegar à los arroyos mas inmediatos, pasaban à buscar los mas distantes, donde cogian el agua que descubrian, por corta que fuese, sin perdonar los mas retirados, ni charco, por seco, enjuto ò turbio, à quien su sed no le acometiese. No era menos digno de compasion el oir por los caminos cercanos à los lugares los clamores de las mugeres y de los viejos, los quales con acentos lúgubres llamaban aun à Dario su Señor y su Rey. Habia llegado ya Alexandro, despues de haber detenido el precipitado curso con que corrian los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido) al rio Lico, cuyo puente se llenó de tan gran multitud, que acometidos unos del enemigo, se precipitaban al agua, y cargados otros de sus armas, y fatigados del combate, y de la fuga, perecieron miserablemente. No solo el puente rebosaba Tropas, sino tambien el rio, sobre cuyas ondas corrian impetuosamente amontonadas unas en otras; porque apoderado una vez el pavor de los animos, no rehusan, por evitar la causa de su primer horror, arrojarse à los mayores peligros, teniendolos todos por menores. Instado Alexandro de los suyos: *Que no dexáse ir al enemigo tan libremente, y sin castigo, se escusó de complacerlos, manifestandoles, que sus armas habian ya perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitados sus cuerpos, y cercana la noche.* Pero no era esta la causa, sino el cuidado en que le tenia el ala izquierda de su batalla, à quien juzgaban aun combatiendo, y la resolucion en que estaba de volver à socorrerla: si bien le sacaron de él las noticias, que antes de partir de alli le traxeron de la victoria, obtenida por Parmenion, ciertos caballeros, à quienes despachó con ellas; pero no acabando de tener fin los peligros de la batalla, le sobrevino al tiempo de recojer sus Tropas uno, aun de mayor consideracion que quantos se le ofrecieron en aquel dia; porque seguido de pocos, que regocijandose de la victoria, se retiraban en desorden, creyendo quedaban los enemigos rotos ò muertos, dió sin

pen-

pensar en un grueso de Caballeria, el qual, aunque suspendió al principio su curso, reconociendo el corto número de los Macedones, cargó en ellos. Pusose el Rey à la frente de su bandera, disimulando mas, que despreciando el peligro; pero la fortuna, que nunca le faltó necesitado, tampoco entonces, porque acometido del Campo enemigo, con mas deseo de gloria, que consideracion, castigó su atrevido denuedo, derribandole de un bote de lanza, con la qual dexó muerto al que combatia mas inmediato à él, y à otros muchos que le seguian, à cuyo tiempo cargaron los suyos en los Persas, que aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dexaron de defenderse con igual resolucion, y valor al que mostraron ambos Exércitos en lo mas recio de la batalla. Finalmente reconociendo los Barbaros, que la noche les era mas oportuna à la fuga, que al combate, se entregaron desbandados por diversas partes à ella. Con que libre el Rey de tan inesperado peligro, recogió sus Tropas sin pérdida alguna. Murieron en esta batalla, segun el cómputo, que pudo hacer el vencedor, quarenta mil Persas, y trescientos Macedones; cuya victoria es sin duda que la debió Alexandro, antes que à su fortuna, à su valor y destreza, porque demás de que no se pudo atribuir à la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su Exército con admirable ordenanza, peleó con suma prontitud, y despreció con gran acuerdo y madurêz la pérdida de los alhojamientos y del bagaje, reconociendo, que toda la importancia y el peligro pendia del suceso de la batalla, en la qual, aunque dudoso de él, obstentandose vencedor, puso en desorden al enemigo, le derrotó, y lo que parece increible en un espiritu tan vehemente, siguió à los fugitivos con mas cordura, que ardor. Siendo cierto, que si dexandose llevar de él, no se hubiese abstenido con aquella madurêz, ò habria quedado por culpa suya vencido del resto del Exército enemigo; que hacia aun rostro, ò no habria debido à su proprio valor la victoria. Y ultimamente, que si le hubiese atemorizado aquel grueso de Caballeria, que inesperadamente encontró, y cargó en él, se hallaria necesitado, ò entregarse vengonzosamente à la fuga, ó à perder infelizmente la vida; pero no por esto se deben defraudar à los Cabos los merecidos loores que les grangeó su generoso

valor, y las gloriosas heridas, que como seguro testimonio de él recibieron en el combate, de quien salió herido Ephestion en un brazo de un bote de lanza, asi como casi muertos Perdicas, Ceno y Menidas de los tiros de las saëtas: y à la verdad, si se ha de hacer el juicio que se debe de aquel Rey, y de aquellos Capitanes, es preciso confesar, que tan gran Rey fue digno de tan ilustres Capitanes, y tan ilustres Capitanes merecedores de Rey tan esclarecido.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

HABIENDO ENTRADO DARIO EN LA Media, se apodera Alexandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situacion, y viciosas costumbres de sus habitadores se describen.

SI hubiese de referir, segun el orden del tiempo, todos los sucesos que acaecieron en este intermedio, asi en Grecia, como en Illiria y en Thracia, debaxo de los auspicios, y por las ordenes de Alexandro, sería preciso interrumpir el hilo de los del Asia; y asi para evitarlo, he tenido por mejor continuarlos hasta el fin y muerte de Dario, sin omitir alguno, para que se reconozcan en la historia con la misma série que se executaron; à cuyo fin empezaré por las conseqüencias, y resultas de la batalla. Llegó Dario mediada la noche à Arbela, donde la fortuna habia llevado gran parte de sus Tropas, y de sus Capitanes; y habiendolos juntado, les dixo: *Que no dudaba pasaria Alexandro à apoderarse de las mejores ciudades, y de aquellas hermosas y fertiles campañas; ni tampoco, que él, y sus soldados, mas atentos al robo y à la presa, que se les ofrecia por todas partes (unico recurso en que libraban ellos en su infelicidad su remedio) que à otro designio, les darian tiempo de asegurar*

su

su retirada, y de ocupar los desiertos con un Campo volante: Que las ultimas provincias de su Reyno se hallaban enteras, y podria facilmente volver à alistar en ellas un nuevo Exército: Que aquella codiciosisima nacion iba à apoderarse de sus tesoros, y à saciar su continuada sed en el oro, que esperaba recuperar despues: Que la experiencia le habia enseñado, de quan molesto gravamen, y carga era aquel obstentoso aparato, y copioso número de Eunuchos, y concubinas; y que hallandose precisado Alexandro à llevarle, no podia dexar de pelear con inferiores ventajas à las que hasta entonces habia tenido para quedar vencedor. Pareció à todos este razonamiento de gran desesperacion, y que dexando expuesta al poder del enemigo la riquisima ciudad de Babilonia, apoderado de ella, le sería facil hacerse dueño de la de Susa, y de las mas principales del Imperio, como premio de sus fatigas, y principal asunto de sus empresas; pero continuando en él, les manifestó: *Que en las grandes calamidades no debia detenerse la consideracion à la aparente obstentacion de las cosas, sino à la solidéz y urgencia de ellas: Que las batallas se adquirian por medio del hierro, y no por el del oro, à fuerza de hombres, y no de edificios: Que todo se rendia à los que se hallaban con las armas en la mano; y que con ellas recuperaron sus predecesores, despues de bien infelices principios, sus pérdidas, restableciendose à su antigua grandeza.* Con cuyas razones, ò fortalecidos sus animos, ò precisados de su obediencia antes que de ellas, entraron en su compañia por los confines de la Media. Rindió pocos dias despues Alexandro à Arbela, en cuya ciudad halló gran cantidad de muebles de la Corona, ricas y preciosas alhajas, con quatro mil talentos, y todas las riquezas del Exército, que (como queda dicho) se habian juntado alli: si bien, precisandole à deshalojar à toda diligencia de ella el suyo la peste, que empezaba à picar, ocasionada de la infeccion de los cuerpos muertos, de que estaba cubierto todo el campo, tomó su marcha por aquellas llanuras, dexando à mano derecha la Arabia, region feliz por los pérfumes y gomas odoríferas que produce. Refierese, que es tan grande la fertilidad de aquellas tierras, que se contienen entre el Tygris y el Euphrates, que no permite apacienten en ellas los ganados, sin riesgo de que los ahogue la demasiada

gor-

gordura que les causa su abundancia; la qual procede de la humedad que participan à aquel territorio las avenidas de ambos rios. Tiene su nacimiento en los montes de Armenia, desde donde tomando su curso dividen sus aguas el uno del otro, aumentando à proporcion de él su separacion; la qual, en donde mas, es de dos mil y quinientos estadios, segun aseguran los que la han medido: si bien, entrando en las tierras de los Medos y Gordianos, se vuelven poco à poco à unir mas en proporcion siempre de lo que se alexan. Donde mas llegan à estrecharse es en Mesopotamia, llamada asi, porque la cierran de ambas partes; desde la qual corriendo por las tierras de Babilonia, se dilatan hasta descargar en el Mar Roxo. Llegó el Rey en quatro dias à la ciudad de Memphis, donde se ofrece en una caberna aquella fuente, à quien ha hecho tan célebre el betun que de ella mana; en tan gran abundancia, que se tiene por cierto se labraron con él los muros de Babilonia, una de las maravillas del Mundo. Luego que el Rey tomó el camino de aquella ciudad, salió con sus hijos à entregarsele y ofrecersela Maceo; el qual se habia retirado à ella despues de la batalla de Arbela. Cuya rendicion celebró Alexandro con gran gusto, asi por el gravoso y dilatado Sitio, de que se escusaba, y era preciso para apoderarse de plaza de tan gran conseqüencia, y tan abastecida de todo lo necesario à una larga resistencia, como porque se la entregáse persona de su gran suposicion y valor, bien acreditado en las ilustres acciones que obró en aquella ultima batalla, y cuyo exemplo esperaba siguiesen otros muchos. Admitiólos con singulares demostraciones de gratitud; si bien no quiso dexar de entrar en la ciudad, como pudiera à declarado combate, en forma de batalla, y marchando à la frente de su Exército. Coronaba infinita multitud de gente los muros de aquella ciudad, enmedio de haber sálido la mayor parte de sus habitadores à recibirle, impacientes ya de que se les dilatáse el ver à su nuevo Principe, entre cuya muchedumbre, Bagophanes, Gobernador de la fortaleza, y guarda del tesoro, deseoso de mostrarse no menos afecto que Maceo, hizo sembrar los caminos de flores, y levantar por ambas partes altares de plata, que respiraban, demás del incienso, todo genero de olores. Llevaba los presentes que habia de dar

al

al Rey, que se componian de pieles de animales, de gran cantidad de caballos, de leones y pardos, en sus jaulas. Seguianle despues los Magos, entonando hymnos à su usanza; y à estos los Caldéos, y con ellos los Adivinos y los Músicos de Babilonia, tocando todos diversos instrumentos. Acostumbran estos cantar las alabanzas del Rey, asi como los Caldéos observar el movimiento de los Astros, y las regulares mudanzas del tiempo. Iba à lo ultimo la Caballeria Babilónica, con tan ostentoso aparato, que excedia à la mayor magnificencia. Hizo el Rey que siguiese el pueblo à su Infanteria, y rodeado de sus guardas entró sobre un carro en la ciudad, y despues en palacio, en forma de triunfo, donde al dia siguiente mandó manifestar los muebles y la plata de Dario. Pero la hermosura y ornamento de aquella ciudad se llevaba justamente, no solo los ojos del Rey, sino los de todos, à repararla y advertirla. Fundóla Semiramis, ò como creen muchos, Belo, cuyo palacio existe aun: contienen sus muros de ladrillo, unido con betun, treinta y dos pies de largo, sobre quienes pueden pasar dos carros à quatro caballos, sin embarazarse el uno al otro. Su altura es de cinqüenta codos, la de sus torres de diez pies mas, y toda su circumbalacion de trescientos y sesenta y ocho estadios, de quienes se refiere salia à uno por dia à los obreros. Distan de los muros las casas (en bastante separacion unas de otras, por el riesgo del fuego, à lo que discurro) dos yugadas de tierra, y no ocupan en la ciudad mas espacio y extension, que el de ochenta estadios. Todo lo restante de ella lo labran y siembran para aprovecharse de los frutos, que recogen en ocasion de algun Sitio. Pasa por medio el Euphrates, cuyas riberas son de desmesurada magnitud, rodeadas de profundas cabernas, labradas de ladrillo, y en lugar de mezcla de aquel betun; las quales sirven de receptáculo al rio, que saliendo de sus margenes con rápida violencia, es sin duda que llevaria tras sí los edificios à no hallar en aquellos lugares subterráneos donde descargar parte de su gran avenida. Une las dos partes de la ciudad un puente de piedra que dilatandose de una à otra ribera, ha merecido tambien, por la sumptuosidad de su fábrica, que se le coloque en el número de las maravillas del Oriente, respecto de que llevando tras sí el Euphrates tan gran cantidad de cieno,

no

no se puede, sin gran dificultad y trabajo, esguazar, y descubrir tierra firme y sólida, sobre que echar los cimientos; à que se añade, que los bancos de arena, que con el curso del tiempo se forman junto à los arcos de él, embarazando la corriente, la hacen tanto mas rápida y caudalosa, quanto ha estado detenida y opresa. Circundan tambien sus aguas el castillo, cuyo circuito es de veinte estadios, asi como de treinta pies los cimientos de sus torres, y de ochenta su altura. Ocupan su eminencia vistosos y floridos jardines, cuya hermosura y singularidad dió ocasion à que los supusiesen por milagrosos en sus fabulas los Griegos. Igualanse en la altura con los muros, y hacelos sumamente apacibles y deliciosos la gran sombra y frescura que los ocasiona la crecida corpulencia y rectitud de sus arboles. Las columnas, que sustentan aquella garvosa máquina, son de piedra, sobre quienes cargan grandes azoteas, labradas de piedra en quadro, las quales reciben en sí la tierra, à quien riegan bombas y aqueductos secretos, fertilizandola de suerte, que produce arboles de tan desmesurada grandeza, que llegan à comprehender sus raices ocho codos en ancho, y à dilatarse hasta cinqüenta su altura, hallandose tan cargados de frutos, como pudieran estarlo en el mas natural y abundante territorio. Y si bien no se preservan del estrago del tiempo, ni las fábricas en que interviene la industria de los hombres, ni las obras que produce la naturaleza, se ha conservado ésta sin detrimento alguno, enmedio de hallarse oprimida de las dilatadas raices de tantos arboles, y del grave peso de tan inmensa máquina. Fundase sobre veinte dilatadas y fuertes murallas, à distancia de once pies la una de la otra, cuya fábrica advertida de lexos, ofrece la representacion de dilatados y montuosos bosques. Es fama, que reynando antiguamente en Babilonia cierto Rey de Syria, hizo labrar aquellos jardines, movido de las instancias con que le persuadió su esposa (à cuyos cariciosos alhagos vivia rendido) imitáse en ellos por medio de tan raro artificio los primores de la naturaleza, para que asi pudiese gozar, sin salir de la ciudad, de los recreos y diversiones del campo, à que tenia singular inclinacion. Detubose el Rey en aquella ciudad mas tiempo del que solia en otras, donde padeció mayor perjuicio que en alguna la disciplina militar, por

lo

lo que excede à todas en la suma corrupcion de las costumbres, y en los grandes incentivos y disposiciones, que tiene para desordenados y torpes deleytes. Toleran en ella los padres, que sus hijas hagan con los huespedes mercancia de su honestidad, no siendo menos liberales de la de sus mugeres los maridos. El mayor divertimiento de los Reyes, y Satrapas de Persia, es el de los festines, en quienes introducen licenciosos y deshonestos juegos, no teniendo otros los Babilonios, que el de la embriaguéz, à que son muy dados, y à los demás desordenes conseqüentes à ella. Muestranse en sus banquetes las mugeres al principio con modestia; pero luego que empiezan à deponer, primero sus exteriores vestiduras, y despues las mas internas, deponiendo tambien con ellas su honestidad (sea dicho sin ofensa de castas orejas) quedan en carnes. En cuyo torpe y deshonesto expectáculo no se ofrecen solo las mugeres públicas, sino tambien las que están reputadas por de mayor recato y honestidad, con sus hijas, que unas y otras, asi como sus padres, tienen tan horrible prostitucion por una de las acciones mas urbanas. Entre estos vituperables y licenciosos recreos se ocupó por espacio de treinta y quatro dias aquel victorioso Exército del Asia; el qual es sin duda que se hubiera hallado bien debilitado al fin de ellos para la continuacion de sus conquistas, à haber tenido enemigo en su oposito. Si bien las reclutas, que de tiempo en tiempo le llegaban, hacia menos sensible aquellos desordenes: porque Amintas, hijo de Andromene, habia llevado seis mil Infantes, y quinientos Caballos Macedones, enviados por Antipatro, con seiscientos Caballos Thraces, y tres mil y quinientos Infantes de su misma nacion, sin que entrasen en este número quatro mil hombres pagados, que iban del Peloponeso, con trescientos y sesenta Caballos. Enviaba tambien el mismo Amintas para la Guarda de Corps del Rey cinqüenta jovenes, hijos de los primeros Señores de Macedonia; los quales sirven à la mesa de los Reyes, les llevan los caballos quando salen en alguna faccion, los acompañan quando van à caza, y hacen todos los dias guarda à la puerta de su camara, por cuyos primeros grados llegan à los mayores empleos del Reyno, quales son los Generalatos de los Exércitos, y los Gobiernos de las Provincias. El Rey, habien-

do dexado à Agathon en el castillo de Babilonia con setecientos Macedones, y trescientos soldados estrangeros, dió el gobierno de la ciudad, y de toda la region à Menete y à Apolodoro, à quienes dexó dos mil Infantes, y mil talentos, con orden de que hiciesen reclutas. Hizo à Maceo Satrapa de Babilonia, y mandó à Bagophanes, el qual le entregó la fortaleza, que le siguiese. Dió la Armenia al traydor Mithrene, que le hizo dueño de la ciudad de Sardis, y de la plata de Babilonia: à cada Caballero Macedon à seiscientos dineros, quinientos à los estrangeros, y doscientos â cada Infante, demás de la paga ordinaria.

CAPITULO II.

PROPONE PREMIOS A LOS SOLDADOS, PARA obligarlos à huir la ociosidad: Recibe la ciudad de Susa, con los tesoros del Rey de Persia; y consuela à Sisigambis.

DIspuestas asi aquellas cosas entró en la provincia de Satrapene, cuya fertilidad y abundancia en todo genero de frutos fue causa de que se detubiese en ella algo mas; si bien, receloso de que no enflaqueciesen la ociosidad y los deleytes los generosos alientos de sus Tropas, propuso premios para los que mas se señalasen en los exercicios de valor y agilidad, y nombró personas, que con desinterés y justificacion declarasen los que los mereciesen. Fueron estos ocho, à quienes hizo merced de otros tantos Regimientos, que formó compuesto cada uno de ellos de mil hombres, à los quales llamaron *Chiliarchos*, no habiendo pasado hasta entonces ninguno de quinientos, ni llegado tampoco à ser premio del valor. Fue grande el concurso de soldados que llevó à sí aquel ilustre espectáculo, al qual no solo iban à ser testigos de lo que obrasen unos y otros, sino tambien Jueces de los mismos Jueces, y à reconocer si se distribuían los premios en atencion al merito, ò al favor. Dióse el primero al anciano Adarchias, à cuyo esfuerzo y diligencia se debió en el Sitio de Halicarnaso volviese à él la juventud, que le habia abandonado, y que repitiese con mayor esfuerzo, que hasta entonces

los

los ataques. Tubo Antigenes el segundo, Philotas Angeo el tercero, Amintas el quarto, el quinto Antigono, Lincestes Amintas el sexto, Theodoro el septimo, y el ultimo Hellanico. Mejoró la Milicia, quitando, no sin grande utilidad de ella, muchas cosas introducidas por sus predecesores, en quienes habia reconocido inconvenientes. Ordenó que la Caballeria, separada hasta entonces por naciones, y debaxo de la trompeta, y de las ordenes del Cabo de la suya cada una, quedáse reducida toda à un cuerpo, y à la obediencia de los Oficiales que puso en ella: Que asi como hasta entonces se daba la señal de la marcha por medio de la trompeta (cuyo sonido impedia muchas veces el ruidoso estruendo del Exército al de campar) se diese alli con un estandarte, levantado en su Tienda, de suerte que pudiese ser visto de todo el Exército. Y finalmente, que se tubiese de noche por señal el fuego, y de dia el humo. Hallandose cerca de Susa Abulites, Gobernador de la provincia, ò ya fuese por dictamen proprio, ò ya por orden de Dario, y con el fin de entretener à Alexandro por medio de la presa, envió à su hijo à recibirle, y à ofrecerle la ciudad. Halló en el Rey grata acogida aquel mancebo; el qual le conduxo hasta el rio Choaspes, cuyas aguas son muy celebradas por su delgadeza. Salió à encontrarle alli Abulites con presentes dignos de tan gran Rey, entre quienes llevaba Dromedarios de suma velocidad, y doce Elefantes; que habiendolos hecho traer Dario de la India, para amedrentar con ellos à los Macedones, solo sirvieron de hacer mas celebrados sus triunfos y trofeos. Asi se burla la fortuna de los intentos y disposiciones de los hombres. Habiendo entrado en la ciudad, halló en el erario inmensas sumas en moneda, y cinqüenta mil talentos de plata en barras. Estaban recogidas en él quantas riquezas habian adquirido por espacio de muchos siglos tantos Reyes para sus descendientes (juzgando se dilatáse à largas duraciones su posteridad:) todas las quales pasaron en la brevedad de una hora à estraño dueño. Ocupó despues el Trono de los Reyes de Persia, cuya silla, siendo mas alta de lo que requeria su estatura, y no llegando con los pies à la tarima, fue preciso que un page suyo le pusiese una mesa, que acaso se le ofreció alli, en que estrivasen. A cuyo tiempo advirtiendo Alexan-

xandro en las lagrimas de cierto Eunucho, que habia sido de Dario, y preguntandole la causa de ellas, le respondió: *Que habiendo comido en aquella mesa, sobre quien tenia los pies, su Rey, no podia sin gran ternura verla profanada.* Con cuya noticia, corrido Alexandro de haber violado los Dioses del hospedage, iba à mandarla quitar, como lo hubiera hecho, à no haberselo estorvado Philotas: *Representandole debia tener por feliz agüero hollar mesa, en que su enemigo habia comido.* Deseando pasar de alli à Persia, dexó à Archelao por Gobernador de la ciudad de Susa con guarnicion de tres mil hombres, y à Xenophilo por Capitan de la fortaleza, en cuyo presidio mandó quedasen los soldados mas viejos, que hubiese entre los Macedones. Puso al cuidado de Calicatres la guarda de los tesoros, y en el Gobierno de Susa à Abutiles, en cuya ciudad dexó à la madre, y à las hijas de Dario; y habiendole llegado de Macedonia gran cantidad de ropas de púrpura, y riquisimos vestidos, à la usanza de su patria, no le permitió el cariño con que estimaba, qual pudiera à su madre, à Sisigambis, dexáse de enviarselos con los que los habian hecho, para que si gustaba (como mandó se lo dixesen) de que sus nietas aprendiesen à hacerlos, tubiesen quien las enseñáse. Cuya demostracion, y recado la fue de tan gran disgusto, como lo mostraron las copiosas lagrimas que derramó al oirle, por no haber entre las Señoras de Persia exercicio mas sensible, ni mas ignominioso, que el de trabajar en lana. Si bien advertido Alexandro del yerro en que habia incurrido, tubo por preciso pasar à su Tienda à disculparse de él, y à consolarla, como lo hizo, diciendola: *Esta ropa que traigo puesta (madre mia) no solo es dádiva de mis hermanas, sino obra de sus manos, porque en mi patria, aun las Princesas no desdeñan divertirse en estos exercicios. Si el estilo de ella pudo hacer incurriese, poco noticioso del de la tuya, en demostracion alguna de tu desagrado, no debes atribuir à ofensa tuya, lo que solo ha sido ignorancia mia. Mi respeto à tu Real Persona no ha escusado ninguna que haya entendido puede, sin oponerse al estilo de tu Reyno, contribuir à tu obsequio. Advertido de que en ella se tiene por especie de desacato se siente delante de su madre el hijo, sin permision suya, he procurado cuidadoso no contravenir à*
aten-

atencion tan debida, escusando el hacerlo mientras tus preceptos no me han obligado obediente à ello. No ignoras la reverente repugnancia con que me he opuesto à tus corteses excesos, y à que hayan tenido lugar las instancias de postrarte à mis pies; ni tampoco que por ultima, y mayor prueba de mi amor y veneracion te he dado el dulce nombre de madre, que solo le es debido à Olympias, à quien reconozco el sér.

CAPITULO III.

DESPUES DE HABER VENCIDO ALEXANDRO la region de los Uxiores, concede libertad à Madates, su Gobernador, y à todos los rendidos y prisioneros, exhimiendolos de todo genero de tributos. Intenta entrar en la Persia, pero obligale Ariobarzanes à que se retire.

HAbiendo dexado el Rey con tan urbanos y corteses terminos satisfecha à Sisigambis, pasó à la ribera del Tygris, à quien los naturales llaman Pasitygris. Tiene su origen en los montes Uxiores, desde donde descendiendo con impetuoso curso por espacio de mil estadios entre rocas y precipicios à la campaña, se dilata con mas apacible curso por ella, hasta que aumentado queda capáz de que por él se navegue; y despues de haber corrido seiscientos estadios de un territorio fertil, entra suavemente en el Golfo Persico. Pasó, pues, Alexandro el rio con nueve mil Infantes, y tres mil Caballos, asi de Agrianos, como de Griegos mercenarios, y llegó à la region de los Uxiores. Está cercana à los Susos, y se dilata hasta la frontera de la Persia, sin que entre ésta, y aquellos haya mas que un corto estrecho de por medio. Era Gobernador de aquella provincia Madates, el qual bien lexos de acomodarse al tiempo, y fortuna del vencedor, estaba resuelto à conservar la fidelidad que debia à su Rey, y à resistir à los enemigos hasta el ultimo peligro. Ofreciendo al Rey algunas personas prácticas de la tierra conducir por cierta vereda breve, y secreta hasta la misma frente de los enemigos alguna porcion de gente, que les diese armada

da à la ligera: tubo por bien hacerlo, y ordenarlos siguiesen, luego que se pusiese el Sol, mil y quinientos soldados pagados, y casi mil Agrianos mandados por Tauron. Y habiendo levantado él su Exército à la tercera vigilia, con el menor ruido que pudo, ocupó al amanecer los pasos de las montañas, y dispuestas mantas de guerra y terraplenes, con que se cubriesen los que conducian las máquinas y las torres, puso Sitio à la ciudad. No ofreciendose empero en todos aquellos parages, sino peñascos y precipicios, en quienes se herian y maltrataban los soldados, mas tenian que vencer en la situacion del lugar, que en los enemigos; pero sin embargo no cedieron à la dificultad hallandose alli el Rey, el qual les preguntaba: *¿Si no se corrian de detenerse delante de una mala bicoca, despues de haber rendido tan ilustres ciudades?* Mientras les decia esto cargaban en él tantos tiros, disparados de lexos, que les fue preciso à los suyos, no pudiendo vencerle sus ruegos, à que se retiráse, juntar sus escudos, y cubrirle con ellos. Finalmente, descubriendose Tauron con su gente sobre la fortaleza, empezaron los Barbaros à perder el ánimo, y los Macedones à reiterar sus esfuerzos, hasta que cogiendo al enemigo por ambas partes, se hicieron señores de la plaza. Quedaron pocos que fuesen testigos de la resolucion, porque muchos se encomendaron à la fuga; y los que no lo hicieron, se retiraron à la fortaleza, de donde habiendo enviado treinta Diputados al Rey, pidiendole perdon, tubieron la desabrida respuesta: *De que no le esperasen.* Con cuya amenaza atemorizados, libraron su remedio en la intercesion de Sisigambis, à quien (asegurados de lo que podian con el Rey sus ruegos, por lo que la amaba, y de que ésta no se negaria tampoco à los suyos, por el cercano parentesco de Madates y Dario, con cuya sobrina estaba casado) despacharon un expreso por vereda desconocida del enemigo, suplicandola se sirviese templar con su autoridad la indignacion del Rey. No atreviendose empero por entonces Sisigambis à hacerlo, les respondió: *Que considerasen quan ageno era de su fortuna pedir por otros, y quan proprio de su atencion no abusar de la clemencia del vencedor, y acordarse antes, que de que habia sido Reyna, de que era cautiva.* Si bien dexandose por ultimo vencer de sus instancias, escri-

cri-

cribió à Alexandro, suplicandole: *Se sirviese dispensarla, le pidiese usáse de su acostumbrada clemencia con aquellos infelices, ò à lo menos con un pariente suyo, no ya su enemigo, sino quien postrado à sus pies la solicitaba rendido.* Bien acreditó entonces el Rey su moderacion y benignidad: pues no solo perdonó à Madates, y à todos los prisioneros y rendidos, sino hizo tambien que se les guardasen sus privilegios, que no se entráse à saco la ciudad, y que se les permitiese labrar sus campos, sin el gravámen de alguna imposicion, ni tributos. ¿Qué mas pudiera haber conseguido de su hijo, si fuese el vencedor? Sujetos, pues, los Uxiores, los reduxo debaxo del gobierno de Susa, y habiendo dado una parte de su Exército à Parmenion, con orden de que le llevàse por las llanuras, pasó con las Tropas restantes, armadas à la ligera, los montes que se estienden hasta la Persia; de donde despues de haber asolado toda aquella region, llegó al quinto dia al paso de Susa, à quien los naturales llaman *Pilas Susidas*. Habia ocupado Ariobarzanes con veinte y cinco mil Infantes aquellos peñascos, desgajados y rotos por todas partes, y alhojado à los Barbaros en sus eminencias, à poca mas distancia que la de un tiro de dardo, desde la qual fingiendose medrosos, esperaban empeñar à Alexandro en aquellos estrechos; pero viendo que se adelantaba despreciandolos, empezaron à desgajar desde la cumbre del monte piedras de desmesurado tamaño, las quales, aumentada la violencia del primer impulso, al de los repetidos golpes que daban en aquellos peñascos, que precipitandose encontraban, hacian considerable estrago, no ya en uno ù otro soldado, sino en Compañias enteras, acrecentandole los tiros de las hondas y las flechas, que de todas partes los cargaban. En cuyo inminente riesgo no desesperaba tanto à aquellos valientes soldados el perder la vida, quanto el que oprimidos, y cercados à manera de bestias, en aquella hoyada, se hallasen tan imposibilitados de vengar su muerte. Por lo qual, pasando à rabia la ira, cogian los peñascos que les arrojaban, y levantandolos unos sobre otros, no habia esfuerzo que no hiciesen por trepar, y llegar à los enemigos. Pero hallandose sin alguna firmeza, con el mismo movimiento y diligencia que ponian para subir por ellos, los derrivaban sobre sí. Con que no

sa-

sabian ya qué hacerse, ni qué recurso buscar, no siendolo el cubrirse con sus escudos, respecto de las grandes peñas que desgajaban sobre ellos los Barbaros. Era en el Rey aun mayor el dolor y la ignominia, por haber expuesto tan inconsideradamente su Exército à aquel peligro, llevandole entre aquellas rocas. Habia hasta entonces quedado siempre invencible, no habia experimentado empresa alguna, que hubiese dexado de corresponder menos feliz à ella el suceso. Habia entrado por los estrechisimos pasos de la Cilicia, sin el menor contratiempo, y descubierto en el Mar nuevo rumbo para pasar à Pamphilia; pero otra ya alli su fortuna no le permitia mas recurso que el de volverse por donde habia ido. Por lo qual habiendo dado orden para tocar à retirar, y à su gente para marchar, cerrada y cubierta con los escudos, salieron de aquellos peligrosisimos lugares, retrocediendo treinta estadios.

CAPITULO IV.

MUESTRALE CIERTO PRISIONERO UN CAMINO desconocido, por medio del qual llegó à combate con los Persas, en él dexa roto su Exército, y muerto à Ariobarzanes.

HAbiendo plantado en lugar abierto por todas partes los alhojamientos, no solo quiso saber el dictamen de los suyos, sobre lo que debia deliberar, sino tambien lo que segun sus pronosticos le advertian los Adivinos; tan dado era à la supersticion: ¿Qué podria empero predecirle entonces Aristandro, aunque estubiese reputado por oráculo entre los demás profesores de aquella facultad? Considerandolo asi, y que no era tiempo de recurrir à los sacrificios, hizo llamar algunos naturales del país, los quales ofrecieron conducirle à la Media por camino facil y seguro, aunque de gran rodeo. Pero llevando mal el dexar sin sepultura à sus soldados, por ser entre los Macedones una de las primeras obligaciones militares la de enterrar los difuntos, hizo llevar à su presencia à todos los prisioneros que habia hecho poco antes. Hallabase entre ellos uno bien experto en

la lengua Griega y Persica, el qual le representó el yerro que cometia en querer introducir en la Persia su Exército por los montes; que solo se ofrecia un camino por los bosques para llegar à ella; pero tan estrecho, que apenas permitia lugar, para que pudiese pasar por él una persona sola, respecto de la demasiada espesura de los arboles, y de la frondosidad de sus ramas, las quales enlazadas y entretegidas unas en otras, negaban mas extension. Que la Persia quedaba de la otra parte cerrada y ceñida de montes, cuya longitud era de seiscientos estadios, y cuya latitud de ciento y setenta; que estos se estendian despues del Caucaso hasta el Mar Roxo; el qual hacía alli donde terminaban à manera de fortaleza, que tambien lo cerraba. Que à la falda de aquellos montes se descubria una dilatada y espaciosa campaña sumamente fertil, y poblada de ciudades y villas, por quienes corria el rio Araxes, à quienes hacian caudalosisimo los raudales de otro, hasta que se juntaba con el Medo, el qual aunque inferior à él, volviendo à la parte del Medio-dia entraba en el Mar. Que no habia alguno que fertilizáse tanto como éste las tierras por donde corria, las quales vestía de flores y yervas sumamente crecidas y espesas. Que sus riberas se hallaban tan pobladas por ambas partes de platanos y de alamos, que al que las miraba de lexos, no parecian sino que ellas y los montes vecinos hacian un continuado bosque, por correr por alli aquel rio, cubierto de los arboles, estrechisimo y profundo, y por conservar siempre las margenes, que le guarnecen, adornadas de verdes y frondosas hojas, la humedad de que participan. Que aquel era el lugar mas saludable de toda el Asia, y donde con mayor benignidad, y templanza corria el ayre, respecto de la larga extension con que se dilataban los montes, por una parte cubiertos todos de arboles, cuya umbrosa frescura templaba los ardores del Sol, y de los templados vapores de que hacía partícipe à la tierra el Mar por otra. Habiendo referido el prisionero todas estas particularidades al Rey, le preguntó: *¿Si las sabía por haberlas observado, ò por haberselas referido otro?* Respondiole: *Que habiendo sido pastor de aquellos montes, no habia senda ni vereda, que se ocultáse à su noticia; y que por dos veces le ha-*

habian hecho prisionero, una en Lycia los Persas, y otra los suyos. Cuyas palabras acordandole las de la prediccion, que tubo del Oráculo, quando consultandole sobre su jornada, le respondió, *que un Lycio le conduciria à la Persia*, le hizo mayores promesas, que las que permitia su humilde nacimiento, le mandó armar à la usanza Macedonica, y le dixo despues, *que le mostráse en buena hora el camino*, *con el seguro de que se esforzaria à pasarle con algunas ligeras Tropas, por aspero è impenetrable que fuese, si ya no era, que presumiese no podia Alexandro, por aumentar su gloria, y perpetuar su fama, ir por donde habia apacentado un pastor.* Insistiendo empero este en ponderar la dificultad del camino, mayormente para gente armada: *Yo respondo por todos los que me siguen*, (le dixo el Rey) *que ninguno rehusará ir por donde tú nos llevares.* Y encomendando à Cratero la guardia del Campo con la Infanteria, que mandaba las Tropas de Meleagro, y mil Archeros à caballo, *le ordenó dexáse el Campo en la misma forma que estaba, y hiciese grandes fuegos en él, para que à vista de ellos se asegurasen los Barbaros de que subsistia alli su persona; y que en caso de que Ariobarzanes, noticioso de su marcha, pasáse con alguna parte de sus Tropas à impedirle el paso, que cargáse entonces en él para divertirle y obligarle à que se retiráse por la parte mas peligrosa: Pero que si por el contrario superaba à los Barbaros, y se apoderaba de los estrechos, que no receláse entrar à la primera arma en el camino donde habian sido rechazados el dia antes, pues atrayendo él à sí todas las fuerzas del enemigo, quedaria desamparado y seguro.* Mandó despues à los soldados, que le habian de seguir, y estaban armados à la ligera, que llevasen viveres para tres dias, y à la tercera vigilia partió con el mayor silencio que pudo, tomando los rodeos por donde le llevaba la guia. Pero demás de estar estos impenetrables, y tan resbaladizas las rocas, que apenas se podia poner con alguna firmeza la planta en ellas, eran tan crecidas las nieves, que el viento habia acumulado alli, que cayendo, y hundiendose los soldados como en profundos fosos, llevaban tras sí à los compañeros, que procuraban sacarlos. Llegábase à esto el horror de la noche, lo desconocido del pais, y la incier-

cierta fidelidad de la guia, cuyas cosas todas aumentaban el pavor, y no menos la consideracion, de que si engañáse á sus guardas, perecian qual brutos todos en aquel estrecho, y la de que la vida del Rey, y las suyas pendian de la fé de un cautivo. Sin embargo fueron tantos los esfuerzos que hicieron, que ganaron la cumbre del monte, à cuya mano derecha se ofrecia un camino, que iba ácia donde se hallaba Ariobarzanes. Viendose alli el Rey, envió delante à Philotas, à Ceno, à Amintas, y à Polipercon, que mandaba las Tropas, armados ligeramente con orden, respecto de ir mezclada la Infanteria con la Caballeria, de que marchasen por lugares abundantes de pastos, y à paso lento. Dieronseles por guias algunos prisioneros; y él con su compañia y sus guardas, subió, no sin increible trabajo, por una bien aspera senda, aunque muy distante del cuerpo de los enemigos. Hallábase ya el dia à la mitad de su curso; y la gente tan fatigada del cansancio, y tan necesitada de algun reposo, que faltandole igual porcion de camino à la que habia pasado, aunque de menor molestia y aspereza, se le concedió el Rey hasta la segunda vigilia de la noche; à cuya hora, volviendo à tomar su marcha, pasó lo restante de él sin alguna dificultad. Si bien habia profundado de suerte el curso de las aguas por aquella parte, donde dilatandose las faldas del monte, descienden à las llanuras, que dexó hechos crecidos fosos, à quienes unidas las ramas de los arboles, enlazadas unas en otras, formaban como una impenetrable y dilatada haya, la qual cerraba tan enteramente el paso, que à vista de su imposibilidad, no pudieron reprimir los soldados las lagrimas; siendoles aun mas sensible y horroroso que todo, la obscuridad de la noche, en la qual, si acaso brillaba à hurto de sus tinieblas alguna estrella, les usurpaba su luz la interposicion de la espesura de los arboles, haciendola mas pavorosa la impetuosa violencia del viento que corria, cuyo estruendo, aumentado por la agitacion de las ramas, que incesante y reciamente daban unas con otras, apenas permitia à los soldados, que uno à otro se pudiesen entender. Finalmente, amaneciendo el dia deseado, al declarar su luz, empezó à disipar el horror, en que lo habia envuelto todo la medrosa con-

fusion de la noche, y à mostrar que sin gran rodeo se podian evitar aquellos fosos, y caminar ya qualquiera sin necesitar de guia. Subieron, pues, à la cumbre, de donde habiendo descubierto el cuerpo de guardia de los enemigos, cargaron armados improvisamente en ellos por las espaldas, haciendo tal mortandad en los pocos que intentaron resistirlos, que obligaron aun à los que no se habian ofrecido al peligro, embargados del gran pavor en que los ponian los gritos, que por una parte oian de los que morian, y los medrosos semblantes, que por otra veian de los que se retiraban fugitivos al grueso de su Exército, à que tambien lo hiciesen ellos antes de intentar el combate. Acudió Cratero à aquel ruido, y se apoderó del estrecho, que no pudieron ganar el dia antes; y cargando por otro Philotas, con Amintas, Ceno y Polipercon, acabó de romper à los Barbaros, que por todas partes veian resplandecer las armas de los Macedones. Si bien, aunque oprimidos por tantas, acreditaron en su valerosa defensa, quan poderosa suele ser aun en los cobardes la necesidad, y que muchas veces abre la misma desesperacion, con los alientos que infunde, camino à la esperanza; porque desarmados hicieron rostro à los que no lo estaban, y aprovechandose de su fortaleza y pujanza, dieron con ellos en tierra, y à muchos muerte con sus propias armas. En tanto Ariobarzanes, acompañado de cerca de quarenta Caballos, y de cinco mil Infantes, atravesó por en medio de los Batallones enemigos, no sin gran estrago de estos, y de los suyos. Iba con intento de entrar en Persepolis, cabeza de la provincia; pero cerrandole las puertas la guarnicion, y siguiendole vivamente el enemigo, se halló precisado à volver al combate, donde él y toda su gente rindieron valerosamente sus vidas. Cratero, dando priesa à sus Tropas, pasó á juntarse con el Rey.

CAPITULO V.

PASANDO ALEXANDRO A PERSEPOLIS, pone en libertad quatro mil Prisioneros Griegos.

ACampaba aun Alexandro en el mismo lugar donde habia deshecho à los Barbaros, porque aunque su entera derrota le aseguraba de la victoria; lo quebrado del territorio, y el peligro de los continuados y profundos fosos, le obligaban à marchar cautelosamente, y à desconfiar aun mas de los caminos, que de los enemigos. Recibió antes de su partida carta de Tiridiates, en que le avisaba, *como intentaban los de Persepolis, à la fama de su venida, robar los tesoros de Dario, cuya guarda estaba à su cuidado; y que pues pasado el rio Araxes, era todo lo demás del camino llano y facil, acelerase su llegada, para que le hiciese dueño de ellos.* Entre las grandes virtudes de aquel Principe, tengo por la mas loable la de su diligencia y prontitud; la qual mostró bien en aquella ocasion, en la qual, habiendo dexado su Infanteria, caminó toda la noche con su Caballeria, fatigada de tan dilatado viage, y llegó al rayar del alva à la orilla del rio, donde mandó demoler ciertas villas cercanas à él, y levantar con sus materiales un puente de madera, sobre pilares de piedra, el qual se acabó en brevisimo tiempo. Llegaban ya à no larga distancia de la ciudad, quando salió al encuentro al Rey una bien lastimosa Tropa: memorable exemplo de la humana miseria, y de los ultrages de la fortuna. Componiase ésta de cerca de quatro mil Griegos prisioneros de guerra, à quienes habian afligido los Persas con diversos generos de tormentos, cortando à unos las manos, los pies à otros, y à otros las narices, y las orejas, é impresos en los rostros de todos à fuego ciertos caractéres barbaros: los guardaban como objeto de risa, para que sirviesen à la solemnidad de sus juegos, y aumentasen el credito de su crueldad. Estos infelices, habiendo resuelto ponerse

à vista del Rey, pudieron hacerlo, sin que se atreviesen à estorbarselo los Persas, respecto de no darles alientos para ello el decadente estado de su fortuna. Parecian mas fantasmas, que hombres, por no haberles quedado otra seña, que denotáse lo eran, sino la voz. Fueron mas copiosas las lágrimas, que atraian à los ojos de los que los miraban, que las que ellos mismos vertian. Porque à la verdad, ¿ qué mas lastimoso, ni mas estraño espectáculo, que el de ver tanta gente atormentada de aquella suerte, aunque por diversos medios, en un mismo infortunio, sin que apenas se pudiese diferenciar entre ellos el mas miserable? Habiendo prorrumpido y expresado à grandes voces todos: *Que en fin ya Júpiter, vengador de la Grecia, habia abierto los ojos*, no hubo quien no se interesáse en su infelicidad, mirando como suya la injuria; y Alexandro, despues de enjugadas las lagrimas, que no pudo reprimir al verlos, los exortó á que se animasen; y asegurandoles, que volverian à ver su patria y à sus mugeres, pasó desde alli à acampar à dos estadios de la ciudad. En tanto aquellos miserables se retiraron à conferir lo que pedirian al Rey, hallandose empero divididos los dictámenes, porque unos querian la retirada al Asia, y otros la restitucion à sus casas. Es fama, que uno de ellos, llamado Euthimon Cymeo, les habló en esta substancia: *Nosotros, que poco ha, avergonzandonos de salir de las tinieblas y prisiones, que nos sepultaban, no nos atreviamos à pedir socorro, que nos libráse de las calamidades que padeciamos, ahora que le tenemos seguro, deseamos pasar à manifestar à la Grecia, como hermoso espectáculo, el horrible estado en que nos hallamos, de quien no sé si será mayor el disgusto, que la afrenta que recibamos. El medio mejor de tolerar la miseria, es ocultarla, pero no haber patria tan dulce para las adversidades, como la soledad y el olvido de la felicidad pasada. ¡ O qué mal conoce el corazon humano quien fia de su compasion el alivio de su miseria, ignorando la facilidad con que enjugan los hombres las lagrimas, que su ternura les ocasiona! Dificilmente se ama lo que es de gravamen, por lo mal que se aviene siempre el contínuo clamor del infeliz, con la ordinaria insolencia y or-*

orgullo del dichoso; por lo qual, atentos los que lo son à su fortuna, olvidan la agena miseria ¿Qué mayor prueba de esta verdad, que la que experimentamos en nosotros mismos; pues habiendo sido hasta aqui conformes compañeros todos de una miseria, ya empezamos à desunirnos y à disgustarnos unos de otros; ¿pero qué hay que admirar de que los dichosos busquen siempre à los que lo son? Ruegoos, pues, que como muertos ya por el Mundo, busquemos solo algun rincon donde ocultar estas feas y disformes cicatrices, que nos han quedado. Considerar con el gusto que nos recibirán nuestras mugeres, quando habiendonos desposado con ellas en nuestros juveniles años, nos vuelvan à ver de esta suerte, y con el que nos reconocerán por padres suyos nuestros hijos, y por hermanos, nuestros hermanos, habiendo perdido lo mejor de nosotros en las prisiones, y en las calamidades de la servidumbre? ¿Quál de nosotros empero podrá hacer tan dilatado viage? Lexos de la Europa, cerca de los ultimos terminos del Oriente, viejos, débiles, quebrantados y estropeada la mayor parte de nuestros miembros. ¿Podremos por ventura sufrir los trabajos, que no sin gran dificultad toleró un Exército triunfante? Finalmente, ò hemos de dexar, ò hemos de llevar con nosotros à nuestros tiernos hijos y à nuestras amadas mugeres, à quienes buscó nuestra necesidad, y nos ofreció la fortuna, para alivio de nuestra miseria. Si las llevamos, tened por cierto, que no habrá quien, al vernos llegar con ellas, no nos desconozca y desampare. Dexar, pues, prendas tan seguras, por ir à buscar otras, que quizá no hallarémos, ni es justo, ni puede ser nunca conveniente. Por lo qual no hallo otro recurso en nuestras miserias è infelicidades, que el de que nos ocultemos, y acabemos nuestra vida entre los que están acostumbrados à verlas. Tal fue el sentir de Euthymon, al qual se opuso Theeteto Atheniense, diciendo: *Que ninguna persona, en quien tubiese algun lugar la piedad, desestimaria à los suyos por aquellos lastimosos defectos con que se hallaban, y mas quando no eran naturales, sino procedidos de la crueldad de los enemigos: Que bien los merecia todos, quien no los miraba como inevitables accidentes de la fortuna, sino como precisos motivos*

pa-

para la ignominia: Que el juzgar tan mal del natural y propriedades de los hombres, y desconfiar de su compasion, era indicio de ánimo poco seguro, y menos dispuesto à practicarla: Que los Dioses les ofrecian mas de lo que pudieran desear, sus mugeres, sus hijos, y quanto hace en los hombres despreciable la muerte, y estimable la vida: Que bastante tiempo la habian tenido oprimida en infeliz miseria, para no procurar salir de aquel infame cautiverio à respirar en su patria otro ayre, à ver con otro resplandor el Sol, y con diferente serenidad, que en aquellas funestas regiones, la claridad y luz de los dias: Que considerasen quan dulce y gustoso les sería volver à usar de sus antiguos trages, de sus leyes, de sus sacrificios y de su lengua; cuyas cosas todas eran apetecidas aun de los mismos Barbaros: Que mucho mas infelices quedarian, si habiendolos privado de ellas por tan largo tiempo la tyrana opresion en que habian estado, las malograban voluntariamente, quando se les ofrecian: Que por lo que miraba à él su resolucion era, no perder la ocasion, que le facilitaba la clemencia del Principe: Que si entre ellos habia algunos, à quienes detenia el amor de sus mugeres y de sus hijos, tristes frutos de su servidumbre, que se quedasen en buen hora; pero que no impidiesen su jornada à los que libres de aquellas ligaduras solo apetecian y anhelaban la restitucion à su patria. Hubo pocos à quienes fuese grato este dictamen; porque dexandose llevar la mayor parte de la costumbre, mas poderosa que la misma naturaleza, determinaron pedir al Rey, les señaláse una region en que habitar, y que pasasen à suplicarselo en nombre de todos cien personas, que eligieron entre ellos. El Rey, juzgando solicitaban les cumpliese lo que les habia ofrecido, les dixo: *Ya he mandado que se os dé el carruage que necesitareis para vuestro viage, y mil dineros à cada uno; y estad ciertos de que atenderé à que habiendo llegado à Grecia, os recupereis de vuestro infortunio, y no tengais que embidiar agenas dichas.* Apenas hubo acabado las ultimas palabras, quando bien lexos de acreditar en lo festivo de sus semblantes el regocijo con que esperaba el Rey admitiesen aquellas honras, vertiendo copiosas lagrimas, y man-

manteniendose con los ojos clavados en tierra, y sin atreverse à articular palabra alguna, no dexaron dudar su disgusto. No pudiendo empero alcanzar Alexandro la causa para él, se la representó Euthimon, repitiendole la substancia de las razones con que los habia disuadido de la jornada; y habiendo quedado no menos compadecido de ellas el Rey, que de su miseria, mandó dar à cada unò mil dineros, y diez vestidos, y gran cantidad de ganado mayor y menor, y de trigo, para que sembrasen y labrasen las tierras, de que les habia hecho merced.

CAPITULO VI.

DESPUES DE HABER ROBADO A PERSEPOLIS, ciudad rica, llega à la Persia, y sugeta los Mardos.

HAbiendo juntado al dia siguiente el Rey sus Cabos, les manifestó: *Quanto mas infausta que otra alguna ciudad habia sido para los Griegos la de Persepolis, antigua silla de los Reyes de Persia, y cabeza del Imperio: Que de ella salió el espantoso diluvio de Exércitos, con que inundaron la Grecia los Persas; y que de ella llevaron primero Dario, y despues Xerxes la acha de la mas detestable guerra que asoló la Europa: por lo qual se hallaban obligados à tomar con su destruccion venganza de tantas ofensas, consagrando su ruina à los Manes de sus antecesores.* Pero habiendola dexado abandonada sus habitadores, los quales se retiraron por diversas partes, à donde conduxo à cada uno su miedo, pudo el Rey sin embarazo, ni dilacion alguna entrar en ella con su Phalange. Aunque habia tomado por fuerza, ò por convenio muchas ciudades de increible opulencia, ninguna empero, que pudiese compararse en tesoros à ésta; en la qual habian recogido los Barbaros las mayores riquezas de Persia. Ofreciase el oro y la plata à rimeros, y en abundancia imponderable los preciosos muebles, las inestimables preseas y los ricos vestidos; los quales, mas que al uso, servian à obstentosa y sobervia profanidad: y entonces à

ocasionàr disgustos en los mismos vencedores; los quales, no entregando distintamente como antes su codicia al robo, respecto de la abundancia, solo se cevaba ésta en lo mas precioso y exquisito, mirando, no ya como à compañero, sino como à enemigo, al que quedaba dueño de la mejor presea, con la qual solian llegar à las manos; rasgaban las vestiduras de púrpura, y los ornamentos Reales, tirando unos y otros de ellas por llevarselas, y hacian pedazos à golpes de acha vasos de inestimable precio, sin reservar de tan universal destrozo aun las estatuas de los Dioses de oro y plata; las quales quedaban, como quanto se les ofrecia, reducidas à menudos pedazos. Y no satisfecha su avaricia en el saco de tan miserable ciudad, se estendia tambien su crueldad à ofrecer horribles expectáculos; porque el soldado, hallandose tan cargado de bienes, y no sabiendo que hacerse, quitaba la vida à sus mas humildes prisioneros, sin perdonar aun à los que con su anticipado rescate eran dignos de mayor compasion. Cuya inhumanidad obligaba à muchos à que se anticipasen ellos mismos à darsela por sí, precipitandose unos, adornados de sus mas ricas vestiduras, con sus mugeres y sus hijos, desde las murallas; y abrasandose otros con todas sus familias en el fuego, que à gran prisa habian introducido en sus casas, para no dexar que hacer à los enemigos. Cansado el Rey de tan horrible mortandad, mandó que cesasen en ella, prohibiendoles profanasen el decoro y honestidad de las mugeres, y que tocasen à los adornos que llevaban consigo. Hacese increible la suma, que se refiere importó la presa; pero, ò hemos de dudar de todo lo demás, ò persuadirnos à que llegó el tesoro de aquella ciudad à ciento y veinte mil talentos; los quales mandó reservar el Rey para los gastos de la guerra, y que se traxesen allí de Susa y Babilonia camellos, y otros animales de acarreo, para que los conduxesen, aumentandolos despues con seis mil talentos, que importó la presa de Persagede, cuya ciudad fundó Cyro, y rindió Gobares, su Gobernador, à Alexandro; el qual dió à Nicarthides el mando de la fortaleza de Persepolis, y de la guarnicion de tres mil Macedones que dexó en ella: conservó à Tyridates, atento à haberle entregado los tesoros, en el mismo empleo que tenia; y habiendo dexado
allí

alli gran parte de su Exército con el bagaje, debaxo del mando de Parmenion y de Cratero, y tomado mil Caballos y algunas Compañias de Infanteria, entró en lo interior de la Persia al principio del invierno, sin que hubiesen bastado sus continuas lluvias, y rigurosa destemplanza à interrumpir la continuacion de su marcha. Llegó mediante ella à cierta region, donde son tan inmensas, como perpetuas las nieves y yelos, de que se halla cubierta, cuyo horror amedrentaba tanto à los soldados, rendidos à la opresion de tan repetidas fatigas, al ver aquellas espantosas soledades, en quienes no se descubria rastro alguno del menor cultivo, que temerosos de que les faltàse aun la luz del Cielo, deseaban con indecible ansia volverse. Advirtiendo el Rey su desmayo, y teniendo por mejor animarlos con su exemplo, que darse por entendido de su desaliento, se arrojó del caballo en que iba à tierra, y marchó por enmedio de las nieves; à vista de cuya demostracion hicieron lo mismo, primero los mayores Señores de su Corte, despues los Capitanes, y ultimamente los soldados; y habiendo vencido la impenetrable aspereza de unos bosques, de quienes no pensaron salir, llegaron à descubrir algunas cortas señas de trabajo humano, y tal, ò qual errante rebaño que pacia por alli. Cuyos pastores teniendose por seguros en aquellas esparcidas cabañas, en que havitaban al resguardo de tan inaccesible territorio, no bien hubieron descubierto al enemigo, quando dando muerte à los que no podian seguirlos, se acogieron à los montes mas retirados, y de mayores nieves. Si bien domesticada despues poco à poco su fiereza con la comunicacion y trato de los prisioneros, que llevaban consigo los Macedones, se rindieron al Rey, el qual los trató con benignidad y blandura; y habiendo asolado la campaña de la Persia, y reducido à su dominio muchos villages, pasó ácia los Mardos, nacion belicosisima, y bien diversa en el modo de vida y de costumbres de los demás Persas. Recogense en compañia de sus mugeres y de sus hijos en las cabernas que labran en las mismas montañas, y alimentanse solo de sus ganados, ò de animales silvestres. Vense en las mugeres contra la natural debilidad de su sexo, no menos feroces aspectos que en los hombres, erizados sus cabellos, y sin que se dilaten à mas que la

rodilla sus bestiduras: ciñe sus frentes una honda, que sirviendo de desaliñado adorno à sus cabezas, sirve tambien de arma à su brazo. Habiendo empleado el Rey treinta dias en rendir à su obediencia à aquellos pueblos con la misma fortuna que à los demás, se volvió à Persepolis, donde repartió considerables preseas entre los Grandes de su Corte, y los demás Oficiales y soldados de su Exército con proporcional merecimiento de cada uno, sin que hubiese reservado casi nada de la presea que se hizo en aquella ciudad, que sin duda fue la mas rica que se vió jamás.

CAPITULO VII.

HACE ALEXANDRO QUEMAR EL PALACIO de los Reyes de Persia à persuasion de Thais, y de los Cortesanos que seguian el Exército, y resuelve seguir à Dario.

PEro todas las grandes prendas de aquel Principe: su excelente natural en que absolutamente excedió à los demás Reyes del Mundo: su invencible valor, acreditado en tantos y tan varios peligros: su destreza en la disposicion de las empresas: y su prontitud en la execucion de ellas: su fé con los rendidos: su clemencia con los prisioneros; y finalmente su gran moderacion en los permitidos divertimientos, las obscureció con el torpe vicio del vino en el mayor ardor de sus conquistas, quando su enemigo, y concurrente al Imperio armaba con la mayor aplicacion poderosisimo Exército, y quando los pueblos nuevamente conquistados solo atendian à sacudir de sus cervices el yugo, que en ellas habia impuesto, pasaba él los dias en desordenados banquetes y licenciosos festines, à quienes hacia concurrir algunas mugeres, no ya las que por su modestia y honestidad se conciliaban atencion y respeto, si no las que por su disolucion se habian tomado en el Exército mas licencia de la que convenia. Era entre todas la que mas sobresalia una llamada Thais, ésta con el auxilio de su buena cara no rehusó decir al Rey en ocasion, que le pareció mas eficáz à la consecucion de su

in-

intento: *Que no se le podia ofrecer ninguna mejor de obligar à los Griegos, y grangear su amor, que la presente, si mandaba quemar el palacio de los Reyes de Persia: satisfaccion, que esperaban de su rectitud todos los que tenian reciente la memoria de las ofensas que habian recibido sus ciudades de los Barbaros, cuya crueldad habia pasado hasta abrasarlas.* Tal era el consejo de una embriagada ramera, el qual no bien le hubo pronunciado, quando sin advertir en la importancia del caso, le aplaudieron los convidados, y el Rey, à quien fue tanto mas grato, quanto con precipitado ardor, dixo: *¿Y por qué no quemarémos tambien la ciudad para vengar la Grecia?* Embargados todos del vino, se levantaron de la mesa, y con desatinado furor pusieron fuego en aquella ciudad, por cuya conservacion habian mirado, aun hallandose con las armas en la mano. Fue el Rey quien primero le introduxo en el palacio, siguieronle luego los convidados, despues los Oficiales, y ultimamente las concubinas. Eran casi todas las maderas de su fábrica de cedro, y habiendo prendido en ellas, à brevisimo espacio se dilataron tanto por todo él sus llamas, que advirtiendolas el Exército que estaba acampado à bastante distancia de alli, y juzgando las hubiese causado algun descuido, partieron aceleradamente los soldados à extinguirlas; pero habiendo llegado à la entrada del palacio, y reconocido era el mismo Rey quien encendia el fuego, arrojaron el agua que llevaban, y ayudaron à introducir la leña, y los demás materiales, que juzgaron proporcionados à alimentarle. Tal fue el destino de aquella ciudad, ojo del Oriente, silla de su Imperio, y à donde antiguamente acudieron infinitas naciones à proveerse de leyes para regirse y gobernarse, patria de tantos Reyes, unico terror de la Grecia, y quien habiendo dispuesto una armada de mil velas, y juntado à ella los formidables Exércitos, de que fue inundada el Asia, cubrió el Mar de baxeles, allanó los montes, y los hizo navegables, sin que en tantos siglos como los que corrieron despues de su ruina pudiese nunca repararse de ella; porque aunque conservan hoy los Parthos algunas ciudades que poseyeron los Reyes de Macedonia, no hubieran quedado vestigios algunos de ésta, si el rio Araxe, que dista veinte estadios de los muros, segun creen los naturales,

mas

mas por congeturas, que con fundamento seguro, no los ofreciese. Corridos los Macedones, de que hubiese destruido tan esclarecida ciudad su Rey, teniendole fuera de sí la violencia del vino, divulgaron, para honestar tan ignominiosa accion, lo habia executado con premeditada deliberacion, por haber tenido por conveniente arruinarla de aquella suerte. Lo que no tiene duda, es, que el Rey, libre de la embriaguéz, se arrepintió, y que dixo en altas voces: *Que habian logrado mejor satisfacion los Griegos, si le hubiesen visto los Persas sobre el trono de Xerxes.* Hizo al siguiente dar à Licio treinta talentos por haberle conducido à Persia, de donde pasó à la region de Media, y habiendo encontrado en ella las reclutas que le enviaban de Cilicia, compuestas de cinco mil Infantes, y mil Caballos, y mandadas por Platon, Atheniense, resolvió con aquel refuerzo seguir à Dario.

CAPITULO VIII.

ORACION DE DARIO A LOS SUYOS, EXORtandolos à la batalla.

HAbia llegado ya Dario à Ecbatana, Corte de la Media, que posehen hoy los Parthos, y donde tenian sus Reyes el verano, y determinado pasar desde ella à Bactria; pero recelando le alcanzáse su enemigo, mudó de dictamen, y de derrota, porque si bien se hallaba de él à distancia de mil y quinientos estadios, no asegurandole la mayor de la celeridad de aquel Principe, tubo por mejor disponerse para la batalla, que para la fuga. Habiale quedado treinta mil Infantes, y entre estos quatro mil Griegos, cuya fidelidad tenia bien experimentada, demás de ellos quatro mil Honderos, ò gente de arco, y tres mil y trescientos Caballos, casi todos Bactrianos, à quienes mandaba Beso, Satrapa de Bactria. Apartado, pues, à corta distancia del camino real, mandó pasar delante el bagaje; y habiendo juntado sus Cabos, y los primeros Oficiales, les hizo este razonamiento: "Si me hubiese empeñado la fortuna con "gente sin espiritu, y que atenta à la conservacion de su vida,
"por

„ por ignominiosa que fuese, la preferia à una gloriosa muerte,
„ tendria por mejor callar, que malograr el tiempo en palabras
„ inutiles. Hallandome empero con mas pruebas de vuestro va-
„ lor, y de vuestra fidelidad de las que quisiera, debo antes pro-
„ curar ser merecedor de tan estimables amigos, que dudar si
„ sois los mismos, que hasta aqui habeis sido. Desamparado de
„ tantos millares de hombres como componian mi Exército, so-
„ lo vosotros me habeis acompañado en mi infortunio, cuya fi-
„ delidad y constancia me persuade unicamente à que aun soy
„ Rey. Señorean ahora mis ciudades los traydores transfugas,
„ no porque el enemigo los juzgue dignos de este honor, sino
„ por grangear con semejantes premios vuestra obediencia; pero
„ vosotros mas atentos à vuestro pundonor y lealtad, que à
„ vuestras conveniencias, habeis preferido à la prospera fortu-
„ na del vencedor mi infeliz suerte, haciendoos con tan loable
„ accion dignos de que os la premien los Dioses, y no dudeis,
„ que os la remuneren quando yo no pueda, ni que dexe de di-
„ latarse à la mas remota posteridad la fama de vuestras alaban-
„ zas, no pudiendo haber ninguna, por ingrata que sea, que no
„ las ensalce y sublíme, hasta donde pide vuestro merecimiento.
„ Cuya confianza me esforzará, aun quando se libráse todo mi
„ remedio en la fuga, de quien aun el nombre me es horroro-
„ so à hacer rostro al enemigo, teniendoos à mi lado. Porque
„ ¿hasta quándo he de vivir desterrado en medio de mis Esta-
„ dos? ¿Hasta quándo fugitivo por los rincones de mi Imperio,
„ de un Rey estraño, y advenedizo, quando aun me hallo en
„ estado de hacer nueva experiencia de mi fortuna, y de reco-
„ brar lo perdido, ò de acabar de perder gloriosamente con la
„ vida quanto me ha quedado? Si no es ya, que me sea mas
„ honroso ofrecerme al arbitrio y discrecion del vencedor, y
„ quedar, à exemplo de Maceo y de Mithrenes, satisfecho con
„ obtener de él alguna provincia, condescendiendo con el de-
„ seo que ha tenido de hacerme antes objeto de su vanidad, que
„ de sus iras. Pero no permitan los Dioses, que ninguno pueda
„ llegar à desposeerme, ò à darme la Diadema que ciño, ni
„ que conservando algun aliento pierda este Imperio, sino que
„ sea uno mismo su fin, y el de mi vida. Si vosotros os hallais

„ con

» con el mismo ánimo, y en la misma resolucion, me prometo » vuestra libertad, y que no os veais precisados à sufrir el fasti- » dioso gesto de los Macedones, ni su sobervio aspecto. De » vuestros brios depende la gloriosa venganza de vuestros ultra- » ges, y el fin dichoso de todos vuestros infortunios. En mí te- » neis un vivo exemplo de la instabilidad de la fortuna, para » poder esperar de ella mudanza en la que nos aflige. Pero aun » quando se halle desamparada la justificacion de nuestras ar- » mas del socorro de los Dioses, no podrá faltar nunca à tan » generosos corazones como los vuestros el recurso de una hon- » rosa muerte. Ruegoos, pues, amados amigos mios, y exor- » toos por la gloria de vuestros antecesores, y por el credito con » que poseyeron el Imperio de todo el Oriente: por las cenizas » de tantos esclarecidos Varones, de quienes fue tributaria Ma- » cedonia: por tantas Armadas como surcaron à la Grecia: por » tantos erigidos trofeos: por tantos obtenidos despojos, que con » ánimo digno de vosotros, y de la gloria de nuestra nacion, » os dispongais al combate, y à sufrir con igual constancia, que » las adversidades pasadas, quantas os ofreciere nuevamente la » fortuna: que por lo que à mí toca, estoy resuelto à perpetuar » mi fama, ò con una esclarecida victoria, ò con una gloriosa » batalla. ».

CAPITULO IX.

VARIOS PARECERES DE LOS GRANDES. Alteracion y tumulto ocasionado de la traycion que Nabarzanes y Beso habian tramado.

HAbia llenado, mientras Dario hacia este razonamiento, de tan grande horror los corazones y animos de todos, la imagen del proximo peligro, que apenas dexó à alguno arbitrio para discurrir, ni aliento para articular. Si bien Artabazo, antiguo confidente suyo, y que como dexamos dicho, estubo en la Corte de Philipo, interrumpió aquella suspension, diciendo: *Aqui nos hallamos adornados de nuestras mas ricas vestiduras, y de nuestras mejores armas para asistir al Rey en el combate, re-*

resueltos à vencer, como lo esperamos, ò à morir, como no escusarémos. Repitieron casi lo mismo todos los demás. Pero Nabarzanes, que asistia à aquel consejo, tenia tramada entre él y Beso una de las mayores maldades que pueden executarse, y de quien hasta entonces no habia entre los Persas exemplar de haberse cometido; era ésta aprisionar al Rey (lo qual podrian conseguir facilmente por medio de las Trópas que mandaba uno y otro) con intento, ò de entregarsele vivo à Alexandro si los siguiese, y grangear su benevolencia por medio tan grato, ò de apoderarse del Reyno, si pudiesen escaparsele, y renovar la guerra despues de haber muerto à Dario. Con el fin, pues, de tan horrible maldad, la qual habia algun tiempo que maquinaban, y el de abrir camino à su execucion, y lógro, dixo Nabarzanes asi al Rey: » No dudo, Señor, que mi dictamen, à » los primeros visos, sea poco grato à tus oidos; pero en las en- » fermedades destituidas de remedio, es donde el Medico aplica » los mas extraordinarios y violentos: y en la deshecha tormenta, » quando el diestro Piloto por librar lo que más importa, arroja » al Mar alguna parte de lo que conduce. No se dirige mi con- » sejo à persuadirte aventures nada de quanto hoy posees, sino » que asegures la conservacion de tu persona, y de tu Imperio. » Habiendote mostrado la experiencia con tan continuadas infe- » licidades quan à favor de nuestros enemigos se han declarado » los Dioses, y con quanta pertinacia persigue à los Persas la » fortuna, no hallo otro recurso à nuestras desdichas, que el de » renovar la guerra debaxo de nuevos, y mas felices auspicios. » Pon las riendas del gobierno en manos de otro, que solo en la » apariencia conserve el título de Rey lo que tardáre en dexar al » Asia libre de los enemigos que la afligen, para que quedando- » lo, y volviendote vencedor este sagrado depósito, puedas se- » guro restituirte al Trono no con la brevedad que debemos es- » perar de las presentes disposiciones. Porque aun la Bactra se » halla entera, y los Indos y los Sagues solo esperan tus ordenes, » sin tantos pueblos y tantos millares de hombres aptos, asi pa- » ra la Caballeria, como para la Infanteria, que podemos decir » seguramente son aun mayores las fuerzas con que te hallas, » que las que has perdido. ¿Pues qué es lo que nos obliga à que

„ tan sin necesidad aceleremos nuestra ruina? De grandes cora„ zones es sin duda despreciar la muerte, no empero aborrecer „ la vida: antes si suele ser de espiritus cobardes, y à quienes „ es fastidioso el trabajo, abandonarla por huirle, malogrando „ quantos medios procura solícito y diligente el valor para su „ conservacion y seguridad. Porque siendo la muerte el fin de „ todas las cosas, basta exponerse con generosa resolucion à ella, „ sin anticiparse presurosamente à buscarla. En cuya considera„ cion si nos retiramos à Bactra, que es hoy el mas seguro refu„ gio que se nos ofrece, debemos ceder al tiempo, y declarar „ por Rey à Beso, Gobernador de aquella provincia, el qual „ reducido todo à estado tranquílo y pacífico, te restituirá como „ à legitimo Principe el Imperio que depositares en él. „ No debe admirar, que irritado Dario de tan atrevido razonamiento, prorrumpiese aun sin penetrar toda la maldad que disfrazaba en algunas demostraciones de su justa indignacion, de quien dejandose llevar, *¿parece* (le dixo) *ò desleal vasallo, y malvado hombre, que es ya tiempo de que declares tu traycion, sin el recelo de algun riesgo?* Y echando mano à su cimitarra iba à darle muerte, como lo hubiera hecho à no haberse puesto de por medio Beso y los Bactrianos con semblantes doloridos en lo aparente, aunque con ánimo de aprisionarle, si intentáse pasar à mas, y suplicadóle se templáse. Con lo qual pudo escaparse Nabarzanes, à quien siguió inmediatamente Beso, y habiendo separado del grueso las Tropas que mandaban, tubieron entre sí consejo secreto. En cuyo interin discurriendo Artabazo con Dario de el estado de sus cosas, procuró templarle, y despues de haberle persuadido repetidas veces à que se acomodáse al tiempo, le suplicó: *Se sirviese de perdonar, ò la ignorancia, ò la locura de los que por ultimo debia mirar como à suyos: Que consideráse tenia à la vista à Alexandro, que aun quando se halláse con sus fuerzas enteras, era un poderoso enemigo; y lo que sería de su persona, si llegaban à desampararle los pocos que le seguian.* Persuadido, no sin alguna dificultad Dario, à tan util consejo, desistió de la resolucion en que estaba de campar, por lo alterados que reconoció los animos de todos, y se retiró à su Tienda con igual tristeza, que desesperacion. Era impondera-

ble

ble el desorden y desunion de aquel Exército, en todo el qual no habia alguno que mandáse, ni atendiese al bien comun, como hasta entonces. Patron, Coronel de los Griegos, les mandó: *Que tomasen las armas, y estubiesen prontos para executar lo que se les ordenáse.* Los Persas se hallaban retirados à una parte, y Beso à otra con sus Bactrianos, procurando ganar à aquellos, y llevarlos à Bactra, *cuya opulenta provincia les exageraba*, *representandoles estaba entera, y los peligros à que quedaban expuestos si permanecian alli.* Pero atentos los Persas à la fidelidad que debian à su Principe, le respondieron uniformes, *que sería gran maldad desamparar al Rey.* En tanto Artabazo hacia el oficio de General, visitaba las Tiendas de los Persas, y los exortaba unas veces como General, y otras como soldado particular, manifestandoles la seguridad con que estaba de su obediencia; despues de lo qual, pasó à la Tienda de Dario, à quien, no sin grandes instancias, hizo comer, y persuadió à que mostrase igual valor al que correspondia à su grandeza.

CAPITULO X.

CRUEL DETERMINACION DE BESO, Y DE Nabarzanes, sobre entregar à Dario, ò darle muerte. Tienenla oculta por estraños medios.

PEro Beso y Nabarzanes, en cuyos perfidos pechos ardia la ambicion de dominar, resolvieron poner en execucion su intento. Y si bien no dexaban de prevenir quan dificil le sería llegar al Trono, mientras viviese Dario, por la grande veneracion con que atendian aquellos pueblos à sus Principes, respetando aun en su mas decadente fortuna el nombre y la sombra de la Magestad, y los vestigios de su antigua gloria; la oportunidad y opulencia de la provincia que mandaban, poderosa en hombres y armas, no inferior en su extension à las mayores del Oriente, respecto de contener la tercera parte del Asia, y tan abundante entonces de juventud, que solo de ella podian sacar igual Exército al que habian perdido, los tenia tan confiados, que no solo despreciaban à su Principe, sino tambien à

Alexandro, esperando, que si llegaban à hacerse Señores de ella, hallarian medios para restablecer el Imperio y poder de los Persas. Finalmente, despues de haber conferido largo tiempo sobre lo que debian executar, resolvieron *apoderarse del Rey por medio de los Bactrianos, que tenian entonces à su devocion, y habiendolo conseguido, participar à Alexandro, se le conservaban vivo. Que en caso de que le disgustáse su traycion, que era lo que mas temian, darle muerte, y retirarse con sus Tropas à Bactra.* No podian empero apoderarse facilmente de la persona del Rey por medio de alguna violencia, respecto del crecido número de Persas, entre quienes se hallaba, los quales no era creible le abandonasen, ni tampoco los Griegos, cuya fidelidad temian aun mas. Con que les fue preciso fiar del artificio lo que no podian esperar de la fuerza. Mostraronse arrepentidos de su retirada, dando por disculpa de ella al Rey el haber temido su indignacion, y solicitaron al mismo tiempo secretamente llevar à su devocion à los Persas, y ganar la voluntad de los soldados, unas veces con la esperanza, y otras con el temor, representandoles *el riesgo à que los exponian, y quan en breve perecerian debaxo de las ruinas de un Imperio decadente, y proximo à su ruina; quando teniendo abierta la Bactra podian asegurarse en ella, y satisfacerse à manos llenas de sus riquezas, mucho mas excesivas de lo que imaginaban.* Mientras pasaba esto, buscó Artabazo, ò por orden del Rey, ò de motivo proprio, à Beso y à Nabarzanes, à quienes aseguró habia depuesto Dario su enojo, y restituidolos à su gracia. Ellos, afectando entre fingidas lagrimas, algunas disculpas que sirviesen de credito à la inocencia que procuraban persuadir, pidieron à Artabazo, que patrocináse su causa, è intercediese por ellos. Habiendose pasado en esto la noche, se ofreció Nabarzanes, al romper del dia, inmediato en la Tienda del Rey con los Bactrianos, ocultando la maldad, que le llevaba con el aparente pretexto de asistir al cumplimiento de su empleo; y Dario, dada la señal para la marcha, tomó, como acostumbraba su carro. Entonces Nabarzanes, y los demás cómplices, postrados en tierra, tubieron corazon para venerar obsequios al que en breves horas habian de reducir à prisiones, y derramar, en testimonio de su arre-

arrepentimiento, algunas lagrimas: Tan facil y dispuesto está el corazon humano à la doblez y disimulacion. Añadieron à ellas tan humildes è incesantes ruegos, que no solo persuadieron à aquel Principe, por su natural blandura, facil à ser engañado, à que diese entero credito à sus fingimientos, sino le obligaron tambien à que enternecido vertiese algunas lagrimas; pero ni éstas, ni la consideracion del hombre, y Rey, contra quien conspiraban traydores, fueron bastantes à templar su inhumana crueldad. Dario, pues, juzgandose fuera del peligro, que le esperaba, solo atendia à librarse de Alexandro como del unico enemigo à quien temia.

CAPITULO XI.

DESCUBRE DARIO LOS INTENTOS DE LOS traydores: Rehusa el socorro de los Griegos, que tenia presente, y seguro; y declara, quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos.

MEjor informado Patron, mandó à su gente, que de ordinario iba con el bagaje, que tomáse sus armas, y estubiese pronta à executar sus ordenes. Séguia el carro del Rey, esperando ocasion de hablarle, por hallarse noticioso de la conjuracion de Beso, el qual sospechandolo, no se apartaba de él, mas que por acompañarle, por asegurar su persona; pero no pudiendo por algun tiempo conseguirla Patron, y habiendole interrumpido en las que intentó declararse, vacilante entre la fidelidad y el temor, fió de sus ojos lo que no se atrevia à articular su voz, hasta que advirtiendo el Rey en el cuidado, con que le solicitaba atento, le preguntó por medio de uno de sus Eunuchos, llamado Bubace, *¿si tenia algo que decirle?* Respondióle: *Que sí; pero que deseaba fuese à solas.* Con lo qual, habiendole llamado el Rey, sin intérprete, respecto de entender la lengua Griega, le dixo Patron asi: *De cinqüenta mil Griegos que eramos, Señor, hemos quedado en el corto número que vés; pero dispuestos todos à seguir la fortuna que corrieres con la misma fidelidad que te hemos servido en tu mayor pros-*

prosperidad y gloria. Qualquiera retirada que elijas será nuestra patria, sin que pueda separarnos de tu servicio accidente alguno. En esta suposicion, Señor, me veo precisado à suplicarte por la misma lealtad que has experimentado tantas veces en nosotros, pases à nuestra Tienda tu Quartel, y fies la seguridad de tu Real Persona de nuestro cuidado. Advierte, que ya para nosotros se acabó la Grecia: que la Bactra no nos es recurso; y que toda nuestra esperanza se libra en tí, y ojalá permitiesen los Dioses consistiese tambien la de todos los tuyos, para que te atendiesen con mayor amor. Baste empero, Señor, sin que me explique mas, decirte, que siendo estrangero, y de donde soy, no me atreviera à pedirte la guarda de tu Real Persona, à no verla tan arriesgada en otra que la nuestra. Aunque ignoraba Beso la lengua Griega, el remordimiento de su conciencia no dexaba de ponerle en algun recelo de que le hubiese descubierto Patron, cuya sospecha confirmó con la evidencia cierto intérprete, que habiendose hallado no lexos, pudo escuchar quanto dixo al Rey, y participarselo; pero Dario, habiendole oido con sereno semblante, le preguntó *¿lo que le obligaba à aquel recelo?* Patron, reconociendo que ya no era tiempo de malograrle, le dixo: *Beso y Nabarzanes, Señor, conspiran à tu ruina; tu Imperio, y tu vida se hallan tan proximos al ultimo peligro, que hoy verá el Mundo, ò el fin de ella, ò el de los parricidas.* Verdaderamente, que Patron quedó merecedor de inmortal gloria, por haber atendido con tan loable vigilancia à preservar al Rey de aquel riesgo, y que à vista de este suceso son dignos de risa los que se persuaden à que las cosas humanas, se obran acaso, y solo por arbitrio de la fortuna, quando es cierto, que à lo que juzgo, que gobierna soberana y altisima providencia el Universo, y que por oculta union, y trabazon de causas secretas y determinadas mucho tiempo, antes se rigen todas las cosas con su regular orden, hasta que se cumple el fin y destino de cada una. Respondióle Dario: *Que aunque se hallaba con bastante satisfaccion de la fidelidad de los Griegos, no se resolveria nunca à desacreditar la de los suyos, separandose de ellos, porque le sería mucho mas sensible que su desacato, el darles ocasion para él. Y que asi tenia por mejor, quedar expuesto entre los suyos*

à

à los ultrages que quisiese hacer en él la fortuna, que librar en los estraños su seguridad, pues llegando à juzgarle los suyos por indigno de que viviese, moriria siempre tarde por presto que lo hiciese. Patron, desesperando de la vida del Rey, se volvió para sus Tropas, resuelto antes à morir, que à desampararle.

CAPITULO XII.

APODERASE BESO DE DARIO, DESPUES de haberle engañado con fingidas lagrimas y cautelosas palabras; y habiendole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro tan indigno de la magestad de su persona, como si hubiese olvidado, iba en él tan gran Principe.

AUnque habia resuelto Beso con impetuoso ardor dar luego muerte à Dario, difirió hasta la noche siguiente la execucion de sus alevosos intentos, temeroso de no hallar en Alexandro perdon à su delito, si no se le entregaba vivo. Pasó en el interin à dar las gracias à Dario, *de que se hubiese desembarazado con tan gran destreza de los artificiosos engaños de aquel traydor, à quien eran de tan poderoso incentivo las riquezas de Alexandro, para que pretendiese hacerle presente de la cabeza de su Rey: Que no se admiraba de que un mercenario, que exponia su vida al vil precio del dinero, hiciese mercancía de la agena, ni de que hallandose sin prenda alguna de hijos, ni de hacienda, desterrado del Mundo, y por ultimo enemigo de ambos partidos, se vendiese à quien mas caro le compráse.* A cuyas expresiones añadió otras en prueba de su justificacion, poniendo por testigos à los Dioses de su inocencia. Admitióselas Dario con demostraciones de que se las creía; porque aunque no dudaba de la noticia de los Griegos el estado de las cosas, en el qual le era no menos peligrosa la traycion, que la desconfianza de los suyos, le precisaba à conformarse con él. Componianse de treinta mil los que por la ligereza de sus animos se hallaban dispuestos à qualquiera maldad; y Patron de solo quatro mil, à quienes si cometia la guarda de su persona, agraviando la fide-

li-

lidad de los Persas, daba en alguna manera ocasion para que pareciese menos culpable el parricidio; por lo qual quiso antes exponerse à él, habiendo de morir, que dexar el menor motivo para que pretextasen tan enorme maldad. Sin embargo, respondió à Beso: *Que la justificacion de Alexandro no era menos notoria que su valor, y que se hallarian engañados los que esperaban de él premiáse su infidelidad, pues ninguno tomaria mas severa satisfacion de ella, que él.* Acercabase ya la noche, y si bien los Persas desarmados, segun su costumbre, iban à forragear à las aldeas vecinas; los Bactrianos se mantubieron por orden de Beso con las armas en la mano. En tanto Dario hizo llamar à Artabazo; y habiendole referido lo que le habia participado Patron, fue del mismo sentir en quanto à que libráse su seguridad del cuidado de los Griegos, asegurandole, que los Persas le seguirian luego que entendiesen su peligro; pero no pudiendo huir su destino, incapáz ya de admitir consejo, ni de tener mas arbitrio, que el que necesitaba para poder dar el ultimo vale à Artabazo, unico consuelo suyo en aquel infortunio, le abrazó, y bañado en sus lagrimas, y en las de aquel fino amigo, se asió tan estrechamente de él, que necesitó hacer éste algun esfuerzo para separarse; à cuyo tiempo, cubriendose Dario el rostro, por no aumentar su dolor, viendole partir anegado en su llanto, se arrojó en tierra, impelido de su desesperacion. A vista de lo qual las guardas de su persona, mas atentas à evitar su proprio peligro, que à exponerse como debieran à los mayores, en obsequio y seguridad de su Rey, y juzgandose incapaces de resistir à los conjurados, como si ya los acometiesen, le desampararon, sin que quedasen en su Tienda mas que algunos Eunuchos, à quienes detubo el no saber donde huir. Hizolos tambien salir de ella; y habiendo quedado solo, se mantubo por algun tiempo combatido de varias imaginaciones, hasta que por ultimo, disgustado tambien de la misma soledad, que habia solicitado como alivio, mandó llamar à Bubace, à quien dixo: *Bastantemente has acreditado hasta este lance tú, y tus compañeros la fidelidad que me debeis; id, y libraos, que yo esperaré aqui el fin de mi vida.* Y volviendose à él, le añadió: *Y no estrañes no me la quite yo mismo, pues solo dexo de hacer-*

serlo porque quede otro, y no yo reo de esta maldad. A cuyas lastimosas expresiones prorrumpió el Eunucho en tiernos y crecidos gemidos, primero en la Tienda, y despues en el Campo, donde rasgadas sus vestiduras, y deshechos en funestas lagrimas, concurrieron todos à lamentar la miseria de su dueño: cuyos tristes y ruidosos clamores llegando al quartel de los Persas, los pusieron en gran confusion, no atreviendose à tomar las armas, temerosos de que los cargasen los Bactrianos, ni à subsistir alli sin hacer algo en obsequio de su Rey, para evitar la ignominia de haberle desamparado tan vergonzosamente. Todo era en aquel Exército, ya sin cabeza y sin dueño, desorden y confusion. La gente de Beso y Nabarzanes, persuadida à que no podia ser otra la causa de tan universal llanto, que la muerte de Dario, pasó à decirles: *Se la habia dado él á sí mismo.* Con cuya noticia partieron aceleradamente, asistidos de los demás cómplices, y llegaron à su Tienda, donde habiendose asegurado de que era vivo, dieron orden para que le prendiesen, y le asegurasen con cadenas. Tal fue el fatal destino de aquel gran Rey, de aquel poderoso Monarca, que habiendose visto poco antes en un ostentoso y sobervio carro árbitro soberano de tantos pueblos, como los que reverentes tributaban à la magestad de su persona, no inferiores adoraciones que las que ofrecian à Dios, se halló repentinamente oprimido, no ya por estraño poder enemigo, sino por la cruel alevosia de sus proprios vasallos, esclavo de sus esclavos, y arrojado en un vil carro, cubierto de groseras pieles. Su plata y sus muebles quedaron como por derecho de guerra expuestos al pillage, en cuyo execrable botin, habiendose satisfecho la codicia de los traydores, empezaron à retirarse. Artabazo tomó la marcha con los que habian quedado en la obediencia, y las Tropas de los Griegos, ácia las tierras de los Parthos, creyendose alli mas seguros, que en compañia de los parricidas; pero los Persas, movidos de las promesas de Beso, y no sabiendo à que resolverse, se juntaron à los Bactrianos, con quienes los reunieron tres dias despues. Sin embargo los traydores, porque no se dixese dexaban de hacer à su Rey los honores que debian, ò lo mas cierto, porque no quedáse escarnio de que no se valiese la

 for-

fortuna en desprecio y ultrage de aquel Principe, le aprisionaron con cadenas de oro; y temiendo fuese conocido por sus reales insignias, hicieron cubrir todo el carro en que iba de groseras pieles, y que le llevasen personas, à quienes fuese desconocido, para evitar le mostrasen à los que preguntasen por él, y que à lo largo le siguiesen algunas guardas.

CAPITULO XIII.

SABIENDO ALEXANDRO LA INFELICIDAD A que se hallaba reducido Dario, marcha contra el Exército de los Persas; pero Beso y los demás parricidas, temiendo sus armas y la presencia del vencedor, dexan à Dario cargado de muchas heridas, y se entregan à la fuga.

HAbiendo sabido Alexandro que Dario se hallaba entre Ecbatana, dexó el camino de la Media, que habia llevado hasta entonces, y le siguió à acelerado paso. Luego que llegó à la ciudad de Tabás, que está en los ultimos terminos de Paxetacene, le participaron algunos transfugas, que huia aceleradamente à la Bactria; pero mejor informado despues por Bagystenes Babylonio, supo no se hallaba preso, aunque muy proximo à estarlo, ò à perder la vida. Con cuya noticia llamó à toda prisa à sus Cabos, à quienes dixo: *La ultima y mayor empresa que nos falta por executar, si bien la mas facil de quantas hemos obtenido, se nos ofrece. Dario se halla à corta distancia de aqui abandonado ò muerto por los suyos. No ignorais, que en su persona consiste el complemento de nuestras victorias. Por lo qual es preciso, que procuremos no se nos escape; partamos, pues, con prontitud, para que tan estimable presa sea premio de nuestra diligencia.* Conformes todos en poner en execucion su gusto, respondieron à una voz: *Que estaban prontos à seguirle, sin que los detubiese ni el trabajo, ni el peligro.* Llevólos, pues, no à paso de marcha de guerra, sino à carrera abierta, sin permitirles por la noche el descanso, que pedia la fatiga del dia, hasta que despues de haber ca-

caminado quinientos estadios, llegaron por ultimo al Village dondé Beso hizo prisionero à Dario. Habiase quedado alli Melon, Intérprete de aquel infeliz Principe, por haber caido malo; el qual embargado de la presteza de Alexandro, y fingiendo se habia detenido alli para rendirle su obediencia, le participó de todo lo sucedido. Siendo empero preciso permitir algun rato de descanso á aquellas Tropas, despues de tan largas jornadas, se ocupó el Rey mientras le lograban en reformar los seis mil Caballos escógidos, que tenia de trescientos hombres, à quienes llamaban *Dimarchas;* los quales armados pesadamente, aunque marchaban à caballo, combatian à pie, quando el lugar y la ocasion lo requeria. En esta disposicion le hállaron Orsillo y Mithracenes; los quales habiendo abandónado el partido de Beso, y detestado su traycion, iban à ofrecersele. *Refirieronle, que los Persas se hallaban à cinqüenta estadios de alli por el camino ordinario, pero que ellos le conducirian por otro mas corto.* Recibiólos el Rey con gran gusto, y admitiendolos por guias, partió al anochecer con una parte de la Caballeria ligera, ordenando à su Phalange, que le siguiese con la mayor presteza que le fuese posible. Marchaba en forma de batalla, y con tal ordenanza, que aunque llevaba à galope su gente, podian juntarse siempre que la ocasion lo pidiese los primeros à los ultimos. Habiendo caminado, pues, en esta disposicion trescientos estadios, encontró à Brocubelo, hijo de Mazeo, Gobernador que habia sido de Siria; el qual yendo tambien à rendirsele, le aseguró: *Que Beso solo estaba à doscientos estadios de él, y que desordenado su Exército marchaba sin el menor recelo: que le parecia era su intento tomar la derrota de Hircania; pero que si se apresuraba le cogeria sin duda desprevenido; y que Dario aun vivia.* Fue esta noticia de tanto mayor estímulo para la continuacion de su marcha, quanto dando de espuelas á los caballos partieron à toda rienda. Percebian ya el ruido de la de los Enemigos, pero no podian verse respecto de impedirselo la demasiada polvoreda que levantaban: por lo qual fue preciso hacer alto mientras se apagaba. Llegaron à verse los dos Campos, à cuyo punto se retiraron los Barbaros, aunque con tan

 gran-

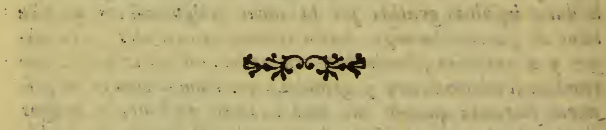
grandes ventajas, que pudieran haber esperado muy à favor suyo el suceso, si como tubo Beso atrevimiento para cometer el parricidio, hubiese tenido valor para dar la batalla; porque demás de la superioridad de sus fuerzas à las del enemigo, no podia dexar de serles de considerable ventaja el pelear frescos y descansados, con los que llegaban rendidos y fatigados del camino. Pero el nombre y la reputacion de Alexandro, que en la guerra es de suma importancia, los atemorizó de suerte, que se entregaron à la fuga. Beso y los demás cómplices, habiendo esperado à Dario, le persuadieron *à que se pusiese à caballo, para librarse de caer en manos de su enemigo;* pero él, bien lexos de hacerlo, les respondió, *que los Dioses estaban prontos à vengarle*, y implorando la fé de Alexandro, se opuso à seguir à los parricidas, los quales irritados de su repugnancia enderezaron contra él sus dardos, y habiendole cargado de heridas, hecho lo mismo en los caballos que le conducian, para impedir que pasáse mas adelante, y dado muerte à dos esclavos, que acompañaban al Rey, se separaron despues de tan detestable maldad para dexar en diversas partes vestigios de su fuga, y engañar por este medio al enemigo, si quisiese seguirlos, ù obligarle à dividir por muchas partes sus fuerzas. Nabarzanes la encaminó ácia Hircania, y Beso ácia Bactra, seguido de poca gente de à caballo. Los Barbaros, abandonados de sus Cabos, se dividieron por una y otra parte, segun los guiaba su miedo ò su esperanza, sin que hubiese mas que quinientos caballos, que se uniesen, aunque dudosos en si les estaria mejor hacer resistencia, ò ponerse en fuga. El Rey habiendo advertido el pavor de los enemigos, hizo adelantar à Nicanor con una parte de la Caballeria para cortarlos, y él con el resto los cargó. Quedaron sobre el Campo mas de tres mil, que se pusieron en defensa, y los demás sin llegar à ellos, por haber mandado el Rey que cesáse la mortandad, fueron ahuyentados à manera de bestias. No hubo entre todos los prisioneros alguno, que diese noticia del carro de Dario, de cuya fuga no se pudo descubrir el menor rastro por mas diligencias que se hicieron. Apresurabase Alexandro de suerte, que apenas pudieron seguirle tres mil Caballos; las Tropas enteras de

los.

los fugitivos caian en manos de los que le seguian à paso mas lento. Siendo à la verdad cosa bien estraña, que hubiese mas prisioneros, que gente para hacerlos, y que los tubiese tan enagenados de sí su pavor è infelicidad, que no conociesen la muchedumbre de los suyos, y el corto número de los enemigos para oponerse à ellos. En tanto los caballos que conducian el carro de Dario, no habiendo quien los conduxese, dexaron el camino real, y despues de haber andado quatro estadios à la contingencia, rendidos del calor y de sus heridas, hicieron alto. Estaba cerca de alli una fuente, donde llevado Polistrato Macedon por los del pais à templar en ella su sed, advirtió estando bebiendo del agua que habia recogido en su celada, en los caballos que morian de las heridas, de que estaban traspasados, y admirandose de que fuesen antes heridos que robados, acercandose mas reconoció en un grosero carro, cubierto de pieles, à Dario, cargado de muchas heridas, y ya en los ultimos trances de la vida; si bien conservando aun algun corto aliento. Llegóse á él con uno de sus prisioneros, para que le sirviese de intérprete, à quien habiendo conocido Dario por el lenguage que era Persa, le dixo: *Que en aquel deplorable estado, à que le habia reducido su fortuna, le quedaba à lo menos el consuelo de hablar con quien le entendiese, y de no malograr sus ultimas expresiones. Pidióle, dixese à Alexandro, que moria deudor de sus beneficios, y tanto mas reconocido à ellos, quanto no se los habia merecido con servicio alguno. Que le daba infinitas gracias por la suma benignidad con que bien lexos de parecer enemigo, habia tratado à su madre, à su muger y à sus hijos, habiendolos conservado no solo la vida, sino tambien el mismo decoro y grandeza que mantubieron en su primera fortuna; quando sus mas cercanos parientes y amigos siendole deudores de la vida y de los muchos Reynos de que les hizo merced, desconocidos à tan crecidas honras, le habian privado con torpe ingratitud de uno y otro. Que pedia à los Dioses prosperasen sus armas, haciendole Monarca del Universo. Y por lo que miraba al execrable parricidio de Beso, cometido en su Real Persona, esperaba de su justificacion, que no interesandose menos que su gloria, su propria seguridad en el exem-*

plar

plar castigo de ella, à que se hallaba tanto mas obligado quanto era causa comun de todos los Reyes, dexáse en la severidad y rigor de él bastante motivo al Mundo para el escarmiento. Finalmente, faltandole yá el aliento para proseguir, pidió de beber, y habiendo tomado un poco de agua fresca, que le llevó Polistrato: O tú, qualquiera que seas bienhechor mio (le dice) *la ultima de mis desdichas es hallarme imposibilitado de gratificarte este beneficio que de tí he recibido; pero espero que te lo remunere Alexandro, y à Alexandro los Dioses, la benignidad y clemencia que ha usado con los mios. La unica prenda que me ha quedado de mi real fé y afecto, es esta mano derecha, ruegote que se la dés por mí*: Y diciendo esto tomó la de Polistrato, y rindió el espíritu. Cuyas cosas referidas à Alexandro, le obligaron à que pasáse inmediatamente allá, donde al ver el cuerpo de Dario, prorrumpió en tiernas y copiosas lagrimas, lamentandose del infortunio de aquel Principe, y de el infeliz è indigno fin de su gloria. Desdobló su manto, pusole sobre el cuerpo, y habiendole hecho embalsamar y adornar con régia pompa, se lo envió à Sysigambis para que le hiciese enterrar à usanza de los Persas, y poner en el real sepulcro de sus Antecesores.



LI-

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

DESCRIPCION DE LA BATALLA entre Lacedemonios y Macedones. Vencedor Alexandro concede la paz à los Griegos, que se habian sublevado en su ausencia.

NO gozaban de mayor tranquilidad Grecia y Macedonia, mientras pasaba esto en Asia. Reynaba en Lacedemonia Agis, hijo de Archidamo, que dando socorro à los Tarentinos, fue muerto el mismo dia que Philipo venció à los Athenienses cerca de Cheronea. Este Principe, pues, movido de la emulacion en què le ponian la virtud y gloria de Alexandro, exortaba à sus pueblos, *à que no tolerasen que la Grecia padeciese mas tiempo en ignominiosa servidumbre la tirana opresion de los Macedones, porque si no se prevenian con tiempo, caeria sobre sus cervices el mismo yugo. Y que asi debian, pues se hallaban con fuerzas suficientes para resistirlos, hacer los mayores esfuerzos por preservarse de igual peligro, sin esperar à que enteramente deshechos, se hallasen imposibilitados à conservar la libertad contra Potencia tan formidable.* Inducidos por este medio los animos, solo esperaban ocasion oportuna de tomar las armas, y habienosela ofrecido la felicidad de las de Memnon, se juntaron con él. Y si bien sobrevino la muerte de este Capitan, muy en los principios de sus empresas, no por ella descaecieron del valor con que se habian declarado: entes bien, Agis pasó à verse con Pharnabazo y Autophrate, de quienes obtuvo treinta talentos de plata, y diez baxeles, que envió à Agesilao su hermano para que pasáse à Creta, cuyos habitadores se hallaban divididos por seguir unos el partido de los Lacedemonios, y otros el de los Macedones, y despachó Embaxadores à Dario, pi-

Suplemento de Freinshemio.

Di odor. 16. 89.

Just. 12. 1. 5.

Diod. 17. 62.

Diod. 17. 19.

Arrian. 2. 3. 10. &c.

pidiendole mayor porcion de dinero, y mas baxeles para la guer-
Curt. 4. 1. 39. ra, cuyo socorro, en vez de atrasarle la derrota, que padecieron los Persas cerca de la ciudad de Iso, se le facilitó; por-
Arrian. 2. 3. 21. 3. 5. 10. que siguiendo Alexandro à Dario, y obligandole à retirar à sus mas remotas y distantes regiones, pasó à la Grecia todo el crecido número de soldados, que se habia salvado de aquella batalla, de cuya gente tomó Agis ocho mil, que pagó del dinero de los Persas, con los quales unidos à sus Tropas, pudo volver à recuperar, como lo hizo, la mayor parte de las ciudades de Creta. Y habiendo Memnon, à quien envió Alexandro
Curt. 4. 1. 39. à Thracia, obligado à que se sublevasen aquellos Barbaros, para
Diodor. 17. 48. cuyo reparo llegó alli Antipatro, con Exército que llevó de Macedonia, aprovechandose los Lacedemonios de aquella ocasion,
Diodor. 17. 62. ganaron à su partido todo el Peloponeso, menos algunas ciu-
Just. 12. 1. 8. dades de corta importancia: juntaron un Exército de veinte mil
Diodor. 17. 63. Infantes, y de dos mil Caballos, y hicieron General de él à Agis. De lo qual, noticioso Antipatro, volvió con gran presteza à la Grecia, despues de haber acomodado lo mejor que pudo las cosas de Thracia. Asistieronle con su socorro los amigos y
Frontin. 2. 11. 4. aliados de Alexandro, con el qual, y las Tropas uxiliares que habia juntado, llegaba su Exército, hecha la reseña, à quarenta mil combatientes. Porque aunque del Peloponeso le habian ido muchas, no le pareció seguro fiarse de ellas: *Si bien les estimó su afecto y la demostracion de haber pasado à ofrecerse contra los Lacedemonios en obsequio de Alexandro, à quien les ofreció representar su fineza, para que se la remuneráse à su tiempo.* Pero respecto de no necesitar por entonces de mas
Curt. 7. 4. 32. Tropas que las que tenia, *les pidió se volviesen à su patria, con el seguro de que habian cumplido con la obligacion de su alianza.* Despues de lo qual, despachó al Rey repetidos correos, avisandole de los movimientos de la Grecia, los quales le hallaron cerca de Bactra. Pero no por esto dexó Antipatro de dar la batalla, en la qual decidió la victoria la rota de Agis, que fue muerto en Arcadia. En cuyo interin, hallandose Alexandro antes que llegasen los avisos de Antipatro, con algunos recelos de las inquietudes de los Lacedemonios, habia dado desde alli, en medio de hallarse tan distante de Macedonia y

de

de Grecia, quanta providencia le fue posible. Porque ordenó à Amphotero que pasáse al Peloponeso con baxeles de Chypre y de Phenicia; y à Menete, que hiciese llevar ácia el Mar tres mil talentos para poder proveer de mas cerca à Antipatro de quanto dinero necesitáse, por temer las perjudiciales conseqüencias que podian resultar de esta guerra. Si bien noticioso despues de la victoria, y comparando esta expedicion con las que habia obrado por sí, dixo: *Que aquella batalla habia sido solo de ratoncillos.* Fueron felices à los Lacedemonios los principios de esta guerra, en los quales obtubieron victoria de los de Antipatro, cerca de Corrhago, cuya fama llevó à su alianza à quantos tenian pendientes del suceso su determinacion, sin que entre todas las ciudades de los Eleos y de los Acheos, hubiese otra que Pellene, que desdeñáse su alianza, y Megalopolis en la Arcadia, la qual se mantubo firme en el partido de Macedonia, por la memoria que conservaba de Philipo, de quien recibió considerables beneficios. Aunque habiendose hallado bien apretada de un vigoroso Sitio, es sin duda que se hubiera rendido à no haber acudido Antipatro à su socorro. Acampó à no larga distancia de los enemigos, y habiendo reconocido estaba mas fuerte que ellos, asi en el número de las Tropas, como en lo demás, resolvió presentar luego la batalla. No la rehusaron los Lacedemonios, si bien trabado el combate, se les declaró muy contrario el suceso. Porque aunque confiados en la disposicion del lugar en que se habia de pelear, despreciaban la ventaja que les hacia el número de la gente el enemigo, esperando no la podria lograr alli con ningun fruto, respecto de su estrechéz; habiendo llegado à las manos, hallaron en su resistencia à los Macedones, con no menor esfuerzo al con que los acometieron; lo qual fue causa de que se derramáse mucha sangre de ambas partes. Però socorriòles Antipatro freqüentemente à los suyos con gente de refresco, que substituyese el lugar de los heridos; y no siendo facil à los Lacedemonios el hacerlo, se hallaron necesitados à retroceder. Agis viendo en derrota à su gente, se entró en medio de la refriega, y haciendo gran estrago en quantos se le oponian, obligó à retirar à muchos enemigos. * Pusieronse en fuga los Macedones, que poco antes se mostraron victoriosos;

Arrian. 3. 1. 12.
Arrian. 35. 3. 20
Plut. Agesilao, cap. 25.
Æschines contra Ctesiphontem.
Polibio 2. 28.
Æschines.
Pausan. lib. 1.
Curt. 6. 1. 10.
* Desde aqui Quinto Curcio.

 de-

dexandose cargar sin resistencia, hasta que habiendo sacado à lo llano à los enemigos, que con ardor le seguian, y ganado un lugar donde pudieron hacerse firmes, restablecieron el combate. Señalabase entre todos los Lacedemonios el Rey, asi por sus armas, como por la gentil disposicion de su persona, y aun mas por la grandeza de su espiritu, en que es sin duda, que ninguno le excedió. Tirabanle de lexos, de cerca, y de todas partes recibia en su escudo muchas cuchilladas, y evitaba no pocas con su destreza, hasta que herido de un bote de lanza en un muslo, de que arrojó gran porcion de sangre, y faltandole las fuerzas para continuar el combate, en que aun insistia, le sacaron de él los suyos sobre los escudos, no sin los crecidisimos dolores que le causaba en las heridas el movimiento. Mas los Lacedemonios bien lexos de desmayar à vista de aquel golpe, apoderados de un puesto ventajoso, y cerrados en sus esquadrones, resistieron la carga que dieron en ellos. No hay memoria de combate mas sangriento y cruel. Habian llegado à las manos dos de los mas belicosos pueblos del Mundo con iguales fuerzas, alentados unos de su antigua gloria, y esforzados otros de la grandeza que gozaban; peleaban aquellos por la libertad, y estos por el Imperio; faltaba à unos la cabeza, y à otros el terreno, y aumentaba en todos la esperanza, y el temor la diversidad de sucesos con que parece gustó la fortuna de ver disputar en solo un dia la victoria à tan valerosos hombres. El Campo de batalla era tan estrecho, que no pudiendo pelear sino una parte de sus Tropas, las demás solo servian de testigos, y de esforzar desde el parage donde se hallaba con las voces, y con las acciones à sus compañeros. Finalmente fatigados los Lacedemonios del gran calor, y pudiendo apenas sostener las armas, las quales se les deslizaban con el copioso sudor, empezaron à desmayar, y à retirarse por ultimo para tener campo mas abierto à la fuga, si el enemigo los oprimiese. Cargabalos furiosamente el Exército vencedor, y habiendo pasado todo el espacio que habian ocupado mientras duró el combate, seguia vivamente à Agis. El qual viendo su Exército deshecho, y sobre él à los enemigos, mandó à los suyos que le pusiesen en tierra; y habiendo hecho prueba consigo, de si sus miembros correspondian aun à la generosidad de su ánimo, sin-

tiendose sumamente desfallecido, se puso por sí mismo de rodillas, y cubriendose prestamente con la celada y el escudo, manejando una pica, desafiaba en aquel estado à los mas valientes à que llegasen à despojarle de sus armas. Ninguno empero se atrevió à acercarsele, aunque desde lexos le disparaban gran cantidad de dardos, que rebatia contra el enemigo, hasta que por último penetrado el desnudo pecho del bote de una lanza, que por sí mismo se la sacó de él, y no pudiendo subsistir ya mas tiempo, afirmado en su escudo, rindió sobre sus mismas armas el espiritu. Murieron en aquella batalla de la parte de los Lacedemonios cinco mil trescientos y sesenta, y de la de los Macedones no pasaron de trescientos; pero apenas hubo quien saliese de ella sin herida. Cuya victoria, no solo fue causa de la ruina del poder de Sparta y de sus aliados, sino tambien de que quantos, librada su esperanza en el suceso de ella, solo aguardaban su fin para declararse la perdiesen. No lo ignoraba Antipatro, ni tampoco que muchos, que iban à él, procurando acreditar su regocijo, le fingian; pero deseando poner fin à la guerra, le pareció preciso dexarse engañar. Y si bien la felicidad de aquel gran suceso le tenia con el gusto, que era conseqüente à él, el suceso de la embidia que le ocasionaria, y los riesgos, de que serian causa las ilustres acciones, que para obtenerle habia obrado, las quales excedian de la esfera de General, no dexaban de tenerle en bastante inquietud, como quien tambien sabía, que aunque Alexandro gustaba de ver vencidos à sus enemigos, era tanto lo que sentia lo quedasen por medio de Antipatro, cuya gloria le parecia disminuía mucho la suya, que no podia disimularlo. Atento, pues, aquel diestro político à este riesgo, no se atrevió à disponer por sí de nada de la victoria: convocó à los Estados Generales de la Grecia para deliberar con su acuerdo lo que pareciese mas conveniente. No pidieron en aquella junta otra cosa los Lacedemonios, sino que se les permitiese enviar una Embaxada al Rey, el qual no puso dificultad en perdonarlos, con excepcion de los autores de la revuelta, à quienes hizo castigar. Determinóse tambien en ella, que los Megalopolitanos, cuya ciudad estubo sitiada, pagasen à los Acheos y à los Etolos ciento y veinte talentos. Este fin tubo aquella guerra, la qual se extinguió

 con

con la misma presteza que se encendió, y antes que Dario quedáse deshecho en la batalla de Arbela.

CAPITULO II.

INVENCIBLE ALEXANDRO EN LA GUERRA, *se dexa vencer en la ociosidad de las delicias: Corre voz en el Exército de que habia recordado de aquel adormecimiento.*

PEro Alexandro, à quien hasta entonces habia sido mas molesto el descanso, que las mayores fatigas de la guerra, no hubo bien empezado à gustar de él, quando se entregó à los deleytes; de suerte, que no habiendo podido ser vencido de las armas de los Persas, lo quedó de sus vicios. No pasaba ya los dias y las noches, sino en desordenados banquetes, en licenciosos juegos, en mugeriles festines, y en torpes embriagueces. Con cuyos vituperables excesos, y el de haber imitado en todo los estilos y costumbres de los Persas, teniendolos por mejores que los de su patria, dexó tan disgustados à los suyos, que ya no le miraban como à dueño, sino como à enemigo, no pudiendo tolerar los que se hallaban acostumbrados à una rigurosa disciplina, à un moderado y vulgar alimento, que satisfaciese las necesidades de la vida, que los corrompiese con aquellas disoluciones, y los habituáse à las costumbres de los vencidos. De esto se originaron las freqüentes conspiraciones contra su persona, los peligrosos motines en sus Tropas, y la desenfrenada libertad con que hablaban de él, siguiendose tambien las precipitadas violencias, las mal fundadas sospechas, los temores, y lo demás que dirémos. Pasando, pues, los dias y las noches en los banquetes, y no pudiendo ser siempre los manjares su unico divertimiento, le alternaba con diversos generos de juegos y de pasatiempos; y no contento con los Farsantes y Músicos que habia hecho llevar de Grecia, hacia cantar à las mugeres cautivas canciones à su usanza, que eran tan estrañas, como desapacibles à los oidos de los que no estaban habituados à oirlos. Habia entre las demás una, cuya tristeza era mas excesiva que la de todas, è igual à la gran

gran repugnancia y vergüenza que mostraba de ser vista entre las otras, y cuya singular belleza hacian parecer mayor los efectos de su honestidad y recato; à cuya instancia, manteniendose con los ojos baxos, hacia quanto le era posible por ocultar su rostro. Parecióle al Rey, que no era aquella muger de esfera vulgar, ni capáz de hallarse en tan licenciosos festines; y habiendola preguntado *¿quién era?* Y respondidole ella: *Que nieta de Ocho, Rey de Persia, nacida de una hija suya, que casó con Histapes, pariente de Dario, y General de un poderoso Exército.* Conservando aun aquel Principe algunas reliquias de sus primeras virtudes, atendió compasivo à su desgracia, y à la Real estirpe de quien descendia, y la puso en libertad, la restituyó todos sus bienes, è hizo se buscáse à su marido para volversela. Cuyo suceso fue causa de que mandáse el dia siguiente à Ephestion pusiese à todos los prisioneros en palacio, donde habiendo reconocido la calidad de cada uno, se separaron de las comunes à las personas de la primera esfera, de la qual se hallaron diez, y entre ellos à Oxatres, hermano de Dario, no menos ilustre por sus merecimientos, que por la grandeza y representacion de su hermano; y à cierto gran Señor Persa, llamado Oridátes, el qual estando condenado à muerte por Dario, permanecia aun en las prisiones: libróle de ellas el Rey, y dióle el gobierno de la Media, y admitió al hermano de Dario al número de sus confidentes, haciendole los honores de que era digno por su Real nacimiento. Importó la ultima presa veinte y seis mil talentos, de quienes se repartieron doce entre los soldados, habiendose descubierto igual porcion de los prisioneros, por los mismos que la guardaban. Pasó desde alli Alexandro à la region de los Parthos, pueblos desconocidos entonces, pero hoy cabeza de todas las naciones que estan de aquella parte del Tygris y del Euphrates, y se estienden hasta el Mar Roxo. Ocupan aquellas hermosas y fertiles llanuras los Scytas, formidables aun hoy à sus vecinos. Tienen tierras en Asia y en Europa. Los que habitan sobre el Bosphoro pertenecen al Asia; pero los demás, llamados Europeos, tocando à la parte izquierda de la Thracia, confinan con el Boristhenes, y corriendo en derechura, se dilatan hasta el Tanis. Pasa aquel rio entre Europa

y Asia, y es cierto que los Parthos, que reconocen por fundadores à los Scythas, no salieron del Bosphoro, sino de la Europa. Ofreciase en aquel tiempo alli una ciudad muy célebre, fundacion de los Griegos, y cuyo nombre era *Hecatompylos*: detubose en ella Alexandro algunos dias, y dió orden para que se recogiese en ella de todas partes la mas considerable porcion de viveres que se halláse. Dando en ellos ocasion la ociosidad, como suele, à algun soldado deseoso de novedades, para que esparciese la falsa voz de que el Rey, contento con lo que habia obrado, tenia resuelto volverse à Macedonia; fue tan grande la commocion que causó en el Exército, divulgada por todo él, sin que se pudiese averiguar su autor, y tal la impresion que hizo en los soldados, los quales corrian como insensatos à sus Tiendas à recoger cada uno su vagaje, que no parecia sino que se habia dado la señal para desalojar. Buscaban unos aceleradamente à sus camaradas, y cargaban otros sus carros, cuyo tumulto, dilatandose por todo el Campo, llegó à oidos del Rey. Dió ocasion à aquella falsa voz el haber licenciado las Tropas Griegas, y concedido seis mil dineros à cada Caballero: con lo qual tubieron los Macedones por concluida enteramente la guerra. El Rey, cuyo designio era dilatar sus conquistas à la India, y à los ultimos terminos del Oriente, habiendo llamado à su Tienda à los principales Cabos de su Exército, se lastimó con ellos, no sin lagrimas, *de que le precisasen à interrumpir à la mitad de él el curso de sus gloriosas conquistas, y à volverse à su patria, vencido mas que victorioso. Deciales, que aquella ignominia no le procedia de la flaqueza de sus soldados, sino de la embidia de los Dioses, los quales se habian conspirado à infundir en sus valerosos corazones el deseo de la patria, para quitarle los medios de que volviese prestamente con mayor honra y reputacion à ella.* A cuyas expresiones, movidos todos, le ofrecieron su sangre y sus vidas, asegurandole de la prontitud con que los hallaria dispuestos à quanto les ordenáse, por dificil y arduo que fuese, è igualmente de la de los soldados à quienes le manifestaron, sería bien procuráse inducirlos à sus intentos con la blandura de sus palabras proporcionadas à su genio, pues tenia experiencia de quan poderosas y eficaces eran en sus animos, los quales jamás

más se vieron tristes, ni caidos: alentandoles él, sino con la misma alegria y marcial ardor con que se presentaba él al combate. Prometióles que lo haria, si bien les pidió, que dispusiesen por su parte los animos; y despues de haber proveido en lo que juzgó por necesario para aquella accion, juntó su Exército, y le habló de esta manera.

CAPITULO III.

ORACION DE ALEXANDRO A SUS SOLDADOS, exortandolos à concluir la guerra comenzada en Asia.

» NO me admiro, ò soldados, que si considerais las grandes empresas que hemos executado, os halleis satisfechos de gloria, y que no busqueis ya sino solo el descanso. No entrando en número los Ilirios, los Tribalos, la Beocia, la Thracia, los Spartanos, los Acheos, el Peloponeso; todos los quales he sujetado, à unos por mi persona, y à otros por medio de mis Generales, y debaxo de mis auspicios; ni tampoco el Helesponto, donde ha tenido principio la guerra, hemos preservado à los Jonios y Eolos de una cruel servidumbre. Hallamonos Señores de Catia, de Lidia, de Capadocia, de Phrigia, de Paphlagonia, de Pamphilia, de Pifida, de Cilicia, de Tiro, de Phenicia, de Armenia, de la Persia, de los Medos y de los Parthos, cuyo crecido número de provincias, entre quienes no sé si respecto de él he olvidado alguna, excediendo, à lo que juzgo, aun al de las ciudades que poseen otros, me obligaria à poner fin à mis conquistas, si me hallàse asegurado de que lo quedaban, entre pueblos vencidos con tanta prontitud, y à restituir, ò soldados, aunque fuese à pesar vuestro, à la proteccion de mis domesticos Dioses, al amor de mi madre, y de mis hermanas, y à la compañia de mis ciudadanos, para gozar en el centro de mi patria de la gloria que con vosotros he adquirido; porque alli es donde nos esperan los mas dulces frutos de nuestras victorias, el gusto de vuestros hijos, de vuestras mugeres, y de las que os dieron al Mundo, la paz, el reposo, y la posesion segura de quanto he-

» mos

„ mos comprado al precio de nuestra sangre. Pero en un Impe-
„ rio totalmente nuevo, y en quien no podemos decir con cer-
„ teza, que estabamos seguramente establecidos, y antes tanto
„ mas lexos de haberlo conseguido, quanto permanecen aun mu-
„ chas cabezas rebeldes, que repugnan el yugo, es preciso, ò
„ soldados, tiempo para reprimirlos, y una suave y dulce co-
„ municacion, que poco à poco temple y ablande la fiereza na-
„ tural de sus animos. Aun las cosas insensibles necesitan de él,
„ para que las suavice, y disponga à que reciban la ley que la
„ naturaleza les impuso, como ordinariamente lo experimentais
„ en los frutos de la tierra; los quales no llegan à su perfecta sa-
„ zon, sino por medio suyo. ¿ Juzgais por ventura, que tantos
„ pueblos acostumbrados à otro dominio, y con quienes no tie-
„ nen conformidad alguna nuestra religion, nuestras costumbres,
„ ni nuestra lengua, han quedado sujetos al tiempo mismo que
„ vencidos? Pues creeis mal, porque el contenerse en nuestra
„ obediencia, lo debemos à nuestras armas, no à su voluntad.
„ Mientras estais presentes os temen, pero ausentes serán vues-
„ tros enemigos. Siendo cierto, que nos es preciso hacer con
„ ellos lo que con las fieras, en quienes obrando el tiempo lo que
„ no se pudo esperar de su natural, las dexa domésticas y man-
„ sas. Hasta aqui he discurrido, como si ya fuesemos entera-
„ mente dueños de quanto poseía Dario. Pero aun se halla Na-
„ barzanes apoderado de la Hircania, y el parricida Beso no con-
„ tento con ocupar la Bactra, nos amenaza. Los Sogdianos, los
„ Dahos, los Masagetas, los Saces y los Indos, no reconocen do-
„ minio. No bien habremos vuelto las espaldas, quando estos
„ pueblos se declararán contra nosotros, siendo todos de una na-
„ cion, nosotros estraños, y natural, que apetezcan mas el Seño-
„ rio en los proprios, aunque sea menos suave, que en los age-
„ nos. Por lo qual es preciso, que, ò perdamos lo adquirido, ò
„ que adquiramos lo que nos falta que ganar; apartando, à imi-
„ tacion del Medico, que para conseguir la salud de un cuerpo
„ humano, procura evaquarle de todos los malos humores, quan-
„ to puede ser nocivo à nuestro Imperio. Muchas veces una pe-
„ queña centella no advertida, ha originado considerable incen-
„ dio. Nunca es seguro despreciar lo mas leve en el enemigo;
„ por-

„ porque del descuido nace la diminucion propria, con que cre-
„ ce su diligencia, aumentando sus brios y poder. Aun el mis-
„ mo Dario no llegó por derecho succesivo al Real Trono de Ci-
„ to, sino porque en él se colocó el credito de Bagoas, de que
„ podeis inferir el corto trabajo que habrá costado à Beso apode-
„ rarse de un Reyno abandonado. Verdaderamente, ò soldados,
„ que sería grande ignominia nuestra que le hubiesemos venci-
„ do para dar sus Estados à uno de sus vasallos, el qual despues
„ de haber cometido el mayor de los delitos en la persona de su
„ Rey al tiempo que le ofrecian su socorro los estraños, y que
„ nosotros, aunque le haciamos guerra, le hubieramos perdona-
„ do sin duda vencedores, le reduxo qual cautivo à prisiones, y
„ por ultimo le dió muerte, para defraudarnos la gloria de ha-
„ berle librado de ella. ¿Y este monstruo quereis que reyne?
„ ¿Y que esto se sufra? Por lo que à mí toca, es cierto que no
„ sosegaré, hasta ver que pendiente de una horca, satisface à
„ todos los Reyes y pueblos del Mundo las penas de su perfidia.
„ Si inmediatamente à nuestra partida nos llegasen à decir, que
„ saqueaba las ciudades de la Grecia y del Helesponto, ¿con
„ qué gusto escuchariais, que aquel malvado se hiciese dueño
„ de los premios de vuestras victorias y conquistas? En cuyo ca-
„ so, no dudo, que colericos tomariais las armas, y que no las
„ depondriais, hasta dexar castigada su orgullosa osadia. ¿Pues
„ quánto mejor es oprimirle ahora que se halla preocupado del
„ horror de su delito, y fuera de sí? No necesitamos de mas
„ tiempo que el de quatro dias para el camino. ¿Pues qué de-
„ tendrá tan corto espacio en lo mejor de sus conquistas à los
„ que han pasado por tantas y tan crecidas nieves, à los que han
„ badeado tan caudalosos rios, y à los que han penetrado las
„ elevadas cumbres de tan inmensos montes? Mayormente no
„ teniendo ya Mares, cuyas crecidas olas nos impidan el paso,
„ ni estrechos que nos le cierren, pues se nos ofrece todo tan lla-
„ no y facil para la victoria, que parece podemos tenerla por
„ segura. Solo cinco ò seis parricidas, y otros tantos bagabundos,
„ son los que nos han quedado por extinguir. ¿Con qué escla-
„ recida accion ilustraréis vuestra gloria, y coronaréis todas las
„ demás, eternizandolas al Mundo, si vengais la muerte de vues-

„ tro enemigo, y manifestais, que extinguido con su vida vues„ tro odio, no permite semejantes maldades vuestra generosidad? „ A cuyo intento no prevenis quan obedientes y obsequiosos ex„ perimentareis à los Persas, reconociendo estos la justificacion „ con que emprehendeis las guerras, y que vuestras iras no mi„ ran à su nacion, sí solo à castigar el delito de Beso. „

CAPITULO IV.

DESCRIPCION DE ZIOBERIS ADMIRABLE RIO. Ofrece Alexandro à Nabarzanes el perdon que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallandose cercano al Mar Caspio, admite à su gracia à los Capitanes de Dario.

FUe oida esta oracion con tan grande aplauso de los soldados, que todos à porfia dixeron en altas voces, que los llevàse à donde fuese servido. Aprovechandose el Rey de aquel ardor, pasó à las tierras de los Parthos, y llegó en tres dias à la frontera de Hircania. Dexó à Cratero con las Tropas que mandaba, y con las de Amintas, reforzadas de seiscientos Caballos, è igual número de Archeros para asegurar à los Parthos de las correrias de los Barbaros. Dió orden à Erigio para que conduxese el vagaje por la llanura con corta escolta; y viendose adelantado él quinientos y cinqüenta estadios, acampó en un valle, que está à la entrada de Hircania. Ofrecese alli un bosque de crecidas y espesisimas arboledas, bañado de infinitos arroyos, que descendiendo de las rocas vecinas, fertilizan todo aquel valle. Nace de las faldas de aquellos montes el rio Zioberis, el qual corre por espacio de tres estadios, sin diminucion alguna, hasta que rompiendose su raudal en una roca, se divide en dos brazos iguales. Desde alli, haciendose mas rapido, y siempre mas impetuoso, por el encuentro de las peñas que halla en el camino, se precipita debaxo de tierra, donde corre manteniendose oculto toda la extension de trescientos estadios. Vuelve despues, como à renacer de otro origen, y à hacer nueva y mas espaciosa canal, que la primera, respecto de tener trece estadios de largo, has-

hasta que habiendose reducido à mas estrechas margenes, entra por ultimo en otro rio llamado Rhidage. Aseguran los naturales, que quanto se introduce en la caberna donde el Zioberis se oculta, que es la mas cercana à su origen, vuelve à salir por la que desemboca en el rio, como lo comprobaron algunas personas, à quienes habiendo hecho Alexandro entrar alli dos toros, que envió para la averiguacion, aseguraron haberlos visto salir por el desembocadero. Habiendose detenido alli quatro dias para que refrescáse su Exército, recibió una carta de Nabarzanes, cómplice en el delito de Beso, en que le decia: *Que nunca miró con odio à Dario, à quien siempre habia representado lo que juzgó de su servicio, exponiendo su vida al riesgo de perderla por haberlo hecho con zelo y claridad. Pero que habiendo resuelto aquel Principe, contra toda razon, fiar de estrañas Tropas la guarda de su persona, en desdoro y descredito de la fidelidad que los de su nacion habian conservado inviolablemente à sus Reyes por espacio de doscientos y treinta años, y reconociendo proxima su ruina, tomó el consejo que le ofreció la necesidad presente, siguiendo en esto al mismo Dario, el qual habiendo muerto à Bagoas se justificó con el pueblo, dando por disculpa la de haberlo executado porque conspiraba contra su vida. Que siendo ésta la cosa mas apreciada de los mortales, el deseo de conservarla, habia reducido à aquellos terminos. Porque protestaba haber executado en esto, no lo que quisiera sino lo que no pudo escusar necesitado. Que en las calamidades públicas à qualquiera le era permitido mirar por sí, y procurar asegurarse. Y que en esta atencion si le mandaba fuese à ponerse à sus pies, lo haria sin el menor recelo de que faltáse tan grán Rey à su palabra; y tanto mas asegurado, quanto sabía no era capáz de engañar à los Dioses quien lo era. Pero que si no le juzgaba digno de concederle esta honra, no le faltarian en su destierro lugares donde retirarse, pues para los hombres de valor, era patria suya qualquiera que eligiesen.* No hallando Alexandro dificultad para concederle su palabra, à usanza de los Persas, le envió à decir, *que podria ir seguramente.* Sin embargo hizo que marchase su Exército en buen orden à quatro frentes, y de rato en rato se enviasen corredores à reconocer los pasos. La Caballeria ligera

iba en la banguardia, seguia la Phalange, luego el resto de la Infanteria, y detrás el vagaje. Conteniase el Rey entre sus guardas, por el recelo en que le ponia la condicion belicosa de aquellos pueblos, y la calidad de la tierra, cuyas entradas son sumamente asperas. Porque todo es un continuo valle abierto, y espacioso hasta el Mar Caspio, desde donde se dilatan por ambas partes montes en forma de dos grandes brazos, los quales cierran aquel espacio, y torciendose hacen un seno à manera de media luna. Los Cercetas, Mosinios y Chalybes quedán à la izquierda, y de la otra parte los Leucosirios, y los campos de las Amazonas, miran estos al Septentrion, y aquellos al Occidente. El Mar Caspio, cuyas aguas son mas dulces que las de los otros Mares, cria serpientes de prodigiosa magnitud, y pescados de bien diverso color que los ordinarios. Algunos le llaman Mar de Hircania, y otros Caspio; y no falta quien crea que las lagunas Meotides entran en él, à cuya mezcla de aguas atribuyen el que sean menos saladas aquellas que las de los demás Mares. El viento de Septentrion le embravece horriblemente, dilatando tanto sus hondas, que anegan una estendidisima porcion de tierra; pero luego que cesa éste, se retraen à sus límites con la misma impetuosidad que salieron, dexando la tierra en su primera faz. Otros han juzgado que no es el Mar Caspio, sino el de la India, que cae en la Hircania, desde cuya mas elevada parte va descendiendo poco à poco, y dilatandose, como hemos dicho, en un perpétuo valle. Adelantóse de alli el Rey veinte estadios por lugares casi inacesibles, sobre quienes habia una selva, cuyos caminos eran tan quebrados por los muchos arroyos y avenidas que los inundan, que fue preciso detenerse en algunas partes. Pero no ofreciendose enemigo alguno, pasó sin peligro; y por ultimo llegó à mejor comarca, qual de mas de abundar en aquel tiempo de todo genero de granos, goza siempre de excelentes viñas, y manzanas. Pueblanla muy espesos arboles, entre quienes son los mas comunes à la manera de las encinas, cuyas hojas amanecen cargadas de miel, si bien es preciso recogerla antes que salga el Sol, porque si no se derrite inmediatamente aquel delicado rocío al menor calor que participa. Habiendo pasado el Rey treinta estadios mas adelante, le salió al camino Phrata-

pher-

phernes, y se le rindió, con los que le habian acompañado en la fuga despues de la muerte de Dario. Recibiólos à todos benignamente; y despues de haber llegado à la ciudad de Aruas, llegaron à ella tambien Cratero y Erigio, llevandole à Phradates, Gobernador de los Tapuroros; el qual experimentó en el Rey tan grandes honras, que su exemplo movió à muchos à procurar merecerselas iguales con la misma demostracion. Dió despues el gobierno de Hircania à Menapis, que desterrado en tiempo de Ocho, pasó à ampararse de Philipo; y conservó en el de los Tapuroros à Phradates.

CAPITULO V.

HABIENDO RECIBIDO ALEXANDRO à Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona à los Griegos que habian socorrido à Dario; y despues de haber vencido à los Mardos, condesciende con el ruego de la Reyna de las Amazonas.

DEspues de haber atravesado toda la Hircania, llegó à su presencia Artabazo (de cuya gran fidelidad à Dario hemos tratado) con algunos parientes de aquel infeliz Principe, con sus hijos, y buena Tropa de soldados Griegos. Al acercarse à él, le tomó el Rey la mano, y hizo muchas caricias, en memoria de la amistad que tubo con el Rey Philipo, su padre, debaxo de cuya proteccion se mantubo mientras duró la persecucion de Ocho; pero aun mas por la fidelidad que guardó à su Principe, en medio de los considerables favores que recibió de Philipo. Reconocido aquel venerable anciano à las honrosas demostraciones de Alexandro, le dixo: *Que rogaba al Cielo por la larga duracion y felicidad de su Imperio, y por que colmáse las mayores dichas su persona, à quien no podia dexar de manifestar, que quanto era grande el gusto con que celebraba la dicha de ponerse à sus pies, tanto el sinsabor que recibia de hallarse por su crecida edad imposibilitado de gozar por mucho tiempo de su benignidad.* Era esta de noventa y cinco años: llevaba consigo nueve jovenes, hijos suyos, de gentil disposicion, y habidos

dos todos en una misma madre: ofreciólos al Rey, pidiendo à los Dioses *les concediese vida en quanto fuesen de provecho à su servicio*. Aunque caminaba Alexandro de ordinario à pie por aquellos campos, atendiendo à que su exemplo no obligáse à aquel anciano à hacerlo con tan grande incomodidad, mandó prevenir caballos para él, y Artabazo. Y despues de haber acampado, hizo llamar à los Griegos que habia llevado éste consigo; los quales respondieron: *Que si no se les concedia tambien salvo conduto à los Lacedemonios, pensarian en lo que habian de executar*. Eran estos los Embaxadores de Lacedemonia, enviados à Dario, que despues de su derrota se habian juntado con los Griegos que tenia à sueldo suyo. No quiso concedersele el Rey, ni darles prenda alguna: mandóles sí, *que compareciesen ante él, y que entonces resolveria lo que tubiese por bien*. Con cuya respuesta confusos, y inclinados unas veces à un dictamen, y otras à otro, determinaron por ultimo obedecerle; si bien Democrates, Atheniense, opuesto siempre à la grandeza de los Macedones, desesperando de su vida, se dió por sí mismo muerte. Los demás se rindieron à discrecion, como lo habian resuelto. Eran mil y quinientos soldados, y noventa Embaxadores. Reclutó con aquellos el Rey sus Compañias, y hizo volver à sus tierras à los demás, excepto los Lacedemonios, à quienes mandó poner debaxo de buenas guardas. Los Mardos, pueblo vecino à Hircania, gente brutal, y acostumbrada à la rapiña, fueron los unicos, que mostrando disgusto de obedecerle, ni le enviaron Embaxadores, ni presentes. De cuyo desacato indignado el Rey, y no pudiendo tolerar que hubiese nacion que le pusiese en duda el renombre de invencible: dexó el vagaje con gente que le guardáse, y volvió contra ellos, acompañado de sus mejores Tropas. Marchó toda la noche, y al romper del dia, se dexó ver de sus enemigos. Reduxose esta faccion mas à tumulto, que à combate; porque arrojados los Barbaros de las colinas que habian ocupado; y puestos en fuga, se tomaron los villages vecinos, abandonados de sus habitadores. Con todo no pudo entrarse en lo interior del país, sin gran fatiga del Exército, respecto de componerse todo de montañas y florestas inacesibles, y de tener no menos impenetrables las llanuras el estraño modo

con

con que las fortificaban; porque plantaban arboles muy cerca unos de otros, cuyas ramas doblandolas con la mano quando estaban tiernas, y torciendolas despues por la punta, las volvian à plantar y fixar en tierra, de donde brotando como de otra raiz nuevos, y mas vigorosos troncos, no dexaban crecer à aquellos à quienes la naturaleza producia con mayor fertilidad, si no los entretegian unos en otros, de suerte, que quando se hallaban cargados de ramos y de hojas, cubrian toda la campaña, y quedaban en forma de redes ocultas, que embarazaban el paso. No habia otra forma de abrirle, que la de cortar los arboles; pero era obra de gran trabajo, porque sus troncos llenos de nudos, resistian al hierro, y sus ramos desnudos y encorbados, en forma de arco, obedeciendo al golpe, le dexaban inutil, fuera de que los naturales, acostumbrados à correr por entre aquellas breñas, no de otra suerte, que las mismas fieras, resguardados entre los mismos bosques, herian desde ellos à su salvo en los enemigos. El Rey, cercandolos à manera de cazador, los echó de sus fuertes, dando muerte à muchos, y envió despues soldados para que cercasen el bosque, con orden de que entrasen dentro à la menor abertura que se les ofreciese. Pero como inexpertos en la tierra, desmandada la mayor parte, fue prisionera, y con ellos el caballo Bucéphalo, à quien estimaba Alexandro en mas que todos los del Mundo. No consentia éste que le montáse otro, que no fuese Alexandro, à quien se ponia de rodillas siempre que reconocia se llegaba à él, para que lo hiciese con tan grande instinto, que no parecia sino que sabía à quien llevaba sobre sí. El Rey, mas irritado de lo que era justo, hizo que con la mayor diligencia se buscáse el caballo, y que se les notificáse los pasaria à todos à cuchillo, si no se le volvian: con cuyas amenazas quedaron tan amedrentados los Barbaros, que le enviaron el caballo, y algunos presentes à pesar suyo. Pero no habiendo bastado à templarle aquella demonstracion, hizo cortar el bosque, y conducir alli gran cantidad de tierra de los montes, para que cubiertas de ella las llanuras, impedidas de los ramos, y juntamente los ramos, quedáse unido, è igual todo el camino. Viendo, pues, los Barbaros adelantada la obra, y desesperando de poder resistir mas largo tiempo, se rindieron con todo el pueblo,

blo, y dieron rehenes, los quales mandó el Rey se entregasen à Phradates, y habiendo gastado cinco dias en esta expedicion, se volvió à su Campo, desde donde despues de haber hecho mas excesivas mercedes à Artabazo de las que habia recibido de Dario, le envió à su casa. No bien habia llegado à la ciudad de Hircania, Corte en otro tiempo de Dario, quando pasó à ponerse à sus pies Nabarzanes con el seguro de su Real palabra: llevóle magnificos presentes, y entre otros rendidos al Eunucho Bagoas, cuya singular belleza le hizo tan querido de Dario, como lo fue poco despues de Alexandro, el qual mas por su intercesion, que por otro motivo, perdonó à Nabarzanes. Habitan, como queda dicho, ácia la frontera de Hircania, en las riberas del rio Themedoon, y en las campañas de Themicira las Amazonas, mandaba su Reyna Thalestres quanto se contiene entre el rio Phasis, y el monte Caucaso. Esta Princesa, pues, movida del ardiente deseo de ver à Alexandro, salió de sus Estados por conseguirlo; y habiendo llegado cerca de su Campo, le envió à decir: *Que una Reyna iba à visitarle, llevada del ansia de conocerle, y que se hallaba à corta distancia de alli.* Respondióla el Rey, que sería bien recibida: dexó el acompañamiento, y pasó à su presencia con solas trescientas mugeres; y luego que le vió, se arrojó del caballo, llevando dos lanzas en la mano derecha. No las cubren sus vestiduras todo el cuerpo, porque del lado siniestro traen descubierto el seno, y oculto lo demás, si bien la falda de la ropa, recogida en un nudo, no pasa de la rodilla. Cauterizan el pecho del diestro lado, porque no las embarace à afirmar el arco, y à disparar las flechas, reservando en el otro el alimento de las hijas. Miraba Thalestres al Rey sin alguna estrañeza, y observandole cuidadosa, no hallaba que correspondiese su disposicion à la fama de sus hazañas, porque los Barbaros solo confieren su veneracion à la magestuosa gentileza del cuerpo, juzgando que no puede ser capáz de grandes empresas, quien no se halla dotado de ésta, y de una singular belleza. Habiendola preguntado el Rey, *¿qué tenia que pedirle?* Confesó sin rodéos, *no habia sido otro el fin de su jornada, que el de lograr hijos suyos, no juzgandose indigna de dar herederos à su Imperio. Que si paría hija, la llevaria consigo; y si Infante,*

te, se le dexaría. Preguntóla, si gustaria de ir à la guerra con él. Y ella, dando por disculpa para no seguirle, *la de no haber dexado persona para el gobierno de su Reyno*, se escusó de hacerlo, insistiendo con tan gran pertinacia y ardor en que la cumpliese su libiano antojo, mucho mas encendida en él, que el Rey, que le obligó à que se detubiese alli algunos dias, y que de ellos concediese trece à su ilicita comunicacion: cumplidos los quales, se volvió ella à su Reyno, y Alexandro à la provincia de los Parthos.

CAPITULO VI.

OFENDENSE LOS MACEDONES DEL MODO DE vivir de Alexandro, el qual por evitar algun motin, sedispone à hacer la guerra contra Beso: Empiezala por una estratagema, y sigue primero à Satibarzanes, por haber dexado su partido. Echa de las montañas à los Barbaros, y toma la Ciudad de Artacacna.

ALli fue donde el Rey, depuesto el embozo, dexó correr à riendas sueltas sus apetitos, convirtiendo en sobervia y lascivia la moderacion y continencia, que tan admirable habian hecho, hasta entonces su persona por la suma dificultad con que se ven unidas ambas virtudes en una gran fortuna. Empezó à despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderacion en el vestir, y el regular orden de vida de los Reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba ya indigna de su grandeza, y siguió el fausto de los Reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevia à querer competir con la gloria de los mismos Dioses. Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen à sus pies, à quienes acostumbró à exercicios viles y baxos, tratandolos como à esclavos. Ciñó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la habia traido Dario, y pusose la ropa persiana, sin advertir de quan infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el trage del vencido. Y si bien para dar algun honesto color à sus perver-

tidas acciones, solia decir, que se adornaba con los despojos de sus enemigos, lo peor era que se habituaba tambien à sus costumbres, y que la sobervia del trage y la del ánimo corrian uniformes. Los despachos que hacía para la Europa, los signaba con su sello; pero con el de Dario, los que eran para el Asia: manifestando en esto quan dificil es, que una cabeza sola pueda mantener dos coronas. Obligó tambien à sus Capitanes, à sus favorecidos y à los Grandes de su Corte à que entrasen en la moda persiana, y aunque la miraban todos con grande aversion, ninguno se atrevió à oponerse à su gusto. Habia hecho un serrallo de su palacio, y llenadole de trescientas y sesenta concubinas, número igual al que tubo Dario, con gran número de Eunuchos, prostituidos à todo género de deshonestidades y disoluciones. Los antiguos soldados de Philipo, nuevos en la práctica de tan torpes deleytes, detestando de ellos, se lamentaban de la corrupcion de que habia inficionado la costumbre de los suyos el contagio de los Barbaros, diciendo à una voz todo el Exército: *Que con la victoria habian perdido mas que ganado; que con mucha mayor razon se podian llamar vencidos, habiendo tomado de aquella suerte los usos y costumbres de sus esclavos; y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia se reduciria à volver à sus casas, en el trage de los Barbaros, con la ignominia de ver, que posponiendolos Alexandro, hacía mayor aprecio de la compañia de los vencidos, que de la de los vencedores, y mas vanidad, que de ser Rey de Macedonia, de ostentarse Satrapa de Dario.* No ignoraba aquel Principe el disgusto de los de su Corte, y de su Exército, à quienes procuró contentar à precio de mercedes y de dispendios. Pero como por excesivo que sea con el que se compre la servidumbre, nunca puede ser grato à los hombres de generosos espíritus, temeroso de que pasáse à mayores demostraciones, le pareció conveniente evitarlo, empleandolos en alguna faccion. Para lo qual le ofreció oportuna ocasion el atrevimiento de Beso, el qual adornado de las reales insignias se habia hecho llamar Artaxerges, y juntar los Scythas, y los demás pueblos del Tanais. Truxo la noticia al Rey Satibarzanes,

nes, à quien recibido gratamente, confirmó en el gobierno de la provincia que tenia antes. Pero respecto de hallarse el Exército tan cargado de despojos, y de inutiles Tropas, que apenas se podia mover, hizo poner en medio de la plaza pública, primero su bagaje, y despues el de sus soldados; y habiendo mandado reservar lo mas necesario, dió orden para que llevasen uno y otro en carros à un gran campo. Hallandose pendientes todos de su determinacion, mandó por ultimo, que se retirasen de alli los caballos, y habiendo puesto fuego à su bagaje, dió orden para que se executáse lo mismo en todo lo demás. Veianse quemar aquellos ricos despojos en el fuego, que los mismos dueños encendian, los quales le habian apagado tantas veces por robarlos enteros à los enemigos, sin que entre todos hubiese alguno, que se atreviese à mostrar el menor sentimiento, porque se malográse el precio de su sangre, viendo consumidas por las mismas llamas las riquezas del Rey. El qual habiendo templado su dolor con un breve razonamiento, y dexadolos mas desembarazados y prontos para todos sus exercicios, y mas gustosos de hallarse en estado de conservar su disciplina, que sentidos de haber perdido sus bienes, tomó su marcha ácia la Bactra; pero la inopinada muerte, que sobrevino de Nicanor, hijo de Parmenion, ocasionó tal tristeza en todo el Exército, y especialmente en el Rey, que sin duda se hubiera detenido à asistir à sus exequias, à no estorbarselo la falta de los viveres; si bien dexó à Philotas con dos mil y seiscientos hombres para que las hiciese à su hermano, y prosiguió su marcha contra Beso. Tubo en el camino noticias de Bactra, de que iba para él con Exército, resuelto á presentarle la batalla, y de como Satibarzanes, à quien habia confirmado en el gobierno de los Arioros, se habia sublevado inmediatamente. Sobre lo qual, aunque quisiera llegar primero à las manos con aquel, pareciendole mas conveniente deshacer antes à éste, marchó à gran diligencia, y habiendo caminado toda aquella noche, llevando consigo Infanteria ligera y Caballeria, le cogió desprevenido. Lo mas que pudo hacer Satibarzanes fue juntar dos mil Caballos, y huir ácia la Bactra, à vista de lo qual

 se

se retiró el resto de sus Tropas à los montes vecinos. Habia alli una peña rota, y precipitosa por la parte del Occidente, aunque por la de Oriente era menos aspera y cubierta toda de arboledas y de fuentes, cuyas aguas corrian en gran abundancia. Contenia su circuito treinta y dos estadios, y su cumbre una llanura llena de praderias, en donde alojaron los Barbaros la gente inhabil para el combate, atrincherando la demás, que se componia de trece mil hombres, con los troncos de los arboles y los peñascos en los pasos mas impenetrables. Dexó el Rey á Cratero para que los bloqueáse, y partió en seguimiento de Satibarzanes, hasta que entendiendo que se hallaba bien distante, se volvió al Sitio de la montaña, donde mandó limpiar y derribar quanto le estorvaba la entrada. Pero no encontrando sino precipicios y rotos peñascos, parecia delirio querer oponerse à la naturaleza. Sin embargo el Rey, cuyo invencible ánimo se encendia mas en el deseo de allanar las mayores dificultades, reconociendo quan imposible era pasar adelante, y quan peligroso volver atras, revolvia en su imaginacion todo genero de arbitrios, despreciando, como de ordinario sucede à quien se halla irresoluble, unas veces unos y otras otros, hastà que favoreciendole la fortuna en su mayor perplexidad, dispuso lo que no pudo prevenir el discurso. Levantóse por la parte de Occidente recio viento, à tiempo que los soldados con el fin de abrir algun camino por entre las rocas habian cortado gran cantidad de leña, la qual habia secado el sol. Aprovechandose el Rey de ella, mandó hacer grandes haces, y que puestos unos sobre otros, llegasen à igualar con la altura de la montaña. Executado asi, hizo introducir en ellos gran cantidad de fuego, el qual prendiendo al punto, y comunicandose à los bosques inmediatos, arrojaba sus llamas el viento hasta los mismos rostros de los Barbaros, con tan denso humo, que les quitaba à un tiempo la vista, y la respiracion: probaban estos à huir, para evitar el ultimo peligro por donde estubiese menos encendido el fuego; pero librandose de las llamas, daban en los enemigos, perecian todos con diferentes generos de tormentos. Precipitabanse unos por las rocas, caian otros en aquellos espantosos incendios, y fa-

fallecian otros de las armas enemigas, siendo pocos los que llegaban vivos à sus manos, y aun estos medio quemados. Volvió desde alli el Rey adonde habia dexado à Cratero, el qual tenia sitiada à Artacacna, y solo esperaba su venida para que tubiese, como era justo, la gloria de su rendicion. Hizo, pues, Alexandro adelantar sus baterias, de quienes atemorizados los Barbaros, puestas las manos sobre los muros, le pidieron, *que empleáse sus iras contra Satibarzanes*, *autor de aquella revuelta*, *y no en ellos*, *que imploraban su clemencia*, *y se rendian à su discrecion.* No solo los perdonó el Rey, sino los dexó tambien en posesion de sus bienes. Encontró, al salir de alli, sus reclutas. Llevabale Zoylo quinientos Caballos Griegos, y enviabale Antipatro tres mil de Iliria. Fueron con Philipo ciento y treinta hombres de armas de Thesalia, y de la Lidia dos mil y seiscientos soldados estrangeros, y trescientos Caballos de la misma nacion, que mandaba Andromacho. Con este refuerzo entró en las tierras de los Drangas, pueblo guerrero, y de quien era Satrapa Barzaentes, el qual temeroso del castigo que merecia por cómplice en la maldad de Beso, se habia pasado fugitivo à la India.

CAPITULO VII.

DYMNO DESCUBRE A NICOMACHO la conspiracion, que se disponia contra Alexandro, por medio de Cebelino su hermano, lo qual es causa de que Dymno se dé muerte por sus mismas manos.

HAbia nueve dias que el Exército acampaba, quando el Rey, aunque invencible siempre à todas las fuerzas estrañas, empezaba à ser asaltado de domesticas asechanzas. Dymno, mal satisfecho del gobierno, y enamorado de un mancebo, cuyo nombre era Nicomacho, se fue à él demudado, y le hizo saber, que tenia un negocio de la mayor gravedad y consequencia que comunicarle: y sacandole à un Templo, le pidió *por su recíproco amor*, *y por las prendas que habia*

en

en ambos corazones, *que jurâse de guardarle secreto en lo que le fiáse*. Nicomacho, no previniendo que pudiese ser cosa que le precisáse à revelarla, contraviniendo al juramento, condescendió con su instancia, jurando por los Dioses que estaban presentes, de guardarsele. Entonces Dymno le declaró, *que estaba dispuesta una conspiracion contra la persona del Rey, en la qual entraba él con las personas de mayor valor y representacion del Exército*, *y que se pondria en execucion dentro de tres dias*. No bien le hubo escuchado Nicomacho, quando le protestó, *que no le habia prometido su fé para concurrir, à un parricidio*, *ni podia creer que hubiese juramento que le obligáse à encubrir maldad tan detestable*. Sobre lo qual Dymno, perdido de miedo, le abrazó pidiendole con lagrimas, *que entráse en la conjuracion*, ò *que à lo menos quando lo rehusáse*, *no fuese traydor à un amigo*, *que no pudo haberle dado mayor testimonio de su afecto*, *que el de fiar de él su vida*. Pero insistiendo en detestar su designio, procuró atemorizarle, asegurandole, *sería él por quien empezarian los conjurados la execucion*. A cuyas amenazas, añadiendo injurias, le llamaba algunas veces cobarde y otras pérfido, desde quienes pasaba à hacerle excesivas promesas, sin reservar de ellas un Reyno: efectos todos del crecido horror, en que tenia su ánimo el de tan gran maldad. Finalmente sacando la espada y enderezandola à la garganta de aquel mancebo, y volviendola despues à la suya, rogandole y amenazandole à un tiempo, fue tanto lo que hizo, que le obligó à que le prometiese *que no solo le guadaria secreto, sino que entraria tambien en la conjuracion*. Pero manteniendo siempre Nicomacho su ánimo en el primer intento, despues de haberle ponderado, à fin de asegurarle mejor, lo que podia con él su amor, para quien no habia imposible, le preguntó: *Quienes eran los que entraban en empresa de tan gran conseqüencia*, *manifestandole importaba mucho quedar noticioso de ellos*. Dymno fuera de sí del gusto, no sabía con que estimarle, ni como alabarle la generosa resolucion de unirse à las mas ilustres personas de la Corte, à un Demetrio Capitan de las guardas de la persona del Rey, à un Peucolao, à un Nicanor, à quienes añadió

à

à Aphebeto, à Loceo, à Dioxeno, à Aschipolis y à Amintas. Con lo qual, habiendose separado Nicomacho, pasó inmediatamente à participar à su hermano, cuyo nombre era Cebalino, quanto habia entendido: Tubieron por conveniente, que Nicomacho quedáse en la tienda, donde se hallaban, para evitar que viendole en palacio, donde no acostumbraba ir, entrasen los conjurados en alguna sospecha, y que Cebalino fuese como lo hizo. Pero no pudiendo pasar de cierta pieza, por no tener mas entrada, esperó à que saliese alguno, que le introduxese à la en que se hallaba el Rey. Habianse acaso ido todos, y quedado, no se supo por que causa, solò con él Philotas, hijo de Parmenion: llegandose à él Cebalino con demudado semblante, le refirió lo que habia sabido de su hermano, y pidió lo pusiese luego en noticia del Rey. Philotas, habiendo loado su fidelidad, volvió à ver à Alexandro, con quien, aunque estubo dilatado espacio tratando de materias bien diversas, no le dixo nada de lo que Cebalino le habia revelado. Cogiendole por la noche Cebalino à la salida, y preguntandole: *si habia hecho lo que le pidió*; le respondió con aspereza: *que no, por no haber podido hablar al Rey*, y pasó de largo. Al dia siguiente él esperó al entrar en palacio, donde *le pidió con el mayor encarecimiento se acordáse de lo que le habia comunicado el dia antes*: aseguróle *lo tenia bien en cuidado*, y sin embargo no le habló tampoco entonces en ello al Rey. Con lo qual, entrando Cebalino en desconfianza, y reconociendo quan peligrosa era la detencion, partió en busca de cierto Caballero, llamado Metron, à cuyo cuidado estaba el de la provision de las armas del Exército, y le descubrió toda la maldad. Metron, habiendole hecho ocultar en la pieza de las armas, fue inmediatamente à dar cuenta al Rey, que estaba bañandose. El qual despues de haber enviado Archeros de su guarda, para que al punto prendiesen à Dymno, y se le llevasen alli, entró donde se habia ocultado Cebalino. No bien le hubo visto aquel mancebo, quando con demostraciones de gran regocijo: *Ahora sí, Señor*, (le dice) *que te veo fuera de peligro: reconociendo à los Dioses el beneficio de haberte librado de tus enemigos*. Habiendo-

dole informado muy por menor de lo que habia pasado, le preguntó Alexandro: *Quanto tiempo habia que sabía lo que le participaba*; y confesandole, *que tres dias*, persuadido el Rey à que no pudiera haberlo dilatado tanto, si no se halláse cómplice en el delito, le mandó poner en prisiones. Pero descargandose Cebalino à gritos, diciendo: *que desde el mismo punto que tubo la noticia se la participó à Philotas, para que le diese cuenta, como podria saberlo de él*; procurando asegurarse mas en lo que le referia, *volvió à hacerle ratificar en ello, à que protestando siempre Cebalino ser cierto lo que habia afirmado*, exclamó al Cielo, quexandose con lagrimas de la ingratitud de una persona à quien habia querido tanto. En el interin Dymno, previniendo lo que podia quererle el Rey, se atravesó la espada por el cuerpo, y embarazandole las guardas el que acabáse de quitarse la vida, le llevaron à palacio. Preguntóle en él el Rey: *¿qué causa le habia dado, para que tubiese à Philotas por mas digno que à Alexandro del Reyno de Macedonia?* pero estaba ya tal, que habiendo perdido el habla, volviendo la cabeza à otra parte, despues de un profundo suspiro, rindió el espíritu. Hizo el Rey llamar à Philotas, à quien dixo: *Cebalino se halla merecedor de la muerte, si por espacio de dos dias ha tenido oculta una conspiracion hecha contra mí; pero él se descarga con vos de este delito, è insiste, en que no bien lo hubo sabido, quando os dió parte. Verdaderamente, que quanto mayor es el lugar que ocupais en mi gracia, tanto mas culpable y sospechoso os hace vuestro silencio; pero es mas justo que se crea éste antes de Cebalino, que de Philotas. El juicio está à vuestro favor, si à lo menos podeis negar lo que no debeis cometer.* Respondió Philotas con voz pronta y ánimo sosegado: si es que las interioridades de éste pueden colegirse seguramente por las exteriores demostraciones del semblante: *Que era cierto haberle referido Cebalino algunas palabras dichas à Nicomacho por un mozo distraido; pero que juzgandolas por su autor indignas del menor crédito, las habia despreciado, por no exponerse à la risa del Mundo: si como presumió llegáse à parar todo en haberlas originado alguna diferencia poco honesta entre dos sugetos tan viles. Pero*

que

que sin embargo, habiendose muerto Dymno, no estaba la materia en estado de dexar de apurarla; sobre que echandose à los pies del Rey, le suplicó empleáse antes su benignidad en perdonarle los desaciertos de la vida pasada, que aquel yerro de que se le arguía, pues solo le habia cometido en callar, hallandose muy lexos de haber pensado en cosa que pudiese ser de su desacierto. No es facil afirmar si le dió credito el Rey, ò si disimuló su indignacion; lo cierto es, que en muestra de su desenojo le dió la mano, y que le dixo: *Le era mas creible que hubiese despreciado el aviso, que no que se le hubiese ocultado.*

CAPITULO VIII.

PHILOTAS, HIJO DE PARMENION, A QUIEN se tenia por autor de esta conspiracion, ò por gran parte de ella, es preso à instancia de los favorecidos de Alexandro, y llevado à palacio cubierta la cabeza.

SIn embargo, habiendo tenido Alexandro consejo con sus mas confidentes, entre quienes no fue llamado Philotas à él, mandó que le llevasen alli à Nicomacho; el qual repitió por su orden quanto habia referido à su hermano. Era Cratero uno de los favorecidos de Alexandro, y por esto mayor emulo de la grandeza de Philotas; y no ignorando, que por la repetida jactancia con que se vanagloriaba de sus empresas y servicios, habia desabrido algo al Rey; el qual, aunque no le tubiese entonces por culpado, le juzgó siempre por de genio peligroso; y que no podia ofrecersele ocasion mas oportuna para destruir à su enemigo, haciendo del zeloso, à fin de encubrir mejor su odio, habló al Rey en estos terminos: *Pluguiese à los Dioses, Señor, que desde el principio de este negocio le hubieras consultado con nosotros, para que quando quisieras perdonar à Philotas, te persuadiesemos à que tolerases antes que fuese desconocido è ingrato à las obligaciones, à que te es deudor, que el que amenazandole con el peligro de la vida, le hubieses dado ocasion para que pensase mas en el riesgo de que se habia librado, que en el*

beneficio que habia recibido de tí, concediendosela. De està suerte quedará siempre con libertad para maquinar contra tí; y no sé si tú te hallarás siempre en estado de perdonarle: porque no es creible, que la benignidad mude un corazon en quien hubo capacidad para concebir parricidio tan execrable. No ignora, que los que para librarse de los rigores de la justicia han necesitado de toda tu clemencia, no tienen ya que esperar; pero doy, que movido de su arrepentimiento, ò vencido de tu piedad, quiera quitarse: ¿te persuades à que Parmenion, General de tan considerable Exército, como el que manda, de tan envejecida autoridad entre los soldados, y cuya grandeza no es inferior à la tuya, querrá reducirse à reconocerte la deuda de la vida de su hijo? Hay cierta especie de beneficios, que mas que gratos no son odiosos, y uno de ellos es el que impone la costosa obligacion de confesar hemos sido merecedores de la muerte, de que siempre nos avergonzamos; à cuya causa procurará que se entienda antes le has hecho agravio, que gracia. Por tanto, Señor, no puedo dexar de decirte, que corre gran peligro tu vida, ni de pedirte que te dispongas à preservarla de él; pues aunque nos hallamos aun con muchos enemigos à quienes sojuzgar; como tú te asegures de los domesticos, no tienes que recelar de los estraños. Este fue el sentir de Cratero, con quien todos se conformaron, teniendo por sin duda, que si Philotas no fuese autor, ò à lo menos complice, no procederia con el silencio que usó: *Porque ¿qué hombre hubiera* (decian ellos) *de algun pundonor, aunque de cortisimo discurso, no ya de la esfera de Philotas, sino del estado popular, que habiendo recibido una noticia de tan gran importancia, no hubiese, à exemplo del mismo Cebalino, partido luego à hacer partícipe de ella al Rey? ¿Y el hijo de Parmenion, el General de la Caballeria, y de quien el Rey fiaba sus mayores secretos, se escusaba con que no habia dado el Rey oidos à su platica, para entretener à Cebalino, y embarazarle que se valiese de otro medio? Nicomacho, en medio de su juramento, no vió la hora de descargar su conciencia; y Philotas, habiendo estado todo un dia con el Rey, no se dignó en tan largo espacio, y entre tantas palabras, quiza inutiles las mas, de expresar las pocas que pedia un negocio, en que no le iba menos que la vida? Pero si eran mozos poco dig-*

nos

nos de credito los que le refirieron esto, ¿para qué fue entretenerlos dos dias, como si los hubiera creido? ¿Por qué si no daba asenso à ello, no despedia à Cebalino? Que los particulares desprecien el peligro, que mira à ellos, mostrando corazon, y no dexandose llevar ligeramente del sobresalto, está bien; pero quando se interesa la vida del Principe, es preciso temerlo todo, y creerlo, sin desestimar aun lo mas inverisimil. Finalmente todos concluyeron: *Con que le pusiesen à qüestion de tormento, para obligarle à confesar los cómplices.* El Rey, encomendandoles el secreto, los despidió; y porque no se pudiese sospechar aquella deliberacion, hizo publicar la marcha para el dia siguiente. Convidó tambien à Philotas à que comiese con él, siendo la ultima que lo hizo aquel infeliz favorecido; con el qual tubo el Rey valor para comer, y mantenerle familiar conversacion, acabandole de condenar. A la segunda vigilia, Ephestion, Cratero, Ceno y Erigio, habiendo hecho encender achas, entraron con poco acompañamiento secretamente en palacio, adonde iban tambien Perdicas y Leonato; los quales dieron orden à los que estaban de guarda delante del alojamiento del Rey, para que se mantubiesen toda la noche con las armas. Habiase distribuido tambien la Caballeria por todos los caminos, à fin de evitar el que ninguno llevàse la noticia à Parmenion, que mandaba en la Media con un poderoso Exército. Llevó en el interin Attarras à palacio trescientos hombres armados, y diez Alguaciles; à cada uno de los quales seguian diez Archeros, que fueron distribuidos en diversos quarteles, para prender à los demás conjurados. Attarras, enviado con los trescientos soldados contra Philotas, escogió de ellos cinqüenta de los mas briosos, para derribar la puerta, despues de haber mandado à los demás que cercasen la casa, porque no pudiese escaparseles por parte alguna; pero ya fuese seguridad de conciencia, ò ya haberle rendido la fatiga, se hallaba entregado à un profundo sueño quando Attarras le aprisionó; y habiendo despertado de él, al ponerle las esposas en las manos, exclamó à gritos: *¡Há, Señor, el odio rabioso de mis enemigos ha prevàlecido à tu benignidad!* Despues de lo qual le cubrieron el rostro, y le llevaron à palacio, sin que le oyesen otra palabra. El dia siguiente, habiendo tenido

orden los Macedones de acudir armados al alojamiento del Rey, llegaron à hallarse seis mil, y entre ellos gran cantidad de mochilleros y vivanderos, de quienes se llenó al punto el palacio. Cubrian las guardas à Philotas, temiendo no fuese visto de los soldados antes que los hablase el Rey, por ser antigua costumbre de los Macedones, que en tiempo de guerra conozca el Exército de los delitos capitales, y en tiempo de paz el pueblo; en cuyos casos se hallaba sin arbitrio el Rey, si no tenia el consentimiento de uno, ù otro. Expusose, pues, primero el cadaver de Dymno, estando la mayor parte del pueblo ignorante de la causa de su muerte.

CAPITULO IX.

ORACION DE ALEXANDRO A SUS SOLDADOS, en que se quexa de la conspiracion de Philotas, à quien habiendole llevado delante de ellos, se dispone à su defensa.

DExóse despues el Rey ver de todos; acreditando bien en la tristeza del rostro el dolor del ánimo, acompañado de los de su Corte, no menos melancolicos. Esperando todos el fin de tan funesto aparato, se mantubo el Rey por algun rato con los ojos baxos, y como fuera de sí, hasta que recobrado por ultimo, empezó con estas palabras: *En bien poco ha consistido, ò soldados. el no hallarme arrebatado de vuestra vista, por la traycion de algunos malvados; pero la providencia y misericordia de los Dioses me tiene sano, con vida, y en vuestra honrada presencia; la qual, quanto me es mas amable, que la propria seguridad, tanto me incita con mayor ira al castigo de los parricidas; porque al fin no deseo vivir sino para vosotros, ni nada con mayor anhelo, que asegurar el mas dulce y unico fruto de mi vida, en el gusto que recibiré de poder recompensar los servicios de tan valerosos soldados, à quienes lo debo todo.* A cuyas palabras le interrumpieron la continuacion los gritos y gemidos de los soldados, que al oirlas se deshacian en lagrimas. *¡O, y quanto mayor será* (prosiguió) *la commocion que haré en vues-*

tros animos, quando diga los autores de tan execrable atentado! No puedo articularlos sin estremecerme; y como si aun se hallasen en estado de perdon, me embarazo de nombrarlos; pero bien lexos ya de toda cariñosa ternura, conozco que es preciso vencer el sentimiento, alexar la memoria, y hacer notorio à todos quienes son los monstruos que se conspiran contra su Principe, y el medio de encubrir tan horrible delito. Parmenion, en la edad que se halla, tan deudor de las honras que recibió de mi padre, como de las que le he colmado, y el mas antiguo de mis favorecidos, se ha hecho cabeza de tan detestable traycion; y por orden suya, Philotas su hijo, ha sobornado à Paucolao, à Demetrio, à ese miserable que habeis ahí arrojado, y à otros preocupados del mismo furor, para que me quiten la vida. Levantandose entonces gran murmurio por todas partes, mezclado de indignacion y quexas, como sucede de ordinario en la muchedumbre, mayor siempre entre gente de guerra, quando se dexa llevar del afecto ò de la cólera, hicieron llevar entonces à Nicomacho, à Cebalino y à Metron; los quales depusieron todo lo que habian referido; pero no descubriendose de su confesion indicio alguno de que tubiese parte Philotas en el delito, templando todos su furor, quedaron en fria suspension, considerando las palabras de los acusadores. Mas volviendo el Rey prestamente à enlazar el hilo de su razonamiento: *¿De qué ánimo juzgais* (les dice) *à quien noticioso de materia tan importante la ha tenido oculta, no con otro fin, que con el que manifiestamente ha declarado el infelíz de Dymno? Cebalino, haciendo una relacion llena de incertidumbre, no temió los tormentos; y Macron, no atreviendose à dilatar un momento el dar cuenta, pasó à buscarme hasta el baño, y solo Philotas, ni temió, ni creyó. ¡O valeroso varon, en cuyo semblante inmutable no hizo impresion alguna la noticia del peligro en que se hallaba tu Rey, ni causó la menor alteracion novedad de tan grande importancia! ¡Há, soldados, silencio tan culpable, no era sin fin determinado! El deseo de reynar, precipitó aquel ánimo al mas feo de los delitos. El padre es Señor de la Media, y la autoridad que yo he dado al hijo en mis Exércitos, le ha adquirido la mayor parte de los Cabos; con que hallandose tan poderoso con mis fuerzas, se juzgaba ya capáz de aspirar*

à

à todo. Puede ser tambien, que me despreciáse al verme sin sucesion; pero engañabase en esto, porque teniendoos yo à vosotros por hijos, por padres y por parientes mios, nunca podia estar sin sucesores, mientras vosotros vivieseis. Y dicho esto, hizo que se leyese una carta de Parmenion, escrita à sus hijos Nicanor y Philotas; en la qual, à la verdad, no se ofrecia expresion, que pudiese convencerlos de algun mal intento; porque en substancia solo se reducia à decirles: *Que mirasen por sí, y por los suyos, porque de esta suerte conseguirian el fin propuesto.* A que añadió el Rey: „Que estaba escrita en aquel tenor, para que „llegando à manos de los hijos, pudiesen entenderla los cómplices; y cayendo en otras, no tubiese el riesgo de que penetrasen algo de ella. Sí; pero diráse (decia el mismo) que „Dymno no nombró à Philotas entre los conjurados. No es eso „prueba de su inociencia, credito sí de su autoridad, tan formidable aun à los que le pudieran destruir, que confesando el delito proprio, no se atrevieron à declarar el suyo. Y por ultimo, nada muestra mejor lo que él es, que su misma vida, y „lo que conmigo ha obrado. Este fue cómplice con Amintas, „quando, en medio de ser primohermano mio, conspiró contra „mi vida en Macedonia. Este fue quien casó à su hermana con „Attalo, mi mortal enemigo. Este, quien participandole yo, „por cumplir con el cariño que le tube, la favorable respuesta „del Oráculo de Jupiter Hammon, no pudo abstenerse del imprudente atrevimiento con que me respondió, que me acompañaba en el regocijo de hallarme colocado en el número de „los Dioses; pero que se compadecia de los que habian de vivir debaxo de quien se creía mas que humano. ¿No son estos „testimonios seguros de un corazon envegécido en venenoso encono, y envidia de mi gloria? Pero con todo, ò soldados, he „reprimido quanto me ha sido posible mis justos sentimientos, „pareciendome que rasgaba yo mismo parte de mis entrañas, si „disminuía alguna de la grandeza de aquellos à quienes habia „elevado. Mas no trato ya de castigar las palabras que articula „la facilidad de la lengua, sí las obras y disposiciones à que han „pasado éstas. Las obras digo, pues si me teneis por persona „digna de credito, Philotas ha sido quien contra mí ha afilado

„las

„ las armas para penetrarme con ellas el pecho. Si à vista de es-
„ to le dexo libre, ¿en qué parte estaré seguro? ¿De quién
„ fiaré mi vida? ¿ Acogeréme por ventura à la Caballeria? Mas
„ ay! ¿cómo, si por ser la parte mejor de mi Exército, la he
„ puesto debaxo de su gobierno? ¿No le he hecho General de
„ ella, y de la juventud mas noble, fiando de él la vida, la es-
„ peranza y la victoria? ¿No he elevado à su padre al mismo
„ colmo de honor, de grandeza y de autoridad, en que me ha-
„ beis puesto? Y finalmente, ¿no le he preferido à todos para
„ el gobierno de la Media, provincia excesivamente superior à
„ las demás en riquezas? ¿No he puesto debaxo de su obedien-
„ cia nuestros mejores ciudadanos y compañeros, para que de
„ donde mas esperaba mi seguridad, sea de donde mas tema mi
„ peligro? ¿Quánto mayor hubiera sido mi felicidad, si hu-
„ biese muerto en alguna refriega, ò quedado en ella antes pre-
„ sa del enemigo, que victima aqui de un ciudadano? Libré-
„ me de los peligros que temia, y he caído en los que no debia
„ recelar. Vosotros, ò soldados, acostumbrais encargarme muy
„ de ordinario, que cuide de mi persona; pero ahora en voso-
„ tros está el concederme lo que hasta aqui me habeis persuadi-
„ do que haga. A vosotros, pues, me acojo, asegurandome en
„ vuestros brazos, y en vuestras armas: contra vuestro gusto no
„ quiero la vida; pero si este es de que la goce, no podré con-
„ seguirla mientras no quedáre vengado por vosotros.„ Mandó despues que llevasen alli à Philotas, el qual iba con las manos ligadas sobre las espaldas, y cubierta la cabeza con un vil lienzo. Reconociase en los semblantes, que los que poco antes le habian mirado con irritacion, ya entonces viendole en aquel estado, se compadecian de su infortunio. Tubieronle el dia antes General de la Caballeria, no ignorando que se habia hallado al Real convite, y logrado los mas especiales favores de su gracia, y repentinamente le advertian delinqüente, condenado, y en manos del verdugo. Ofreciaseles tambien la deplorable fortuna de su padre, aquel gran Capitan, aquel personage ilustre, conciudadano suyo, que aun no habiendo enjugado las lagrimas por la pérdida reciente de dos hijos, Hector y Nicanor, se continuaba su infelicidad hasta hacersele en ausencia suya al unico

que

que le habia quedado el proceso, destinandole al ultimo castigo. Pero Amintas, uno de los Generales del Rey, viendo que la Junta se inclinaba à piedad, procuró irritarla nuevamente contra Philotas, diciendo, *que habia querido entregarlos à los Barbaros, para que quedasen enteramente imposibilitados de volver à su patria, y à la vista de sus mugeres y de sus parientes, derramados, como cuerpos sin cabeza, y sin nombre, por aquellas estrañas tierras, al escarnio del enemigo.* No fueron estas palabras tan gratas à Alexandro, como juzgó Amintas, porque renovando à los soldados la memoria de su patria, y de sus mugeres, temia perdiesen el vigor y disposicion con que los deseaba para otras empresas. Tambien Ceno, en medio de hallarse casado con su hermana, prorrumpió, aun con mayor violencia que los demás contra él, llamandole à grandes voces *parricida del Rey, del Exército y de su patria;* y tomando una piedra que tenia à los pies para tirarle, deseoso, como algunos creen, de librarle por este medio del tormento, le detubo el Rey, manifestando, *no consentiria se pasáse à mas, hasta que hubiese dado sus descargos.* Teniendo, pues, Philotas permision para hacerlo, ò afligido del remordimiento de su conciencia, ò absorto de la grandeza del peligro, se manifestó tan conturbado, que no se atrevia à levantar los ojos, ni abrir los labios: derramó copiosas lagrimas; y faltandole las fuerzas, cayó en los brazos del que le tenia, el qual enjugandoselas, procuró esforzarle. Finalmente, reçobrando poco à poco el espiritu y la voz, y dando muestras de querer hablar, se anticipó el Rey à decirle: *Que alli tenia à los Macedones que habian de ser sus Jueces; pero que deseaba saber antes ¿si habia de hablarles en su lengua nativa?* A que le respondió: *Que respecto de hallarse, demás de los Macedones, otros muchos que entendian mejor la lengua Griega, se valdria de ella, como lo habia hecho él al mismo fin.* Vuelto entonces el Rey à los suyos: *¿No advertis* (les dice) *como aborrece aun su lengua natural? desdignandose de hacer en ella su defensa; pero use de la que gustare, como tengais presente, que no le son menos odiosas nuestras costumbres, que nuestra lengua.* Y dicho esto se retiró, para que Philotas diese principio à sus descargos, como lo hizo de esta suerte.

CA-

CAPITULO X.

DEFENSA DE PHILOTAS, EN LA QUAL niega enteramente la acusacion contra él.

„ TAn facil es à un inocente hallar voces con que hacer „ su defensa , como dificil à un infeliz contenerse en „ los límites de la moderacion. Esta es la causa , de que ha- „ llandome por una parte asistido de la seguridad de mi buena „ conciencia , y combatido por otra de mi adversa fortuna , no „ acierte à conformar la una con la otra , ni acomodarme al „ tiempo , sin ofensa de mi reputacion. Falta de aqui el me- „ jor de mis Jueces , y no sé à que atribuir el no haber que- „ rido asistir à mi descargo , pues tan igualmente podia absol- „ verme oyendole , como condenarme , sin dexarme con su „ retiro destituido de la esperanza de que revoque la sentencia „ que contra mí ha fulminado , no estando enteramente infor- „ mado de mi causa. Pero aunque conozco , que la defensa de „ quien se halla en el estado à que me veo reducido , no solo „ será inutil , sino tambien odiosa , en quanto pareciere que ésta „ se dirige , mas que al informe , al gravamen del Juez , que „ me ha cargado de estas prisiones , no puedo , sea como fuere, „ faltarme à mí , ni dar ocasion al Mundo , para que en él se „ diga , que Philotas contribuyó à su ruina. No discurro en „ que se funde mi culpa , quando ninguno de los acusadores „ me incluye entre los conjurados ; porque ni Nicomacho ha „ hecho mencion alguna de mí , ni Cebalino puede haber sa- „ bido mas de lo que le participó su hermano , y sin embar- „ go me juzga el Rey por cabeza de la conjuracion. ¿Es crei- „ ble , que si lo fuese , hubiera dexado de declararselo Dym- „ no à Nicomacho , quando le preguntó quiénes eran los cóm- „ plices , no habiendo omitido medio de que no se valiese „ para inclinarle à su intento ? Ni es prueba tampoco , de „ que quiso perdonarme el haberme pasado en silencio ; por- „ que si la confianza de Nicomacho le facilitó , que no exi- „ miendose aun à sí , se le confesase culpado , y que decla-

„ ráse à los demás que lo eran ; ¿ por qué omitiria à Philo-
„ tas si lo fuese ? Pidoos por gracia , ò compañeros mios , que
„ me digais si Cebalino no hubiese gustado de irse à mí , y
„ de descubrirme los conjurados , me hallaria necesitado à com-
„ parecer aqui el dia de hoy à dar mis descargos , sin ser acu-
„ sado : pero demos caso , que Dymno viviese , y que qui-
„ siese perdonarme , ¿ pareceos , que todos los demás que con-
„ fiesan lo que les reveló , callarian , por favorecerme , lo que
„ miraba à mí ? La desgracia trae en sí misma bastante malicia;
„ y al delinqüente , en lo mas riguroso del tormento , le suele
„ ser de alivio ver , que otros le padezcan. ¿ Es posible , que
„ tantos cómplices puestos en él , no han de haber dicho la ver-
„ dad ? Ninguno perdona al que merece la muerte ; ni à lo
„ que yo juzgo , el que ha de morir gusta de que quede con
„ vida , quien se halla igualmente culpado en el delito , por-
„ que él la pierde. Mas volviendo al unico , que se me im-
„ puta , diceseme , que ¿ por qué tube oculta noticia de se-
„ mejante importancia ? Que ¿ por qué la oí con tan poca al-
„ teracion ? Señor , en qualquier parte que estubieres , si erré
„ en esto , ya te confesé mi culpa , y tú me la perdonaste , en
„ cuyo testimonio me diste tu real mano , concediendome la
„ honra de sentarme à tu mesa. Pues si me juzgaste inocente,
„ y como tal me diste por absuelto , yo libre estoy. Mantén,
„ Señor , tu primera sentencia , ò suspende à lo menos el nue-
„ vo juicio que has formado , hasta que te halles bien infor-
„ mado de mi proceso. ¿ Qué culpa puedo yo haber cometi-
„ do de tanta gravedad desde à noche acá , que me aparté
„ de tu lado , que haya sido capaz de muerte de esta suerte?
„ Hallabame entregado à un profundo sueño , sin tener el me-
„ nor recelo de la desgracia , que me amenazaba , quando
„ me despertaron de él mis enemigos , cargandome de cadenas.
„ ¿ Cómo es creible , que un parricida , y descubierto , pue-
„ da dormir con tan gran sosiego ? Los delinqüentes hallandose
„ oprimidos del interior remordimiento de la conciencia , y
„ combatidos de crueles y furiosas imaginaciones , no solo vi-
„ ven en un contínuo desasosiego , despues de haber execu-
„ tado la traycion , sino desde que la empiezan à maquinar;
„ pero

„ pero yo dormia tan asegurado de mi inocencia, como de „ tu real palabra, sin prevenir nunca que fuesen mas pode- „ rosas en tí las violentas influencias de agena crueldad, que „ las naturales blanduras de tu clemencia. Mas para que no te „ sirva de disgusto el haberme creido, suplícote, Señor, que „ consideres, que quien me dió la noticia fue un mozo, el „ qual, sin probar ni testificar lo que decia, solo esperaba „ que yo diese asenso à ello, para llenar todo el campo de „ pavor. Fuera de que no viniendo el mismo Nicomacho à „ darme el aviso, sino valiendose de su hermano, se me ha- „ cía mas inverisimil, persuadiendome siempre (¡ay infelice „ de mí!) à que esto procederia de algun disgusto entre aque- „ llos dos viles amantes, y que para despique de él, se ha- „ bria valido el uno de su hermano, no atreviendose él à de- „ cirme lo que no era verdad. A que se añadió tambien el „ temer no se desdixese Cebalino, despues de haber expuesto „ injustamente à tan considerable peligro à muchos Grandes de „ la Corte. Con que atendiendo à preservar de semejante daño „ à otros, no acerté à evitarme à mí la ruina en que me „ veo. Dexo, Señor, à tu consideracion, que prevenga el „ odio, que concitaria contra mí en todos aquellos à quienes „ imputáse la culpa que no tenian. Sí; pero dirasme, que Dym- „ no se dió muerte. ¿Pues pude yo prevenirla? No por cierto, ni „ perjudicarme tan poco ella; porque siendo este el unico testi- „ monio, que aseguraba creible la deposicion de Cebalino, „ no la puso aquel en execucion, hasta despues de haberme „ informado éste. ¿Mas es posible, que si hubiese tenido parte „ con Dymno en tan gran traycion, que viendonos descubier- „ tos, permaneceria dos dias, sin tomar alguna resolucion, no „ pudiendo haberme sido dificil quitar la vida à Cebalino? Y „ ultimamente, estando descubierto el intento, ¿por qué di- „ feria su execucion? ¿No entré solo al quarto del Rey con „ la espada en la cinta? ¿Qué esperé que no lo puse por obra? „ ¿Sería sin duda no atreverme sin Dymno, siendo él cabeza „ de la conjuracion, y yo Philotas, quien la seguia debaxo „ de su sombra? Yo que en algun tiempo pensé coronarme „ Rey de Macedonia. Pero para tan grande empresa, ¿quál

„ es de vosotros à quien corrompí con dádivas ? ¿ Qué Cabos, „ qué Oficiales son los que he grangeado con mis cuidadosos al- „ hagos y con mis afectadas caricias ? Hácesme cargo de que me „ dedigno de hablar la lengua de la patria, y de que tengo horror „ à las costumbres de los Macedones. Siendo esto asi, ¿ cómo se „ compadece aspirar al Reyno, con menospreciar la lengua y „ costumbres suyas? No ignorais, que la freqüente y dilatada co- „ municacion que hemos tenido con naciones tan estrañas, nos „ ha hecho perder de mucho tiempo à esta parte el uso de „ nuestra lengua natural, y que asi vencedores, como ven- „ cidos, nos hemos visto precisados à aprender una enteramen- „ te nueva. Con que en esto tengo la misma parte de culpa, „ que en la que se imputa de haber sido amigo de Amintas, „ hijo de Perdicas, que conspiró contra Alexandro : porque „ à la verdad, si lo fue amar al hermano de nuestro Rey, no „ hay duda que me confieso delinqüente, y como tal digno „ de castigo ; pero obligandonos à todos su grandeza y repre- „ sentacion à venerarle y respetarle, ¿ es culpa no haber sido „ adivino ? ¿ Es lo que mezclen à los inocentes con los culpa- „ dos por haber sido sus amigos ? Si lo es ¿ por qué me han „ permitido tanto tiempo la vida ? Y si no lo es, ¿ qué ra- „ zon hay para darme hoy la muerte ? Pero escribí, que me „ compadecia de los que habian de vivir debaxo del mando „ de quien se creia hijo de Jupiter. ¡ O santo y sincéro afec- „ to ! ¡ O peligrosa libertad ! Tú me engañaste, tú me impedis- „ te, que por una pusilánime, indigna contemplacion, dis- „ frazáse la verdad. Si yo lo escribí, confiesolo, mas escri- „ bilo al Rey, no del Rey ; porque mi intento no era sus- „ citarle odio, sino preservarle de él. Tube por mas digno de „ Alexandro el que se contentáse con saber era hijo de Jupiter, „ que el que se vanagloriáse tanto de serlo; pero pues es tan „ infalible la respuesta del Oráculo, à Jupiter pongo por tes- „ tigo de mi inocencia. Mantenedme en las prisiones, hasta „ que se le haya consultado en causa tan dudosa, y para quien „ no se halla prueba alguna : porque es preciso que habiendo „ reconocido à nuestro Monarca por hijo suyo, no permita que- „ de sin el justo castigo que merece, quien conspiró contra

„ su

,, su vida ; ò si os pareciere mas seguro medio el del tormen-
,, to, que el del Oráculo, tambien estoy pronto à padecerle
,, à precio de que se descubra la verdad. Está en costumbre, que
,, los que se hallan convencidos de Magestad ofendida, tray-
,, gan à juicio à sus parientes; pero mis desdichas (¡ ay de mí!)
,, me escusan de su observancia; porque dos hermanos que
,, tube, los perdí poco há, y mi padre, estando aûsente, mal
,, puedo hacer que comparezca, ni me atreveria à pedirselo,
,, aun quando pudiese, juzgandole vosotros por tan delinqüente
,, como à mí. Pues no basta, que quien se vió poco ha con
,, tan florida descendencia, habiendo quedado solo con un hijo,
,, unico apoyo de su vejez, le pierda, sino que tambien pa-
,, dezca el mismo infeliz fin que él. Es, pues, preciso, cari-
,, simo padre mio, que mueras por mi amor, y conmigo:
,, yo soy quien te quita la vida, yo quien anticipa el fin de
,, tus dias. ¿Para qué me engendraste en tan maligna conste-
,, lacion? ¿ Fue acaso para coger de mí estos amargos frutos
,, que te esperan? No sé qual es mas infeliz, mi juventud,
,, ò tu vejez: yo muero en el vigor de mi edad, y tú, pa-
,, dre mio, pagarás con tu vida à la naturaleza el debil fruto
,, que te pediria al fin de su regular curso, si aspiráse la for-
,, tuna con menos adversa influencia. Su memoria me acuer-
,, da el exemplo, que en él tube para proceder tan remiso
,, y temeroso en lo que me comunicó Cebalino. Sabía que en
,, cierta ocasion, hallandose noticioso Parmenion de que Phili-
,, po tenia intento de dar veneno al Rey, le advirtió se guar-
,, dáse de él, porque le tenia ganado Dario para este fin.
,, ¿ Mereció mi padre credito alguno por este aviso? ¿ Hizose
,, el menor aprecio de aquella carta? Y à mí mismo ¿ quán-
,, tas veces me ha sucedido haberse burlado de mí, por haber
,, participado lo que entendia, teniendome por demasiadamen-
,, te credulo? Pues si quando dimos estos avisos fuimos teni-
,, dos por ligeros y faciles, y quando callamos otros nos juz-
,, gan por sospechosos, desearia à la verdad que se nos advir-
,, tiese como habiamos de proceder. A cuyo tiempo dixo
,, en alta voz uno de los concurrentes: No conspirando con-
,, tra sus bienhechores. Eso mejor será que tú,, seas quien

,, fue-

„ fueres (replicó Philotas) te lo adviertas á tí, que yo dis„ puesto estoy à padecer todo género de castigos, si se ave„ riguáre que he conspirado; y pues reconozco con semejan„ te desengaño quan infructuosas han sido mis razones, pongo „ fin à ellas. “ Con lo qual le volvieron à llevar las guardas à la prision.

CAPITULO XI.

LA JUNTA, ANIMADA POR CIERTO Beleno, se irrita contra Philotas: el qual poco despues por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiracion, y muere apedreado con todos los demás à quienes acusa.

HAllabase alli entre los Cabos uno llamado Belon, persona de gran valor, y que habiendo envejecido en las armas, y corrido de soldado raso todos los grados de la milicia, llegó al puesto que entonces exercia, capaz solo de la guerra, y negado por lo grosero y rustico de sus costumbres y trato, à todo genero de urbanidad y cortesania. Este, llevado de su furibundo natural, viendo que todos callaban con brutal intrepidez y osadia, les representó: *Las repetidas veces que Philotas los habia echado de su alojamiento, por introducir en él la canalla de esclavos que llevaba consigo: Que por los caminos solo se veian sus carros cargados de oro y plata: Que no consentia, que ninguno de sus compañeros alojáse en su quartel, antes hacía poner guardas mientras dormia, para que no permitiesen acercarse à nadie à su Tienda, que con el ruido de las voces le quitáse è interrumpiese el sueño: Que habian sido siempre objeto de sus desprecios y escarnios, llamandolos unas veces groseros y rusticos, y otras Phrigios, Paphlagones, y que habiendo nacido en Macedonia, no se corria de tratar à los de su patria por intérprete. ¿ Y cómo pretende* (decia) *que se consulte à Hamnon su causa, quien le trató de embustero quando declaró à Alexandro por su hijo? Porque à la verdad habia gran causa para temer, que el Rey co-*

como viese contra sí algun odio, admitiendo el honor que le concedian los Dioses: Que qüando conspiró contra la vida de su Rey y de su bienhechor, no se acordó de Jupiter, y que entonces queria tener recurso al Oráculo, no con otro fin que el de dar tiempo à que su padre, debaxo de cuyo mando estaba la Media, y sus grandes tesoros, pudiese disponer sus intereses, y ganar por medio de ellos otros malvados, que cometiesen el mismo delito: Que ellos estaban prontos à enviar al Oráculo personas, no para que le consultasen lo que sabian del mismo Rey, sino para que le diesen las gracias y cumpliesen los votos que le habian hecho por la salud del mejor Principe del Mundo. Inflamaron de suerte estas invectivas à todos los concurrentes, y con especialidad à las guardas de la persona del Rey, que empezaron à decir á gritos estos, *que se les dexáse depedazar à aquel parricida*: Cuyas voces no eran para Philotas, que temia mayores tormentos, de gran disgusto. El Rey, habiendo vuelto à la junta, difirió el juicio al dia siguiente, ò porque se le diese en la prision el tormento, ò por quedar mas bien informado de todo; y en medio de ser bien tarde, hizo convocar à los Grandes de su Corte, para conferir con ellos la resolucion de aquella causa. El sentir de los mas fue, *de que se le diese muerte à pedradas, segun la costumbre de los Macedones.* Pero el de Ephestion, Cratero y Ceno fue, *de que le diesen tormento*; por cuyo dictamen se mandó, que llevasen alli à todos los demás. Con lo qual se puso fin à la junta, y estos tres pasaron à poner à qüestion à Philotas. Llamó el Rey inmediatamente à Cratero, y despues de haberle dicho en secreto lo que no se pudo saber, se retiró à su quarto donde se estubo toda la noche solo, esperando noticia de lo que resultaba. Los que estaban señalados para el tormento, pusieron à vista de Philotas quantos instrumentos habia inventado hasta entonces la crueldad, para estremecer y atemorizar los hombres; à cuyo expectáculo, dixo Philotas voluntariamente: *¿Cómo no acabais de quitar la vida à quien confiesa ser enemigo del Rey y haber intentado darle muerte? ¿Qué necesidad hay de tormento? Yo lo dispuse, yo lo quise.* Insistiendo Cratero en que ratificáse en el tormento lo que sin él habia confesado, le benda-

daron los ojos, y le desnudaron, à cuyo tiempo empezó à grandes voces à clamar *por el derecho de las gentes, y à atestiguar con los Dioses de la patria, y à implorar su socorro.* Por ultimo, inexorables sus enemigos, no hubo tormento que con pretexto de zelo y de piedad à su Principe, no le hiciesen padecer como à condenado, vengando en él sus odios particulares. Pero aunque por una parte le martirizaban con el fuego, y por otra con azotes, mas à manera de castigo, que de tormento, sufrió con gran constancia los dolores, que no se le oyó una voz, un grito, ni el menor gemido; pero habiendosele llegado à hinchar el cuerpo, por la inflamacion de las llagas, y no pudiendo ya tolerar el rigor de los golpes, que despedazadas las carnes, le habian dexado solo los huesos, prometió decirles lo que deseaban saber, como le permitiesen alguna respiracion y alivio, para cuyo logro les hizo jurasen antes por la vida de Alexandro, *que darian orden de que cesasen los tormentos y retirasen los verdugos.* Conseguido lo uno y lo otro, dixo à Cratero: *Insinuame lo que quisieres que diga.* Cratero, indignado de verse burlado, volvió à llamar los verdugos; pero Philotas pidió, *que se le dexáse respirar, y que él declararía.* En el interin los primeros de la nobleza, los principales Oficiales de su Caballeria, y especialmente los mas cercanos parientes y allegados de Parmenion, noticiosos de que se le ponia à Philotas à qüestion de tormento, y temiendo no se cumpliese en ellos la ley de los Macedones, la qual ordenaba, *que en delitos de Magestad ofendida, muriesen con los condenados tambien sus parientes*, se quitaron unos por sus mismas manos la vida, y huyeron otros desvandados à los montes y à los desiertos, llenando todo el campo de pavor, hasta que Alexandro noticioso de aquel desorden, hizo publicar, *que perdonaba à los parientes de los culpados.* No es facil averiguar si Philotas confesó la verdad, ò si por librarse de los tormentos, la supuso en lo que dixo; porque al fin se experimenta, que en tales casos el mismo dolor padece el que confiesa lo cierto, que el que dice lo falso. Lo que él declaró fue asi: *No ignorais,* (dixo) *la estrecha amistad que mi padre tubo con Hegelocho*

(ha-

(hablo del que murió en la ultima batalla.) Este, pues, fue causa de todas mis desgracias; porque desde que el Rey mandó, que le llamasen hijo de Jupiter, no le fue posible tolerarlo. ¿Reconocerémos (decia) *por nuestro Rey, à quien desestima à Philipo por padre suyo? La culpa será nuestra si lo sufrimos. No solo desprecia à los hombres, sino tambien à los Dioses, el que gusta que le tengamos por Dios. Hemos perdido à Alexandro, y juntamente al Rey, sujetandonos à los Dioses, con quienes se igualaba, como à los hombres, sobre quienes se eleva. ¿Hemos hecho por ventura, al precio de nuestra sangre, Rey que nos ultrage, y que se dedigne de comunicar con los mortales? Tambien nosotros podemos, si me creeis, y si tenemos espiritu, ser adoptados por los Dioses. ¿No fue éste quien habiendo vengado la muerte de Alexandro, su visabuelo, la de Archelao y Perdicas, perdonó à los homicidas de su padre? Esto nos decia Hegelocho cierta noche despues de cenar. Con lo qual, el dia siguiente muy de mañana me llamó mi padre. Reconocíle triste, y advirtióme no mas alegre, porque à la verdad lo que habiamos escuchado, no era materia para corto desasosiego. Deseando, pues, averiguar si fue el vino quien le obligó à prorrumpir en lo que dixo, ò efecto de premeditado acuerdo, resolvimos enviar à inquirirlo; y habiendonos repetido lo mismo, añadió, que si nos hallabamos con ánimo de hacernos cabezas de empresa tan prodigiosa, nos seguiría; pero que si no le teniamos, no hablaria mas en ella. Parecióle à Parmenion, que viviendo Dario, no era ocasion oportuna para dar muerte à Alexandro, respecto de que en esto mas hariamos el negocio del enemigo, que el nuestro, y que asi mejor era diferirla hasta despues de la de Dario, con cuya pérdida toda el Asia, y el Oriente sería premio de tal accion. Convencidos en esto, se dieron palabra reciproca de cumplirlo. Pero por lo que mira à Dymno, protesto que no sé nada, y que puede acreditarme de inocente en su atentado lo que acabo de confesar.* Habiendole vuelto à poner à qüestion, el mismo Cratero, y los demás le hirieron en el rostro, y en los ojos con los dardos, hasta que à pura fuerza le obligaron à confesar la culpa que le imputaban. Preguntandole despues la forma en que habian dispuesto practicar la conjuracion, respondió: *Que juzgando no volvería el Rey*

tan en breve de Bactra, temeroso de que su padre, hallandose en tan crecida edad, como la de setenta años, con tan florido Exército, y tan quantiosos millones, llegáse à faltar, sin cuyo gran poder le sería inutil la muerte del Rey, se aceleraba à su execucion, porque no se le malográse tan favorable oportunidad. Que en quanto à lo demás, todo lo habia declarado, sin reservar la menor circunstancia; y que si no obstante no se persuadian à que su padre estaba ageno de estas ultimas disposiciones, se hallaba pronto à que le renovasen los tormentos, aunque ya le faltaban fuerzas para tolerarlos. Habiendo conferidolo, y conocido que habia declarado lo bastante, fueron à participarlo al Rey, el qual mandó, *que hiciesen leer la deposicion de Philotas en junta plena el dia siguiente, y llevarle à ella, respecto de no haber quedado capáz de moverse por sí.* Ratificandose aquel infelíz en todo lo que habia depuesto, se hizo llevar à Demetrio, acusado de haber sido cómplice en la conspiracion; pero negabalo con gran valor y firmeza, asegurando con horribles juramentos, no le habia pasado tal por el pensamiento, è insistiendo en que, para mayor prueba de su justificacion, se le pusiese à qüestion de tormento. Entonces Philotas, dilatando la vista por todas partes, y mirando cerca de sí à cierto Calis, le pidió, *que llegáse à él.* Este turbado todo, y rehusando hacerlo: *¿Pues qué toleras tú* (le dice Philotas) *que mienta Demetrio de esta suerte, y que yo vuelva nuevamente à padecer el tormento?* Quedando Calis mortal, desestimaron los Macedones su acusacion, creyendo que Philotas la hacia indiferentemente à inocentes, y à culpados, respecto de no haberse acordado de él en sus declaraciones, ni Nicomacho, ni el mismo Philotas; si bien quando llegó à verse rodeado de los Ministros de Justicia, volvió à afirmar, *que él, y Demetrio entraban en la conjuracion.* Por lo qual, dada la señal, Philotas, estos, y todos los demás que nombró Nicomacho, fueron muertos à pedradas, segun su costumbre. Verdaderamente que no puede negarse el gran peligro en que se vió, no solo Alexandro, sino todo su Exército; porque hallandose tan poderosos Parmenion, y su hijo, y en tan gran reputacion, es cierto que no se le hubiera podido condenar, sin que se suscitasen grandes rumores, à no haberlos convencido tan

ma-

manifiestamente. Demás, de que la resolucion del tormento fue dudosa, y el suceso aventurado; pues en quanto Philotas negó el delito, pareció injusto y cruel; pero luego que le confesó, empezó à faltarle la compasion, aun en sus mismos amigos.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

MANDA ALEXANDRO DAR MUERTE à Lincestes, convencido del delito de Magestad ofendida; y poco despues, que se proceda contra Amintas y Simmias, amigos de Philotas. Defienden su inocencia con gran valor y constancia.

MIENTRAS permanecieron vestigios recientes de el delito de Philotas, tubieron por justificado su castigo; pero despues que con su muerte les faltó el objeto de su aborrecimiento, y de la embidia que les ocasionó su fortuna, se convirtió todo en conmiseracion. Causabasela ternisima el considerar los meritos y la calidad de la persona, à quien se habia quitado la vida en la flor de su edad, y la crecida de su padre, el qual veía extinguida con tan tragico fin su extirpe en servicio de su Principe. Lamentando la infelicidad de aquel prudente y diestro Capitan, que fue el primero que abrió el paso del Asia, à quien cupo tan gran parte de todos sus peligros, y quien mandó siempre una de las alas de su Exército, favorecido de Philipo, y tan fiel à Alexandro, que no se valió de otro para verse libre de Attalo, cuyos largos y señalados servicios considerados, no dexaban de suscitar los animos à intentos sediciosos; pero noticioso el Rey de aquellos rumores, le alteraron poco, sabiendo que los vicios que produce la ociosidad, los purga facilmente la ocupacion y el trabajo: por lo qual dió orden, para que se juntasen en la plaza de palacio, donde luego que vió;

que habia concurrido considerable número de soldados, salió à la Junta. Pidió en ella Apharias (no se duda que fuese à persuasion del Rey) que se lleváse allí à Lincestes Alexandro, à quien acusaban dos testigos de haber intentado, mucho tiempo antes que Philotas, dar muerte à Alexandro, por cuyo delito habia cerca de tres años que estaba preso: y si bien se hallaba tambien convencido de haber intervenido con Pausanias en la muerte de Philipo, habia quedado por entonces su castigo mas diferido, que perdonado, por haber sido el primero que dió la obediencia al Rey, y por la interposicion de Antipatro su suegro, poderosa en aquella ocasion para templar la indignacion del Principe, la qual, aunque adormecida hasta allí, despertó quando el riesgo presente acordaba el peligro pasado. Llevóse, pues, à Lincestes de la prision; y habiendole ordenado, que se defendiese, en medio de haber tenido el largo espacio de tres años para pensar en sus descargos, conturbado y temeroso, solo dixo algo de lo que habia premeditado antes, quedando à lo ultimo tan fuera de sí, que no solo perdió quanto tenia pensado alegar, sino tambien el juicio. Atribuyeron todos aquella alteracion mas à efecto de su mal segura conciencia, que à falta de memoria; y si bien se esforzaba por reducir à ella los miserables trozos de su oracion, faltando el sufrimiento en los que tenia cerca de sí, le dieron muerte à lanzadas. Despues de lo qual mandó el Rey retirar el cuerpo, y que llevasen allí à Amintas y à Simmias, porque Polemon, su hermano menor, se habia puesto en fuga, luego que supo se daba tormento à Philotas. Fueron estos los mas estrechos amigos de aquel infeliz, y à quienes con mayor exceso favoreció, llenandolos de honores y dignidades, en virtud de la gracia que lograba de Alexandro; el qual acordandose del cuidado que tubo en conservarlos cerca de sí, no ponia en duda que fuesen participes de aquella ultima conjuracion, en cuyo credito decia: „ Que no solo entonces los juzgaba por „ sospechosos, pues mucho antes le habia advertido repetidamen„ te su madre, que se guardáse de ellos; pero que remiso en „ dar credito à lo peor, habia rehusado mandarlos prender, has„ ta que le precisaron à hacerlo los evidentes indicios con que se „ halló. Que era notorio, como el dia antes que se descubriese

„ la

„ la traycion de Philotas, tubieron conferencia secreta con él: „ sin que dexáse duda la fuga de su hermano, mientras se le „ daba el tormento à Philotas, de la ocasion para ella. Que ul- „ timamente, habiendo apartado à sus compañeros, que se ha- „ llaban en el quartel, y ocupado sus lugares, le rodearon por „ todas partes, debaxo del zelo y obsequio de asistirle y asegu- „ rarle, sin que hubiese precedido motivo alguno para el menor „ recelo. A vista de lo qual, estrañando el Rey, que faltando „ éste, se mostrasen tan oficiosos, que tomasen à su cuidado el „ de los otros, advirtió en sus semblantes tan manifiestas señales „ de su mal seguro ánimo, que le obligaron temeroso à ponerse „ entre sus guardas. Que demás de esto, el dia antes de la pri- „ sion de Philotas, Antiphanes, à cuyo cuidado estaban las pro- „ visiones del Exército, habiendo persuadido à Amintas à que, „ segun el estilo, socorriese con caballos à los que habian perdi- „ do los suyos, le respondió sumamente colerico, que si no de- „ sistia de importunarle, se acordaria de él. Que las insolentes „ conversaciones, que tenian contra él à todas horas, eran prue- „ ba manifiesta de sus dañados intentos. Que siendo cierto todo „ esto, no merecian menor castigo que Philotas; y que si no lo „ era, que se justificasen.„ Despues de lo qual, compareciendo Antiphanes, y careandose con Amintas, confirmó haberle negado los caballos, y las terribles amenazas que le hizo. Entonces Amintas, habiendosele dado permiso para que se defendiese, dixo: *Que si no se oponia al gusto del Rey, le suplicaba mandáse quitarle las cadenas, mientras hablaba en su defensa.* Concedióselo à él, y à su hermano, y habiendo pedido, que se le volviesen sus armas, mandó el Rey, que le diesen una lanza, la qual tomó con la mano izquierda; y despues de haberse apartado del lugar donde habia estado el cuerpo de Alexandro Lincestes, empezó à decir de esta suerte: „ Qualquiera que sea „ (Señor) el fin de este suceso, y el de nuestro destino, no po- „ dremos dexar de confesarnos deudores tuyos, si es felíz; ni „ tampoco de atribuirle à desgracia nuestra, si es adverso. Po- „ demos, sin el menor perjuicio, ni estorvo, hacer nuestra de- „ fensa; habiendonos concedido tu benignidad, no solo permi- „ so para ella, sino tambien estas honrosas insignias, con quie-

„ nes

,, nes te acompañabamos. A vista de lo qual, debemos confiar
,, igualmente en el suceso, que en la justificacion de nuestra causa;
pero permiteme, Señor, que satisfaga primero al ultimo
,, cargo que nos has hecho. No nos acordamos de haber tenido
,, jamás conversacion alguna, opuesta al respeto que te es debido;
antes bien diria, que ha mucho que vives superior à la
,, embidia, sino temiese juzgases pretendia ocultar entre afectadas
,, lisonjas, los notorios delitos que se nos imputan; porque si acaso
se han dexado decir tus soldados enfermos ò heridos, rendidos
de las crecidas fatigas de la guerra, ò expuestos à tan continuos
peligros, una ù otra palabra algo mas licenciosa, bien
,, merecen sus servicios algun perdon, ò que se atribuya antes al
,, natural desabrimiento que traen consigo las calamidades del
,, tiempo, que à falta ò defecto de su voluntad. Quando padecemos,
todos somos reos, y qualquiera se adelanta à hablar,
,, sin que todo nuestro amor proprio baste à preservarnos à nosotros
de nosotros mismos, pues crueles convertimos las manos
,, contra nuestros proprios cuerpos, sin que por esto se pueda
,, decir, que nos aborrecemos; en cuya irritacion, si los hijos
,, reconocen à los padres, apenas podrán estos atenderlos, ni tolerarlos.
Donde por el contrario, quando nos vemos honrados
,, con beneficios, y volvemos favorecidos con crecidos premios,
,, y cargados de la presa, ¿quién puede contenerse? ¿Quién
,, disimular el interno regocijo de nuestros animos? No admiten
,, jamás moderacion, ni la colera, ni el gusto de los soldados:
,, todas nuestras pasiones nos arrastran con suma violencia: vituperamos,
loamos, movemonos à compasion ò à ira, segun es
,, la diversidad de objetos que nos arrebatan. Unas veces deseamos
pasar à conquistar la India, y llegar al Occeano; y otra
,, nos llama el amor de la patria, de nuestras mugeres y de nuestros
hijos. Pero todos estos pensamientos, todos estos murmurios,
quedan desvanecidos à la primera seña de la trompeta, à
,, cuyo sonido partimos todos acelerados à nuestros esquadrones,
,, vertiendo en los enemigos quanto concibió nuestra ira en nuestras
Tiendas, y discurrió nuestro despique. Ojalá hubieran
,, permitido los Dioses, que los delitos de Philotas se hubiesen
,, limitado solo à las palabras. Pero volvamos à los principales
,, car-

„ cargos de la acusacion. Estoy tan lexos de negar la amistad „ de Philotas, que confieso haberla buscado, y haberme sido „ muy util. ¿Mas qué estrañeza te hace, que hayamos cortejado à quien poseía casi enteramente tu gracia, y era hijo de „ Parmenion, tu brazo derecho, sino antes tu segunda persona? „ Pues si he de decir libremente la verdad, tú, Señor, tú has „ sido la causa de nuestro peligro; ¿porque quién sino tú mismo la dió, para que todos los que solicitaban darte gusto, acudiesen à él? Por medio suyo llegamos à merecer tu benevolencia. Tú le elevaste à tan eminente grado de poder, que teniamos muy justa causa para desear su amistad, y temer su indignacion. ¿No hemos jurado todos en tus manos en la forma „ que nos lo ordenaste, de que seriamos amigos de tus amigos, „ y enemigos de tus enemigos? Pues hallandonos precisados à „ la observancia de tan solemne juramento, ¿cómo podiamos „ dexar de venerar à un hombre, à quien habias hecho árbitro „ de nuestra fortuna? Verdaderamente, que si este fuese delito, „ pocos se libraron de él; ¿pero qué digo? ninguno se hallará „ inocente, porque todos pretendieron ser amigos de Philotas; „ pero no todos los que lo desearon lo pudieron conseguir: con „ que si no distingues sus amigos de los culpados, tampoco podrás hacer diferencias entre sus amigos, y los que han deseado „ serlo. ¿Qué prueba, pues, ò qué indicio hay contra nosotros? „ ¿Es acaso, que el dia antes habló familiarmente, y en secreto con nosotros? Lo qual sería buena prueba, y contra quien „ no tubieramos con que descargarnos, si no hubiesemos vivido „ siempre de esta suerte con él; ¿pero habiendo executado aquel „ dia lo mismo que los demás, parece que nuestra misma costumbre es credito de nuestra justificacion? Sí; mas la repugnancia en dar los caballos à Antiphanes, no se puede negar, que „ fue la vispera del dia que se prendió à Philotas. Si piensa hacernos sospechosos, por no haberle querido dar los caballos; „ ¿cómo podrá escusarse él de haberlos pedido? Porque à la verdad, la sospecha es tan igual contra quien los pidió, como „ contra quien los rehusó, si no tiene mejor causa el que niega „ lo que justamente le toca, que el que pretende quitarle al otro „ lo que no le pertenece. No me hallaba, Señor, mas que con

„ diez

„ diez caballos, de los quales habia distribuido ya Antiphanes „ ocho entre los que habian perdido los suyos. Solo me habian „ quedado dos, que este sobervio, y verdaderamente injusto „ hombre queria quitarme por fuerza: ¿era justo, ni posible, „ que yo conviniese en ello, sino reduciendome à pelear à pie „ en la Caballeria? No niego, que como hombre de espiritu „ resuelto, hablé con libertad al mas cobarde del mundo, y „ cuyo mejor empleo en el Exército, no pasa de proveer de age- „ nos caballos à los que han de pelear. ¿Pero no es gran infeli- „ cidad mia, hallarme obligado à dar mi descargo à un tiempo „ à Alexandro, y Antiphanes? Por lo que mira à haberte escri- „ to la Reyna tu madre, que eramos tus enemigos, pluguiese à „ los Dioses, que te atendiese con mas cuidadosa circunspeccion „ y prudencia, y que no hubiese preocupado tu ánimo de ima- „ ginaciones vanas, y tan sin ningun fundamento. ¿Cómo omi- „ tió expresarte la causa de su recelo? ¿Cómo no te nombró el „ autor, ni especificó lo que habiamos hecho, ò dicho, quando „ te escribió cartas llenas de tan grandes recelos? ¡O infeliz esta- „ do al en que me veo reducido, en el qual es tan peligroso en- „ mudecer, como hablar! Pero sea qual fuere el fin de mi suce- „ so, si te he de disgustar, quiero antes hacerlo justificando mi „ causa, que dexando ofendida mi inocencia. No ignoras, Se- „ ñor, que lo que voy à decir es cierto, si gustas de acordarte, „ que quando me enviaste à Macedonia à levantar Tropas, me „ preveniste, que en ella habia prodigiosos mozos para el uso de „ las armas, los quales se ocultaban en el palacio de la Reyna, „ por librarse del riesgo de la guerra; y que para que no logra- „ sen su intento, me ordenaste prefiriese à todo respeto tu Real „ servicio, trayendote aquella perezosa juventud. Executélo con „ mayor puntualidad, y zelo de lo que me convenía. Traxete à „ Gorgias, à Hecateo y à Gorgata, que te han hecho señalados „ servicios. ¿Puede haber mayor injusticia, que la de hacerme „ castigar porque te obedecí, quando por el contrario mereciera „ dignamente la muerte? Porque es cierto, que la Reyna tu „ madre no tiene otra causa para haberse indignado contra noso- „ tros, que la de haber preferido tu servicio à su gusto. Traxe- „ te seis mil Infantes Macedones, y seiscientos Caballos, de

„ quie-

„ quienes no habiendo trozo alguno, que no procuráse eximirse
„ de la guerra, es cierto que no me hubiera seguido alguno, si
„ me hubiese ablandado algo. No pudiendo, pues, ser otra la
„ causa de su indignacion contra nosotros, te hallas, Señor,
„ obligado à mitigarla, pues fuiste quien la dió para desabrirla.„

CAPITULO II.

VUELVEN A LA GRACIA DEL REY AMINTAS y sus hermanos. Envia Alexandro à la Media à Polidamas, para que dé muerte à Parmenion, de que se originó algun motin, que se sosegó por ultimo.

CONtinuando Amintas de esta suerte en su defensa, llegaron à la sazon las personas que se enviaron en seguimiento de su hermano Polemón, que iba fugitivo, y le traían aprisionado. No fue posible impedir que la muchedumbre descargáse inmediatamente sobre él, segun su costumbre, gran cantidad de piedras. Pero sin dar muestra de la menor alteracion, dixo: *Que no pedia para él gracia alguna, sino que no perjudicáse su fuga la inocencia de sus hermanos; y que si no podia justificarla, y en ella habia errado, que fue solo suya la culpa, y no de sus hermanos, pues se hallaban bien lexos de ella.* Fueronle tan favorables estas palabras, que no bien las hubo pronunciado, quando empezaron todos à llorar, y à mudarse de tal suerte, que lo que mas los habia irritado antes, fue entonces lo que mas les obligó à compadecerse. Era este un joven, que hallandose en la flor de sus años, y entre sus compañeros, amedrentados todos de ver à Philotas en el tormento, se dexó llevar del pavor de ellos, los quales esparcidos por varias partes, le dexaron solo; en cuyo desamparo, dudoso en si volvería, ò seguiría la fuga comenzada, le cogieron los que iban en su busca. Deshaciase en lagrimas, y maltratabase el rostro, acreditando bien en éstas y otras exteriores demostraciones el interno dolor à que le obligaba, no tanto el de su proprio infortunio, quanto el peligro en que habia puesto à sus hermanos, el qual movió à piedad à la Junta, y al mismo Rey. Solo uno de sus hermanos, cruel è inexorable con-

tra él, y mirandole con enfurecido y ayrado rostro: *¿ Ahora lloras loco* (le dice) *quando antes te diste tanta prisa à la fuga, abandonando à tus hermanos, por seguir à los que abandonaban à tu Rey? ¿ Pero à dónde, y por qué, ò infelíz, huías? Mira el estado à que me has reducido, en el qual condenado à muerte, me es preciso que use de palabras de acusador para justificarme.* Confesó entonces él *quan gran daño se habia hecho à sí; pero que era mayor el perjuicio que habia ocasionado à sus hermanos.* A vista de lo qual, no pudo la muchedumbre reprimirse, ni abstenerse de manifestar en lagrimas, y à gritos (ordinario estilo de que se vale quando favorece à alguno) su compasion. Y asi prorrumpieron todos à una voz, pidiendo, *que perdonáse à aquellos valerosos varones que se hallaban inocentes.* De cuya favorable ocasion, aprovechandose los principales de la Corte, se levantaron, è intercedieron con lagrimas por ellos. El Rey, habiendo mandado que callasen todos. *Yo tambien* (dixo) *los perdono à todos tres.* Y enderezandose despues à ellos, *solo deseo* (les dixo) *que os olvideis antes del beneficio, que de mí habeis recibido, que el que os acordeis del peligro en que os habeis visto. Volved à mi gracia con la misma confianza, que yo os restituyo à ella, asegurados de que si no quedáse desengañado de las sospechas en que me hallaba de vosotros, tendrais muy justa causa para desconfiar de mi disimulacion, y de que mejor quedais purgados, que sospechosos, no pudiendo ser ninguno absuelto en los delitos capitales, sin haber dado primero sus descargos. Y tú Amintas, perdona à tu hermano, para que yo quede con esta accion persuadido à la seguridad de tu ánimo, y à tu fidelidad en mi servicio.* Licenciada la Junta, hizo llamar el Rey à Polidamas. Era éste íntimo amigo de Parmenion, y el que se hallaba siempre à su lado en todas las batallas; y si bien la seguridad de su conciencia, le llevó à palacio libre de todo recelo: luego que vió que el Rey dió orden para que traxesen à su presencia à sus hermanos, à quienes por su corta edad no conocia, empezó desde entonces à temer, y à pensar mas en lo que se podia perjudicar, que en lo que podia justificarle. Habiendolos conducido los Archeros, conforme al orden que tenian, hizo el Rey acercar à Polidamas, cuyo ánimo tenia enteramente perdido, y despues

de

de haber hecho salir fuera à todos, le dixo: *La traycion de Parmenion nos ha comprehendido generalmente à todos; pero con especialidad à vos, y à mí, à quienes debaxo de la sombra de la amistad nos ha engañado. Hallome obligado à castigarle, para cuyo fin os he elegido; mirad quanto fio de vos. En mi poder quedarán vuestros hermanos por prendas, que me aseguren en vos el cumplimiento de mis ordenes. Habeis de partir para la Media, y dar à mis Gobernadores estas cartas escritas de mi propria mano; pero es menester que pongais tal diligencia en vuestra jornada, que llegueis allá antes que las voces de lo que ha pasado acá. Mi voluntad es que sea de noche, y que el dia siguiente executeis lo que contienen vuestras instrucciones. Llevareis tambien cartas para Parmenion, una mia, y otra de Philotas, cuyo sello tengo, con las quales creyendo que su hijo le escribe, no le causará sospecha alguna el veros.* Libre Polidamas del considerable susto en que habia estado, prometió mas de lo que se le pedia, y cargado de dadivas y de honras, dexó su proprio trage, y tomó el de Arabia. Dióle el Rey dos Arabes que le acompañasen, cuyas mugeres y hijos retubo en rehenes. Sin embargo los desiertos por quienes le era preciso pasar, no le permitieron que tardáse en el camino menos de once dias, al fin de los quales llegó al lugar destinado; donde antes que se supiese de su arribo, tomó su trage Macedonico, y à la quarta vigilia de la noche pasó à la Tienda de Cleandro, Gobernador de aquella provincia, por merced del Rey. Habiendo repartido todas las cartas que llevaba, acordaron él y Cleandro de ir juntos al amanecer en casa de Parmenion, donde habian de concurrir los demás Cabos, à quienes tambien escribió el Rey. Habiasele ya hecho sabidor à Parmenion de la llegada de Polidamas, con la qual regocijado igualmente por su grande amistad, que impaciente de saber del Rey, respecto de faltarle mucho tiempo habia noticias suyas, le hacia buscar por todas partes. Las casas de placer de aquella provincia tienen grandes parques, poblados de crecidos y umbrosos arboles, à quienes riegan hermosas fuentes, que son la mayor recreacion de los Reyes, y de los Satrapas Barbaros. Paseabase Parmenion por uno, enmedio de los Capitanes que tenian orden de darle muerte, los quales habian dispuesto ponerlo por

execucion al tiempo que leyese las cartas. Luego que le divisó Polidamas, aunque à distancia, corrió à abrazarle con demostraciones de gran gusto, y habiendose hecho reciprocos y cariñosos cumplimientos, le dió la carta que Alexandro le escribia. Abriendola, le preguntó *¿lo que hacia el Rey?* Y él le respondió: *Que por la carta lo sabría*; despues de haberla leido Parmenion le dixo: *El Rey se dispone para marchar contra los Arachosios, excelente Principe por cierto, el qual jamás se entrega al descanso, pero debiera mirar por sí, y atender à su quietud, despues de haber adquirido tan gran gloria.* Tomó inmediatamente la carta supuesta de Philotas, leíala al parecer con gusto, quando Cleandro le metió la espada por un costado, y por la garganta, cargandole todos los demás de heridas, aun despues de muerto. Sus guardas, que se hallaban à la entrada del bosque, viendo el suceso, y ignorando la causa, parten aceleradamente al campo, y publicando tan inesperada, como sangrienta novedad, mueven las Tropas, las quales tomando al punto las armas, pasan al parque, donde amenazan *de arruinar los muros, y de sacrificar à los Manes de su General quanto encontrasen, si no se les entregaban à Polidamas, y à los demás cómplices.* Hizo Cleandro entrar dentro à los principales Oficiales, à quienes leyó las cartas que el Rey escribia à los soldados, en las quales les participaba de la conspiracion de Parmenion contra su persona, y pedia tomasen venganza de él. Luego que se publicó la voluntad del Rey, se sosegó aquel motin, si bien no se templó la indignacion de los soldados, cuya mayor parte, habiendose retirado, pidieron los que quedaron à Cleandro, que permitiese à lo menos se les concediese el cuerpo para darle sepultura; rehusólo por algun tiempo, temeroso de disgustar al Rey; pero insistiendo en su demanda, les concedió, por evitar todo genero de sedicion, que sepultasen el cuerpo, despues de haber hecho separar la cabeza, que envió à Alexandro. Tal fue el fin de aquel gran Capitan, tan ilustre en la guerra, como en la paz, y que sin la asistencia del Rey, executó por sí muchas gloriosas empresas, no habiendo adquirido Alexandro sin él alguna considerable. Supo dar gusto à un Principe, con quien era tanto mas dificil el lograrlo, quanto habiendo sido sumamente

fe-

feliz, queria que todas las cosas correspondiesen à su buena fortuna. Hallabase en edad de setenta años, habiendose ocupado desde su juventud, no solo en los exercicios de Capitan, sino tambien en los de mero soldado. Fue prudente y advertido en sus consejos, y admirable en la execucion de ellos, querido de los Grandes, y amado aun mas de la gente de guerra. Si todas estas partes le empeñaron en que aspiràse à la Corona, ò solo le hicieron sospechoso, mal se podrá afirmar, quando aun estando reciente el suceso, y siendo mas facil su averiguacion, no se pudo saber con certidumbre si Philotas, rendido à la violencia de los tormentos, confesó la verdad, de que no hubo prueba: ò si supuso quanto dixo porque se los suspendiesen. Alexandro, teniendo por conveniente separar del resto del Exército à los que habian sentido mal de esta muerte, formó de ellos un Cuerpo aparte, y les dió por Cabo à Leonidas, grande amigo en un tiempo de Parmenion. Miraba à todos estos con aversion, porque deseando penetrar el ánimo de los soldados, y habiendo hecho publicar cierto dia, que despachaba correo à Macedonia, y que podrian escribir los que quisiesen, pues irian con seguridad sus cartas, y hecholo todos con libertad, y sin prevenir el riesgo à que iban expuestas sus expresiones, en las quales unos se quexaban con sus amigos de la permanencia de la guerra, y los mas asentian bien à ella, pudo ver todas las cartas, asi las de los que le alababan, como las de los que se quexaban de él, por cuya causa castigó à estos con la ignominia de separarlos de aquellos para poderse valer de ellos, como de gente de valor, sin el riesgo de que sus licenciosas platicas hiciesen impresion en los animos de los demás, reduciendolos à sus mismos dictamenes. Esta resolucion, por medio de la qual ponia en desesperacion à aquella valerosa juventud, le pudiera ocasionar muy perjudiciales conseqüencias, si convirtiendo siempre la fortuna en mayor beneficio suyo los accidentes mas expuestos à grandes peligros, no hubiese continuado en hacerlo tambien con éste. Porque ningunos le sirvieron mejor que ellos en las guerras siguientes, deseosos de reparar por medio de sus ilustres acciones la ignominia con que se hallaban, reconociendo que estas serían tanto mas señaladas, quanto era corto el número de que se componian.

CAPITULO III.

SUJETA ALEXANDRO MUCHOS PUEBLOS, y pasa en diez y seis dias el Caucaso con su Exército.

EXecutadas estas cosas, y habiendo dexado Alexandro un Satrapa à los Arianos, hizo publicar su marcha contra los Agriaspas, los quales ya entonces se llamaban *Evergetas*; esto es, *Bienhechores*, por haber alojado, y socorrido de viveres al Exército de Ciro, à quien las incomodidades de el frio y de la hambre habian casi deshecho. A los cinco dias de haber llegado à esta comarca, tubo aviso de que *Satibarzanes, que habia vuelto al partido de Beso, hacia nuevas correrias*, para cuyo remedio envió à Carano y à Erigio con Andronicho y Artabazo, seis mil Infantes Griegos, y seiscientos Caballos; y habiendo proveido en el mejor gobierno de el Estado de los Evergetas, en que gastó sesenta dias, y concedidoles una gruesa suma de plata en remuneracion del señalado servicio que hicieron à Ciro, dexandoles por Gobernador à Amenides, Secretario que fue de Dario, pasó despues à sojuzgar à los Arachosios, que confinan con el Mar Pontico. Recibió alli el Exército que mandaba Parmenion, compuesto de seis mil Macedones, doscientos Nobles, y seiscientos Caballos Griegos, que sin duda eran las mejores Tropas que tenia el Rey: el qual dexó à Memnon por Gobernador de los Arachosios con quatro mil Infantes, y seiscientos Caballos para las guarniciones. Entró despues en las tierras de cierto pueblo: apenas conocido de sus mismos vecinos, por no tener comercio alguno con los demás hombres. Llamanse sus habitadores *Parapamisades*, gente bruta, y tenida por barbara, aun entre los mismos Barbaros; à cuya ferocidad contribuye mucho la aspereza del clima de aquella region, la qual es muy Septentrional, y casi toda vuelta à la parte mas fria; toca ácia el Occidente con la Bactra, y mira al Mediodia al Occeano Indico. Habitan en cabañas hechas de ladrillo, del qual son tambien los techos, respecto de faltarles enteramente la madera:

Su

Su estructura es bien ancha por abaxo, y à proporcion del tamaño de los edificios, en los quales se va estrechando à la con que se levantan, hasta que quedan en forma de navios, sin que tengan mas que una claraboya ò ventana en medio, por donde les entra la luz, y sale el humo. Si les quedan algunas cepas de viñas, ò algunos arboles, que hayan podido resistir à la inclemencia del ayre, los cubren de tierra todo lo que dura el mal temporal, hasta que en la primavera los vuelven à poner al Sol; pero en el invierno son alli tan crecidas las nieves, y tan rigurosos los hielos, que no consienten especie alguna de paxaros, ni de animales. Cubre una sombra obscura la faz de la tierra, sin que se diferencie lo que llaman dia de lo que es noche, mas que en una mal distinta luz, à quien apenas puede distinguirse lo que está mas inmediato. Toleró en esta horrible soledad el Exército, destituido de socorro, quantas calamidades pueden padecerle, el frio, la hambre, el cansancio y la desesperacion, porque el rigor de la nieve era tan excesivo, que morian en los caminos algunos, perdiendo otros los pies, y siendo à muchos de considerable perjuicio à la vista la suma blancura de la nieve. La mayor parte, no pudiendo ya mas, se echaban sobre el mismo hielo, donde faltandoles el movimiento, les comprimia y embargaba la fuerza del frio de tal suerte los miembros, que no podian volverse à levantar; pero sus compañeros no los dexaban en aquel entumecimiento, para el qual no habia otro remedio, que el de obligarlos à marchar, porque entonces el calor natural, excitado con el movimiento, los hacia volver algo en sí. Los que pudieron apoderarse de las cabañas de los Barbaros, se recobraron algo, pero la obscuridad era tan grande, que no se conocian las casas sino por el humo. Aquella barbara gente no acostumbrada à ver otra en sus tierras, hallandose repentinamente con hombres armados, quedaron tan atemorizados, que les llevaban quanto tenian en sus cabañas, porque les perdonasen las vidas. El Rey, que iba à pie, rodeado de sus Tropas, levantaba à los que veía caidos, mantenía à los demás que no podian marchar, acudiendo tan aprisa à la frente, como enmedio, y à la retaguardia de su Exército, yendo y volviendo continuamente con increible desvelo y trabajo. Finalmente, llegando à tier-

ras mas fertiles y abundantes de todo genero de mantenimientos, repararon en ellas los trabajos que habian padecido, y esperaron à los que no habian podido seguirlos. Pasaron desde alli ácia el monte Caucaso, que divide el Asia en dos partes, dexando el Mar de Cilicia à una, y à otra el Caspio, el rio Araxe, y los desiertos de la Scythia. El monte Tauro, que en altura tiene el segundo lugar, se junta al Caucaso, y empezando en Capadocia, atraviesa la Cilicia, y pasa hasta Armenia. Esta es como una continuada cadena de montes, de donde salen casi todos los rios del Asia, de los quales unos descargan en el Mar Roxo, otros en el Caspio, y otros en el de Hircania, ò en el del Ponto. Pasó el Exército el Caucaso en diez y siete dias, y vió la roca que tiene diez estadios de circuito, y mas de quatro de altura, donde fue aprisionado Prometheo, si damos credito à los Poëtas. Eligió el Rey una llanura al pie del monte, donde edificó una ciudad, y dexó para que la poblasen siete mil esclavos, y todos los soldados inutiles, los quales la dieron tambien el nombre de Alexandría.

CAPITULO IV.

PROCURA BESO DISPONER UN FESTIN, en el qual se resuelva la guerra contra Alexandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobaris: Llega en el interin Alexandro à Bactra, donde tiene noticia de la rebolucion de los Griegos, y de haber muerto à Satibarzanes en un reencuentro.

PEro Beso, atemorizado de la presteza de Alexandro, despues de haber hecho un sacrificio solemne à los Dioses de la patria, juntó à sus amigos, y à sus Cabos, para deliberar sobre las disposiciones de la guerra en pleno convite, à la usanza de aquellos pueblos. Calientes con el vino, empezaron à ponderar sus fuerzas, y à despreciar el corto número, y la temeridad de los enemigos, especialmente Beso, el qual altivo, y arrogante en las palabras, y confiado en un Reyno adquirido por medio de la maldad y del parricidio, decia, no en sano acuerdo:

do: *Que lo que mas credito dió à Alexandro fue la negligencia è impericia de Dario, el qual le hizo rostro en los estrechos de Cilicia, en vez de retirarse à lo interior, para empeñarle insensiblemente en aquellos peligrosos pasos, entre innumerables rios y montañas, en donde se hubiera hallado tan imposibilitado para la fuga, como para el combate: Que él estaba resuelto à pasarse à los Sogdianos, y à oponer, como fuerte barrera al enemigo, el rio Oxo, en el interin que le llegaba poderoso socorro de las naciones vecinas: Que bien apriesa se verian en su Exército los Chorasmios, los Dahos, los Saces y los Indios con los Scythas, que habitan de la otra parte del rio Tanais, de quienes el menor sobrepujaba en la estatura toda la cabeza al mas alto de los Macedones.* Aplaudieron todos embriagados la resolucion; y Beso mandó, que le pusiesen al rededor mas cantidad de vino, como si fuese su mesa campo de batalla, en donde hubiese de romper à Alexandro. Hallabase en este festin un Medo, cuyo nombre era Cobaris, famoso mas porque profesaba el arte magico, si puede llamarse arte, lo que es pura ilusion y engaño, para mover à los ignorantes y pusilánimes, que porque supiese algo de él; pero realmente hombre de capacidad y bondad. Este, habiendo hecho su exordio, manifestando, *que no ignoraba era mas seguro à un criado obedecer lo resuelto, que aconsejar por sí, pues en lo primero corria el mismo riesgo que los demás, y en lo segundo peligraba solo*, le dió Beso la copa, que tenia en la mano, como en demostracion de que le permitia dixese su sentir. Tomóla Cobaris, y continuó asi: *Por muchas causas se puede llamar la condicion de los mortales infeliz y contraria à su mismo bien; pero por ninguna tanto, como por el descuido con que tratamos lo que nos toca, y por el desvelo que nos cuesta lo que no nos pertenece. Son las mas veces poco seguros los juicios, que hacemos solo por nuestros proprios dictámenes, porque unas los tuerce el temor, otras los vicia el deseo, y las mas los forma totalmente contrarios la ceguedad de nuestro amor proprio, al qual llamaria presuncion en otro menos cuerdo que tú. La experiencia te habrá mostrado, que la mayor parte de los hombres solo tienen por bueno, quando no por lo mejor, lo que ellos exe-*

cutan. Es grave y pesada carga la de una corona, y conveniente para que no dé contigo en tierra la que adorna tus sienes, llevarla con prudencia; cuya virtud la conserva, al paso que la destruye, la furiosa precipitacion. En cuya prueba añadió el vulgar proverbio de los Bactrianos, que el perro que ladra no muerde; y que los rios mas profundos son los que menos ruido hacen. Hame parecido no omitir de la historia este testimonio de la prudencia de los Barbaros, tal qual fuese, para que por él se venga en conocimiento de ella. Tenia suspenso à todo el concurso este discurso, esperando el fin de él, quando declarandose mas, dió à Beso un consejo de mayor utilidad, que gusto suyo: *Debes suponer* (continuó) *cercano á la puerta de la Real Corte en què nos hallamos, à un enemigo tan poco descuidado; el qual tengo por cierto, que se dexará ver con su Exército, antes que tú hagas levantar esta mesa. Tratas de que vengan Tropas del Tanais, y de cubrirte con los rios, como sino le fuese dado, seguirte adonde quiera que huyas. Los caminos son comunes à ambos, pero mas seguros al vencedor. Si el miedo te diere alas para salvarte, la esperanza se las dará à él mas ligeras para alcanzarte. ¿Quánto mejor te estará anticiparte à grangear la gracia del mas poderoso, por medio de tu rendimiento? siendo cierto, que de qualquiera suerte que sea el suceso, te será mas conveniente ser su rendido, que su enemigo. Considera, que el Reyno que hoy tienes no es tuyo, y que te hallas mas expuesto à quedar despojado de él. Nunca serás tan verdadero y seguro Rey, como quando te pusiere en la mano el cetro, quien puede dartele y quitartele. Este consejo te será provechoso, si prontamente le observas; pero inutil, si dilatas su execucion. A un generoso caballo le basta solo la sombra de la vara, para hacerle partir; pero à uno pesado, apenas son suficientes los acicates.* Era Beso naturalmente colérico; y teniendole aun mas entonces el vino, se arrojó tan precipitadamente contra Cobaris, habiendo desembaynado su cimitarra, que no sin gran dificultad pudieron estorvarle sus amigos, que le diese muerte; pero escapandose entre el gran concurso, pasó à rendir la obediencia à Alexandro. Componiase el Exército de Beso de ocho mil Bactria-

trianos, los quales le obedecieron, mientras les duró la esperanza de que los Macedones, respecto del rigor de aquel clima, pasarian à la India; pero al punto que supieron iba Alexandro contra ellos, le abandonaron, retirandose todos à sus casas. A vista de lo qual, despues de haber pasado el rio Oxo con sus amigos, y quemado las barcas en que lo habia hecho, para evitar que el enemigo se aprovechase de ellas, se encaminó à Sogdiana à hacer nuevas levas. No hubo bien pasado Alexandro el Caucaso, como hemos referido, quando su Exército se vió muy expuesto à perecer, por la falta de viveres. Exprimian el zumo de sesama, y se untaban con él, como con el azeyte, los miembros. Valia cada cantaro doscientos y quarenta dineros: el de miel trescientos y noventa: y el de vino trescientos. El trigo era poco ò ninguno, porque le guardan los Barbaros en profundos fosos, que tienen para este fin, à quienes llaman *Syrrhos*, hechos con tan grande artificio y cautela, que solo saben de ellos los que los labran, de suerte, que los soldados solo se alimentan de yervas y pescados. Pero llegando à faltarles aun estos, se vieron precisados à dar muerte à los caballos del vagaje, para mantenerse de ellos, hasta que llegasen à Bactra. Es bien diferente el territorio de aquella provincia. Hay unos parages poblados todos de arboles y viñas, que producen gran cantidad de frutas y de vinos muy regalados, y otros en quienes la tierra es mas fecunda, por la abundancia de fuentes de que goza, las quales contribuyen à aquellos hermosos y dilatados prados, que en ella se ofrecen. En las tierras menos pingues siembran el trigo y la cebada, y las demás sirven para pasto de ganado. Componese una gran porcion de la provincia de arenosas campañas, cuya sequedad las hace inhabitables è infructiferas. Quando los vientos del Mar Pontico corren allí, acumulan toda la arena, que estaba esparcida por el campo, en tan elevados montes, que à qualquiera que los mira de lexos, le parecen unas grandes colinas, sin que dexen rastro de algun camino; por cuya causa los que pasan por aquellos desiertos se gobiernan de noche, como los navegantes por los astros, para asegurar el acierto de su derrota. No caminan

nan de dia, asi porque no se les ofrece rastro ni huella alguna por quien se puedan dirigir, como porque siendo su unico norte la luz de las estrellas, apagada ésta con los resplandores del Sol, quedan tan incapaces de hacerlo, como expuestos los pasageros, si los coge alguna de estas tempestades, à que los sepulten las arenas. Los lugares fertiles abundan de hombres y caballos. Bactra, ciudad principal de la provincia, está situada à las faldas del monte Parapamiso por cuyos muros pasa el rio Bactro, de quien tomó el nombre la ciudad y provincia. Mientras se detubo en ella el Rey, le llegó noticia de las rebeliones de los Peloponesos y Lacedemonios, sin la de haberse sosegado, quedando estos vencidos y deshechos, respecto de empezarse la guerra, quando partieron de la Grecia los que se la llevaron. Cuya desazon le aumentó otra tanto mas sensible, quanto le cogia de mas cerca. Esta fue avisarle iban los Scythas, que habitan de la otra parte del Tanais, à toda diligencia en socorro de Beso. A cuyo tiempo le avisaron tambien del suceso, que habian tenido Carano y Erigio, que mandaban sus Tropas, en la provincia de los Arioros. El qual fue haberse dado una batalla entre los Macedones y los Arioros, cuyo General era Satibarzanes; el qual, reconociendo que el combate no se encendia como él quisiera, y que no se declaraba por alguna de las dos partes el suceso, se ofreció à caballo entre los primeros Esquadrones: y despues de haberse quitado la celada, y mandado cesar los tiros, desafió à todos los que quisiesen combatir cuerpo à cuerpo con él, añadiendo que lo haria con la cabeza descubierta. No pudo tolerar la arrogancia de aquel Barbaro Erigio, General de los Macedones; el qual, aunque cargado de años, no cedia à los mas esforzados jóvenes en el vigor del espíritu, ni en la robustez del cuerpo. Y asi, habiendose quitado la celada, y hecho alarde de sus canas: *Este es el dia* (le dice) *en que manifestaré, por medio de una victoria, ù de una gloriosa muerte, de quien fia sus armas Alexandro*; y sin decir mas, se enderezó para el Barbaro. No parecia sino que se habia hecho la señal, para que de uno y otro Exército cesasen en el combate, porque à un tiempo se retira-

ron

ron de ambas partes todos à sus quarteles, desde quienes, habiendo dexado libre el Campo, atendian al fin de aquel duelo, de quien no solo dependia la decision particular de aquellos dos Generales, sino tambien la fortuna de ambos Exércitos. Enristró primero el Barbaro su lanza, de cuyo golpe se preservó el Macedon, inclinando algo la cabeza. Pero dando éste de espuelas al caballo, le pasó la garganta con la suya tan violenta y diestramente, que se la sacó por la nuca, derribandole en tierra, donde aun defendiendose, le hirió segunda vez con ella en el rostro: à cuyo tiempo Satibarzanes, para anticipar su fin, la tomó y ayudó para el golpe à su enemigo. Sus Tropas, las quales le habian seguido mas forzadas, que voluntarias, viendole muerto, y acordandose de la clemencia de Alexandro, se rindieron à Erigio. El Rey, aunque regocijado con este suceso, no le tenia sin alguna inquietud el rebelion de los Lacedemonios, el qual le disimuló con gran constancia, diciendo: *Que buen cuidado habian puesto en no declararse hasta haberle juzgado en lo mas interior de la India.* Pasó de alli en seguimiento de Beso, en cuyo camino le encontró Erygio, llevando delante de sí los despojos del Barbaro, como hermoso y rico ornamento de su victoria.

CAPITULO V.

PASA EL EXERCITO DE ALEXANDRO CON estraña industria el rio Oxo: Cogido Beso por medio de cierto ardid, y llevado à la presencia del Rey, le manda entregar à Oxatres, hermano de Dario, para que le haga poner en cruz.

Despues de haber proveido en Ariobarzanes el gobierno de la Bactra, y dexado el bagaje y todo el acompañamiento con buena guarda, entró con un campo volante en los desiertos de los Sogdianos, donde el Exército marchaba solo de noche. Era grande la falta que habia (como queda dicho) de agua en aquella region, y la imposibilidad de ha-

llar-

llarla causaba la sed aun antes que la necesidad. No se descubria una gota en quatrocientos estadios de territorio, porque es tan excesivo alli en el estio el ardor del Sol, que abrasa las arenas y quema los campos, como pudiera el fuego. Demás de que elevandose ciertos vapores, causados del gran incendio de la tierra, cubren de tal suerte toda su faz, que no parecen aquellas espaciosisimas campañas sino un dilatado Mar. Podiase sin embargo caminar de noche, respecto de refrigerar los cuerpos la humedad y frescura de la mañana; pero como volvia el calor con el Sol, consumia la poca humedad, quemando, no solo las exterioridades del cuerpo, sino lo mas interior de él. Llególes à faltar, en medio de su gran sufrimiento, primero el valor, y despues la tolerancia, no pudiendo ya ni marchar, ni detenerse. Habian hecho algunos, advertidos de los naturales, prevencion de agua, la qual templó por algun tiempo su sed. Pero aumentandose el calor, volvió à encendersela de suerte, que se hallaron necesitados à darles todo el vino y azeyte que habia. Bebieron con tan gran gusto, que no prevenian que podrian volver à tener sed, y con tan grande exceso, que quedaron privados é imposibilitados de mantener las armas y de tenerse en pie; con cuyo daño se consolaron los que no tubieron que beber. Cercaban al Rey, combatido de tantos males, sus amigos, y rogabanle que se acordase de ellos, pues sola su grandeza de ánimo podia en aquellas calamidades ser unico remedio de todo el Exército. A cuyo tiempo volviendo dos hombres, que se habian adelantado à reconocer el campo con dos odres llenos de agua para sus hijos, que se hallaban en las Tropas, previniendo su gran sed, se encontraron con el Rey: abrió al punto uno de ellos un odre, y llenando un vaso del agua que iba en él, se la ofreció. Preguntóle el Rey. *Que para quien llevaba el agua.* Y habiendo sabido que para sus hijos, se la volvió, como se la habia dado, diciendole: *Que no podia beberla, no siendo bastante para que participasen de ella todos los soldados, que se la diesen à sus hijos, pues la habian llevado para ellos.* Finalmente llegó poco antes de ponerse el Sol al rio Oxo, y respecto de no haberle podido seguir la mayor

par-

parte del Exército, mandó hacer grandes fuegos sobre la cumbre de un monte, para que los que caminaban con dificultad y trabajo, supiesen que no estaban lexos del Campo; y à los que habian llegado primero, que recogiesen y llenasen de agua quantos odres y vasijas se hallasen, y que las llevasen à sus compañeros. Perdió en este parage mucho mayor número de gente que en batalla alguna, por el exceso y desorden con que bebieron. Pero él manteniendose con su coraza puesta, permaneció sin comer ni beber en el camino por donde habia de venir el Exército, ni querer tomar refresco alguno hasta que llegaron todos los que habian quedado atras, pasando toda la noche bien desasosegado y con hartas inquietudes. No tubo mejor dia en el siguiente, faltando barcas y todo genero de material de que poder formar un puente, respecto de estar desmantelado y desierto de arbol alguno todo aquel territorio cercano al rio. Por lo qual le fue preciso distribuir, como lo executó, en los soldados gran cantidad de pellejos llenos de paja y de otros generos secos y ligeros, sobre quienes pasaron el rio, poniendose en batalla los primeros, que lo hicieron, mientras les seguian los demás. De esta suerte pasó todo el Exército en seis dias; y continuado su viage, recibió nuevas de Sogdiano, que se le interrumpieron. Hallabase Spitamenes, gran confidente de Beso, colmado de honores y beneficios suyos; pero como ningunos son bastantes à domesticar la perfidia, bien que fuese menos odiosa en aquella ocasion, donde parece que todo era permitido contra el homicida de su Rey, conspiraba contra él debaxo del especioso color de la venganza de Dario, aunque no fuese la maldad de Beso la que aborrecia, sino su fortuna. En cuya conseqüencia no hubo bien sabido que Alexandro habia pasado el rio Oxo, quando comunicó su intento con Dataphernes y Catenes, para quienes no fueron necesarios grandes ruegos; y llevando consigo ocho mozos de los mas robustos, dispusieron asi su traycion. Fuese Spitamenes à Beso, y llamandole à parte, le dixo: *Que habia descubierto, que Dataphernes y Catenes conspiraban contra él para entregarle vivo à Alexandro; pero que él los habia cogido, y los tenia presos.* Quedando Beso suma-

mamente obligado à Spitamenes; y como creia lo debia estar, le dió muchas gracias, y colérico y deseoso de la venganza, mandó que los llevasen à su presencia. Ellos, fingiendo tener las manos ligadas, se dexaron llevar por sus cómplices à ella. Donde luego que llegaron, mirandolos Beso con enfurecido y ayrado semblante, se acercaba à ellos como para despedazarlos; pero deponiendose entonces el disimulo, le rodearon, y à pesar de su resistencia le aprisionaron, le arrebataron de la cabeza la thiara, y le hicieron pedazos la real ropa de Dario, que vestía. Viendose de esta suerte Beso, confesó, *era castigo del Cielo*, (añadiendo) *que se conocia no habian aborrecido los Dioses à Dario, quando le vengaban asi, y quanto amaban à Alexandro, pues disponian que sus mismos enemigos contribuyesen siempre à sus victorias*. No es facil prevenir lo que hubieran executado los Bactrianos, si no les hubiesen persuadido, los que le aprisionaron, que lo hacian por orden de Alexandro; con lo qual acabaron de amedrentarlos, dexandolos dudosos è inciertos en lo que habian de hacer. Pusieronle en un caballo, y llevaronsele al Rey, el qual, mientras pasaba esto, escogió cerca de novecientos soldados, que habiendo empleado lo mejor de su vida en la milicia, se hallaban por su crecida edad imposibilitados de continuarla; mandó dar à cada uno de la Caballeria dos talentos, y trece mil dineros à cada Infante, y despues de haberles pedido se casen, para que pudiesen sus hijos suplir su falta, les concedió licencia de volverse à sus casas. A los demás, que le prometieron servir hasta el fin de la guerra, admitió sus ofrecimientos, y les dió las gracias por ellos. Antes que llegáse Beso à su presencia, pasó à una pequeña ciudad, donde habitaban los Branchides: Esta era una familia de Mileto, à quien Xerxes, volviendo de la Grecia, hizo pasar à Asia, por haber robado el Templo de Dydimeo en lisonja suya, en donde permanecieron. Conservan aun muchas costumbres de su patria; pero degenerando poco à poco con el curso de los años, hablaban ya un lenguaje corrupto, y compuesto del Griego y del estraño. Recibieron con grandes demostraciones de gusto à Alexandro, rindiendosele ellos y su ciu-

ciudad. Hizo el Rey traer alli à los Milesios, que estaban en su Exército, los quales tenian odio hereditario à los Branchides por su perfidia, y dexó à su discrecion el vengar la injuria, que antiguamente habian recibido, ò el perdonarlos en consideracion de ser uno mismo su origen; pero estando discordes entre sí, y no pudiendo conformarse, les dixo, *que él resòlveria por sí lo que tubiese por mejor.* El dia siguiente, volviendo à su presencia los Branchides à saber lo que les ordenaba, los mandó le siguiesen, y habiendo llegado à las puertas de la ciudad, entró dentro con la Phalange, y algunas Tropas de Caballeria, à quienes se les ordenó, que luego que fuese dada la señal, saqueasen aquel abrigo de traydores, y los pasasen à todos à cuchillo, sin excepcion de alguno. Con que aquellos infelices indefensos, fueron despedazados en las calles, y en sus casas, sin que bastáse la semejanza de la lengua, los gritos, ni los ruegos à embarazar tan sangrienta crueldad. Arrasaronse enteramente los muros, porque no se ofreciese vestigio alguno de ciudad, y no solo se arrancaron los bosques sagrados, sino tambien las raices, para que aquel territorio quedáse hecho una soledad esteril è infeliz: cuyas crecidas inhumanidades, si se hubiesen executado contra los autores de la traycion, pudieran haber pasado por justificada venganza, y no por barbaridad intempestiva; pero los descendientes padecieron el castigo, que merecieron sus antecesores, aunque nunca vieron à Mileto, ni pudieron haberle entregado à Xerxes. Pasó Alexandro de alli ácia el rio Tanais, donde le llevaron à Beso, no solo aprisionado, sino desnudo. Teniale Spitamenes asido de una cadena, que traía al cuello, cuyo objeto no pudo determinarse si fue mas grato à los Barbaros, que à los Macedones. Luego que le puso en la presencia del Rey, le dixo Spitamenes: *Para vengarte à tí, y Dario* (Reyes mios) *te traygo aqui à este malvado, que quitó la vida à su dueño, habiendole aprisionado de la misma suerte que lo hizo con él. Resucite Dario; y pues fue indigno de aquel castigo, y merecedor de este consuelo, salga del Infierno à tenerle con semejante espectáculo.* Habiendo aplaudido Alexandro la accion de Spitamenes, se volvió à Beso, à quien dixo: *¿Qué rabia tan de tigre se apoderó de tu corazon, perfido y cruel monstruo, para darte*

el atrevimiento de aprisionar à tu Rey, y quitar inhumanamente la vida à tu bienhechor? Pero compraste al precio de un parricidio cierto el falso titulo de Rey. Entonces Beso, no atreviendose à disculpar su delito, respondió: *Que solo le habia tomado para entregarle el Reyno, y que si no lo hubiera hecho él, se habria apoderado otro de la Corona.* Mandó el Rey llamar à Oxatres, hermano de Dario, y le entregó à Beso, para que despues de haberle cortado las narices y las orejas, y puesto en Cruz le diesen muerte los Barbaros à tiros de saëtas, reservando el cuerpo de los paxaros, para que aun ellos no pudiesen aprovecharse de sus carnes. Encargóse gustoso Oxatres de lo demás, asegurando: *Que por lo que miraba à preservarle de los paxaros, ninguno lo podia hacer mejor que Catenes;* de cuya maravillosa destreza en el manejo del arco quiso hacerle sabidor por este medio, siendo tan grande, que no discrepando el tiro del blanco donde ponia la punteria, mataba los paxaros al buelo. Y si bien esta habilidad la pudo hacer menos estimable la freqüencia con que se exercitaba, en él se tubo por tan rara, que le grangeó grande aplauso. Premió el Rey à todos los que le habian llevado à Beso, y difirió el castigo de su delito, para que le satisfaciese con su vida en el mismo lugar donde se la quitó à Dario.

CAPITULO VI.

RECIBE ALEXANDRO DEBAXO DE SU OBEDIENCIA muchas ciudades por medio del afecto de los Barbaros y de los Macedones: Funda à Alexandria cerca del rio Tanais, cuya ciudad se perficiona en breve tiempo.

EN el interin, habiendose derramado en los forrages algunos Macedones, fueron cargados por los vandoleros que descendieron de los montes, y siendo mas los prisioneros, que los muertos, se los llevaron consigo, volviendose à sus retiradas, en quienes estaban mas de veinte mil hombres, los quales peleaban con arcos y hondas. Pasó el Rey à sitiarlos, y hallan-

dose de los primeros al ataque, fue herido de una flecha en el hueso de una pierna, donde le quedó la punta del hierro. Afligidos del suceso, le sacaron los Macedones del combate, pero no pudieron hacerlo tan ocultamente, que dexasen de advertirlo los Barbaros, à quienes hallandose en la eminencia del monte, no se les encubria nada de quanto pasaba. Enviaron al dia siguiente Embaxadores al Rey, el qual los hizo entrar al Campo, y quitandose las bendas, y cura de su herida, les enseñó la pierna, sin manifestarles la gravedad del daño, y habiendoles permitido que se sentasen, le aseguraron: *Que no les habia sido menos sensible à ellos la noticia de su herida, que à los mismos Macedones, y que si hubiesen podido descubrir al que tubo el atrevimiento de causarsela, se le habrian enviado; pues era solo de impíos hacer guerra à los Dioses: Que vencidos de su incomparable valor ellos, y todos los pueblos que le seguian, se le rendian.* Habiendolos asegurado el Rey debaxo de su palabra, y recobrado los prisioneros, los admitió à su obediencia. Levantado despues el Campo, se hizo llevar en andas: hubo gran competencia entre los de la Caballeria y los de la Infanteria sobre quales lo habian de hacer. Alegaban los primeros, que les tocaba, respecto de que de ordinario combatia con ellos; y los segundos, que no sino à ellos, por estar en posesion de retirar à sus compañeros quando se hallaban heridos, quexandose de que en ocasion, que se les ofrecia conducir al Rey, se les usurpáse aquella honra. Hallóse Alexandro embarazado en la resolucion de contienda tan reñida de ambas partes, y no pudiendo complacer à los unos, sin disgustar à los otros, tomó el medio de mandar, *que lo hiciesen alternativamente.* Pasó desde alli en quatro dias à la ciudad de Maracanda, la qual tiene setenta estadios de circunvalacion, aunque el castillo no se contiene dentro de murallas algunas, respecto de ser bastantemente fuerte por naturaleza. Dexó guarnicion en la ciudad, y hizo abrasar y arruinar todos los campos. Llególe alli un Embaxador de los Scythas Abios, los quales, enmedio de haber conservado siempre su libertad desde la muerte de Cyro, venian entonces à rendirse al Imperio de Alexandro. Estaban tenidos por los mas justos entre los Barbaros. Jamás hacian guerra si no los obligaba à ella su

natural defensa, y la libertad que usaban con moderacion, no admitia diferencia entre grandes è inferiores. Habiendolos recibido el Rey benignamente, envió à uno de los principales de su Corte, llamado Menidas, à los Scythas de Europa, para que les intimáse no pasasen el Tanais sin su permision, para que reconociese tambien sus tierras, y juntamente los demás Scythas que habitan sobre el Bosphoro. Tenia elegido un lugar muy à proposito para fabricar una ciudad sobre el Tanais, à fin de mantener sujetos, asi à los que habia reducido à su obediencia, como à los demás de quienes queria hacerse Señor; cuyo intento atrasó la revoluciou de los Sogdianos, seguida de los Bactrianos. Componianse sus fuerzas de siete mil Caballos, à quienes se habian agregado los demás; y pareciendole à Alexandro, que Spitamenes y Catenes, que fueron los que le llevaron à Beso, serian suficientes à restituir à aquel pueblo à su obediencia, los despachó à este fin. Pero mal pudieran hacerlo, siendo los autores de aquella novedad, y quienes debaxo de la falsa voz, que habian divulgado, *de que el Rey llamaba la Caballeria Bactriana*, à quien habian gobernado, *para hacer en ella un grande estrago*; les suponian, que habiendoseles cometido la execucion, la habian procurado evitar, por no incurrir en tan execrable delito contra su nacion, y porque no les era menos horrorosa la crueldad de Alexandro, que el parricidio de Beso. Con cuya noticia, amedrentados aquellos animos, bastantemente conmovidos ya, se acabaron de resolver à la guerra. Luego que el Rey supo la infidelidad de aquellos dos traydores, dió orden à Cratero para que pusiese Sitio à Ciropolis, y pasó él en persona à tomar en la misma region otra ciudad, donde luego que se dió la señal, fueron pasados à cuchillo todos los que se hallaban en edad de poder tomar armas, quedando quanto en ella habia por presa del vencedor, y arrasada la ciudad, para que contubiese el exemplo de aquel castigo à los demás en su obligacion. Sin embargo los Memacenos, pueblo poderoso, se resolvieron à sufrir el Sitio, teniendole, no solo por mas honroso, sino por mas seguro. Pero el Rey, que deseaba reducirlos por medios blandos, les envió cinqüenta Caballeros para que les manifestasen la clemencia que le merecian los rendidos, y el rigor con que procedia con-

tra

tra los pertinaces. Respondieronles, *que no dudaban de la benignidad, ni del poder de Alexandro; pero que sin embargo tratasen de retirarse, y de levantar sus murallas.* Aunque pareciendoles mejor medio el de la cautela para su alevosía, los recibieron despues cortesmente, y habiendoles dado un banquete de grande abundancia de manjares, quedando oprimidos de ellos, y rendidos al sueño, los pasaron à media noche à cuchillo. Noticioso el Rey de tan cruel desacato, puso irritado Sitio à la ciudad; pero hallandose tan bien fortificada, que no era facil rendirla à los primeros asaltos, dexó à Meleagro y à Perdicas en él, y con las Tropas restantes pasó à juntarse con Cratero, que como dexamos referido, sitiaba à Ciropolis. Habia resuelto perdonar à aquella ciudad en memoria de Ciro su fundador, cuyas heroycas acciones, y las de Semiramis, solo ponderaba como excesivamente superiores à todos aquellos Reyes. Pero la obstinacion de sus habitadores le irritó de suerte, que habiendo tomado la ciudad, la permitió al pillage, haciendola arrasar por los fundamentos: despues de lo qual, renovandose su justa indignacion contra los Memacenos, volvió à juntarse con Meleagro y Perdicas. Jamás se defendió plaza alguna mejor; pues demás de haber perdido Alexandro en ella sus mejores soldados, se vió en gran peligro su persona; porque habiendole alcanzado à la cabeza una piedra, despedida con gran violencia, cayó tan privado de sentido, que todo el Exército le lloró por muerto; pero su corazon, que no se rendia con quanto es capáz de abatir à los mas esforzados espiritus, desestimando la herida, apretó con tanto mayor calor en el Sitio, quanto aumentaba su natural ardor la ira que le ocasionó aquel accidente. Habiendo, pues, hecho minar el muro, se abrió una gran brecha, por donde entró en la ciudad, la qual fue puesta à saco, y arruinada por los fundamentos. Envió despues à Menedemo con tres mil Infantes, y ochocientos Caballos à Maracanda, de donde Spitamenes habia echado la guarnicion Macedona, para quedar asegurado dentro, aunque contra el dictamen de los habitadores, los quales enmedio de no aprobar su revelion, se hallaron precisados en lo exterior à mostrar, que asentian à él por no poder estorvarle. En el interin el Rey volvió à acampar sobre el Tanais,

nais, donde cercó de muros todo el espacio que habia ocupado su Exército, fundando alli una ciudad de setenta estadios de circunvalacion, à quien tambien puso por nombre Alexandria. Fue tan grande la diligencia que se puso en su fábrica, que en diez y siete dias quedó acabada, conociendo en su brevedad el trabajo y cuidado con que se emplearon todos à porfia à lo que estaba à su cuidado, y para su poblacion rescató de sus dueños à todos los prisioneros que habia, cuya posteridad floreció despues entre aquellas naciones, por la memoria de Alexandro.

CAPITULO VII.

NO BIEN CONVALECIDO ALEXANDRO de la herida, tiene consejo con los suyos sobre pasar la guerra à los Scythas: Declara Aristandro conforme al gusto del Rey los presagios, que descubre en las entrañas de las victimas: Queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil Infantes, y trescientos Caballos Macedones; cuya rota disimula Alexandro astutamente.

PEro el Rey de los Scythas, que reynaba de la otra parte del Tanais, reconociendo que aquella ciudad edificada en aquel rio era un yugo que se imponia sobre su cerviz, envió à su hermano Carthasis con gran número de Caballeria para demolerla, y echar de alli las Tropas Macedonas. Divide el Tanais à los Bactrianos de los Scythas de la Europa, asi como à ésta de Asia. Por lo que mira à los Scythas vecinos de la Thracia, corren del Oriente al Septentrion, y no confinan con los Sarmatas, como algunos han creido, son sí parte de ellos. Dilatandose despues en derechura, se juntan con los que habitan de la otra parte del Istro, y ponen fin à los terminos del Asia de la parte de los Bactrianos, que de todos los Asiaticos son los mas Septentrionales. No se ofrecen empero en todos aquellos parages sino profundas selvas y desmesurados desiertos, si bien las tierras que miran al Tanais y à la Bactra están cultivadas como las mas pobladas. Aunque no se hallaba Alexandro con intento de acometer à los Scythas, experimentando el atrevimiento con que

que à vista suya hacian correrias, no le pudo tolerar, enmedio de tenerle bien fatigado su herida, y sumamente debilitado el corto alimento que tomaba, y los crecidos dolores que padecia en la cabeza. Dabanle aun mayor cuidado que el enemigo, la gran concurrencia de contratiempos que se le ofrecian. La revolucion de los Sagdianos y la de los Bactrianos, el desacato de los Scythas, y el estado en que se hallaba, el qual no le permitia mantenerse en pie, ni ponerse à caballo, hablar à sus Tropas, ni dar las ordenes necesarias. Por cuyo interno y externo impedimento, *se quexaba de los Dioses, lamentandose de verse en un lecho imposibilitado de poder obrar con el ardor y diligencia, que no se habia defendido otro alguno hasta entonces, y expuesto à peligrar en el concepto de sus mismos soldados, y à que atribuyesen estos à ficcion suya su dolencia.* Por lo qual, aunque habia dexado de consultar à los Adivinos despues de haber derrotado à Dario, volvió nuevamente à aquellas supersticiones llenas todas de imposturas. Ordenó, pues, à Aristandro, de cuya ciencia hacia grande aprecio, que inquiriese por medio de los sacrificios el suceso, y fin de sus empresas. Era costumbre de los Adivinos examinar las entrañas de los animales en parte donde no se hallàse el Rey, à quien participaban despues, segun lo que habian observado, el presagio que denotaban. En cuyo interin llamó à su Tienda à Ephestion, à Cratero y à Erigio, con las guardas de su persona, y habiendoles hecho sentar muy cerca de sí, para no necesitar de levantar la voz, y exponerse con la fuerza à que se le volviese à abrir la llaga, les habló en estos terminos: *La coyuntura presente no puede ser mas contraria à mis intereses, ni mas favorable à los de mis enemigos; pero todo cede à la necesidad, mayormente en la guerra, donde no siempre corresponden las ocasiones à la solicitud y deseo con que se apetecen. Los Bactrianos han sacudido el yugo, que volviamos à imponerles, pretendiendo à agenas expensas y peligro, y sin riesgo proprio, hacer prueba de nuestro valòr. No es dudable, que si dexamos los Scythas, que voluntariamente nos acometen por volver contra los rebeldes, que nos despreciarán unos y otros. Pero tampoco lo es, que si pasamos el Tanais, y con la ruina de aquellos nos mostramos invencibles, que hallemos vence-*

de-

dores franco el paso à la Europa. Siendo cierto, que qualquiera que mide los terminos de nuestra gloria con el espacio que hemos de correr, se engaña, pues solo un rio se nos ofrece por impedimento, vencido el qual, se dilatarán nuestras armas por toda la Europa. ¿Tan corta gloria os parece que nos resultará de levantar nuestros trofeos, como en otro Mundo, mientras sujetamos el Asia, y unir en brevisimo espacio por medio de una sola victoria lo que la naturaleza separó con tan dilatada distancia? Pero por corto que sea el tiempo que nos detubieremos, nos hallarémos con los Scythas sobre nosotros. ¿Somos por ventura solos los que podemos pasar los rios? Nuestros mismos artificios, y las industriosas invenciones de que tan dichosamente nos hemos valido hasta aqui, se convertirán contra nosotros; porque la misma guerra enseña aun à los vencidos el arte de la guerra. No ha mucho que pudieron observar el medio de los odres de que nos valimos para pasar el rio; y quando los Scythas no acierten à usar de él, los Bactrianos se lo enseñarán: fuera de que si hasta aqui se hallan solo con un Exército, esperan en breve otros. Con que juzgando evitar la guerra, la atraerémos à nosotros, y en vez de hacerla ahora, como podemos à satisfaccion y gusto nuestro, nos la harán entonces à pesar, y no sin perjuicio nuestro. Esto es tan cierto, que no admite réplica. Lo que sí solo dudo es, que los Macedones me permitan, que obre como acostumbro por mí, porque despues de mi herida no he podido caminar à pie, ni à caballo; pero si quereis seguirme, veisme aqui sano, y con el vigor que basta para tolerar las fatigas de esta empresa, en la qual, si muriere, ¿dónde, ni en qué ocasion lo podré hacer, con mayor gloria? Habiendo expresado este razonamiento con voz tan débil y decadente, que aun los que se hallaron cerca, no sin dificultad pudieron entenderle, procuraron todos disuadirle de su intento, y con especialidad Erigio, el qual no pudiendo reducirle por medio de su autoridad, procuró hacerlo por el de la superstición, que era la que unicamente le contenia en algun recelo, diciendole, *que aun à los mismos Dioses desagradaba su empresa, y que corria gran peligro si pasaba el rio; pues le habia asegurado Aristandro,* (à quien encontré en la Tienda del Rey) *que las señales de las victimas eran poco*

fa-

favorables. Turbado, y colerico Alexandro al oirle, no menos que del mal anuncio, de que se hubiese descubierto la superstición que habia tenido con tan gran secreto, le hizo callar al punto, y llamar à Aristandro, à quien dixo: *Suponed, que no soy vuestro Rey, sino solo una persona particular: ¿por qué habeis revelado à otro que à mí, lo que anunciaba el sacrificio, que os pedí hicieseis? Vos habeis participado à Erigio lo que con mayor secreto tenia. Si bien no me persuado à que sea lo que él me ha dicho lo que vos le habeis revelado, sino lo que segun su miedo ha interpretado de las victimas. Por tanto os intímo con todo el poder y autoridad que tengo en vos; que me declareis quanto al presente habeis reconocido en las entrañas de los animales, para que no podais negar nada de lo que habeis dicho.* Quedó Aristandro tan confuso, y embargado del temor, que le faltó la voz, la qual se la recobró el que nuevamente le hizo concebir el riesgo, que le pudiera causar la dilacion de su respuesta. Y asi le dixo: *Es cierto, Señor, que declaré, segun mi juicio, que te empeñabas en una empresa peligrosa, pero no sin fruto. Asegurote, que no me dan tanto cuidado las señales que por mi ciencia he reconocido, como los temores en que mi amor me pone. Veo mal asegurada tu salud, y considero quantas vidas están pendientes de la tuya; y para decirlo de una vez, recelo que es mas tu valor, que son tus fuerzas.* Entonces el Rey le mandó que volviese à sacrificar, diciendole: *Que confiáse en su buena fortuna, y se aseguráse de que los Dioses no habian limitado su gloria à la conquista del Asia.* Tratando poco despues del modo de pasar el Tanais, volvió Aristandro, y le aseguró: *Que nunca habia visto señales tan favorables: Que eran bien diversas de las antecedentes, las quales à la verdad le habian dado que temer, pero que en éstas no tenia mas que desear.* Sin embargo las noticias que recibió poco despues, interrumpieron el curso de sus continuadas prosperidades. Dexamos referido, que habia enviado à Menedemo, para que sitiáse à Spitamenes, autor de la revolucion de los Bactrianos; éste, pues, noticioso de su jornada, le pareció mas conveniente, que esperarle dentro de sus murallas, disponerle una emboscada en el mismo camino por donde habia de pasar; con cuyo fin eligió un territorio cubierto todo

de bosques, y como tal muy à proposito para el intento. Hizo ocultar en él à los Dahos, los quales acostumbran montar bien armados, dos en un caballo, y arrojarse à tierra enmedio de la refriega con tan admirable disposicion, unas veces unos, y otras otros, que rompen los mas vigorosos Esquadrones, respecto de ser su ligereza igual à la de los caballos. Habiendoles mandado Spitamenes que cercasen el bosque, se ofrecieron improvisamente al enemigo por los costados, por el flanco y por la espalda. Menedemo, aunque se vió rodeado por todas partes, y con inferior número de Tropas, resistió largo tiempo, diciendo à grandes voces: *Que pues se hallaban asaltados, y empeñados en aquellos lugares, no les quedaba otro recurso que el de morir como hombres de valor, y el de vender bien sus vidas.* Iba en un generoso caballo, en el qual entraba y salia muchas veces à toda rienda por enmedio de los enemigos, en quienes hizo considerable mortandad; pero cargando todos en él, y faltandole la sangre, por la mucha que habia derramado de las inumerables heridas que recibió, pidió à uno de sus amigos, cuyo nombre era Hipsides, que se pusiese en su caballo, y se salváse; diciendo esto cayó en tierra muerto. Pudo Hipsides retirarse facilmente; pero habiendo perdido à su amigo, quiso antes morir con él, vengandole, que librarse con la nota de no haberlo hecho; y asi cayó oprimido de las continuadas heridas que recibió despues de pelear valerosamente. A vista de lo qual, ganaron los que habian quedado de la rota, una pequeña eminencia, donde fueron acometidos del enemigo, y oprimidos de hambre, la qual les obligó à que se rindiesen. Perdió Alexandro en este reencuentro dos mil Infantes, y trescientos Caballos, si bien dispuso con su prudencia que estubiese oculta la noticia de este contratiempo, à cuyo fin prohibió con pena de la vida à los que volvieron de padecerle, que le revelasen.

CAPITULO VIII.

MIENTRAS SE DISPONE EL EXERCITO para la guerra, llegan Embaxadores de los Scythas, los quales hacen una admirable oracion à Alexandro sobre la paz.

SIn embargo, no pudiendo Alexandro subsistir mas tiempo en la disimulacion de su cuidadoso sentimiento, se retiró à la Tienda, que habia mandado disponer à orilla del rio, donde se mantubo solo, pensativo y desvelado en lo que debia resolver. Levantaba à todas horas las cubiertas de su pavellon para divisar los fuegos de los enemigos, por si podia reconocer por ellos el número de que se componia su Exército. Luego que rompió el dia echó mano de sus Corazas, y se permitió à la vista de sus soldados, que hasta entonces habian estado privados de ella desde su ultima herida. Era tan grande la veneracion que le tenian, y tal la confianza que hacian de su invencible valor, que con su presencia perdieron todos sus temores, acreditando su gozo en las lagrimas que arrojaba à sus ojos el mismo gusto. Llegaban todos à besarle la mano, y à mostrarle con animosidad y brio al enemigo, contra quien poco antes habian medrosamente rehusado ir. Dixoles Alexandro, *que haria pasar su Caballeria y Phalange en barcas, y en odres à los que iban armados à la ligera.* Ni el estado présente de las cosas, ni el de su indisposicion permitia mas dilatado razonamiento. Trabajaron los soldados con tan gran vigilancia y presteza en las barcas, que en tres dias tubieron hechas doce mil. Hallabase todo dispuesto para pasar el rio; quando llegaron al Campo à caballo veinte Embaxadores de los Scythas, segun su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al Rey. Habiendolos hecho entrar Alexandro en su Tienda, los mandó sentar: hicieronlo asi, manteniendose algun tiempo sin quitarle los ojos, ni articular palabra; suspension que sin duda se la causaría, à lo que juzgo, el que regulando ellos, segun acostumbran, por la disposicion del rostro, y gentileza del cuerpo la grandeza del ánimo, hallarian, que no

correspondia la mediana estatura de Alexandro à lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso conceder, que los Scythas son menos rudos y groseros, que los demás Barbaros: pues se refiere, que entre ellos hubo algunos que profesaron las letras, en aquella manera, que es permitido à la capacidad de los que siguen siempre el manejo y uso de las armas. Conservannos hasta hoy las Historias la oracion que hicieron à Alexandro, la qual, aunque no dudo que parezca estraña, y poco conforme à la elegancia de la locucion, que se practíca en siglo tan culto, donde está delicadisimo el gusto de los ingenios, y que como tal se desprecie, tan poco, que sea grata la puntualidad que observamos en la Historia, la qual nos obliga à referir los sucesos, sin alterar algunos, conforme los hallamos. Lo que sabemos, pues, es, que el mas anciano de ellos habló à Alexandro en esta substancia: ›› Si la voluntad de los ›› Dioses te hubiese concedido la estatura del cuerpo correspon›› diente à tu desmesurada ambicion, toda la redondéz del Uni›› verso sería estrecho ambito para la magnanimidad de tu cora›› zon; tocarias con una mano el Oriente, dilatarias la otra al ›› Occidente, y pretenderias tambien seguir el curso del Sol has›› ta averiguar adonde se oculta ò se apaga su hermoso esplendor, ›› sin que se saciáse nunca tu inmoderacion de aspirar à quanto ›› no te es posible conseguir. Pasaste de la Europa al Asia, y del ›› Asia à la Europa, desde donde despues de haber reducido à tu ›› obediencia à todo el Mundo, harás guerra à los rios, à los bos›› ques, y las fieras; ¿pero qué, ignoras que los mas corpulen›› tos arboles, los quales han necesitado de largo tiempo para su ›› aumento, están expuestos al riesgo de verse instantaneamente ›› derribados, y arrancados de raíz? No es prudencia atender so›› lo al fruto que producen, sin considerar su elevacion, y el pe›› ligro de su caida. Advierte, que si pretendes penetrar hasta ›› lo mas encumbrado, será muy posible que te enredes entre ›› las ultimas ramas, y caygas en ellas. El Leon, aunque fuer›› te y generoso, sirve tal vez de alimento à los menores paxa›› ros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se vé ›› consumido por el orin: finalmente, nada hay en la naturale›› za, que no pueda menoscabarse por lo mas débil, y al pare-

„cer menos vigoroso. ¿Por ventura, nosotros, qué tenemos con-
„tigo? Nunca hemos puesto los pies en tus Dominios. ¿Es aca-
„so culpa de los que viven en los bosques, ignorar quién seas,
„y de dónde vengas? Nosotros, ni pretendemos obedecer, ni
„mandar à nadie: y para que entiendas quales son los Scythas,
„sabe, que hemos recibido del Cielo, como rico presente, una
„yunta de bueyes, una flecha, una lanza y una taza; esto es de
„lo que usamos, con lo que servimos à nuestros amigos, y de
„lo que nos valemos contra nuestros enemigos. Del trigo, que
„adquirimos por medio de la fatiga de los bueyes, hacemos
„partícipes à nuestros amigos; de la taza nos servimos para sa-
„crificar en ella el vino à los Dioses; de la flecha, para dispa-
„rarla de lexos contra nuestros enemigos; y de la lanza, para
„herirlos de cerca. Con estos instrumentos vencimos primero
„al Rey de Syria, despues al de Persia y à los Medos, y nos
„abrímos el camino para Egypto. ¿Mas tú, que blasonas de
„venir à exterminar los salteadores, no conoces que eres el ma-
„yor ladron del Mundo? Robaste y saqueaste todas las naciones
„que venciste: apoderastete de Lidia: invadiste à Syria, à Per-
„sia y à Bactra: penetraste hasta la India, y vienes ahora aqui
„à hurtarnos nuestros ganados; porque no pareciendote hermo-
„sas tus manos, sino quando están llenas, buscas siempre nue-
„vas presas. ¿Qué has de hacer de tan inmensas riquezas, las
„quales solo sirven de aumentar tu sed? Tú eres el primero
„que ha hecho carestia de la abundancia; como si quanto po-
„sees no fuese poderoso incentivo para obligarte à desear con
„mayor vehemencia, lo que no tienes. ¿No adviertes el tiem-
„po que há que te detienen los Bactrianos? Mientras tú los
„sujetas, se revelarán los Sogdianos, y no sacarás otro fruto de
„la victoria, que el de una semilla para nueva guerra; porque
„supongo, que seas el mayor, y mas poderoso Principe del
„Mundo; ¿tan facil te parece que es el querer admitir por Se-
„ñor à un estraño? Pasarás el Tanais, y reconocerás solamente
„toda la extension de nuestras campañas, desearás entonces se-
„guir à los Scythas; pero desengañate desde ahora, de que lo
„consigas: porque nuestra pobreza será siempre mas agil que
„tu Exército, cargado de los despojos de tantas naciones; y
„quan-

„ quando mas distantes nos juzgues, nos hallarás dentro de tus „ mismos alojamientos, pues con la misma velocidad que hui- „ mos de los enemigos, cargamos en ellos. Tengo entendido, „ que entre los Griegos pasan por proverbio los desiertos de los „ Scythas. Es cierto, que estimamos mas estos, y nuestros in- „ cultos lugares, que vuestras grandes ciudades y fertiles cam- „ pañas. ¿Quieres observar un saludable consejo, que en la co- „ yuntura presente es el mejor que puedo darte? Pues advierte, „ que es la fortuna deleznable: tenla bien asida, porque no te „ se huya; que aun asi no podrás detenerla, si gusta de dexarte; „ ò à lo menos ponla freno para que puedas regirla mejor. Es „ comun sentir de los nuestros, que la fortuna no tiene pies, „ sino manos y alas, y que quando franquea aquellas, no per- „ mite que se la llegue à tocar en éstas. Finalmente, si eres „ Dios, debes con generosa liberalidad dilatar en los mortales „ los beneficios, y no usurparles los que gozan; y si eres hom- „ bre, tener siempre presente tu humana naturaleza; porque es „ gran delirio pensar solo en lo que nos abstrahe de la memoria „ de nuestro sér. Los que dexares en paz, te serán fieles amigos; „ porque las mas firmes amistades las concilia la igualdad de las „ personas; y esta juzgan la tienen entre sí los que no han llega- „ do à medir sus fuerzas; pero no te persuadas à que te sean „ afectos los que quedaren vencidos, pues nunca hay amistad „ entre el Señor y el esclavo; el qual, en el mayor sosiego de „ la paz, conserva siempre reciente la memoria de la guerra, à „ quien mira como medio unico de sacudir el aspero yugo de su „ servidumbre. En quanto à la seguridad de nuestra alianza „ contigo, no es estilo, que practicamos los Scythas, el de ofre- „ cerla por medio del juramento, porque no conocemos otro, „ que el de guardarla con firmeza, sin necesitar para ello de „ jurarla. Quedense para los Griegos estos resguardos, las so- „ lemnidades de firmar sus contratos, y de llamar à los Dioses „ por testigos de sus promesas; que nosotros solo fundamos nues- „ tra religion en la observancia de nuestra buena fé, persuadi- „ dos à que no hará escrupulo de burlar à los Dioses, quien no „ se avergonzáre de faltar à su palabra à los hombres, y à que „ tú no necesitas de amigos, cuya fidelidad te sea sospechosa.

„ Que-

„ Quedarémos, pues, por guardas tuyas de la Európa y del „ Asia; cuyo cuidado, ¿de quién mejor le puedes fiar, que de „ los que te somos vecinos, asi por lo que mira à Macedonia, „ con quien se dice que confina la Tracia, hasta donde nos di- „ latamos, como à Bactra, de quien solo nos separa la extension „ del Tanais? Resuelve, pues, lo que tubieres por mejor, ò „ elegirnos por amigos, ò declararnos por enemigos. „

CAPITULO IX.

HABIENDO DESPEDIDO EL REY A LOS Embaxadores, pasa el Tanais: Hace guerra à los Scythas, y trata benignamente à los vencidos.

TAl fue la oracion del Barbaro, à quien Alexandro respondió en breves palabras: *Que él se valdria de su fortuna, y de su consejo; de aquella, para continuar en la misma confianza, que lo habia hecho siempre; y de éste, para no emprender nunca temeridad alguna.* Y habiendolos despedido, hizo entrar à su Exército en las barcas dispuestas, y poner en las proas de rodillas à los soldados que iban armados con escudos, para que se preservasen mejor de los tiros de las flechas, y detrás de ellos en pie à los que tenian el cuidado de las máquinas, cubiertos por delante y por los lados de soldados, prevenidos de todas armas. Los demás que seguian las máquinas llevaban escudos sobre las cabezas, unidos unos con otros, con quienes defendían à los remeros, armados de coseletes. Observaron el mismo orden las demás barcas que conducian la gente de à caballo, cuya mayor parte llevaban por la popa de las riendas los caballos, que pasaban nadando, y las barcas à su abrigo, à los que iban sobre los odres llenos de paja. Fue el Rey el primero que partió con el suyo, asistido de una Tropa escogida, à tomar la ribera contraria; la qual defendian los Scythas con su Caballeria, dispuesta en tan buena forma, que no pudo tomarla. Causó à los Macedones mayor terror, que el formidable aspecto de tan poderoso Exército, como el que se les ofreció en orden de batalla sobre la ribera, el riesgo en que se hallaron enmedio del rio; porque

car-

cargando los ímpetuosos embates de la corriente en los costados de las barcas, impedian à los que las gobernaban el que lo pudiesen hacer, y derrivaban à los soldados; los quales, asiendose de todo por no caer al agua, estorvaban el uso de los remos, en cuya desorden y confusion mal podian disparar los dardos los que atendian mas que à combatir à no zozobrar. Todo su remedio le debieron à las máquinas; las quales arrojaron de sí tan gran cantidad de piedras, que hicieron retroceder à buen paso à los que tanto se habian adelantado. Sin embargo fue tal la inundacion de flechas que dispararon los Barbaros en las barcas, que apenas hubo escudo, que no le dexasen reducido à menudos pedazos; pero luego que los Macedones empezaron à tomar tierra, puestos à un tiempo en pie los que iban resguardados de los escudos, y disparando con mas firmeza y libertad sus dardos, ninguno dexó de hacer efecto en los enemigos, contra quienes luego que los vieron en desorden, y que retiraban sus caballos, saltando en tierra con imponderable gusto, cargaron con sumo ímpetu y ardor, unos y otros; en cuya retirada, hallandose pronta la Caballeria, los siguió hasta acabar de romperlos, mientras que los demás, cubiertos de los Esquadrones, y de los que combatian, se dispusieron à hacerlo de refresco. Suplía el Rey con su vigoroso espiritu la falta de sus fuerzas: no se le podian percibir las voces con que animaba à los soldados, por la debilidad à que le tenia reducido la molestia de la herida, que aun conservaba abierta; pero veían todos el valor con que combatia, cuyo exemplo estimulaba de suerte à los soldados, que haciendo ellos mismos el oficio de los Cabos, se animaban unos à otros, y se arrojaban enmedio de los enemigos. No pudiendo ya resistir mas tiempo los Barbaros los valerosos esfuerzos de los Macedones, su presencia, ni sus gritos, habiendo enfrenado sus caballos, (por ser toda su gente de Caballeria) se entregaron à rienda suelta à la fuga. Y si bien el Rey no se hallaba en estado de fatigarse mucho, no dexó de seguirlos por espacio de ochenta estadios, hasta que faltandoles las fuerzas, ordenó à los suyos, que continuasen el alcance, en quanto duráse el dia, y se retiró à su alojamiento, para lograr algun descanso, y esperar à sus Tropas; las quales habian pasado mas allá de los límites de Bacho,

à

à quienes representan ciertas piedras crecidas, à distancia unas de otras, y algunos arboles de gran magnitud, cuyos troncos estaban cubiertos de yedra; habiendolos alexado tanto el ardor y ansia de alcanzarlos, que no volvieron hasta mediada la noche al Campo, despues de haber muerto infinitos enemigos, y hecho à muchos mas prisioneros, y una presa de mil y ochocientos Caballos, sin haber tenido mas pérdida en aquel combate, que la de sesenta Caballos, y cien Infantes, ni haber pasado de mil los heridos. La fama de esta expedicion y de victoria tan oportuna acabó de asegurar en la obediencia de Alexandro el Asia, y de sosegar las inquietudes y alteraciones, que en la mayor parte de ella se habian suscitado; porque si hasta antes de su rota restaban en concepto de invencibles los Scythas, ya confesaban despues de ella todos, que no habia nacion que no debiese ceder à los Macedones, como lo dieron à entender los Saces en la demostracion de despachar Embaxadores al Rey, ofreciendole su obediencia, movidos mas que de su valor, de la clemencia que usó con los Scythas, cuyos prisioneros restituyó sin rescate alguno: mostrando con esta accion, que solo habia combatido con nacion tan belicosa por emulacion de gloria, y no por odio, que la tubiese. Recibió, pues, con gran benignidad à los Embaxadores de los Saces, y nombró à Excipino para que los acompañáse; el qual por su florida edad y hermosura, habia grangeado la gracia del Rey, con no menor valimiento, que Ephestion, à quien aunque era igual en la disposicion y belleza de el cuerpo, no en la gracia y viveza del espíritu. Y habiendo ordenado à Cratero, *que le siguiese à cortas jornadas con la mayor parte de sus Tropas*, llegó à la ciudad de Maracanda, de donde advertido de su venida Spitamenes, habia salido fugitivo para Bactra. Desde ella llegó en quatro dias de camino al parage en que Menedemo habia perdido los dos mil Infantes y tres mil Caballos, como dexamos referido, à quienes mandó dar sepultura, y que se les hiciesen sus exequias. Habiase juntado ya Cratero, en cumplimiento del orden que tenia, con Alexandro; el qual, deseoso de que tubiesen todos parte en el castigo,

pues la habian tenido en el rebelion, separó sus Tropas, y mandó talar la provincia, y pasar à cuchillo à todos los que se hallasen en edad de poder tomar las armas.

CAPITULO X.

VALOR INVENCIBLE DE LOS NOBLES Sogdianos: Castigo de Beso: El Exército de Alexandro reforzado de nuevas Tropas.

HAllase la mayor parte de la Region Sogdiana desierta, cuya extension, compuesta toda de vastas soledades, es de ochocientos estadios: dilátase en derechura por un gran territorio, à quien baña un rio, llamado por los naturales *Polytimeto*. La estrechez de su canal es causa de la rapidez con que corre, hasta que à alguna distancia se oculta debaxo de tierra, sin que dé mas señas de su curso, que las que ofrece el ruido de sus aguas; porque en la tierra, debaxo de quien pasa, no se reconoce, enmedio de ser tan caudaloso, gota alguna de agua, ni de la menor humedad. Fueron llevados al Rey treinta mancebos, de los mayores Señores de aquella region, que se hallaron entre los prisioneros, de gentil estatura y admirable disposicion; los quales, sabiendo que los conducian al suplicio por orden de Alexandro; manifestaron en alegres canciones y en danzas y otras demostraciones festivas su gran regocijo. Del qual admirado el Rey al ver que celebrasen con aquel valor y gusto su proximo fin, mandó que los volviesen à su presencia, donde les preguntó por la causa de él, quando tenian tan cercana su muerte. Respondieronle: *Que asi como les sería ésta muy sensible por orden de otro, que no fuese él, solemnizaban con gran gusto suyo volverse à sus antecesores, por la de un Rey vencedor de todas las naciones, con muerte tan gloriosa y digna de que la apeteciesen los hombres de mayor valor.* Admirado el Rey de aquella grandeza de ánimo, les preguntó: *¿Si querian la vida, con calidad, de que no habian de ser mas sus enemigos*: A que le respondieron: *Que nunca lo habian sido, pues*

pues si le habian acometido, solo fue por defenderse. Y que si como usó de la violencia para ganarlos, se hubiese valido de la blandura, no habrian permitido que les fuese superior en la cortesania. Preguntóles por ultimo: *¿ Qué prenda le daban de su fidelidad?* Y ellos le dixeron: *Que ninguna mas, que la misma vida, que recibian de su benignidad, la qual tendrian siempre pronta y dispuesta para quando se la volviese à pedir*; cuya palabra cumplieron tan exactamente, que los que se volvieron à sus casas, mantuvieron en inmutable obediencia sus pueblos; y quatro que puso en la guarda de su persona, le conservaron tan gran fidelidad y amor como qualquiera de los Macedones. Habiendo, pues, dexado en aquella region à Peucolao con tres mil Infantes, por no ser necesarias alli mayores fuerzas, pasó à Bactra, de donde hizo llevar à Beso à Ecbatana, para que se le diese el ultimo castigo, que merecia su delito. Casi por el mismo tiempo le llevaron Ptolomeo y Menidas tres mil Infantes y mil Caballos, que habian levantado à sueldo suyo, à quienes se juntaron otros tres mil Infantes, y quinientos Caballos, que tambien llevó de Licia cierto Alexandro, y igual número de Siria, debaxo del mando de Asclepiodoro, sin ocho mil Griegos, que habia enviado Antipatro, entre quienes iban quinientos Caballos. Con tan considerable refuerzo marchó á sosegar las inquietudes y desórdenes de las provincias sublevadas, en quienes habiendo hecho dar muerte à los autores de los rebeliones, llegó en quatro dias al rio Oxo; cuyas aguas corren siempre tan turbias y dañosas, que son incapaces de beberse, respecto de la gran porcion de cieno que llevan. Por lo qual se dedicaron los soldados à abrir pozos, aunque sin haber podido hallar, por mas que habian ahondado, agua alguna, quando se descubrió en la Tienda del Rey una fuente; la qual, por no haberse reconocido al principio, se divulgó se habia aparecido repentinamente; cuya voz no disgustó à Alexandro, ni tampoco que se creyese habia sido favor de los Dioses. Pasó despues los rios Ocho y Oxo, y llegó à la ciudad de Marginia, en cuyas cercanias eligió cómodo sitio para fundar seis ciudades, dos ácia el Medio-dia

y quatro ácia el Oriente, à corta distancia unas de otras, para que pudiesen mas facilmente ser entre sí socorridas. Lebantavanse sobre altas colinas, y servian entonces de freno à aquellos pueblos nuevamente conquistados, si bien el dia de hoy, olvidados de su origen, obedecen à los que mandaron.

CAPITULO XI.

OBLIGA ALEXANDRO A LA CIUDAD de Piedra à que se rinda, enmedio de ser por su situacion sumamente fuerte y casi inexpugnable.

HAbiendo pacificado Alexandro la mayor parte de aquella region, no le quedaba por reducir mas que una gran peña, que mantenia Arimaces Sogdiano con treinta mil hombres de guerra, y municiones para dos años. Contenia aquel lugar treinta estadios de altura, y ciento y cinqüenta de circuito. Ofreciase por todas partes desgajada y rota, sin que pudiese penetrarse su altura sino por una senda muy estrecha y quebrada. Enmedio de la qual habia una gruta, cuya entrada era muy estrecha y obscura, aunque quanto mas dentro se llegaba, tanto mas se iba ensanchando hasta lo ultimo de ella, donde se ofrecian muy grandes reductos, de quienes salian infinitas fuentes, cuyas aguas todas acumuladas formaban un rio, que corria por entre las rocas. El Rey habiendo reconocido la dificultad del lugar, estubo en resolucion de dexarle; pero deseoso despues de superar aun las de la naturaleza, la qual parece le habia fortificado contra las fuerzas y poder de los hombres, mudó de dictamen: si bien antes de empeñarse en aquel sitio, envió à Cophas, hijo de Artabazo, à los Barbaros, para persuadirles à que se rindiesen; à cuya instancia respondió Arimaces, confiado en su fortaleza, con gran arrogancia, preguntando por ultimo, *si Alexandro, que lo podia todo, podia tambien volarla.* Con lo qual quedó tan irritado el Rey, que sin dilacion alguna juntó sus Cabos, para ponderarles *la insolencia con que el Barbaro se burlaba de ellos, dandoles*

à

à entender, que no tenian alas; pèro que bien apriesa le haria conocer, que los Macedones quando querian se transformaban en paxaros: para cuyo fin, dió orden de que se escogiesen trescientos hombres de los mas robustos y ágiles de sus Tropas, y que fuesen, si pudiese ser, Montañeses, que en otras ocasiones las hubiesen conducido de ganado por lugares asperos. Luego que los traxeron à su presencia con todas las calidades que los habia pedido, les dixo despues de haberlos reconocido uno à uno: *Con vosotros, ò valerosos jovenes, compañeros mios, rendì las plazas, que hasta entonces habian tenido por impenetrables todos: penetré los montes, à quienes cubren continuamente las nieves, pasé los rios, corté los estrechos de Cilicia, resistí el insoportable frio de la India. Conoceisme, y conozcoos. Esa peña que veis no tiene mas que una entrada, la qual guardan los Barbaros, descuidando en lo demás. No tienen centinela alguna, sino por la parte que mira à nuestro Campo. No dudo, que si os aplicais cuidadosamente à buscar alguna senda, por quien se pueda penetrar à la altura de la peña, que la halleis, pues no ha producido la naturaleza nada tan inaccesible, que no pueda vencerlo el valor y virtud de los hombres. Intentando una empresa, de quien los demás desesperaron, quedarémos señores del Asia. Penetrad animosamente à la cima, y hacedme desde ella, luego que la hubiereis ganado, señal con un lienzo blanco, que yo os prometo no dexar de atraer a mí al enemigo con mis Tropas, desembarazandoos de él. Al primero que llegáre à lo alto de la peña, ofrezco pòr premio de esta accion diez talentos, uno menos al segundo, y à esta proporcion à los demás, hasta el decimo. Espero, que mas que el interes, os animará la honra y el deseo de darme gusto.* Oyeron al Rey con tan grande animosidad, que ya se suponian sobre la peña, y despedidos de él, se previnieron de muchas cuñas de hierro para fixarlas en las piedras, de muchas evillas y de muy gruesos cordeles. Y habiendo cercado el Rey el monte con ellos, les dió orden de entrar á la segunda vigilia de la noche, por la parte que parecia menos aspera, pidiendo à los Dioses los conduxesen felizmente. Proveyeronse de viveres para dos dias, y no llevando mas armas que su es-

pa-

pada y lanza, empezaron à subir. Hacianlo al principio por sus pies; pero quando era necesario trepar, se asian unos de las piedras, que alcanzaban, y subian por sí mismos, otros por las cuñas de hierro, que fixaban en forma de escalones, y otros sostenidos de las cuerdas, que les echaban los primeros, ò de las que arrojadas por ellos solian asirse en algun risco; en cuyo penoso trabajo gastaron el dia entre el susto y la fatiga. Quedabales empero que vencer lo mas aspero y no parecia sino que quanto mas penetraban por llegar à sū altura, tanto mas crecia; à cuyo desconsuelo se les llegaba el horrible expectáculo de los compañeros, que se precipitaban, y la consideracion de lo expuestos que estaban à padecer el mismo riesgo. Sin embargo, cediendo todas las dificultades à su animosidad, ganaron la cumbre de la peña; pero tan rendidos de la fatiga, que embargados del sueño à que ayudaba la noche, se echaron por aquel aspero suelo, depuesto el cuidado del peligro en que estaban, y sin que despertasen de aquel profundo sueño hasta el dia siguiente, que dilatando la vista por todas partes, sin poder descubrir el lugar adonde se ocultaba tan numerosa gente, vieron por ultimo el humo que salia de la gruta donde estaban los enemigos: con lo qual, habiendo hecho la señal, conforme se lo habia ordenado el Rey, y reuniendose, hallaron treinta y dos menos, que habian muerto al subir. El Rey, en quien no era menor que el deseo de obtener aquella empresa, el cuidado en que estaba del suceso de aquellos mancebos, à quienes habia expuesto à tan conocido riesgo, se mantubo todo el dia en pie, sin quitar la vista de la peña, y sin haber querido retirarse à descansar, hasta que fue muy de noche. Fue el primero, que à la mañana del dia siguiente alcanzó à ver la señal; y si bien no acababa de asegurarse de ella, receloso de que no se equivocasen sus ojos, y fuese aquella blancura que veia efecto de la claridad, que causaba el alva en el nacimiento del dia, y no la que deseaba, aumentada la luz de éste, acabó de confirmarse en ella: con lo qual, habiendo mandado llamar à Cophas, que era de quien se habia valido para averiguar la voluntad de los Barbaros, le envió nuevamente para que los

exor-

exortáse à que mirasen mejor lo que resolvian ; y para que en caso de que los halláse obstinados , les mostrase à los que tenian à sus espaldas sobre la cumbre. Hizo Cophas lo que pudo por reducir à Arimaces à que se rindiese , representandole , *que obligaría al Rey si desistia de detenerle en la expugnacion de una peña , atrasando la prosecucion de las grandes empresas que le llamaban* , pero el Barbaro se hallaba tanto mas lexos de persuadirse à sus ïnstancias , quanto le respondió con palabras de mayor aspereza y sobervia , intimandole , que se volviese. Entonces Cophas , tomandole de la mano , le pidió , que saliese con él fuera de la gruta , y habiendolo hecho el Barbaro , y mostradole à los Macedones alojados en la cumbre , le dixo , burlandose con razon de su orgullo , *que los soldados de Alexandro tenian alas* ; à cuyo tiempo, resonando por todas partes las Tropas del Campo de los Macedones , y los gritos , que en testimonio de su alegria y de la seguridad de la victoria , esparcia por todo el Exército , accidentes , que aunque tan vanos por sí , todos como muchos que suceden en la guerra , amedrentaron de suerte à los Barbaros , que los enagenaron de la razon , para que sin considerar en el corto número de los que ocupaban la eminencia , llamasen inmediatamente à Cophas , que los habia puesto en aquel terror , y despachasen en su compañia treinta personas de las mas principales de entre ellos , para que ofreciesen la peña con calidad de que les asegurasen las vidas. Y si bien el Rey no dexaba de hallarse receloso de que los Barbaros , reconociendo el corto número de los suyos , los precipitasen de la cumbre, confiado por una parte en su fortuna y irritado por otra del atrevimiento de Arimaces , reusó concederles condicion alguna. A vista de cuya resolucion , desesperando Arimaces de sus cosas mas de lo que pedia el estado de ellas , descendió con sus parientes y la principal nobleza de su gente al Campo de Alexandro , el qual los hizo azotar con varas, y despues poner en cruz al pie de la peña. La muchedumbre de los rendidos se dió à los habitadores de las nuevas ciudades , con todo su dinero , y el gobierno de la peña y de toda la provincia confinante à Artabazo.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

HABIENDO SUJETADO ALEXANDRO A los Dahos y à los Sogdianos, le ofrecen los Scithas en matrimonio à la hija de su Rey: Mata por sí solo à un leon en cierta caza, y poco despues da muerte à Clito en un festin, por la gran libertad con que habló de él.

APODERADO Alexandro de aquella peña con mayor crédito que gloria, y pareciendole conveniente aprovecharse de la ocasion de hallarse esparcidos los enemigos, dividió en tres partes su Exército, de las quales dió una à Ephestion, otra à Ceno, y reservó para sí la restante; pero no todos los Barbaros siguieron un mismo partido, porque algunos fueron sojuzgados por medio de las armas, y la mayor parte se rindió voluntariamente, logrando que se distribuyesen en ellos las ciudades y tierras de los que se mostraron pertinaces. En tanto los Bactrianos, que se habian hecho al campo, forrageaban en los villages vecinos con ochocientos Caballos Masagetas; noticioso de ello Attinas, Gobernador de la provincia, quiso reprimir su atrevimiento, despreciando, mas de lo que debiera, el número de los que se habian levantado, marchó contra ellos con trescientos Caballos; pero los enemigos, ocultandose en un bosque, que estaba inmediato à una dilatada campaña, dexaron descubierto algun número de gente, que separaron de las Tropas, para que la codicia de la presa los llevase à la emboscada. Marchando, pues, aquel inconsiderado Capitan desordenadamente, y sin mas cuidado que el de cumplir su deseo, no hubo bien entrado en el bosque, quando improvisamente fue cargado y derrotado con toda la gente que llevaba. Pasó inmedia-

diatamente aquella noticia à la de Cratero, el qual acudió allí con toda su Caballeria; pero habiendose retirado ya los Masagetas, descargó su colera en los Dahos, con muerte de mil hombres, lo qual acabó de poner fin à todos los movimientos de la provincia. El Rey por su parte, habiendo sojuzgado nuevamente à los Sogdianos, volvió à Maracanda, donde Berdes, à quien habia despachado à los Scythas, que habitan sobre las riberas del Bosphoro, le vino à encontrar con sus Embaxadores, Phrataphernes, Satrapa de los Corasmios, viendo sojuzgados à los Masagetas, y despues à los Dahos sus vecinos, le envió tambien à dar la obediencia. Pedianle los Scythas, *que se casáse con la hija de su Rey, y que si no le juzgaba digno de aquel honor, permitiese à lo menos, que los principales de su Corte hiciesen alianza con los primeros Señores de su nacion, ofreciendole, que su mismo Rey vendria en persona à verle.* Recibió Alexandro una, y otra embaxada con demostraciones de gran benignidad, y despues de haberse detenido alli algunos dias, para esperar à Ephestion y à Artabazo, pasó luego que llegaron à Bazaria. En cuya region, su mayor magnificencia consistia en bosques poblados de fieras, para cuyo efecto elegian grandes selvas, bañadas de gran cantidad de agua, las quales cerraban con murallas guarnecidas de torres, en quienes pudiesen retirarse los cazadores. Mostraron entre otros uno, donde habia mas de trescientos años que no se cazaba. Entró en él el Rey con todo su Exército, y habiendo hecho que conmoviesen las fieras por todas partes, separandose de las demás un leon de rara y desmesurada grandeza, se fue à él; à cuyo tiempo, anticipandose Lysimacho, que reynó despues, y entonces se hallaba al lado del Rey, à dispararle un dardo, le ordenó éste que se retiráse, diciendole, *que tambien podia él matar à un leon, como lo habia hecho Lysimacho*; porque cazando cierto dia este Principe en Syria, mató Lysimacho un leon de prodigiosa grandeza, aunque con la costa de haber sacado una herida en la espalda izquierda, que le penetraba hasta el hueso, la qual le reduxo al ultimo peligro: asi Alexandro zahiriendole con ella, lo executó aun mejor que lo dixo, pues no solo hizo rostro à la fiera, sino la dió muerte à la violencia de un golpe. Cuyo suceso, si no me engaño, tengo por cierto,

que dió ocasion para que se dixese bien contra toda verdad, *que Alexandro expuso à Lysimacho al leon.* Aunque este suceso fue tan felíz al Rey, con todo, ordenaron los Macedones, segun su estilo, *que no fuese en adelante à caza à pie, y sin llevar consigo algunos de sus Grandes, y de sus Oficiales.* Concluida aquella, despues de haber muerto hasta quatro mil fieras, dió una comida à todo su Exército en el mismo bosque, desde donde se volvió à Maracanda. Alli, atendiendo à las instancias con que Artabazo solicitaba por su crecida edad, que proveyese su Gobierno en otro, nombró para él à Clito. Era éste el que cubrió al Rey con su escudo, quando combatió en el Granico, sin ningun reparo en la cabeza: el que cortó la mano à Rhosazes, quando la habia levantado para matarle, uno de los soldados antiguos de Philipo, y de los que mas se habian señalado en muchas ocasiones; y ultimamente hermano de Helanica, que habia criado à Alexandro, à la qual amaba no menos este Principe, que à su propia madre. Por cuyas razones todas, fiaba de él una de las mas importantes provincias de su Imperio. Habiendole, pues, ordenado, que partiese al dia siguiente, le convidó aquella noche à un festin, en el qual despues de haber bebido muy bien el Rey, se introduxo à celebrar sus ilustres acciones, sin limitarse en sus propias alabanzas; las quales disgustaron, aun à los mismos que no ignoraban eran ciertas. Contubieronse sin embargo los mas ancianos, hasta que empezó à deslucir los hechos de Philipo, y à vanagloriarse, *de que aquella famosa victoria de Cheronea se le habia debido à él, y que le habian usurpado la gloria de tan esclarecida accion la malignidad, y zelos de su padre: Que en la sedicion que sobrevino entre Macedones y Griegos, levantados à sueldo suyo, debilitado Philipo de la herida, que recibió en aquel tumulto, se habia postrado por tierra, no habiendo discurrido otro recurso mas seguro para salvarse que el de fingirse moribundo, y que entonces le cubrió con su escudo dando muerte à los que intentaban cargarle; pero que su padre nunca quiso confesarle este beneficio, como disgustandose de deber la vida à su hijo: Que en la jornada que hizo contra los Ilirios obtubo solo la victoria, sin que Philipo se hallase en ella, ni tubiese mas noticia de la rota de los enemigos, que la*

que

que le dió en sus cartas : *Que aquellas acciones eran dignas de alabanza , y no las que habian tenido principio en los Samothraces , quando convenia entrar à fuego y sangre por el Asia* ; *y finalmente , que la grandeza de las suyas excedia de la credulidad de los hombres*. Oía gustosa la juventud estas y otras jactancias, pero no los ancianos , à los quales eran intolerables , especialmente las que miraban à deslucir las acciones de Philipo , debaxo de cuya mano habian servido tantos años. Por lo qual , entre otros , Clito , que tambien habia bebido bien , volviendose ácia los que estaban sentados debaxo de él , les repitió cierto verso de Euripides , de suerte , que aunque pudo oir el Rey los ecos , no percibir sus palabras , cuya substancia era : *Que fue gran desacuerdo de los Griegos haber ordenado , que en las inscripciones de los trofeos no se pusiesen mas que los nombres de los Reyes , porque se les defraudaba la gloria de lo que habian obtenido al precio de su sangre*. No dudando el Rey , que en lo que hubiese dicho , se mezclàse algun donayre picante , preguntó à los que tenia cerca , ¿ qué habia sido ? Y no respondiendo nadie , levantó Clito la voz , y pasó à referir las acciones y guerras que habia tenido Philipo en la Grecia , prefiriendolas à quanto se hacia entonces , que fue causa de que se formàse una disputa entre mozos y viejos. Y si bien el Rey afectó oir con tolerancia quanto habia dicho Clito en diminucion de su gloria , le hirió vivamente el corazon. Con todo hubiera continuado en reprimirse, si Clito hubiese puesto fin à sus desacordadas expresiones ; pero continuando , mas encendido del vino , con mayor insolencia en ellas , le irritaba mas , teniendo osadia de defender à Parmenion, y de dexarse decir , que la ruina de Thebas habia sido empresa de cortisima consideracion , comparada con la victoria que Philipo habia obtenido de los Athenienses. Finalmente , preocupado no solo del vino , sino de una obstinada terquedad , dixo , haciendo rostro al Rey : *En caso de ser necesario exponer la vida por tu servicio , ninguno la sacrificará primero que Clito ; pero sin embargo en el de tratarse de la distribucion de los premios, de quienes eres árbitro , à qualquiera que habláre con mayor ultraje de la memoria de tu padre , le juzgarás por mas digno de ellos para preferirle en los frutos de la victoria. Hasme dado el*

Gobierno de la region Sogdiana, que tantas veces se ha solevado, y que no solo es incapáz de contenerla en el sosiego, sino tambien de sojuzgarla, enviandome entre fieras negadas à domesticarse; pero omitiendo lo que à mí toca, paso à tratar de lo que mira à los demás. Has desatendido enteramente à los soldados de Philipo, poniendo en olvido el señalado servicio que te hizo Atharias, este ilustre varon que ves aqui, quando fue por sí solo poderoso para que volviese al combate la juventud, que amedrentada se habia entregado à la fuga, sin cuya diligencia hubieramos consumido el tiempo en Halicarnaso, subsistiendo aun hoy alli. ¿Cómo habrias podido solo con ella sojuzgar el Asia? ¡Qué bien dixo tu tio, quando dixo, que él habia contendido con hombres, y tú con mugeres! Entre quantas grandes libertades oyó à Clito, ninguna le irritó tanto, como que hubiese alabado à Parmenion. Sin embargo, disimulando su indignacion, se contubo contento *con mandarle salir de donde estaba*, y con decir, *que si hubiese continuado en hablar le habria sin duda dado en rostro con que le era deudor de la vida, como de ordinario se vanagloriaba de ello.* Pero acabando Clito de levantarse, se lo pidieron los que estaban cerca de él, y no bastando, pasaron à usar de los medios de la fuerza para sacarle de alli. Por cuya demostracion colerico, sobre embriagado, prorrumpió, diciendo à grandes voces: *Que habia expuesto su vida al golpe que se descargaba sobre la de Alexandro para asegurarla, y que habiendose pasado la ocasion de tan señalado servicio, le era odiosa la memoria de él.* Y no contento con este atrevimiento, pasó à condenar la muerte de Attalo, y à burlarse del Oráculo de Jupiter, de quien decia Alexandro, que era hijo, vanagloriandose, *de haberle dicho mas verdad que su padre.* Con lo qual, el Rey, no pudiendo ya mas con la ira, à que le provocaban tan repetidos insolentes desacatos, y que aun sin los encendidos vapores del vino, no pudiera haber reprimido mas tiempo, partió colerico, y arrebatando de las manos del primer soldado una lanza, iba à descargar el golpe de ella en Clito, que aun se mantenia en la expresion de su atrevimiento, y lo hubiera executado à no haberse puesto de pormedio Ptolomeo y Perdicas, deteniendole à pesar de sus esfuerzos, y à no haberle quitado la lanza Leonato y Ly-

simacho. Sobre que se quexó, diciendo à grandes voces: *Que asi como à Dario, le habian aprisionado à él las personas de quienes hacia mayor confianza, è implorando la fidelidad de sus soldados, hizo tocar la trompeta para que tomasen las armas, y fuesen en su socorro.* Entonces Ptolomeo y Perdicas, echandose à sus pies, le suplicaron: *Que no se dexáse llevar de los ímpetus de la ira, y que diese lugar al desahogo de ellos, difiriendo al dia siguiente su resolucion para que fuese mas justa y templada.* Pero preocupado de ella, y sordo à las persuasiones, partió desatinado à palacio, en cuya entrada, habiendo quitado à la centinela la lanza, se puso en el camino por donde era preciso que pasasen los que habian cenado con él. Habianse retirado todos, sino era Clito, que salia sin luz; preguntóle el Rey, quién era, con voz que anunciaba lo que iba à executar; y él, habiendosele pasado ya la colera, aunque no à su Señor, le respondió llanamente, *que era Clito que se retiraba.* Apenas lo hubo acabado de pronunciar, quando le atravesó la lanza, y bañado en su sangre, le dixo: *Vé ahora en busca de Philipo, de Parmenion y de Attalo.*

CAPITULO II.

ARREPIENTESE ALEXANDRO DE HABER muerto à Clito: Sus expediciones contra Sysimethres, y los transfugas Bactrianos: Muerte de Philipo, mancebo ilustre, y de credito.

ES preciso confesar, que quanto la naturaleza se esmeró liberal en colmar de beneficios al hombre, tanto se acreditó de cruel con él en haberle dexado tan expuesto por su flaqueza, à considerar menos sus acciones antes de obrarlas, que despues de executadas. Esto sucedió à Alexandro, el qual no bien se halló libre de los vehementes impulsos de la colera, y de los ardientes vapores del vino, quando conoció el desacierto que habia cometido en haber muerto à un hombre, que aunque habia abusado de su tolerancia, era digno por sus largos servicios, por su destreza en la disciplina militar, y por el señalado de haber-

berle dado la vida, à pesar de la afrenta que recibia en confesarlo, de que se lo hubiese disimulado; y la ignominia que le resultaba de haber sido él mismo ministro de su venganza, y de haber castigado con tan cruel muerte las licenciosas palabras, que debieran atribuirse, mas que à efectos de desacato, à la preocupacion del vino. Veía anegado en su sangre à las puertas de palacio, à quien no habia muchas horas que honró con su mesa, y à sus guardas separadas de su persona, y tan medrosas, que no se atrevian à acercarse: cuyas cosas todas le reduxeron à tan desesperados terminos, que tubo impulsos de darse muerte, à que contribuía mucho la soledad. Dexandose, pues, llevar de ellos, sacó la lanza del cuerpo de Clito, que la tenia aun atravesada, y volviendo la punta contra el suyo, iba à metersela por el pecho, como lo hubiera executado, si advirtiendolo sus guardas, no se lo hubiesen estorvado, aunque con alguna dificultad, y le hubiesen llevado à su Tienda: en donde, arrojadose à tierra, prorrumpió en desmedidos gritos, de quienes llenó todo el palacio, hiriendose el rostro, y pidiendo à los que le rodeaban: *Que no le dexasen vivir, despues de haber executado accion tan ignominiosa*; en cuyo ruego insistió quanto duró la noche. Y el dia siguiente, discurriendo en si podria haber sido castigo de los Dioses el haberle dexado de su mano para que cometiese aquella culpa, se acordó que no habia sacrificado à Bacho, como lo tenia de costumbre; y que habiendo hecho aquella muerte entre el vino y los manjares, era señal evidente de la indignacion de aquel Dios. Pero lo que mas aumentaba su dolor, era ver à todos los suyos aturdidos, considerando, que ya ninguno se atreveria à tratar con él, y que todos le huirían, hallandose precisado à vivir solitario, qual fiera temida de todos, y de todos temerosa. No bien hubo declarado su luz el dia inmediato, quando ordenó, que se le llevase à su Tienda el cuerpo de Clito, anegado como estaba en su sangre; à vista de cuyo espectáculo, deshecho en lagrimas, decia: *¿Es esta la recompensa que he dado à quien me alimentó con sus pechos, cuyos dos hijos murieron en el Sitio de Mileto, en mi servicio, y por mi gloria? ¿Es posible que en mi mesa diese muerte à un hermano suyo, que era el unico consuelo que le habia quedado despues de la pér-*

pérdida de sus hijos? ¿Qué será ahora de aquella pobre infelíz? No le ha quedado otro recurso, sino el mio; ¿pero cómo podrá ya verme sin horror? ¿Cómo, pues, me atreveré à volver homicida de mis amigos, y de los que me dieron la vida, adonde no podré dar la mano, à quien me alimentó con sus pechos, sin renovar la memoria de su infortunio? En cuyas desconsoladas expresiones, viendo los suyos que no cesaban sus lagrimas, hicieron llevar de alli el cuerpo, faltando el qual se mantubo por tres dias solo, oculto, y sin permitirse à la comunicacion de nadie, hasta que viendole sus Oficiales y guardas tan obstinado en la desesperacion, entraron juntos en su Tienda, donde, à fuerza de sus persuasiones y ruegos, le vencieron à que comiese; y para que le fuese menos ignominioso su yerro, declararon por un Decreto solemne: *Que Clito habia muerto justamente;* y que no le hubieran dado sepultura à no haberlo mandado el Rey. El qual, despues de haberse detenido dos dias en Maracanda, para acabar de perder el empacho con que estaba, envió à Ephestion à la Bactra, con parte de sus Tropas, à que dispusiese las provisiones para el invierno: dió el Gobierno, para que estaba nombrado Clito, à Amintas, y él pasó à Xenippa, cuya region confina con Scythia, y estaba muy poblada de villas, respecto de la crecida fertilidad de la tierra; la qual, no solo mantiene à los naturales, sino à muchos estrangeros. Era esta la retirada de los Bactrianos, vandidos, que se habian separado de la obediencia de Alexandro, los quales, arrojados de alli por los naturales, noticiosos de la ida de Alexandro, habian juntado dos mil y doscientos hombres, cuya gente era toda de à caballo, alimentada de solo los robos, y cuyos brutales espiritus se habian hecho mas furiosos con la guerra, y con la desesperacion del perdon. Descargaron tan repentina y furiosamente en Amintas, Gobernador de Alexandro, que estubo por largo tiempo dudosa la victoria, hasta que habiendo perdido setecientos de los suyos, de quienes se hicieron prisioneros trescientos, se encomendaron à la fuga, no sin haberse vengado, por haber muerto ochenta Macedones, y herido à trescientos y cinqüenta. Con todo, el Rey, no dexó de perdonarlos, enmedio de habersele rebelado dos veces; y habiendoles hecho prestar juramento, pasó con todo su

Exér-

Exército à una provincia llamada Naura, cuyo Satrapa era Sysimethres; el qual tenia dos hijos, habidos en su propia madre, conforme à la costumbre de aquella barbara tierra, en quien se permiten semejantes casamientos. Este, pues, habia levantado dos mil hombres de guerra, y fortificado el paso de las montañas, como la unica entrada que se ofrecia. Cerca de la qual corria un caudaloso rio, que servia de foso à una quebrada peña, que estaba detrás; la qual habian cortado por enmedio, para abrir camino: su entrada era bastantemente clara, respecto de participar de la luz del dia; pero lo demás tan obscuro, que no se podia dar paso por él sin alguna artificial: y cuya estrecha senda, la qual se dilataba à la campaña, solo era conocida à los naturales. Y si bien los Barbaros defendian valerosamente aquel estrecho, bastantemente fuerte por sí, habiendo mandado Alexandro acercar los Arietes, empezó à derribar todos los reparos que habian hecho, y à romperlos à tiros de hondas y de flechas; y pasando despues à ponerse sobre las ruinas, se adelantó ácia la peña. Pensaba alojarse al pie de ella; pero estando de por medio aquel caudaloso rio, en donde se juntaban todas las aguas, que descendian de lo alto, tubo por empresa muy dificil agotar abismo tan profundo. Con todo, hizo cortar arboles, y juntar gran cantidad de piedras; cuyo trabajo, viendole los Barbaros, para quienes eran nuevas aquellas obras, tan adelantado en tan corto tiempo, quedaron aturdidos, manifestando que capitularian. Envióles el Rey à Oxatres, que aunque era de su nacion, seguia el partido de Alexandro, para que los persuadiese à que se rindiesen; y en el interin, para aumentar su pavor, hizo adelantar las torres con las máquinas, que arrojaban gran cantidad de tiros; con cuya diligencia, abandonada la defensa enteramente, ganaron la cumbre de la peña. Oxatres, viendo al Satrapa amedrentado, y desesperado de sus cosas, le exortó, *à que procuráse antes merecer la fé de los Macedones, que experimentar sus armas, y à que no dilatáse con su rendimiento la prosecucion de un victorioso Exército, que pasaba à la India, y à quien no podia oponerse, sin llevar à sí la tempestad que iba à descargar sobre otros.* Oíale Sysimethres sin repugnar por sí rendirse; pero su muger y madre à un tiempo, protestando que

que-

queria antes morir, volvió el ánimo del Barbaro, y le obligó à dexar el mas seguro partido, por seguir el mas honroso: si bien, midiendo despues sus fuerzas con las del enemigo, se arrepintió de haberse dexado llevar del temerario consejo de una muger; y habiendo hecho volver à llamar inmediatamente à Oxatres, le ofreció rendirse, pidiendole, solo: *Que no dixese al Rey la resistencia de su madre, para que pudiese mas facilmente obtener tambien perdon.* No bien hubo partido Oxatres, quando le siguió él con su muger y sus hijos, y todos los suyos, sin esperar prenda alguna de lo que se le habia ofrecido. Mandóle el Rey, *que se volviese à su plaza, y que le esperáse en ella.* Y despues de haber sacrificado à Minerva, y à la Victoria, le conservó en el gobierno, prometiendo aumentar sus límites, si se lo merecia su fidelidad, para cuya mayor seguridad admitió dos hijos suyos, que le dió y gustó de que le siguiesen à la guerra. Dexó alli su Phalange, por adelantarse con su Caballeria contra los rebeldes: resistieron al principio, quanto les fue posible la aspereza y dificultad del camino; pero gastandose las uñas de los caballos, los quales se hallaban tan rendidos, como las personas, respecto de las largas marchas, hubo muchos que no pudieron seguirle, de que resultó que se fuesen disminuyendo poco à poco las Tropas, y de que la excesiva fatiga no diese lugar à que le tubiese en su consideracion la ignominia de quedarse atrás. El Rey mudaba de ordinario de caballos, y seguia incesantemente à los fugitivos, sin que entre todos los mancebos nobles, que de ordinario le acompañaban, hubiese alguno que lo hiciese entonces, sino fue Philipo, hermano de Lysimacho, cuya edad no pasaba de veinte años, y cuyo espíritu se dió bien à conocer en aquella ocasion; porque hallandose à pie siguió el espacio de doscientos estadios (cosa increible) al Rey, que iba en tan buenos caballos, sin haber querido tomar el de su hermano, que se le ofreció muchas veces, ni haberse separado de Alexandro, aunque caminaba armado con la coraza y las demás armas. Habiendo poco despues llegado à un bosque, donde se le tenia dispuesta cierta emboscada, executó prodigiosas acciones, y cubrió al Rey, que

combatia bien cerca con los enemigos; y despues de haberlos obligado à huir, faltandole enteramente aquel gran valor, que mantubo en el calor del combate, y sobreviniendole un sudor frio, que le precisó à arrimarse à un arbol, espiró en los brazos del Rey, à quien no fue menos sensible, que aquella pérdida, la noticia que tubo de la muerte de Erigio, uno de sus primeros Cabos, sucedida poco antes que él se volviese à su Campo, donde les mandó hacer sobervios funerales.

CAPITULO III.

MANDA ALEXANDRO A LA MUGER de Spitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, à quien habia muerto, que salga fuera del Campo: Venga algunas provincias de los ultrages y agravios de los Gobernadores.

AUnque tenia resuelto el Rey acometer à los Dahos, por hallarse noticioso de que Spitamenes se habia retirado alli, le escusó, como en otras muchas ocasiones, de este viage la fortuna, que nunca dexó de favorecerle, disponiendo lo que deseaba, sin que necesitáse de concurrir à ello. Idolatra Spitamenes de su esposa, aunque errante y prófugo, la llevaba siempre consigo, exponiendola à todo genero de peligros; de cuya infeliz vida disgustada ella, procuró reducirle por medio de sus alhagüeñas persuasiones à que pusiese fin à sus penosas peregrinaciones, restituyendose al servicio y obediencia de Alexandro, pues tenia experiencia de su clemencia, y ninguna esperanza de librarse de su celeridad y diligencia. Para cuyo logro induxo à dos hijos de ambos, ya crecidos, à que tiernos se lo pidiesen, por si el cariño de ellos era mas poderoso à ablandarle: añadiendo ella, para dar mayor eficacia à sus ruegos, que Alexandro se hallaba muy próximo; pero el Barbaro, sospechando que su intento era de ofender su amor, esperanza en que podria con el hechizo de su hermosura inclinar la voluntad de aquel Principe à soli-

citar sus caricias, zeloso è irritado, echó mano à su cimitarra para herirla, como lo hubiera hecho à no habérselo estorvado sus hermanos; pero la amenazó de que la daria muerte, si se volvia à poner en su presencia. Y en tanto, para desahogar sus desordenados apetitos, se entregó algunas noches à la comunicacion de sus concubinas; si bien fastidiado de ellas, y mas encendido en el amor de su esposa, volvió arrepentido y tierno à suavizar con cariñosas satisfaciones el disgusto en que la habian puesto sus destempladas demostraciones, entregandose todo à ella, y pidiendola: *No le volviese à hablar en lo que habia dado ocasion à su desabrimiento, sino que se dispusiese à acompañarle en la fortuna que corriese, pues estaba resuelto à morir antes que rendirse.* Escusóse ella, diciendole: *Que solo le habia aconsejado lo que habia tenido por conveniente: Que habria sido muy posible que no hubiese tenido la prudencia de que no siempre son capaces las mugeres; pero que su intencion habia sido buena, y que nunca tendria mas voluntad, que la de su amado esposo.* Persuadido Spitamenes à la dulzura de aquellas expresiones, quiso celebrar el regocijo de su reconciliacion; para el qual mandó disponer un banquete, donde bebió con tan grande exceso, que fue necesario llevarle à su cámara medio dormido. La muger viendole sepultado en un profundo sueño, sacó un cuchillo debaxo de sus vestidos, y le cortó la cabeza, que dió para que la llevàse à un esclavo, cómplice en su furor; y bañada como estaba en sangre pasó con ella à la Tienda de Alexandro, donde le envió à decir: *Estaba alli para hacerle saber lo que no podia fiar de otro, que de él.* Hizola luego entrar el Rey à su presencia; en la qual, viendola teñida èn sangre, creyó que iba à quexarse de algun ultrage, que hubiese recibido; pidióla le dixese lo que queria; y ella a él, que diese antes orden para que entràse el esclavo, que habia dexado à la puerta. Las guardas, reconociendo que ocultaba algo debaxo de sus vestidos, entraron en alguna sospecha; y queriendo averiguar lo que era, les mostró aquella cabeza, cuyo rostro estaba tan desfigurado, que apenas se podia por él conocer de quien era. Noticioso el Rey de que llevaba la cabe-

za de un hombre, salió fuera de su Tienda, y supo de él todo lo que habia pasado. Produxo instantaneamente en el ánimo de Alexandro diversos pensamientos este caso. Consideraba por una parte, *el gran servicio que le habia hecho en librarle de un traydor y desertor, que si viviese le daria bastante cuidado*; y miraba por otra con horror, *la crueldad de aquella muger, que habia degollado à su marido, padre de sus hijos, y à quien debia tan grandes obligaciones*. Finalmente, prevaleciendo al servicio la enormidad del delito, dió orden para que saliese del Exército, temeroso de que con su exemplo se introduxesen parricidios entre los Griegos, cuyos genios eran blandos, y agenos de aquellas maldades. Habiendo sabido los Dahos la muerte de Spitamenes, aprisionaron à Dataphernes, compañero suyo en el rebelion; y llevandole atado à Alexandro, se le rindieron. Con que libre por aquel medio de los cuidados mas urgentes, se aplicó à castigar à los Gobernadores, que oprimian los pueblos con sus cohechos y violencias. Hizo, pues, à Phrataphernes Satrapa de la Hircania de los Mardos y de los Tapuros, con orden de que se apoderáse de Phradates, à quien succedia, y de que se le enviáse con buena guarda. Puso à Stasanor en el gobierno de Caricia, que tenia Arsanes: dexó à Ataces la Media, de donde llamó à Oxidates, y dió à Deditamenes el gobierno de Babilonia, que vacó por muerte de Maceo.

CAPITULO IV.

VEESE EN RIESGO DE PERECER todo el Exército de Alexandro con el rigor del frio, caminando à Gabaza: Constancia del Rey y su gran humanidad con los Soldados sencillos: Su casamiento con Roxanes.

DEspues de haber puesto en orden todas las cosas, sacó su Exército de las guarniciones, donde habian invernado tres meses, y tomó la derrota para una region llamada Gabaza. Fue sumamente benigno el primer dia de marcha: em-

empezó en el segundo à alterarse el tiempo, y à pasarse la noche no sin algunas amenazas de tempestad; pero al tercero, fueron tan espantosos los relampagos, que cegaban los ojos, y abatian el ánimo de los soldados; los quales, aturdidos de los incesantes truenos que oian, y de los continuos rayos que veian caer delante de sí, ni se atrevian à marchar, ni à detenerse, quando repentinamente sobrevino una crecida lluvia, mezclada de granizo, que corria à manera de un caudaloso rio. Pudieron al principio, cubiertos de las armas, resistirla algo; pero despues de haberse mojado éstas, y de hallarse con las manos entumecidas del yelo, quedaron incapaces de mantenerlas, y sin saber adonde acogerse, respecto de ir en mayor aumento siempre la tempestad. En cuya incertidumbre, todos los Esquadrones, se entraban errantes por enmedio de los bosques, en quienes rendidos, mas que de la fatiga, de la congoja, se arrojaban unos à tierra, sin reparar en los yelos, en que habia convertido el frio la lluvia, y se arrimaban otros à los arboles, como para morir con menor disgusto; y no se engañaban, porque à la falta del movimiento sucedia la del calor natural. Cuya pereza era à la verdad grata à aquellos de cuyos cuerpos se habia apoderado la floxedad; los quales no reparaban en morir, à precio de que fuese con algun reposo: porque no solo continuaba vehemente, sino tenáz la fuerza del mal, fuera de que la obscuridad de los bosques, aumentada con la de la tempestad, les usurpaba enteramente la luz: natural consuelo de los afligidos en semejantes calamidades. Solo el Rey, invencible à tantos contratiempos, recorria sin cesar su Exército de una à otra parte, para infundir espíritu à sus soldados; reunia à los que estaban desordenados, levantaba à los caidos, y mostrabales el humo, que salia de las cabañas, esforzandolos à que ganasen las mas cercanas: si bien nada era de tan poderoso incentivo para que mirasen por sí, como el considerar la ignominia, que les resultaba de abandonar à su Rey, à quien veian infatigable resistir à los trabajos, à quienes ellos se rendian; pero la necesidad, que en las adversidades suele ser mas poderosa que la razon, les ministró eficacisimo remedio para el frio; porque habiendo cor-

ta-

tado gran cantidad de arboles, y pegadoles fuego, se dilató éste por el bosque, de suerte, que no parecia sino que todo él se abrasaba, y que apenas dexaba lugar para las Tropas; con cuyo calor, desentorpecidos los miembros, se fueron poco à poco recobrando los espíritus, que habia comprimido el frio, por todo el cuerpo. Entraron unos à los aloxamientos de los Barbaros, sin que les reservàse la necesidad los mas ocultos, y levantaron otros sus Tiendas en aquel humedo suelo, viendo que la tempestad se sosegaba, à cuyo rigor perecieron mil hombres entre soldados y vivanderos. Refierese, que se hallaron algunos arrimados à los troncos de los arboles, que no solo parecia que estaban aun vivos, sino que hablaban en la misma postura que los cogió la muerte. Tambien se refiere de un soldado sencillo Macedon, que habiendo vuelto al Campo con sus armas, traspasado y casi para fallecer del frio, viendole Alexandro, dexó el lugar en que estaba sentado calentandose, aunque bien necesitado à no enagenarle, y que despues de haberle mandado quitar las armas le hizo poner en él: Que se matuvo por algun tiempo aquel hombre embargado del frio y privado de sentido, sin poder reconocer donde estaba, ni de quien habia recibido aquel beneficio, hasta que recobrados sus espíritus, y viendose en la silla del Rey y junto à su persona, se levantó turbado y confuso; pero que sosegandole Alexandro, le dixo: *No temas, amigo, considera si solo quanto mas feliz es la condicion de los Macedones, siendo yo vuestro Rey, que la de los Persas; pues si entre aquellos es delito digno de muerte el ocupar el asiento de su Rey, entre nosotros está tan lexos de observarse este rigor, que antes el haberte sentado tú en él ha sido medio para asegurarte la vida.* El dia siguiente, habiendo hecho juntar sus Cabos, mandó publicar, que recompensaria à todos las pérdidas, que hubiesen tenido, como lo cumplió, porque Spitamenes le habia llevado gran cantidad de bestias de carga, con dos mil camellos y otras muchas requas de machos que repartidos por el Exército, resarcieron sus pérdidas, y satisfacieron el hambre. El Rey, despues de haber agradecido la atencion del Satrapa, dio orden para que hiciesen los soldados provision

de

de viveres cocidos para seis dias, y pasó à las tierras de los Saces, en quienes habiendo corrido y forrageado, dió à Sysimethres treinta mil cabezas de ganado del botin. Encaminose desde alli à una provincia, en quien mandaba Cohortano, Satrapa ilustre, el qual dió la obediencia al Rey, y le ofreció sus estados; no los admitió Alexandro, pidióle si solo de tres hijos que tenia, los dos, para que le acompañasen en la guerra; pero él los puso à todos en su servicio. Habiendo poco despues recibido Oxiartes al Rey, le tubo un prodigioso festin donde hizo ostentacion de toda la magnificencia de los Barbaros; para cuya mayor solemnidad mandó llevar à él treinta doncellas de calidad, entre quienes iba su hija, cuyo nombre era Roxanes, y cuya singular belleza, compuesta de admirables adornos, poco estilados entre los Barbaros, se llevaba los ojos de todos, enmedio de ser las demás de bastante hermosura, y con especialidad los del Rey; el qnal, perdido ya el dominio que tubo en sus pasiones con los continuos favores de la fortuna, en cuya posesion suele peligrar el mas cuerdo, si no vive atento à reprimirlas, quanto se mostró con loable continencia y plausible moderacion quando tubo en su poder à la muger y hijas de Dario, con cuyas hermosuras solo era comparable la de Roxanes, tratandolas con la mesura y circunspeccion de padre, tanto entonces se dexó rendir del alhagüeño hechizo de aquella barbara belleza, tan inferior à su grandeza y soberania, pues ciego en su pasion, decia: *Que para establecer su Imperio era necesario unir à los Persas y à los Macedones por medio de aquel casamiento, pues solo él pudiera quitar la afrenta à los vencidos, y el orgullo à los vencedores: Que Achiles, de quien procedia, se desposó con una de sus cautivas; y que à vista de aquel exemplar, no le parecia que deslutraba su nacimiento, ni violaba las leyes de su patria, imitando à aquel Semi-Dios.* El padre fuera de sí con tan inesperada honra, no sabía que obsequios hacer al Rey; el qual, perdido de enamorado, mandó llevar un pan, conforme à la costumbre de los Macedones, entre quienes es la mas sagrada prenda de los que se casan: y habiendole cortado en dos partes iguales, tomó cada

uno

uno de los contrayentes la suya, y comieron de ella. Con cuya ceremonia tengo por sin duda, que siendo el pan el mas simple alimento del hombre, quisieron enseñar los Legisladores à los nuevos maridos, con quan poco debian contentarse. De esta suerte se casó el Rey de Asia y de Europa con una muger introducida à los regocijos de un festin, para tener de ella un hijo, que mandáse à los vencedores. Los Principes de su Corte, aunque corridos al ver, que entre los desórdenes del banquete, hubiese hecho suegro suyo à uno de sus prisioneros, destituidos ya de poder decir desnudamente lo que sentian con el escarmiento en que les tenia el suceso de Clito, no hacian mas que aplaudirle, templando los semblantes à aquellos regocijos, y acomodandose à una servil lisonja, y contemplacion.

CAPITULO V.

MIENTRAS OCUPA SUS PENSAMIENTOS SOLO en la expedicion de la India, se ensobervece por la malicia de los lisongeros, y quiere que se le reconozca por hijo de Jupiter; lo qual condena Calisthenes en un discurso grave, y juicioso.

REsuelto, pues, à pasar à la India, y desde ella al Occeano, para no dexar atrás nada que pudiese oponerse à sus empresas, mandó: *Que de todas las provincias se sacasen treinta mil hombres, que à un tiempo le sirviesen de rehenes, y de soldados.* Envió en el interin à Cratero en seguimiento de Haustanes y de Catenes, que se habian rebelado, y de quienes el primero fue hecho prisionero, y el segundo muerto en el combate. Reduxo tambien à su obediencia Polipercon una region llamada Bubacene; con que hallandose todo en sosiego, solo atendia à la guerra de la India. Cuya region se reputaba por la mas rica del Universo; no solo por la abundancia del oro, sino por la de las perlas y piedras preciosas, de que se adornaban los habitadores con mas profusion, que gentileza. Referiase, que los escudos de los soldados eran alli de oro y de marfil. Con cuya noticia Alexandro, deseoso de no parecer inferior à ninguno en nada,

quan-

quando queria ser en todo superior à todos, mandó guarnecer los suyos de laminas de plata, hacer los frenos de los caballos de oro, y enriquecer las corazas unas de un metal, y otras de otro; y de esta suerte marchó con ciento y veinte mil hombres à aquella guerra: para la qual, estando todo dispuesto, le pareció no diferir mas la execucion del intento, que hasta entonces habia tenido reservado, de usurpar los divinos honores, à cuyo lógro solo atendia; y no contento con que se le llamáse hijo de Jupiter, quiso tambien que se creyese lo era, como si tubiese el mismo poder, que para reprimir las expresiones de la voz, para hacer que concibiesen à su antojo los entendimientos de los hombres, y que postrados en tierra le adorasen los Macedones, à usanza de los Persas. No faltaron algunos lisonjeros (perniciosa, sí fatal peste de los Principes, y con quien haya peligrado mas estados, que con las armas de los enemigos) que aplaudiesen aquel desvario. Bien es verdad, que en esto estaban escusados los Macedones, entre quienes no hubo alguno, que hubiese querido relaxar en nada las costumbres de su patria; y que todo el daño procedia de los Griegos, cuyas pervertidas costumbres deslucian la profesion que hacian de las buenas letras y honestas disciplinas. Habia entre otros un natural de Argos, cuyo nombre era Agis, Poëta de profesion, y uno de los peores que se conocian; otro llamado Cherilo, y otro Cleon, natural de Sicilia, insigne lisonjero, tanto por genio suyo, como por vicio natural de su nacion, sin gran cantidad de ellos, de quienes habian purgado sus ciudades los Griegos; los quales lograban mayor credito y estimacion en el aprecio del Rey, que los mismos Principes de sangre, y que los Generales de su Exército. Este genero de gente, pues, era la que le sublimaba hasta los mismos Cielos, y la que publicaba, que Hercules y Bacho, Castor y Polux, cederian sus lugares à aquel nuevo Dios. Ordenó una fiesta, y hizo disponer con increible pompa un festin, para el qual convidó à los primeros señores Macedones, Griegos y Persas; y despues de haber dado principio à la comida, se levantó de la mesa, y salió fuera de la pieza. Entonces Cleon se introduxo, conforme estaba dispuesto, à tratar de las alabanzas del Rey, ponderando primero sus divinas perfecciones, y pasando despues à hacer larga me-

moria de las obligaciones en que los habia puesto, decia: *Que para desempeño de ellas, no hallaba otro medio, que el de reconocerle por Dios, pues no pudiendose dudar que lo era, le pagaban con tan corto precio, como el de dos granos de incienso, todos los beneficios que habian recibido: Que en la accion de adorar los Persas à sus Reyes como à Dioses, no solo procedian piadosos, sino prudentes, porque de la Magestad del Principe dependia la seguridad de sus personas, y la del Imperio: Que ni Hercules, ni Bacho fueron reconocidos por Dioses, sino despues de haber vencido la embidia de los que vivieron en su tiempo; y que nunca la posteridad creía de los hombres mas, que lo que su siglo creyó de ellos viviendo: Que si ellos mostraban repugnancia, él estaba resuelto à postrarse delante del Rey, quando volviese à entrar; pero que era preciso que los demás hiciesen lo mismo, especialmente los Sabios, cuyo exemplo sería tanto mas imitado, quanto era mayor la veneracion con que se atendian sus acciones.* Bien se dexaba entender, que estas ultimas expresiones se enderezaban à Calisthenes, cuya mesura y aspera libertad en el hablar disgustaba al Rey, como si solo él hubiese embarazado à los Macedones que le hiciesen aquellos honores, y no tubiesen por sí mismos bastante repugnancia à concederselos. Aquel Philosopho, pues, viendo que todos callaban, y que todos le miraban, dixo asi: „ Si se hubiese hallado presente el Rey à tu discurso, ninguno de nosotros necesitaria de tomar el trabajo de responderte, porque él te mandaria, que escusases inducirle à que imitáse las costumbres de los Barbaros, y fundar su gloria en lisonjas, que concitan el odio de los hombres, y la indignacion de los Dioses; pero, pues, está ausente, yo te responderé por él: Que los frutos muy tempranos no son durables, y que con lo mismo que juzgas grangearle divinos honores, es con lo que mas se los usurpas; porque para que le crean Dios, es necesario tiempo, no habiendo habido ninguno de tantos ilustres Héroes, que obtubiese sino de la posteridad este reconocimiento. Por lo que à mí toca, no le deseo colocado entre los Dioses, sino que goce de muy larga vida, y despues de eterna gloria. Alguna vez se vé la Divinidad en los muertos, jamás empero en los vivos; porque aunque nos alegas el exemplo de Hercules y

„ de

„de Bacho, consagrados à la inmortalidad, ¿debes sin duda „creer, que para reconocerlos por Dioses, no es necesario que „preceda mas ceremonia que la de un festin? Pues sabe, que „la fama no les ha hecho lugar en el Cielo, sino despues de „haber purgado lo que tenian de mortales. Verdaderamente (ò „Cleon) que ni à tí, ni à mí nos es dado el hacer Dioses; pe- „ro convengo en que la Divinidad del Rey penda de nuestros „sufragios: muestra tú tu poder, y pues es mas facil hacer un „Rey, que un Dios, veamos como le haces. Lo que yo pido „à los Dioses, Cleon, es, que no se ofendan de tu impiedad, „y que continúen con la prosperidad que hasta aqui nuestras „empresas. Ellos tendrán por bien, que nos conservemos con „nuestras costumbres; y por lo que à mí toca, jamás me corre- „ré de ser Macedon, ni de rehusar aprender de los Persas, el „modo con que he de honrar à mi Rey: confesaré sí siempre, „que ellos son los vencedores, si es preciso que nos sujetemos „à sus leyes, y à la observancia de sus estilos.„ Oían gustosos à Calisthenes, mirandole como à Protector de la libertad pública, y no solo se confirmaron con su parecer, sino que declararon con firme resolucion, especialmente los mas ancianos, que no podian sufrir la mudanza de sus costumbres por las estrañas. No ignorando el Rey nada de quanto por una, y otra parte se habia dicho, por haberlo escuchado todo detrás de una cortina, que hizo poner delante de la mesa, envió à decir à Agis, y à Cleon: *Que no insistiesen mas, y que quando volviese à entrar se le postrasen los Persas à su usanza.* Hizolo inmediatamente, fingiendo haberle ocupado negocio de conseqüencia; y habiendole visto los Persas, se pusieron de rodillas à adorarle. Iba à su lado Pelipercon, y sintiendo que uno de ellos le tiraba del manto, como para inclinarle à que hiciese lo mismo que ellos, le dixo burlandose: *Que tiráse con mas fuerza.* Oyólo Alexandro, y no pudiendo sufrirlo, le dixo: *¿Qué no me adoras? ¿Piensas ser solo tú quien me juzgue digno de risa?* A lo qual, habiendole respondido Pelipercon: *Que ni el Rey era digno de risa, ni él de desprecio;* le echó Alexandro en tierra con tan gran violencia, que cayendo sobre su rostro, le dixo: *Mira como has hecho lo mismo, porque te burlabas de los demás,* y mandando-

le prender despues, despidió la junta: Si bien, pasados algunos dias perdonó à Pelipercon, habiendole tenido en muy estrechas prisiones.

CAPITULO VI.

CONSPIRACION CONTRA ALEXANDRO, ocasionada de un agravio hecho à Hermolao: Descubrese, y aunque Calisthenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella.

MAnteniendo el Rey tanto mas viva su indignacion contra Calisthenes, quanto era mayor la desconfianza con que siempre habia vivido de él, logró proxima y oportuna ocasion para desahogarla. Era costumbre, como dexamos dicho, entre los grandes Señores de Macedonia dar sus hijos à los Reyes, luego que entraban en edad de quince años, para que los empleasen en ocupaciones poco menos que serviles. Hacian guarda de noche por sus turnos à la puerta de su cámara: Introducian à ella por otra diferente las concubinas, y quando se ponian à caballo, tomaban las riendas de mano de los palafrenes, y se le llevaban, acompañandolos en la caza, y en la guerra. Hallabanse instruidos en las letras, y en todo genero de ciencias. El mayor honor que lograban, era el de sentarse à la mesa del Rey, y el de que ninguno sino él pudiese castigarlos. Era entre los Macedones éste como un Seminario de Capitanes y Generales, y de quien salieron tantos Reyes, à quienes los Romanos despojaron de sus Estados, despues de muchos siglos. Sucedió, pues, à uno de estos, llamado Hermolao, matar, estando en caza, à un javalí, à quien queria tirar el Rey, el qual quedó tan irritado de que le hubiese malogrado el intento, que le mandó azotar. Indignado Hermolao de aquella afrenta, pasó à quexarse de ella con Sostrates, uno de sus compañeros, y sumamente apasionado suyo. Este, viendole herido, y no hallandose muy satisfecho del Rey, le alentó con tal eficacia à la venganza, que habiendose dado recíproca fé, resolvieron matarle: para cuya execucion no se valieron de gente moza, sino de personas que pudie-

diesen con seguridad y satisfaccion acompañarlos à ella; fueron éstas Nicostrato, Antipatro, Asclepiodoro y Philotas, los quales ganaron tambien à Anticles, à Elaptonio y à Epimene; pero la empresa era bien dificil de executar, respecto de ser necesario que fuesen todos de guarda, la noche que se habia de poner por obra, por evitar el riesgo que pudiera seguirse de hallarse en ella otro que no fuese de los que entraban en la conjuracion, y de que sirviendo una noche uno, y otra otro, no era muy facil mudar el orden de las guardas. Por lo qual le fue preciso gastar en esto, y en las demás prevenciones necesarias para la execucion treinta dias; al fin de los quales, llegada la noche en que todos los de la empresa habian de ser de guarda, los quales se hallaban muy satisfechos de la mutua fidelidad que se habian guardado, y de que era infalible prueba el largo espacio que habia corrido, sin que en él, ni el temor, ni la esperanza hubiesen sido poderosos à mudar à alguno; tanta era su grande animosidad contra el Rey, ò la lealtad que se guardaban unos à otros, se pusieron en la puerta de la sala donde estaba Alexandro, para que luego que se levantáse de la mesa, le pudiesen conducir à su cámara; pero su buena fortuna, y la grata compañia fueron causa de que se mantubiese gran parte de la noche bebiendo, y tambien los juegos de que se gastáse en ellos otro espacio de ella. De lo qual, se hallaban por una parte gustosos los conjurados, considerando la facilidad que tendrian en dar muerte à un hombre embriagado del vino, y temerosos por otra, de que se mantubiese en la mesa hasta que fuese de dia, à cuya hora era preciso que los remudasen, sin que les volviese à tocar el turno, hasta pasados siete dias, espacio capáz de que peligráse entre tantos el secreto; pero acercandose el dia, se concluyó el festin con gran gusto de los conjurados al ver se les llegaba la execucion de su intento, quando cierta muger, à lo que se creía, fuera de juicio, que solia asistir à palacio, y predecir algunos futuros sucesos, se puso delante del Rey, ocupando la puerta para impedirle que saliese, y diciendole à grandes voces, y como fuera de sí, *que volviese à ponerse en la mesa*. El, burlandose, la respondió: *Que era justo seguir el precepto de los Dioses*; y habiendo vuelto à llamar à sus amigos, renovó el banquete, que duró hasta dos ho-

ras

ras de dia. Mantenianse aun alli los conjurados, sin embargo de haberse mudado ya la guarda, y de hallarse destituidos de lograr su intento: que tan expuestas están à desvanecerse las esperanzas de las cosas que conciben como seguras los hombres. Acariciólos el Rey mas de lo que acostumbraba, y mandóles, que se fuesen à recoger, pues habian velado toda la noche, y que se diese à cada uno cinqüenta sestercios, alabando el zelo que habian mostrado à su servicio en haberse mantenido alli, enmedio de haber salido de guarda. Con lo qual, malograda tan oportuna ocasion, se fueron todos à sus posadas, esperando la noche en que habia de volver à tomarla. Pero antes de ella, Epimene, ù obligado de las caricias del Rey, ò pareciendole que los Dioses se oponian à aquel intento, descubrió la conjuracion à su hermano Eurylocho, à quien antes no habia querido que se le comunicáse. Este, escarmentado en el reciente castigo de Philotas, se asió de su hermano, y le llevó inmediatamente à palacio, donde habiendo despertado à las guardas, las dixo: *Que tenia que hablar al Rey en cosa que le importaba no menos que la vida.* La deshora à que iban, las demostraciones de los semblantes, de mal seguro ánimo en uno, y de interno dolor en otro, pusieron en tan gran cuidado à Ptolomeo y à Leonato, que estaban de guarda à la puerta de la cámara, que entraron inmediatamente dentro, y despertaron al Rey, aun soñoliento de la embriaguéz; pero habiendo recobrado poco à poco sus espiritus, les preguntó lo que le querian. Con lo qual Eurylocho empezó à decir: *Que los Dioses no habian abandonado enteramente su familia, pues habiendo concurrido su hermano al mayor de los delitos, le habian concedido el beneficio de que se arrepintiese: Que él iba à descubrir al Rey la conspiracion hecha contra su persona, y que se habia dexado de executar la noche antes; y que tenia por cierto, que jamás discurriria en los autores de tan detestable designio.* Entonces Epimene fue refiriendola por su orden, y declarandole los cómplices, entre quienes es sin duda que no nombró à Calisthenes como partícipe en aquella deliberacion, sino solo como quien solia dar oidos à las platicas en que sus discipulos hablan licenciosamente del Rey, reprobando sus acciones. A que añadian otros, que quexandose con él Her-

mo-

molao de haberle hecho el Rey azotar, le dixo Calisthenes: *Que debian acordarse de que ya no eran niños, y que no sabian si en esto miraba à consolarlos en sus disgustos, ò à incitarlos à la venganza.* Habiendo, pues, considerado el Rey el gran peligro que habia corrido, dió inmediatamente à Eurylocho cinqüenta talentos, y los quantiosos bienes de cierto Tyridates, volviendole tambien à su hermano, movido de los ruegos con que habia solicitado su perdon. Mandó empero poner presos à los demás de la conspiracion, y con ellos à Calisthenes; y despues de haberlos hecho llevar à palacio, se dió todo el dia, y la noche siguiente al reposo, para reparar el desvelo de la antecedente. Tubo el dia inmediato Junta general, en que se hallaron los padres y los parientes de los culpados, bien desconfiados de sus vidas, por comprehenderles el castigo, segun las leyes de los Macedones, que no perdonan à ninguno de la familia de los que lo están en semejantes delitos. Hizo entrar el Rey à los conjurados, excepto à Calisthenes, y confesaron estos quanto habian tratado; y maldiciendolos todos, les preguntó el Rey por la causa, que los habia movido à intentar tan gran maldad? Pero no atreviendose ninguno à responderle, lo hizo Hermolao, diciendole: *Pues lo preguntas, como si no lo supieses, sabe que resolvimos darte muerte, porque nos tratabas como à esclavos:* A cuyas voces se levantó Sopolis, su padre, llamandole primero: *Parricida de su Rey, y de su padre*; y poniendole despues la mano en la boca, dixo: *Que no se debia permitir que prosiguiese aquel desatinado, à quien tenia fuera de sí el horror de su delito.* Con todo, el Rey, habiendole hecho retirar, ordenó à Hermolao, que dixese libremente lo que habia entendido de su maestro Calisthenes.

CA-

CAPITULO VII.

HERMOLAO HACE UNA INVECTIVA contra Alexandro, y prueba, que Calisthenes está inocente.

VAldréme, pues, (dixo Hermolao) *del permiso que me dás para decir quanto he sabido tan à costa nuestra, y por experiencia propia: Quantos Macedones han rendido la vida à manos de tu crueldad, ¿quál es el que ha dexado de sentir sus efectos, no ya de la héz del vulgo, sino de los mas principales entre nosotros? Attalo, Philotas, Parmenion, Lyncestes y Clito vivirian sin duda hoy, si solo hubiesen contendido con los enemigos; veriaslos, aun en la refriega, cubrirte con sus escudos, combatir por tu gloria, y dexarse cargar de heridas, por adquirirte victorias. ¿Con qué apreciables premios empero remuneraste estos grandes servicios? Haciendo que regáse el uno con su sangre tu mesa, y que perdiese el otro con muchas muertes una sola vida. Los Generales de tu Exército fueron puestos à qüestion de tormento, y sirvieron de espectáculo à los Persas, à quienes habian vencido, Parmenion, sin que se supiese la causa, y por él Attalo; porque tienes la loable costumbre de servirte mutuamente de las manos de los miserables para que executen los castigos, haciendo que estos, que poco antes fueron executores de la muerte de aquellos, sean despues los que la padezcan de otros.* Sobrevino entonces gran conmocion en la Junta contra Hermolao, cuyo padre iba à pasarle la espada por el cuerpo, que hubiera hecho à no estorvarselo el Rey; el qual pidió à todos tubiesen paciencia, y escuchasen à aquel infelíz, que aumentaba con nuevos delitos las penas, à que estaba destinado por los pasados; y habiendolo conseguido, no sin gran dificultad, continuó Hermolao, diciendo: *O quanto acreditas tu excesiva liberalidad, permitiendo que hablemos los tartamudos muchachos al tiempo mismo que encarcelas la fluente voz de Calisthenes, para que quien sabe decir no pueda hablar: ¿Por qué rehusas que se presente aquí, quando aun à los que han confesado su delito,*

no

no niegas que digan lo que se les ofrece en su descargo? Pero ya se dexa conocer, que es porque temes oír el libre razonamiento de un varon de tan gran entereza, como bondad, y cuyo semblante apenas podrás ver sin gran empacho tuyo. Yo, yo soy quien defiendo que está inocente. Aquí se hallan los que conmigo intentaron tan gloriosa empresa; pero ninguno podrá decir, que Calisthenes interviniese a ella; y sin embargo ha mucho que está destinado à la muerte por el mas justo y moderado de todos los Reyes. Estos son los premios que consiguen los Macedones, cuya sangre derramas con larga prodigalidad, como superflua, y de ningun valor. Tú llevas tras tí treinta mil machos cargados de oro de la presa de tus enemigos; y tus soldados no vuelven à su patria con otra recompensa de sus fatigas, que la de sus heridas. Tolerabamos empero todas estas sinrazones mientras no nos pusiste en manos de los Barbaros, y por estraños medios no nos hiciste pasar à los vencedores debaxo del yugo de los vencidos. Nada te es tan grato como el trage y la disciplina de los Persas; y nada de mayor aversion, que las costumbres de tu patria: Y asi nosotros no hemos pretendido dar muerte al Rey de Persia, à quien por desertor y rebelde debemos perseguir por derecho de guerra: Tú has querido que los Macedones hayan inclinado la rodilla delante de tí, y que te hayan adorado como à Dios: Tú negaste que Philipo era padre tuyo, y sin duda hubieras hecho lo mismo de Jupiter, si hubiese otro Dios mayor que él, de quien suponerte hijo. ¿Y à vista de esto estrañas, que tantos varones libres y cuerdos, no puedan tolerar tu orgullo? ¿Qué podemos, pues, esperar de tí, habiendonos reducido à estado de morir inocentes, ò, lo que es peor que la misma muerte, de vivir en servidumbre? Si hay aun alguna esperanza de enmienda en tí, confiesa la obligacion en que me estás, pues soy el primero que te ha enseñado como debes tratar à la gente de bien: Por lo que mira à lo demás, perdona à los que nos tocan, y no aumentes con nuevos castigos los tormentos de su vejéz, bastantemente martirizada con la pérdida de sus hijos. Cebese en nosotros tu crueldad, y haz que nos despedacen, para que logrémos con nuestra muerte lo que esperamos conseguir con la tuya. Tal fue lo que Hermolao dixo, à que respondió Alexandro.

CAPITULO VIII.

RESPUESTA DE ALEXANDRO A LA INVECtiva de Hermolao: Castigo de los conjurados, y del inocente Calisthenes.

„ NAda convence mas de falso que mi paciencia quanto este „ impostor ha dicho, instruído de su maestro: Y si bien „ pudiera haber escusado, habiendo confesado su delito, que lo „ repitiese, he querido que lo vuelva à hacer delante de voso- „ tros, previniendo usaria de su deposicion del mismo furor, de „ que se halló preocupado para intentar darme muerte, quando „ debiera venerarme como à padre suyo. No ignorais, que ha- „ llandome ultimamente en càza, cometió el desacato que me „ obligó à mandarle castigàr, conforme al estilo de nuestra pa- „ tria, y à lo que en todos tiempos han practicado los Reyes de „ Macedonia, à quienes nos es concedido, que asi como son cas- „ tigados los pupilos de sus tutores, y de sus maridos las muge- „ res, lo sean tambien estos muchachos de orden nuestra por „ nuestros siervos. Esta, pues, ès la gran crueldad, que ha ex- „ perimentado de mí, y la que le ha obligado à intentar vengar- „ la con un parricidio. No necesito de decirlo yo para que sepais „ vosotros la benignidad, que uso con los demás, que me dexan „ obrar segun la blandura natural de mi genio; ni tampoco de „ advertiros, quan poco se debe estrañar, que Hermolao sienta „ mal de los castigos de los parricidas, hallandose él merecedor „ de ellos, y que alabe à Philotas y à Parmenion, quando en la „ causa de estos defiende la suya. Por lo que mira à Lincestes, „ hallandose acusado por dos testigos de haber maquinado con- „ tra mi vida, le perdoné, y aun estando convencido tercera „ vez del mismo, diferí por dos años su castigo, hasta que me „ ví precisado de vuestras instancias à no faltar à la justicia. Por „ lo que mira à Attalo, bien os acordais, que aun antes que me „ coronáse, maquinó mi muerte. Y en quanto à Clito, plu- „ guiese à los Dioses, que no me hubiesen provocado tanto à ira „ sus atrevidas mordacidades; pero bien sabeis vosotros como me

„ tra-

„ trató, y que le sufrí; lo que no fuera facil que toleráse de „ mí tan largo espacio, si lo hubiese yo dicho de él. No siem„ pre pende la clemencia de los Reyes de su arbitrio: que mu„ chas veces tiene parte en ella el genio è inclinacion de los pue„ blos, porque en fin, la obediencia de los vasallos, es la que „ hace felices à los Principes; pero si una vez se les pierde el „ respeto, queriendo mandar los que deben obedecer, ¿qué „ puede resultar de semejante desorden, sino que à una sucedan „ muchas violencias? ¿Mas qué me admira, que me trate de „ cruel, quien no se ha avergonzado de acusarme avaro? No „ quiero recurrir, para desvanecimiento de este cargo, à la au„ toridad de ninguno de vosotros, por no hacer odiosa mi liber„ tad, y ofender vuestra modestia. Pidoos sí solo, que dilateis „ vuestra vista y vuestra consideracion por todo el Exército, en „ quien reconocereis como los que antes no tenian mas que sus „ armas, duermen ya sobre lechos de plata, se sirven en sus me„ sas de vasos de oro, llevan tras sí tropas de esclavos, y se ha„ llan tan cargados de la presa, que no saben qué hacer de ella. „ Si, pero dice, que à los Persas, à quienes hemos vencido, los „ trato con grandes honras. Es asi, no lo niego; pues fuera de„ fraudarme yo mismo la gloria, que me resulta de una accion, „ en la qual se acredita mas mi moderacion. Mi ánimo ha sido, „ y es, manifestar al Mundo, que no he venido al Asia à exter„ minar las naciones, ni à dexar desierta la mitad de la tierra, „ sino à reynar, de suerte, que los vencidos no miren con dis„ gusto mis victorias. Esto es lo que les obliga à que combatan „ gustosos con vosotros, y à que derramen su sangre por vuestra „ gloria; y lo contrario los precisaria à que impacientes procu„ rasen sacudir el yugo de nuestro dominio, pues ninguno es „ durable habiendole de mantener à fuerza de armas. La memo„ ria de los beneficios, es quien los conserva eternos; por lo qual „ es preciso hacerlos partícipes de nuestra clemencia, si quere„ mos mantener el Asia, y no nos contentamos solo con haberla „ adquirido, pues con su afecto lograrémos el mas firme y se„ guro establecimiento de nuestro Imperio. Mas tenemos, à la „ verdad, que lo que pudimos haber deseado, y es insaciable „ avaricia querer tambien recoger lo que por todas partes se der-

„ rami. Censurasme de que introduzgo en los Macedones las
„ costumbres de los Barbaros. Veo en otras naciones algunas
„ cosas, que me parece podemos imitarlas sin avergonzarnos, y
„ que no es posible regir tan gran Imperio, sin comunicarle al-
„ go nuestro, y tomar algo suyo; pero es bien digno de risa,
„ que Hermolao quiera que yo me oponga à Jupiter, quando
„ me llama hijo suyo, como si las respuestas de los Dioses pen-
„ diesen de mi arbitrio. Hame honrado con este titulo, y el ha-
„ berle admitido no sé que haya perjudicado nada à mis intere-
„ ses. Ojalá me creyesen tambien Dios los Indios, pues pen-
„ diendo en la guerra toda la importancia de ella de la reputa-
„ cion, suele las mas veces tener la mentira autorizada la misma
„ fuerza, que la verdad desnuda. ¿Pensaréis vosotros tambien,
„ que el haber hecho enriquecer vuestras armas de plata y oro,
„ fue orgullo y sobervia mia? Pues bien lexos de ella, no ha si-
„ do otra mi intencion, que la de envilecer esos preciosos meta-
„ les, à fuerza de hacerlos comunes, para que los Macedones,
„ los quales se han mostrado en todo invencibles, queden venci-
„ dos de ellos. Quiero deslumbrar primero los ojos de aquellos
„ pueblos, en cuyos groseros animos solo hacen impresion los
„ accidentes mas viles y despreciables; y desengañarlos despues
„ de que no es la plata, ni el oro lo que nos mueve, sino la con-
„ quista de todo el Mundo. Esta gloria nos la quisiste usurpar tú,
„ (¡ò homicida traydor!) y reducir à los Macedones con la
„ muerte de su Rey à la obediencia de los vencidos; y ahora me
„ adviertes, que perdone à vuestros padres, quando fuera mas
„ justo que ignoraseis lo que he de executar con ellos, para que
„ murieseis con mayor disgusto, si cabe en tan desalmados hom-
„ bres sentimiento alguno por los suyos; pero ha algunos años
„ que yo he derogado la ley de que padezcan indiferentemente
„ inocentes y culpados; y asi pueden quedar vuestros parientes
„ asegurados de que los conservaré en los mismos honores que se
„ tenian. Y por los que à tu Calisthenes, en cuyo concepto so-
„ lo tienes alguna estimacion porque no eres peor que él, no ig-
„ noro que el desear le dé yo audiencia, es con el fin de que me
„ diga en mi presencia, y en la de toda esta Junta las injurias
„ que tú me has dicho: y es cierto, que como à maestro dig-
„ no

„ no de tal discipulo, le hubiera hecho entrar contigo, si fuese „ Macedon; pero siendo natural de Olintho, no fuera justo que „ gozáse del mismo privilegio. „ Concluido este razonamiento despidió la Junta, y hizo entregar à los culpados à las guardas, que eran de la misma Compañia, las quales procurando acreditar por aquel medio su fidelidad para con el Rey, los hicieron padecer crueles tormentos antes de darles muerte. Espiró Calisthenes en ellos, aunque sin mas culpa, que la de no haber querido acomodar su genio aspero y libre al estilo de la Corte, condescendiendo con las lisonjas de los aduladores: por lo qual ninguno de quantos fueron muertos por orden de Alexandro le suscitó tanto odio en los Griegos como éste, pues no contento con quitar la vida à un varon de tan gran bondad y sabiduria, y à quien habia estorvado la muerte, quando despechado se la quiso dar despues de la de Clito, le hizo despedazar en los tormentos, sin haberle permitido diese sus descargos. De cuya crueldad se arrepintió quando no tenia remedio.

CAPITULO IX.

HERMOSA DESCRIPCION DEL RIO INDO: Del Ganges: De Dyhardene: De la India: De sus habitadores: De sus Reyes, y de sus sabios.

MAs ilustre siempre Alexandro antes de la guerra, que despues de la victoria, tomó su derrota à la India, poco despues de estas muertes, para escusar los murmurios que de ordinario produce la accion. Mira la India por la mayor parte al Oriente, y es mas larga que ancha. Por la del Medio-dia se descubren crecidos collados, y por las demás es todo el territorio llano, y bañado de famosos rios, que descendiendo del monte Caucaso, llegan à aumentar sus ondas, de suerte, que quedan navegables. Es el Indo mas frio que los demás, y el color de sus aguas con corta diferencia del de el Mar. El Ganges caudaloso, aun desde su origen, corre ácia el Medio-dia, y se dilata en derechura por la extension de los montes, hasta que impedido de las rocas vuelve ácia el Oriente, y descargando en el Mar Roxo, inun-

inunda parte del territorio, llevando trás sí cantidad de arboles; si bien en donde halla unido è igual el terreno se estanca, formando muchas Islas. Hacele mas caudaloso el Acesines, cerca del Mar donde descarga, en cuyo encuentro chocan con gran furia las aguas de uno y otro, respecto de recibirle el Ganges quando va mas rápido, y de repelerle aquel con no menor violencia. No es tan célebre el Dyardene por correr solo por las ultimas partes de la India, si bien cria no solo cocodrilos como el Nilo, sino tambien delphines, y otros animales desconocidos à las demás naciones. El Erymantho corre siempre con torcido curso, y queda al fin de él muy disminuido, respecto de dividirle los naturales del territorio, por donde pasa, en muchos arroyos para regarle. Sin estos hay otros muchos rios, à quienes hace desconocidos su corta extension. Las regiones maritimas son molestadas de los vientos de Septentrion, que las hacen estériles; pero las que están cubiertas de los montes, producen hermosos trigos y deliciosos frutos. Por lo que mira à lo demás, la naturaleza ha dispuesto los tiempos del año, de suerte, que en el que ellos tiene el del invierno, tenemos nosotros el del verano; y por el contrario, quando ellos éste, nosotros aquel, sin que se haya podido hasta ahora averiguar la causa. El color del Mar que los circunda, es el mismo que los demás, porque el creer roxas sus aguas los ignorantes, no tubo otro principio, que el haber tomado el nombre del Rey Erythreo. Criase alli gran cantidad de lino, de que se visten sus naturales. Las cortezas de los arboles son tan tiernas, que como en cera se imprime en ellas lo que se escribe. Aprenden alli los paxaros con facilidad à imitar el sonido de las voces humanas, y no se ofrecen animales semejantes à los nuestros sino se llevan. Crianse en aquella region los rhinocerontes, aunque no nacen en ella. Los elefantes son mas corpulentos y gallardos que los de Africa, y corresponde à su estatura su fortaleza. Los rios, que por el corto caudal de sus aguas corren con apacible curso, quizá para no malograr con la violencia de él lo precioso de sus gijas, resarcen aquel con el oro que llevan sus arenas. Arroja el Mar à sus orillas gran cantidad de perlas, y de piedras preciosas, en que se funda su mayor riqueza, especialmente despues que se transfirieron à las naciones estrañas sus

vi-

vicios, porque es cierto, que en sí no tienen mas estimacion los excrementos del Mar, que la que les ha dado la libiandad de los hombres: cuyos genios participan alli, como en las demás partes del Mundo, de la influencia del clima, y de la situacion de la tierra. Visten dilatadas ropas de lino, que les llegan à los pies, usan para estos de sandalias, y de cierta especie de turbante para la cabeza. Aquellos, à quienes distinguen de la plebe, ò el nacimiento, ù los bienes de la fortuna, traen arillos de piedras preciosas en las orejas, y adornados de oro en las manos y en los brazos. Atienden al aliño de sus cabellos, y es mas comun entre ellos dexarselos crecer, que el cortarselos. La barba jamás se la quitan, pero no les pasa nunca de la extremidad del rostro, lo restante del qual procuran que esté desembarazado, y sin pelo alguno. La relaxacion y sobervia de sus Reyes, à quien dan el titulo de esplendidéz y magnificencia, comprehende la de todas las demás naciones del Mundo. Quando se dexan ver en público, llevan los criados de su casa delante de sus personas incensarios de plata, y perfuman todas las calles, por donde han de pasar. Van en una litera de oro, guarnecida de perlas, cuya colgadura es de lino recamado de oro y de púrpura. Acompañanla sus guardas, muchas de las quales llevan ramos de arboles cargados de paxaros, à quienes han enseñado diversos generos de cantos para que les sirvan de diversion, y den algunas treguas en sus mas graves cuidados. Las columnas de su palacio son doradas, y enmarañadas de una parra de oro, que se dilata por lo largo de ellas, sobre quien se ofrecen à trechos diversas figuras de paxaros de plata, matizados de varios colores, que es lo que mas grata hacen la vista. Sus puertas están siempre abiertas para todos los que quieren entrar en él; dá el Rey audiencia à los Embaxadores, y administra justicia à sus vasallos mientras se peina. Quando le quitan las sandalias, le ungen los pies de preciosos olores. El mayor exercicio que hace, es el de salir à tirar con flechas à las fieras que le tienen prevenidas en un bosque, donde lo hace rodeado de sus concubinas, las quales mientras se emplea en este exercicio, se ocupan en cantar, y en hacer votos porque la caza sea felíz. Tienen dos codos de largo las flechas, y se despiden con mas violencia que efecto, respecto de que consistiendo en su li-

ligereza toda la fuerza, las dexa inutiles el peso que las echan. Sale à caballo quando no va lexos, pero si la jornada es dilatada, la hace en un carro, à quien conducen elefantes, cubiertos de caparrazones de oro; y para que no falte à tanto desorden y relaxacion circunstancia alguna, lleva detrás de sí una gran tropa de concubinas en literas de oro. Este acompañamiento es distinto del de la Reyna, que ni en la pompa, ni en la magnificencia le cede. Disponenle estas mugeres la comida, y sirvenle el vino, que beben con gran exceso los Indios, y quando se halla cargado de él, y rendido al sueño, le conducen à su cámara, invocando con hymnos, à su usanza à los Dioses nocturnos; ¿ pero quién creerá, que entre tantos vicios pueda tener algun lugar de estimacion la Philosophia? Hay cierto genero de hombres groseros y salvages, à quienes llaman Sabios, los quales fundando su mayor gloria en anticiparse la muerte, se hacen quemar vivos. Tienen por afrenta esperarla en edad caduca, ò entre las penosas fatigas de las enfermedades: por lo qual no hacen estimacion alguna de las personas que mueren de vejéz, y juzgan, que amancillan el fuego de su pira, si no se introducen à ella conservando sus vitales espiritus. Los que habitan en las ciudades, y gozan de la sociedad pública, observan los movimientos de los Astros, predicen lo futuro, y creen que ninguno que tiene valor para esperar la muerte se anticipa à darsela. Por lo que mira à lo demás, forman divinidades à su antojo, y adoran con especialidad à los arboles, à quienes se les prohibe violar con pena de la vida. Componen sus meses de quince dias; pero el año le tienen tan cumplido como el nuestro. Miden el tiempo por el curso de la Luna, aunque no como las demás naciones, sino por su entera rebolucion, respecto de que cuentan un mes despues de la Luna nueva hasta que está llena, y otro despues que está llena hasta su menguante: de manera, que asi como las demás naciones hacemos de la creciente y menguante de este planeta solo un mes, forman ellos dos. Refierense sin estas otras muchas particularidades de aquella region, con quienes no me ha parecido interrumpir el hilo de esta Historia.

CA-

CAPITULO X.

SUGETA ALEXANDRO CON ADMIRABLE felicidad diversos pueblos de la India, aunque no sin efusion de sangre.

HAbiendo llegado Alexandro à los terminos de la India, se anticiparon à darle la obediencia muchos Señores de ella, diciendole: *Que era el tercer hijo de Júpiter, que habia pasado à aquella region, que no habian conocido à Bacho, ni à Hercules, sino por la fama; pero que à él le veian, logrando la dicha de gozar de su presencia.* Recibiólos con gran benignidad, y mandóles, que le acompañasen y guiasen, y reconociendo, que no venian otros à hacer la misma demostracion, envió à Ephestion y à Perdicas con una parte de sus Tropas para reducir à los que resistiesen su obediencia; para que se alargasen al rio Indo, y para que mandáse pasar à el Exército; pero reconociendo, que era preciso hacer lo mismo por otros rios, ordenó que estos fuesen en tal disposicion, que pudiesen desarmarlos, y conducirlos en carros, para que sirviesen en todos. Despues de lo qual, y de haber mandado à Cratero, que le siguiese con la Phalange, se puso à la frente de la Caballeria, y de los que estaban armados mas ligeramente, y escaramuzando con los que tubieron osadia de acometerle, los fue rechazando hasta meterlos en la ciudad. Habiale alcanzado ya Cratero, y para causar en aquel pueblo, que aun no habia experimentado las armas de los Macedones, algun terror, mandó poner fuego à las fortificaciones y que los pasasen à todos à cuchillo; pero paseandose à caballo al rededor de los muros, fue herido de una flecha: si bien no le embarazó esto, que tomáse la ciudad, en cuyos moradores y edificios se hizo considerable estrago. Domada aquella gente de ningun credito, marchó ácia la ciudad de Nisa, y acampó à corta distancia de sus muros en un bosque que impedia la vista à sus Tropas. Sobrevino en él, llegada la noche, tan gran frio, qual no le habian padecido

 has-

hasta entonces; pero teniendo la felicidad de hallarse con el remedio tan proximo, cortaron gran cantidad de leña, y hicieron con ella muchas hogueras, cuyas centellas se dilataron hasta los sepulcros de los habitadores, à los quales, compuestos de envejecidos cedros dexó consumido enteramente el fuego à breve rato de haber prendido, y estendiendose por ellos sus llamas. A cuyo tiempo se oyeron los ladridos de los perros de la ciudad, y despues considerables ruidos por los caminos; con lo qual pudieron conocer sus habitadores, que el enemigo no se hallaba lexos, y el enemigo que la ciudad estaba cerca. Reconociendo los sitiados que el Rey se adelantaba, probaron hacer una salida, pero con tan mal suceso, que sobreviniendo gran division entre ellos, unos querian rendirse y otros mantenerse. Noticioso de esto el Rey, se contentó con bloquearlos, sin hacerles otro daño, hasta que el cansancio y fatiga del dilatado Sitio los obligáse à que se rindiesen à discrecion. Decian, que habia fundado Bacho su ciudad, y à la verdad era cierto este origen. Está situada à la falda de un monte, à quien los naturales llaman Merós, y de quien los Griegos deduxeron la fabula, *de que Bacho habia salido del muslo de Jupiter*. Habiendose informado Alexandro de los naturales de la situacion de aquel monte, hizo llevar à él viveres, y penetró à su cumbre con todo el Exército. Visten sus collados hermosas viñas y yedras, à quienes guarnecen fecundos arroyos, produciendo en ellos la tierra gran variedad de arboles frutales, y sin que preceda mas sementera, que la de haber llevado alli la contingencia algun grano, porcion de trigo, sin muchos floridos laureles, cuyas hojas y las de otros arboles cubren las peñas. Tengo por sin duda, que el haberse empleado las Tropas en cortar pampanos y yedras; en breve hecho guirnaldes de ellas, corriendo de una à otra parte del bosque, fue mas que divina inspiracion, efecto de Bachico furor. Resonaban en aquellos montes y valles las voces de tantos millares de hombres, como los que adoraban al Dios tutelar de aquel bosque; cuyo desorden se empezó solo por algunos pocos, y fue seguido despues, como de ordinario sucede, de todos; los quales, como pu-

pudieran enmedio de la paz, se estendian sobre la yerba, y sobre las enramadas, que habian dispuesto. No disgustado el Rey de aquel inopinado exceso, mandó disponer sumptuosos banquetes por espacio de diez dias, en quienes tubo empleado su Exército en servicio de Bacho. A vista de lo qual, ¿quién podrá negar, que aun la mas sublime gloria pende, antes que del merecimiento de la virtud, del capricho de la fortuna? Pues en vez de acometer el enemigo à aquel embriagado Exército, quedó tan amedrentado de su voceria y de sus alaridos, como pudiera si los hubiese oido entre el estruendo y manexo de las armas. Con igual felicidad se preservó tambien de semejante riesgo, quando volviendo del Occeano, se entregó à los mismos desordenes à vista del enemigo. Pasó desde alli à una region llamada Dedala, à quien habian abandonado sus habitadores, huyendo à aquellas inaccesibles montañas, como lo habian hecho tambien los de Acadexa, donde entró despues. Por lo qual le fue preciso mudar el orden de la guerra, y dividir sus Tropas en diversas partes; con cuya diligencia quedaron à un mismo tiempo deshechos, asi los que no juzgaban tan inmediato el riesgo, como los que estaban amenazados de él. Tomó Ptolomeo muchas ciudades, pero de mayor consideracion Alexandro, el qual, despues de haber reducido todas sus fuerzas, pasó el rio Choaspes, dexó à Ceno en el Sitio de una rica y populosa ciudad, à quien los naturales llaman Becira, y se encaminó él ácia los Mazagas, por la muerte de cuyo Rey, llamado Asacano, sucedida poco antes, mandaba aquella provincia y la ciudad capital su madre Cleophes. Tenia dentro treinta mil Infantes, y no parecia sino que la habia fortificado à porfia la naturaleza y el arte; porque por la parte que miraba al Oriente la ceñia un rio muy rápido, cuyas riberas eran altas y quebradas, y por la que miraba al Occidente, y al Medio-dia crecidos peñascos desgajados, al pie de los quales habia cabernas, las quales aumentadas con el curso del tiempo en abismos, se continuaban con un foso de inmenso trabajo y espantosa profundidad. Tenian los muros treinta y cinco estadios de circumbalacion, cuyos cimientos eran

de piedra, y cuya altura de ladrillo crudo, mezclado con piedras, para que el material mas fuerte sustentáse al mas debil, y para que la tierra no fuese invadida de las aguas, y deshecha quedáse todo reducido à ruina, tenian en medio gruesas vigas, y en lo alto galerias, que cubrian el muro, por quienes se andaba al rededor. Habiendo reconocido Alexandro aquellas fortificaciones, y no sabiendo à que resolverse, por ser imposibles llenar las cabernas sino à fuerza de porcion inmensa de madera y de piedras; ni tampoco acercar sus máquinas, sino por este medio, fue herido en una pantorrilla de una flecha; pero sin hacer mas que sacarsela, aun no quiso detenerse à atarse un lienzo en la herida; y puesto à caballo continuó en lo que habia emprehendido. Con todo llevando la pierna estendida y descubierta; y corrompida la sangre, se le aumentáron los dolores; enmedio de los quales se refiere, que dixo: *Que aunque le hacian hijo de Jupiter, conocia era de la misma naturaleza que los demás hombres.* Sin embargo no por esto se retiró à su Campo, sin haberlo reconocido todo, y dado las ordenes, que juzgó por convenientes, en cumplimiento de las quales unos demolian las casas, que estaban fuera de la ciudad, valiendose de los materiales para llenar aquellas inmensas profundidades; y otros introducian en ellas troncos de arboles y peñascos enteros, trabajando todos con tan grande ardor, que en nueve dias quedó concluida la obra, y plantadas sobre ella las torres. El Rey sin esperar à asegurarse de la herida, fue à ver el trabajo, y despues de haber alabado la diligencia, que habian puesto en él sus soldados, hizo adelantar las máquinas, con quienes se disparó gran cantidad de tiros contra los que defendian las murallas. Pero lo que mas terror causó à los Barbaros, no acostumbrados à aquellas invenciones, fue la desmesurada altura de las torres; las quales viendo que se movian por sí, creian que las gobernaban los Dioses, y que los Arietes, que derribaban los muros, y las lanzas arrojadas por los instrumentos de guerra, no podian ser efecto de industria humana. Por lo qual, desesperando de poder defender la ciudad, se retiraron al castillo, desde donde no hallandose mas asegurados en él, enviaron Emba-

baxadores al Rey para que le pidiesen perdon. Obtenido éste, salió la Reyna, y se fue para el Rey con grande acompañamiento de damas, que le llevaron en copas de oro vino en sacrificio. Iba consigo un hijo, que tenia en edad tierna, el qual le ofreció al servicio del Rey. Fue, no solo perdonada, sino tambien restituida à sus Estados con el mismo esplendor que habia tenido, y con todas las prerrogativas de Reyna. Cuyo beneficio se creyó debió mas que à la compasion de su desgracia, al atractivo de su hermosura. Lo cierto es, que parió despues un hijo, y que (fuese, ò no suyo) le puso por nombre Alexandro.

CAPITULO XI.

PONE SITIO ALEXANDRO A AORNO, peña y fortaleza inaccesible, y tomala, habiendola abandonado los de dentro.

ENvió desde alli à Polypercon contra la ciudad de Era, à cuyos habitadores, que habian hecho una desordenada salida, rompió, y cargandolos hasta las mismas puertas de su ciudad, entró mezclado con ellos, y se hizo dueño de la plaza. Tomó otras muchas ciudades cortas y desiertas, por haberse retirado, armados sus habitadores, à las rocas de Aorno. Era fama, que Hercules la habia sitiado, y que precisado de un temblor de tierra habia levantado el Sitio. Hallandose el Rey dudoso en el modo de atacarla, por estar fundada sobre una roca quebrada por todas partes, se le ofreció un hombre anciano de la tierra con dos hijos suyos, y le prometió mostrarle camino por donde lo pudiese hacer, como se lo remunerase. Aseguróle le daria ochenta talentos, y habiendose quedado con un hijo suyo en rehenes, le envió à que cumpliese lo que habia ofrecido con algunos soldados armados à la ligera, que le dió debaxo del mando de Mullino, Secretario suyo; los quales queria que ganasen la cumbre por rodeos, sin ser vistos de los enemigos. No tiene aquella peña, como las demás, las laderas cortas y faciles para

su-

subir à ella, elévase en forma de piramide, es por abaxo anchisima, y quanto mas se levanta, tanto mas se va estrechando, hasta que queda à manera de una aguda punta. Pasa altisimo el rio Indo por sus faldas, cuyas riberas son por ambas partes asperisimas, y de la otra llena de tan crecidos pantanos y cenagales, que era preciso para haber de tomar la plaza terraplenarlos. Si bien ofreciendose alli un bosque muy à proposito para conseguirlo, le hizo el Rey talar, ordenando que se cortasen las ramas de los arboles para que los pudiesen conducir mas facilmente, y que solo echasen los troncos. Cortó el primero él, con cuyo exemplo levantando todos el grito, se emplearon en continuar el trabajo, que habia empezado el Rey con tan grande calor, que en siete dias quedó acabado todo. Habiendo al mismo tiempo resuelto hacer un ataque, mandó à los Archeros y à los Arianos, que procurasen subir por aquella impenetrable aspereza, y escogió de su compañia treinta mozos de los mas valerosos, à quienes dió por Cabos à Caro y à Alexandro, exhortando à éste à que se acordase de su nombre. No era creible, que siendo tan evidente el peligro se pusiese el Rey à él; pero no bien hubo dado la señal la trompeta, quando aquel Principe, que no era dueño de su valor, ordenó à sus guardas que le siguiesen, y fue el primero que empezó à trepar por la peña. No hubo entre todos los Macedones alguno, que dexando sus aloxamientos, no le siguiese à aquel evidente riesgo, en que perecieron muchos, cayendo desde la peña al rio, cuyos crecidos remolinos los sorbian; espectáculo à la verdad lastimoso, aun à los que no habian corrido igual fortuna; pero como se hallaban amenazados del mismo riesgo, convertida en miedo la compasion, solo cuidaban de sí. Hallabanse ya tan empeñados que les era preciso, ò vencer, ò morir, porque los Barbaros descargaban crecidas piedras sobre los que subian, los quales asiendose no sin gran dificultad y trabajo en aquellos resbaladizos lugares, caian precipitados. Sin embargo, Alexandro y Caro, à quienes envió el Rey delante con aquellos treinta mancebos escogidos, habian ganado ya lo alto de la peña, y llegado à las manos; pero ocupando aun el enemigo

go la cumbre, para un tiro que lograban, recibian muchos. Bien acreditó Alexandro en aquel peligro quan presente tenia su nombre, y el ofrecimiento que habia hecho al Rey; pero no bastando el valor adonde faltabá el resguardo, cayó oprimido de inmensos golpes. Viendolos Caro en tierra, y no atendiendo sino à tomar venganza de su muerte, se entró por enmedio de los enemigos, en quienes à lanzadas y estocadas hizo considerable mortandad, hasta que no pudiendo resistir solo à tan numerosa muchedumbre, cayó muerto sobre el cuerpo de su amigo. Sentido el Rey, como era justo, de la pérdida de aquellos dos valerosos soldados y de los demás, hizo que tocasen à retirar. Todo su remedio le debieron à la buena ordenanza, con que se retiraron, porque los Barbaros contentos en haberlos rechazado, no los siguieron. Aunque Alexandro, perdida la esperanza de poder ganar la plaza, tenia resuelto levantar el Sitio, mostrando quererle continuar, hizo tomar todos los pasos del camino, acercar las torres, y que refrescasen los que se hallaban fatigados. Los Indios viendo su obstinacion, dieron à entender tambien su seguridad, y como en manifestacion de haber triunfado del enemigo, tubieron dos grandes banquetes, celebrando su vencimiento con atambores y cimbales à su usanza. Si bien à la tercera noche, habiendo cesado su algazara, causó grande estrañeza el ver toda la peña llena de fuegos; que habian encendido para asegurar su fuga por aquellos despeñaderos. Habiendo enviado el Rey à Balacro à reconocerlos, supo que los Barbaros habian abandonado la peña; à cuyo tiempo, haciendo señal à su gente, para que levantasen el grito, causó tal pavor en los fugitivos, que creyendo ya sobre sí al enemigo, se precipitaron muchos de lo alto de las peñas, y la mayor parte de ellos estropeados, fue abandonada de los que pudieron salvarse. Aunque Alexandro quedó antes vencedor de la plaza, que del enemigo, hizo en accion de gracias sacrificio à los Dioses, como si hubiese ganado una batalla, y levantó altares sobre la peña à la Diosa Minerva y Victoria; à las guias que habian conducido à los soldados armados à la ligera, no dexó de cumplirles puntualmente lo que les ofreció, enmedio de no haber

ber executado todo lo que habian prometido, y à Sicocosto dió el gobierno de la peña y de la region.

CAPITULO XII.

OMPHIS, PRINCIPE PODEROSO, abandonandose, se rinde à Alexandro con su Reyno, pero conservale en él: Presentes que se hacen ambos.

TOmó desde alli la vuelta de Ecbolima, si bien noticioso de que cierto Eryce estaba apoderado con veinte mil hombres de guerra, de un estrecho que habia en el camino, dexó el grueso de su Exército à Ceno para que le conduxese à cortas jornadas, y habiendose adelantado con su gente de arco y de honda, puso en desorden à los enemigos, y abrió el paso à sus Tropas, que le seguian. Los Indios, ò ya fuesen por grangear la gracia del vencedor, ò ya por odio que tubiesen à su Cabo, le dieron muerte al tiempo que huia, y llevaron su cabeza y sus armas à Alexandro, el qual dió por libre de castigo la accion, si bien no quiso autorizar el exemplo con la recompensa de ella. Encaminandose desde alli al rio Indo, llegó à él en seis dias de marcha; donde halló dispuesto por Ephestion quanto era necesario para pasarle, segun se lo habia ordenado. Reynaba en aquella region Omphis; el qual en cumplimiento del consejo, que le dió su padre, poco antes de su muerte, para que pusiese à la obediencia de Alexandró su Estado, le habia enviado despues de ella Embaxadores para saber de él, si era de su agrado que tomáse posesion del Reyno, ò que como persona particular esperáse su venida. Y si bien el Rey le permitió que reynáse, tubo là atencion de no usar del dominio que le habia concedido. Trató à Ephestion con grande urbanidad, y hizo distribuir gratuitamente entre sus Tropas todos los granos que necesitaron, aunque no se dexó ver de él, por no quererse fiar sino del Rey; à quien salió à recibir, luego que supo estaba cercano con un hermoso Exército, entre cuyos Esquadrones llevaba gran cantidad de Elefan-

fantes, à corta distancia unos de otros, que de lexos no parecian sino castillos. Tubole al principio Alexandro por enemigo suyo, y no por su aliado; y asi mandó à su Phalange, que estubiese presta, y à su Caballeria, que se pusiese en filas para combatir; quando el Indio, conociendo su yerro, mandó hacer alto à sus Tropas, y detubo su caballo. Hizo lo mismo Alexandro; dudoso en si venia como amigo, ò como enemigo; pues tan igualmente podia librar su seguridad en su valor, que la fé de aquel Principe. Llegaron à hablarse con animos amigables, segun se pudo inferir por las exteriores demostraciones de los semblantes; pero no pudiendo entenderse uno, ni otro, hicieron llevar alli un Interprete Indio, por cuyo medio dixo à Alexandro, Omphis: *Que él iba à su presencia con su Exército, para ofrecer à su disposicion todas sus fuerzas, sin haber querido esperar otra seguridad, que la que libraba à su persona y à su Reyno en un Principe, cuya magnánima generosidad sabia, que solo guerreaba por la gloria, y que nada aborrecia mas que el obscurecerla con el lunar de la perfidia.* Obligado Alexandro de la bizarria del Barbaro, le tomó la mano, y le restituyó à sus Estados. Presentó à Alexandro cinqüenta y seis elefantes, y otras muchas fieras de prodigiosa magnitud, con tres mil toros, que en aquellas tierras son de grande estimacion, y muy del gusto de los Reyes. Preguntandole Alexandro: *¿De qué necesitaria mas, de labradores, ò de soldados?* Le respondió: *Que teniendo guerra con dos Reyes, necesitaba mas de estos, que de aquellos.* Eran los dos Reyes Abisares, y Poro; pero mas poderoso Poro. Reynaban ambos de la otra parte del Hydaspes, resueltos à experimentar la fortuna de la guerra contra qualquiera que los acometiese. Tomó Omphis, con el permiso de Alexandro, la Diadema, y segun el estilo de aquella tierra, el nombre de Taxites que habia tenido su padre, y que era afecto à todos los que succedian en el Reyno; y despues de haber tratado magnificamente al Rey por espacio de tres dias, le mostró al quarto las bituallas que habian consumido las Tropas que llevó Ephestion, y le regaló à él, y à los principales de su Corte con coronas de oro, y con ochenta talentos de plata, en moneda. Sumamente agradecido Ale-

xandro de la generosidad de aquel Principe, le volvió à enviar quanto le habia presentado, y demás de ello mil talentos del botin que hacia siempre llevar detrás de sí, con una rica baxilla de plata y oro, para el servicio de su mesa; gran cantidad de ropas, à la moda Persiana; y treinta y seis caballos enjaezados, de la misma manera que los que él montaba; pero asi como aquella liberalidad obligó al Barbaro, ofendió sumamente à los Cortesanos de Alexandro, entre los quales uno, llamado Meleagro, le dixo, comiendo con él, despues de haber bebido bien: *Que se regocijaba de que por lo menos hubiese hallado entre los Indios uno, digno de mil talentos.* Reprimió el Rey su indignacion, acordandose del disgusto que habia tenido por la muerte que dió à Clito, causada de su gran libertad; pero no dexó de decirle: *Que los embidiosos no eran otra cosa, que verdugos de sí mismos.*

CAPITULO XIII.

HACE ALEXANDRO LA GUERRA AL REY Poro, à persuasion de Omphis, cuyos principios son dudosos.

LLegaronle el dia siguiente Embaxadores de Abisares; en conformidad del orden que llevaban, ofrecieron à Alexandro, en nombre suyo, sus Estados: y habiendo tomado, y dadose recíproca fé, fueron despedidos. No dudando el Rey que se le rendiria facilmente Poro, movido de la fama de sus gloriosas empresas, despachó à Cleocares, para que le notificáse: *Que le pagáse tributo, y compareciese à hacerle el debido obsequio, saliendo à los confines de su Reyno.* Pero bien lexos de executarlo, le respondió el Barbaro: *Que no dexaria de obedecerle en una de las dos cosas que le mandaba; saliendole à recibir à la frontera; pero que sería con las armas en la mano.* Resuelto Alexandro à pasar el Hydaspes, le llevaron à Barcentes, autor de la rebolucion de los Arachosios, y treinta elefantes, que se tomaron con él, cuyo refuerzo no pudo irle à mejor tiempo contra los Indios; los quales fian mas de aquellos brutos, que de sus armas. Llevaronle tambien à Gamaxo, Rey de gran parte de la India,

que

que se habia juntado con Barcentes; y habiendo dexado à uno, y à otro con buenas guardas, y dado el gobierno de los elefantes à Taxiles, pasó à alojar junto al Hydaspes. Acampaba Poro en la ribera contraria, para impedirle el paso, y tenia puestos de frente ochenta y cinco elefantes, de prodigiosa magnitud, y delante de ellos trescientos carros, y cerca de treinta mil Infantes, entre quienes estaban los Archeros, que usaban de aquellas largas flechas, de quienes dexamos dicho el poco efecto que causaban, por su demasiado peso. Estaba Poro sobre un elefante, mayor que los demás, obstentandose asi por la superioridad de su estatura à la regular de los otros, como por sus armas, resplandecientes con el oro y la plata que las adornaba, tan horrible como magestuoso. Correspondia à la grandeza del cuerpo, la del ánimo; y à uno y otro, y en quanto permitia la groseria y rudeza de aquellos pueblos, la capacidad. Quedaron los Macedones no menos atemorizados que del enemigo, del rio que habian de pasar; el qual, enmedio de tener quatro estadios de ancho, corria tan sumamente profundo, è incapáz de que por parte alguna se le pudiese vadear, y con tan violenta rapidéz, como si lo hiciese por alguna canal estrecha, causandosele mas espantoso sus ruidosas y espantosas olas, las quales, rotas en muchos lugares, eran testimonio de quan llenos de peñas estaban; pero nada les era tan pavoroso como la vista de la ribera, cubierta de hombres, de caballos y de elefantes. Estaban plantados en ella en forma de torres aquellos horribles animales, à quienes irritaban de proposito, para que con sus espantosos gritos causasen mayor asombro en los animos enemigos. Todas estas cosas juntas tenian reducidos à los Macedones à tan desconsolados terminos, que, enmedio de haberse mostrado no menos invencibles, que esperanzados en los mayores peligros, desconfiaban de poder vencer con sus debiles barcos la impetuosidad del agua, ni de llegar seguramente à la ribera, aun quando lo consiguiesen. Habia en medio del rio muchas islas, à quienes pasaban à nado los Indios y los Macedones, llevando las armas sobre la cabeza. En ellas tenian algunas escaramuzas, à vista de ambos Reyes; los quales, à costa de aquel corto peligro, podian prevenir el fin del mas importante. Hallabanse en el Exército de Alexandro dos

 ca-

caballeros mozos, llamados Egesimacho el uno, y Nicanor el otro, que habiendose señalado por su temeridad, y fiandose en la continuada felicidad de su partido, despreciaban todo genero de peligros. Estos, pues, eligiendo los mas resueltos mancebos, y no llevando consigo mas armas que la de una lanza, pasaron à nado à una isla, llena de enemigos. En ella, con mas osadia que resguardo, hicieron gran mortandad en los contrarios, despues de la qual, es sin duda, que pudieran haberse retirado gloriosamente, si supiese la temeridad, quando es felíz, contenerse; pero esperando con desprecio è insolencia à los demás, que iban à tomar venganza de la muerte de sus compañeros, cogidos en medio por una tropa de ellos, que nuevamente habia pasado nadando, fueron oprimidos de los innumerables dardos que les tiraban de lexos; y los que pensaron salvarse, ò fueron arrebatados de la corriente, ò sorbidos de los remolinos. Dió crecidos alientos este suceso à Poro, atento desde la ribera à quanto pasaba, y puso en tan gran perplexidad à Alexandro, que se halló necesitado à usar de algunas estratagemas para engañar al enemigo. Habia en aquella ribera una isla de mayor extension que las otras, muy poblada de arboles, y propria à armar en ella una emboscada: tenia tambien un foso muy profundo cerca de la ribera, que ocupaba el Rey, donde no solo se podia ocultar Infanteria, sino tambien Caballeria: y temeroso Alexandro de que los enemigos se valiesen de la comodidad de aquel terreno, mandó à Ptolomeo, que con toda su Caballeria marchàse lexos de la isla, y que dando freqüentemente al arma, para atemorizar à los enemigos, hiciese demostracion de querer pasar el rio. Executólo Ptolomeo algunos dias con tan gran destreza, que obligó à Poro, por medio de aquel ardid, à que pasàse de la otra parte, donde habia dado à entender intentaba ocuparla. Con que logrado el que los enemigos hubiesen perdido de vista la isla, hizo levantar Alexandro su Tienda en frente de su Campo, y plantar las guardas de su persona al rededor de ella, con toda la obstentacion que solia usar, y se debia à la Magestad de tan gran Rey. Hizo tambien à Attalo, que era de la misma edad, y no dexaba de parecersele en el rostro y en la estatura; mayormente viendole de lexos, que se pusiese su Real vestidura, para dar à en-
ten-

tender estaba alli él en persona, y que no intentaba pasar; y procurar, teniendo al enemigo en este engaño, entrar en la isla, de quien hemos tratado, con el resto de sus fuerzas, mientras le divertia Ptolomeo con las Tropas que habia llevado. Y si bien, sobreviniendo una tempestad, retardó la execucion de este intento, convirtiendo la fortuna en todos los de este Principe en mayor beneficio suyo los mayores obstáculos para sus progresos, le facilitó aun en ella misma el medio de llevar al fin su designio; porque sucediendo à aquel turbion tan impetuosa lluvia, que aun los que estaban debaxo de cubierta, no sin dificultad se preservaban de ella, hallandose precisados los soldados à desamparar sus barcos, por asegurarse en tierra; y estando el Cielo tan cubierto, que negaba casi enteramente su luz, para que pudiesen conocerse, aun los soldados que se hallaban à corta distancia unos de otros: bien lexos Alexandro, de que le amedrentàsen aquellas espantosas tinieblas, ni el riesgo à que se exponia de pasar un rio desconocido, y de ir à dar ciegamente, y sin mas fin, que el de adquirir gloria à tan costoso precio, à algun lugar, quizá ocupado por los enemigos; juzgando, que aquella obscuridad, que atemorizaba à los demás, le era favorable, dió la señal, para que todos entrasen en sus barquillos, sin hacer ruido; y fue el primero que mandó botar al agua el en que habia de embarcarse. No descubrieron persona alguna en la ribera, donde habian de llegar; porque Poro tenia puesto todo su cuidado en Ptolomeo. Llegaron à la orilla sin mas pérdida, que la de un barquillo, que agitado de las olas, dió en una peña; y habiendo hecho Alexandro marchar por filas algunas Compañias de escogidas Tropas, para que tomasen el terreno de mano derecha, ordenó su Exército en forma de batalla.

CA-

CAPITULO XIV.

COMBATE SANGRIENTO, Y SEÑALADO entre los Indios, y los Macedones: Gran valor de Poro, à quien Alexandro trata con Real clemencia.

EMpezaba ya à marchar à la frente de su Exército, dividido en dos filas, quando avisaron à Póro: *Que los Macedones habian pasado el rio, y se encaminaban ácia él.* Creyó al principio, no de otra suerte, que de la que se suelen lisonjear los hombres en sus esperanzas; que se habrian equivocado con Abisares, su aliado, que iba à asistirle en aquella guerra, en cumplimiento de lo que tenian ajustado entre ambos; pero aclarando el tiempo, y desengañandole de que no eran sino los enemigos, envió à su hermano Hages con cien carros, y quatro mil Caballos, para que se opusiese à ellos. Consistia en aquellos carros su mayor fuerza: llevaba cada uno de ellos seis hombres, dos con escudos, y otros dos Archeros, por ambos lados de él; y los restantes conducian el carro, sin que dexasen de pelear quando se llegaba à las manos; llevando gran cantidad de dardos, que disparaban contra los enemigos, luego que quitaban los frenos à los caballos. Si bien aquel dia le sirvió de poquisimo toda esta prevencion; porque la grán lluvia que habia caido, dexó la tierra tan resvaladiza, que los caballos no se podian tener, ni los carros, bien pesados por sí, y hundidos en aquellos pantanos y cenagales, moverse. Por el contrario Alexandro, hallandose con su Exército listo, y desembarazado, los cargaba vigorosamente. Fueron los Scythas y los Dahos los primeros que lo hicieron, y despues Perdicas, à quien envió, para que con la Caballeria acometiese al ala derecha. Encendido el combate de una y otra parte, soltaron à toda rienda los carros los que los conducian por enmedio de la batalla, como el mayor socorro que podian dar à su gente; pero fue igual el daño que causaron en unos y otros: porque si la Infanteria de los Macedones, expuesta à aquella primera furia, fue rota y maltratada de las ruedas, y de los caballos; los carros, que se desviaban à lugares

res-

resvaladizos y fragosos, bolcaban à los que conducian, mientras los caballos de los otros, espantados, corrian de una à otra parte, arrojando à unos à los fosos, y à otros al rio. Hubo sin embargo algunos Macedones, que abriendose lugar por enmedio de los enemigos, llegaron muy cerca de Poro; el qual cumplia à un tiempo con la obligacion de soldado y de Capitan. Y habiendo reconocido errantes sus carros por aquel campo de batalla, y sin quien los conduxese, distribuyó los elefantes en los que estaban mas cerca de su persona, y puso detrás de ellos la Infanteria, y los Archeros, que solian tocar los tambores de que se servian los Indios en lugar de trompetas. Si bien acostumbrados ya à aquel sonido, los alteró poco su estruendo. Llevaban à la frente de la Infanteria la estatua de Hercules, la qual era muy poderoso estímulo para entenderlos en el combate, respecto de tenerse por tan gran infamia entre sus Tropas, abandonar à los que le llevaban, como si desamparasen la misma persona de Hercules, estando vivo, y no volverla de la batalla; por lo qual convirtieron en religion, y veneracion el miedo que habian concebido del enemigo. Detubo algo à los Macedones el aspecto de los elefantes, y tambien el del Rey; porque puestos aquellos brutos entre los Esquadrones parecian torres vistos de lexos; y Poro, cuya estatura era superior à la de todos los suyos, aun mayor, respecto de ir en un elefante de excesiva magnitud à los demás. Alexandro, pues, habiendo observado atentamente à aquel Rey, y à su Exército, dixo: *Que en fin habia hallado un peligro digno de su valor, habiendo de contender con furiosos brutos, y con valerosos hombres.* Y volviendose à Ceno, le dixo: *Quando hubiera acometido al ala izquierda de los enemigos con Ptolomeo, Perdicas y Ephestion, y me vieres empeñado en el combate, carga en el ala derecha; y tú Antigenes, Leonato y Tauron dareis al mismo tiempo en la frente de la batalla, y los cargareis vivamente: Nuestras largas y fuertes picas en ninguna ocasion nos servirán mejor, que empleandolas en esos brutos, y en los que los montan. Echad por tierra à estos, y herid en aquellos, cuyo socorro es bien peligroso, pues igualmente pueden servir que dañar, y mas si vuelven furiosos contra sus Tropas; porque si una obediencia forzada los obliga à ir contra los enemigos, puede preci-*

sar-

sarlos à que se conviertan contra los suyos un impetuoso miedo. No bien hubo dicho esto, quando dando de espuelas al caballo, se puso delante de todos. Tenia abierto ya un Batallon de los enemigos, como lo habia ideado, quando empezó Ceno à cargar con gran furia en el ala derecha, y la Phalange con no menor ímpetu en la batalla de los Indios, que quedando enteramente rota, hizo Poro adelantar los elefantes por la parte que habia entrado la Caballeria. Pero no pudiendo aquellos pesados è inhabiles brutos igualarse en la velocidad con los caballos, ni tampoco los Barbaros valerse de ninguna suerte de las flechas, respecto de que siendo tan largas y pesadas, les era preciso, para cargar commodamente el arco, afirmarle contra la tierra, que estando tan resbaladiza estorvaba que hiciesen efecto alguno; fuera de que aun antes que las disparasen tenian al enemigo sobre sí. No escuchaban ya en aquella confusion las ordenes del Rey, habiendose usurpado la jurisdiccion el miedo, mas poderoso entonces que los Cabos; los quales eran tantos, quantas las desordenadas Tropas. Querian unos, que se reuniesen en cuerpo de batalla; otros, que se separasen algunos, y que se mantubiesen firmes; y no pocos, que se cogiesen à los enemigos por las espaldas; sin que nada llegáse à execucion. Si bien Poro, con algunos de los suyos, en quienes pudo mas la honra que el miedo, hizo rostro à Alexandro, poniendo de frente en la marcha à sus elefantes. Causaron gran terror aquellos brutos, por sus horribles gritos, à quienes no estaban acostumbrados, ni los caballos, naturalmente recelosos, ni los soldados, cuyos Esquadrones pusieron en tal confusion, que los que poco antes se habian visto victoriosos, ya no atendian sino à huir. Entonces Alexandro hizo adelantar contra aquellos animales la Caballeria ligera de los Agrianos y de los Thraces, mas proprios para las correrias, que para combatir à pie firme; los quales descargaron en los elefantes, y en los que iban sobre ellos: à cuyo tiempo la Phalange, viendolos vacilantes, empezó à cerrarlos de cerca; pero algunos, que los perseguian con demasiado ardor, los irritaron de suerte, que quedaron despedazados de su furor, y dexando en su estrago exemplo à los demás, para que se abstubiesen de oprimirlos; causandoles mayor terror el ver levantar con sus trompas à los hom-

hombres armados, y entregarselos à los que iban sobre ellos. Lo qual fue causa de que los Macedones procediesen mas remisos, y de que huyendo las unas veces, y acometiendo otras, permaneciese gran parte del dia dudoso el combate, el qual no hubiera tenido fin si no hubiesen cortado las piernas à los elefantes con hachas, dispuestas para aquel efecto, y con ciertas espadas cortas, à quienes llaman *Copidas*, algo corbas, y en forma de hoces, con quienes cortaban sus trompas, sin omitir medio alguno de que no se valiesen para librarse del furor de aquellos animales, à quienes temian mas que la misma muerte. Finalmente, rendidos los elefantes al rigor de sus heridas, no se dexaban ya gobernar, antes furiosos del dolor de ellas, derribaban amigos y enemigos, y sacudiendo à los que llevaban sobre sí, los despedazaban. Despues de lo qual, mas mitigado su furor, y siendo mayor el recelo con que quedaban, que el daño que causaban, los echaron del Campo de batalla à bandadas, como rebaños de ganado. Viendose Poro abandonado de la mayor parte de su gente, se mantuvo disparando gran cantidad de dardos, con quienes hirió à muchos que le cercaban, siendo el blanco de los tiros de los enemigos. Hallabase ya con nueve heridas, que habia recibido, asi por delante como por detras, por las quales habiendo derramado gran porcion de sangre, quedó tan debilitado, que se le caian los dardos de las manos quando iba à dispararlos; pero su elefante, que se conservaba aun sin alguna herida, con vengativo instinto hizo grande estrago en los enemigos, en que hubiera continuado, si reconociendo el que le gobernaba el desfallecimiento del Rey, y que se le caian sus armas por su demasiada debilidad, no le hubiese encaminado à la fuga, en la qual le seguia Alexandro bien de cerca; pero habiendole faltado à lo mejor su caballo, que oprimido de innumerables heridas, cayó suavemente debaxo de él, como temeroso de ofenderle, dió tiempo à Poro, mientras tomaba otro, para que se le adelantáse: en cuyo intervalo envió el hermano de Taxiles, Rey de los Indios, para que *le exortáse se rindiese al vencedor, y no aguardáse al ultimo lance*; pero Poro, aunque se sentia tan desfallecido, y habia derramado la mayor

parte de su sangre, vuelto ácia donde oia aquella voz, que no desconocia, le dixo: *No escucho al hermano de Taxiles, aquel traydor à su patria y à su Reyno.* Y tomando un dardo que le habia quedado, le disparó contra él con tan gran violencia, que le pasó de parte à parte: despues de cuyo ultimo testimonio de su valor, se entregó à la fuga con mayor diligencia que antes; pero habiendo recibido tambien el elefante muchas heridas, y no pudiendo ya marchar, se vió necesitado Poro à detenerse, dexando alguna Infanteria para que hiciese frente à los enemigos que le seguian. Habiale alcanzado Alexandro, y viendo su obstinacion, dió orden para que hiciesen pedazos à los que no se rindiesen; con lo qual cargaron los suyos à la Infanteria, y al mismo Poro, el qual gravado de tantas heridas, y haciendo el amago de ir à caer del elefante, creyendo el que le conducia que queria desmontarse de él, le hizo poner de rodillas, como acostumbraba, à cuyo exemplo executaron lo mismo todos los que estaban cercanos, lo qual fue causa de que asi Poro, como los demás, cayesen en manos de los vencedores. El Rey, creyendo que hubiese muerto, mandó que le despojasen, con cuya orden, acudiendo todos à quitarle la coraza y los vestidos, se lo estorbó el elefante, defendiendo à su dueño, à quien, arrojando de sí à los que se acercaban, le levantó con su trompa, y le puso en sus espaldas; pero habiendo perdido los ultimos alientos, al rigor de las innumerables heridas, que descargaron sobre él, pudieron aprisicnar à Poro, à quien pusieron en un caballo, y à quien reconociendo el Rey que aun abria los ojos, le dixo movido de compasion: *O tú infelice, ¿qué delirio te induxo, à que intentases medir tus fuerzas con las mias, sabiendo el credito de mis armas? ¿Y no pudiendo dudar, por lo que obré con Taxiles, tu vecino, de la clemencia que uso con los rendidos?* A que él respondió: *Pues deseas saberlo, yo te lo diré con la misma libertad con que me lo preguntas. No creia yo que hubiese en el Mundo hombre mas valiente que yo, porque conocia mis fuerzas, y no habia experimentado las tuyas hasta hoy, que me ha enseñado el suceso, que debo cederte; pero sin tenerme por poco feliz, logrando el segundo*

lu-

lugar despues de tí. Y habiendole preguntado Alexandro, *¿ qué tratamiento esperaba le hiciese el vencedor ?* Le respondió: *El mismo que este dia te aconseja me des, el qual te lo enseña con bastante desengaño, quan caduca es la felicidad de los hombres.* Cuya advertencia le aprovechó mas que el mayor ruego, pues con aquella generosa resolucion, en que mostró la corta impresion que hizo en su ánimo el infortunio, movió de suerte à piedad el del Rey, que no solo le perdonó, sino le colmó de honras. Mandóle curar de sus heridas con el cuidado que pudiera, si hubiese peleado en servicio suyo; y habiendo quedado sano de ellas, contra la esperanza de todos, le admitió al número de sus amigos, y le dió poco despues mayor Reyno que el que habia tenido; porque nada se observó en él mas natural, ni en que mayor cuidado pusiese, que en estimar el valor y la verdadera gloria, donde la hallaba: bien es verdad, que esta virtud la practicó con menos liberalidad entre sus ciudadanos, que entre sus enemigos, por creer, que quanto peligraba su grandeza, observandola con aquellos, quedaria mas ilustre, haciendo mayores y mas famosos à los que habia vencido.

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

PASA ALEXANDRO A LA INDIA despues de haber vencido à Poro, y reducido á su obediencia muchos pueblos y ciudades, cuyas costumbres y estilos se describen.

GUSTOSO Alexandro de tan memorable victoria, la qual le abria el paso al Oriente, hechos sacrificios al Sol, colmó de elogios y de esperanzas à sus soldados, para animarlos à la continuacion de la guerra. Deciales: *Que todas las fuerzas de los Indios habian quedado postradas con*

solo un golpe : *Que lo que les restaba no era mas , que un continuado botin , y un almacen de riquezas* : *Que iban à aquellas famosas regiones , à donde reynaba la opulencia , y creian los tesoros respecto à quienes no estimarian despojos los Persas* : *Que acumularian tanto oro , marfil y piedras preciosas , que no solo llenarian de ellas sus casas , sino tambien à Macedonia y Grecia.* Estimulados los soldados en la codicia y de la gloria , y asegurados de las promesas del Rey , las quales habian visto cumplidas siempre , se ofrecieron animosos à seguirle ; y habiendolos despedido , hizo aprestar una Armada para pasar al Occeano , y dilatarse por los terminos de el Mundo , despues de haber corrido toda el Asia. Habia en las montañas vecinas gran cantidad de madera para la fábrica de los baxeles ; pero habiendola empezado à cortar ; se encontraban con serpientes de prodigiosa grandeza , y con rhinocerontes , muy raros en el Mundo , y à quienes los naturales de la tierra , llaman con otro nombre que este , el qual les pusieron los Griegos. El Rey , despues de haber edificado dos ciudades en ambas riberas del rio , que habia pasado , dió à cada uno de los Cabos de su Exército una corona de oro y mil escudos , honrando tambien à los demás segun sus grados y meritos. Abisares , que poco antes habia enviado embaxada à Alexandro , volvió a hacerlo nuevamente , para asegurarle , *estaba pronto à executar quanto le ordenáse , como no fuese el que le entregáse su persona ; porquè no pudiendo vivir sin reynar , tampoco reynar siendo cautivo.* Respondióle Alexandro : *Que si le parecia tan aspero ir à él , que él le buscaria.* Y habiendo pasado desde alli el rio con Poro , entró en lo mas interior de la India , donde halló bosques de casi infinita extension , poblados de espesisimos arboles de desmesurado tamaño ; cuyas ramas , por la mayor parte , eran como troncos , que redoblandose hasta la tierra , volvian à levantarse tan derechas , que no parecian ramas , sino nuevos arboles , que nacian con proprias raices. Es alli el ayre muy sano , asi por la frescura de los bosques , la qual templa el ardor del Sol , como por la abundancia de agua , que baña el territorio ; aunque muy inficionado éste de serpientes , cuyas

es-

escamas resplandecen como el oro, y cuya mordedura era tan sumamente venenosa, que los que la padecian morian al punto, hasta que los naturales halláron remedio para ella. Marchó despues por desiertos ácia el rio Hydraotes, contiguo à un humbroso bosque, lleno de pabos salvages, de arboles no conocidos. Desde alli pasó à apoderarse de una ciudad, que estaba enfrente; y habiendola impuesto tributo, se encaminó à otra muy grande, como lo son casi todas las de aquellas regiones, cercada de buenos muros y de una laguna. Salieronle al oposito los Barbaros sobre carros unidos unos con otros: llevaban achas unos, saëtas otros, y otros lanzas; y saltando de unos carros à otros, se socorrian entre sí. Atemorizó al principio aquel genero de combate à los Macedones, sintiendose heridos, y sin poderse juntar; pero despreciando despues tan mal ordenada Tropa, embistieron con tan grande ímpetu los carros (mandando el Rey cortar las sogas con que iban atados, para que pudiesen hacerlo mas comodamente) que habiando perdido ocho mil de los suyos los enemigos, se retiraron à la ciudad. Plantaronse el dia siguiente las escalas al rededor de las murallas; y habiendola dado el asalto, se apoderaron de ella. Fueron pocos los que debieron à su demasiada presteza el salvar la vida pasando à nado la laguna; los quales ponian en gran terror à las ciudades inmediatas, publicando: *Que iba à sus tierras un Exército de los Dioses, imposible de que le venciesen los hombres.* Habiendo mandado Alexandro à Perdicas, que debastáse aquella region con una parte de sus Tropas, y dado algunas à Eumenes, para que reduxese à los Barbaros, pasó con las restantes contra una ciudad, à donde se habian retirado los moradores de otras. Enviaron los sitiados al Rey Diputados, para que trátase de ajuste, no dexando por esto de disponerse à su defensa, respecto de la division que habia entre el pueblo, donde decian unos, que no podian hacer nada peor que rendirse; y otros, que de ninguna suerte quedaban seguros, sino haciendolo: en cuya contestacion, los mas advertidos, le abrieron las puertas. Y si bien pudiera Alexandro irritarse contra los que resolvieron oponersele, los perdonó à todos; y recibidos rehenes, marchó

chó à la ciudad mas inmediata. Iban estos delante del Exército; y conociendolos los sitiados desde los muros, pidieron que se abocasen con ellos: y habiendolo hecho estos, è informadolos de la clemencia y fuerzas de Alexandro, se rindieron à su obediencia, con otras muchas ciudades. Entró despues en el reyno de Sopites, cuyo pueblo, si creemos à los Barbaros, es muy sabio: gobiernase con buenas leyes, y vive con loables costumbres. No se crian, ni se educan alli los hijos conforme la voluntad de los padres, ni de las madres, sino conforme la de ciertas personas destinadas para ello; las quales toman à su cuidado la formacion y constitucion de sus cuerpos: en quienes, si reconocen algun notable defecto, les dan muerte. No atienden quando se casan à la calidad de las familias, ni al caudal, sino solo à la hermosura de las mugeres; la qual hace estimables tambien à los hijos. Habiase encerrado aquel Rey en la Capital de su Reyno, à quien tenia bloqueada Alexandro; hallandose dudosos los Macedones, en si la habrian abandonado los habitadores, ò si se ocultaban para usar de alguna estratagema, respecto de no parecer, ni en los muros, ni en las torres persona alguna à su defensa; pero abriendo repentinamente las puertas, salió el Rey Indio con dos hijos suyos, ya crecidos, y se encaminó en busca de Alexandro. Excedia en la estatura y buena disposicion à todos los demás Barbaros, y llevaba una ropa de púrpura y oro, que le llegaba à los pies, con sandalias de oro, cubiertas todas de pedreria; brazaletes de perlas en los brazos, en los hombros collares, y pendientes de las orejas dos perlas de inestimable precio. El cetro era de oro, guarnecido de piedras preciosas, el qual dió à Alexandro, ofreciendo su persona, las de sus hijos y su pueblo à su obediencia, y haciendo infinitos votos por su salud, y por el acrecentamiento de su Imperio. Hay en aquella region una casta de perros admirables para la caza. Refierese de ellos, que tienen gran antipatia con los leones, y que luego que ven las fieras dexan de ladrar. Deseando, pues, que el Rey viese la fuerza y corage de aquellos animales hizo Sopites soltar un leon de extraordinaria grandeza, y dexar con él solo quatro perros, que inmediatamente se arrojaron

so-

sobre él. Tirando el Montero à uno, que habia hecho presa como los otros, del muslo, y haciendo fuerza por separarle, y no pudiendo conseguir que la soltase, le cortó una pierna; pero no habiendo bastado esto à vencer su obstinacion, le cortó otra; y viendole tan encarnizado, que no podia rendirle à que se desasiese, pasó à hacerle lentamente menudos pedazos; y sin embargo se dexó matar, manteniendo siempre firmes los dientes en la fiera: tan grande ardor concedió la naturaleza à aquellos animales para la caza. Confieso, que refiero mas de lo que creo; pero como no me obligo à asegurar lo que dudo, tampoco escuso repetir lo que he sabido. Habiendo, pues, dexado à Sópites en su Reyno, pasó ácia el rio Hypasis, donde vino à juntarsele Ephestion, que habia conquistado otra Region. Phegelas, Rey de aquella, noticioso de la jornada de Alexandro à ella, ordenó à sus vasallos, que atendiesen, segun su costumbre, à labrar sus tierras, mientras salia à recibir à Alexandro con presentes, y asegurarle de su obediencia.

CAPITULO II.

HALLANDOSE ALEXANDRO PRONTO à acometer à los Gangaridas y Pharrosios, exhorta con largo razonamiento à sus soldados à la perseverancia, reconociendolos fatigados, y que reusaban continuar la guerra.

DEtuvose el Rey alli dos dias, y al tercero resolvió pasar el rio, aunque era bien dificil de hacerlo, asi por su anchura, como por estar lleno de peñas. Y habiendose informado de Phagelas de quanto le pareció conveniente entender, supo, que de la otra parte del rio tenia que caminar once jornadas por desiertos; despues de las quales estaba el Ganges, el mayor rio de todos los de la India: Que mas adelante habitaban los Gangaridas, y los Pharrosios, cuyo Rey era Aggramnes; el qual estaba à la entrada de sus dominios con veinte mil Caballos, y doscientos mil Infantes, fortifica-

cado con dos mil carros, y tres mil elefantes, que era lo que mas terror causaba, contra qualquiera que intentáse invadirlos. No acabando el Rey de dar credito à esto, preguntó à Poro, que le iba asistiendo: Si era cierto. Y él le aseguró: Que por lo que miraba à las fuerzas del Reyno, eran las que le habia dicho; pero que en lo demás, el que reynaba, no solo no era noble, sino de muy baxo nacimiento; porque su padre habia sido barbero, y tan pobre, que solo vivia del jornal que ganaba; pero que sin embargo, aficionada la Reyna de su buena disposicion, le habia elevado à la primer dignidad del Reyno, despues de la del Rey, à quien aquel malvado dió alevosamente muerte, y se apoderó de sus Estados, con el pretexto de la tutela de los hijos: Que algunos dias despues, habiendo quitado tambien la vida à estos, tubo en la Reyna un hijo, que era el que reynaba entonces, hombre aborrecido y despreciado de sus pueblos, y en quien se reconocia, mas que el explendor de la grandeza en que se veia, la baxeza del nacimiento de su padre. No le causó pequeña inquietud à Alexandro, que le confirmáse Poro aquellas noticias, no tanto por los enemigos, ni por los elefantes, quanto por la situacion de los lugares, y por la impetuosidad de los rios. Pareciale grande temeridad pasar al fin del Mundo en busca de aquellos, à quienes retiró y ocultó la naturaleza. Si bien el deseo de gloria, y el de dexar inmortal su nombre, allanaba las mayores dificultades; pero con todo no dexaba de recelar, *que los Macedones, que habian pasado por tan dilatadas tierras y envejecidos en el manejo de las armas, quisiesen seguirle, atropellando por tantos inconvenientes y dificultades, como los que se les ofrecian: porque discurria, que hallandose colmados de bienes, apetecerian mas gozar los que poseian, que procurar otros, exponiendo sus vidas al riesgo de perderlas: Que era muy otro el fin suyo; que el de sus soldados; pues si habiendo él ideado hacerse dueño del Universo, conocia no haber hecho mas, que dar principio à tan gran empresa; no asi aquellos, los quales, disgustados ya de tan continuadas guerras, tenian por concluidos sus trabajos, y no pensaban sino en recoger el fruto*

de

de ellos, tal, qual, como fuese pronto. Sin embargo, no pudiendo contenerle su ambicion, juntas sus Tropas, las habló en estos, ò semejantes terminos: » No ignoro, ¡ò soldados! las astucias » de que estos dias se han valido los Indios para amedrentaros, » ponderandoos quantas dificultades les han parecido capaces de » lograrlo; pero tampoco la corta novedad, que os harán seme- » jantes artificios. No de otra suerte nos encarecian los Persas las » rocas de Cilicia, las campañas de Mesopotamia, y la terribili- » dad del Tygris y del Euphrates; los quales pasamos à nado el » uno, y por puente el otro. Nunca la fama refiere las cosas co- » mo son; aumentalas siempre, como lo hace con nuestra glo- » ria, que aunque adquirida al precio de nuestros merecimien- » tos, es mas lo que de ella publíca, que lo que se proporciona » con estos. ¿Quién de vosotros hubiera creido poco antes resis- » tir el furioso ímpetu de esos brutos, los quales parecian fortisi- » mas torres, ni quién pasar el Hydaspes, y superar las estra- » ñas è inmensas dificultades de que nos desengañó la experien- » cia? Mucho tiempo ha que nos hubieramos retirado del Asia, » si hubiesemos dado credito à los quiméricos encarecimientos, » que han supuesto, para rendirnos à ellos, y substraernos de » nuestros intentos. ¿Creeis vosotros, que hay alli mas tropas » de elefantes, que rebaños de carneros en otras partes? ¿No sa- » beis, que éste es un animal muy raro, dificil de coger, y no » menos de domesticar? ¿Y que con igual falsedad ponderan esa » muchedumbre de Caballeria è Infanteria? Por lo que mira al » rio, no es dudable, que quanto mas se ensancha, será tanto » menos dificil de vadear; y que por el contrario, si su corrien- » te fuese estrecha, sería rápido è impenetrable; fuera de que » todo el peligro está en la ribera, donde el enemigo nos espera; » en la qual, sea estrecha ò ancha, será igual siempre el peligro; » pero quando todo sea cierto, ¿qué es lo que os atemoriza? » ¿Es por ventura la deformidad de los animales, ò la muche- » dumbre de los enemigos? Si los elefantes, ya hemos visto no » ha mucho, con quanta mas furia se convirtieron contra los mis- » mos que los conduxeron para nuestro daño, que la con que nos » acometieron, y la facilidad con que reduximos à menudos pe- » dazos su gran corpulencia con nuestras segures, y nuestras

» achas.

„ achas. ¿Y de qué importancia es, que su número sea igual al
„ que tubo Poro, ò que sea superior, quando con herir à uno,
„ ò à dos se conseguirá que huyan todos? Fuera de que si ape-
„ nas pueden gobernarlos siendo pocos, ¿cómo lo podrán hacer
„ siendo tantos? Que solo servirán de embarazarse unos à otros,
„ sin poderse detener, ni huir aquellos pesados disformes cuer-
„ pos, de quienes he hecho tan poco aprecio siempre, que no
„ he querido nunca valerme de ellos, aunque los he tenido, por
„ conocer los debe temer mas quien se sirve de ellos, que los
„ mismos enemigos. Sino es ya que os amedrente aquel gran
„ número de hombres y de caballos, como no acostumbrados à
„ pelear sino con débiles y cortas Tropas, ni à tener hasta aho-
„ ra en vuestro oposito tanta muchedumbre. La mayor se rinde
„ al invencible valor de los Macedones, de que son testigos el
„ Granico, la Cilicia, inundada de la sangre de los Persas, y
„ Arbela, cuyas campañas se hallan cubiertas de los huesos de
„ los cuerpos que vencimos. ¿Quándo podréis numerar las le-
„ giones de vuestros enemigos, habiendo dexado con vuestras
„ victorias desierta el Asia? Muy justo hubiera sido, que repa-
„ rasemos en el corto número de nuestras fuerzas, quando pasa-
„ mos el Helesponto; no empero hoy, que componen nuestro
„ Exército los Scythas, los Bactrianos, los Sogdianos y los Da-
„ hos. No porque hago yo grande aprecio de esa turba de Bar-
„ baros, pues mi mayor confianza se funda en vosotros, y en
„ vuestro valor, que es la mas segura prenda de la felicidad de
„ todas mis empresas. Y asi, mientras os tubiere conmigo, ni
„ pensaré en mí, ni me dará cuidado alguno el Exército de los
„ enemigos; por lo qual solo os pido, que me asistais con vues-
„ tros animos, colmados de ardimiento y de confianza. Adver-
„ tid, que no nos hallamos hoy al principio de nuestras empre-
„ sas y de nuestras fatigas, sino al fin de ellas, y que si no lo
„ estorva nuestra pereza, hemos llegado ya al Occeano, y adon-
„ de tiene su nacimiento el Sol, desde donde volverémos triun-
„ fantes à nuestra patria, habiendo puesto por terminos de nues-
„ tro Imperio los ultimos límites del Mundo. No hagais lo que
„ los malos ecónomos, que por negligencia suya malogran la
„ cosecha quando está en estado de que la recojan. Mayor es
„ aqui

„ aqui la recompensa, que el peligro, pues hemos de combatir „ con una nacion rica, y flaca, contra quien os conduzgo, mas, „ que para que aumenteis vuestra gloria, para que hagais una „ considerable presa. Bien mereceis llevar à vuestras casas las ri- „ quezas con que este gran Mar inunda sus riberas. Solo capaces „ por vuestro valor de intentarlo todo, y de no dexar nada por „ imposible. Con cuyo conocimiento os pido, por vosotros mis- „ mos, por vuestra propria gloria, que excede à todas humanas „ fuerzas, y por el afecto recíproco, que os tengo, y me teneis, „ que peleemos à porfia, sin que podamos vencernos, y que no „ desampareis, hallandoos en visperas de quedar Señores del Uni- „ verso, à vuestro alumno y à vuestro camarada, por no decir „ à vuestro Rey. Quanto he executado hasta aqui os lo he man- „ dado: esto empero os lo pido, como beneficio, advirtiendoos, „ que es quien os lo ruega, quien jamás os ha empeñado en em- „ presa alguna, donde no haya sido el primero que se ha ex- „ puesto à los peligros, y que os ha cubierto con su escudo, de- „ fendido con su espada. No me quiteis de las manos la palma, „ que me habeis puesto en ellas; ¿y con quién, si no me lo es- „ torva la embidia, podré igualarme con Hercules y Bacho? „ Conceded, pues, estos à mis ruegos, y romped ese obstinado „ silencio; ¿qué es lo que noto? ¿Dónde están aquellos gritos, „ ordinarios testimonios de vuestra animosidad? ¿Dónde los „ alegres semblantes de mis Macedones? Confiesoos, (¡ò sol- „ dados!) que no os conozco ya, y que ya me parece, que tam- „ poco vosotros me conoceis. Ha mucho que hablo aqui con sor- „ dos, y ya me canso de esforzar alientos perdidos, y animos, „ que me son contrarios; „ pero no bastando esto à moverlos à que prorrumpiesen en la menor palabra, y manteniendose con los ojos bajos. „ ¿No sé cierto (continuó diciendo) qué causa „ os puedo haber dado inadvertido, para que no os digneis aun „ de mirarme? ¿Qué es esto, estoy en algun desierto? ¿Nadie „ de quantos me escuchan me responde? Decidme, à lo menos, „ que no quereis hacer lo que os pido. ¿Qué es empero lo que „ os ruego? No es otra cosa, que vuestra propria gloria y vues- „ tra propria grandeza, la que solicíto. ¿Dónde están los que „ pretendian à porfia llevar à su Rey herido? ¡Mas ay, que ya

„ me hallo abandonado, me hallo vencido, y entregado à mis „ enemigos! Pero yo, yo pasaré en adelante, à pesar vuestro, „ sin vosotros. Dexadme à merced de los rios, y de las fieras, „ ò dadme en presa à las naciones, cuyos nombres, aun solos, „ os atemorizan; que yo hallaré quien me siga despues que me „ hayais abandonado. No me desampararán los Scythas y los „ Bactrianos; los quales, si poco antes fueron enemigos mios, „ ahora serán mis soldados; porque en fin, quiero mas morir „ con reputacion, que reynar con afrenta, y depender de voso- „ tros. Y despues, idos à vuestra patria, y vanagloriaos en ella „ de haber abandonado à vuestro Rey; que yo no desistiré de „ mi intento hasta haber obtenido en estas regiones, ò la victo- „ ria, de que desesperais, ò una honrosa muerte. „

CAPITULO III.

RESPONDE CENO POR TODOS A ALEXANdro; y muere poco despues de enfermedad.

NO pudo, por mas que se esforzó, obligarlos à que se diesen por entendidos de sus exhortaciones, porque esperaban que sus Cabos, y los principales Oficiales le representasen: *Que no dexaban de tenerle el amor que le debian; pero que hallandose traspasados de las heridas, y quebrantados de las fatigas, estaban imposibilitados de servirle.* En cuya suspension se mantenian con los ojos en tierra, quando repentinamente se levantó un murmurio, que creciendo poco à poco, prorrumpió en gemidos y lamentos tan desconsolados, que el mismo Rey, convirtiendo à pesar suyo en compasion su ira, no pudo abstenerse de llorar: finalmente, deshecha toda la Junta en lagrimas, y no atreviendose ninguno à hablar palabra, se acercó Ceno al Tribunal, mostrando que queria hacerlo. Y habiendo visto los soldados que se quitaba la celada, prevencion precisa para hablar al Rey, y pedidole, que abogase por la causa de todos, empezó à decir de esta suerte: „ ¿Es posible, Señor, que te persuadas à que pueden caber en nosotros pensamientos tan cul- „ pables y tan impíos? Apartenlos de nuestros entendimientos,

„ co-

„ como lo hacen, los Dioses, y no permitan incurramos nunca „ en ellos. Hallamonos con la misma voluntad y disposicion que „ nos has tenido siempre para ir à donde nos ordenares, para pe- „ lear, para exponer nuestras vidas à los peligros en tu servicio, „ y para adquirirte, al precio de nuestra sangre, inmortal re- „ nombre. Y asi puedes estar seguro de que si persistes en tus „ gloriosos intentos, tales, quales, desnudos, sin armas, y ya „ consumidas las fuerzas, te seguirémos, ò marcharémos delan- „ te de tí, como nos lo ordenares; pero si es permitido à tus sol- „ dados que te hablen con el profundo respeto que te suplícan „ oygas sus quexas, las quales salen de lo íntimo de sus corazo- „ nes, desde donde las arrojan à los labios sus ultimas calamida- „ des, escuchalas, Señor: La grandeza de tus hazañas (¡ò ge- „ neroso Monarca!) no solo ha vencido à tus enemigos, sino „ rendido tambien à tus mismos soldados. Hemos obrado en tu „ servicio quanto es posible en las humanas fuerzas. Hemos sur- „ cado Mares, y penetrado tierras inmensas, de quienes tene- „ mos aun mayor conocimiento, que los mismos que las habi- „ tan; y habiendo llegado ya à los ultimos terminos del Mun- „ do, te dispones à entrar en otro, y à buscar nuevas Indias, „ desconocidas aun à los mismos Indios. Quieres sacar de sus ca- „ bañas à los que viven entre las serpientes, y entre las fieras, „ para que tus victorias se dilaten mas allá de las tierras à quie- „ nes no ilumina el Sol. Intento, que si bien es digno de tu va- „ lor, excede à nuestras fuerzas; porque quanto este se aumenta „ siempre con nuevos espiritus, tanto se extingue nuestro vigor. „ Vuelve los ojos à estos desfigurados y consumidos rostros, y à „ estos cuerpos, horribles con las llagas y cicatrices, que los cu- „ bren todos. Advierte en nuestras armas, y hallarás consumidos „ sus cortes. Mira nuestros vestidos reducidos à pedazos, y à no- „ sotros, por no tener de que hacerlos al uso de nuestra patria, „ necesitados à andar à la moda Persiana. Y para decirlo de una „ vez, vesnos aqui del todo estraños; ¿pero quién hay entre no- „ sotros que conserve alguna coraza? ¿Quién algun caballo? „ Averigüese qual es el que mantiene algun esclavo, y lo que „ nos ha quedado de su presa. Somos los vencedores, y los que „ lo hemos conquistado; pero sin embargo nos vemos mas po-

„ bres

„ bres que los mismos vencidos; y no porque lo hayan malogra-
„ do nuestras profusiones y desordenes, sino porque la misma
„ guerra ha consumido los frutos, y los instrumentos de la guer-
„ ra. Y en este estado, Señor, quieres exponer tan prodigioso
„ Exército al furor de las fieras, cuyo número convengo en que
„ no sea qual le suponen los Barbaros, si ya no inferimos de su
„ misma falsedad, que no es pequeño; pero si has resuelto pa-
„ sar à las Indias, ¿por qué no tomas antes la derrota ácia el
„ Medio-dia, cuyo camino es mas corto, y de menos desiertos,
„ quando sojuzgando esta parte, ganas el Mar que termína la
„ tierra? ¿Para qué necesitas de ir à buscar por rodeos la gloria
„ que tienes à la vista? Aqui se nos ofrece tambien el Mar Oc-
„ ceano; y sino es que gustes de andar errante por el Mundo,
„ ya hemos llegado à donde te conduce la fortuna. No juzgues,
„ Señor, que el representarte esto mira à ganar el afecto del
„ Exército, que está presente; pues bien lexos de este fin, solo
„ me ha movido à hacerlo, haber tenido por mejor manifestarte
„ à tí la causa de nuestros disgustos, que quexarme fuera de tu
„ presencia con mis compañeros de nuestras miserias, creyendo
„ te será menos molesto oir las humildes representaciones de mi
„ respetuoso zelo, que el inconsiderable llanto, y los inadverti-
„ dos murmurios de tus Tropas." No hubo bien acabado de decir, quando por todas partes se oyó, que con descompasados gritos y confusas voces, mezcladas de desconsolados gemidos, llamaban al Rey su Señor y padre: cuyo murmurio sosegado, le hicieron la misma súplica todos los Cabos, y con especialidad aquellos, cuya edad la autorizaba, y daba mas decente escusa. Dudoso el Rey en la resolucion que tomaria, no hallandose en estado de castigar à los suyos, ni en disposicion de complacerlos, descendió de su Tribunal, y se encerró en su Tienda, à donde dió orden para que ninguno entráse, que no fuese criado de su casa. Mantubose indignado dos dias; y habiendose dexado ver al tercero, hizo levantar doce altares de piedra quadrada, en memoria de su expedicion; ordenando tambien, que se dilatasen los alojamientos de su Exército, y que se dexasen alli las camas mayores que las ordinarias, para que aumentadas todas las cosas con aquellas falsas apariencias, causasen mayor admiracion à la poste-

teridad. Torció desde alli el camino, fue à acampar à orillas del Acesine, donde murió Ceno de enfermedad. Cuya pérdida, si bien la lloró el Rey, no pudiendo contenerse, dixo: *Que para los cortos dias que habia de vivir, habia sido demasiado dilatada la oracion que habia hecho, como pudiera, si hubiese de ser solo él quien volviese à Macedonia.* Estando ya à la vela los baxeles que habia mandado fabricar, le llegaron de Thracia seis mil Caballos de reclutas, conducidos por Memnon, con siete mil Infantes, que le enviaba Harpalo, y veinte y cinco mil pares de armas, guarnecidas de oro y plata; las quales repartió entre los soldados, habiendo hecho quemar las viejas. Hallandose, pues, cercano à embarcarse en el Occeano con mil velas, compuso à Taxiles y à Poro, Reyes de la India, evitando que se renovasen sus antiguas enemistades con la paz, que asentó entre ellos, por medio de nueva alianza, dexandolos quietos en sus Reynos, despues de haber proveido de ellos quanto fue necesario para su Armada. Fundó tambien dos ciudades; pusolas por nombres, à una Nicéa, y Bucephalea à otra, en honor del caballo, que se le habia muerto, llamado asi. Y habiendo dado orden, de que le siguiesen los elefantes, y el vagaje por tierra, para que pudiese alojar mas commodamente el Exército, se embarcó por ultimo en el rio, por el qual le salia el viage à quatrocientos estadios por dia.

CAPITULO IV.

HABIENDO REDUCIDO ALEXANDRO A SU obediencia à los Sabios, y à otros pueblos, entra en la region de los Oxidracas y de los Mallos: Pone en fuga à los Barbaros, y sitia à su ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demophoon, Adivino.

PAsó de aquella suerte hasta donde el Hydaspes se junta con el Acesines, y desde donde toman su curso, ácia la provincia de los Sabios; los quales se vanagloriaban, *de que sus antecesores eran del Exército de Hercules, y que habiendo caido enfermos en aquel parage, continuaron en él su habitacion.* Vistense

se de pieles de animales: no llevan mas armas, que clavas; y aunque muy bastardeados en ellos los estilos de los Griegos, no dexaban de conservar muchos vestigios de su origen. Continuando su navegacion, se adelantó ciento y cinqüenta estadios; y despues de haber forrageado el país, tomó la ciudad capital de él. Habiendo ordenado los Barbaros en batalla quarenta mil Infantes en la ribera, para estorvarle el tránsito, y pasado sin embargo à vista suya, los puso en fuga, los rechazó en sus muros, y tomó por asalto su ciudad, donde fueron pasados à cuchillo los que podian llevar armas, y vendidos los demás. Marchó despues contra otra ciudad, donde rechazado vigorosamente, perdió muchos Macedones; si bien reconociendo los habitadores su persistencia, y desesperando de su remedio, pusieron fuego à sus casas, y se entraron en ellas con sus hijos y sus mugeres. Extinguianle los enemigos à igual proporcion de como le aumentaban ellos. Estraño modo de guerra à la verdad, en el qual se veía destruir los habitadores su ciudad, y defenderla los enemigos. Tan abominable cosa es la guerra, que trastorna y pervierte aun el orden y las leyes de la naturaleza. Preservóse del fuego el castillo, en el qual puso guarnicion; y entrando en un barquillo, le rodeó todo, para reconocerle. Sirvenle de foso los tres mayores rios de la India, despues del Ganges. Bañale el Indio ácia el Septentrion, y por la parte del Medio dia el Acesines y el Hidaspes. Juntanse con tan gran violencia, que causan alli iguales tormentas à las que se experimentan en ancho Mar; y respecto de la gran cantidad de cieno y tierra que llevan, solo dexan un corto estrecho, por donde pasan los baxeles; en el qual, batiendolos las olas por las proas y los costados, quisieron los marineros recoger las velas; pero no pudieron, asi por su pavor, como por la gran furia de los rios. Perecieron à su vista dos baxeles de los mayores que llevaban, y fueron arrojados à tierra sin daño alguno los menores, aunque no mas faciles de gobernarse. El del mismo Rey volvió el costado en la corriente, donde estubo muy à pique de que le sorbiesen los remolinos del agua, los quales rompieron el timon. Habiase quitado sus vestiduras para arrojarse al rio, donde estaban los suyos dispuestos à recibirle; pero siendo tan igual el riesgo de intentar

pa-

pasarle à nado, como de permanecer barado alli, quedó irresoluble. Hicieronse quantos esfuerzos fueron posibles por romper las olas, que por ultimo cedieron al de los remos, y à la industria de los marineros; los quales sacaron al Rey de aquellos remolinos, aunque no pudieron salvar el navio, ni evitar que encalláse en el primer baxo. Libre Alexandro de aquel peligro, hizo levantar igual número de altares al de los rios, à quienes habiendo hecho sacrificios en accion de gracias, se adelantó treinta estadios mas, y entró en la region de los Oxidracas y de los Mallos. Hallavanse aquellos pueblos en contínuas guerras entre sí; pero habiendolos unido entonces el interés comun, habian juntado hasta ochenta mil Infantes mancebos, todos vigorosos, y diez mil Caballos, con novecientos carros. Viendo los Macedones, que quando creían hallarse fuera de todos los peligros de la guerra, se les ofrecia nuevamente el de contender con la nacion mas belicosa de las Indias, perdidos de ánimo, empezaron à maquinar inquietudes y sediciones. Decian: *Que verdaderamente no les habian obligado à que pasasen el Ganges, y à ir de la otra parte à hacer frente à tantos millares de hombres y de elefantes, sino para transferir la guerra contra enemigos mas feroces, y no para vencerla: Que los precisaban à pasar à parages que hicieron los Dioses inaccesibles à los hombres, llevandolos a pesar suyo à aquellos en quienes carecian de la vista del Sol y de las Estrellas, para que le abriesen, al precio de su sangre, camino al Occeano: Que para que estrenasen las armas que les habian dado, les ofrecian nuevos enemigos en que emplearlas; pero aun quando los derrotasen, y pusiesen en fuga, que, ¿qué habrian logrado? Sino espesisimas nieblas, profundisimas tinieblas, y eterna noche, que cubria la fáz de aquel inmenso Mar, lleno de espantosos monstruos, y de detenidas aguas, donde declinando aun la misma naturaleza parecia que iba como á espirar.* Quedó el Rey en gran conflicto, no tanto por él, quanto por lo que miraba à los suyos; y habiendolos juntado, les manifestó: *Que aquellos pueblos, à quienes temian tanto, no eran guerreros, y que vencidos ellos, no habia quien les impidiese, el que habiendo atravesado por tan dilatados Reynos, llegasen al fin del Mundo, y de sus trabajos: Que hallandose atemorizados del*

Ganges, y de las numerosas naciones que habitaban de la otra parte, por corresponder al amor que los tenia, y complacerlos, los libró de ellas, tomando otra derrota por donde era igual la gloria, y menor el peligro: Que ya veían el Occeano, y empezaron à sentir el ayre del Mar: Que no le usurpasen el lauro à que aspiraba, pasando los límites de Hercules y de Bacho: Que podian à pequeña costa adquirir inmortal renombre à su Rey: Y por ultimo, que à lo menos tubiesen sufrimiento, para que se retirasen de las Indias con honra, y no con fuga. Es ordinario en la muchedumbre, y con especialidad entre la gente de guerra, que se aquiete con tan ligeras causas, quales son las que suele tener para alterarse, como se experimentó en esta ocasion, en la qual nunca prorrumpieron con mas gusto que entonces los soldados, diciendo en altas voces: *Que los llevasen en buen hora, y que se igualáse à los que pretendia imitar.* Con cuyas aclamaciones, gustoso el Rey, marchó contra los enemigos, que eran los mas valientes de las Indias; los quales se disponian à recibirle con todo genero de prevenciones de guerra. Habian elegido un Cabo de nacion de los Oxidracas, persona de gran valor, y de largas experiencias; el qual, acampado al pie de la montaña, mandó hacer grandes fuegos por todas partes para que pareciese mayor su muchedumbre, y dar grandes gritos y alharidos à su barbara usanza, con quienes pensaban amedrentar à los Macedones. El Rey, alegre, y esperanzado, reconociendo la buena disposicion de su gente, la mandó, al romper el dia, tomar las armas y ponerse en batalla; pero los Barbaros, ò preocupados del miedo, ò, lo que es mas cierto, poco conformes entre sí, se acogieron prófugos à las montañas, donde los siguió el Rey sin ningun fruto, y sin haber podido ganar mas que el vagaje. Encaminóse desde alli à la ciudad de los Oxidracas, donde se habia retirado la mayor parte de ellos; aunque fiando mas en sus armas, y en su valor, que en la plaza. Acercabase à ella el Rey, quando se llegó à él cierto Adivino à advertirle: *Que desistiese de aquella empresa, ò que la difiriese à lo menos, porque corria gran riesgo su vida.* El Rey, mirando à Demophoon, que asi se llamaba el Adivino, le dixo: *¿Si al tiempo que te exercitas en reconocer las entrañas de las victimas, llegáse alguno à interrumpirte,*

no

no recibirias disgusto de ello, y tendrias por molesto è importuno à quien lo hiciese? Y respondiendole Demophoon, que sí; le replicó el Rey: *Pues siendo asi, ¿cómo no prevenias, que hallandome empleado, no ya en examinar las entrañas de los animales, sino en una de las mayores empresas del Mundo, nada podia serme de mayor importunidad que un Adivino, lleno de supersticion?* Y diciendo esto hizo plantar las escalas; y tardando con gran disgusto suyo en executarlo, fue el primero que subió al muro; el qual era estrecho, y no tenia como otros almenas, sino un simple reparo, que le rodeaba, para impedir la entrada. Por lo qual, el Rey, mas inmobil, que adelantado, quedó expuesto à los innumerables tiros, que descargaban en él desde las torres; los quales reparaba con su escudo. Su gente, aunque no podia subir sin ofrecerse al mismo riesgo, considerando, que si no se apresuraba, quedaba perdido el Rey, atropellando por él, se esforzaron à porfia todos à procurar librarle; à cuyo fin fueron tantos los que cargaron en las escalas, que rotas éstas con el demasiado peso, dexaron al Rey sin esperanza de socorro.

CAPITULO V.

QUEDA HERIDO EN LA CIUDAD DE LOS Oxidracas, donde se arrojó de un brinco; y despues de haber perdido algunos de sus mejores Capitanes, y tomadose la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro.

HAbiendo quedado alli abandonado à vista de todo su Exército, como pudiera si se hallase solo, y teniendo el brazo izquierdo tan rendido de reparar los golpes, que ya no podia resistirlos, le dixeron à grandes voces los suyos desde abaxo: *Que no le quedaba otro recurso, sino el de dexarse caer, que ellos le recibirian.* Con lo qual se resolvió à executar una increible accion, mas digna de atribuirse à efecto de temeridad, que de valor. Saltó en medio de la plaza, llena toda de enemigos, donde no podia esperar sino ser muerto, antes que pudiese levantarse, y quedar incapáz de defenderse, y de tomar venganza de sus ene-

enemigos; pero se abalanzó, por dicha suya, de tal suerte, que cayó de pies, y con la espada en la mano; con la qual retiró à los que tenía mas inmediatos, habiendo andado tan próvida la fortuna en su defensa, que para que no fuese cogido en medio le ofreció un viejo arbol, cuyas dilatadas y espesas ramas se estendian como para cubrirle; y cuyo tronco, sumamente grueso, le sirvió para que se afirmáse en él, como lo hizo, reparando por delante con su escudo los tiros que le disparaban. Es bien verdad que lo hacian à distancia, por no atreverse ninguno à acercarsele, y que caían mas saëtas en el arbol, que en el escudo. Combatía à favor suyo la fama de su esclarecido nombre, de considerable terror à todos aquellos pueblos, y la desesperacion, de eficacisimo estímulo para incitar à los hombres à morir gloriosamente. Con todo, oprimido de tan larga fatiga, se puso de rodillas, à cuyo tiempo, cargandole los Barbaros desatinadamente, los recibió con tal brio como si entonces empezase à resistirlos, descargando tan recias cuchilladas en ellos, que derribó à dos por tierra; à vista de lo qual no hubo quien se atreviese à acercarsele. Pero siendo el blanco de todos los dardos, y no pudiendo en aquella postura defenderse sin gran incomodidad, descargó cierto Indio en él una flecha de dos codos, de cuyo tamaño son todas las suyas, como dexamos dicho, que le pasó la coraza, y llegó à penetrarle bastantemente en el lado derecho, del qual le salia la sangre en tanta abundancia, que se le cayeron las armas de las manos, quedando como muerto, y sin fuerzas, aun para sacarse la flecha. Viendole en aquel estado el que le habia herido, partió presuroso, y con gran gusto à él, para despojarle; pero no bien le hubo sentido, quando, à lo que juzgo, irritado del oprobio, y recobrando sus perdidos alientos, le entró el puñal en un bacío. Causaron aquellos tres cuerpos, tendidos delante de él, tal pavor en los enemigos, que no se atrevian sino à mirarlos de lexos, sin hacer otra cosa. En tanto el Rey, deseoso de morir combatiendo, procuraba levantarse con su escudo; y sintiendo que le faltaban las fuerzas, se asía de las ramas del arbol, para hacer el ultimo esfuerzo; pero no bastando, volvió à caer de rodillas, desafiando al mas animoso de los enemigos, à que combatiese de cerca con él. Finalmente Peucestes, habiendo

do entrado por otra parte, à pesar de los que defendian el muro, se puso al lado del Rey, que viendole, no esperaba pudiese ya servir de librarle la vida, sino de consolarle en su muerte; y hallandose casi para rendir el espiritu, se reclinó sobre su escudo. Sobrevino algo despues Timeo, luego Leonato, y despues Aristono. Los Indios, luego que entendieron que el Rey estaba en la ciudad, acudieron de todas partes alli, y cargaron vivamente à los que le defendian; entre los quales Timeo, despues de haber recibido muchas heridas, y hecho vigorosa resistencia, cayó muerto. Peucestes, aunque herido de tres tiros de flechas, solo atendia à cubrir al Rey con su escudo: no pudiendo resistir mas tiempo por sus heridas, le abandonó por ultimo; y Leonato, rechazando esforzadamente à los Barbaros que le cargaban, le alcanzó tan gran golpe en el cuello, que cayó muerto de él à los pies del Rey. Toda la esperanza se libraba en Aristono; ¿pero qué podia hacer un hombre solo, y herido contra tanta muchedumbre? En tanto, habiendose esparcido entre los Macedones la voz, de que habia muerto el Rey, cuya noticia siendo mas natural que los atemorizáse, les infundió tan grandes espiritus, que despreciando el peligro, derribaron el muro à golpes de picas y de maderos, y entrando de tropel por la brecha, dieron muerte à mas Indios en la fuga, que en la defensa. No perdonaron edad, ni sexo: à qualquiera que encontraban creían, que era el que habia herido al Rey; y asi lo sacrificaban todo à su colera: la qual mitigaban con la sangre, y la venganza, que tomaban en sus enemigos. Refieren Clitarcho y Timagenes, que se halló en esta ocasion Ptolomeo, que reynó despues; pero él mismo, de quien no es creible, que quisiese deslucir su gloria, escribe, que no estubo en ella, y que le habia enviado el Rey à otra parte. Tal fue la osadia que hubo, para referir semejante falsedad, ò la credulidad, que no es menor vicio, de los que se emplearon en escribir la historia. Habiendo llevado à Alexandro à su Tienda, los Medicos, por no mover la punta de la flecha, que tenia clavada dentro del cuerpo, cortaron diestramente el asta; pero reconociendo despues de haberle desnudado, que la flecha era dentellada, y que no se le podia sacar sin gran riesgo, si no se prolongaba la herida, tambien que

po-

podria resultar de hacerlo, el que perdiese considerable porcion de sangre, respecto de ser grande el hierro de la flecha, y de haber profundado tanto, que no parecia posible hubiese dexado de lastimar las partes nobles. Por lo qual, perdido de ánimo Cristobulo, uno de los primeros en aquella profesion, à vista de tan gran riesgo, no resolviendose à executarlo, temeroso de que se convirtiese contra él el daño, si no correspondia favorable el suceso, se deshacia en lagrimas, hallandose mortal del susto. Viendole el Rey de aquella suerte, le preguntó: *¿Que por qué le tenia padeciendo, y no le libraba prontamente de aquellos dolores, aunque fuese con la muerte, estando en su mano el hacerlo? Y que si su herida era mortal, ¿por qué temía?* Finalmente Cristobulo, depuesto el miedo, ò disimulando haberle perdido, le pidió: *Que se dexáse tener de alguno mientras le sacaba el hierro, por el gran daño que podría causarle el menor movimiento del cuerpo;* pero aseguróle el Rey, *que no era menester*, como lo mostró; pues se mantubo firme, y sin hacer movimiento alguno. Prolongada, pues, la herida, y sacada la flecha, fue tanta la cantidad de sangre que salió, que no pudiendola restañar, por mas que se procuró, previno al Rey una syncope, que le reduxo tan à los ultimos terminos de la vida, que teniendole ya todos por muerto, le lloraban como à tal, con tristes gemidos y desconsolados lamentos. Si bien conseguido por ultimo, que se restañáse la sangre, fue volviendo poco à poco, y empezó à conocer à los que tenia mas inmediatos à su persona. Todo aquel dia, y la noche siguiente se mantubo el Exército al rededor de su Tienda con las armas en la mano, confesando todos, que ninguno vivia sino por él, y sin haberse querido apartar de alli, hasta que se aseguraron, de que se hallaba mejor, y de que empezaba à reposar algo, cuyas felices nuevas llevaron à sus compañeros.

CA-

CAPITULO VI.

PIDENLE SUS AMIGOS, QUE MIRE POR SU salud, y por la pública; pero respondeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el Mundo.

HAbiendo gastado siete dias en la curacion de su herida, que aun no tenia bien cerrada, noticioso de quanto se aumentaba la falsa voz de su muerte entre los Barbaros, hizo poner juntos dos baxeles, y levantar enmedio de ellos su Tienda, à vista de todos, para desengañar por aquel medio à los que le habian creído, y desvanecer las esperanzas que habian concebido sus enemigos con tan falsa noticia. Y descendiendo por el agua, y apartandose alguna distancia de su Armada, para evitar le impidiese el ruido de los remos el sosiego, de que tanto necesitaba, llegó en quatro dias à una region abandonada de sus habitadores; pero tan abundante de granos y de ganados, que le pareció muy à proposito, para que refrescasen en él sus Tropas, y para que procuráse el recuperar su salud. Era costumbre entre los principales de la Corte hacer guarda por la noche delante de la Tienda del Rey, quando estaba enfermo; y observandose entonces el mismo estilo, entraron dentro de ella todos. Viendolos el Rey ir juntos, y poniendole en algun cuidado, les preguntó: *¿Si se descubrian aun los enemigos?* A que Cratero, que iba à hablarle por todos, le respondió asi: „¿Persuadeste, „Señor, à que quando tubiesemos à nuestras puertas los enemi„gos, nos darian tanto cuidado ellos, como el que nos cuesta „el deseo de tu conservacion, por quien tan poco miras? Cons„pirense contra nosotros todas las potencias del Mundo, quan„tos Exércitos ocupan las tierras, y quantas Armadas cubren „los Mares, y aun las mas feroces, y desconocidas fieras; que „de todos quedarémos invencibles como vivas tú; pero precipi„tandote, como lo haces, à tan evidentes riesgos, sin atender „à que es conseqüente à tu ruina la de todos nosotros; ¿qué „Dioses nos aseguran, que este grande Astro de Macedonia,

„uni-

,, unico apoyo suyo, dexará de faltarnos? ¿Quién, muerto tú, ,, querrá, ò podrá vivir? Todos hemos llegado hasta aqui, con- ,, duciendonos tú; y ninguno espera volver à su patria, si no le ,, restituyes tú à ella. Si disputases aun con Dario el Imperio de ,, los Persas, aunque te veriamos, no sin considerable disgusto, ,, expuesto à los peligros, no lo estrañariamos; porque quando ,, son iguales el peligro y el premio, es mayor el fruto de la ,, victoria, y mayor tambien en la adversidad del suceso el con- ,, suelo; ¿pero quién podrá tolerar, no ya de tus soldados, sino ,, aun de las mas barbaras naciones, à quienes ha llegado algu- ,, na noticia de la fama de Alexandro, que sea una vida, como ,, la tuya, precio de una mala vicoca? Estremeceme del horror ,, el espiritu, quando vuelvo la consideracion à lo que acabamos ,, de ver. Hubiera llegado ya la hora, de que se alzasen las mas ,, viles manos del Mundo con los despojos del mayor Principe ,, de la tierra, si piadosa la fortuna no nos hubiese librado de ,, tan considerable desdicha. Somos tantos traydores y deserto- ,, res, quantos aqui estamos, no habiendo podido seguirte. Mu- ,, cha razon tendrás de vituperarnos, y de notarnos de infames à ,, todos tus soldados, entre los quales no habrá ninguno que re- ,, huse padecer la pena del delito, que no pudimos dexar de co- ,, meter; pero pedimoste, Señor, por gracia, que no sean es- ,, tos los medios de que te valgas para manifestar el desprecio ,, que hicieres de nosotros, sino los de ofrecernos à todo genero ,, de peligros, dexandonos estas guerras de tan corta importan- ,, cia y reputacion, y reservando para tu Real persona las que ,, se proporcionaren con tu magnánima generosidad y grandeza; ,, porque desluce mucho el explendor de su gloria, quien se em- ,, plea en tan abatidos y viles enemigos, y malogra sus ilustres ,, acciones, obrandolas donde no pueden resplandecer. ,, Dixe- ronle casi lo mismo Ptolomeo y los demás, suplicandole todos con lagrimas: *Que procediese con mas moderacion en el insacia- ble deseo de gloria, de que se hallaba tan colmado, y miráse mas por su salud, y por la de todos.* Quedó el Rey tan gusto- so, y agradecido de experimentar aquellas demostraciones de su afecto, que habiendolos abrazado à todos uno por uno, los hi- zo sentar, y levantando algo la voz, les dixo: ,, Estimoos à

,, quan-

„ quantos os hallais aqui, que sois los mejores de nuestros ciu-
„ dadanos y de mis amigos, no solo la fineza con que pre-
„ feris hoy mi salud à la vuestra, sino tambien la que he re-
„ conocido en vosotros desde el principio de esta guerra, en
„ la qual no ha habido testimonio que no me hayais dado
„ de vuestro zelo y de vuestro amor; cuya debida gratitud
„ me obliga à confesaros, que nunca he apreciado tanto la
„ vida como hoy, que la deseo para gozar mas tiempo de
„ vosotros, y del fruto de vuestra amistad; pero por lo mismo
„ que conozco quan grande es el deseo que mostrais de mo-
„ rir por mí, y que no os he merecido, sino con el exce-
„ sivo valor que me culpais, me habeis de permitir, que
„ os diga, que son muy otros vuestros dictamenes que los
„ mios; porque vosotros deseais gozarme largo tiempo, y
„ siempre, si fuera posible; y yo, no medir mi duracion con
„ los años, sino con la eternidad. Pudiera haber terminado
„ mi ambicion en los límites de Macedonia, y contento con
„ el Reyno de mis padres, esperar, entre ociosidad y deli-
„ cias, una vergonzosa vejéz, si es dado à holgazanes y pe-
„ rezosos disponer y dilatar à su arbitrio los terminos fata-
„ les: pues vemos, que quando con mayor ansia libran to-
„ da su falsedad en vivir mas, suele sobrevenirles anticipa-
„ damente la muerte; pero como no numéro por mis años mis
„ victorias, hallo, sin olvidar los favores que debo à la fortu-
„ na, que he vivido mucho. Habiendo empezado à reynar
„ en Macedonia, me he hecho dueño de la Grecia, he domado
„ à Thracia y à Illiria; mando à los Triballos y à los Me-
„ senios; veome Señor de toda el Asia, desde el Helespon-
„ to, hasta el Mar Roxo; y hállome muy proximo à los
„ ultimos terminos del Mundo, desde donde pretendo entrar
„ en otro, y hacer de dos Imperios uno solo. En menos es-
„ pacio, que el de una hora, he pasado del Asia à Europa.
„ ¿Pareceos, pues, justo, que hallandome vencedor de las
„ dos mejores partes del Universo, en el nono año de mi rey-
„ nado, y en el vigesimo octavo de mi edad, debo suspen-
„ der el curso de tan esclarecida carrera, obscureciendo mi
„ gloria, à cuyo aumento se dirigen todos mis deseos? No,

„ no puedo hacerla tal ofensa. Qualquiera parte donde yo com-
„ bata, me parecerá que es theatro del Mundo, y que en
„ él me ven todos. Yo haré ilustres los mas desconocidos lu-
„ gares, y franquearé al Mundo aquellas regiones, que tan-
„ to alexó la naturaleza, aun del conocimiento de los hom-
„ bres. En cuya empresa, si muriere, ¿dónde podré eternizar
„ mejor mi gloria? No soy de linage capáz de apetecer, antes
„ que un inmortal renombre, una larga vida. Acordaos de que
„ nos hallamos en una region, à quien hicieron célebre las ilus-
„ tres acciones de una varonil muger. ¿Qué ciudades no fundó
„ Semiramis? ¿Qué pueblos no reduxo debaxo de su obedien-
„ cia, y qué magníficas obras no hizo? Aun no hemos iguala-
„ do à la gloria de una muger, ¿y ya nos contentamos con lo
„ que hemos obrado? Favorezcannos los Dioses, que lo mas nos
„ falta por executar; si bien el medio de llegar al fin, es no de-
„ sestimar nada por corto, ni pequeño, donde se ofrece tanta
„ gloria que adquirir. Aseguradme solo de los peligros y tray-
„ ciones domésticas, que los riesgos de la guerra no los temo.
„ No ignorais, que Philipo estubo mas seguro en los com-
„ bates, que en los espectáculos públicos del theatro; y que
„ habiendose librado de las manos de los enemigos, no pudo
„ de las de sus vasallos. Lo mismo sucedió à los demás Re-
„ yes. Haced memoria de todos, y hallareis, que mas fueron
„ los que murieron por los suyos, que por los contrarios. Esto
„ es lo que os ruego; y pues la ocasion se me ofrece opor-
„ tuna, de declararos lo que ha mucho que premedito, sa-
„ bed, que el mayor fruto, que podré lograr de mis fatigas
„ y de mis victorias, será el que coloqueis en el número de
„ los Dioses à mi madre Olympias, quando estos la saquen
„ del Mundo, à cuyo fin haré todo lo posible; pero si mu-
„ riere antes, acordaos de que os lo he pedido. " Dicho esto,
los despidió, y se detubo alli algunos dias.

CA-

CAPITULO VII.

SOSIEGASE EL REBELION DE LOS Griegos, en las tierras de los Bactrianos: Dá Alexandro un banquete à los Embaxadores de los Indios: Sobreviene un disgusto entre Horrata y Dioxippo, y pára en duelo, en que riñeron con desiguales armas: Dáse algunos dias despues Dioxippo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos.

MIentras pasaban estas cosas en las Indias, naciendo algunas discordias entre los soldados Griegos, que habia dexado Alexandro dispuestos por Colonias, por los contornos de Bactra, pasaron despues à rebelion, no porque viviesen disgustados de Alexandro, sino porque temiesen el castigo. Habiendo muerto à algunos de sus compañeros, los que se hallaron mas fuertes, buscaron en las armas su asilo; y apoderados de la fortaleza de Bactra, la qual estaba con bien débil guarda, llevaron à su partido à los Barbaros. Era cabeza de él, y quien se habia usurpado el título de Rey, Athenedoro, no tanto por la ambicion de reynar, quanto por volver à su patria, con los que por la autoridad de él le seguian. Si bien antes de que pudiese executarlo, entrando en zelos de su nueva fortuna cierto Griego, como él, llamado Bioon, le dispuso algunas emboscadas; y habiendole convidado à comer, le hizo dar muerte por mano de cierto Boxo Mauritano. Juntó el dia siguiente todas sus Tropas, procurando persuadir à muchos, que sabiendo que Athenedoro habia querido hacer lo mismo con él, se habia anticipado; pero hallandose los mas en conocimiento de la impostura, y quedandolo poco despues todos, tomaron las armas con resolucion de darle muerte en la primera ocasion que se les ofreciese. Sin embargo, temerosos los Cabos de que pasáse adelante el mal, sosegaron à los soldados; pero no bien se vió libre de aquel riesgo Bioon, quando maquinó la muerte de los que le habian preservado de él; aunque con tan infeliz

efecto, que descubierta la trama, fueron él y Boxo presos, y sentenciados à muerte: resolviendo darsela à éste pronta, y à aquel en el tormento. Disponiendole, pues, para él, tomaron repentinamente las armas como desatinados los Griegos, sin que pudiese saberse la causa para aquella demostracion. A vista de la qual, temerosos los que le llevaban al suplicio, y creyendo que su intento era librarle, le dexaron alli. Donde poniendose el reo desnudo, como estaba en manos de los Griegos, movidos à piedad, al verle en aquel miserable estado, le mandaron ir libre. Conque habiendolo quedado por dos veces de la muerte, se volvió à su patria con los que abandonaron las Colonias, que les señaló Alexandro. Esto es quanto sucedió en Bactra y en las fronteras de Scythia. En el interin los dos pueblos, de quien hemos tratado, enviaron Embaxadores al Rey; los quales eran de prodigiosa gentileza: iban vestidos de ropas de lino, bordadas de oro, púrpura, y en carros. El fin de su jornada miraba, *à representarle, que ellos, sus ciudades y tierras las ponian à su disposicion, y que era el primero à quien rendian su libertad; la qual habian conservado inviolablemente por espacio de muchos siglos: Que no el temor, sino la disposicion de los Dioses, les obligaba à darle la obediencia, quando teniendo aun enteras sus fuerzas, se ponian debaxo de su yugo.* Habiendo el Rey tenido Consejo sobre esto, los admitió à su obediencia, imponiendoles el mismo tributo, que pagaban à los Arachosios, y ordenandoles le previniesen dos mil y quinientos caballos, que executaron con puntualidad. Despues de lo qual mandó disponer un magnífico banquete, para quien convidó à estos Embaxadores y à los Señores Indios, que se hallaban alli. Hizo poner cien asientos de oro, bien cerca unos de otros: colgar ricas tapicerias de oro y púrpura, y que se obstentasen en aquella ocasion los mas exquisitos muebles, y quanto la antigua sobervia de los Persas, y la moderna delicadéz de los Macedones empleaba en la superfluidad, para que se viesen mezclados los vicios de ambas naciones. Hallabase en aquel festin cierto Atheniense, cuyo nombre era Dioxippo, célebre entre los Athletas, y muy querido del Rey, asi por su fuer-

fuerza, como por su destreza; y como en las Cortes nunca faltan embidiosos y malignos, no dexaban estos de provocarle, unas veces con las veras, y otras con las burlas, diciendo: *Que, ¿ qué era lo que el Rey queria de aquel grueso animal, el qual no era bueno para nada, pues mientras los demás se exponian à los tiros, él solo entendia à untarse con azeyte, y à dilatar el pellejo, para llenar mejor su vientre?* Cuyos oprobios, repetidos por cierto Macedon, llamado Horreta, los aumentó embriagado, diciendole: *Que si tenia valor, le buscáse el dia siguiente con la espada en la mano; y que si el Rey gustaba, sería Juez de la temeridad del uno, y de la cobardia del otro.* Rióse Dioxippo de la brabata del soldado, y aceptó el desafio; y al dia siguiente el Rey, viendo que mas irritados solicitaban el reñir, y que no podia hacerlos amigos, se lo permitió. Concurrió à aquel expectáculo gran multitud de soldados, entre los quales estaban los Griegos, que favorecian à Dioxippo. Presentóse el Macedon armado de pies à cabeza: el escudo de cobre, y la media pica, à quien llaman *Sarisa*, en la mano izquierda: la lanza en la derecha, y al lado la espada, como si hubiese de combatir con muchas personas. Llegó al mismo tiempo Dioxippo, resplandeciente todo su cuerpo del azeyte, con una corona en la cabeza, una capa de escarlata arrollada en el brazo izquierdo, y una crecida y nueva clava en la derecha. Admiró à todos esta entrada, y no solo la temeridad, sino la declarada locura de intentar reñir un hombre desnudo con otro tan bien armado. Y asi el Macedon, teniendo como por seguro el que le daria muerte desde lexos, le enristró la lanza, de cuyo golpe se libró Dioxippo, inclinando un poco el cuerpo; à cuyo tiempo partiendo veloz à él; sin darle lugar à que pasáse la *Sarisa* de una à otra mano, le partió por medio con su clava. Entonces Horrata perdidas aquellas dos armas, iba à valerse de la espada; pero mas pronto el Griego, habiendo llegado à asirle de él, le arrojó à tierra de un puntapie, y despues de haberle quitado su espada, le puso el pie sobre el pescuezo, y alzando la clava iba à descargarsela sobre la cabeza, como lo hubiera hecho, à no haberlo

lo estorvado el Rey. Disgustó, no solo à los Macedones el fin de aquel expectáculo, sino tambien al mismo Alexandro, por haber sido en presencia de los Barbaros, entre quienes, estando en tan gran reputacion el valor de los Macedones, sentian hubiese quedado aquel expuesto al desprecio y à la risa comun. De que nació, que diese el Rey mas credito del que debiera à las calumnias de los enemigos de Dioxippo, y que pocos dias despues estos, habiendo faltado en cierto festin, donde él concurrió, una copa de oro, que maliciosamente habian ocultado los Oficiales, se quexasen al Rey, como si con efecto no pareciese. Suele muchas veces la vergüenza perjudicar al inocente, y causarla mayor en el que lo está la calumnia, que el culpado. Asi sucedió à Dioxippo; el qual, reconociendo que todos le miraban como à autor del hurto, y no pudiendo tolerar aquella afrenta, se levantó de la mesa, y despues de haber escrito al Rey, se dió por sí mismo muerte. Mostró gran disgusto de ella Alexandro, mirandola mas como testimonio de generoso despique, que como arrepentimiento del delito, de que le juzgaba inocente, en cuyo dictamen le confirmó el excesivo gusto que manifestaron sus enemigos del suceso.

CAPITULO VIII.

HABIENDO RECIBIDO ALEXANDRO presentes de los Embaxadores Indios, doma à los Sabrazas, Musicanos, Prestos y otros pueblos: Queda Ptolomeo sano de una venenosa herida con el beneficio de una yerva, que vió en un sueño Alexandro.

VOlvieron pocos dias despues con presentes à Alexandro los Embaxadores, à quienes habia despedido. Componianse estos de trescientos caballos, y mil y trescientos carros, à quatro caballos cada uno; algunas ropas de lino, mil escudos à la indiana, cien talentos de hierro blanco, leones y tigres, de espantosa grandeza unos, y otros domesticados, dilatadisimas pieles de caymanes, y todo genero de conchas y es-

escamas de tortugas. Ordenó despues el Rey à Cratero, que llevàse el Exército por tierra, costeando el rio; en que embarcado con el ordinario acompañamiento, tocó en la frontera de los Mallos, desde donde pasó à los Sabrazas, nacion poderosa entre los Indios, y que se gobiernan sin Rey, y à manera de República. Habian levantado hasta sesenta mil Infantes, y seis mil caballos, con quinientos carros, y elegido tres valientes Generales, para que los mandàse; pero hallandose aquel pais muy lleno de poblaciones pequeñas, y con especialidad las riberas del rio, luego que le vieron desde lexos, cubierto todo de baxeles, y con tan gran número de hombres y de armas resplandecientes, creyeron, no habiendo visto cosa semejante, que era la Armada de los Dioses la que iba, ù otro Bacho tan célebre en aquellas regiones. Llegabanse à esto los gritos de los soldados, el ruido de los remos, y las confusas voces con que los marineros se animaban unos à otros, cuyas cosas todas aumentaron su terror, de suerte, que vueltos à acelerado paso à su Exército, dixeron à grandes voces: *¿Que si estaban locos, pretendiendo combatir con los Dioses? Que era imposible numerar los baxeles, que conducian innumerables hombres invencibles;* infundiendo en todos tan gran miedo, que despacharon Embaxadores, ofreciendo rendirse. Habiendo recibido el Rey el omenage, marchó quatro dias contra otros pueblos, que no se defendieron mejor que sus vecinos, y despues de haber fundado una ciudad, à quien puso tambien por nombre Alexandria, entró en las tierras de los Musicanos. Quiso alli oir las quexas de los Parapomasides contra Terioltes, à quien les habia dexado por Gobernador, y juzgar de aquella causa, y hallandole convencido de hurtos y violencias, le condenó à muerte. No asi à Oxatres, Satrapa de la Bactra, al qual no solo le absolvió, sino le aumentó los límites de su Gobierno: Y habiendo reducido despues à los Musicanos à su obediencia, puso guarnicion en su ciudad, y pasó à las tierras de los Prestos, otros Indios, de quienes era Rey Oxicano, el qual se habia encerrado en la mejor de sus plazas con gran número de gente. Sitióla Alexandro, y habiendola tomado al tercer dia, se retiró aquel Principe al castillo, desde

don-

donde envió Embaxadores al Rey para capitular; pero derribadas dos grandes torres antes que llegasen, entraron los Macedones, y dieron muerte à aquel Principe, que combatía en la brecha con pocos de los suyos. Arrasada la fortaleza, y vendidos los prisioneros, entró en los Estados del Rey Sabo, donde se le rindieron muchas ciudades, habiendo tomado la mayor parte de los condutos subterraneos. Parecia à los Barbaros, imperítos en el Arte Militar, cosa de prodigio ver salir debaxo de tierra en medio de su ciudad hombres armados, sin haber reconocido antes rastro alguno de camino, que hubiesen hecho. Refiere Clitarcho, que fueron muertos en aquella region ochenta mil Indios, y vendidos muchos prisioneros en almoneda. Sublevaronse nuevamente los Musicanos; y Phiton, enviado à domarlos, se apoderó de la persona de su Principe, autor del rebelion, y se le llevó al Rey, el qual le hizo poner en Cruz. Desde alli, volviendo à tomar el rio, donde le esperaba su Armada, llegó al quarto dia à una ciudad del Rey Sabo; el qual, aunque se habia rendido, oponiendose los habitadores al nuevo dominio, cerraron las puertas à Alexandro, que despreciando su corto número, envió alli quinientos Agrianos, con orden de que se acercasen à las murallas, y que se retirasen despues poco à poco de ellas, para llevar à sí al enemigo, que no dexaria de seguirlos, si mostraban huir. Habiendo tenido, pues, una ligera escaramuza, y fingido que huían, como se les habia ordenado, cargaron desatinadamente en su seguimiento los Barbaros, y dieron en la emboscada, donde estaba el mismo Rey. En ella no dexaron de defenderse, hasta que habiendo quedado, de tres mil que eran, muertos seiscientos, y prisioneros mil, se retiraron à los muros: sin embargo no fue la victoria tan felíz como pareció, por haber envenenado los Indios sus espadas, de suerte, que ninguno de los heridos escapaba, no pudiendo los Medicos alcanzar la causa de aquella malignidad, que hacia incurables aun las menores heridas. Habian creido los Barbaros, que el Rey, por su denuedo y bizarria, no dexaria de participar de ella; pero fue tan felíz, que enmedio de haberse hallado en la refriega, no salió herido. Entre los que quedaron, el que mas cuidado le daba, era Ptolomeo; porque aunque la herida, que

ha-

habia sacado en la espalda izquierda, no debia causarle, no estaba el riesgo en ella, sino en la ponzoña. Reconociale Alexandro por pariente suyo, y tenianle algunos por hijo de Philipo, ò por lo menos de alguna de sus damas. Por lo qual lograba el primer lugar despues del Rey: era valerosisimo: muy estimado en la guerra, y aun mas en la paz: enemigo de toda profusion y superfluidad: sumamente liberal y apacible, y ageno del fausto y vanidad, que pudiera causarle el explendor de su nacimiento; cuyas buenas prendas le hicieron tan amado del Rey, y de todos, que se dudaba de quien lo estaba mas. Fue esta ocasion en la que con mayor fineza le mostraron los Macedones su afecto; el qual pareció presagio de su futura grandeza, pues no estubieron con menor cuidado que el Rey, que sentado en su cama, hizo, fatigado del combate y de la inquietud en que le tenia el peligro de Ptolomeo, traer alli la suya para estar cerca de él. No bien se hubo echado en ella, quando le embargó un profundo sueño, de quien habiendo despertado, dixo: *Que habia visto un dragon, que llevaba en el gaznate una yerva, que le ofreció como triaca, y eficáz remedio para el veneno, y las heridas.* Refirió el color de ella, y aseguró, que si la veía, la conoceria. Con lo qual, buscandose por todas partes, y hallandola uno, se la puso en la herida, cuyos dolores se le empezaron à mitigar inmediatamente à Ptolomeo; el qual en breves dias quedó bueno. Los Barbaros, destituidos de su esperanza, se rindieron. Con lo qual pasó Alexandro à Pathalia, provincia inmediata, cuyo Rey, llamado Meris, se habia apoderado de las montañas, y abandonado la ciudad; en la qual entró Alexandro despues de haber corrido, y robado la campaña, donde fue grande la presa que se hizo de ganado y de trigo.

CAPITULO IX.

DESEA ALEXANDRO SUMAMENTE VER EL Occeano, y logralo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los marineros y Pilotos.

EXecutado esto, tomó por guias algunas personas prácticas en el rio, y llegó à una isla situada casi en medio de la canal, donde se vió necesitado à detenerse mas tiempo del que queria; porque habiendosele escapado las guias, le fue preciso buscar otras; y no hallandolas, ni permitiendole el ansia que tenia de ver el Occeano, y de dilatar sus conquistas hasta el fin del Mundo mayores dilaciones, continuó su viage, exponiendose con tan valerosos soldados à merced de un desconocido rio. Bogaban, pues, à la contingencia, sin saber qué derrota tomar; quánto distaba de alli el Mar; qué pueblos habitaban en aquellas costas; si la entrada del rio era navegable; ni de qué baxeles era capáz. Todo se reducia à congeturas bien debiles, sin que tubiesen otro consuelo en empresa tan temeraria, que el que les ofrecia la continuada felicidad del Rey; à quien, despues de haber caminado quatrocientos estadios, dixeron los Pilotos: *Que empezaban à sentir el ayre del Mar, y que les parecia que no estaba lexos el Occeano.* Con cuya noticia, sumamente regocijado, animaba à los galeotes à que remasen à toda fuerza, representando à los soldados: *Que habian llegado ya al deseado fin de sus trabajos: Que nada podia resistir à su valor, ni aumentar su gloria: Que sin mas combate, ni derramamiento de sangre, se hallaban señores del Universo: Que aun la misma naturaleza no podia pasar mas adelante; y que bien apriesa verian cosas, que solo eran permitidas à los Dioses inmortales.* Desembarcó sin embargo alguna gente, esperando que tomasen lengua de aquellos rusticos; como con efecto, habiendo hallado à algunos recogidos en cabañas, y preguntadoles: *¿Si estaba lexos de alli el Mar?* Respondieron: *Que nunca habian oido hablar del Mar, que solo sabian, que à tres jornadas de alli habia una agua amarga, que corrompia el agua dulce.* Con cuya expresion, enten-

tendiendo, que denotaban el Mar, sin alcanzar la naturaleza de él, bogaban los marineros con grande alegria, creciendo sus alientos, quanto mas se adelantaban, à proporcion de su esperanza. Reconocieron al tercer dia, que el agua del Mar empezaba à mezclarse con la del rio, y que volvia à subir la maréa, que era causa de que descendiesen con mayor dificultad. Por lo qual arribaron à otra isla, situada en medio del agua, donde se emplearon en hacer provisiones, sin prevenir lo que les sucederia; pero à tres horas de haber estado en ella, volviendo el Occeano à su estado ordinario, no hizo al principio sino detener el curso del rio; pero despues, repeliendole, le arrojó con mayor impetuosidad de la con que se precipita el torrente de qualquiera desde una eminencia à un valle. Ignorando los soldados, que este era el fluxo y refluxo del Occeano, creyeron, al verle crecer repentinamente, è inundar los campos, que era manifiesta señal de la indignacion de los Dioses, y del castigo, que querian dar à su temeridad. En tanto el Mar, habiendo levantado los navios, y dividido la Armada, aturdidos de tan inopinado accidente los que habian desembarcado, corrieron presurosos para entrar en los baxeles; pero quanto mas se aceleraban en aquel tumulto, tanto menos se adelantaban. Hacian esfuerzos unos por llegar con garfios las barcas, y estabanse quedos otros, viendo que no se podian valer de los remos. Los que profurosos no habian esperado à sus compañeros, se hallaban imposibilitados de gobernar sus baxeles por sí solos, è incapaces de moverse las galeras, en quienes habia entrado de tropel la gente, por estar tan cargadas; con que en unas por poca, y en otras por mucha, era igual el desorden. Decian à grandes voces unos, que se detubiesen; otros, que anduviesen; con cuyo tropel y confusion, aturdidos los remeros, no sabian à quien obedecer. Aun los mismos Pilotos eran inutiles en aquella ocasion, en la qual embarazaba el ruido, que se oyesen sus ordenes, y el pavor, que se executasen. Empezaron, pues, los baxeles à chocar reciamente entre sí, y los remos à romperse, ò enredarse unos con otros, de suerte, que no parecia una Armada sola, sino dos, que combatian. Daban las popas de los unos contra las proas de los otros; recibiendo de los que tenian detrás el mismo daño, que causaban

por delante; finalmente, eran tantos los gritos, y tantos los baldones de unos y otros, que de las palabras pasaron à las manos. Ya crecido el Mar, habia inundado la campaña, que estaba al rededor del rio, sin que de toda ella se viesen mas que algunas eminencias, en forma de pequeñas islas, à quienes llegaron muchos à nado, abandonando sus navios, cuya mayor parte se mantenia en alta Mar, quedando encallados, ò al través las demás, segun era la desigualdad de las aguas. Sobrevinoles aun mayor susto, que el primero, quando vieron que lo restante del Mar se retiraba con la misma impetuosidad que habia crecido, descubriendo las tierras que habia sumergido poco antes. Con lo qual, quedando los baxeles en seco, caían unos sobre las proas, y otros de costado; veianse los campos sembrados del vagaje, de remos rotos, y de pedazos de tablas: vestigios todos del naufragio. Los soldados, ni se resolvian à saltar en tierra, ni se tenian por seguros à bordo, temerosos de algun accidente peor que los pasados, y sin acabar de persuadirse à los naufragios que veían en tierra, ni à que pudiese el Mar desembocar en un rio. Tampoco discurrian en que hubiese llegado el fin de sus males; porque ignorando, que poco despues volveria à crecer el Mar, y que levantaría sus baxeles, esperaban morir de hambre, experimentando las ultimas calamidades, llegandose à este desconsuelo, para acabar de aumentar su horror, el haberse descubierto cien monstruos marinos, que habia dexado el Mar: los quales gateaban al rededor de los baxeles. Acercabase en tanto la noche, y el Rey, no de otra suerte que los demás, sin saber que hacerse, se hallaba en considerables inquietudes; pero como nada era capáz de rendir su espiritu, se mantubo toda ella en la gavia, ò en combes, para dar sus ordenes, y disponer que partiese alguna gente à caballo à la entrada del rio, y advirtiese quando volvia la maréa. Hizo tambien reparar los baxeles maltratados, y levantar los caidos, ordenando, que estubiesen prontos todos para quando volviese à crecer el Mar. Pasóse toda la noche en vela, y en animar al Exército, hasta que volvieron à toda rienda à avisar los que habian ido à aquel fin; y despues de ellos la maréa; la qual, dilatandose suavemente, no hizo mas que levantar los navios, è inundando poco despues la campaña, dexar en-

dis-

disposicion à toda la Armada, de que pudiese navegar. A vista de cuyo inesperado bien, arrebatados del gusto, asi los soldados, como la chusma, le celebraban con crecidos gritos y espantosa algazara. Preguntando, no sin grande admiracion: *¿Cómo volvia tan aprisa el Mar allí; à qué parte se habia retirado el dia antes; y quál era la naturaleza de un elemento tan discorde, como sujetos a la revolucion de los tiempos?* Habiendo congeturado el Rey de lo que habia sucedido, que la maréa volvia despues de salido el Sol, se quiso anticipar; y haciendose à media noche à la vela con pocos baxeles, y habiendo ganado la boca del rio, se entró quatrocientos estadios dentro del Occeano, logrando por ultimo el fin de sus votos, y el colmo de sus deseos.

CAPITULO X.

VUELVE DEL OCCEANO A LOS TERMINOS de los Arabitas, Gedrosioros, y de los Indios, donde pelea su Exército con la hambre y con la peste; pero dá providencia para su remedio: Dispone despues, en imitacion de Bacho, cierto genero de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astaspes, Satrapa.

HAbiendo despues sacrificado à los Dioses tutelares del Mar, y de aquellas regiones, volvió à juntar su Armada; la qual, montando por el rio, llegó al dia siguiente cerca de un lago salado, donde ignorantes muchos de la calidad del agua se bañaron, pagando la pena de su inadvertencia, por haberles sobrevenido cierta especie de sarna contagiosa, de que inficionaron à sus compañeros; si bien se les quitó untandose con aceyte Envió desde alli delante à Leonato, para que dispusiese algunos pozos en los parages por donde habia de pasar el Exército, respecto de ser sumamente árida la tierra; y tubo alli el invierno con sus Tropas, hasta que dió principio la primavera. En cuyo interin se ocupó en fundar ciudades, y en hacer puertos y arsenales, para los navios. Mandó despues à Nearcho, y à Onisicrito, bien expertos en las cosas marítimas, que se embar-

barcasen en los mejores baxeles, y que sulcando el Occeano, con la mayor seguridad y cuidado que pudiesen, reconociesen la calidad de él, y se volviesen, ò por el Eufrates, ò por el mismo rio. Pasados los grandes frios, hizo quemar los baxeles inutiles; y conduciendo su Exército por tierra, llegó en nueve dias de marcha à las de los Gedrosioros, pueblo libre: y que despues de haber tenido su Consejo, se rindió al Rey; el qual solo le pidió viveres. Desde alli pasó en cinco jornadas al rio Arabon; y atravesando grandes desiertos, donde no halló gota de agua, à la region de los Horitas. Dió en ella la mayor parte de sus Tropas à Ephestion, dividiendo las demás, armadas à la ligera, con Ptolomeo y Leonato. Con cuyas tres partes de Exército saquearon à un tiempo à los Indios, y hicieron considerables presas. Robaba Ptolomeo las regiones marítimas, y desolaba la campaña el Rey por una parte, y Leonato por otra. Fundó, sin embargo, en ella una ciudad, à quien pobló con los Aracosios, y encaminóse despues ácia aquellos pueblos marítimos; los quales tienen considerable porcion de país inhabitado, sin conservar comunicacion alguna con sus vecinos. Aquella soledad acabó de hacer sus ingenios, naturalmente feroces, mas groseros. Dexanse crecer las uñas y el cabello, sin cortarsele jamás: edifican sus cabañas de conchas, y de otros escrementos del Mar: vistense de pieles de bestias salvages; y alimentanse de pescados, que secan al Sol, y de las ballenas, que las tormentas arrojan à aquellas costas. Los Macedones, despues de haber consumido alli todas sus provisiones, empezaron à padecer falta de bastimentos, y à pocos dias tan grande hambre, que se hallaron precisados de ella à cortar las raices de los palmares, unico arbol, que ofrece aquel territorio; y faltandoles aun aquel tenue socorro, à comer los animales de mayor estimacion, y despues los caballos de servicio, quemando aquellos ricos despojos, por quienes se habian dilatado hasta los terminos del Mundo, respecto de no tener con que conducirlos. Sucedió al hambre la peste, ocasionada de los malos alimentos, à que no estaban acostumbrados: del trabajo del camino, y del disgusto en que se hallaban, viendose imposibilitados de marchar, y de detenerse, sin perecer, por ser preciso, si se mantenian, morir
de

de hambre, y si intentaban adelantarse, que se inflamáse mas la peste. Por lo qual se hallaba toda la campaña cubierta de muertos, y aun mas de moribundos, y sin que pudiesen huir, ni los menos enfermos, respecto de la celeridad con que marchaba el Exército, creyendo, que quanto mas se adelantáse, tanto mas se apartaria del peligro, y aseguraria su remedio. Pedian à grandes voces los que se habian quedado en los caminos, à conocidos, y à no conocidos, socorro; pero faltaba enteramente carruage en que conducirlos, pudiendo apenas los soldados llevar sus armas: fuera de que estando proximos à verse en el mismo infelíz estado, qualquiera atendia solo à librarse del riesgo. Con que, por mas que aumentaron los gritos, no pudieron conseguir el socorro que buscaban; porque negando el miedo lugar à la compasion, volvian los mas à otra parte los ojos, por no mirarlos. A vista de cuya impiedad pedian con mayor aliento à sus compañeros, por los Dioses, por el Rey, y por las cosas mas sagradas, que no los desamparasen, hasta que reconociendolos sordos à sus ruegos, convertidos estos en desesperacion y rabia, los maldecian, deseandoles igual fin al suyo, y semejantes amigos à los que en ellos experimentaban. Corrido y afligido el Rey de ser causa de aquella gran miseria, envió à mandar à Phrataphernes, Satrapa de los Partos, que le enviáse viveres cocidos en camellos y dromedarios, y hizo partícipes tambien de su necesidad à los Gobernadores de las demás provincias; los quales concurrieron à socorrerla, de suerte, que habiendo quedado el Exército libre, à lo menos del hambre, fue ultimamente conducido à los confines de Gedrosia, region apacible y abundante, donde se detubo algunos dias para repararse. Recibió en ella cartas de Leonato, en que le abisaba: *Habia peleado, y roto à ocho mil Infantes, y quatrocientos Caballos de los Horitas.* Y tambien de Cratero; el qual le participaba: *Tenia presos à Ocines y Zariaspes, ambos Señores Persas, por haberles descubierto cierta rebelion que tramaban.* Despues de lo qual puso en el gobierno de aquella region, en lugar de Memnon, que habia muerto pocos dias antes de enfermedad, à Sibircio, y se encaminó ácia Carmania, de quien era Satrapa, Aspastes; el qual estaba indiciado de haberse querido levantar mientras el Rey se

ha

halló en las Indias. Si bien, habiendose puesto en su presencia, le hizo buena acogida; y disimulando su desconfianza, le mantubo en el Gobierno hasta averiguar lo cierto. En el interin los Gobernadores Indios le habian enviado, en cumplimiento de la orden que tenian, de todas las provincias, que estaban sujetas à su obediencia, gran cantidad de caballos y de animales de estimacion, con quienes socorrió à los que se hallaban necesitados de ellos, repartiendo entre todos armas tan buenas, como las primeras, no habiendole sido muy dificil, respecto de estar cerca de Persia, entonces no solo pacífica, sino tambien abundante de todo. Y deseando cumplir enteramente el intento, que siempre habia tenido de igualar en todo à la gloria de Bacho, afectó imitarle, no solo en las victorias, que habia obtenido de aquellos pueblos, sino tambien en la forma de su triunfo, fuese instituido por Bacho, ò introducido solo en alguna borrasca, aspirando à obstentarse Dios como él. Para cuyo fin hizo llenar de flores y de guirnaldas todos los caminos por donde habia de pasar, ordenando pusiesen delante de las puertas de las casas tazas llenas de vino, y vasos de desmesurado tamaño. Mandó despues disponer carros capaces de que pudiese estar mucha gente en ellos, à quienes hizo cubrir en forma de Tiendas con lienzos blancos unos, y con ricos paños otros. Iban primero los mas familiares del Rey con sombreros de flores y guirnaldas. Oíanse por una parte flautas y chirimias, y por otra gran variedad de instrumentos. Seguia despues de todo el Exército, comiendo y bebiendo con gran exceso en carros, mas ò menos compuestos, segun era la posibilidad de cada uno, llevando pendientes al rededor de ellos sus riquisimas armas. Iba el Rey enmedio de sus camaradas sobre un carro magnífico, cargado de crecidos frascos y vasos de oro, tan macizos y pesados, que rendian al tomarlos. De esta suerte marchó por espacio de siete dias aquel victorioso Exército, empleado en glotonerias y borracheras. ¡O qué considerable hubiera sido el botin que habrian hecho alli los vencidos, si les hubiesen quedado algunos alientos para acometer à aquella gente anegada en el vino! Es sin duda, que mil hombres en su sano acuerdo hubieran bastado à rendir y à aprisionar, enmedio de su triunfo, à aquel Exército, que despues de

sie-

siete dias continuaba en su embriaguéz; pero la fortuna, que es quien pone, y da precio y estimacion à las cosas, convirtió en gloria suya aun la infamia de sus armas: y asi, no solo su siglo, sino tambien la posteridad, admiró justamente que se hubiese executado esto entre pueblos acabados de sujetar, y que los Barbaros tubiesen por confianza tal temeridad. Siguió à aquel grande aparato el verdugo, que habia de dar muerte à Aspastes, Satrapa, de quien hemos tratado, y en quien se experimentó, que ni la luxuria se oponia à la crueldad, ni tampoco la crueldad à la luxuria.

LIBRO DECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

QUEDAN PERDONADOS LOS DELITOS de Cleandro, y de algunos Capitanes, y castigados los de otros, aunque mas ligeros: Intenta Alexandro pasar à la parte Occidental de la Europa: Su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines, Satrapa ilustre.

LLEGARON casi en el mismo tiempo Cleandro, Sitalces, Agaton y Heracon; los quales habian muerto à Parmenion por orden del Rey, y llevaban consigo cinco mil Infantes, y mil Caballos; pero seguianlos los Diputados de las provincias que habian gobernado, para acusarlos de tan graves delitos, que no parecia creible, que enmedio de haber sido tan grato servicio al Rey el de la muerte que executaron, bastáse à librarlos del castigo, que por ellos merecian; porque no contentos con haber desolado las familias con sus imposiciones, habian robado hasta los Templos y sepulcros, sin perdonar la honestidad de las Señoras mas ilustres; las quales llora-

ban con lagrimas de sangre el desacato de habersela violado. Con cuya desenfrenada avaricia y libertad habian hecho aquellos brutos odioso y detestable el nombre de los Macedones. Sin embargo entre todos ninguno igualaba à Cleandro; el qual despues de haber forzado à cierta doncella de calidad, la dió por concubina à uno de sus esclavos. Por lo qual, temian muchos de los amigos de Alexandro, que pudiese con él mas, que la enormidad de los delitos, que era notoria, su clemencia, à favor de los reos. Si bien no dexaban de discurrir por otra parte alegres en que sería posible, que pasada la ocasion del servicio, y prevaleciendo el horror de sus recientes atrocidades, convirtiese su indignacion contra los que habian sido ministros de su ira, y que se viese quan poca duracion tenia el poder adquirido por malos medios. El Rey, habiendo conocido de la causa, pronunció: *Que habian cometido los acusadores el mas grave delito, qual era el de haber desesperado de su vida; pues no podia ser creible, que se hubiesen atrevido à executar semejantes maldades, si juzgasen que habia de volver de las Indias.* En cuya consequencia hizo cargar de cadenas, y dar muerte à seiscientos soldados, que habian sido instrumentos de su ira; y que en el mismo dia se executáse la de los autores del rebelion de los Persas, que Cratero habia llevado. Vueltos Nearcho y Onisicrito, que por orden del Rey habian sulcado por el Occeano lo mas adentro que les fue posible, refirieron diversas cosas, unas que oyeron, y otras que vieron: *Que en la isla, que esta à la boca del rio, habia gran cantidad de oro, y tanta carestía de caballos, que los que se atrevian à pasarlos allí vendian à un talento cada uno: Que estaba aquel Mar lleno de ballenas; las quales sulcando por él, segun el aumento de la maréa, se descubrian sobre el agua tan grandes como las mayores naos: Que quando seguian la Armada las espantaban à fuerza de grandes gritos, y de crecido rumor; y que se zabullian en el Mar con tan horrible ruido, como pudiera causarle éste si se hubiese sorbido otros tantos baxeles: Que en quanto a lo que habian oido de los moradores de aquellas costas, era, entre otras cosas, que el Mar Roxo no se llamaba asi por que fuesen de esta color sus aguas, como creen muchos, sino en memoria del Rey Erythra, cuyo nombre en Griego*

go es lo mismo que roxo: Que poco despues de la Tierra-firme habia alli una isla llena toda de palmares; y que enmedio del bosque se ofrecia una columna muy alta, que era el sepulcro del Rey Erythra, grabado con caracteres de aquel país: añadiendo, que de quantos navios marchantes habian pasado à aquella isla, movidos de la fama del oro, no habia vuelto ninguno. Deseoso el Rey de saber mas, les mandó, que fuesen costeando la tierra hasta la boca del Eufrates, y que embarcados alli, pasasen à Babilonia. Y acumulando intentos à intentos aquel infatigable espiritu, tenia resuelto, despues de haber sujetado toda la region marítima del Oriente, pasar de Siria à Africa, para abatir el orgullo de Carthago, à quien miraba como à enemiga; y desde ella, atravesando los desiertos de Numidia, tomar la derrota à Cadiz, donde era fama que estaban las columnas de Hercules: pasar luego à España, à quien los Griegos llaman *Iberia,* del nombre del rio *Ibero*: encaminarse despues à los Alpes, y à las costas de Italia, desde donde hay un corto distrito à Epiro. Con cuyo fin ordenó à los Gobernadores de Mesopotamia, que hiciesen cortar cantidad de madera en el monte Libano, y que la mandasen pasar à Thapsaco, ciudad de Siria, para la fábrica de las galeras, que habian de ser de siete ordenes de remos, y conducirlas à Babilonia. Tubieron orden los Reyes de Chipre para que las proveyesen de espolones, de velas y de cuerdas. Hallandose en estas disposiciones, llegaron cartas de Poro y de Taxiles, en que le avisaban: *que Abisares habia muerto de enfermedad; asi como tambien Philipo, su Gobernador, violentamente, y quedaban castigados los homicidas.* Con cuyas noticias proveyó el Gobierno de Philipo en Eudemon, Capitan de Thracia; y nombró por succesor de Abisares en el Reyno à su hijo. Llegó desde alli à Persagada, ciudad de Persia, de quien era Satrapa Orsines, descendiente de Cyro, y quien lograba, demás de las riquezas que le dexaron sus antecesores, los considerables tesoros, que habia acumulado en los muchos años que habia gozado sus Estados. Pusose en la presencia del Rey con gran variedad de presentes, asi para él, como para sus Validos. Componianse de rebaños de fieras, de carros adornados de plata y oro, de muebles preciosos, de riquisima pedreria, de vasos cincelados de

desmesurado tamaño, de ropas de púrpura, y de quatro mil talentos de plata, en moneda; pero costóle bien cara esta generosa magnificencia; porque habiendo usado de ella con los principales de esta Corte, con mas exceso del que pudieron desear, y no hecho demostracion alguna con el Eunucho Bagoas, à quien amaba Alexandro con poco honesto afecto, advertido por algunos de éste, respondió: *Que él obsequiaba à los amigos del Rey; pero no à sus concubinas; y que los Persas no estilaban usar de los hombres para lo que Alexandro se servia del Eunucho.* De cuyas palabras, noticioso Bagoas, aplicó toda la gracia que lograba en la del Rey para disponer la ruina de aquel Principe, cuya sangre era la mas esclarecida del Oriente, y cuya vida inculpable. Sobornó algunos testigos de entre los suyos, instruyendoles en lo que habian de deponer contra él, quando fuese tiempo; y dedicóse en el interin à influir en el ánimo del Rey, siempre que se quedaba à solas con él, quantas imposturas pudo discurrir, sin manifestarle la causa de su aborrecimiento, para que lográse mayor credito su acusacion. Y si bien el Rey no acababa de persuadirse à que fuese culpado, no hacia ya la estimacion de él, que solia. Disponiase la trama con tan gran secreto, que se hallaba Orsines bien ageno del peligro que le amenazaba, sin que cesáse aquel malvado de imputarle de avaro y de traydor. Finalmente llegó el tiempo, de que se viese la inocencia oprimida de la calumnia, y necesitada la virtud à rendirse al inevitable destino; porque habiendo mandado Alexandro abrir acaso el sepulcro, donde descansaba el cuerpo de Cyro, para hacerle funebres honras, creyendo que estubiese lleno de plata y oro, como divulgaban los Persas, solo halló en él un escudo podrido, dos arcos al uso de Scythia, y su cimitarra. Puso sobre la urna corona de oro, y cubrióla con su manto, admirando mucho, que tan grande y esclarecido Rey se hubiese enterrado tan pobremente. A lo qual Bagoas, valiendose de la ocasion para sus malébolos fines, le dixo: *Que no debia estrañar estubiesen los sepulcros de los Reyes tan vacios, quando rebosaban las casas de los Satrapas tanto oro del que habian sacado de ellos: Que nunca habia visto aquel; pero que le oyó decir à Dario, que estaban dentro de él tres mil talentos.*

Y

Y que sin duda habrian salido de ellos las profusiones de Orsines, dirigidas à grangear su gracia con lo que tan injustamente habia usurpado. Teniendo ya inclinado el ánimo del Rey con semejantes artificios al lógro de sus intentos, hizo entrar à su presencia à los testigos, que habia prevenido; los quales por una parte, y Bagoas por otra, le supusieron tan horrendas atrocidades de Orsines, que por ultimo, le mandó Alexandro poner preso, antes que él tubiese la menor sospecha de acusacion alguna; pero no contento el infame Eunucho, de ser causa, de que padeciese aquel inocente la muerte, que no merecia, pasó su insolencia à tanto, que llevandole al suplicio le tomó la mano; à cuya demostracion, habiendo vuelto à mirar Orsines, le dixo à aquel: *Habia oido decir, que en otro tiempo reynaron en Asia las mugeres; pero ahora veo la novedad de que mande un Eunucho.* Este fin tubo el mayor Principe de Persia, hallandose inocente, y habiendo acreditado en repetidas demostraciones su gran afecto à Alexandro. Executóse tambien por entonces la muerte de Phradates, indiciado de haberse querido alzar con el Reyno. Habia empezado Alexandro à tener tanta facilidad en condenar à muerte à los hombres, como en creer los falsos informes que le hacian. Tan poderosa es la prosperidad en pervertir aun los mejores naturales, y tan raro el hombre, que acierta à usar bien de su fortuna. No se habia atrevido antes à condenar à Lyncestes, aunque resultaba culpado por la deposicion de dos testigos: habia tolerado, que los que lo estaban en delitos de menor conseqüencia, quedasen à pesar suyo absueltos, por haberlos juzgado inocentes los demás; y habia hecho merced de los Reynos à los enemigos, que habia vencido; pero degenerando ya de sí, daba contra su proprio dictamen los Reynos à unos, y quitaba la vida à otros, por condescender con el gusto de un infame. Llegaronle casi por aquel mismo tiempo cartas de Ceno, en que le participaba de quanto habia pasado en Europa y Asia, mientras sojuzgó las Indias. Deciale, que habiendo pasado Zopyrio, Gobernador de Thracia, à la guerra contra los Getas con una poderosa Armada, le sobrevino tan furiosa borrasca, que perecieron en ella todos; y que noticioso de esta pérdida Seuthes Odryses, habia sublevado el pueblo, de suerte, que quedaba per-

perdida Thracia, y bien trabajosa Grecia.

Suplemento, formado de lo que refieren en este lugar los Autores, que escribieron las acciones de Alexandro. Strabo 15. Arrian. *lib.* 15. Diodor.

Asistia por este tiempo à Alexandro, à quien habia seguido à persuasion de Taxiles, cierto Indio, muy célebre entre los Sabios de su Reyno, el qual, profesando una severa filosofia, habia vivido por espacio de ochenta y tres años, sin haber padecido en todos ellos la menor dolencia. Habiendo llegado à Persia, y sobreviniendole un dolor entripado, quiso mas morir con bien estraño medio, que tolerar los grandes dolores que padecia, y à que no estaba acostumbrado, por la felíz salud que habia gozado, que caer en el sensible martyrio de las manos de los Medicos, exponiendose al tormento de la multitud de sus remedios. Para cuyo fin pidió al Rey, que le mandáse disponer una hoguera, encargando, que no se encendiese, hasta que estubiese dentro de ella. Creyó al principio Alexandro, que podria facilmente disuadir de tan barbaro intento; pero no habiendo bastado quanto le dixo, para que dexáse de mantenerse firme en su resolucion, se vió precisado à concederle lo que le pedia; pero teniendo en gran veneracion à aquel Filosofo, quiso antes honrar su muerte con fúnebre pompa, digna de su Real magnificencia. Mandó poner en orden de batalla todo el Exército, con los elefantes, en un gran llano, cerca de la ciudad, y nombró à ciertas personas, para que esparciesen por la hoguera, y sobre el Indio los mas preciosos perfumes, que pudiesen hallarse. Envióle tambien una ropa de púrpura bordada de pedreria, gran cantidad de baxillas de plata y de oro, y muy ricas tapicerias, para que sirviesen de aparato al sacrificio, y de honor à la victima. Vestido, pues, Calano con aquellos ricos adornos, se puso en un caballo, que tambien le habia enviado el Rey; pero no pudiendo tolerar el cansancio, continuó el camino en una litera, donde coronado con una guirnalda de flores, cantó en su lengua diversas canciones, hasta que habiendo atravesado toda la ciudad, llegó al parage donde estaba la hoguera. Hechas alli sus deprecaciones à los Dioses, y pedido à los hombres, que executásen con él quantas ceremonias se acostumbran en los funerales de los difuntos, se cortó una guedeja, antes de entrar en la hoguera, y despedido de los Macedones, y de sus amigos, tocandoles la mano, les dixo: *Que habiendo perdido su salud, y visto*

to al Gran Alexandro, no apetecia vivir ya, pues le habia llegado à suceder lo que mas habia temido, y deseado en este Mundo: Que siendo los verdaderos males el dolor, y la mala conciencia, habia pedido siempre à los Dioses le preservasen de uno y otro; pero que pues empezaban despues de tantos años à afligir su cuerpo, que hasta entonces habia sido morada de su alma, era evidente señal, de que no era voluntad suya, que habitáse mas en él: Que aunque siempre la procuró conservar pura, y libre de todo genero de vicios, no habia podido evitar, que por el contagio del cuerpo hubiese contraido muchas manchas; pero que las iba à purgar en el fuego, cuyas llamas le serian suaves, habiendose de quemar en ellas las ligaduras de su cautividad, que por tan dilatado tiempo le habian embarazado que saliese al Cielo, y volviese à ver su patria: Que les pedia se recogiesen, y asistiesen gustosos à aquella funcion con el Rey, de quien no se despedia, porque esperaba volverle à ver dentro de breves dias en Babilonia. Despues de haber pronunciado estas ultimas palabras, que fueron como de Oráculo y profecia de la cercana muerte de Alexandro, y repartido entre sus amigos el regalo, que le acababa de hacer el Rey, subió gustoso à la hoguera, desde donde, habiendo puesto por algun breve rato la vista en el Exército, se tendió à lo largo, en la mas honesta postura que pudo, y se cubrió por ultimo el rostro; pero lo mas admirable, y que mayor horror causó à todos los que concurrian à aquel expectáculo, fue, que al prender en él la llama, se mantubo constantemente en la misma postura en que le halló, sin hacer el menor movimiento, ni dar indicio alguno de dolor. Tocaron las trompetas al tiempo de introducir el fuego en la hoguera, y dieronse en el Exército los grandes gritos, que acostumbraban levantar los soldados al principio de las batallas, à quienes acompañaron los espantosos bramidos de los elefantes. Pareciendole à Alexandro, que no era decente asistir à aquel expectáculo, se retiró à su palacio, triste y pensativo. Hicieronse varios juicios de aquella accion: condenaronla unos como de hombre furioso ò insensato; y atribuyeronla otros à vanagloria, persuadidos à que no habia tenido otro fin, que el de adquirir credito de una prodigiosa constancia; pero sin embargo mucho alabaron el gran valor con que

ha-

habia triunfado de los dolores, y de la muerte. Admiróla entre otros el Rey, y honró sus cenizas con mágnifica sepultura. Fue este mismo Calano, de quien se refiere, que habiendo llegado à la Corte, y deseando dar algunas muestras de su suficiencia, puso à vista de Alexandro, como una imagen ò figura de su Imperio. Arrojó à tierra un gran pellejo de buey lleno de ayre, y puso el pie en uno de sus estremos: baxado el qual hizo al mismo tiempo levantar en alto lo restante de él: despues, pisandole todo al rededor, y andando siempre por sus estremos, hizo demostracion al Rey, de que quanto mas se le apretaba en un lugar, tanto mas levantaba en los demás; pero que poniendose enmedio de él, quedaba igualmente baxo por todas partes. Con cuyo exemplo quiso darle à entender, que debia desistir de emplearse en viajes y conquistas tan distantes, y residir en el centro y corazon de sus dominios, por cuyo medio evitaria, que las provincias mas apartadas no se sublevasen, y que todos sus pueblos se mantubiesen en su obediencia, sin la menor alteracion. Habiendo llegado despues de esto el Rey à Susa, se desposó con la Princesa Statira, hija mayor de Dario, y dió la menor à su amado amigo Ephestion; y para que haciendose estas alianzas comunes, pareciese menos estraño su casamiento: persuadió tambien à los primeros Señores de su Corte, y à sus mas principales Validos, à que executasen lo mismo; y eligió de las Nobles familias de Persia ochenta doncellas, las quales les dió por mugeres. Celebraronse las bodas al uso de Persia, y à él tubo un banquete à los demás Macedones, que se habian casado mucho antes; en el qual, hallandose mas de nueve mil convidados, dió à cada uno de ellos una copa de oro, para que ofreciesen sus sacrificios à los Dioses. Llegaron por el mismo tiempo à la ciudad de Susa treinta mil mancebos Persianos, casi todos de una misma edad, à quienes llamaron *Epigonos*, que corresponde à *succesores*. Estos iban para relevar à los ancianos soldados de sus penosas y largas fatigas. Habianse elegido los mas robustos, y de la mejor disposicion, que se hallaron en toda Persia; y puestolos debaxo del mando de los Gobernadores de las ciudades, que nuevamente habian fundado, ò de las que se habian conquistado. Habiendolos ocupado en todos los exerci-

cicios militares, y enseñadolos quanto es necesario saber en la guerra, teniendolos vestidos y armados al uso de Macedonia. Plantaron su Campo delante de la ciudad, donde pasaron muestra, y hicieron sus exercicios, para que viese el Rey su destreza, y lo adelantados que se hallaban en el manejo de las armas, de que quedó muy satisfecho, haciendoles en adelante muchas mercedes; pero causó esto considerables zelos à los Macedones, contra quienes se disponia principalmente aquella providencia; porque reconociendo Alexandro, que llevaban con sumo disgusto la dilatada continuacion de la guerra, ocasionando murmurios y alborotos, quiso tener estas nuevas Tropas, con que poderse oponer à las antiguas, y reprimir sus desacatos. En tanto Arpalo, de quien el Rey habia fiado la guarda de sus tesoros y de las rentas de Babilonia, haciendo concepto de que domada la mayor parte de los Reyes Indios por el valor de Alexandro, no podria haber, despues de tan felices sucesos, nada que no cediese à sus armas, ni que un Principe tan deseoso de dilatar mas sus conquistas, podia dexar de continuarlas, y de volver con dificultad de tan largo y penoso viage, se dió, lisongeandose con esta esperanza, à la mas licenciosa vida. Hizo imponderables gastos: manchó con sus deshonestidades las mas ilustres familias de la ciudad; y no contento con haberse anegado en todo genero de disoluciones y torpezas, buscó fuera de Babilonia ocasion para otras nuevas, haciendo traer à ella de Athenas una célebre ramera, llamada Pothymia, de quien estubo tan apasionado y perdido, que no solo, mientras ella vivió, la hizo tan considerables dadivas, como pudiera el Rey, sino que, aun despues de su muerte, la dispuso sumptuosos funerales, y tan sobervio sepulcro, que gastó en él treinta talentos. Consumida en tan torpes profusiones una considerable parte de las riquezas, que quedaron à su cuidado; y sabiendo que Alexandro volvia de la India, y que iba castigando severamente à todos los Gobernadores, que habian abusado de sus cargos; hallandose con su conciencia tan mal segura, y temiendo que executáse con él lo que con los demás, recogió cinco mil talentos, y juntó seis mil hombres de

guerra, con quienes se encaminó à toda diligencia à Attica; pero no hallando persona que le quisiese admitir, se vió precisado à dexar aquellas Tropas en el cabo de la Morea, llamado Tenara.

CAPITULO II.

MIENTRAS DISCURRE EN SOSEGAR las reboluciones de la Grecia, y en licenciar algunos soldados, à quienes habia pagado, y en quedarse con otros, se levanta una sedicion en el Campo, la qual sosiega con un severo razonamiento.

Texto de Quinto Curcio.

IGualmente irritado el Rey contra Harpalo, que contra los Athenienses, hizo disponer una Armada, con resolucion de ir en persona à Athenas; pero llegaronle mientras daba secretas providencias para esta jornada, cartas en que le avisaban: *Que aunque Harpalo habia entrado en Athenas, y ganado à fuerza de dinero à los principales de ella, habiendose juntado el pueblo, le habia mandado salir de aquella ciudad, desde donde acogiendose à las Tropas Griegas, que le retubieron, fue poco despues muerto à traycion por un pasagero.* Gustoso con estas noticias, desistió del intento de pasar à Europa; si bien mandó à todas las ciudades de la Grecia: *Que volviesen à ellas à los desterrados, exceptuando à los que habian teñido sus manos en la sangre de sus ciudadanos.* No se atrevieron los Griegos à oponerse à esta orden, aunque contravenia à sus leyes; y asi restituyeron à los desterrados los bienes que se hallaron ser suyos. Solos los Athenienses, mas zelosos de la libertad pública, que de la particular, y no acostumbrados à tolerar el yugo de la Monarquia, la resistieron, echandolos à todos de sus confines, y queriendo antes exponerse à qualquier riesgo, que admirir la gente mas viciosa, de que se habia purgado la ciudad, y que aun entonces lo era en el destierro. Despues de haber licenciado Alexandro à los ancianos soldados, mandó que se escogiesen trece mil Infantes, y dos mil Caballos, para que quedasen en Asia, cre-

creyendo que este corto Exército sería suficiente à conservarla, y respecto de haber puesto guarnicion en toda ella, y de que las nuevas ciudades, pobladas de sus Colonias, serian muy poderoso freno contra qualquiera, que tentáse alterarla; pero habiendo mandado, antes que se nombrasen los que habian de quedar: *Que declarasen todos sus deudas*; pues aunque no ignoraba, que la mayor parte de ellos se hallaba con grandes empeños, y que estos procedian de sus desordenes, queria pagarlas: sospechando ellos que esto miraba à descubrir lo mal que se habian aprovechado de lo que habian adquirido, interpusieron dilaciones. Conoció el Rey no era falta de obediencia, sino sobra de empacho lo que los tenia remisos en el cumplimiento de aquella orden. Y asi mandó poner en dilatadas mesas, repartidas por el Campo, diez mil talentos. Con cuya demostracion, conociendo que era muy otro el fin de Alexandro, manifestaron todos sus deudas. Pagadas las quales, no quedaron de tan considerable suma, mas que ciento y treinta talentos; de suerte, que aquel Exército, que habia triunfado de las mas ricas naciones del Mundo, llevó mayor gloria, que botin; pero quando entendieron, que se volvian unos, y que quedaban otros, creyendo que queria establecer en el Asia la silla de su Imperio, se precipitaron furiosos, y atropellando por su buena disciplina, llenaron el Campo de sediciosos intentos, pasando todos juntos à decir al Rey à gritos en su misma presencia, con mayor libertad y desacato, que habian tenido jamás, que los licenciáse à todos, y à mostrarle sus rostros, desfigurados todos con la continuacion de las heridas, y sus canas contrahidas con la de los trabajos. Ni las amenazas de los Cabos, ni el respeto del Rey, bastaron à reprimir su furor, pues quanto mas los procuraban templar aquellos, tanto mas enfurecidos los interrumpian las razones con que solicitaban persuadirlos, continuando incesantemente en sus desmesurados gritos, y protestando, que no se apartarian de alli, sino para volverse à sus casas. Finalmente, habiendo callado, no porque se diesen por vencidos en su furor, sino porque les pareció, que el Rey cedia, quedaron atentos à lo que

les decia, que fue en estos, ò semejantes terminos: » ¿Qué » es lo que llego à experimentar hoy en vosotros; ò de qué » se origina tan repentino motin y tan desenfrenado atrevi- » miento? ¿Hallaréme con aliento para mover los labios al » ver tan ultrajada mi autoridad por vuestro desacato, y sin » que me haya quedado de Rey mas que el nombre, pues » me habeis quitado, que hable, que solicíte saber vuestros » intentos, que os haga partícipes de los mios, y à lo » que me parece, tambien, que os mire? Habia resuelto en- » viar à unos, y llevar bien aprisa conmigo otros; y tan » disgustados os mostrais los que habiais de iros luego, como » los que lo habiais de hacer despues. ¿Qué es esto? ¿Cómo » puede proceder de causas tan distintas un mismo sentimien- » to? Preciso es que sepa, si los que se quexan, son los que » han de partirse, ò los que han de quedarse. " A lo qual respondieron tan à un tiempo à grandes gritos, todos: *Que todos juntos eran los que se quexaban*, que no parecia sino que salian de una misma voz tantas. » No podré creer yo » nunca (replicó el Rey) que tan general disgusto proceda » solo de la causa que vosotros suponeis, quando la mayor » parte del Exército no está comprehendido en ella, pues, son » mas los que envio, que los que dexo. Mas alto origen trae » el mal; y otra muy distinta es la ocasion, que os aparta » de mi servicio; porque ¿quién ha visto hasta ahora, que » todo un Exército haya abandonado à su Rey? Aun los mis- » mos esclavos, quando intentan la fuga, no la executan jun- » tos, avergonzandose de dexar à su dueño, al verle desam- » parado de los otros. ¿Que haré, pues, quando hablo con » hombres tan frenéticos, esforzandome en vano à curar ani- » mos tan incapaces de remedio? Depongo ya el buen con- » cepto, que hasta aqui tenia hecho de vosotros, y ofrezco » trataros desde hoy, no como à mis soldados, pues no lo » sois, sino como à los mas ingratos hombres del Mundo. » Mi gran benignidad os tiene tan perdidos y tan olvidados » del estado de donde os saqué, al qual mereciais volver, y » consumir lo restante de vuestros dias en él, pues os hallais » mejor en la adversa, que en la prospera fortuna. Los que
no

„ no ha mucho que eran tributarios de los Ilirios y de los „ Persas , se muestran hoy disgustados de las riquezas del Asia, „ y de los despojos del Oriente. Los que en tiempo de Phi- „ lipo andaban poco menos que desnudos , visten ropa de púr- „ pura , y deslumbrandoles el resplandor del oro , apetecen „ mas baxillas de madera, y escudos de zarzos entretegidos, „ y despreciables espadas cubiertas de orin , que fue el rico „ aparato con que los hallé. No ignorais , que quando tomé „ posesion de la Corona , la hallé empeñada en quinientos ta- „ lentos, y que solo habia en el erario sesenta. Este fue el „ caudal que tube para dar principio inmediatamente à la guer- „ ra , y con el que puedo decir , sin vanidad , que me he hecho „ Señor de casi todo el Universo. ¿Qué tanto os disguste el „ Asia , theatro de vuestras hazañas, cuya gloria os iguala „ con los mismos Dioses ? Deseais con gran prisa volver à la „ Europa , y abandonar à vuestro Rey , sin considerar , que „ entre vosotros hay muchos que à no haberles pagado yo sus „ deudas, las quales he satisfecho de la presa del Asia , se „ hallarian imposibilitados de hacer el viage. ¿ Y no os aver- „ gonzais de volver con las manos vacías , à ver à vuestras „ mugeres y à vuestros hijos despues de haber adquirido de „ las naciones conquistadas tantos despojos ? ¿ Qué les respon- „ dereis quando os pregunten por los frutos de vuestras vic- „ torias ? No sé qual es de vosotros el que podrá mostrarse- „ los , si solo que muchos han empeñado hasta sus mismas „ armas , con la esperanza de su vuelta. ¿Pensareis que pierdo „ muy ventajosos soldados en vosotros , en quienes no ha que- „ dado de tantas riquezas , sino la costumbre de la relaxacion „ y de los desordenes , en que las habeis consumido ? ¿ No „ quereis dexarme ? Pues idos , que el camino teneis libre: „ idos , y sea à donde no vuelva à veros mas. Los Persas y „ yo os preservarémos de los riesgos , que os pueden sobre- „ venir. Quitaos de mi presencia , ingratos ciudadanos , pues „ à ninguno estorvo que se vaya , porque ya me falta el su- „ frimiento para toleraros. Allá reconocereis el gusto con que „ os recibirán vuestras mugeres y vuestros hijos , al veros „ volver sin vuestro Rey. ¿ Con qué alegria se pondrán en

vues-

„ vuestra presencia, y darán los brazos à unos traydores y „ desertores? Idos, idos; pero tened por cierto, que he de „ triunfar de vuestra fuga, y que me he de vengar de vo- „ sotros en qualquier parage donde os hallareis, prefiriendo „ en todo à los estrangeros con quienes me dexais. Idos, por „ ultimo, que algun dia conocereis lo que es un Exército sin „ cabeza, y lo que en mí habeis perdido. " Dicho esto, se arrojó colérico de un brinco desde su Tribunal, y entrandose por en medio de los soldados armados, y advirtiendo en los amotinados, se asió uno à uno de todos, sin que se atreviese ninguno à estorvarselo, y entregó trece de ellos à sus guardas.

CAPITULO III.

DESBARATA LOS MALOS INTENTOS de su Exército con el castigo de algunos sediciosos, y dá la guarda de su persona à los Persas,

¿Quién creyera que aquella desatinada muchedumbre se sosegase repentinamente, y que fuese tan grande el pavor, que ocupáse sus animos, al ver que arrastraban al suplicio à sus compañeros, que habiendo quedado inmoviles, y sin atreverse à articular palabra alguna, se mirasen unos à otros, temiendo cada uno no se executáse con él el mismo rigor? Lo cierto es, que, ò porque naciese de la gran veneracion que en las Monarquias tienen los pueblos à sus Reyes, à quienes adoran como à Dioses, ò del particular respeto con que miraban su persona, ò de la confianza y resolucion con que usaba de su poder y autoridad, ellos quedaron aturdidos en aquella ocasion, en la qual acreditaron bien su paciencia y su sujecion; hallandose tanto mas lexos de mostrar sentimiento alguno por la muerte de sus compañeros, quando supieron se habia executado por la noche, quanto solo atendia cada uno à purgar su delito, y à solicitar perdon de él. Al dia siguiente, llegando delante del aloxamiento del Rey, y ha-

hallando que les impedia la entrada, franqueandosela à los soldados Asiaticos llenaron el Campo de desconsolados clamores, diciendo à grandes gritos, como desesperados: *Que querian morir, si el Rey no mitigaba su enojo*: Pero aquel Principe, que no revocaba facilmente la resolucion que una vez tomaba, habiendo ordenado que se retirasen los Macedones à su Campo, y que se hallasen los estrangeros en su presencia; concurriendo considerable número de ellos, los habló por medio de un Intérprete asi: „Quando pasé de la Europa al Asia, esperé juntar à mi Imperio muchas célebres naciones, è infinitos millares de hombres. No solo correspondió puntual la fama à sus promesas, sino excedió liberal à mis esperanzas, pues hallé pueblos belicosos, y cuyo amor à sus Reyes es increible. Habiame persuadido à que entre vosotros todo era una vana pompa, y desmesurada profanidad, y que vuestra grande felicidad, y abundancia os tendria envejecidos en torpes deleytes; pero ya me he desengañado, viendo el vigor de vuestros cuerpos y de vuestros animos, que os hace capaces de tolerar las fatigas de la guerra, y lo que yo mas estimo, vuestra fidelidad, que enmedio de ser grande vuestro valor, no le es inferior. Ha dias que vivo con este conocimiento, aunque no os le he manifestado hasta hoy. El me ha movido à escoger lo mejor de vuestra juventud, para incorporarla en mis Tropas, como lo he hecho. Vuestro trage y vuestras armas no se diferencian de las suyas, aunque vuestra obediencia las excede mucho. Todas estas consideraciones me han obligado à la resolucion de casarme con la hija de Oxatres, que es de vuestra misma nacion, y à que no desdeñandome de tener hijos de una de mis cautivas, y deseando que mi casa se dilate con copiosa succesion, haya elegido tambien por esposa mia à la hija de Dario, habiendo movido con mi exemplo à los principales de mi Corte à que executasen lo mismo con sus prisioneras, para que por medio de tan santa alianza, quede borrada la diferencia, que puede haber entre vencedores y vencidos. Por lo qual debeis estar ciertos de que os tengo por naturales soldados mios, y no por estraños,

y

„ y de que os estimo como à mis antiguos ciudadanos. Ya „ Asia y Europa no son mas que un Reyno, ni las armas „ que os he dado, ni la libréa de que os he vestido, otra „ que la de los Macedones. Y ya ni à los Persas es indig- „ no imitar à los Macedones, ni à los Macedones, seguir las „ costumbres de los Persas; porque es preciso que sean comu- „ nes las leyes y las utilidades à los que han de vivir deba-
Suplemento antiguo. „ xo del dominio de un mismo Principe. „ Concluido asi este razonamiento, fió la guarda de su persona de los Persas, cuyos nuevos Oficiales llevaban al suplicio à los Macedones, que habian quedado por castigar. Refierese, que entonces uno de los condenados, persona autorizada, y à quien hacia mas venerable su edad, dixo al Rey.

CAPITULO IV.

PALABRAS DE CIERTO SOLDADO Macedon, aprisionado: Conspiracion contra Alexandro, el qual muere de veneno.

¿*QUándo se saciará tu crueldad de martirizar con tan estraños castigos à los de tu nacion? Tus soldados y tus ciudadanos permites que vayan conducidos al suplicio por sus mismos prisioneros, sin que haya precedido conocimiento de causa? Si los has juzgado dignos de muerte, ¿no pudieras haber nombrado otros Ministros de su misma nacion, que se la diesen?* El consejo, aunque libre, era util, si hubiese sabido aprovecharse de él; pero teniale tan preocupado su fortuna y su indignacion, que no pudiendo ver sin impaciencia lo que dilataban los executores la muerte de aquellos infelices, ordenó que los arrojasen al rio; pero ni aun esta impia demostracion fue bastante à causar la menor alteracion en los soldados; los quales bien agenos de procurarla, acudian en quadrillas à sus Capitanes y à los validos del Rey, para que le pidiesen, *condenáse à muerte à todos los demás que entre ellos se averiguáse hallarse culpados, pues todo el Exército estaba pronto à comprar al precio de sus vi-*

das su desenojo. Pero no bien supieron con certidumbre, que se habian dado sus cargos à los Persas, que los habian distribuido por los Regimientos, que les habian impuesto los nombres de los Macedones, y que à ellos los habian desechado ignominiosamente, quando, no pudiendo contener mas el dolor que los oprimia, corrieron en camisa juntos todos à palacio, à cuyas puertas arrojaron sus armas, en demostracion de su arrepentimiento, llorando, y pidiendo à gritos: *Que los dexasen entrar; y que si no habia aplacado el Rey su indignacion, tomase satisfaccion de su desacato en su sangre, y no en sus honras, pues no habian de apartarse de alli, hasta que los hubiese perdonado.* Noticioso Alexandro de estas demostraciones, hizo abrir las puertas de su palacio, y se fue para ellos, donde enternecido al ver tantas demostraciones de su arrepentimiento, al oir sus desconsolados gemidos y sollozos, y al considerar el miserable estado à que estaban reducidos, los acompañó por algun espacio en el llanto, al fin del qual los perdonó; y habiendoles dado una suave reprehension alhagandolos unas veces, y mortificandolos otras, concedió licencia à muchos, que estaban incapaces de tomar las armas, y los envió con muy ricas dádivas y despachos, para que Antipatro, Gobernador de Macedonia, les señaláse en los juegos los primeros lugares del teatro, y los hiciese entrar coronados, concediendo à los hijos de todos los que habian muerto en servicio suyo, que gozasen de sus sueldos, mientras llegaban à edad de poderlos ganar por sí. Nombró para que los conduxese à Cratero, en quien proveyó el Gobierno de Macedonia, de Thesalia y de Thracia, que tenia Antipatro, à quien ordenó fuese à exercer el cargo que dexaba Cratero. Habia dias que se hallaba Alexandro bien molestado de las continuas quexas de su madre contra Antipatro, y de las de Antipatro contra Olympias. Cargaba ésta à aquel de que aspiraba à la tyrania, y quexabase aquel de la aspera condicion de ésta, y de su insoportable altivéz, alargandose con alguna freqüencia à ponderar el poco decoro con que trataba su autoridad. Por lo qual se vió precisado el Rey à tomar la resolucion de llamarle cerca de su persona, con tan gran disgusto de Antipatro, que se dispuso, irritado, à quitarle la vida por medio de algun veneno. Pasó desde alli el Rey

à Ecbatana, donde dió diversas ordenes para la mejor administracion del gobierno del Reyno, y hizo solemnes sacrificios y juegos. Durante cuya celebridad murió su gran Valido Ephestion al rigor de una maligna fiebre. Sintió su pérdida con el estremo, que acreditaron las demostraciones que permitió à su dolor, indignas mucho de tan gran Rey; porque se refiere, que hizo colgar al Medico que le asistió, como si hubiese muerto por culpa suya: Que se abrazó del cuerpo, dando espantosos gritos, de quien le separaron no sin dificultad; y que permaneció, sin permitir treguas à su llanto, por espacio de un dia y de una noche, añadiendo à estas demostraciones otras, que no son creibles. Lo cierto es, que hizo que se sacrificáse à Ephestion, como à un Semi-Dios, y que los gastos de su sepulcro, y de su fúnebre pompa pasaron de doce mil talentos. Volviendose, pues, à Babilonia, le salieron al encuentro los Adivinos Caldéos; los quales le advirtieron no entráse en aquella ciudad, porque corria gran riesgo su vida; pero desestimando la prevencion, continuó su jornada: en cuyo camino supo le esperaban en Babilonia Embaxadores de los parages mas retirados del Mundo; porque habiendose esparcido por él el terror de su nombre, concurrian à porfia à obsequiarle infinitos pueblos, como à quien suponian ya dueño suyo. Cuya noticia aumentó en él el deseo de llegar à aquella ciudad, para celebrar en ella, como cabeza, las Cortes Generales del Universo. Hizo muy solemne su entrada; y despues de haber recibido benignamente à los Embaxadores, los despidió. Dispusose casi por el mismo tiempo un sumptuoso banquete en casa de Medio, Thesaliense, donde fue convidado el Rey con los Grandes de su Corte; y habiendose puesto à la mesa, no bien hubo acabado de beber en honor de Hercules, quando prorrumpió en tan grandes gritos, como pudiera si le hubiesen atravesado por el cuerpo alguna flecha. Retiraronle à su palacio casi muerto de aquel accidente, cuyos dolores eran tan vehementes, que le obligaron à pedir desesperado una espada, para darse muerte. Divulgóse, que la causa de su dolencia procedia del exceso con que habia bebido; pero lo mas cierto era, que la habia dado la maldad de los suyos, cuya infamia ocultó el poder de los que le succedieron; porque Antipa-

tro habia entregado preparado el veneno à su hijo Casandro, que era Copero mayor del Rey, y advertidole que no le fiáse de otro, que de Medio, y de sus hermanos Philipo y Jolas, que eran los que de ordinario le servian en la mesa; los quales introduxeron el veneno en el agua, esparciendole despues en el vino. Al quarto dia, recelosos los soldados, de que se les ocultaba su muerte, y no pudiendo pasar mas tiempo sin verle, se fueron à palacio, donde anegados en su llanto pidieron los dexasen verle. De cuya instancia noticioso el Rey, mandó à las guardas que los hiciesen entrar.

CAPITULO V.

LO QUE HIZO, Y LO QUE DIXO ANTES DE su muerte: Sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Dario, que rendida al dolor murió poco despues: Elogio de Alexandro.

FUe tanto lo que aumentaron sus gemidos y sollozos al verle, que mas parecia que lo lloraban muerto, que doliente. Era empero aun mayor la afliccion en los que estaban mas inmediatos à su persona, à quienes volviendolos à mirar Alexandro, les preguntó: *¿Que adónde hallarian, muerto él, Rey digno de tales vasallos?* Verdaderamente, que fue cosa digna de admiracion, que hallandose aquel Principe tan postrado, y casi moribundo, se mantubiese en la misma postura con que recibíó à su Exército, todo el tiempo que tardaron en saludarle uno à uno sus soldados. Despues de lo qual, y de haberles dado el ultimo vale, se volvió à echar, como si ya no le quedáse otro cuidado, que el de morir, y haciendo acercar al lecho à los suyos, por empezar ya à faltarle la voz, se quitó el anillo que traía, y se le dió à Perdicas, à quien pidió, *que hiciese llevar su cuerpo al Templo de Hammon.* Y preguntandole todos: *¿Que à quién dexaba por succesor suyo en el Imperio?* Respondió: *Que al que mas dignamente le mereciese; pero que prevenia se disponian sobre la declaracion de él estraños expectáculos fúnebres à su muerte.* Preguntóle tambien Perdicas: *¿Que quándo*

Texto de Curcio.

do gustaba de que se le hiciesen divinos honores? A que le respondió: *Quando seais feliz.* Despues de cuyas ultimas palabras, rindió el espiritu. No se oían en aquel palacio al principio, sino copiosos llantos, espantosos sollozos y tiernos gemidos; los quales, haciendo el dolor lugar à cuidadosas imaginaciones, y à infelices discursos sobre lo venidero, se convirtieron repentinamente en tan gran silencio, que no parecia sino que se hallaban en una vasta soledad. Corrian de una à otra parte, como desatinados sus pages y las guardas de su persona, llenando la ciudad de tristeza, y de los sentimientos en que suele prorrumpir en semejantes ocasiones el dolor. A vista de lo qual, los que estaban fuera del palacio, así Barbaros, como Macedones, corrieron en tropa à él, sin que en tan comun desesperacion se pudiesen diferenciar los vencedores de los vencidos; porque unos, y otros mostraban à porfia su dolor: llamabanle los Persas, *el mas justo y benigno dueño, que tubieron;* y los Macedones, *el mejor y mas valeroso Principe del Mundo*, quexandose todos de los Dioses, de que se le hubiesen quitado à los hombres en la flor de su edad, y de su fortuna. Acordabanse entonces de su invencible valor, y de la animosidad y alegria con que los conducia al combate, sitiaba las ciudades, subia à los muros, y premiaba sus servicios; y arrepentianse entonces los Macedones de haberle rehusado los divinos honores, confesandose ingratos è impíos por haberle defraudado titulo que le era tan debido. Finalmente, despues de haberlos tenido embargados por algun rato, ò la veneracion à su persona, ò el desconsuelo de su pérdida, convirtieron ácia ellos mismos su compasion, considerando: *Que habiendo partido de Macedonia, se hallaban de la otra parte del Euphrates, sin Cabo, y en medio de sus enemigos, disgustados estos del nuevo dominio: Que habiendo muerto el Rey sin hijos, y sin dexar nombrado succesor, qualquiera procuraria ganar à favor suyo las fuerzas públicas.* Sobre lo qual *prevenian las guerras civiles que resultarian, y que les sería preciso derramar aun su sangre, y exponerse à que abriesen nuevas heridas sus antiguas cicatrices, no ya para conquistar el Imperio del Asia, sino para darla Rey: Y finalmente, que aquellos ancianos soldados, que habian obtenido licencia de su legitimo Principe para*

vol-

volver à su patria, se hallarian obligados à emplear la corta vida que les quedaba en establecer el poder, quizá, de algun miserable soldado. Cogiólos en estos desconsolados discursos la noche, que los hizo aun mas funestos. Pasaronla toda armados los soldados, y los Babilonios, ò sobre los muros, ò en los miradores de sus casas, para advertir mejor desde ellos lo que pasaba; si bien ninguno se atrevia à encender luz. Con que no pudiendo valerse del uso de los ojos, fiaban el informe de los oidos, aplicandolos al menor ruido que se les ofrecia. Muchos, desmayados de las vanas sombras que les figuraba su medrosa imaginacion, corrian por aquellas obscuras calles, dando unos con otros, sin conocerse, ni asegurarse. Los Persas, que segun su estilo se habian cortado el pelo en demostracion de su sentimiento, y puesto luto, asi como tambien sus mugeres y sus hijos, lloraban con verdadera ternura y dolor la muerte de aquel Principe, à quien no miraban, ni como à vencedor suyo, ni como à quien poco antes habia sido su enemigo, sino como à su mas justo y legitimo Rey; confesando, que desde que se estableció su Monarquia, no habian tenido otro, que mas dignamente que él mereciese su obediencia. No se limitó solo à los muros de aquella ciudad tan considerable tristeza: pasó inmediatamente à las regiones cercanas, y dilatóse desde ellas à toda aquella gran porcion del Asia, que está de la otra parte del Eufrates. Llegó sin mucha dilacion la nueva à la madre de Dario; la qual, arrebatada del dolor, rasgó sus vestiduras, se puso luto, se mesó sus cabellos, y se arrojó à tierra. Tenia consigo à una de sus nietas, à quien, hallandose aun recientes las lagrimas por la muerte de su marido Ephestion, acordaba el dolor público su particular afliccion. Sysigambis empero acumulaba en sí todos los infortunios de su casa; lamentaba el de aquellas desgraciadas Princesas, nietas suyas, renovando con la infelicidad presente la memoria de las pasadas. No parecia, segun las demostraciones del dolor, que en ella se veían, sino que Dario era el muerto. Lloraba à muertos y à vivos igualmente. *¿Quién mirará* (decia) *desde hoy por mis nietas? ¿Dónde hallarémos otro Alexandro?* Añadiendo: *Que nuevamente quedaban cautivas: Que nuevamente habian perdido su Reyno; y que aunque les faltó Dario, halla-*

ron

ron quien las amparáse; pero que muerto Alexandro, ninguno las atenderia. Hacia memoria, *de que habiendo tenido ochenta hermanos, fueron degollados todos en un dia, por orden de Ocho, el mas cruel tyrano, que vió el Mundo, y con ellos su padre: Que de siete hijos, que habia dado à luz, no le habia quedado mas que uno; y que aunque Dario habia florecido por algun tiempo, que solo le elevó la fortuna para hacer mayor su precipicio.* Finalmente, rendida al dolor, se cubrió la cabeza; y habiendo hecho separar de sí à sus nietas, y à su nieto, à quien tenia en las faldas, no quiso ver mas el dia, ni que entráse ya alimento alguno en su cuerpo: y de esta suerte subsistió hasta el quinto dia, en el qual perdió los ultimos alientos de la vida. Verdaderamente que esta muerte es gran testimonio de la benignidad, que el Rey usó, asi con ella, como con todos los demás prisioneros; pues no habiendo tenido valor para quitarse la vida muerto Dario, tubo por ignominia vivir muerto Alexandro. Lo cierto es, que si hemos de hacer el juicio que se debe de aquel Principe, habrémos de confesar, que sus virtudes las debió à la naturaleza, y que sus vicios le procedieron, ò de la fortuna, ò de la edad. La constancia de su ánimo fue increible; su paciencia en la tolerancia de las fatigas, tan excesivas, como capáz de rendir à los mas robustos, y acostumbrados à ellas; su valor incomparable, no solo respecto de los Reyes, sino de los que mas se señalaron en él. Mostróse tan liberal, que concedió aun mas de lo que pudiera pedirse à los Dioses. Su clemencia con los vencidos fue tan grande, que no solo volvió los Reynos à los mismos de quienes los habia conquistado, sino que hizo merced de otros à muchos. La muerte, que tan horrorosa es à los demás hombres, la miraba él tan sin ningun temor, que parecia la buscaba à cada paso. No se puede negar, que su ambicion era sin límites; pero tampoco, que fue dispensable en un Principe del verdor de sus años, y en quien correspondiendo à sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria, en que ardia su corazon. Y si volvemos la consideracion à la piedad que usó con los que le dieron el sér, ¿no la acreditó bien con Olympias, habiendo resuelto colocarla en el número de los Dioses? ¿Y con Philipo, habiendo tomado venganza de su muerte?

¿Pe-

¿Pero qué dirémos de su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Qué de su afecto con sus soldados? ¿Qué de su continencia con las mugeres? Su talento era igual à su gloria, y su destreza y juicio superior à su edad. Estas fueron las grandes prendas, de que le dotó la naturaleza; los vicios de que fue causa la fortuna se reduxeron à haber pretendido igualarse con los Dioses, à haber mandado que se le hiciesen divinos honores, à haber dado mas credito del que debiera à los Oráculos, que le lisongeaban con semejantes vanidades, à haberse irritado con los que rehusaron adorarle, à haberse vestido al uso estrangero, à haber imitado las costumbres de los pueblos, que habia vencido, y despreciado, antes de la victoria: porque aunque no debe omitirse su propension à la cólera, y al vino; tampoco negar, que la misma edad, que contribuyó mucho à ocasionarsela, pudiera tambien haber sido tan gran parte para moderarsela; pero si bien es preciso conceder, que fue muy deudor à su virtud; tambien, que lo fue aun mas à su fortuna, pues entre los mortales solo él la tubo como à su arbitrio y disposicion. ¿Quántas veces se le arrebató como de entre las manos à la muerte? ¿Quántas le sacó felizmente de los mayores riesgos, à que se arrojó, sin desampararle nunca, disponiendo, para colmo de sus beneficios, que el curso de su vida terminàse en el periodo de su gloria? Porque hasta que hubo sujetado el Oriente, llegado à surcar las ondas del Occeano, y executado quanto es posible à un mortal, la preservó su destino de los rigores de la parca. Atendiase, pues, à dar succesor à tan gran Rey, y à tan esclarecido Conquistador; pero el peso de tan considerable máquina excedia à las mas robustas fuerzas; y con efecto, aun solo el nombre, y la fama de Alexandro, constituyó Reyes, y Reynos casi por todo el Mundo, habiendose hecho célebres en él aun los que en la rota de tan gran fortuna pudieron lograr los menores vestigios de ella.

CAPITULO VI.

CONSEJO Y PARECER DE LOS GRANDES, sobre declarar succesor à Alexandro.

PEro volviendo à Babilonia, de donde nos hemos apartado, convocaron en ella para el alojamiento del Rey las guardas de su persona, à los Grandes, y à los Oficiales del Exército, à quienes siguió considerable muchedumbre de soldados, deseosos de saber quien succederia en tan gran poder. No podian llegar muchos, respecto del demasiado tropel; por lo qual dixo un Araldo en alta voz: *Que no entrasen mas de los que eran llamados*: Pero faltando quien los contubiese en obediencia, todos se burlaron de la prohibicion. Llegóse à esto el renovarse alli los llantos y los gemidos de todos, sin que se hubiesen podido templar hasta que el cuidado de los intereses públicos dió treguas à ellos, y lugar al silencio. Entonces Perdicas expuso à vista del vulgo la Silla Real, en que estaba la Diadema, el Manto, y las Armas de Alexandro, entre las quales puso el anillo, que le habia dado el dia antes. A vista de cuyos objetos volvieron à renovar su llanto y sus gemidos, no de otra suerte, que quando lloraron su muerte, hasta que Perdicas empezó à hablarlos asi: *Pongo en vuestro poder el anillo, que el Rey me dió al tiempo de su muerte, con el qual sellaba sus ordenes, y mantenia su autoridad. No sé que el Cielo en su mayor indignacion contra nosotros pudiera habernos enviado igual calamidad à la de la pérdida de tan gran Principe; pero si consideramos la grandeza de lo que ha executado, es preciso que creamos, que los Dioses le habian dado como de prestado al Mundo, y que habiendo obrado las maravillas, que hemos visto, le restituyeron al Cielo, de donde le enviaron: por lo qual debemos, no quedandonos otra cosa que lo que se substrae de la inmortalidad, atender primeramente à satisfacer, en quanto nos sea posible, las obligaciones que nos corren à su cuerpo, y à su memoria; y despues considerar en qué ciudad nos hallamos, enmedio de qué pueblos, qué Rey, y qué apoyo hemos perdido. Lo que debemos hacer, ò compañeros mios,*

es,

es, asegurar nuestras victorias entre las que hemos vencido. Para esto necesitamos de una Cabeza, pues sin ella no ignorais, que qualquiera Exército es un cuerpo sin alma. De vuestro arbitrio pende elegir esta, ò muchas. Roxanes se halla preñada de seis meses; permitan los Dioses, que nos gobierne el que naciere, quando tenga edad para poderlo hacer; en cuyo interin es preciso que determineis de quién hemos de fiar la regencia. Esto fue lo que Perdicas les representó; à que Nearcho se opuso, diciendo: *Que ninguno pondria en duda, que heredáse el Reyno quien fuese de la sangre de Alexandro; pero que era impracticable, asi en el genio de los Macedones, como en el estado presente de los intereses, esperar para él à quien no habia nacido, excluyendo al que lo estaba: y que pues el Rey habia dexado un hijo, habido en Barcines, sería mas conveniente coronarle.* Disgustó tanto à todos esta proposicion, que dando en sus escudos con los cabos de los dardos, no cesaban de murmurar de ella, destemplandolos tanto la tenacidad con que Nearcho insistia en su dictamen, que fue preciso que tomáse la mano Ptolomeo, el qual dixo: *¡Por cierto que es muy digna estirpe la de los hijos de Roxanes, ò de Barcines, para que saquen de ella los que han de mandar à los Macedones, unos semiesclavos, cuyos nombres apenas habrá quien se atreva aun à pronunciarlos en Europa! ¿Vencimos por ventura à los Persas para sujetarnos à sus hijos, quando aun Dario y Xerxes, poderosisimos y legitimos Reyes, no pudieron conseguirlo con tan formidables Exércitos, asi terrestres, como marítimos? Mi dictamen es, que se transfiera à palacio el Tribunal del Rey, y que quando se hubiere de deliberar sobre la gravedad de este negocio, se convoque el Consejo: Que en él no concurran mas que los que le componian en vida de Alexandro, y que obedezcan los Cabos y los Capitanes las resoluciones que se acordaren en él con la mayor parte de los votos.* Eran algunos del dictamen de Ptolomeo, y pocos del de Perdicas; pero levantandose Aristono, dixo: *Que quando se le preguntó à Alexandro, ¿que à quién dexaba por succesor en la Corona? respondió, que al mas digno; y que habiendo dilatado la vista por todos los que se hallaron presentes à su muerte, y elegido entre todos à Perdicas, para entregarle su anillo, habia declarado bastantemen-*

te en aquella demostracion, que en su aprecio ninguno lo era mas, y conseqüentemente, que le destinaba por succesor suyo. Asegurados los mas de que era cierto lo que decia, le intimaron, que se pusiese enmedio de ellos, y que volviese à tomar el Real Anillo. Batallaba Perdicas entre el deseo y la venganza; y discurriendo en que quanto mas rehusaba admitir lo que con tanta ansia apetecia, tanto mas se le instaría porque lo aceptáse, despues de haber estado por algun rato irresoluble, se retiró por ultimo detrás de los que habia tenido à sus espaldas. Entonces Meleagro, uno de los Capitanes, valiendose de la ocasion, que le dió la irresolucion de Perdicas, dixo en altas voces: "No permitan los Dioses, que cayga sobre tan débiles hombros la fortuna de Alexandro, y el peso de tan grán Imperio; el qual le juzgo por incapáz de que ningunas fuerzas humanas le sustenten. No hablo de los que se hallan aqui con mas derecho que él, sino de todos los hombres valerosos, que están presentes, contra cuya voluntad no se executará nada. Importa poco que tengais por Rey al hijo de Roxanes, quando le dé à luz, ò à Perdicas, pues de qualquiera suerte se usurpará éste el Reyno con el pretexto de la tutela. Por cuya razon no ha gustado de ninguno de los que se han propuesto, sino del que aun no está en el Mundo, librando todo nuestro remedio en el parto de una muger, en ocasion donde precisa à nuestra justa impaciencia la mas urgente necesidad à que elijamos Rey, como si tubiese por cierto que de él ha de nacer varon; ¿pero quién os asegurará que no le suponga, è introduzga el que se le antoje? Verdaderamente, que si Alexandro le dexó por succesor, que esta unica orden os persuadiré à que no obedezcais. Quánto mas justo será, ¡ò soldados! que presurosos os apoderéis de esos tesoros, pues es el Exército legitimo heredero de las Reales riquezas que están en el Campo."

CAPITULO VII.

SALUDAN POR REY ALGUNOS A ARIDEO, hijo de Philipo, à solicitud de Meleagro, de que se origina una guerra civil.

DIcho esto, pasó por enmedio de las Tropas, que estaban alli en orden de batalla: siguieronle los mismos, que le habian abierto lugar para que lo hiciese, como encaminandose al pillage, à que los habian incitado. Con que hallandose rodeado de un grueso de soldados armados, corria gran riesgo que la discordia pasáse à sedicion. Suspendióla empero cierto hombre de lo mas infimo de la plebe, y apenas conocido de alguno; el qual dixo: *¿Qué causa os obliga à valeros de las armas, y à empeñaros en una guerra civil, quando teneis entre vosotros el Rey que buscais? ¿No está aqui Arideo, hijo de Philipo; hermano de Alexandro, compañero suyo en los sacrificios y en los sagrados mysterios, y el dia de hoy unico heredero suyo? ¿Qué ha cometido en ofensa vuestra, que quereis usurparle tan injustamente el derecho, que le dá el comun de las gentes? Porque si buscais un Rey como Alexandro, nunca le hallareis; y si el mas cercano à él, ninguno lo es mas que este.* Miraronse al principio unos à otros, oida la proposicion, que los dexó suspensos por algun rato, hasta que despues prorrumpieron todos, diciendo à gritos: *Que era preciso llamar à Arideo, y que eran dignos de muerte los que habian ordenado la Junta sin él.* Pero Phiton, bañado en lagrimas, empezó à decir: *Que con muy justa razon podia quexarse Alexandro de que le hubiese usurpado la muerte, el fruto del afecto de tan buenos ciudadanos, y de tan generosos soldados; los quales atentos solo al nombre, y à la memoria de Alexandro, olvidaban lo que era mas importante aun à su misma gloria.* No estaba tan oculta la malicia de estas palabras, que no conociesen todos que se dirigian contra aquel juvenil Principe, à quien se le destinaba el Imperio; pero grangearon antes el odio contra su autor, que el desprecio de Arideo, à cuyo favor movieron la compasion, y el afecto de la Junta de suerte, que

no cesando de decir à gritos: *Que no consentirian reynase otro que él, el qual habia nacido con aquella esperanza*, le llevó inmediatamente Meleagro, declarando enemigo de Perdicas, à palacio, donde hizo à los soldados le proclamasen Rey, debaxo del nombre de Philipo. Esta era la voz del pueblo, no empero el parecer de los Grandes, entre los quales Phiton, en cumplimiento de lo que habian resuelto con Perdicas, nombró por tutores del Infante, que habia de nacer de Roxanes, à Perdicas y à Leonato, ambos de la sangre Real: declaró à Cratero y à Antipatro por directores de los negocios de la Europa, y hizo que jurasen de reconocer por Rey à aquel renuevo de Alexandro. Meleagro, temeroso de que le sobreviniese lo que merecia, se retiró con los de su partido: si bien cobrando alientos despues, y llevando consigo à Philipo, forzó las puertas del palacio, donde le entró diciendo à gritos: *Que la vigorosa edad de aquel Principe autorizaba la eleccion del Pueblo: Que se acordasen, que era de la sangre de Philipo, y hijo, y hermano de dos Reyes, cuyas razones debian obligarlos à que, à lo menos, hiciesen experiencia de èl, y juicio por sí mismos, sin dexarse llevar de agenos dictamenes.* No hay pielago, que mayores olas, ni mas tempestuosas borrascas levante, que las que suscita la muchedumbre, oprimida, y recelosa de que no subsista su nueva libertad. Fueron pocos los que siguieron el partido de Perdicas, à quien acababan de nombrar en la Regencia, y mas de los que se esperaban los que se llegaron al de Philipo. Si bien todo era irresoluciones, y mudanzas, arrepintiendose tan à prisa de lo que habian executado, como del mismo arrepentimiento que habian tenido; aunque por ultimo fueron à dar en la Real estirpe. Receloso Arideo de la autoridad de los Principes, dexó la Junta, y se retiró; con cuya accion, en vez de entibiar el afecto de los soldados, se le avigoró tanto, que habiendole vuelto à llamar, le pusieron las Reales vestiduras de Alexandro, que estaban sobre la silla; à cuyo tiempo, habiendose puesto Meleagro la coraza, y tomado sus armas, le siguió, como Capitan de sus guardas; y la Phalange dando con las picas en los escudos, amenazaba *de destruir à qualesquiera que intentáse usurpar la Corona, à que no tenia derecho; pues era preciso que esta quedáse en la*

Real

Real Casa, y en el legitimo heredero: Que aun el mismo nombre de Philipo le hacia venerable, hallandose ellos acostumbrados à obedecer à los Principes que le tenian; y que ninguno, que no hubiese nacido para reynar, se atrevió à tomarle. Habiase encerrado Perdicas en la sala donde estaba el cuerpo de Alexandro, bien receloso, y asistido de seiscientos hombres escogidos, y llegósele Ptolomeo con toda la juventud de la Corte; pero no habiendo resistencia, que bastáse contra el gran número de soldados que seguia à Philipo, derribadas las puertas, entró dentro, rodeado de una Compañia de soldados, bien armados y resueltos, de quienes era Capitan Meleagro. Irritado Perdicas de aquella violencia, salió de alli, haciendo que le siguiesen los que guardaban el cuerpo; pero cargaronle à él, y à los que le acompañaban de tal suerte los que habian entrado nuevamente, que habiendo herido à muchos, se hallaron precisados los mas ancianos à levantar las celadas para darse à conocer mejor, y pidieron à los que estaban con Perdicas, que escusasen llegar à las manos, y que cediesen al Rey, y al partido mas fuerte. Fue Perdicas el primero que lo executó, à quien siguieron los demás; los quales, poniendolos en sospechas de que se les disponia alguna traycion las instancias con que los persuadia Meleagro, à que no dexasen el cuerpo de Alexandro, salieron por una puerta falsa, y ganaron la otra parte del Eufrates. Siguió la Caballeria, compuesta de toda la Nobleza, à Perdicas y à Leonato, cuyo dictamen era de dexar à Babilonia, y de hacerse dueños de la campaña; pero no asintió à él Perdicas; el qual, esperando en que le asistiese tambien la Infanteria, se quedó en aquella ciudad, porque no se creyese, que llevando consigo la Caballeria, se separaba de las demás Tropas.

CAPITULO VIII.

OPONENSE LOS PRINCIPALES CAPITANES à los artificios de Meleagro: Procura Arideo, deseoso de la paz, sosegar el tumulto, solicitando algun medio de la satisfaccion de unos y otros.

NO cesaba de incitar en el interin Meleagro al Rey à que dispusiese la muerte de Perdicas, ponderandole: *Que era el unico medio de asegurar la Corona, y preciso que se libráse de aquel ambicioso genio: Que se acordase de lo que executó con el Rey, y tubiese por cierto, que nunca podian ser seguros los que vivian recelosos.* Aunque el Rey no aprobaba este consejo, dió con oirle bastante ocasion à Meleagro, para que teniendo por orden su silencio, enviáse algunos soldados de su Compañia, à que llamasen à Perdicas de parte del Rey, mandandoles, que le diesen muerte si mostraba alguna repugnancia en executarlo. Advertido Perdicas de la llegada de aquellos soldados, no teniendo consigo mas que seis caballos de la Compañia Real, los esperó à pie firme en la puerta de su alojamiento; y despues de haberlos tratado muy mal de palabra, y llamadolos verdugos, y esclavos de Meleagro, los amedrentó de suerte con la firmeza de su valor, y con la ferocidad de su semblante, que perdidos de ánimo, se encomendaron à la fuga. Hizo poner inmediatamente à caballo à aquellos mancebos, y acompañado tambien de algunos de sus amigos, pasó à buscar à Leonato, donde se puso en estado de defenderse, por si le acometian. Divulgóse al dia siguiente el peligro en que se habia visto Perdicas; y estrañandole los Macedones, resolvieron irritados tomar satisfaccion de Meleagro, pasando tumultuados à la presencia del Rey, à quien preguntaron: *¿Si habia mandado que se le llevase preso à Perdicas?* Respondióles: *Que sí; pero que habia sido à persuasion de Meleagro, y que debian sosegarse, respecto de hallarse libre Perdicas, y de no haberle resultado daño alguno.* Despedidos de esta suerte, quedó Meleagro bien temeroso, mayormente viendose abandonado de la Caballeria; y no sabiendo

qué

qué partido tomar, habiendo caido en la red que habia armado à su enemigo, se mantubo por espacio de tres dias, consultando consigo mismo lo que debia executar Conservabase aun alguna parte de aquella grande autoridad de Alexandro, porque los Embaxadores acudian al Rey, el qual les daba audiencia; los Capitanes asistian cerca de su persona, y los soldados hacian guarda à las puertas del palacio; pero veíase en los semblantes tan general inquietud y disgusto, como el que pudieran mostrar en la ultima desesperacion. Desconfiaban unos de otros, de suerte, que ninguno se atrevia à hablar, ni à juntarse aun con sus mas conocidos, viendose precisados à conservar en sí sus pensamientos, sin permitir el menor desahogo à alguno de sus cuidados. Comparaban à aquel Rey con el que habian perdido, y aumentaba su afliccion la gran diferencia que habia de uno à otro, buscando en vano aquel Principe, debaxo de cuyas ordenes habian triunfado del Mundo: *Considerabanse como abandonados, y à merced de aquellas indomitas Naciones, que tenian por enemigos, de quienes esperaban que vengasen en la primera ocasion, que se les ofreciese los ultrages, que habian hecho de ellos.* Hallandose, pues, con la afliccion de semejantes discursos, llegaron à decirles: *Que la Caballeria, que seguia à Perdicas, embargaba todos los mantenimientos que llevaban à la ciudad;* de que se siguió en breves dias la carestía, y despues la hambre, la qual les precisaba, ò à que se acomodasen con Perdicas, ò à que tomasen las armas contra él. Llegóse à esto el haberse retirado la gente del campo à la ciudad, temerosa de los robos y daños que causaban y hacian los soldados, y el haber salido muchos de ella por falta de viveres, y por creer, que lo pasarian mejor en las vecinas, que en la propria. Los Macedones, recelosos de que se alborotasen los habitadores, se juntaron en el alojamiento del Rey, à quien propusieron: *Enviáse Diputados à tratar con la Caballeria, y à disponer, que depusiesen las armas.* Conforme el Rey con este acuerdo, despachó inmediatamente à Pasas Thesalo, à Amisas Megalopolitano, y à Perilao, que despues de haber propuesto su comision, llevaron por respuesta: *Que no dexarian las armas, si primero no se les entregaban los autores de la division.* Con la qual, movi-

vidos de proprio impulso los soldados, tomaron presurosos las armas; à cuyo ruido salió Philipo de palacio, y poniendose à vista de todos, les dixo: „ Ninguna cosa nos conviene mas que „ mantenernos en sosiego, pues el que lo hiciere logrará el pre- „ mio de los que combatieren entre sí. Sobre lo qual debeis con- „ siderar, que habeis de contender con vuestros ciudadanos, y „ que si mostrais desesperar de algun ajuste, os precipitais à una „ guerra civil. Solicitémosle antes segunda vez, que podrá ser, „ que no habiendo aun dado sepultura al cuerpo del Rey, pue- „ da volvernos à unir este comun oficio de piedad. Por lo que „ mira à mis intereses, desde luego los depongo todos; porque „ quiero antes renunciar el Imperio, que ser causa de que se „ derrame gota alguna de sangre de mis ciudadanos. Y asi os „ ruego, que si consiste en esto el sosiego público, que pongais „ los ojos en otro, que acierte à regirle mejor. „ Y dicho esto, se quitó, vertiendo algunas lagrimas, la Diadema, y estendiendo la mano en que la tenia, la ofreció al que se juzgáse mas digno que él de ella. La modestia y madurez de este razonamiento hizo concebir tan grandes esperanzas de aquel Principe, cuyo merecimiento habia tenido desconocido hasta entonces el explendor de la gloria de su hermano, que se conformaron todos en que se executáse lo que habia propuesto. Despacharonse, pues, los mismos Diputados à Perdicas y à Leonato, pidiendoles por medio de ellos: *Que admitiesen por tercer Capitan à Meleagro.* Obtuvieronlo facilmente, porque Perdicas no deseaba otra cosa que apartarle del lado del Rey, previniendo, que sola una Cabeza no podia hacer resistencia à dos. Con lo qual salió Meleagro con la Phalange à encontrarle: encaminóse à él Perdicas con la Caballeria; y habiendose saludado reciprocamente de ambas partes, se juntaron, creyendo tubiese perpétua duracion la concordia que ajustaron.

CA-

CAPITULO IX.

PIERDE PERDICAS A MELEAGRO por cierta astucia que usó, y casi trescientos hombres, que le habian seguido.

PEro el destino del Imperio Macedonico habia resuelto ya su ruina, y derramado las semillas de las guerras civiles, que la habian de destruir; porque no admitiendo las Monarquias mas que una cabeza que las rija, en ésta todos querian ser dueños de mandarla: y asi unieron primero sus fuerzas, y las dividieron despues; y como en un cuerpo à quien se le carga de mas peso que el que puede sufrir, desfallece los miembros oprimidos de él, asi aquel Imperio, que pudiera mantenerse regido por solo uno, quedó arruinado por tantos. A vista de lo qual, debe con muy justa razon reconocer el Pueblo Romano su prosperidad à un Principe, que enmedio de aquella tenebrosa noche, que creimos fue la ultima, se nos apareció como nuevo astro de feliz influencia. Cuyo nacimiento iluminó al Mundo mas que el de el Sol, y dió à miembros tan divididos con horribles discordias una Cabeza, que los uniese. ¿Quántos incendios no extinguió? ¿A quántas espadas no embotó sus acerados cortes? ¿Y quántas tempestades no calmó con tranquila serenidad? A cuyo gran beneficio debe su Imperio, no solo la gloria con que volvió à florecer, sino con la que hoy florece; y si los Dioses no envidian la felicidad que reconocemos à tan Augusta Casa, espero que quando no la prosperen con tan eterna succesion como la solicitan nuestros votos, que sea à lo menos con larga y feliz duracion. Pero volviendo à tomar el hilo de la narracion, que me obliga à cortar la consideracion de la felicidad pública, Perdicas libraba su mayor bien en la muerte de Meleagro, por haber experimentado en él, que su vanidad, e infidelidad no le permitian dexáse de maquinar siempre novedades, y reconocido, que, siendo su mortal enemigo, nada le convenia mas, que

desembarazarse de él. Si bien gobernaba este intento con la profunda disimulacion que era precisa para su lógro. A cuyo fin sobornó secretamente à algunos de la Caballeria que mandaba para que se lamentasen publicamente, de que se le hubiese dado la misma autoridad à Meleagro, que à él. Noticioso de esto Meleagro, pasó colérico à quexarse con Perdicas; el qual, mostrando gran admiracion de lo que le referia, dió voces, se quexó, y hizo quanto le pareció conveniente à persuadirle su disgusto, resolviendo por ultimo ambos, que se prendiesen à los autores de aquellos sediciosos intentos. A vista de cuyas demostraciones, abrazandole agradecido Meleagro, alabó sumamente su vizarria, y estimó su afecto, quedando conformes en castigar à los culpados. Decretóse, pues, con el motivo de la discordia pasada, que convenia purificar el Exército conforme al estilo de su patria. Executabanlo los Reyes de Macedonia de esta suerte. Despedazaban una perra, cuyas entrañas esparcian por los dos extremos del Campo adonde se habia conducido el Exército, dentro de cuyo espacio estaban todas las Tropas en orden de batalla, à una parte la Caballeria, y à otra la Infanteria. Llegado el dia destinado para esta ceremonia, se puso el Rey delante de la Caballeria, y los elefantes enfrente de la Phalange, que mandaba Meleagro. No bien se hubo movido la Caballeria, quando embargada de repentino pavor la Infanteria, al ver delante de sí à sus enemigos, nuevamente reconciliados, desesperaban tanto de todo buen suceso, que estubieron casi resueltos à volverse à la ciudad, respecto de la ventaja que daba la llanura à la Caballeria; pero considerando que era temeridad condenar por una ligera presuncion la fé de sus compañeros, se mantubieron firmes, aunque con resolucion de vender bien sus vidas, en caso de que los acometiesen. Acercabanse ya unos à otros los batallones, quando alargandose el Rey con una de las alas de la Caballeria ácia la Infanteria, preguntó instigado de Perdicas, *por los autores de la sedicion, para castigarlos* (*quando debiera él protejerlos*) *amenazandolos de que si no se los entregaban haría pasar sobre ellos los caballos y elefantes.* Queda-

daron atonitos aquellos infelices de tan improviso mal, y Meleagro sin aliento y sin consejo; si bien, teniendo por mejor en aquel estado esperar antes à ver lo que disponia de ellos la fortuna, que moverse à nada, se mantubieron quietos. Entonces Perdicas, reconociendolos perdidos, y en disposicion de hacer de ellos lo que gustáse, mandó sacar de los Esquadrones hasta trescientos soldados, que habian seguido à Meleagro quando se retiró de la primera junta, que se tubo despues de la muerte de Alexandro, y exponerlos à vista de todo el Exército à los elefantes, que los despedazaron à todos, sin que se opusiese à ello Philipo, ò lo mandáse embarazar, pues antes parecia por el suceso que autorizaba el hecho. Cuya accion fue de infeliz agüero y principio de las guerras civiles, para arruinar el Imperio de los Macedones. Habiendo reconocido Meleagro, aunque muy tarde, los artificios de Perdicas, se mantubo con la Phalange, en cuyo tiempo no se atrevieron à hacerle daño alguno; pero poco despues, viendo que sus enemigos tiraban à su ruina, debaxo del nombre del que habia hecho Rey, se acogió, desesperado de todo remedio, al Templo, donde profanado su sagrado, le dieron furiosos muerte.

CAPITULO X.

DIVIDESE EN MUCHAS PARTES EL Imperio de Alexandro: Dase la mayor à Arideo, y las provincias à los Grandes del Estado: Llevan el cuerpo de Alexandro à Alexandria de Egypto.

HAbiendo vuelto Perdicas el Exército à la ciudad hizo juntar en ella à los principales de él, por cuyo acuerdo fue dividido el Imperio de esta suerte: Que se conservάse en la persona del Rey la soberana autoridad, y que Ptolomeo quedáse Satrapa de Egypto, y de todas las provincias de Africa, que estaban debaxo de su jurisdicion. Dióse la Syria, y la Phenicia à Laomedon: la Cilicia à Philotas;

y Licia, Pamphilia y la gran Phrygia à Antigono. Fue Casandro enviado à Caria, y Menandro à Lydia. Obtubo Leonato à Phrygia menor, con toda la costa del Helesponto. Consignaron a Capadocia y à Paphlagonia à Eumenes, con orden de que guardáse toda aquella region, que se dilata hasta Trapesunta, y de que hiciese guerra à Ariarathes, que era el unico que no habia querido sujetarse al Imperio de los Macedones. Nombróse à Phiton para el gobierno de Media, y à Lysimacho para el de Tracia y de Pueblos del Ponto, contiguos à aquella provincia: ordenandose, que los que mandaban à los Indios, Bactrianos, Sogdianos y à otras naciones, que habitaban ácia el Mar Occeano y Roxo, quedasen en sus cargos; y Perdicas al lado del Rey, por General de sus Armas. Creyeron algunos, que Alexandro dexó en su testamento distribuidas asi las provincias; pero tenemoslo por falso, aunque hay Autores que lo refieren. Hecha, pues esta division, gozaban todos de la porcion que se les habia señalado, habiendo quedado en estado de poderse conservar muy bien entre aquellos pueblos, si fuese factible que se prescribiese à terminos la desenfrenada ambicion de los hombres; pues debaxo del pretexto de servir à su Señor, se hallaban en posesion de grandes Reynos, que gobernaban por sí, habiendo llegado desde la inferioridad de Ministros à la superioridad de Reyes, sin otro cuidado que el de reynar en paz, pues eran todos de una nacion, y tenian los Estados tan apartados unos de otros, que les faltaban enteramente las ocasiones para las menores discordias y disgustos; pero siendo infeliz propension de nuestra humana naturaleza despreciar lo que se goza, quando se espera mejorar con el lógro de lo que se apetece, mal podian vivir contentos con lo que la fortuna les habia concedido; fuera de que creian les sería menos dificil aumentar los Reynos de lo que les fue el adquirirlos. Habia siete dias que estaba expuesto en el Real solio el cuerpo del Rey, sin que le hubiesen hecho las honras funerales, por no haberlo permitido el cuidado de los intereses publicos, y el de dar providencia para el gobierno

del

del Imperio; pero aunque no hay tierras à donde sean mas excesivos los calores que en Mesopotamia, à cuyo rigor mueren muchos animales, si los cogen en campo raso, ni en donde sea tan ardiente el Sol, el qual abrasa como el mismo fuego; llegandose à esto la suma esterilidad que padece de agua, y el reservar para sí los naturales la corta porcion que hay de ella, ocultandola de los estrangeros; reconociendo el cuerpo, le hallaron, no solo entero, y sin el menor indicio de corrupcion, sino conservando en el rostro el mismo vigor, que mantiene qualquier viviente. Por lo qual los Egypcios y Caldéos, à cuyo cuidado estaba embalsamarlo à su estilo, se hallaron remisos en executarlo, creyendo que aun alentaba; hasta que por ultimo, despues de haberle hecho oracion, y pedidole, *permitiese que llegasen à él mortales manos*, labado el cuerpo, le embalsamaron, y le pusieron en un trono de oro, lleno de perfumes, con la diadema en la cabeza, y todas las demás insignias del Imperio. Creyeron muchos que fue muerto con veneno, que Jolas, hijo de Antipatro, su Copero mayor, le dió por orden de su padre. Lo cierto es, que en muchas ocasiones se dexó decir Alexandro: *Que Antipatro aspiraba à la Corona: que era mas poderoso de lo que era licito à un Gobernador; y que orgulloso con la victoria de Sparta pretendia haber alcanzado por sí lo que no lograba sino por la benignidad de su Señor.* Tambien se persuadieron algunos, que llevaba Cratero, quando le despachó Alexandro con los soldados viejos, orden para matarle. Afirman todos, que el veneno que se engendra en Macedonia es tan eficáz y violento, que consume al mismo hierro, y que no se puede llevar sino en la uña de algun mulo. Llaman *Styx* à la fuente donde corre tan mortal licor; el qual aseguran, que le llevó Casandro, y dió à su hermano Jolas; y que éste le introduxo en la copa, en que bebió Alexandro la ultima vez; pero diesenle, ò no el veneno, lo cierto es, que la autoridad y el poder de los acusados suprimió bien aprisa esta voz; porque habiendose apoderado Antipatro de Macedonia y de la Grecia, y sucedidole sus hijos, exterminaron toda la extirpe

de

de Alexandro, sin perdonar à los mas remotos parientes. Ptolomeo, à quien en el repartimiento le consignaron à Egypto, mandó llevar el cuerpo à Memphis, y desde alli, despues de algunos años à Alexandria, donde se le hicieron quantos honores eran debidos à su nombre y à su memoria.

FIN.

IN-

INDICE
DE LAS COSAS NOTABLES.

A

Ario-

C

D

E

F

G

H

I

J

L

Lin-

M

N

O

P

Per-

Pto-

R

S

T

V

Z

ERRATAS.

Pagina 12. linea 18. Olytho, lease Olyntho. Pag. 57. lin. 29. del Pindaro, de Pindaro. Pag. 60. lin. 9. muete, muerte. Pag. 70. lin. 30 desembarcarse, embarcarse. Pag. 80. lin. 9. Medicos, Medos. Pag. 112. lin. 34. estrecheza, extrañeza. Pag. 139. lin. 16. mssmo, mismo. Pag 150. lin. 26. Gobarnador, Gobernador. Pag. 159. lin. 2. Ario, Dario. Pag. 219. lin. 6. Campo, Capitan. Pag. 238. lin. 31. pero, por. Pag. 239. lin. 8. por, para. Pag. 243. lin. 21. teniendose, no teniendose. Pag. 273. lin. 3. Cito, Cyro. Pag. 366. lin. 32. Spitamenes, Sysimethres. Pag. 405. lin. 18. habiando, habiendo.

